EDUARD BERNSTEIN

LAS PREMISAS DEL SOCIALISMO Y LAS TAREAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

PROBLEMAS DEL SOCIALISMO

EL REVISIONISMO EN LA SOCIALDEMOCRACIA

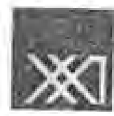
edición a cargo de
josé aricó

traducción de
irene del carril
alfonso garcía ruiz

revisión de
maría inés silberberg

índice de nombres de
mariana rey





siglo veintiuno editores, sa
CERRO DEL AGUA 248, MEXICO 20, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO. BOGOTA, D.E. COLOMBIA

portada de maría oscos

primera edición en español, 1982

ISBN 968-23-0915-8

primeras ediciones en alemán,
"probleme des sozialismus", en *die neue zeit*, stuttgart, 1896-1898
die voraussetzungen des sozialismus und die aufgaben der sozialdemokratie, stuttgart, j. h. w. dietz, 1899
der revisionismus in der sozialdemokratie, Amsterdam, verlags-gesellschaft martin g. cohen, 1909

impreso y hecho en méxico
printed and made in mexico

ÍNDICE

Es posible afirmar que Eduard Bernstein es uno de los pensadores marxistas más denostado, pero a la vez paradójicamente menos leído. Faltaban en español sus escritos más significativos, y de su libro tan mencionado, *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, sólo existían repetidas ediciones de una versión mutilada basada en una pésima publicación francesa de comienzos de siglo. Era hora ya de cubrir un déficit de conocimiento que impedía el acceso a un pensador de tan decisiva importancia en la historia del movimiento socialista. Y no por razones de justicia, de por sí siempre valederas, sino por un hecho más trascendental: la polémica que hoy enfrenta a las diversas corrientes interpretativas del marxismo remiten ineludiblemente a ese momento inicial de confrontación abierto por los escritos de Bernstein.

Como se sabe, *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia* apareció el 14 de marzo de 1899 y se convirtió de inmediato en la obra más discutida de la literatura socialdemócrata de la época; tanto, que mereció el apelativo un tanto burlesco de "biblia del revisionismo". Es menos conocido, sin embargo, que la polémica sobre algunas tesis de Bernstein había ya comenzado dos años antes, con motivo de la publicación por nuestro autor de su serie de artículos titulada "Probleme des Sozialismus", en *Die Neue Zeit*, la revista teórica del Partido Socialdemócrata Alemán dirigida por Karl Kautsky.

Nuestra edición de algunos textos de Bernstein está articulada en tres partes. En la primera incluimos, por primera vez publicados en forma de libro, la serie de artículos a que hicimos mención, permitiendo de tal modo que el lector pueda tener una perspectiva más fundada y comprensiva del complejo proceso de disección crítica que el autor opera sobre el *corpus* marxiano y que habría de desembocar en su obra fundamental. Bernstein inició su serie en octubre de 1896 con el artículo titulado "Allgemeines über Utopismus und Eklektizismus" [Observaciones generales sobre el utopismo y el eclecticismo], *Die Neue Zeit*, vol. xv, 1 (1896-1897), pp. 164 y *ss.*, en el que, de manera tentativa y sin generalizar, expone los puntos esenciales de su propuesta de recomposición teórica. Siguieron luego "Eine Theorie der Gebiete und Grenzen des Kollektivismus" [Una teoría sobre los dominios y límites del colectivismo], pp. 204 y *ss.*; "Der gegenwärtige Stand der industriellen Entwicklung in Deutschland" [La situación actual del desarrollo industrial en Alemania], pp. 303 y *ss.*; "Die neue Entwicklung der Agrarverhältnisse in England" [El nuevo desarrollo de las relaciones agrarias en Inglaterra], pp. 772 y *ss.*; "Die sozialpolitische Bedeutung von Raum und Zahl" [La significación política y social del espacio y del número], *Die Neue Zeit*, vol. xv, 2 (1896-1897), pp. 100 y *ss.*; "Der Kampf der Sozialdemokratie und die Revolution der Gesellschaft" [La lucha de la socialdemocracia y la revolución de la sociedad], *Die Neue Zeit*, vol. xvi, 1 (1897-1898), pp. 484 y *ss.* y 548 y *ss.*; "Das realistische und das ideologische Moment im Sozialismus" [El factor realista y el factor ideológico en el socialismo], *Die Neue Zeit*, vol. xvi, 2 (1897-1898), pp. 225 y *ss.* y 388 y *ss.* La

traducción del alemán fue hecha sobre la base de fotocopias de la mencionada revista por Irene del Carril.

Nuestra versión de *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie* ha sido realizada a partir de la traducción italiana de Enzo Grillo para la editorial Laterza (Bari, 1968) y cotejada con el original alemán de la reimpresión de 1902, la cual, excepto pocas variantes de las que da cuenta el propio Bernstein en su prefacio, reproduce el texto de la primera edición publicada por el editor Dietz de Stuttgart en 1899, y permanece sustancialmente la misma en las sucesivas reimpresiones de 1906 y de 1908 y en la segunda edición de 1920. Esta última, no obstante haber sido enriquecida con numerosas notas y un epílogo, se vio privada de algunas notas y de algunos fragmentos de notas de la primera edición. Aceptando el criterio de la versión italiana hemos reintegrado en la nuestra las notas y fragmentos suprimidos. También se traducen, además del epílogo y de la parte esencial de un prefacio de 1908, las notas agregadas en la segunda edición, indicándolas a través del agregado "Nota del autor" encerrado entre corchetes: [*Nota del A.*]. De la segunda edición adoptamos además el ordenamiento en distintos parágrafos titulados de las secciones *c*) y *d*) del capítulo IV.

Der Revisionismus in der Sozialdemokratie. Ein Vortrag gehalten im Amsterdam vor Akademiker und Arneitern von Ed. Bernstein. Mit einem Anhang: Leitzsätze für ein sozialdemokratisches Program [El revisionismo en la socialdemocracia. Un informe presentado en Amsterdam ante académicos y trabajadores por Ed. Bernstein. Con un apéndice: Tesis sobre la parte teórica de un programa partidario socialdemócrata], Verlags-Gesellschaft, Martin G. Cohen Nachfolger, Amsterdam, 1909, reproduce el informe presentado por Eduard Bernstein el 4 de abril de 1909 en el salón de la Asociación obrera de Amsterdam ante un público de estudiantes e intelectuales pertenecientes en su gran mayoría a la socialdemocracia holandesa En un apéndice agregado por el propio autor se incluyen las tesis sobre el revisionismo en su relación con el programa socialdemócrata por él debatidas poco antes y que pretenden demostrar —según afirma— "que la concepción revisionista, tal como yo la sostengo, brinda un fundamento completamente suficiente para un programa socialdemócrata". El informe ha sido traducido directamente de esa primera edición en alemán por Irene del Carril.

JOSÉ ARICÓ

PROBLEMAS DEL SOCIALISMO

1. OBSERVACIONES GENERALES SOBRE EL UTOPISMO Y EL ECLECTICISMO

En los últimos años el movimiento socialdemócrata ha hecho considerables progresos en casi todos los países civilizados. Incluso allí donde éstos no se reflejan en un incremento considerable de los porcentajes electorales obtenidos por la socialdemocracia, como en Alemania, es imposible, sin embargo, desconocerlos. En un artículo sobre el Congreso socialista internacional de Londres —publicado en el número de septiembre de *Cosmopolis*— que si bien no está exento de errores y exageraciones es, de todos modos, digno de ser leído, el conocido socialista fabiano G. B. Shaw señala que si bien la socialdemocracia inglesa no ha logrado imponer un representante al parlamento como producto del propio esfuerzo, pues no ha logrado reunir los cien mil votos necesarios para sus propios candidatos, sin embargo, en la legislación se expresan cada vez más tendencias socialistas. El hecho es innegable, si bien las conclusiones que extrae Shaw son por lo menos parciales. La cosa es muy simple: si por un lado los supuestos sociales y económicos del socialismo están en general más avanzados en Inglaterra que en Alemania, los partidos burgueses son menos insensibles frente a las modernas exigencias socialistas. Los viejos partidos son aquí más susceptibles de evolución y debido a ello la socialdemocracia, en tanto se les opone *como partido*, tiene menos capacidad de resistencia; de este modo, la influencia de la propaganda socialista se expresa por ahora más indirectamente, pero no por ello con menor eficacia. Algo similar ocurre en Francia e Italia, conforme a una situación estructurada de otra manera. Incluso en países relativamente atrasados, como Austria e Italia, el alcance de la propaganda socialdemócrata aumentó en una medida nada insignificante; la influencia de los grandes países vecinos actúa allí contagiosamente. Resumiendo, sea como fuere la socialdemocracia avanza visiblemente en todos los países.

Aun cuando fuera muy prematuro pretender concluir de este hecho que estamos ya en vísperas de la victoria definitiva del socialismo, sin embargo, teniendo en cuenta la amplia difusión del pensamiento socialista y de sus fenómenos correspondientes en la producción, el comercio, la vida profesional y el movimiento obrero, es posible concluir que nos acercamos a pasos agigantados al momento en que la socialdemocracia se vea obligada a modificar su punto de vista, que es todavía esencialmente crítico, en el sentido de plantear algo más que reivindicaciones salariales, de protección del obrero y otras similares, proponiendo reformas positivas. En los países más adelantados nos hallamos en la antesala, si no de la "dictadura" por lo menos de una influencia muy decisiva de la clase obrera, o bien de los partidos que la representan; por esta razón no es ocioso examinar las herramientas intelectuales con las que afrontamos esta época.

La socialdemocracia moderna se enorgullece de haber superado teóricamente el utopismo socialista, e indudablemente con razón, en la medida en que entra en consideración la elaboración de un modelo del estado futuro. Ningún socia-

lista responsable describe en la actualidad escenas del porvenir con el objeto de darle a la humanidad la receta que va a conducir con mayor rapidez y seguridad al objetivo deseado para que reine sobre la Tierra la felicidad perfecta. Las especulaciones sobre el futuro que todavía se hacen del lado socialista son o bien intentos por esbozar a grandes rasgos el curso probable del desarrollo hacia el orden socialista, o bien cuadros, esbozados con más o menos talento, de un estado socialista, que no pretenden ser otra cosa más que imágenes fantasiosas. Es posible que aquí todavía se entremezclen ideas utópicas, pero la verdadera utopía, la que se presenta con la pretensión de ser "receta de cocina", puede considerarse como extinguida.

Sin embargo hay todavía otra clase de utopismo que lamentablemente no se ha extinguido. Este consiste en el extremo opuesto del viejo utopismo. Se evita temerosamente toda propuesta de una organización social futura, pero se acepta en cambio un salto brusco de la sociedad capitalista a la socialista. Todo lo que ocurre en la primera es sólo remiendo, paliativo y "capitalista"; mientras que las soluciones las trae la sociedad socialista, si no en un día, en poco tiempo. Sin creer en milagros, se suponen milagros. Se hace un gran corte: aquí la sociedad capitalista, allí la socialista. No se pretende un trabajo sistemático en la primera, se vive al día dejándose llevar por los acontecimientos. La referencia a la lucha de clases, muy parcialmente pensada, y al desarrollo económico tienen que ayudar a superar todas las dificultades teóricas.

Tan poco como se ha de negar entonces la importancia fundamental de estas dos fuerzas motrices históricas, así también está claro que con la exclusiva e incalificada referencia a ellas se deja sin precisar mucho de lo que justamente el socialismo, si pretende ser considerado una *ciencia*, tiene que explicar y averiguar. El conocimiento de las fuerzas motrices y de la marcha anterior del desarrollo social es de muy poco valor cuando sus deducciones se interrumpen justamente allí donde tiene que comenzar la acción consciente y planificada.

La postergación de todas las soluciones para el día "de la victoria definitiva del socialismo", como dice la frase de uso corriente, no resulta despojada de su carácter utópico por el hecho de que se la adorne con expresiones del arsenal de escritos de Marx y Engels. La teoría científica puede llevar al utopismo cuando sus resultados son interpretados dogmáticamente. Tomemos, por ejemplo, el muy citado capítulo sobre "La tendencia histórica de la acumulación del capital" del primer tomo de *El capital*. Ya la palabra *tendencia* en el título debería advertir contra la extracción de las frases allí expuestas de su contexto y su interpretación literal. De todos modos, se alimenta siempre de nuevo la idea de que en la "expropiación de los expropiadores" se trataría de un acto necesario que se inicia con una catástrofe y que se desarrolla simultáneamente en toda la línea. Pero esto está pensado muy utópicamente. Pues si bien las catástrofes sociales pueden acelerar indudablemente mucho el curso del desarrollo, y probablemente así lo harán, no pueden, sin embargo, crear de la noche a la mañana aquella identidad de las condiciones que sería necesaria para una transformación simultánea del modo económico y que todavía no está presente en la actualidad. Pero mientras tanto el mundo *no* está quieto. Determinadas ramas de la producción o de la industria se van acercando a un estado en el que se torna inconveniente cuando no pernicioso para las necesidades sociales

generales, su abandono a la explotación privada. Al mismo tiempo crece la influencia de la clase obrera y de las organizaciones políticas que la representan, sin que pueda hablarse ya de una dictadura del proletariado. Es inevitable que se pongan a la orden del día cuestiones que, según esa interpretación, están detrás de la catástrofe. En este sentido no era incorrecto hablar de un crecimiento de la sociedad hacia el socialismo, sólo que esta palabra suponía un crecimiento demasiado mecánico. Pero, ¿qué puede decirse cuando repentinamente se lo sustituye por una expresión tan indefinida como "capitalismo de estado" o "capitalismo *comunal*" referida a toda empresa económica del estado y de las *comunas* que se verifica de este lado de la catástrofe? Esto significa volver a todo vapor al utopismo. Para estas explotaciones del estado y *las comunas*, que sólo han de crear fuentes de dinero o que están al margen de razones de la explotación privada, que no tienen nada que ver con su tarea político-económica, basta por completo la vieja palabra fiscalismo o empresa fiscal. Es especialmente indicada allí donde el régimen *comunal* en cuestión está regido y administrado burocráticamente por una minoría privilegiada que persigue su propio interés. Pero esta situación está por desaparecer. La democracia moderna, asentada en la clase obrera, adquiere, como hemos visto, una influencia creciente directa e indirecta sobre el estado y la comunidad. Cuanto más fuerte es ésta, tanto más se modifican en el sentido de la democracia los principios de la gestión empresarial. Los intereses de la minoría privilegiada se subordinan cada vez más al interés común. Las empresas se multiplican allí donde, en primer lugar, se tiene en cuenta la función político-económica y, en segunda instancia, el interés fiscal, mientras en las viejas empresas, inicialmente monopolizadas sólo con fines fiscales, también pasa cada vez más a un primer plano el aspecto político-económico de las mismas. Pretender caracterizar este desarrollo completamente inequívoco con palabras tales como "capitalismo de estado" o "capitalismo comunal", significa cerrarse forzosamente la comprensión de su importancia histórica. Pues tal desarrollo tiene una orientación decididamente *anti*capitalista, contra la apropiación de *medios de producción* y de *excedentes de producción* por los capitalistas, que es justamente el aspecto característico y esencial del sistema económico capitalista. La recurrencia a la palabra capitalismo sólo podría apoyarse en la forma actual de la distribución del producto de la producción, o bien del producto de la empresa; pero ver un criterio decisivo en la forma de la *distribución* es cualquier cosa menos socialismo científico, el que justamente se basa en el reconocimiento de que el *modo de producción* y *las condiciones de producción* son el factor *decisivo*. Por lo tanto, detrás de la expresión "capitalismo de estado" se esconde un razonamiento totalmente *utópico*, que en vez de partir de las leyes del desarrollo social, parte de algún estado futuro, totalmente imaginado, con una forma propia de distribución. Y, lo que es igualmente malo, se hace abstracción del hecho de que hay estados muy diferentes, se equipara la empresa estatal de los sitios donde el estado es un órgano que está por encima de la sociedad, que se le opone en forma casi independiente, a la empresa estatal donde el estado está subordinado a la sociedad y esta misma sociedad está democratizada en alto grado. Por lo tanto, cuanto antes desaparezca, como se ha dicho, esta palabra indefinida del léxico de la socialdemocracia, tanto mejor.

El inconveniente de expresiones semejantes, que se enlazan a factores secundarios, es que obstaculizan cualquier diferenciación racional y se oponen a todo tratamiento y concepción sistemática de las cosas. Más bien conducen, cuando no terminan en un puro imposibilismo, a un eclecticismo totalmente inconsistente. Si los fabianos ingleses, que inscribieron en su bandera el socialismo de estado y el socialismo comunal, son eclécticos, lo son conscientemente y manejan determinados criterios realistas,[1] sobre cuya base llegan muchas veces, en cuestiones de economía política, a los mismos resultados que el socialismo científico erigido sobre el materialismo histórico. Pero si las instituciones económicas no se miden en su posición e importancia en el desarrollo social que efectivamente se consuma, sino en un estado imaginado de la sociedad, entonces el resultado necesario es una práctica en la que se vuelve un asunto de valoración arbitraria y caprichosa donde, en un caso dado, es colocada la palanca de la reforma social, un asunto de puro azar si ella es colocada en el lugar adecuado para lo que es, por cierto, la misión de la socialdemocracia como partido político: abreviar y mitigar los dolores del proceso de transformación social.

Hasta ahora a los fabianos no se les objetó nada desde las filas de los conocedores del socialismo científico, más que la alusión a la lucha de clases, que hubiera podido motivarlos a abandonar su tratamiento ecléctico de las cosas. Pero la lucha de clases es, ante todo, una fuerza motriz no regulada en la evolución social; opera como una ley natural, independiente de los hombres, donde se verifica un ilimitado derroche de tiempo, trabajo y material. Éste es el cuadro que ofrece el movimiento obrero inglés poseído de un espíritu empirista. Nadie va a negar que es insuficiente. El revolucionarismo fraseológico modifica poco en este aspecto, y no conduce hacia otro lado que a este derroche. Falta de principios y persecución de principios, o para expresarlo de otra manera, crudo empirismo y doctrinarismo utópico, tienen en este punto casi el mismo efecto.

Los fabianos representan, como ya lo dije una vez con anterioridad, la reacción contra el revolucionarismo utópico y de secta, como fue predicado por los entusiastas socialistas de comienzos de los años ochenta en Inglaterra. Y como ninguna reacción, por más provechosa que sea, se aparta sin exageración, así también ocurre con ésta. Se arrojó por la borda algo más que un simple lastre de frases. El socialismo fue reducido a una serie de medidas políticas y sociales, sin ningún elemento conectivo que exprese la unidad del pensamiento y la acción. En investigaciones aisladas y como socialistas ocasionales los fabianos fueron, a veces, sobresalientes, pero no en cambio, cuando detentaron la brújula del movimiento socialista, que éste tiene que preservar de que gire simplemente a tientas.

Esto es sentido en muchos lados, sin que tal insatisfacción se ventile hasta ahora de otra forma que con invectivas personales o generalidades poco concluyentes. Toda la polémica contra el fabianismo giró, hasta ahora, alrededor de superficialidades; se le opusieron algunas expresiones tomadas del arsenal del marxismo, sin hacer, sin embargo, el esfuerzo por desarrollar la teoría marxiana más allá del punto en el que la dejó el gran pensador. Incluso se ignoraron correcciones que los mismos Marx y Engels hicieron a sus escritos anteriores. ¿Es entonces extraño si la expresión de capitalismo de estado encontró solícitos

[1] Véase, entre otros, el folleto *Socialism: true and false*, de Sidney Webb.

consumidores aun en Inglaterra, donde tiene todavía menos sentido que en otra parte?

Un intento serio por combatir científicamente el eclecticismo político y social lo encontramos en el primer número de una publicación mensual de corte social, *The Progressive Review*, que apareció precisamente en Londres. De acuerdo con la presentación el objetivo de esta publicación es dotar de precisión y consistencia al indeterminado afán de reformas sociales, y su ambición es ser para el hoy extremadamente disperso movimiento de progreso social lo que en su tiempo fue la *Edinburgh Review* para los Whigs, la *Westminster Review* y, más tarde, la *Fortnightly Review* para los radicales de la escuela de Bentham y de Mill. Ella es redactada por los señores William Clark y John A. Hobson, el primero miembro de la Fabian society y autor de uno de los mejores artículos sociopolíticos que fueron publicados por aquella asociación, y el segundo docente de la sociedad para extensión universitaria y autor del muy buen trabajo, también comentado en esta publicación, *The evolution of modern capitalism*, así como de numerosos trabajos, aún no comentados, sobre asistencia pública, problemas de desocupados, etc. Al equipo de redacción pertenece, además, el miembro del Independent Labour Party, John R. Macdonald, y el grupo de colaboradores está formado por conocidos socialistas y radicales progresistas. "Nosotros apelamos —dice la presentación al concluir— a todos los decididos defensores del pensamiento libre y de la justicia social, a todos los que están convencidos de que la marcha y el carácter del progreso democrático no están dados y trazados por los esfuerzos ciegos e inconscientes del pasado, sino que pueden ser infinitamente acelerados y mejorados si se dota a las manifestaciones de la voluntad social de un objetivo más elevado, más consciente." Y agregan: "La creencia en ideas y en la creciente capacidad de la gran masa para adoptar ideas y hacerlas realidad en un sensato desarrollo del progreso social, constituye el fundamento moral de la democracia." Del mismo modo, en otro lugar dicen: "El cuidadoso estudio de las leyes de la composición y el entrelazamiento de las fuerzas sociales va a contribuir a liberar a los movimientos progresistas de las calumnias del oportunismo ciego, de la absurda búsqueda de compromisos y de la persecución de utopías, y va a crear un fundamento más científico y más confiable de la actividad social." En pocas palabras, la "progressive Review" pretende ser algo más que un órgano de unión puramente externa de elementos socialistas y radicales. En este sentido está tratado el artículo mencionado más arriba, titulado: "El colectivismo en la industria" [collectivism in industry], que ya por esa sola razón reclama nuestro interés. Como todos los artículos salidos del equipo de redacción de la publicación, éste tampoco está firmado.[2] Pero no cabe duda de que en lo fundamental tiene por autor a John A. Hobson. Se inicia con una declaración de guerra al eclecticismo y al crudo empirismo, de la que a continuación vamos a transcribir algunos pasajes significativos, para presentar luego la parte positiva en sus principales rasgos.

[2] "Puesto que es nuestro propósito someter los trabajos por nosotros emprendidos, a modo de ensayo, a la crítica, y dotar a la estructura con una unidad de pensamiento y de esfuerzo, y no reunir solamente una cantidad de opiniones personales sueltas —dice la presentación— nos pareció más conveniente prescindir del interés y el prestigio que se puede asociar a determinados nombres y observar un estricto anonimato en las partes procedentes de la redacción."

Un desdeñoso abandono y, a veces, una ostentosa negación de los principios o teorías de la reforma social es la manera de proceder característica de la mayoría de los "reformistas sociales" en la Inglaterra actual. Los progresistas ingleses rechazan las pretensiones de cientificidad de la socialdemocracia por la doble razón de que sus análisis de los problemas económicos serían desde todo punto de vista incompletos y que olvidarían aplicar prácticamente al futuro la concepción del desarrollo social que reconocen para la explicación del pasado; pero ellos mismos no ofrecen otro análisis o teoría ni reconocen la necesidad de formularla. Muchos de ellos atravesaron por un utopismo medio intelectual y medio sentimental, acariciaron sueños y experimentaron visiones, pero se volcaron luego hacia el otro extremo y se vanaglorian por haberse liberado de todas las alucinaciones y haberse resuelto a dedicarse solamente al trabajo práctico de la reforma parcial. La mayoría de ellos confiesan abiertamente que, junto con sus pasadas alucinaciones, se despidieron de toda "teoría" y cualquier "principio", como pesados aditamentos que obstaculizan esa facilidad del compromiso, por medio de la cual, según su parecer, será impuesta cualquier medida aislada del verdadero progreso.

Esta tesis de la inutilidad de ideas y teorías causó impresión especialmente en personas que trabajan seriamente en favor de esa extensión de las funciones del estado y la comuna, que es denominada colectivismo. El progreso es, para la mayoría de ellos, un puro asunto de experimentación individual, que sólo tiene que preocuparse por las peculiares condiciones del caso en cuestión. Un trabajo de este tipo, piensan ellos, es confiado preferentemente a personas que no tienen principios teóricos especiales o grandes ideas, o a aquellos que, si las tienen, se cuidan mucho de emplearlas. Mazzini nos dijo: "sólo los principios son constructivos", pero nuestro reformista práctico está seguro de saberlo mejor: él ve lo muy apropiados que son los principios para colocarse en el camino y detener la rueda del progreso. Sea lo que fuere correcto en relación con Francia o Alemania, la historia inglesa, tal como él la lee, demuestra que el progreso no depende de la acción consciente de las ideas. La revuelta contra las ideas es llevada tan lejos que algunas presonas inteligentes llegaron a considerar seriamente al progreso como un objeto de las maquinaciones de intrigantes, como algo que puede ser "arreglado" en comités mediante proposiciones sofistas y otros diestros artificios...

En ninguna parte esta concepción mecánica del progreso causó mayor daño que en el movimiento orientado hacia el colectivismo. Suponiendo que el mecanismo de la reforma fuera perfecto, que cada pequeño grupúsculo de especialistas e intrigantes ocupara el lugar que le corresponde en la maquinaria de la vida pública, ¿va a producir progreso esta máquina? Todo aquel que estudia la historia de la industria sabe que la aplicación de un motor potente es de una importancia infinitamente mayor que el invento de máquina especial. ¿Qué medida se tomó, entonces, para generar en el colectivismo la fuerza motriz del progreso? ¿Se va a originar por sí misma? Nuestro reformador mecanicista supone, evidentemente, esto. La fuerza de atracción de una ganancia claramente visible, la represión de cualquier abuso escandaloso del poder monopólico de una sociedad privada, algunas ampliaciones necesarias de empresas comunales o estatales existentes mediante la instalación de fábricas accesorias, tales son los únicos factores impulsores. De este modo, sin ningún reconocimiento de principios directrices, se va a verificar la municipalización de los servicios públicos, el incremento de la intervención estatal en los ferrocarriles, minas y fábricas, y la inclusión de grandes ramas de la industria del transporte en el control estatal. En todas partes la presión de determinados intereses concretos; en ninguna parte el juego consciente de la inteligencia humana organizada. Y, no obstante, la insensatez de esta ignorancia de las ideas y del entusiasmo que ellas están en condiciones de despertar, de la confianza exclusiva en la presión de las necesidades y miserias experimentadas que se manifiesta ocasionalmente, puede incluso ser explicada prácticamente si se demuestra cómo semejante expansión de la acción colectiva en forma de eliminación de viejas miserias conocidas implicó no sólo un derroche de energías colectivas en el pasado, sino también grandes gastos para la indemnización de los intereses invertidos, que no habría tolerado al principio una consideración más razonable de la teoría.

Hasta aquí la presentación. Quien conoce la literatura fabiana advertirá de inmediato que esta presentación apunta, entre otras cosas, contra ciertas tendencias que se evidencian allí, pero que no sólo alcanza a los fabianos. Muchos socialistas no ingleses entre nosotros, y no justamente siempre los peores, atravesaron el mismo desarrollo del semiutopismo —para seguir con el mismo concepto del autor— a la teoría social mecánica. Sólo que bajo la influencia de condiciones estructuradas en forma diferente, no se expresó siempre tan abiertamente como los fabianos, sino que el conflicto se resolvió preferentemente en el propio seno. Y, como se ha mostrado más arriba, en la actualidad todavía no estamos inmunes contra estos accesos.

El autor quiere intentar ahora demostrar las ventajas prácticas de la teoría y de los principios en el movimiento del colectivismo y mostrar que "los reformistas que rechazan las posiciones fundadas en utopías e incluso desconfían del empleo de principios económicos elementales, no dependen por completo de ese crudo empirismo que se obstina en que cada caso tiene que ser juzgado especial y exclusivamente según sus circunstancias individuales". En otro artículo veremos cómo lo hace.

2. UNA TEORIA SOBRE LOS DOMINIOS Y LIMITES DEL COLECTIVISMO

En lo que sigue vamos a dejar hablar al propio Hobson tan extensamente como sea posible, para presentar también junto con la teoría misma la fundamentación del argumento principal, y ello porque nosotros, en el transcurso de nuestra propia investigación, vamos a tener que referirnos a diferentes pasajes de su disertación. Sólo hemos dejado de lado, en aras de la brevedad, referencias e ilustraciones secundarias.

Señalemos que hemos conservado también en alemán la doble aplicación que las expresiones "colectivo", "colectivismo", tienen tanto en Hobson como en toda la literatura política y social de Inglaterra, o sea como caracterización del trabajo concentrado en la fábrica y como caracterización, al mismo tiempo, de la toma de posesión pública (estatal, comunal, etc.) de las fábricas o ramas de la producción. Nos parece que ellas tienen la ventaja, sobre las expresiones correspondientes "social" y "socialización", utilizadas en Alemania, de una mayor posibilidad de delimitación. La palabra radical "colectivo" expresa simplemente el concepto de una multitud relativamente cooperativa; la palabra "sociedad", en cambio, también es utilizada en el sentido de una multitud semejante, pero tiene toda clase de acepciones secundarias, que dan motivo a groseras confusiones. Podríamos definir como colectivismo el traspaso de ramas de la producción a las comunidades, pero evidentemente hablar en estos casos de socialización conduciría a concepciones demasiado equivocadas. Incluso la estatización no puede ser identificada directamente con la socialización, pero constituye un acto colectivista. Por lo tanto, cuando se trate de la transformación de empresas privadas en públicas, sin que se asocie ya con ello la modificación de todo el orden social, parece más conveniente utilizar la palabra colectivismo, menos comprometida y que expresa mejor una situación híbrida.

El análisis de Hobson se refiere a una declaración del famoso escocés Adam Smith. En su obra sobre *La riqueza de las naciones*, que fue redactada en vísperas de la gran revolución industrial motivada por las invenciones de Watt, Arkwright, etc., el teórico del sistema industrial también aborda la cuestión de las sociedades por acciones. Al examinar las diferentes formas y clases de sociedades por acciones conocidas hasta entonces, dice refiriéndose a la conveniencia y capacidad de expansión de esta forma de empresa:

El único comercio que parece adaptarse con probabilidades de éxito al régimen de una compañía por acciones, sin privilegio de exclusiva, es aquel cuyas operaciones son rutinarias o susceptibles de acomodarse a métodos en cierta manera uniformes, y que apenas admiten pequeñas variaciones, o ninguna. De esta especie son el negocio bancario y los seguros, tanto de incendios, como de avería marítima y presa en tiempo de guerra, la apertura y sostenimiento de los canales navegables, y el abastecimiento de agua de una gran población, que se asemeja, en cierto modo, al caso anterior.

Desde que Smith escribió esto, grandes ramas del sistema de bancos de seguros y de transporte, así como en muchos lugares el aprovisionamiento de agua, gas, etc., pasaron de la forma de sociedad por acciones a la forma de explotación pública (estatal o comunal). Este y muchos otros ejemplos en los que la forma de la sociedad por acciones se reveló como la etapa de transición a la explotación pública permiten concluir que, en general, todas las clases de negocios están destinadas a recorrer el camino que va de la explotación privada por individuos a la explotación pública, pasando por la explotación por o para sociedades por acciones; que ciertamente el tiempo para la imposición total de este desarrollo puede variar en las diferentes ramas de la industria, pero que el objetivo es en todas partes el mismo, en todas partes el fin necesario es la explotación colectiva pública, o bien la explotación colectiva como carga y como beneficio para el público.

"¿Es ésta la explicación correcta del hecho? —pregunta Hobson. De lo contrario, ¿cuáles son los límites que tienen que serle señalados a esta ley?" "El fecundo criterio" que proporciona Adam Smith nos da aquí, a su entender, la norma. La prueba decisiva de la capacidad de una rama de la producción o de otra rama de los negocios para la forma colectiva de explotación residiría en considerar si es apropiada para la explotación *rutinaria* o estandarizada, en el sentido señalado por Adam Smith: "capaz de una homogeneidad en el procedimiento tal que permita pocas o ninguna desviación". Suponiendo que esto fuera correcto, llegaríamos así a la cuestión siguiente, referida a si todas las industrias no pueden ser llevadas a una práctica rutinaria, cuestión que se halla en íntima relación con esta otra: si es posible que todas las ramas de la producción estén en condiciones de ser explotadas mecánicamente. La importancia de la máquina como factor de desarrollo hacia el colectivismo no requiere hoy en día mayor explicación. ¿Hay entonces industrias que no son aptas para la máquina y para el manejo rutinario? Según Hobson, para contestar a esta pregunta tenemos que recurrir a los *consumidores*, para cuyas necesidades existe en primera instancia toda la industria, y a su "demanda efectiva", que determina la extensión y el carácter de la industria. Pero escuchémoslo a partir de aquí a él mismo.

Hay ciertas necesidades que, por la naturaleza o por la costumbre, están impuestas por igual a todos los miembros de la sociedad, o, allí donde los medios económicos están desigualmente distribuidos, a amplias capas de la misma. Hay necesidades humanas universales, que son cubiertas por la producción de grandes cantidades de bienes de la misma naturaleza, forma y tamaño. Esta necesidad rutinaria puede ser cubierta por "industrias rutinarias", y justamente la naturaleza económica de esta necesidad impulsa, como hemos visto, al colectivismo a las industrias ocupadas de su satisfacción. Evidentemente, es este principio el que ha llevado al colectivismo en la construcción de caminos de todos los países civilizados, el que puso bajo control nacional o local, según que sirvan a la necesidad común de la nación o a la de las localidades. La pretensión de nacionalizar los ferrocarriles no expresa un nuevo principio económico, sino sólo una adecuación del mecanismo de transporte a las modernas condiciones de vida del público "consumidor". Casi todos los medios de transporte tienden, en los países poblados, a adoptar la naturaleza de "industrias de rutina", se trate del transporte de bienes, noticias o personas. Toda la obra del transporte por vías utilizadas públicamente

es de naturaleza rutinaria y mecánica. Indudablemente, lo que aquí es denominado "rutina" puede incluir exigencias muy complicadas y una demanda muy irregular. Pero si nos ocupamos de una necesidad generalizada, esta clase de complejidad puede ser correspondida mediante un aparato igualmente complicado, y manifiesta la irregularidad de sus propias leyes de movimiento. El transporte de personas y mercancías no es más irregular que el de cartas y telegramas.

Pero también muchos artículos de primera necesidad del consumo material ordinario son para toda la comunidad, o para grandes sectores de la misma, de tipo "rutinario". Debido a que todos los conciudadanos necesitan gas y agua y todos deberían utilizar sólo una clase de agua y de gas —o sea, la mejor y más pura que se pueda obtener—, las industrias en cuestión tienen la tendencia a adoptar la forma colectivista. No es del todo utópico pensar en una época en la que se considere correcto que todos reciban la misma clase de leche y que la demanda general de pan se haya vuelto tan poco diferenciada que las industrias de estos artículos sean incluidas en los servicios de los que se van a hacer cargo las comunas. En la medida en que los objetos de consumo masivos, de índole material o espiritual, estén impuestos por necesidades humanas comunes, cada vez más se aplicarán para su fabricación métodos mecánicos y estandarizados, que impulsan hacia la adopción de formas colectivistas.

En la medida en que se verifique una verdadera igualación hacia arriba del nivel de vida del pueblo, va a aumentar el número de industrias que van a poder atender, en la mayor escala económica, la satisfacción de necesidades, que con anterioridad sólo fueron comunes dentro de un estrecho "círculo de clase", pero que ahora se transmitieron a toda la población.

Así los rasgos fundamentales del progreso social apuntan hacia un incesante aumento de las organizaciones colectivistas.

Sin embargo, aquellos que, extasiados, dirigen la vista hacia esta línea del desarrollo, olvidan frecuentemente el otro lado de la cuestión. Si esta ley del progreso cubriera *todas* las necesidades de los hombres, entonces el colectivismo no tendría límites. Pero el hombre no es sólo una unidad entre sus semejantes, sino también una unidad en sí mismo, no es sólo partícipe de lo que es común a todos los hombres, sino una personalidad individual con características y un ambiente peculiares que despiertan en él, y sólo en él, necesidades y gustos propios. Estas necesidades y tendencias del gusto no pueden ser atendidas nunca a través de "industrias de rutina", cuya economía está justamente determinada por la producción de grandes cantidades de artículos homogéneos, para la satisfacción de necesidades comunes, no individuales. Las necesidades de naturaleza individual sólo pueden ser satisfechas a través de la actividad consciente de productores individuales. Aquí nos enfrentamos con una contradicción radical que da el golpe de gracia a todos los ideales de una colectividad íntegramente organizada. Es la contradicción entre "obra de rutina" y "artículo especial", entre producción mecánica y arte. La máquina puede ser dispuesta para satisfacer todas las necesidades que tenemos en común con nuestro prójimo o con una gran parte del mismo... Pero si yo quiero satisfacer aquellas necesidades por las cuales me diferencio de mi prójimo, no necesito un maquinista sino un artista, alguien que por un ejercicio consciente de su habilidad especial sepa conformar el material que él trabaja según los deseos de mi individualidad.

Éste es el meollo de toda la cuestión. ¿Debilitará el colectivismo del futuro la diversidad y fuerza de aquellas necesidades y tendencias del gusto que diferencian a los hombres entre sí? ¿Será la individualidad absorbida por el género? Aun entre los colectivistas más radicales y más fanáticos, muy pocos admiten una tendencia semejante; la mayoría de ellos están más bien dispuestos a asentar el valor de su socialismo sobre

la simple prueba del desarrollo efectivo de la individualidad, sobre el incremento en la satisfacción de las necesidades que diferencian al individuo de sus semejantes. Si bien la cifra absoluta de las necesidades generales que pueden ser cubiertas mediante el trabajo de rutina va a aumentar permanentemente, si bien la mayor satisfacción permitida a los individuos como tales va a consistir en gran parte en el uso individual de posibilidades accesibles a todos por igual, en el disfrute individual de placeres que "están distribuidos en la más amplia comunidad", es sin embargo pequeño el número de aquellos que no señalan enérgicamente que uno de los objetivos y resultados más importantes de este desarrollo colectivista va a ser justamente la capacitación del individuo para una satisfacción y atención más completa y más libre de sus tendencias individuales. Si éste es el caso —y parece irrefutablemente correcto—, entonces cada aumento del colectivismo, que se basa en la utilización más económica de productos homogéneos de la naturaleza y de los hombres, va a tener que ser compensado mediante un incremento creciente de la actividad humana dirigida a este tipo de trabajo, que aquí fue caracterizado como "arte" en el sentido más amplio... Las bellas artes proporcionan, naturalmente, el ejemplo más simple de esta actividad, pero no hay material, como lo demostró tan admirablemente Ruskin, que no pueda ser tratado artísticamente, tan pronto esté dada en el público una sincera valoración de la excelencia del producto. Los metales, la madera, la piedra, el cuero, cada clase de material se convierte en una manualidad allí donde viven amantes de bellas formas y colores, que despliegan los rasgos más nobles y fieles del arte. Sólo pocos van a negar que el progreso cultural de una nación consiste en el continuo desarrollo de las diferencias en el trabajo y en los placeres. Pero si esto es así, entonces estamos ante una disminución del trabajo aplicado a los productos comunes o estandarizados frente al trabajo que es individual tanto en lo que se refiere a su ejercicio como al placer que proporciona su producto. Naturalmente esto no quiere decir que el disfrute de un importante cuadro por parte de una gran fracción de la población es incompatible con el verdadero progreso, sino sólo que este placer, si bien es decididamente común a muchos, va a ser más diferenciado, esto es, más individual, en lo que se refiere a su apreciación y satisfacción.

La historia contemporánea no nos proporciona ninguna prueba de que las bellas artes o aquellas artes que, aun cuando no sean tan finas, sirven para la satisfacción de tendencias individuales del gusto, tiendan a pasar de los talleres pequeños a los grandes, en la dirección del colectivismo. Los rasgos económicos fundamentales de la gran industria, el empleo de procesos de producción mecánicos y de un funcionamiento rutinario, no pueden ser aplicados del mismo modo a ellas. Puesto que dependen en su mayor parte de un incesante cuidado individual en la ejecución, y no de la división muy avanzada del trabajo que acompaña a la producción mecánica, la mayoría de ellas no dan siquiera el primer paso para su transición a grandes talleres. Si bien un artículo artístico en la sastrería puede ser elaborado sobre la base de un tosco trabajo mecánico, los procesos más finos, que justamente integran el arte, se apartan, por regla general, de la economía de la división del trabajo. "La falda que es confeccionada por la máquina y por el tosco trabajo basado en la división del trabajo no queda bien ni puede quedar bien", dice la señora Webb comentando la industria londinense de sastrería. Algo similar leemos en relación con la fabricación de relojes de mesa y relojes de precisión, una industria que todavía conserva en Londres su carácter originario: la fabricación de un reloj de mesa se efectúa utilizando tanto la mano como la máquina bajo uno y el mismo techo. Los obreros aprenden la fabricación de todo el reloj, y sea cual fuere su trabajo especial, lo ejecutan con un conocimiento total de su papel dentro del funcionamiento de todo el reloj. Aquí vemos que incluso en la fabricación de un mecanismo subsiste el principio de la unidad y la individualidad. No sólo una poesía y un cuadro, sino tam-

bién una falda que queda bien y un buen reloj son elementos individualizados que albergan el toque distintivo de la obra de arte y le dan el correspondiente carácter a la industria en cuestión. Los dos factores estrechamente ligados —división del trabajo y producto mecánico—, que indudablemente benefician a las grandes y complicadas empresas que tienden al colectivismo, pierden así su efectividad cuando se trata de la satisfacción de necesidades individuales más refinadas. No sólo en las ramas superiores de esta industria (como la cuchillería, la encuadernación, la ebanistería) encontramos una saludable supervivencia de la explotación doméstica o del pequeño taller, sino también en industrias que maduraron algunas de las peores formas de trabajo pesado, y así el mejor trabajo se mantiene en empresas que conservan el tipo originario, como por ejemplo la zapatería y la cordelería. Tampoco es simpre el gusto individual del consumidor el que le confiere el carácter artístico a una determinada rama industrial. Un análisis más minucioso de la estructura de la industria textil demostrará que la naturaleza de la materia prima determina el carácter de la industria tanto como el volumen y la homogeneidad de la demanda. La industria de la seda y algunas ramas de la industria del algodón no pudieron asimilar del todo la economía de la producción mecánica, en parte como consecuencia de ciertas irregularidades y peculiaridades de la materia prima, cuyo tratamiento requiere cuidado y juicio, en parte debido a la irregularidad y el carácter calificado de la demanda...

Evidentemente, estas industrias, en las que el trabajo calificado ocupa una parte relativamente insignificante del proceso global y en las que, generalmente, existe una demanda amplia y permanente por bienes de una calidad no muy diferenciada, se transforman en grandes formas capitalistas; el pequeño resto de trabajo calificado es allí sólo un complemento para el gran trabajo rutinario. Pero es importante tener en claro que existe un importante y verdadero contraste entre las industrias que están orientadas a la satisfacción de la demanda cuantitativa y aquellas que sirven a la demanda cualitativa...

Posiblemente sea correcto pensar que en una sociedad desarrollada no se va a imponer con mucha fuerza la tendencia a expresar la individualidad en artículos de uso material ordinario, así como que las oscilaciones de la moda —al igual que aquella irregularidad de la demanda, producto de un capricho imprevisible— van a ser disminuidas mediante la educación y una igualación aproximativa de los medios materiales. Sin embargo, no podemos caracterizar a toda la producción material como un mecanismo de fuerzas económicas, que tiende irresistiblemente hacia el trabajo rutinario y hacia el funcionamiento colectivo. Es por cierto probable que, como será señalado por parte de los socialistas, del otro lado se va a producir un *acercamiento*, de tal modo que estados y comunidades que en un comienzo se limitaron a la explotación de industrias rutinarias, lleguen, a través de la experiencia, a hacerse cargo y a manejar exitosamente negocios en los que la rutina juega un papel insignificante. Esta hipótesis tiene una cierta validez apriorística y tiene también a su favor algunas experiencias. Pero con ello no se anula el principio básico de la diferenciación entre industrias que en un momento dado son de naturaleza fundamentalmente colectivista y aquellas que no lo son. El significado que cada sociedad y que cada época atribuyen al concepto "rutina" puede diferir según el grado de su desarrollo, pero por ello no es menos acertado que incluso el estado mejor preparado para empresas colectivistas, y menos entorpecido por derechos establecidos para hacerse cargo de ellas, va a limitar, no obstante, la gestión directa a industrias que pertenecen relativamente a la rutina...

Este principio —llamado por nosotros de contraste entre el consumo cualitativo y el cuantitativo, entre la industria rutinaria y la industria artesanal— cubre en realidad las líneas básicas del desarrollo a las que se refieren los colectivistas. El profesor Marshall resume una investigación muy valiosa sobre las condiciones de la gran industria con la explicación de que "a primera vista hay razón para suponer que la suma de las posibilidades de satisfacción está lejos de haber alcanzado su punto máximo, ni puede ser muy acrecentada por la acción colectiva en la forma de fomento de la producción y el consumo de objetos, donde opera con especial fuerza la ley de los rendimientos crecientes".[a] Entonces ¿cuáles son los productos a cuya fabricación y distribución se puede aplicar la ley de los rendimientos crecientes? Son los "productos de rutina" que satisfacen necesidades comunes a grandes masas de consumidores. Son los objetos que, dado que mantienen una demanda voluminosa y regular, en ciertas formas y calidades comunes, pueden ser fabricados y vendidos más baratos en gran escala que en una menor. Una maquinaria y una división del trabajo extendida son aplicadas en la mayor medida para mantener bajos los costos de fabricación, mientras que la compra y la venta al por mayor y una amplia publicidad abaratan la venta, y finalmente, lo que no tiene menos importancia, se ahorran los gastos en concepto de distribución y manejo. Pero estos ahorros en los costos son justamente las fuerzas por las que hemos visto que los negocios de rutina se encaminan por la vía del colectivismo. El juicio del profesor Marshall, junto con el material de verificación cuidadosamente comprobado sobre el que se apoya, es un testimonio muy importante respecto de la factibilidad del colectivismo en relación con las "industrias de rutina".

El profesor Marshall también reconoce, si bien no tan consecuentemente, la relación de esta tendencia con la teoría de los monopolios. La polémica colectivista gira en gran parte en torno de la afirmación de que el control colectivista es necesario para salvaguardar los intereses de los consumidores frente a los monopolios. Ahora bien, hay dos clases de monopolios: aquellos en los que el poder monopólico procede de la disposición sobre una fuente limitada por la naturaleza o por la ley, y aquellos en los que este poder tiene su origen en la economía más elevada de las grandes empresas sobre las más pequeñas. La mayoría de los monopolios más poderosos reúnen estas dos fuerzas en la medida en que, como los ferrocarriles y *trusts* como la Standard Oil Company, se apoyan en parte sobre un monopolio de la tierra o de la materia prima y en parte sobre la magnitud del capital empleado. Pero la diferencia con respecto a la fuente de poder apunta claramente al hecho de que, tan peligrosos como son ambos tipos de monopolio para la comunidad, la defensa del interés común va a adoptar frente a ellos una orientación diferente. Donde el volumen del capital, el *dumping* a los competidores y el estrechamiento del campo de competencia efectiva son la fuente del poder, hasta tanto se pueda constituir un sindicato que detente el control absoluto del mercado, tenemos que enfrentarnos con un negocio de rutina que aprovecha la acción de la ley de los rendimientos crecientes para erigir un monopolio privado. Estas formas se cristalizan en todas partes ante nuestros ojos en las industrias más desarrolladas, si bien muchas veces no del todo perfeccionadas ni con un ejercicio absoluto de su poder monopólico. Ellas no son, como muchas veces se afirma, el producto de tarifas aduaneras, si bien en América las tarifas contribuyeron a su madurez. Son el producto normal y necesario de la competencia industrial, donde la economía de la máquina y la amplitud de los mercados convierten a la extensión y a la fortaleza en condiciones funda-

[a] Alfred Marshall, *Principles of economics*, 2ª ed., vol. 1, p. 537. Si bien para la mayoría de los lectores de este periódico es superfluo, anotemos aquí que por "ley de los rendimientos crecientes" se entiende el hecho de que en determinadas industrias y dentro de ciertos límites, la ampliación de la explotación (aplicación de más trabajo y más capital) aumenta el rendimiento en términos absolutos y relativos. Mientras que en la agricultura, donde en un suelo determinado el rendimiento no guarda correspondencia con la creciente aplicación de capital y trabajo, sino que disminuye en términos relativos (pudiendo de todos modos aumentar en términos absolutos), opera "la ley de los rendimientos decrecientes".

mentales del éxito, circunstancias bajo las cuales la competencia tiene que hacerle finalmente lugar al monopolio privado del competidor más grande y mejor situado. El pedido de protección estatal frente al poder que estos monopolios ejercen sobre los consumidores, así como sobre los obreros, cuya ocupación y existencia ellos tienen en sus manos, es un factor cada vez más poderoso de la política actual. En Inglaterra y en el continente europeo hay hasta ahora sólo pocas industrias de las que pueda decirse que alcanzaron la forma de un monopolio perfecto, que continuamente se eclipsó frente a toda competencia directa. Pero hay muchos ejemplos en los que el dominio del capital organizado afecta seriamente la formación del precio, como corresponde a la competencia, y donde el poder monopólico se diferencia sólo por el grado del "trust" perfecto. Corresponde al curso del desarrollo histórico verificar si la presión real de estos peligros y trastornos se revela como un factor más eficaz para la difusión del colectivismo, dada la comprensión consciente sobre la maduración del tipo de empresas indicadas para asumir la forma colectivista, o si surge la capacidad de la comunidad para hacerse cargo de estas explotaciones. La demanda formulada por los teóricos del colectivismo, y apoyada en razones de naturaleza utilitaria o humanitaria, de que el estado debería poner bajo su control a aquellas industrias que producen medios de subsistencia necesarios para el pueblo coincide con la política que resulta de las consideraciones basadas en la estructura de las industrias. Pues justamente la mayoría de aquellas industrias que bajo la influencia de fuerzas puramente económicas tienden al monopolio, producen bienes del consumo más general. Estos "artículos de consumo necesarios" tendrán la mayor demanda regular y se convertirán en "mercancías de rutina", y puesto que la práctica de un monopolio hace peligrar su colocación menos que la de otras mercancías, los monopolios para su comercialización se van a revelar para el empresario como los más beneficiosos. De esta manera el clamor por una política colectivista —en el sentido de que cada vez más esferas de la producción de "medios de subsistencia necesarios" quedan sujetas a la gestión pública— está en consonancia con el otro principio sobre el cual fundamentamos el progreso colectivista. Este reconocimiento del desarrollo de monopolios privados como un proceso natural de desarrollo remite al colectivismo como único medio de sustitución de los mismos. La única alternativa del monopolio privado es el monopolio público. Pues si un monopolio privado es el producto de fuerzas económicas que frenan la competencia, entonces es absurdo despedazar el monopolio para restablecer la competencia. Es imposible volver hacia atrás la aguja del reloj mundial. Un monopolio privado que descansa sobre un privilegio legal puede ser eliminado mediante la abolición de su fundamento legal, pero frente a un monopolio desarrollado a partir de relaciones competitivas no hay otro medio más que el colectivismo.

En las industrias donde se evidencian principalmente elementos de un "monopolio natural" no es posible comprobar una tendencia general que opere en el mismo sentido. El problema de la grande y pequeña empresa en la agricultura tiene todavía que ser resuelto primero en diferentes ramas del cultivo del suelo y bajo diferentes relaciones sociales y raciales. En algunos grandes sectores parece retroceder la "mezquindad de la naturaleza" ante el empleo de la máquina y del capitalismo, de manera tal que también la agricultura pueda beneficiarse de la ley de los rendimientos crecientes. Donde ocurre esto, como en las grandes granjas agrícolas, la agricultura adopta los rasgos de la gran explotación fabril y se convierte en una industria de rutina. El punto máximo de este desarrollo sería, por consiguiente, no sólo la nacionalización del suelo, sino también de la explotación del suelo. Sin embargo, donde subsiste la pequeña explotación —y la fuerte individualización, la constitución del suelo, el clima, la situación y otros factores naturales indican que seguirá subsistiendo— la agricultura queda, según nuestro criterio, excluida de la esfera de la simple industria de rutina. Esto parece aludir a

una política colectiva de dos frentes, según tengamos que ocuparnos de monopolios que se desarrollaron bajo la influencia de la ley de los rendimientos crecientes y aquellos que se erigieron bajo la ley de los rendimientos decrecientes. Mientras los primeros tienden a caer en la gestión colectiva directa, los otros pueden quedar bajo la gestión privada, y la política colectivista limitarse a emplear para beneficio público toda la renta que descanse sobre el valor especial que le confiere a las fuentes naturales la necesidad pública.

Una política basada en el reconocimiento de estos principios del desarrollo colectivista no es, evidentemente, de ninguna manera un compromiso. Ella reclama para la economía colectiva todos los negocios de los que puede hacerse cargo provechosamente la comunidad. Reconoce que el dominio absoluto de esta actividad comercial se desarrolla en dos direcciones: primero y sobre todo haciendo que las "industrias de rutina" maduren hacia una forma de monopolios privados antisociales, y segundo en la forma de una capacitación creciente, favorecida por la experiencia, de la comunidad política para el manejo de empresas públicas. Puesto que la tarea inmediata de la política colectivista consistirá en estructurar las demandas que la sociedad tiene que formular al individuo de tal manera que, a través de una economía adecuada, al mismo le sea dejada, en un grado continuamente creciente, la oportunidad para la libre ocupación de su energía, dicha política también reconoce que la parte de energía organizada directamente para fines colectivos va a estar en una proporción decreciente con respecto a la energía total de los individuos y que, por ello, el dominio de la empresa privada, en todas las ramas de la actividad, va a crecer más rápidamente que el campo del colectivismo.

Éstos no son principios nuevos y tampoco son presentados aquí como tales. Si aquellos que trabajan prácticamente en pro de reformas sociales y económicas continúan despreocupándose por los principios, la lógica inevitable de los hechos los va a llevar por el camino bosquejado hacia el colectivismo. Pero van a tener que pagar el precio que siempre tuvo que pagar el empirismo de miras estrechas; con paso lento, inseguro, con innumerables arranques y retrocesos equivocados, se van a dirigir en la oscuridad hacia un objetivo desconocido, siguiendo huellas desconocidas. El desarrollo social puede consumarse consciente o inconscientemente. En el pasado fue generalmente inconsciente, y por ello su camino fue lento, costoso y peligroso. Es nuestro deseo que en el futuro sea más rápido, menos amenazante y más efectivo, y de ese modo se convertirá en la expresión consciente de la voluntad educada y organizada de un pueblo que no considera a la teoría como inútil para la práctica, sino que la utiliza para poner la economía en sus manos.

Hasta aquí Hobson. No es nuestra intención criticar detalladamente sus explicaciones. Por ello es que antes que nada subrayaremos brevemente que se trata de una hipótesis puramente arbitraria, sólo admitida para los fines de su análisis particular, aquella a través de la cual considera que toda la industria está en primer lugar dirigida al consumidor. Sólo es correcto decir que ninguna industria puede existir sin consumidores, pues, por el contrario, es sabido que en la actualidad toda la industria privada está antes que nada para crear fuentes de ingreso para los *productores*, y el consumidor sólo es un medio para el fin. De todos modos, esto es aquí solamente formal. Es más importante que —evidentemente también sólo en aras de la brevedad— el consumidor aparece, como sucede generalmente en este tipo de investigaciones, exclusivamente como el último consumidor, esto es, el consumidor "improductivo", mientras que

en realidad el consumidor productivo desempeña un papel tan importante en el mecanismo económico moderno que pasarlo por alto significa abrirle las puer- tas de par en par a razonamientos falsos. Antes de que un producto se convierta en un bien de uso para el consumidor final fue, totalmente o en sus partes integrantes, artículo de uso para consumidores productivos, que naturalmente no tienen pretensiones individuales artísticas, sino que sólo se preocupan por las bondades del material, etc. Esto permite reconocer que el círculo de las "in- dustrias de rutina" es considerablemente mayor de lo que se puede ver a través de un análisis que sólo toma en cuenta a los consumidores finales. Las indus- trias de materias primas y semimanufacturas son casi todas industrias de rutina, o tienden poderosamente a serlo. Sólo en la última elaboración del objeto de consumo, desempeña su papel el factor artístico individualista.

Por lo demás, el criterio de producción de "rutina" o "artística" es muy fruc- tífero para la cuestión arriba tratada. Sobre todo, en lo que se refiere a la perspectiva histórica, coincide en general con el criterio dado en *El capital* acerca de los tipos de explotación, que en el caso concreto también queda sin examinar por él. Se trata de un valioso complemento del mismo en la medida en que ofrece un asidero para una evaluación más exacta del curso probable del desarrollo, y nos preserva de conclusiones apresuradas en relación con un inminente dominio exclusivo del colectivismo. Pues sea como fuere que uno se imagine la relación cuantitativa entre industrias de rutina e industrias artísticas (en el sentido anterior), después de lo expuesto parece evidente que las primeras nunca avasallarán tanto a las segundas como para hacerlas "desaparecer". Co- rresponde mucho más a la ley de la dialéctica que justamente el creciente aumen- to y desarrollo de las explotaciones colectivistas vuelva a crear las condiciones para una nueva actividad productiva individual, que la circunstancia de que ella misma genere las condiciones que contrarresten su proliferación. Hoy en día ya vemos claramente esto en muchos ejemplos, y sería una perspectiva muy triste que la humanidad se acercara a un futuro que sólo conociera una forma de movimiento.

Si por ello no estamos de acuerdo con diferentes detalles de las explicaciones de Hobson, nos parece que la idea fundamental de las mismas es irrefutable. De todos modos, por mucho tiempo tenemos que desembarazarnos de la idea de que nos acercamos a un estado social totalmente colectivista. Tenemos que familiarizarnos con la idea de una comunidad colectiva parcial.

5. LA SITUACIÓN ACTUAL DEL DESARROLLO INDUSTRIAL EN ALEMANIA

Antes de que pasemos al punto siguiente de nuestra investigación, corresponde preguntarnos cuál es en estos momentos la situación general del desarrollo hacia la forma de explotación colectivista, y qué ocurre con el curso real de este desarrollo.

Ninguna persona competente niega en la actualidad que en la industria alemana el tono lo da el pasaje de la explotación pequeña a la grande, de la manufacturera a la fabril, de la fábrica grande a la gigantesca. Las cifras publicadas hace poco de las industrias del Reich y la estadística laboral ponen el hecho fuera de toda duda. Comparado con 1882, año del último censo, con un aumento de la población de 14.8 %, el grupo B de las profesiones censadas (industria, minería, siderurgia y construcción) revela en el año 1895 las siguientes modificaciones en los números de trabajadores:

	1882	*1895*	*Aumento o disminución*	
			Absoluto	*%*
Gerentes independientes	1 861 502	1 774 481	— 87 021	4.68
Industrias domésticas independientes	339 644	287 389	— 52 255	15.39
Personal técnico, de vigilancia, comercial	99 076	263 747	+ 164 671	166.21
Operarios, aprendices, maquinistas, conductores, así como miembros familiares que trabajan en la explotación	4 096 243	5 955 613	+1 859 370	45.39
TOTAL	6 396 465	8 281 230	+1 884 765	29.47

Las cifras hablan por sí mismas. Si en el año 1882 por cada trabajador independiente había dos empleados, en el año 1895 la relación era 1:3, lo que implica un cambio que a primera vista parece considerable.

Sin embargo, estas cifras ocultan al lego toda su importancia. Una proporción de tres empleados, como promedio, por cada industrial independiente para todo el país permite interpretar que la gran industria está, todavía en la actualidad, avanzando considerablemente respecto de la pequeña industria (manufactura y pequeña fábrica), pero no tanto como para ser considerada la soberana. Si en trece años, a pesar de los enormes progresos que hizo la técnica en este tiempo, el número de los independientes en la industria disminuyó en total, aproximadamente, en 140 276, o un poco menos del 6.4 %, entonces podría parecer como que todavía está muy lejos de cumplirse el total arrinconamiento

de la manufactura y de la pequeña industria por parte de la gran industria, como si a las primeras le estuvieran reservados dominios muy importantes además del trabajo artístico.

Aún no se ha establecido cómo se distribuían en los diferentes grupos de explotación, en el año 1895, los obreros activos en la industria —los empleados comerciales y de vigilancia tienen que ser incluidos, sin más, en las explotaciones medianas y grandes. De acuerdo con estas cifras se podrá esperar un significativo aumento de las personas ocupadas en empresas grandes y medianas, y una disminución, si bien no absoluta al menos relativa, de las personas activas en pequeñas empresas. Pero además habrá que estar preparado para que estas cifras hagan aparecer también a las pequeñas empresas en su totalidad como incomparablemente más fuertes, esto es, como abarcando juntas un grupo mucho mayor de obreros. Ya el número promedio de tres obreros por un industrial independiente indica esto. Sabemos por informes de inspección de fábricas y por relevamientos especiales que hoy en día Alemania tiene numerosas grandes empresas cuyo personal obrero se cuenta por cientos y, además, un número todavía mayor de empresas medianas. Si esto es así, entonces la cifra promedio 3:1 sólo se explica por el hecho de que frente a ellas hay todavía un número enorme de empresas muy pequeñas y diminutas, en una proporción de 99:1, y que la proporción de los obreros ocupados en la gran industria con respecto a los ocupados en la pequeña está lejos de haber alcanzado el mismo estado. Con otras palabras, que el número total de los obreros ocupados en las grandes empresas está considerablemente por detrás del de los obreros ocupados en pequeñas empresas. De los 8 millones de personas activas en la industria, por lo menos 5 millones deberían pertenecer a la industria mediana y pequeña, y por lo menos la mitad a los talleres pequeños (manufactura e industria doméstica).

En realidad esto se parece poco al cuadro que evoca en la imaginación nuestra frase anterior respecto de que el desarrollo hacia la gran industria es el que brinda el tono dominante en la actualidad. De todos modos estas cifras aproximadas están lejos de expresar la verdadera relación entre la grande y la pequeña industria. Sólo muestran el agrupamiento exterior de la parte de la población industrialmente activa, en el sentido más estricto, pero ocultan, en cambio, todos los hechos que son necesarios para la investigación de las relaciones internas, volumen, carácter, etc., de la *producción*. Para informarnos sobre ello no sólo necesitamos los datos del censo profesional, que todavía se esperan, así como la distribución según grupos de explotación en las diferentes ramas de la producción, sino también los referidos a la posición de las diferentes explotaciones en su grupo de producción, a la relación de las capacidades de producción y otros detalles similares, sobre los que no nos informa en absoluto la estadística laboral misma. Por el momento, sólo podemos apreciar en forma aproximada la verdadera situación sacando conclusiones sobre el desarrollo de las relaciones internas a partir de la relación entre las cifras, dadas ahora a conocer, del censo industrial de 1895 y las correspondientes al censo de 1882.

Un análisis extraordinariamente laborioso y digno de leerse de las cifras del censo profesional de 1882 lo encontramos en el escrito *Über die Grenzen der Weiterbildung des fabrikmässigen Grossbetriebs in Deutschland*, del doctor

Ludwig Sinzheimer.[1] Es una investigación totalmente objetiva, si bien no descolorida, respecto del estado alcanzado por la gran producción fabril en Alemania y de cuáles son las posibilidades de su desarrollo ulterior. En el libro mencionado la cuestión es analizada sólo desde el punto de vista técnico y comercial, y sólo en un segundo escrito el autor pretende analizarla en su importancia política y social ("desde el punto de vista del problema obrero"). Por la exactitud y el carácter abarcador de su investigación, puede esperarse con interés esta segunda parte de la misma. Por lo demás, en general el criterio político y social del doctor Sinzheimer está ya bastante claramente indicado en la primera parte. Sinzheimer pertenece a la escuela de Brentano y comparte con ella la valoración de la gran industria como portadora del progreso político y social, una concepción que no criticaremos en este lugar, sobre todo porque ella apenas si induce al autor a conclusiones irrelevantes respecto del objeto de su investigación, que aquí nos ocupa. Si tenemos que objetar algo de su trabajo, son más bien —junto a un cierto abandono en el estilo— los innumerables pasajes con dobles y triples salvedades que presenta. Sabemos apreciar el cuidado del investigador científico ante el peligro de las generalizaciones que se imponen, pero en un trabajo terminado este tiene que manifestarse de otro modo que en una permanente recurrencia a excepciones y alternativas, si no se quiere perjudicar la claridad de la exposición. También desde el punto de vista puramente técnico el trabajo podría haber sido más claro, ya que una mejor división habría posibilitado una exposición más fluida, más diáfana. Estas objeciones se aplican, de todos modos, sólo a la forma del escrito, pero están ampliamente compensadas por la riqueza de su contenido, la abundancia de material instructivo y el tratamiento profundo y amplio del tema. Resultaría difícil exagerar su valor para quien desee orientarse en este tema de la mano de una investigación concienzuda y competente.

Veamos ahora qué es lo que ocurre según el autor con el desarrollo industrial de Alemania.

Sinzheimer parte del censo industrial y profesional de 1882, y su investigación se refiere precisamente a los grupos I, II y III hasta XVI de la estadística del Reich: industria en el sentido estricto, minería, horticultura y cría de animales, sin incluir la cría de animales útiles para la agricultura. En este grupo había las siguientes explotaciones y talleres industriales domésticos (suprimiendo explotaciones secundarias —consideradas, en general, como intrascendentes):

	Cifras absolutas	%
I. Explotaciones con un máximo de 10 personas	2 241 533	98.1
II. Explotaciones con 11-50 personas	36 048	1.5
III. Explotaciones con más de 50 personas	9 509	0.4
TOTAL	2 287 090	100.0

[1] Stuttgart, 1893, edición de J. G. Cotta Sucesores, p. 198 (tercera parte de los estudios de economía política).

Si se suprimen también los talleres industriales domésticos (que constituyen sólo partes integrantes, localmente distribuidas, de explotaciones de la industria doméstica y de otras explotaciones), entonces resulta la siguiente relación de las formas de explotación: [2]

	Cifras absolutas	%
Explotaciones artesanales	1 895 749	97.0
Explotaciones de industria doméstica	19 209	1.0
Pequeñas fábricas	29 753	1.5
Grandes explotaciones fabriles	9 509	0.5
TOTAL	1 954 220	100.0

Aquí vemos que la explotación grande y mediana ocupa ya frente a la pequeña algo más de espacio que en la primera tabla. Pero la relación sigue establecida entre una mayoría aplastante y una minoría insignificante. Muy diferente es la situación si nos guiamos por las personas ocupadas en los diferentes grupos de explotaciones. Ahí obtenemos los siguientes números (incluidos los gerentes, etc.):

	Cifras absolutas (personas)	%
Explotaciones artesanales	3 255 513	53.85
Explotaciones de industria doméstica	544 980	9.02
Pequeñas fábricas	686 144	11.35
Grandes explotaciones fabriles	1 558 574	25.78
TOTAL	6 045 211	100.0

Si bien la gran explotación fabril ahora se aproxima, dotada de un numeroso ejército, de todos modos mantiene con la totalidad de las demás formas de explotación solamente una relación de 1:3, y con respecto a la manufactura sola una proporción de 1:2. Dispone de un cuarto de las personas activas en la industria, y si le sumamos la parte del león de las personas que trabajan para las explotaciones industriales domésticas, de un tercio.

Uno de los fenómenos más significativos del censo industrial de 1895 es el considerable retroceso de las personas que ejercen la industria doméstica como

[2] Por falta de espacio no podemos entrar aquí en detalles sobre el método según el cual Sinzheimer realiza sus reducciones. Por ello sólo diremos que nos parece que únicamente admite objeciones en la medida en que Sinzheimer tiende a concederle a las pequeñas explotaciones algo más de lo estrictamente necesario.

En adelante todas las empresas con hasta 10 personas son caracterizadas como artesanales, las de 11 a 50 personas como pequeñas fábricas y las de más de 50 personas como grandes explotaciones fabriles. Las explotaciones industriales domésticas se distribuyen entre estos tres grupos según su tamaño, y sin embargo la mayoría pertenece a los dos últimos grupos.

actividad principal. No es una hipótesis demasiado arriesgada decir que la gran mayoría de ellas tiene que ser buscada ahora en las grandes explotaciones industriales. Pero supongamos que en total haya aumentado, entre 1882 y 1895, un 50 % el número de las personas activas en la gran industria, de acuerdo con el desarrollo arriba verificado de la relación de los trabajadores independientes con los empleados de 1:2 a 1:3: entonces en 1895 ascendería sólo a 2 300 000, o sea, que estaría en una relación de 4:7 con el número total de los asalariados empleados en la industria y en una relación de 2:5 respecto del número total de todos los trabajadores pertenecientes a la industria.[3] Por consiguiente, en todo caso, el número de trabajadores directamente activo en las grandes explotaciones fabriles sería muy inferior al activo en pequeñas fábricas, explotaciones artesanales y talleres domésticos. Con lo cual —y se trata de un dato que no hay que perder de vista— se revela que el límite inferior de las grandes explotaciones fabriles con 51 personas es bastante bajo como mínimo.

De todos modos, a esto se opone que la estadística del Reich de 1882 consignó ramas industriales espacialmente separadas así como secciones especiales unificadas de una y la misma empresa. En tanto éstos caían en diferentes órdenes de industrias fueron contabilizados como empresas aisladas, y de este modo le fueron asignados a los rubros de pequeñas fábricas y explotaciones artesanales una cantidad de lugares de producción que en realidad eran partes integrantes de los grandes establecimientos industriales. Un rasgo característico del desarrollo industrial moderno —que se señaló muchas veces en este periódico— consiste en que mientras por una parte condujo y aún conduce a una profunda especialización en la producción, por otra parte madura nuevas centralizaciones en una escala ampliada, a veces grandiosa. La escuela spenceriana aplica a este proceso, que corresponde a la negación de la negación hegeliana, el concepto de diferenciación e integración tomado de las matemáticas, y nuestro autor lo caracteriza con las expresiones especialización y combinación. "Se puede —dice— llamar a la primera una diferenciación en el sentido horizontal y a la combinación una unión en el sentido vertical." Naturalmente, la nueva combinación tiene generalmente un aspecto muy diferente a la antigua, porque descansa sobre otra técnica y otras relaciones de mercado, pero a veces parece que sólo cambió la escala, algo similar a lo que ocurre en el comercio, donde la primitiva tienda de abarrotes festeja su resurgimiento en los grandes depósitos de mercancías. El autor dedica una parte considerable de su escrito, y no la menos interesante, a examinar la cuestión de cuándo y por qué la empresa combinada está en mejores condiciones de competir y es más capaz de resistir que la simple; un examen al que sólo podremos hacer aquí una breve alusión, sin abordarlo de modo más detallado. Señalemos solamente que la combinación en diferentes direcciones puede realizarse según la naturaleza de la empresa principal. Ella puede consistir en que se considere más ventajoso producir allí mismo las materias primas, etc., necesarias para la fabricación de la mercancía principal, en lugar de comprarlas en el mercado, pero también en el hecho de que la mercancía principal y sus residuos sigan siendo utilizados en la misma empresa.

[3] La última proporción es la más adecuada, porque en ella están incluidas las cifras de independientes y empleados para los talleres, en su mayoría pequeños.

Todo depende aquí, como lo explica el autor valiéndose de muchos ejemplos tomados de la práctica, de la naturaleza de la mercancía principal, de la técnica especial de la empresa y de las condiciones de la colocación. La técnica determina también si los productos secundarios agregados a la producción principal de la empresa pueden ser fabricados o no en el mismo edificio o lugar de trabajo. Si no lo son, entonces los lugares de producción especiales quedan, sin embargo, como partes integrantes íntimamente ligadas a la empresa central. Una explotación semejante que trabaja, tal vez, con mucho capital constante y poco capital variable, que emplea costosas máquinas y pocos obreros, queda ubicada en la estadística del Reich entre las pequeñas fábricas o incluso entre las explotaciones artesanales, mientras que en realidad pertenece a la gran explotación fabril. El autor presenta para ello algunos ejemplos ilustrativos, que demuestran que estos casos son mucho más frecuentes de lo que comúnmente se imagina. Al mismo tiempo muestra cuán poco confiables son la mayoría de los criterios acerca de la naturaleza de las explotaciones (número de obreros, fuerza motriz de las maquinarias empleadas, etc.) cuando se los aplica aisladamente. De todos modos, para no apartarnos del objeto de nuestra observación debemos aceptar como indiscutible que el artesanado y la pequeña explotación fabril aparecen en la estadística industrial como mucho más fuertes numéricamente de lo que son en realidad.

Otra circunstancia que hace aparecer al artesanado como mucho más fuerte de lo que en realidad es, reside en el conocido hecho de que en ciertos casos, que aumentan diariamente, el artesano es más bien un comerciante con mercancías fabriles que un verdadero productor, y que incluso su actividad artesanal consiste fundamentalmente en un simple unir, pulir, limar, etc., productos fabriles para determinados fines del consumo. Si se quisiera que todas las personas asignadas al artesanado, que en realidad como productores son sólo miembros dislocados de la explotación fabril, quedaran adscriptos a ésta, entonces nuestra tabla tendría un aspecto totalmente diferente.

Aun si prescindimos de ello y tomamos en consideración otro factor, igualmente poco cuestionado, obtenemos un cuadro radicalmente diferente de la importancia de la gran industria fabril frente a la pequeña fábrica y el artesanado. Este factor es la productividad, o bien la *capacidad de producción misma*. Que la productividad del obrero es mucho más elevada en la gran fábrica que en la fábrica pequeña, y ésta, a su vez, considerablemente más elevada que en el artesanado, es tan incontrovertible que no hace falta decir una palabra sobre esto. Mucho más discutible es, naturalmente, la magnitud calculable de esta diferencia. El conocido estadístico norteamericano Carol D. Wright supone, para el año 1882, que en los Estados Unidos cada obrero fabril realiza, como promedio, una cantidad de trabajo 50 veces mayor que el antiguo obrero manual. Sin embargo, en la actualidad también son empleadas en el artesanado máquinas operadoras y máquinas motrices, y así esta cifra sería decididamente bastante elevada. Sin embargo, en Alemania en el año 1882 la maquinaria motriz desempeñó un papel insignificante en el artesanado, como lo demuestra Sinzheimer con la siguiente tabla elaborada sobre la base de la estadística del Reich:

CANTIDAD DE OCUPADOS EN EXPLOTACIONES MOTORIZADAS, O BIEN EN TALLERES INDUSTRIALES DOMÉSTICOS MOTORIZADOS

Tipo de explotación según tamaño	*Absoluto*	%
I. Explotaciones con un máximo de 10 personas	228 455	12.1
II. Explotaciones con 11-50 personas	327 184	17.3
III. Explotaciones con más de 50 personas	1 334 133	70.6
TOTAL	1 889 772	100.0

Observamos cuán insignificantes parecen aquí las pequeñas explotaciones, no obstante ser predominantes según su número. Y eso que sólo se ha tenido en cuenta el empleo y no la fuerza de los motores empleados, que por regla general aumenta en proporción al tamaño de la explotación. De acuerdo con lo dicho, las cifras que Sinzheimer admite para ilustrar la relación de la producción en la explotación grande, pequeña y mediana no deben parecer de ninguna manera demasiado elevadas, sino seguramente demasiado bajas. Él supone que sobre la persona ocupada en la fábrica pequeña recae una producción dos veces mayor que sobre la ocupada en el artesanado y en la industria doméstica, y sobre la persona ocupada en la gran explotación fabril, una producción tres veces mayor. En una segunda tabla supone para la gran fábrica una productividad cuatro veces mayor que para el artesanado y la industria doméstica, lo que seguiría siendo, no obstante, demasiado bajo. De todos modos, en estos casos es mejor ser demasiado cauteloso que demasiado atrevido. Igualemos ahora a 100 el producto global de todas las explotaciones y talleres aquí considerados, y entonces, según la relación de productividad, tendríamos:

	Con una relación de productividad 1:2:3 (%)	*Con una relación de productividad 1:2:4* (%)
En el artesanado	33.1	28.5
En la industria doméstica	5.5	4.8
En las fábricas pequeñas	13.9	12.0
En las grandes explotaciones fabriles	47.4	54.7
TOTAL	100.0	100.0

En la última relación —que según nuestro parecer está todavía muy por debajo de la realidad— vemos ya que la gran explotación fabril contribuye con la parte del león a la producción nacional, mientras el artesanado y la industria doméstica juntas aportan aproximadamente un tercio. Sólo estas cifras nos permiten comprender más o menos la importancia de las últimas en relación a las otras formas de explotación.

Estos datos, por lo demás, sólo se refieren a los relevamientos de 1882. Hemos

visto más arriba los importantes cambios consumados desde entonces en la proporción entre las explotaciones grandes y pequeñas, a lo que hay que añadir además el extraordinario incremento de la productividad en las grandes explotaciones desde 1882. En este periódico fueron ya presentadas en diferentes ocasiones algunas cifras sobre dicha cuestión; así, por ejemplo, en el artículo final de la serie "Contribuciones a la historia del desarrollo de la gran industria en Alemania", año 12, tomo 2. Pero ellas se minimizan frente al material que nos presenta Sinzheimer tanto sobre la ampliación de explotaciones fácticamente realizadas como también sobre las posibilidades de ampliación todavía abiertas, ambas demostradas por la experiencia. Lo poderosas que eran éstas en 1882 lo demuestra el hecho de que de 9 509 grandes explotaciones fabriles (las que, como hemos visto, representaban aproximadamente la mitad de la producción industrial del país), 7 667, esto es, más del 80 % de las explotaciones tenían menos de 200 personas (entre 51 y 200), y sólo 124, o sea, el 1.3 % de las explotaciones tenían más de 1 000 personas.

Un punto de partida general sobre el desarrollo consumado desde entonces lo proporciona la estadística sobre la instalación de calderas de vapor. Desgraciadamente falta una para el Reich alemán, pero en lo que se refiere a los principales estados industriales de Prusia y Sajonia, en ambos países aumentó muy considerablemente tanto el número como la productividad de las máquinas y calderas de vapor desde el año 1882. Si se toma por escala el año 1879 y se lo iguala a 100, entonces tenemos:

	Máquinas de vapor fijas		*Calderas de vapor fijas*
	Número	*Productividad en caballos de fuerza*	
En Prusia:			
1885	129.9	136.5	127.8
1892	168.9	203.9	156.8
En Sajonia:			
1882	113.06	?	112.71
1891	177.51	242.09	162.40

Un incremento similar podría haberse verificado en los estados industriales pequeños. La circunstancia de que el porcentaje de productividad aumentó más que el de máquinas demuestra que fueron construidas máquinas cada vez más grandes, lo cual permite a su vez verificar con seguridad una expansión correspondiente de las explotaciones.

Nos abstendremos de entrar en ejemplos particulares, si bien existen cifras realmente sorprendentes para grupos enteros de explotaciones.[4] Sólo subrayaremos

explícitamente, con respecto al artículo de Hobson y para evitar falsas interpretaciones del mismo, que el desarrollo hacia la gran explotación tampoco se detiene ante la *industria artística*. Hobson mismo en su escrito *The evolution of modern capitalism* hizo referencia a este hecho, y nuestro autor presenta ejemplos contundentes de ello. Señala así con razón que las grandes empresas industriales produjeron obras de arte dignas de admiración, obras que el taller individual y la pequeña fábrica no están en condiciones de producir, y por nuestra parte queremos señalar que el famoso literato inglés John Ruskin, después de haber luchado durante una generación contra los métodos de presión lumínica en la reproducción de cuadros, se declaró sinceramente vencido y admite que estas reproducciones pueden competir con las verdaderas obras de arte del antiguo grabado en cobre. En general vemos que la industria artística queda a merced del capital, pero no como explotación fabril, sino como una explotación esencialmente manufacturera.

Cuando se consideran los importantes desplazamientos en la distribución de los trabajadores según las clases de explotaciones, como lo muestra la más reciente estadística industrial, y se suma a ello el hecho indiscutible e indiscutido de que en las grandes explotaciones es donde más aumentó la fuerza productiva del trabajo, entonces no se encontrará demasiado arriesgada la conclusión de que si en 1882, calculado por lo bajo, entre el 47 y el 54 % de la producción total en la industria y en la manufactura recayó en la gran industria fabril, la participación de ésta no puede ser en la actualidad inferior al 60-70 %. Dos tercios, cuando no tres cuartos, de la producción industrial de Alemania corresponden a la gran producción fabril, a la gran explotación colectivista. Este hecho es ocultado a la vista por mil circunstancias, sobre todo porque una gran parte de estos productos de la gran industria son productos semimanufacturados y otra nos es proporcionada por personas que participan sólo aparentemente en su fabricación, pero que en realidad sólo comercian con ellos. Pero no hay duda posible con respecto a su veracidad. Otra cuestión es la que surge al considerar la posibilidad de que las empresas colectivistas, que tienen esta gran participación en la producción nacional, estén en su mayoría maduras para ser retiradas de la economía privada.

[4] Así en 1884 en la industria alemana de hierro en bruto, 137 explotaciones produjeron 3 580 toneladas de ese metal; en 1891, en cambio, 109 explotaciones produjeron 4 641 toneladas, o sea, un aumento del 172 % por explotación. La industria de acero fundido y de hierro fundido tuvo, en el mismo período, un aumento del 157 % por explotación. Sobre los aumentos de la producción en la minería, la industria cervecera, la textil, etc., véase el artículo antes citado publicado en *Die Neue Zeit* (año XII, vol. 2).

4. EL NUEVO DESARROLLO DE LAS RELACIONES AGRARIAS EN INGLATERRA

Una obra aparecida recientemente sobre la situación actual de la agricultura en Inglaterra me aconseja interrumpir una vez más la continuación de la parte más deductiva de este trabajo, para echar todavía una mirada sobre la situación del desarrollo de la producción en la agricultura, después de que en el número 10 se examinó, de la mano de la estadística, la situación del nivel de producción en la industria. No hace falta aclarar la importancia que tiene para toda teoría mantenerse informada en todo momento sobre el curso del desarrollo real. La anécdota del médico que le declaró categóricamente a un paciente por él desahuciado, pero no obstante con vida: "para la ciencia usted está muerto", no es sólo una advertencia para jóvenes esculapios.

En ninguna rama de la actividad económica fue comprobado con tanta frecuencia el rasgo hipocrático como en la agricultura de Europa occidental y central. Sin embargo, no por ello se ha producido su deceso. Así tampoco los hechos, sobre los cuales se profetizó su ruina total, fueron tomados del aire o fueron simples insignificancias. Ellos no pasaron por el paciente sin dejar rastros, sino que marcaron profundos surcos en su rostro. Por eso subsiste la pregunta de si su vitalidad fue perjudicada en realidad sólo transitoriamente o tal vez en forma definitiva, y el comienzo de la catástrofe sólo pudo ser aplazado algo más de lo previsto gracias a la especial resistencia de su constitución y al empleo de ciertos medios artificiales.

Para examinar esta cuestión tal vez no haya otro país más apropiado que Inglaterra. La agricultura inglesa estuvo expuesta, y todavía lo está, más que cualquier otra a la acción de aquellos factores considerados mortales, y tuvo que arreglárselas sin el principal medio artificial mediante el cual los agricultores alemanes y franceses intentaron neutralizar, o al menos debilitar, la competencia de los países exportadores agrícolas recientemente desarrollados. La masa de los grandes centros de población y de los distritos industriales de Alemania están apartados de los puertos marítimos, mientras que las grandes ciudades de Inglaterra —excepto Birmingham— están todas o bien directamente sobre el mar o bien a las orillas de ríos navegados por vapores marítimos, o en las cercanías de grandes puertos marítimos; su ciudad principal es al mismo tiempo su principal emporio del comercio marítimo, el depósito de los productos de todos los países dominantes. Si se calculan los habitantes de Londres, Liverpool, Glasgow, Edinburgo, Aberdeen, Newcastle, Hull, Southampton, Bristol, Cardiff —resumiendo, de todas las localidades marítimas de Gran Bretaña—, entonces se obtiene un conglomerado de personas que se eleva a una suma que oscila entre el tercio y la mitad de toda la población del país. Ningún estado europeo arroja una proporción semejante. Francia queda, en este aspecto, muy por detrás de Inglaterra, y ni hablar de Alemania. Inglaterra está a todo lo ancho a merced de la competencia en medios de subsistencia del extranjero, es el sitio más cómodo de descarga para los excedentes de productos de todos los países y, con ello,

para el excedente de productos de *todas* las categorías, puesto que lo que un país no tiene en demasía ordinariamente otro lo arroja en masa al mercado. Y no hay ninguna rama de la agricultura de la que pueda decirse que le ofrece al agricultor inglés un refugio seguro ante los competidores, ninguna especialidad que no sea producida por lo menos por un competidor de Inglaterra bajo condiciones especialmente propicias. Casi no es exagerado decir que desde hace tiempo Inglaterra es el conejillo de Indias de todos los posibles experimentos de competencia por parte de todo el mundo. El mínimo de protección estatal se une a un mínimo de defensa geográfica, para dejarle libre a la mercancía extranjera una superficie de ataque, tal como no se encuentra en la misma escala en ninguna otra parte.

En estas circunstancias es fácil comprender que la agricultura inglesa desde hace más de media generación no halla sosiego. Menos comprensible es cómo pudo soportar durante tanto tiempo los golpes que recibió de diferentes lados y el hecho de que sea precisamente la agricultura inglesa quien haya *superado hoy en su mayor parte la crisis* colocándose nuevamente sobre una base más sana.

Esto último es afirmado en un escrito, que con el título *Die Lage der englischen Landwirthschaft unter dem Drucke der internationalen Konkurrenz der Gegenwart und Mittel und Wege zur Besserung derselben* [La situación de la agricultura inglesa bajo la presión de la competencia internacional actual y medios y vías para la mejora de la misma] apareció en Jena editado por Gustav Fischer.[1] Su autor, el doctor F. Ph. König, es un especialista que recorrió varios de los principales países de gran producción agrícola. A pesar de su nombre que suena alemán es un inglés y lo manifiesta claramente. Su trabajo no está libre de repeticiones y peligrosas contradicciones, pero ofrece una gran cantidad de material descriptivo y estadístico sobre las condiciones agrícolas en Inglaterra. El autor describe concretamente cómo las clases agrarias inglesas fueron afectadas por la competencia de Norteamérica, Australia, Rusia, etc., y cómo intentaron arreglarse con ella sin la posibilidad de intervención del estado. Desgraciadamente el lenguaje deja mucho que desear. La construcción es por momentos inglesa hasta lo incomprensible, y en otros pasajes es tan intrincada que puede servir como ejemplo de una mala construcción alemana.[2] Otra deficiencia es que el autor no delimita claramente sus conceptos de medida, de manera tal que cuando utiliza expresiones como bienes mayores o bienes menores dependemos muchas veces de la adivinanza, si se trata de bienes mayores o menores en relación al promedio general o en relación a la última clase de bienes comentada, quedando, aun cuando estemos en claro sobre este punto, un espacio muy amplio para apreciaciones falsas. Todo esto motiva interrupciones innecesarias en la lectura de un libro, reiteramos, muy rico en material informativo. Puesto que examina su objeto exclusivamente desde puntos de vista económico-políticos, el factor sociopolítico sólo es analizado ocasionalmente. La "agricultura" es para el señor König un asunto exclusivo de terratenientes y arrendatarios, y el trabajador rural sólo en-

[1] Jena, 1896, 445 páginas, gr. 8º, 8 marcos.

[2] Resulta así sorprendente que en Inglaterra las personas privadas recurran a "fiscales" para procesos civiles, y además en puros juicios de arbitraje sobre la base del "Agricultural Holding Act" (véase p. 119). La mencionada ley está desde hace ya mucho tiempo en vigencia, pero hasta ahora nadie supo nada en Inglaterra acerca de esta particularidad de la misma.

tra en consideración en la medida en que se trate del precio de su trabajo para el empresario rural.

Ahora bien, esto es por cierto correcto puesto que en la última década la cuestión agraria en Inglaterra no giró en torno del trabajador rural. La facilidad para emigrar y el flujo hacia las ciudades o distritos industriales rurales compensaron, en general, el efecto de la menor oportunidad de trabajo para los trabajadores rurales, de manera tal que el *número* de trabajadores rurales —su proporción con respecto a la población total— disminuyó considerablemente,[2] pero los salarios y las condiciones de trabajo de los trabajadores empleados en la agricultura experimentaron, en suma, una mejoría. La caída en los precios de los productos agrícolas elevó el poder adquisitivo de los salarios, y éstos sólo disminuyeron en condados aislados, muy desfavorablemente situados, y sobre todo en el condado agrícola de Norfolk, que fue el más duramente afectado por la crisis. En Norfolk los trabajadores rurales están relativamente bien organizados, mejor que en cualquier otro lugar de Inglaterra, pero frente a una crisis, que dejó inactivos a miles de acres de buenas tierras trigueras y desvalorizó tanto la tierra que las fincas tuvieron que ser vendidas a precios que no cubrían ni siquiera la tasación oficial de las construcciones que se hallaban sobre ellas, no puede sostenerse ni el mejor sindicato. De todos modos los salarios no cayeron en la misma proporción que los precios. El trabajador capaz de producir, antes de que su nivel de vida disminuya más allá de un determinado punto, emigra, ya sea a las ciudades o a alguna colonia de ultramar. Ésta es por de pronto la "férrea ley salarial" de la agricultura inglesa. A pesar de las menores oportunidades de trabajo, en el campo imperaba más bien una escasez de mano de obra, circunstancia que obligó a los terratenientes a mejorar las viviendas de los trabajadores. En algunos distritos todavía miserablemente malos, los *cottages* son en la actualidad, como lo reconocieron también los agitadores Red Ban, frecuentemente casas de material con todo tipo de instalaciones modernas. Las viviendas, con su correspondiente sector de huerta, son puestas a disposición del trabajador generalmente en forma gratuita o por una renta nominal, lo que naturalmente debe ser tenido en cuenta en las comparaciones salariales. Donde las condiciones no son demasiado desfavorables los trabajadores arriendan pequeñas tierras de labor (parcelas, *allotments*). La nueva ley de representación parroquial contiene disposiciones que le aseguran al trabajador la obtención de buenas parcelas a cambio de arriendos moderados. Sin embargo, estas disposiciones contienen tantas cláusulas restrictivas que hasta ahora no pudieron ser, en general, aprovechadas. El terrateniente y el arrendador, por razones comprensibles, no son amigos de

[2] En el condado netamente agrícola de Wiltshire, el número de trabajadores rurales descendió en 1871 a 29 636, en 1881 a 24 772 y en 1891 a 20 893. Una disminución desde 1871 a 1891 del 30 %. Puesto que en el mismo período la población total de Inglaterra creció en casi un 30 %, el número de los trabajadores rurales de Wiltshire debería haber aumentado a 38 000 si hubiera seguido el mismo movimiento. Para representarse enteramente la disminución proporcional hay que comparar este último número con el realmente alcanzado de 20 893.

En el condado de Lincoln, la población rural disminuyó un 6 % en cada una de las dos décadas consideradas. En su totalidad la población netamente agrícola de Inglaterra se mantuvo estacionaria desde 1881. Los distritos rurales de toda Inglaterra y Gales arrojan un incremento de la población del 3 %, pero aquí está también contabilizado el elemento no activo en la agricultura.

esta ley. Si el trabajador explota por cuenta propia una porción de terreno demasiado grande, entonces esto menoscaba su capacidad de trabajo dentro del tiempo de trabajo comprado. Este tiempo de trabajo es por lo general menor que antes, pero en su lugar es introducido, donde es factible, el trabajo a destajo. Casi todos los especialistas están de acuerdo en que el trabajador rural inglés está en la actualidad, por término medio, mejor que el campesino minúsculo en Inglaterra y en otros lugares. Espiritualmente es mucho más independiente que antes y sabe mantenerse muy bien informado sobre las condiciones del mercado. Lo que no excluye naturalmente que en distritos muy retrasados y donde consideraciones personales mantienen al trabajador apegado al terruño, imperen todavía relaciones extremadamente serviles.

Interesantes, y muy apropiadas para desmentir las opiniones que imperan en el continente sobre las relaciones agrarias inglesas, son las siguientes cifras del censo poblacional de 1891.

En Inglaterra y Gales había:

Agricultores independientes de todo tipo (arrendatarios y campesinos)	223 610
Hijos, sobrinos, etc., de los agricultores, empleados en la granja, mayores de 15 años	67 287
Inspectores y administradores	18 205
Trabajadores rurales, siervos, criados	759 134
Pastores	21 575
Horticultores, trabajadores de viveros, sembradores	179 336
Personas ocupadas en el manejo de animales (ordeñadores, esquiladores, etc.)	26 574
Demás personas empleadas en la agricultura	16 001
TOTAL	1 311 720

De acuerdo con estas cifras más de un millón de personas activas se hallan en relación salarial, y 300 por cuenta propia o la de sus padres —una proporción que todavía está muy alejada de la imagen que sólo reconoce grandes capitalistas y proletarios rurales en la agricultura inglesa.

En Escocia e Irlanda la relación del número de agricultores e hijos de agricultores con respecto al número de trabajadores asalariados es todavía mucho mayor (en Irlanda predomina en una relación de 2 a 1), de manera tal que para el Reino Unido británico tenemos un millón de agricultores e hijos de agricultores frente a un millón y medio de trabajadores asalariados. El número de los agricultores solos asciende a 694 945, de manera tal que si pasamos a todos los hijos de agricultores a la categoría de trabajadores asalariados, se obtiene una proporción de 7 a 18. ¡Siete agricultores independientes contra 18 empleados!

Naturalmente lo de "independiente" es en la mayoría de los casos sólo nominal. La masa de los pequeños arrendatarios irlandeses, muchos de los escoceses y bastantes de los ingleses son en realidad sólo trabajadores rurales pagados a destajo, y se hallan con el terrateniente en una relación similar a la de la masa de los artesanos independientes con respecto a los fabricantes. Pero junto a

ellos hay todavía una rama de arrendatarios realmente independientes o pequeños terratenientes.

Una de las principales consecuencias de la crisis agraria en Inglaterra fue aflojar esta relación de dependencia o modificarla por completo. El libro del señor König proporciona una enorme cantidad de ejemplos en los que los terratenientes prefirieron hacer los mayores sacrificios, renunciar a todo beneficio de sus bienes, antes de privarse de sus arrendatarios. Aun cuando se admite que exagera tendenciosamente —y, en efecto, ve muchas veces las cosas a través de las lentes de los terratenientes— la historia política de Inglaterra hablaría de esta modificación. En un tiempo la masa de los arrendatarios ingleses fue liberal, el partido liberal defendió sus intereses frente a los terratenientes. Hoy son, en su gran mayoría, conservadores, pues el antagonismo de intereses prácticamente desapareció.[4] Los liberales se apoyan cada vez más en los trabajadores rurales y circunscriben a esta clase su política agraria. Es asombroso —y constituye una muestra de lo conservadores que son en sus argumentos justamente los partidos más radicales— que en Inglaterra se encuentren todavía en la actualidad socialistas que toman su crítica a los liberales de la literatura de los años cuarenta. De acuerdo con ello, la situación económica es presentada como si el curso del desarrollo hubiera sido exactamente como se anunciaba en aquel tiempo. Pero la historia no conoce ningún desarrollo según patrones; sólo conoce tendencias del desarrollo, que determinan su orientación sin imponerse en toda su pureza. Sin embargo, y para no alejarnos del tema, allí donde la crisis agraria infligió las mayores heridas neutralizó hoy casi por completo los antagonismos de intereses entre terratenientes y arrendatarios, y debilitó mucho los antagonismos entre arrendatarios y trabajadores; los terratenientes otorgaron en casi todas partes concesiones a los arrendatarios y éstos a su vez a los obreros. Tuvieron que hacer, por decirlo así, de tripas corazón: cargar sobre los trabajadores los costos de la crisis, como todavía hubiera sido posible hace una generación, resulta imposible en la actualidad. Incluso en Irlanda el terrateniente y el arrendatario están hoy en día más cerca que en cualquier otra época. Aunque el *homerule* esté excluido de la orden del día, ninguna persona escuchó nada sobre delitos agrarios; en cambio los terratenientes y los arrendatarios, los unionistas y nacionalistas, juntos en todo el país, desde una y la misma tribuna, elevaron su voz en favor de las reducciones impositivas. La presión de la situación llevó, por un lado, a nuevas y continuas leyes de protección para los arrendatarios y, por otra parte, urgió a los terratenientes a completar estas leyes de protección mediante concesiones voluntarias o —en Inglaterra— a volverlas superfluas. Con otras palabras, la propiedad territorial no encontró en Inglaterra ninguna clase sobre la que pudiera cargar los costos de la crisis. Tuvo que soportar "enteramente y sin reserva" su parte en la misma.

[4] Por esta razón, la agitación de los liberales contra las reducciones impositivas para propiedades inmuebles, resuelta por la mayoría parlamentaria de aquel entonces, rebotó sin efecto en los arrendatarios. Los liberales podían explicarles diez veces que las rebajas de los impuestos elevarían en forma correspondiente la renta de la tierra, pero los arrendatarios sabían mejor quién decide las rentas en la actualidad, y declararon que concederían gustosos, dado el caso, esta disminución a los terratenientes. Un liberal, que representaba un distrito rural en Lincolnshire, fue urgido por sus electores a votar por la reducción de los impuestos, y en cambio ésta sufrió una violenta oposición por parte de representantes conservadores de distritos urbanos.

Pero ¿cuál es, entonces la situación de la clase "terrateniente"? ¿Es la distribución de la propiedad territorial tal como la que corresponde a la imagen que frecuentemente se encuentra: aquí un puñado de terratenientes, allí los propietarios minúsculos y los desposeídos? También aquí tenemos que cuidarnos de exageraciones si no queremos llegar a conclusiones desmentidas por el curso del desarrollo.

El estadístico inglés Mulhall refiere en el *Dictionary of statistics* que las diez onceavas partes de la tierra del Reino Unido pertenecían a 176 520 propietarios de 10 acres de tierra y más. Indudablemente ésta es una cifra pequeña en relación con la población total, si bien algo más que un "puñado". De todos modos no agota de ninguna manera la clase de las personas interesadas en la conservación de la propiedad de la tierra. Donde la ley y la estadística agraria ven un solo propietario, existe en realidad con frecuencia todo un grupo de los mismos. Así en el caso del fideicomiso, de la propiedad de instituciones, sociedades por acciones, corporativas y similares, y si bien no todos los partícipes tienen el mismo interés en la propiedad en cuestión, apenas se superará sin embargo el promedio si se coloca detrás de cada uno de los 176 000 propietarios mencionados un copropietario consciente e interesado, a lo que hay que añadir todavía el ejército de acreedores hipotecarios interesados. Y además todos los propietarios de terrenos de menos de diez acres no son campesinos minúsculos. Entre ellos figuran la gran masa de los propietarios urbanos, de los propietarios de tierras de horticultura en las cercanías de las grandes ciudades, y el propietario de minas y tierras que con un solo acre obtiene muchas veces mayores ingresos que algunos campesinos medios propietarios de 100 acres o más. Todos éstos aumentan el "puñado" de los interesados en la propiedad territorial hasta por lo menos cerca de un millón.

Tan sólo la socialización de la tierra, tal como es concebida ordinariamente, se enfrentaría por ello, en el clásico país de la gran propiedad territorial, con mucho mayor resistencia de la que comúnmente se cree.

También es una suposición equivocada que el desarrollo económico avanza a "pasos gigantescos" hacia el estrechamiento del círculo de interesados en la tierra.

La creciente concentración de la población en las ciudades y en los distritos industriales crea siempre nuevos interesados capitalistas en la tierra. Esto es tan sabido que no requiere mayor explicación. En el campo mismo se dice, en cambio: aquí se libera, allí se sepulta. Aquí se verifica la absorción de las pequeñas propiedades, allí el desbaratamiento de las grandes. No en todas las ramas productivas de la agricultura la gran explotación aventaja a la pequeña, la tendencia hacia la gran empresa es atravesada, o bien detenida, por toda clase de contracorrientes.

Sobre todo hay que cuidarse de identificar gran *propiedad* de la tierra y gran *explotación* rural.

Lincolnshire es uno de los condados agrícolas más importantes de Inglaterra, por el estado extraordinariamente desarrollado de su cultivo. Su millón y medio de acres de tierra está en su mayor parte en manos de terratenientes. Pero la

distribución de las *explotaciones* es muy diferente a la de la *propiedad*. Del "Report on the agriculture of Lincolnshire" Londres, 1895, de Wilson Fox, ob. tenemos los siguientes datos:

DISTRIBUCIÓN Y EXPLOTACIÓN DE LA PROPIEDAD EN LINCOLNSHIRE

Propietarios de tierras		*Explotaciones (bienes)*	
Menos de 1 acre	13 768	De 50 acres y menos	20 265
De 1 a 10 acres	8 168		
De 10 a 50 acres	5 212		
De 50 a 100 acres	1 293	De 50 a 100 acres	2 196
De 100 a 500 acres	1 611	De 100 a 300 acres	2 826
De 500 a 1 000 acres	208	De 300 a 500 acres	833
		De 500 a 1 000 acres	388
De 1 000 a 2 000 acres	116	De 1 000 acres y más	36
De 2 000 a 5 000 acres	67		
De 5 000 a 10 000 acres	27		
De 10 000 a 100 000 acres	18		

Mientras que la propiedad de 50 acres y más solamente se distribuye entre 3 340 propietarios, las explotaciones que superan los 50 acres se distribuyen entre 6 279 personas. Y si sólo calculamos los terrenos y explotaciones de 100 acres en adelante, entonces la proporción es de 2 047 a 4 083. Con otras palabras: para fines económicos tuvieron que ser desmembradas las propiedades muy grandes, la concentración de la propiedad de 1 000 acres hacia arriba no tiene, en la mayoría de los casos, nada que ver con consideraciones técnico-productivas, no puede ser explicada a partir de una mayor productividad, y no está condicionada por consideración a ésta. El informante de la Royal Commission of Labour sobre las condiciones de los trabajadores rurales de los condados medios. Ed Wilkinson, declara en su informe que en Lincolnshire en las grandes granjas son empleados, en proporción, frecuentemente más trabajadores que en las granjas pequeñas, y que predomina la tendencia hacia el empequeñecimiento de las explotaciones (tomo I, VI, pp. 9 y 10). Esto último como consecuencia de la competencia ultramarina de trigo. Los granjeros ven su única salvación en el cultivo intensivo, a cuyo efecto parece que son más adecuadas, por regla general, las explotaciones medianas (prescindiendo del cultivo con azadón, que sólo puede constituir una excepción). Cada vez se reduce más el cultivo de trigo o se suspende por completo, y es sustituido por la cría de ganado, horticultura, semillas, cultivo de bayas, etcétera.

Es conocido el violento descenso en los precios de los productos agrícolas que se verificó en el mercado inglés desde hace veinte años. Sin embargo, siguen algunas cifras para ilustración:

La fanega de trigo costaba en Gran Bretaña:

En 1874	6 chelines y 11 ½ peniques
En 1879	5 chelines y 5 ¾ peniques

En 1884	4 chelines y 5 ½ peniques
En 1889	3 chelines y 8 ½ peniques
En 1894	2 chelines y 10 ¼ peniques

No sorprende que la superficie de cultivo del trigo haya disminuido desde 1874 a 1894 en un 50 % (de 3.6 millones de acres a 1.9 millones), que Inglaterra en el período comprendido entre 1889 y 1893 producía sólo el 29.41 % de su consumo de trigo, mientras que en el período comprendido entre 1869 y 1874 cultivaba todavía el 54.97 % del mismo. No con tanta fuerza, pero sí en forma considerable, descendió el precio de la *cebada*, de 44 chelines 11 peniques el cuarto en el año 1874 a 24 chelines 6 peniques el cuarto en el año 1894. La *avena*, en el mismo período, de 22 chelines 10 peniques a 17 chelines un penique por cuarto.

Es evidente que con una caída semejante en los precios hace tiempo ya que los granjeros no hubieran podido continuar con su explotación de no haberse resarcido de alguna manera. El hecho de que ellos no fueran los propietarios del suelo por ellos explotado salvó a los granjeros en masa de la bancarrota. Como propietarios, con las inevitables hipotecas, habrían tenido que suspender diez veces sus pagos. Los acreedores hipotecarios tratan de no ceder, pero los terratenientes *tuvieron* que ceder, y la reducción de los arriendos significó para ellos el mal menor.[8] Los arriendos disminuyeron paulatinamente hasta el 50 % de las viejas tasas, en algunos casos aún más, y además los terratenientes se tuvieron que hacer cargo de muchos servicios relacionados con la construcción, mejoramientos, etc., que antes recaían en los arrendatarios, y aquí y allá incluso adelantarle al arrendatario dinero en efectivo para la explotación. Así el mayor terrateniente de Lincolnshire, el conde de Ancaster, propietario de 53 993 acres, tuvo que gastar en su propiedad, entre 1872 y 1893:

	Libras
En nuevas construcciones	359 000
En reparaciones, complementos, seguros	278 000
En drenaje y mejoras	31 000
Impuestos al drenaje	21 000
Diezmo	63 000
Contribución territorial	48 000
Contribución local	21 000
Gastos varios	175 000
Costos de administración	43 000
TOTAL	1 039 000

[8] La hipótesis de Parvus en su interesante estudio "Der Weltmarkt und die Agrarkrisis" (*Die Neue Zeit*, año XIV, vol. I) de que los terratenientes hicieron un corto proceso con los arrendatarios insolventes y los ahuyentaron, descansa sobre un desconocimiento de las relaciones inglesas. De igual modo, y tal como se podrá ver a continuación, es errónea una hipótesis planteada con anterioridad por Paul Ernst según la cual los terratenientes ingleses pudieron soportar más fácilmente la caída de las rentas porque sobre sus tierras no gravaban hipotecas.

A estos gastos se opone un ingreso bruto de 1 565 000 libras, del que todavía hay que descontar el impuesto sobre los ingresos, así como pensiones, donaciones y compromisos similares que están ligados a la gran propiedad territorial, al igual que costos de mantenimiento de los miembros familiares hasta el miembro *x*. Si se descuenta todo esto entonces queda para los 22 años un ingreso para una vida "conforme al rango", que coloca al mencionado lord en las filas de los aristócratas caracterizados por la bonita Lady Warwick como *splendid paupers*. En total el ingreso neto del conde de Ancaster, del que todavía hay que pagar, como se ha dicho, todas las rentas posibles a coherederos y parientes, disminuyó desde 1875 en un 67.5 %.

Algo similar sucede en los demás condados. Amparándose en los terratenientes los granjeros pudieron mantenerse, en general, como clase, y se adecuaron paulatinamente a las nuevas condiciones del mercado. Donde las condiciones del suelo y el clima lo permitieron se volcaron a la cría de ganado, pues los precios para las buenas razas inglesas de ganado y la carne de los mismos son los que mejor se mantuvieron. En los condados llamados de pastoreo *(grazing-countries)* es donde los granjeros también están en mejores condiciones. Según el señor König la crisis está totalmente superada en Cumberland, donde el clima es más propicio para una economía de pastoreo. Los granjeros "ganan nuevamente dinero" y, si los precios se mantienen, van a recuperar incluso el dinero perdido en años anteriores.

Naturalmente, la economía de pastoreo requiere menos personas que el cultivo de cereales. Pero no debe exagerarse la relación, no debe suponerse que tierra de pastoreo y tierra baldía son algo idéntico. La tierra destinada al pastoreo permanente *(permanent pasture)* es cuidadosamente atendida por los criadores ingleses de ganado y dotada de las mejores plantas forrajeras. El arrendatario no "elude costos al estado ni trabajo", él "sabe que sus inversiones van a ser cuantiosamente pagadas, y valora, por regla general, más sus pastos que sus acres" (König). Asimismo el ganado necesita una cuidadosa atención; una economía inglesa de pastoreo no es una economía de pradera o de pampa. Una granja de 1 000 acres es considerada muy grande y requiere de un importante capital de explotación. Las grandes economías de pastoreo para gran ganado, a las que se refiere el señor König, ascienden a poco más de 1 000 acres. Paralelamente puede haber aquí y allá pastoreo de ovinos muy extensos, donde realmente sólo tiene importancia la masa del ganado y la extensión del pastoreo, pero la cría de ovejas disminuye, mientras que la cría muy intensiva de ganado grande aumenta.[6]

[6] La existencia de ganado en Inglaterra y Escocia ascendía por esos años a:

	1874	*1884*	*1894*
Caballos	1 311 739	1 414 377	1 529 461
Vacas	6 125 491	6 269 141	6 347 113
Ovejas	30 313 941	26 068 354	25 861 500
Cerdos	3 422 832	2 584 391	2 390 026

La reserva de ovejas disminuyó aproximadamente 5 millones, la de cerdos se mantuvo estacionaria y la de vacas y caballos aumentó. Aún más considerable es el aumento de las mejores

Y ahora comprendemos las cifras presentadas al comienzo. La población rural, en suma, disminuyó, pero esta disminución recae casi exclusivamente en los trabajadores rurales. El número de los agricultores independientes, esto es, de las *explotaciones*, no disminuyó, antes bien aumentó probablemente en forma proporcional. El cultivo se volvió más intensivo, tanto en lo que se refiere al cultivo de cereales como a la economía de pastoreo. Esta mayor intensidad no significa necesariamente una vuelta a la pequeña explotación —por el contrario, el señor König cita muchas opiniones según las cuales la explotación mayor fomentaría el cultivo más intensivo—,[7] pero tampoco implica el dominio de las explotaciones que abarcan áreas gigantescas, sino que se aviene con la limitación a complejos rurales moderadamente grandes. Pero la limitación espacial no significa todavía una disminución del carácter capitalista de las explotaciones. Al contrario, en muchos casos está ligada a un aumento de su carácter capitalista. La parte constante del capital aumenta enormemente en relación a su parte variable, a la parte a desembolsarse en salarios. Trescientos mil granjeros e hijos de granjeros contra un millón de asalariados lo dice todo en este último aspecto. Pero todavía dicen algo más: que por el momento tiene que ser abandonada la idea de que la cuestión agraria se va a agravar hasta el extremo de que un día pueda ser solucionada casi de un solo golpe mediante la expropiación de un "puñado" de magnates de la tierra y grandes granjeros capitalistas. Prescindiendo de la gran dispersión espacial del millón de asalariados de la agricultura, éstos representan además un personal de explotación mucho menos homogéneo que los asalariados de la industria. La solución socialista de la cuestión agraria parece querer realizarse por otro camino.

El efecto de la competencia ultramarina en medios de subsistencia sobre la agricultura inglesa fue, en el aspecto sociopolítico, sobre todo el de una considerable disminución de la *renta de la tierra*. En este sentido puede hablarse al menos de una parcial "expropiación de los expropiadores". Se calcula que, desde 1880, las tasas de arriendo descendieron en por lo menos un 30 %. Según los registros tributarios ingleses, el valor impositivo anual de las tierras agrícolas de Inglaterra y Gales ascendía en el año 1880 a 52 millones de libras y sólo a 40 millones de libras en el año 1894. Esto representa una disminución de aproximadamente el 23 %, pero aquí están incluidas muchas tierras que caen

calidades. Así la cifra de los caballos sólo utilizados para cría aumentó en 1874 en casi un 50 %. Resumiendo, la transformación de las tierras cerealeras en campos de pastoreo no condujo a modificaciones esenciales en el tamaño de las explotaciones.

[7] Naturalmente, en pequeñas parcelas puede incorporarse una cantidad infinitamente grande de trabajo y obtener así un rendimiento que exceda en mucho al promedio. Pero donde no se trata de cultivos especiales, que sólo se desarrollan con un cultivo así potenciado del suelo, esto significa para la economía global, en nueve de diez casos, un derroche de trabajo. O bien se trata de un capricho, lo que no entra en consideración para el mercado.

Pero en nuestra sociedad, tan rica en fuerzas productivas, y con su tendencia al abaratamiento y sobreproducción de todos los artículos de consumo que entran en el consumo masivo, aumenta también el círculo de los artículos suntuarios que requieren un cultivo intensivo especial, y ofrece también siempre nuevas posibilidades de explotar en forma capitalista racional superficies relativamente pequeñas. El área puede ser relativamente pequeña y, no obstante, servir como base para una explotación enteramente capitalista. La estadística que está basada en la extensión espacial de las explotaciones siempre dice menos sobre su carácter económico.

bajo otras categorías y que experimentaron poca o ninguna devaluación. Atengámonos, sin embargo, a la suma dada, y con ello vemos ya cercenado el ingreso de la propiedad territorial en 12 millones de libras anuales, lo que con una capitalización del 3 % —y de ninguna manera puede ser valuado más alto hoy en día este producto neto— representa una disminución en el valor de capital de la propiedad territorial de 400 millones de libras o de 8 mil millones de marcos. Con lo que, sin embargo, todavía no está agotado, como hemos visto más arriba, el cálculo de las pérdidas de los terratenientes.

Sin embargo, la disminución de las rentas no modificó en nada el carácter capitalista del cultivo de la tierra; por el contrario, ella se produjo para *conservar* en la tierra al grupo de los arrendatarios fuertes en capital. En muchos bienes no se produjo prácticamente ningún cambio de personas en las filas de los arrendatarios. Los arrendatarios capitalistas son, frente a los *landlords*, los dueños de la situación. En una época los contratos de arriendo prolongados eran el medio de protección de los arrendatarios contra los *landlords* codiciosos, Marx todavía habla de ellos en *El capital* (III, 2, p. 213), en este sentido, pero hoy en la actualidad justamente los arrendatarios son los que quieren contratos breves (König, pp. 63, 108, etc.). Además los contratos de arriendo son depurados de todas las disposiciones que obstaculizan una explotación comercial de la agricultura. Más que antes el agricultor es un fabricante que produce según principios netamente comerciales. La competencia ultramarina en medios de subsistencia revolucionó las relaciones, si bien no en el sentido socialista. El capitalismo sale triunfante de la crisis, la movilidad del capital agrícola es proclamada como el principio salvador.

El señor König opina que en Inglaterra la crisis agraria está superada en lo esencial. En lo que se refiere al mercado del trigo, los hasta ahora peores competidores de Inglaterra o bien sólo pueden todavía competir, como los Estados Unidos, a precios del mercado mundial, con los cuales también puede sostenerse en caso de necesidad el agricultor inglés, o bien tienen que contar, como en el caso de la Argentina, con dificultades climáticas (sequías, plagas de langostas, etcétera), que convierten al cultivo de cereales en un negocio muy inseguro y se oponen a una mayor expansión del mismo. Incluso la muy conservadora *British Review* habló en estos días de una evidente "reanimación del cultivo británico" y opina que al menos por un año puede decirse que el cultivo del trigo en Inglaterra comienza a ser nuevamente rentable. Éste sería, por cierto, un auge muy limitado, pero después de que cada año ha traído nuevas sorpresas en el mercado de cereales, uno ha aprendido a ser muy cuidadoso en materia de profecías. Pero una cosa es segura: que los agricultores ingleses, si el clima no desbarata sus proyectos, ya no tienen que temerle a toda una serie de competidores que los atormentaron durante la última década. Los mejores criadores de ganado ingleses parecen estar todavía protegidos por varios años de una competencia peligrosa.

Si las conclusiones a las que llega el señor König sobre la agricultura alemana son correctas, es algo que no puede ser examinado aquí. Según su opinión, a ésta le va a costar mucho más superar la crisis que a la inglesa. El valor de los bienes subió demasiado, están demasiado gravados con deudas y además Alemania no está en las mismas condiciones de Inglaterra para pasar del cultivo de cereales a un cultivo intensivo de campos de pastoreo. Esto último es cierto, pero los centros de consumo de Alemania no están tan abiertos al exterior como los de Inglaterra. La exageración del valor de la propiedad puede que sea cierta, y seguramente no resulta atenuada por los aranceles agrarios. Si Alemania se va a ver obligada alguna vez a eliminarlos —y esto puede ocurrir en un tiempo no lejano— entonces la agricultura alemana va a estar mucho menos equipada para resistir la lucha en el mercado mundial de lo que lo está la inglesa. Su principal soporte —la destilería y la refinería— experimentaría entonces su quiebra —¿qué sería hoy en día de ellas sin subsidios a las exportaciones y sin ayuda estatal?

Todo esto no es lo que nos preocupa. Lo que aquí se pretendía mostrar era lo siguiente: primero, las vías político-económicas que tuvo que recorrer la agricultura inglesa gracias a la democracia de Inglaterra. La democracia obligó a los arrendatarios y a los *landlords* a renunciar a todos los intentos por cargar los costos de la crisis agraria sobre el pueblo y buscar el remedio allí donde en realidad está la principal causa de la debilidad de Europa frente a los nuevos países en la *renta de la tierra*. A la democracia es a la que, en última instancia, debe atribuírsele que los salarios de los trabajadores rurales ingleses, durante la crisis agraria, hayan aumentado antes que disminuido, pues ella obligó a los arrendatarios y a los *landlords* a desistir de aquellos recursos económicos que ordinariamente son empleados para detener la emigración de los trabajadores o paralizarla en sus consecuencias. Con el trabajador rural, que desde 1884 tiene el derecho a votar para un parlamento, que realmente gobierna, no se puede bromear, y esto es lo que permanentemente aclara el libro del señor König. Y así la *renta* tuvo que creer en ello. Pero en segundo lugar, y éste es el principal motivo del artículo, se pretendió mostrar que incluso el país económicamente más avanzado de Europa está todavía bastante alejado en sus relaciones agrarias de la imagen que comúnmente nos hacemos de ellas. A muchos lo desarrollado en este aspecto les puede parecer una amarga desilusión, pero es mejor que conservar una ilusión que alimenta falsas esperanzas y nos hace recorrer caminos equivocados. La verdad no siempre es agradable, pero siempre es útil. Nos enseña a volcarnos con fuerza hacia aquellas tareas que podemos resolver y nos previene de soñar con soluciones para las que todavía no están dadas las condiciones. Las cifras arriba presentadas nos permiten comprender por qué las asociaciones de nacionalización de la tierra, de restitución de la tierra, etc., en lugar de crecer tienden a desaparecer en Inglaterra, a pesar de la ferviente actividad de sus miembros, a pesar de sus móviles rojos y amarillos de agitación, a pesar de sus panfletos sugestivamente escritos, a pesar de sus repetidas comprobaciones sobre la fenomenal posesión de tierras por parte de la aristocracia inglesa.

5. LA SIGNIFICACIÓN POLÍTICA Y SOCIAL DEL ESPACIO Y DEL NÚMERO

En las discusiones socialistas del presente, en la medida en que se atreven a abordar cuestiones que van más allá de la inmediatez del día siguiente, aparecen puntos que se examinan con sorprendente indiferencia y superficialidad, y que son de la mayor importancia para una doctrina social que pretende ser científica: el problema de las unidades sociopolíticas de sectores y la cuestión, estrechamente ligada a la anterior, de las responsabilidades sociopolíticas.

Esto no fue siempre así. Si prescindimos de aquellos utopistas que se conformaron con esbozar cuadros poéticos de un país de inagotable felicidad, muchos de los más antiguos socialistas habían ya prestado atención a estos puntos, y así le atribuyeron a su república modelo una extensión y población determinadas y buscaron normas para la regulación de las relaciones recíprocas de responsabilidad. Pero de ninguna manera los utopistas fueron siempre soñadores. Se ilusionaron sobre los medios y posibilidades dadas, e incluso esto no fue, de todos modos, nada extraño mientras florecía el absolutismo monárquico. En su crítica social y en sus mismas utopías delatan en cambio, muchas veces, un realismo correctamente desarrollado. De los grandes utopistas de este siglo, vemos a Owen desplegar su plan social hasta en los más mínimos detalles por medio del cálculo, para demostrar su viabilidad, y a Fourier analizar profundamente con gran comprensión psicológica las pasiones e impulsos humanos para tenerlos en cuenta en el falansterio y convertirlos en la piedra angular del mismo. Tanto Owen como Fourier proponen para sus comunidades comunistas determinados tipos medios de población y de zonas de colonización, y Fourier le asigna al falansterio el papel de constituir la unidad básica para una gran asociación federativa nacional e internacional, que ha de sustituir a las antiguas unidades estatales.

Tanto Owen como Fourier, o bien los fourieristas, están ya también con un pie en el campo de aquellos socialistas que independizan sus medidas prácticas para la realización de sus aspiraciones con respecto a la pintura utópica del futuro, y tratan de acercar, mediante reformas ligadas a las condiciones dadas, la sociedad al objetivo anhelado.

A partir de esto hay que distinguir dos tendencias fundamentales en el campo socialista; los unos intentan reorganizar el estado actual según determinados principios para utilizarlo como palanca de la reforma social hasta que alcance finalmente un carácter completamente socialista, mientras que los otros intentan suprimir completamente al estado, disolverlo en una serie de comunidades absolutamente independientes o de grupos libres a los que les esté reservado a elección el organizarse o federarse según su capricho o sus necesidades.

La primera vía, es decir, partir del estado dado, es mantenida todavía hoy por la socialdemocracia alemana. Pero desde que Engels escribió en el Anti-Dühring la conocida frase acerca de la "extinción" del estado se ha verificado

una importante modificación en su actitud respecto del estado. Se combate al estado no sólo porque es portador de determinados intereses explotadores, sino también porque se teme darle cabida a la idea de otro estado que no sea el feudal o el burgués-capitalista. No se es tan doctrinario como para temer que se transfieran al estado determinadas tareas sociales, pero no se quiere saber nada de que el estado mismo sea alguna vez socialista. Con la victoria del socialismo termina el estado y comienza la *sociedad* socialista.

Es correcto tener presente que ante el estado se debe ser extremadamente cuidadoso. Él es, según la conocida expresión, un "pícaro"; es el medio para imponer y ocultar, al mismo tiempo, los intereses de clase. El hecho de desempeñar esta función bajo la forma de representante de los intereses generales, le hizo perder la cabeza a muchos socialistas. Hubo épocas en las que se extendió en la socialdemocracia un culto bastante acrítico al estado, y justamente contra este culto se dirigió la mencionada frase de Engels. Ella es, en primera instancia, una protesta contra la concepción burocrática del socialismo y descansa sobre la idea de la sustitución gradual de las funciones actuales del estado por órganos de autoadministración democrática. Si entonces el concepto "estado" se aplica solamente a un poder que se halla por encima de la totalidad de la nación, que toma su derecho soberano de algún título jurídico que está fuera de la voluntad y necesidad expresa de la misma, entonces está claro que un estado semejante es incompatible con una autoadministración totalmente democrática. Queda por saber si no se le atribuye aquí a la palabra un sentido demasiado estricto, un sentido que en parte ya no tiene en la actualidad.

Sólo basta observar alrededor nuestro para convencernos de lo fácilmente transformable que es el sistema estatal. Rusia es un estado, Austria y Prusia son estados, Francia es un estado, e incluso los cantones suizos representan estados y disponen de derechos de soberanía estatal. Pero si el cantón republicano de Zürich, que nombra su gobierno y un gran número de sus funcionarios mediante el voto popular directo, elige o conserva —para las instituciones legales que norman las relaciones de los ciudadanos entre sí y con la totalidad— la misma expresión que los despotismos monárquicos, entonces puede muy bien suceder que más tarde los hombres también conserven la palabra estado para el sistema que comprende la totalidad de una nación, por mucho que pueda haber cambiado el carácter de este sistema.

De todos modos, aquí no se trata de salvar la palabra. Estamos muy de acuerdo con que se la abandone en la medida en que esto sirva para clarificar el problema considerado. Pero parece que esto sólo cumplió a medias con su tarea, y que en lugar de la confusión sobre el concepto de estado o de la aplicación confusa de la palabra estado se presentó otra confusión que puede llegar a ser tan funesta como la anterior. Un signo de esta confusión es el empleo indiferenciado de la palabra "sociedad".[1]

[1] El autor no puede absolverse de haber contribuido, en su momento, bastante a esta confusión. Pero creo poder subrayar que ya en el *Sozialdemokrat* de Zürich me enfrenté repetidamente a interpretaciones exageradas de la teoría de la extinción del estado, al igual que en este periódico. "Ahora bien, la palabra sociedad tiene un carácter bastante inofensivo. Uno puede pensar en lo más inocente, el puro concepto de una multitud de individuos que viven espontáneamente juntos. Pero en la realidad, una sociedad, que pretende atender ciertas nece-

Como cualquiera sabe, la palabra sociedad tiene un sentido extraordinariamente diverso. Es utilizada tanto para agrupaciones muy cerradas como para multitudes ilimitadas, sólo distinguidas por ciertas características comunes. Hablamos de agrupaciones como de sociedades y también de una sociedad humana que comprende todo el género humano, o sea, que representa una síntesis puramente conceptual. Además caracterizamos también como sociedades a determinadas formas o condiciones de la vida en común, y así hablamos de una sociedad antigua, una feudal, una burguesa. Naturalmente, en este último sentido también tiene que estar permitido hablar de una sociedad socialista o comunista. El adjetivo permite reconocer aquí inequívocamente de qué se trata. Pero las sociedades comunistas pueden estar organizadas de manera muy diferente, ordenar su administración según principios muy diferentes, y no se dice todavía nada cuando se declara del futuro comunista que la "sociedad" organizaría, entonces, probablemente las cosas así o de otro modo, haría esto o aquello. La "sociedad" es decididamente, para emplear una expresión muy difundida hoy en día, un concepto sin límites. Y, no obstante, a esta entidad metafísica, a esta unidad sin límites, le son atribuidas funciones cuya grandiosidad es igualmente ilimitada. Ella efectiviza o garantiza la más completa armonía, la más hermosa solidaridad sobre la tierra. Explotación y opresión dejaron de existir en ella, y la producción así como también el intercambio están óptimamente regulados.

Los enemigos del socialismo tienen razón cuando se niegan a creer sin más en esta aseveración, dado que se basa sobre una conclusión puramente metafísica y no tiene una verdad interna mayor que la caricaturizada prueba ontológica de la existencia de Dios. A Dios sólo lo podemos imaginar perfecto, a la perfección corresponde la existencia; consecuentemente, Dios existe. El orden social que nosotros anhelamos estará purificado de todos los defectos de la sociedad actual, a estos defectos corresponde (o una consecuencia de estos defectos es) que las leyes y otras obligaciones necesitan órganos para su cumplimiento; consecuentemente, la sociedad por nosotros anhelada va a carecer de estos órganos. La argumentación es en ambos casos casi la misma.

A esto se va a responder que la creencia en la capacidad de la sociedad venidera para manejarse sin obligaciones legales está fundada en hechos muy materiales, que, en general, el desarrollo hacia la sociedad comunista está garantizado por el desarrollo económico y social que se verifica ante nuestros ojos (en primer lugar, la progresiva concentración de las empresas y, con ello, el desarrollo cada vez más poderoso de la producción corporativa). Y el corporativismo en la producción desarrollaría en los hombres todas las cualidades necesarias para la existencia de la sociedad comunista: sometimiento voluntario a las exigencias de la comunidad, conciencia solidaria, sentimiento del deber, etcétera. La creciente educación popular, las funciones crecientes de la comunidad para los individuos, la supresión de todas las desigualdades jurídicas, el aseguramiento de las mismas posibilidades para todos, tienden hacia el mismo resultado, y así estaría justificada la conclusión de que un día van a coincidir por completo los intereses individuales con los generales, y los hombres van a hacer naturalmente todo lo que sea necesario para el desarrollo de los últimos.

sidades, reprimir ciertos abusos, necesita de la intervención de órganos, una constitución, medios financieros y eventualmente medios de coerción.... Es evidente que para ello hace falta más que una sociedad mística, inmaterial" (*Die Neue Zeit*, año x, vol. 2, p. 815). [Nota de Eduard Bernstein.] *Permítaseme la observación de que para salvar la dificultad, a mi entender, se podrá utilizar la palabra "comunidad" (commonwealth, respublica).* Una comunidad no es necesariamente una organización de dominación, un estado, pero siempre es un organismo social fijo, claramente delimitado, provisto de leyes y de funcionarios ejecutivos. Una comuna, una asociación de "marca", no pueden ser consideradas estados, pero son más que una vaga "sociedad". Constituyen comunidades determinadas. Yo no observo esto contra Bernstein; *Por el contrario.* Si no me equivoco él ya subrayó hace años en el *Sozialdemokrat* que el organismo social socialista se caracteriza mejor como comunidad socialista o república socialista. [Nota de Karl Kautsky.]

Como es natural, no se pretende negar que las tendencias descritas existan y que, en general, el desarrollo social se mueva en la actualidad en esa dirección. Pero los factores que apoyan este movimiento no son las únicas fuerzas que operan en la sociedad moderna. Junto con ellos actúan otros factores muy poderosos en sentido opuesto, y anulan en gran parte una serie de aquellos efectos. A estos factores pertenecen las repercusiones de las relaciones espaciales y del incremento de la población sobre la vida social y económica de los pueblos.

Aparentemente opuestos entre sí, estos dos factores operan, sin embargo, en ciertos aspectos en el mismo sentido.

Los progresos de la técnica contribuyeron muchísimo a poner a los hombres en condiciones de superar las distancias. En lo que se refiere a su capacidad de movimiento, y tal como lo expresan drásticamente los ingleses, los seres humanos están en el mejor camino para abolir el espacio (*to abolish space*). Pero esta capacidad de salvar físicamente distancias espaciales dejó intacta nuestra disposición física del espacio. En la actualidad, cientos de millas pueden significar menos para nuestro espíritu viajero que hace tiempo unas pocas millas, pero nuestra percepción del espacio es apenas mayor que la del negro africano o incluso que la del fueguino. Las distancias que la exceden, ya sea que se trate de distancias gigantescas en el universo o de una simple milla en nuestro globo terrestre, son para nosotros conceptos derivados, las conocemos como distancias, pero no las podemos imaginar como espacio. Lo mismo sucede con la dominación económica del espacio. La existencia de la locomotora y el carro impulsado eléctrica o neumáticamente —por mucha que sea la velocidad a la que puedan hacernos atravesar el país— no son índice suficiente de que el arado de vapor pueda guardar el paso con ellos, en términos relativos, ni remotamente, pues las dificultades que han de superarse no pueden ser removidas de su camino en la misma medida que la de aquéllos. La tendencia de la explotación de la tierra apunta a incorporar cada vez más trabajo a la misma, a fijar cada vez más localmente a las empresas. Por mucha que sea la facilidad para transportar al hombre y al producto de su trabajo de localidad en localidad, los establecimientos de producción y, con ellos, un gran porcentaje de la población siguen estando territorialmente fijados.

Paralelamente aumenta la población y todo el mecanismo económico se complica con dicho incremento. Es conocida la importancia que tuvo el crecimiento de la población y su progresiva concentración sobre el desarrollo de la división del trabajo en la industria. Con el perfeccionamiento de la técnica aumenta aún más esta diferenciación. Pero con ello aumentan también las tareas de la admi-

nistración, y esto tanto más cuanto más ramas de la industria queden a su cargo y se transformen en servicios públicos.

¿Qué es entonces, la "sociedad"? Es evidente que la delimitación territorial de las zonas de administración constituye una necesidad apremiante. Aquí hay que tener decisivamente en cuenta, junto con la consideración por el espacio, la del número. Diez, cien personas, pueden, en caso de necesidad, consultar y decidir sobre todos los asuntos que les conciernen, pero ya con mil personas es físicamente imposible una consulta directa de todas las individualidades, y con diez mil personas sólo podrían regularse a través de la consulta directa los puntos más importantes. Pero no se trata de diez mil personas, sino de millones. Si, al estilo de los anarquistas, se pretende disgregar los estados actuales en una cantidad innumerable de pequeñas comunas, totalmente autónomas, entonces, en la medida en que esto se logre, también se puede alcanzar que en cada una de estas pequeñas comunidades la "sociedad" se gobierne a sí misma hasta en el más mínimo detalle. Dentro de estos grupos, y bajo condiciones propicias, podría también ser alcanzado un grado tan elevado de solidaridad que se torne innecesaria toda ley escrita. Pero, en general, con ello sólo se crearía una propiedad peculiar, que sería mucho peor que la actual propiedad privada, y estarían echadas las bases para las más enconadas luchas de intereses entre comuna y comuna, pues, según la situación y las condiciones del suelo, se manifestaría la mayor de las desigualdades en las posibilidades productivas. Dicha situación sería totalmente inconcebible con las posibilidades actuales de comunicación. Éstas hablan completamente en favor de las grandes comunidades territoriales. No se visualiza una razón para que en el futuro las grandes naciones, históricamente constituidas, dejen de ser unidades administrativas. Una fusión total de las naciones entre sí no es ni esperable ni deseable. Las naciones pueden atender muy bien los intereses culturales comunes a través de convenios y del desarrollo del derecho internacional, sin renunciar por ello a su individualidad.

Pero por muy desarrollada que uno se imagine la descentralización de la administración, siempre va a quedar un gran resto de tareas sociales a las que ya no se adecua el concepto de funcionamiento automático. Tomemos un cuadro que se halla ante nuestros ojos: la administración del sistema del transporte. ¿Es posible que la "sociedad" nombre todos los años, a través de la votación directa, a la totalidad de los funcionarios de esta importante rama de la administración? Así tampoco ella habrá de arrendar esta rama de la administración y otras similares a asociaciones libres. Sino que deberá tener funciones fijas, normas elaboradas para los principios de su funcionamiento y, en la medida en que la sociedad socialista no convierta al *dilettantismo* en su principio directriz, funcionarios especializados que, con la condición de una conducción intachable, son empleados por un tiempo más prolongado. Además, va a necesitar también los órganos de control sobre estas y otras funciones.

Pero ¿quién va a decidir sobre todo esto y las modificaciones que se harán necesarias? ¿El pueblo mismo? Sin embargo, muchas veces se tratará de cuestiones menores y de naturaleza muy especial para las que sólo una pequeña minoría de la población tendrá interés y comprensión total, hasta que llegue ese tiempo feliz en el que la humanidad esté constituida por puras enciclopedias ambulantes. Además, aun cuando todas las medidas administrativas más impor-

tantes fueran sometidas a la votación popular, el feliz ciudadano del futuro debería recibir todos los domingos un cuestionario, con lo que perdería el contacto directo con los problemas. Necesitaría un sentimiento muy desarrollado de la responsabilidad que lo moviera a informarse más detalladamente sobre todas estas cuestiones antes de la votación. Suponer un sentimiento de responsabilidad en un cuerpo de diez millones de votantes significa entregarse a una ilusión por nada justificada. Toda la experiencia anterior demostró más bien que cuanto mayor es el círculo de las personas responsables de un asunto, tanto menor es el sentimiento de los individuos para esa responsabilidad. También aquí se percibe la influencia del número. Con el tiempo la votación se convertiría en un simple juego y ofrecería, de todos modos, mucho menos garantía para un procedimiento realista que la transferencia del control a la representación popular o a los cuerpos responsables de ella. Si la votación popular directa, que en una etapa del desarrollo democrático está totalmente legitimada, ha de funcionar de una manera que favorezca el bienestar común, entonces en una asociación mayor tiene que ser reducida a aquellas cuestiones que afectan más profundamente el interés de la comunidad y que no son de una naturaleza demasiado especial. Piénsese sólo en una comunidad del tamaño de la Prusia actual y supóngase que, además de las áreas administrativas que ya atiende, se haya hecho cargo de una cantidad de otras funciones, y entonces uno se va a poder imaginar qué cantidad de cuestiones importantes tienen que ser decididas allí cada semana.

Pero un sistema comunal que cuenta con millones de ciudadanos adultos tiene que soportar todavía en otro punto las consecuencias del espacio y del número.

En las comunidades comunistas del pasado podía prescindirse de la ley porque estas comunidades eran pequeñas y las relaciones extremadamente claras. La costumbre, la tradición, constituían allí el derecho y la opinión pública velaba por su observancia. Además el impulso por atentar contra el interés general era en extremo insignificante.

El estado socializado no puede contar con seguridad por mucho tiempo con garantías análogas de su orden jurídico. Las relaciones son, sobre todo en los grandes centros de población, difícilmente apreciables; la opinión pública, aun cuando haya sido homogéneamente formada, debido a la creciente facilidad en el cambio de localidad difícilmente puede ser utilizada como guardiana del derecho y las costumbres, y el impulso por no perder de vista el interés general no es tan fuerte como para evitar que se atente contra el mismo allí donde existen poderosos incentivos para hacerlo. Sólo aquel que tome las cosas muy a la ligera puede disimular que aquí existe una dificultad contra la que es necesario prevenirse de antemano, sobre todo si considera que estas contravenciones pueden consistir no sólo en pecados de comisión sino también en faltas de omisión. Si el sentimiento de responsabilidad está ya lo suficientemente desarrollado como para evitar los primeros, no necesita por ello ser todavía lo suficientemente poderoso como para impedir los últimos. La esperanza en la fuerza del sentimiento de solidaridad puede revelarse fácilmente como engañosa. Permítasenos aquí reiterar un pensamiento que hemos expresado en el ya citado artículo del año XX de *Die Neue Zeit*. En un gran territorio, se dice allí, "la

conciencia de solidaridad opera sólo bajo una cierta *presión* lo suficientemente poderosa como para motivar la renuncia voluntaria a intereses individuales". Donde los deberes se reparten entre millones, no puede recaer en el individuo una cuota excesiva de sentimiento de responsabilidad por estos deberes.

Es este argumento el que precisamente tiene que hacerles parecer peligroso a los socialistas orientar la agitación y la actividad legislativa hacia medidas que son apropiadas para convertir a la población en pordioseros. No forman parte del interés de la socialdemocracia, y es en general una mala política social, abotagar el sentimiento de responsabilidad social.

A quien le parezca filisteo, pequeñoburgués, manchesteriano lo que estamos sosteniendo, vale la pena recomendarle el estudio de la historia de las leyes inglesas para pobres, que resultan bastante ilustrativas. Cuando en 1834 el parlamento inglés derogó la antigua ley de pobres, bajo la cual una gran parte de los obreros eran pordioseros, seguramente se excedió en la medida en que cayó en el extremo opuesto y consideró la pobreza como un crimen. Pero la eliminación de la caduca ley de pobres, que despertó tanta indignación entre los socialistas y filántropos de la época, fue altamente positiva para la elevación moral y económica de la clase obrera en general. Ningún socialista sensato desea hoy la vieja y "humana" ley de pobres.

Si los sindicatos y cooperativas no tuvieran otra finalidad que mantener despierto en los obreros el sentimiento de solidaridad, de responsabilidad mutua, entonces ya sólo por ello deberían ser altamente deseables para todo socialista.

Pero volvamos al estado socializado. Dijimos que él no puede contar con seguridad con que todos los ciudadanos van a cumplir por sí mismos con su deber hacia la comunidad. Para los grandes crímenes positivos una gran comunidad no puede prescindir del desarrollo de un derecho penal. Aun cuando considere al criminal como un enfermo, ésta es una modificación con arreglo a la forma, pero no con arreglo a la esencia. Si alguien es condenado a la cárcel por violación, o si como "enfermo sexual" es confinado por algún tiempo en un hospital moral, en lo esencial se comprueba lo mismo: la comunidad protege el derecho de la persona y no puede, por ello, despachar la violación simplemente con las palabras: vete y no lo hagas de nuevo.

Pero es evidente que la fuerza represiva tiene que ser disminuida dentro de lo posible. Y así permanece la pregunta: ¿con qué medios cuenta la comunidad socialista, que sólo puede contar en forma limitada con la fuerza del imperativo moral, para estimular a sus miembros a que cumplan con sus obligaciones de ciudadanos, y en primer lugar con la parte que les corresponde en el trabajo general?

En la sociedad actual, en circunstancias normales, el deber de trabajar es forzado por el azote del hambre. Aquel que no quiere trabajar y no dispone de algún tipo de trabajo acumulado o no puede hacer que otros, sin el empleo de la fuerza física, trabajen para él, tiene que morir de hambre, exceptuando naturalmente a los niños y a los incapacitados para trabajar. La sociedad basada en la propiedad privada procede con absoluta lógica cuando considera a la pobreza en general como un crimen social. Se puede pedir de ella que, como con el criminal, también establezca diferencias dentro de los pobres, que ayude a los que

se han empobrecido sin propia culpa y tome las disposiciones necesarias para ayudar a los desocupados involuntarios, pero es absurdo esperar, y pura demagogia pedir, que ella le dé al desocupado sano más ayuda de la que sea necesaria para mantenerlo en condiciones de trabajar, sin debilitar de este modo el estímulo para obtener otros trabajos más que los relacionados con la prestación de ayuda. El principio económico y social fundamental en la sociedad actual es el de la autorresponsabilidad, y toda política de previsión social que lo conmueva seriamente debería ser considerada, desde el punto del orden social dado, como no social o también como antisocial. Si el estado y la comuna se hacen ya hoy en día cargo de la atención de una serie de necesidades, cuya satisfacción quedaba hasta ese momento en manos del individuo, de ese modo limitan en algo el deber de autosustentarse según la medida de estos servicios, pero sin afectar el principio mismo. Por lo regular, limitan la gratuidad a aquellos servicios en los que es inconmensurable la parte del disfrute de los diferentes ciudadanos o a aquellos cuyo aprovechamiento ellos desean y prescriben en beneficio de todos. Como ejemplo de la primera categoría puede servir la iluminación de las calles; como ejemplo para la última, el sistema de la escuela elemental.

El socialismo inscribió en su bandera el aumento continuo de las prestaciones gratuitas de la comunidad organizada hacia sus miembros. A primera vista parece evidente que la comunidad no puede dar a sus miembros nada que ella, de alguna forma, no haya recibido antes. Así, frente al derecho legal de los individuos a los servicios de los que se hizo cargo la comunidad, está el deber de contribuir en una determinada proporción a los costos de estos servicios o a los trabajos necesarios para su consumación. "No hay derechos sin deberes", dice el estatuto de la Asociación internacional de los trabajadores. Pero esta afirmación se halla condicionada por la posición política de la socialdemocracia con respecto al estado, dado que este reconocimiento queda por el momento en la teoría, mientras que, en la agitación práctica —y la práctica es aquí lo decisivo—, sean colocadas en un primer plano las exigencias hacia la comuna y se hable, en cambio, poco de las exigencias económicas de la comuna a sus ciudadanos —exceptuando aquellas que se refieren a las clases superiores de ingresos. Desde el punto de vista económico y social esto no tiene fundamento en la actualidad, y en su repercusión sobre la ética social de la masa no carece de peligros.

No puede esperarse que tras una victoria de la socialdemocracia toda la población adopte repentinamente otra mentalidad social. Es posible, e incluso probable, que el estímulo moral de la victoria entusiasme a una parte de la clase obrera a una mayor entrega a la causa común que la demostrada hasta entonces. Algo similar ocurrió en París en 1848, y no hay razón para que no se repita ocasionalmente en una escala mayor. De todos modos, a este acrecentado desinterés de unos se opondrían esperanzas y exigencias extraordinariamente exageradas de otros, y si nos representamos la proporción entre la parte de la clase obrera que se sacrifica para fines políticos y sindicales y la totalidad de la misma entonces vamos a tener que decirnos que los primeros constituirán probablemente una minoría de la misma, en tanto que los últimos conformarán una gran mayoría.

¿Estará la sociedad en condiciones de atender inmediatamente aquellas acrecentadas exigencias? ¿Es posible que, en un tiempo no lejano, un cambio producido por reagrupamientos políticos, por catástrofes inesperadas, etc., que entregue el poder a la socialdemocracia, lleve directamente a que la sociedad se ocupe de la obligación que tienen los individuos de autosustentarse? Para clarificarse sobre la respuesta a esta pregunta será importante examinar nuevamente, más de cerca, el nivel de desarrollo de la producción.

En un capítulo anterior hemos visto que el desarrollo de la producción no se mueve de ninguna manera exclusivamente en el sentido de la concentración y centralización de las empresas, que la tendencia hacia las empresas grandes y gigantescas predomina, ciertamente, en la industria, pero que no se impone en todas partes y que, además, con el progreso de la técnica y la acrecentada fuerza productiva del trabajo, se crean continuamente, junto a las viejas ramas de la producción, otras nuevas, de manera tal que, a pesar de la creciente concentración de las empresas, el número total de las mismas sólo se reduce imperceptiblemente. Según la estadística antes dada, en los trece años que median entre el censo industrial de 1882 y el de 1895, el número de las sociedades independientes en la industria disminuyó de 1 861 000 a 1 774 000, esto es, un decrecimiento de 87 000, o sea, menos del 5 %. Supongamos para los próximos trece años una proporción incluso doble de retroceso, y así creciente de época en época, de modo tal que en el año 1908 tendríamos que contar todavía con 1 600 000 gerentes o bien empresas industriales independientes, y en el año 1921 con 1 280 000.[2] En el año 1882 se contaron 40 000 grandes y medianas empresas juntas. Si también una parte de éstas se sacrifica paulatinamente en aras de la concentración de las empresas, en las brechas aumentan, en cambio, en número creciente las empresas que, en el mismo tiempo, evolucionan del artesanado a empresas medianas y grandes. Seguramente no significa subestimar la marcha de la concentración si suponemos, como promedio, que por cada 20 pequeñas empresas que desaparecen se constituye una empresa mediana o grande. Pero supongamos incluso una proporción de 25:1, entonces por 600 000 pequeñas empresas desaparecidas habría que calcular 24 000 empresas medianas y grandes nuevas. Junto con las 40 000 empresas mencionadas habría en total 64 000, de las cuales queremos poner 4 000 en la cuenta de las empresas medianas y moderadamente grandes absorbidas por las empresas muy grandes. Exceptuando por completo a las empresas artesanales (las empresas industriales domésticas no están contabilizadas aquí en absoluto), en el año 1921 y sólo en la industria, la "sociedad" en Alemania tendría que vérselas con aproximadamente 60 000 empresas grandes y medianas.

¿Se tiene idea de lo que significa esto? Es muy fácil escribir el número, y aún más fácil expresarlo. Pero inténtese seriamente, por una vez, imaginar su importancia sociopolítica, pensar en lo que significa poner bajo el control directo de la "sociedad" la dirección de sesenta mil empresas. Sólo esta cifra, a la

[2] En aras de la brevedad se equiparan aquí los números de los directores independientes de industrias y de las empresas. La estadística demuestra que esto no conduce a errores esenciales para el análisis realizado más arriba. En 1882 se calcularon 1 861 000 directores independientes de industrias y 1 954 000 empresas; por lo tanto, la cifra de las últimas era todavía mayor que la de los primeros.

que todavía hay que añadir, sin embargo, la cifra por lo menos tan grande, si no mucho mayor, de las explotaciones medianas y grandes en la agricultura, permite comprender por cuánto tiempo todavía va a seguir siendo una abstracción decir que la "sociedad" produce. Aun cuando la sociedad sólo tuviera que ocuparse con las empresas grandes y medianas, la producción organizada directamente para ella supondría una máquina administrativa de cuya extensión y desarrollo proporcionan apenas una vaga idea los actuales regímenes postales y ferroviarios, y que son los que menos pueden ser sacados de bajo tierra en una época turbulenta. Un traspaso, en el que con la responsabilidad tienen que ser también traspasados derechos, es inevitable, ya sea que se trate de grupos de productores privados o de cuerpos públicos.

Vemos aquí nuevamente cómo subsiste un interés general, que tiene que ser preservado de los intereses parciales o particulares. Para preservarlo efectivamente la comunidad necesita mandatarios que funcionen con regularidad, esto es, *funcionarios*: al igual que para evitar la arbitrariedad en la ponderación y control de las disposiciones universalmente válidas, es decir, *leyes*. El número de personas, de las que aquí se trata, el tamaño del espacio territorial que ellas ocupan, el creciente número de ramas en las que se diferencia la producción y la gran cantidad, la diversidad y la extensión de las unidades de producción, todo esto convierte en una gran improbabilidad la armonización automática de todos los intereses individuales en un interés común, que se confirma unificadamente en todas partes y en todo sentido. Sólo en un estado de economías indiferenciadas es posible que la "sociedad" lleve una existencia —para utilizar una imagen de la biología— al estilo de los moluscos o de los helmintos. Así como en el mundo animal, al evolucionar la diferenciación de las funciones, se torna inevitable el desarrollo de una osamenta, y así en la vida social, con la diferenciación de las economías, se hace necesaria la formación de un cuerpo administrativo que represente al interés social como tal. Hasta ahora, y todavía en la actualidad, este cuerpo es el *estado*.[3] Puesto que el desarrollo ulterior de la producción no puede, evidentemente, consistir en la supresión de la producción diferenciada, sino sólo en una nueva centralización sobre la base de la diferenciación desarrollada —transferida a las personas, no en abolición, sino en *complementación* de la división profesional del trabajo—, así el cuerpo administrativo de la sociedad de un futuro no lejano no se puede diferenciar del estado actual *más que por el grado*.[4]

Y sólo según el *grado* se podrá modificar también, en un tiempo no lejano, la *responsabilidad* económica *individual* de los que están en condiciones de trabajar. La *estadística* laboral puede ser considerablemente desarrollada, la *provisión* de empleos muy perfeccionada, el *cambio* de trabajo facilitado, y el

[3] Sobre la formación del estado como consecuencia de la ampliación y diferenciación de la vida económica y de la expansión del territorio ocupado, véase Karl Kautsky, *Der Parlamentarismus, die Volksgesetzgebung und die Sozialdemokratie*, pp. 9 ss.

[4] La frase de que la sociedad ocupa el lugar del estado encierra una elipsis conceptual. El estado puede ser sustituido por una administración que defienda el interés de la totalidad de los miembros de la sociedad frente a todo interés particular (de clase), pero no por la "sociedad". Pues de lo contrario podría decirse, con la misma lógica, que la empresa capitalista (o la empresa socialista o corporativa) va a ser sustituida por la "totalidad de los obreros". Con el contenido se modifica la forma, pero el contenido no sustituye a la forma.

derecho laboral perfeccionado, de manera tal que posibilite al individuo una seguridad en su existencia y una facilidad en la elección de su trabajo infinitamente mayor a la presente. Los órganos más avanzados de la defensa de los intereses económicos de cada uno —los grandes sindicatos— muestran ya en este sentido la orientación probable que asumirá el desarrollo. Pero ni va a ser posible darle al derecho laboral el carácter de un derecho incondicional a la ocupación en una determinada profesión y, si es posible, además en un determinado lugar, ni puede ser considerado deseable que exista un derecho semejante. En un organismo tan grande y complicado como el que representan las modernas naciones civilizadas y, como hemos mostrado más arriba, que van a representar todavía por mucho tiempo, sólo sería concebible —y en esto tienen razón los enemigos del socialismo— como fuente de la más aborrecible arbitrariedad y de eternas disputas y sería un contrasentido político y económico. Pero también es una conclusión totalmente falsa que semejante "derecho al trabajo" incondicional sea una consecuencia necesaria de la doctrina socialista. Tan falso como que el socialismo signifique un deber de trabajar, según el cual cada uno pueda ser comandado a voluntad hacia un determinado trabajo.

En la próxima etapa del desarrollo social sólo puede haber un derecho laboral condicionado y un deber laboral condicionado. Si ya en la actualidad los sindicatos fuertes aseguran a sus miembros en condiciones de trabajar un cierto derecho a la ocupación; le muestran al empresario los inconvenientes que trae aparejado despedir a un miembro del sindicato sin una causa reconocida como tal también por el sindicato; si en la bolsa de trabajo combinan las diversas ofertas y demandas de trabajo; entonces ya como se dijo están dados los elementos para el desarrollo de un derecho laboral democrático. Pero un deber laboral, exceptuando casos de apremiante necesidad y aquellos trabajos para la comunidad que corresponden alternativamente a todos los miembros de la sociedad, sólo puede ser sostenido sobre la base de la regla de que el que no quiere trabajar no debe comer, esto es, *ateniéndose al principio, ya urgente en la actualidad, de la autorresponsabilidad económica.*

No puede esperarse en absoluto que un orden social futuro suprima el deber de la autorresponsabilidad económica. El socialismo sólo puede *facilitar su cumplimiento*. Y más no es ni siquiera deseable. La autorresponsabilidad es evidentemente sólo una parte del principio social, cuya contrapartida es la libertad personal. Una no es concebible sin la otra. Por muy contradictorio que pueda parecer, la idea de la supresión de la autorresponsabilidad es completamente antisocialista. Su alternativa significaría o una perfecta tiranía o la disolución de todo orden social.

Una vez más hay que rechazar por utópica la idea de que una revolución socialista podría convertir al estado en una institución de ayuda automática. Por consiguiente, la socialdemocracia tiene que resolver el problema de cómo se puede unificar la agitación por mayores prestaciones del estado y de la comuna en beneficio de las masas con la conservación del sentimiento de responsabilidad social. Y aquí está el punto en el que las obras de la propia ayuda social adquieren una importancia acrecentada para la sociedad futura. Si el movimiento socialista estuviera limitado solamente a la agitación política, en-

tonces podría convertirse muy fácilmente en lo contrario de aquello a lo que aspira, o sea, en la destrucción no del estado social existente, sino del deseado. El sentimiento de obligación social, que la agitación política como tal inculca a las masas, ha penetrado apenas a un nivel epidérmico, pues sólo puede consistir en la formulación de reivindicaciones para la masa. Esto se evidencia sobre todo en países donde a las masas ya no les son escatimados derechos políticos fundamentales, perdiendo así la lucha política un fuerte impulso moral. Otra cosa es lo que ocurre con los órganos propios de ayuda social. La cooperativa económica y el sindicato pueden ser ocasionalmente muy egoístas e incluso reaccionarios para con la generalidad, pero dentro de su esfera actúan necesariamente sobre el fortalecimiento del sentimiento de obligación social. El poder de un sindicato depende del sacrificio que sus miembros hacen por él, su fuerza de la disciplina que ejerce sobre sus miembros. Como todos los cuerpos democráticos, el sindicato bien organizado censura severamente las infracciones al deber, sabe apreciar el poder de responsabilidad de sus miembros y cuida de que sea cumplido.

La gran extensión espacial del estado moderno y el enorme número de habitantes de su territorio le dificulta al individuo cada vez más apreciar las potencialidades de la administración estatal. Las grandes cifras que lee no tienen realidad para él, hablan un lenguaje cuyo verdadero significado se nos oculta siempre de nuevo por más que nos esforcemos por imaginarlas y retenerlas. Si el individuo estuviera directamente, como unidad entre millones de unidades, frente a este gran estado, entonces la democracia sólo sería una palabra vacía. El mejor derecho electoral, la más extensa aplicación del principio de la legislación directa, modificaría poco en ello. Las voluntades individuales se desgastarían en el roce con otras voluntades individuales, los verdaderos soberanos serían las cabezas dirigentes de la administración, la burocracia. De ahí la importancia y la necesidad fáctica absoluta de *órganos intermedios*. Estos órganos intermedios son los recientemente comentados y otras creaciones de la representación económica de intereses, así como aquellos cuerpos políticos que se caracterizan especialmente como órganos de autoadministración: las representaciones de localidades, distritos y provincias. La literatura socialista alemana se ocupó muy poco de ellos hasta el momento. En la práctica se los tomó como lo que son, generalmente se pidió para ellos el sufragio universal, y, donde el derecho electoral existente permitía elegir representantes en ellos, se intentó hacer valer los intereses obreros. Pero todo esto siguió siendo puramente ecléctico, sólo fue practicado, por decirlo así, de caso en caso. Puesto que faltó la ocasión práctica, no hubo mayor preocupación por la cuestión de qué otras funciones, además de las mencionadas, le corresponderían a estas representaciones en una comuna socialista, se la llame estado, república o como fuere, cuál sería su papel económico en la sociedad socialista o frente al estado socialista. De la representación departamental o provincial se habló, en general, todavía poco; de la comuna, teóricamente, hasta ahora casi exclusivamente en las discusiones sobre el anarquismo, donde se subrayaba, como es natural, más la diferencia entre comuna y estado que la relación entre ambos, más su oposición formal que sus íntimas relaciones político-económicas. Recientemente, ante la repercusión del socialismo municipal inglés y francés, se comenzó a examinar en

forma sistemática la cuestión. Esto es muy alentador, pues de acuerdo con lo dicho quedará claro que la cuestión de la autoadministración de las comunas abarca para el socialismo todavía algo más que la administración de gas, agua y transporte, salarios sindicales, etc. El estado o cualquier administración central análoga, contando sólo con sus propios recursos, se hallaría en general desamparado ante la enorme masa de empresas productivas, cuya cifra hemos presentado más arriba. El espacio y el número obstaculizaron cualquier intervención más que superficial en su economía. Pero si se recurre a los cuerpos de autoadministración, entonces se modifica todo el cuadro. Desaparece la enormidad espacial y las relaciones numéricas se vuelven más humanas. Sin embargo, con ello el "estado" no se vuelve todavía superfluo. Con una distribución adecuada de las funciones, entre la administración central y las administraciones locales, se limitan también, naturalmente, los derechos soberanos de la primera. Pero su transferencia completa a aquéllas no es posible por la simple razón de que entonces cesaría la conexión política entre ellas, y significaría además sólo el empequeñecimiento y no la supresión de las zonas de administración central.

No se trata, por lo tanto, como dice Marx en *La guerra civil en Francia*, de deshacer la unidad de las naciones que se hicieron históricamente grandes, sino de colocarlas sobre una nueva base. Si esto puede llevarse a cabo en todos los casos, como desarrolla Marx en el pasaje en cuestión, es algo que queda por resolver. Pero la idea fundamental —la sustitución de la mayor parte de las funciones que ahora cumple el estado por cuerpos democráticos de autoadministración— tiene que ser necesariamente afirmada. Sólo en una parte muy pequeña, el traspaso de la producción a la explotación pública puede ser realizado pasando directamente por encima del estado. Si no ha de quedar allí lo que el estado y la burocracia pueden hacer administrativamente en este sentido, entonces se torna una necesidad ineludible la mayor recurrencia a los órganos democráticos de autoadministración. Sólo con su ayuda pueden ser superadas las dificultades que el espacio y el número contraponen a la reforma socialista en el campo político y social.

LA LUCHA DE LA SOCIALDEMOCRACIA Y LA REVOLUCIÓN DE LA SOCIEDAD

1. POLÉMICA

En todos los países en los que la socialdemocracia ha alcanzado importancia política observamos el mismo fenómeno: dentro de ella se está produciendo un cambio. Se abandonan las viejas redundancias en frases y argumentaciones, disminuye el entusiasmo por las generalizaciones, ya no se especula sobre la distribución de la piel del oso una vez consumada la catástrofe generalizada; sin embargo, nadie se ocupa demasiado de este interesante acontecimiento. Por el contrario, lo que se estudia son las particularidades de los problemas cotidianos y se buscan palancas y puntos de inserción para, sobre la base de éstos, impulsar el desarrollo de la sociedad en el sentido del socialismo.

No siempre este proceso de cambio es deseado y consciente en todo sentido, y mucho menos aun uniforme. Tradiciones de todo tipo, diferencias en el desarrollo político y económico de los diferentes países, diferencias en el temperamento o en el conocimiento de diferentes personas llevan a que este proceso se consuma con mayor velocidad o lentitud, contradictoria o consecuentemente. Pero en todas partes el rango fundamental es el mismo, se trate de la socialdemocracia alemana o francesa, escandinava o italiana.

Formalmente este cambio se manifiesta como un abandono de la pureza del principio, pues en ningún lado faltan elementos que se le opongan apasionadamente. Así, a comienzos de los años noventa la socialdemocracia alemana tenía sus "jóvenes", que en realidad eran los viejos en la medida en que continuaban aferrados a las viejas frases y consignas que hasta entonces detentara el partido, en parte una fuerza casi dogmática y en parte, al menos, una buena orientación. A fin de cuentas, es necesario hacer este reconocimiento con respecto a aquellos puntos en los que se trataba de diferencias doctrinarias de opinión en relación con los problemas de aquel entonces. Hay en la literatura partidaria muchos pasajes que justifican su oposición. Baste recordar aquí la circular de marzo de 1850 del comité central de la Liga de los Comunistas, a la que hacía referencia la redacción de un periódico partidario que en aquel entonces militaba en la oposición. Esta no tenía en cuenta que si bien en la época de su redacción el autor de aquella circular no había alcanzado todavía la plenitud de sus conocimientos políticos y sociales, en el intervalo modificó mucho su posición con respecto a los supuestos de los que partía el escrito.

Dichos supuestos, que interesan para la definición de cuestiones tácticas, tienen una naturaleza dual. En primer lugar se trata naturalmente de la repercusión externa de condiciones absolutamente reales: la situación económica del país en cuestión, su organización social y sus condiciones políticas, la naturaleza y las relaciones de poder de sus partidos. El segundo factor es de naturaleza *intelectual*: el grado de *conocimiento* de la situación social, el nivel de *comprensión* alcanzado respecto de la misma y las leyes de desarrollo del cuerpo

social y sus elementos. Ambos factores se modifican y ambas modificaciones deben ser consideradas en la discusión de cuestiones tácticas. Esto que suena como un lugar común y que debería serlo responde a que en realidad la regla es frecuentemente ignorada, muy especialmente en el caso de aquellos que esperan la realización total del socialismo como consecuencia de un gran derrumbe general, que ven en éste la premisa fundamental para la victoria definitiva del socialismo.

No es una paradoja, sino un hecho frecuentemente observado, que el revolucionarismo doctrinario es en lo interno tan conservador como el doctrinarismo de los reaccionarios a ultranza. Ambos se resisten con la misma tenacidad a aceptar desarrollos que contradicen su "principio". Cuando los hechos hablen un lenguaje demasiado claro como para negarlos rotundamente, los atribuirán a cualquier casualidad, pero nunca a sus causas verdaderas, reales, lo cual es lógico: allí donde la doctrina se convierte en un capricho —y existen Quijotes del derrumbe como los hay en la legitimidad— el que la profesa no podrá admitir jamás que algo fundamental ha variado en sus hipótesis. Cuando los hechos le sean incómodos, buscará razones en todas partes, pero evitará atemorizado *examinar* sus verdaderas causas y relaciones de acuerdo con la realidad.

¿Se han modificado entonces suficientemente los supuestos del movimiento socialista como para justificar el cambio o tendencia al cambio caracterizada al comienzo? Hace tiempo ya que tengo la intención de examinar esta cuestión y por ello celebro que el señor Belfort Bax me desafíe a una polémica con su artículo "Kolonialpolitik und Chauvinismus" [Política colonial y chauvinismo], que en última instancia termina planteando esta cuestión. Pues, ¿para qué jugar a las escondidas? La acusación formulada, sólo ocasionalmente de manera formal, por el señor Bax en el sentido de que el que suscribe intentaría introducir una nueva y perniciosa idea en la socialdemocracia, o, como lo expresa el señor Bax, "que renunciaría por completo al objetivo final del movimiento socialista en favor del círculo de ideas del actual liberalismo y radicalismo burgués", constituye el principal objetivo, el núcleo de su artículo: el resto sólo es la vestimenta. Con esto no pretendo negar que el señor Bax toma muy en serio la exhortación contenida en el artículo a luchar contra molinos de viento —o más bien contra molinos de vapor. Pero si esta muy interesante lucha es impulsada con toda la fuerza necesaria, es evidente que primero hay que neutralizar a aquellos que se interpongan en su camino. Y éstos son, muy evidentemente, los tan vergonzantes filisteos "administradores de mediocridad" del tipo del que escribe estas líneas.

Debo informar a los lectores de *Die Neue Zeit* el hecho de que el artículo del señor Bax aparecido en el núm. 14 tiene un antecedente. Es, por así decir, el segundo golpe de lanza de nuestro paladín, o, para expresarlo en forma más moderna, un auto de procesamiento en segunda instancia. Para su apreciación total no es posible prescindir del conocimiento de los hechos en primera instancia y por ello se me perdonará si antes que nada dedico algunas palabras a esta cuestión. Ella nos remite a la época en que en *Die Neue Zeit* se desarrolló la controversia entre Bax y Kautsky acerca del alcance del materialismo histórico para la explicación de los fenómenos históricos.

Como se recordará, esta controversia se originó en un artículo del señor Bax en el *Zeit* vienés, donde, en una nota al pie de página, los "neomarxistas", Kautsky, Mehring y Plejánov, fueron presa de un merecido desprecio por la interpretación —según Bax— muy parcial que hacían de la doctrina marxista. A pedido de Kautsky, Bax se dignó a demostrar su tesis en *Die Neue Zeit*, y ahora será mejor que me abstenga de cualquier juicio y deje hablar sólo al hecho de que en su réplica final frente a Kautsky, con respecto a su valoración del factor económico, Bax descubrió que *"nuestros puntos de vista de ningún modo están tan distantes"*. Después de esta explicación a los lectores de *Die Neue Zeit*, les parecerá un tanto extraño, si bien no sorprendente teniendo en cuenta experiencias anteriores, oír decir al señor Bax, cuestionado por Kautsky: "A un intérprete materialista de la historia tan austero le parece sentimentalismo todo lo que no se deriva directamente (!) de motivaciones económicas en el sentido estricto" (véase *p.* 14). Si consideramos que durante la polémica se trató de inculcarle al señor Bax la comprensión y correcta apreciación del punto de vista de Kautsky, todo resultó inútil.*

Se dice de los gatos que siempre caen parados. Pero esto es sólo un cuento. Más de un gato pagó con su vida el probar la exactitud de esta sentencia. Al señor Bax le va mejor. Cuando se desmoronen todas sus razones, saldrá ileso de la batalla, invicto como aquellas mujeres de las que el poeta dice que siempre

> "Sólo vuelven a su primera palabra
> luego de que el juicio se ha predicado durante horas."

Como consecuencia de ello, cualquier polémica con Bax obliga a sus adversarios a caracterizar sus costumbres polémicas.

Ahora permítasenos un extracto del debate: *Bax, caballero de los bárbaros, contra Bernstein, filisteo de la civilización.*

A fines de 1896 publiqué en *Die Neue Zeit* un artículo sobre la posición de la socialdemocracia frente a los disturbios turcos (año xv, vol. 1, pp. 108 y *ss.*). Teniendo en cuenta la contradictoria posición de diferentes periódicos socialistas en relación con esta cuestión, al comienzo del artículo desarrollé algunas ideas directrices que deberían servir como norma para el análisis de esta cuestión y de otras similares. Ellas pueden resumirse brevemente diciendo que no todo levantamiento de una nacionalidad o de una raza contra sus soberanos debe concitar, sin más ni más, el apoyo moral o activo de la socialdemocracia. Con toda la justificada simpatía que la socialdemocracia siente por las luchas de liberación, sin embargo, ella debería tomar en consideración el interés por el desarrollo general y por el progreso cultural. De manera tal que ante las rebeliones de aquellas tribus que se adjudicaron el derecho de comerciar con esclavos o de tribus de ladrones que hicieron del saqueo a tribus vecinas de agricultores un oficio permanente, la socialdemocracia permanezca indiferente y, dado el caso, se enfrente como su enemiga. "No reconocemos derecho alguno al robo ni

* Bernstein utiliza la expresión "das ist für die Katz", que significa que todo resultó inútil. [E.]

al saqueo de cultivos. En una palabra, por crítica que sea nuestra posición respecto a la civilización alcanzada, no dejamos de reconocer sus logros relativos y los erigimos en aspectos que determinan el criterio de acuerdo con el cual tomamos partido" (*op. cit.*, p. 109).

Estas afirmaciones no eran totalmente novedosas: como ya habían sido expresadas en forma similar por muchos socialistas, me creí autorizado a hacer la observación, creyendo que hasta ahí mis explicaciones no se enfrentarían con resistencias dentro del partido.

¡Pero qué ingenuo se es a veces pese a todas las experiencias!

El escrito suscitó la protesta y toda la cólera del señor Belfort Bax. En un fulminante artículo publicado en el *Justice* londinense, Bax me acusó de "filisteísmo" porque olvidé hablar de cultura y me acusó de alta traición al socialismo revolucionario —o sea, el fabianismo— para justificar lo cual coloreó mis explicaciones a su modo, o sea que puso en mi boca algo similar a lo que figura ahora al comienzo del auto de procesamiento para la segunda instancia. Mas el hecho criminal estaba todavía demasiado fresco, el número en cuestión de *Die Neue Zeit* en demasiadas manos, y así nuestro osado héroe, que combina "sistemáticamente" el romanticismo meridional del noble caballero de la triste figura con el realismo positivo del bravo Sir John, fue de todos modos suficientemente cuidadoso como para agregar: "Bernstein tiene que saber muy bien que lo precedente [la versión coloreada de Bax] es el único sentido práctico que pueden tener sus explicaciones" (*Justice*, 7 de noviembre de 1896). Para mi vergüenza, debo reconocer que no sólo no sé "muy bien" esto, sino muy mal, o sea que no lo sabía en absoluto.

Por lo tanto, me senté y escribí una respuesta en la que, sobre la base de citas de Marx y Engels y haciendo referencia a un pasaje de Lassalle de su escrito *Der italianische Krieg* [La guerra italiana], demostré que en relación con la cuestión de la que se trataba, los nombrados no habrían adoptado un punto de vista sustancialmente diferente al que yo sustentaba. No es necesario que reproduzca aquí las citas, pero quisiera hacer alusión a los pasajes de la *Rheinischen Zeitung* mencionados por Mehring en su *Geschichte der deutschen Sozialdemokratie* [Historia de la socialdemocracia alemana] (tomo I, p. 374) sobre la cuestión de Schleswig-Holstein, donde el derecho de Alemania contra Dinamarca es explicado como el "derecho de la civilización contra la barbarie, del progreso contra la estabilidad", el escandinavismo como la exaltación de "la vieja nacionalidad nórdica, brutal, sucia, pirata", como "la exaltación de una inferioridad", cuyas manifestaciones consistirían en "brutalidad con las mujeres, embriaguez permanente, y furia cambiante con lacrimoso sentimentalismo". (Es evidente que estas palabras no estaban dirigidas, de ninguna manera, contra los pueblos escandinavos, sino precisamente contra el anacrónico ensalzamiento del elemento retardatario, que dominaba entonces su vida nacional. E. B.) Contra dicho espíritu retardatario y sus defensores seudorrománticos la *Neue Rheinische Zeitung* proclamó el derecho de la civilización y del progreso. Es preciso que se me reconozca que no me referí sin motivo a sus conductores. Ahora agrego:

Pero me sorprende bastante ver cómo el mismo Bax, que hace apenas unas pocas

semanas, en el fabiano *Zeit* vienés, arremetió tan enérgicamente contra la aplicación supuestamente demasiado mezquina del materialismo histórico por parte de algunos marxistas, predica repentinamente en el *Justice* la más mezquina y burda interpretación materialista de la lucha de la socialdemocracia. Llamar a la civilización moderna "una maldición y una desgracia en sí misma"; considerar todos y cada uno de los sentimientos nacionales como una "impostura"; lemas como "antes esclavitud que capitalismo", es el *non plus ultra* del materialismo. Significa la negación del conjunto de las conquistas ideológicas de la civilización moderna, de todo el desarrollo de los conceptos éticos.[1]

En relación con la idea desarrollada por Bax, advertí en el mismo artículo que teniendo en cuenta el derrumbe supuestamente cercano de la civilización burguesa, la socialdemocracia debería hacer todo lo posible para impedir su expansión geográfica:

Lo que propone Bax es un puro derroche de tiempo y fuerza. En el supuesto de ser realizable, lo cual no es el caso, su propuesta de socorrer a los salvajes de la civilización que avanza sólo prolongaría la lucha, mas no la impediría. Hace algún tiempo Bax propuso (en el *Justice*, E. B.) que a los salvajes se les suministraran armas de fuego para aumentar su capacidad de resistencia. Pero olvida que quien utiliza armas de fuego necesita, de tiempo en tiempo, nueva pólvora y cartuchos, y estas cosas todavía no crecen en forma salvaje. Para obtenerlas el salvaje debe acudir al *traficante*, y una vez que está en trato con él resulta irresistiblemente absorbido por el círculo encantado de las mismas influencias comerciales de las que debían preservarlo las armas de fuego. La propuesta de Bax, como su lógica, se muerde su propia cola. El hipócrita o no sé qué, aunque no conformista, es al menos más lógico cuando propone que se prohíba la venta de *agua de fuego* (aguardiente) a los salvajes.[2]

Naturalmente, no fue suficiente con un discurso y una réplica. El señor Bax tomó por segunda vez la palabra, me acusó de vaguedad en mi respuesta y me obligó así a una segunda nota. Extraigo de ella el siguiente pasaje relacionado con el punto de controversia:

[Bax] cita a la Compañía británica para la protección de los nativos. Si mis informes acerca de ella son correctos, tengo gran simpatía por sus aspiraciones. No quiero

[1] Para que el lector mismo juzgue, aquí están las palabras de Bax: "Unlike Bernstein we regard modern civilisation as, per se, a curse and an evil". —"Better slavery than capitalism; better the Arab raider than the Chartered company, must be our device in these questions." "Happily the feeling is growing among the working classes that all national aspirations are a fraud and a red herring designed to trick them out of following the true goal of international socialism." Entre otros destinatarios, la última frase está dirigida contra las aspiraciones nacionales de los socialistas polacos representados por el *Przedświt*. Para ello el señor Bax se apoyó en el "excelente" artículo de la señorita Luxemburg, del que no extrajo la condena de una táctica determinada, sino de todas y cada una de las aspiraciones nacionales polacas.

[2] En el mismo número de *Justice* donde se publicó mi artículo, la redacción del periódico declaró en relación con estas frases que con ello yo me alineaba entre sus peores enemigos (del *Justice*): que defendía las vergonzosas acciones de la compañía de la Sudáfrica británica en Matabeleland y decuplicaba así las dificultades de la Federación socialdemócrata en Inglaterra. Desde entonces Bax anda de un lado para otro y le cuenta al que quiera escucharlo que sólo a mí es imputable el hecho de que en Inglaterra no se haya proclamado todavía una república social.

ver a los nativos de África o de cualquier otro continente explotados o degollados, y tampoco estoy de acuerdo con que se les impongan modos de vida para los que su clima no es apropiado. Si he señalado, y lo mantengo, el derecho de la civilización más elevada sobre la inferior —y es incomprensible que un socialista pueda negarlo—, esto no significa que la civilización inferior carezca absolutamente de derechos y que los derechos de la primera no impongan obligaciones. Precisamente desde mi punto de vista es posible una regulación humana del problema de los nativos, mientras que en el caso de Bax todo depende del humor y del pretendido interés del momento. ¿No está Bax realmente en condiciones de diferenciar entre la esclavitud primitiva y el trá fico de esclavos? ¿Cree aún realmente en el cuento de la buena alimentación y el buen trato del esclavo, que es considerado como un objeto?

Hasta aquí lo que se refiere a la primera instancia. Es preciso reconocer que si mi atacado artículo realmente admitió —en parte por falta de precisión en el modo de expresión— la interpretación que le diera Bax en el *Justice*, este malentendido quedó superado luego de las aclaraciones precedentes. Y a partir de allí se podrá juzgar un modo de lucha que ahora, en la segunda instancia, sin perplejidades ni reparos, comienza diciendo:

Hace algunos meses Eduard Bernstein expresó en *Die Neue Zeit* la idea de que la expansión ilimitada de la así llamada cultura moderna, *con otras palabras, de la economía capitalista actual, con todo lo que ella significa, sería en y por sí* una ventaja para los pueblos bárbaros y primitivos.

Ese "por sí" no corresponde, yo quiero suprimir la comparación.

Frente a ello, opongámosle al señor Belfort Bax, que con su "concepción sintética de la historia" se siente tan por encima del "materialismo extremo" de los "neomarxistas", el pequeño hecho de que la cultura moderna tiene, por cierto, mucho que agradecerle a la economía capitalista, pero no por eso se agota de ninguna manera en ella. Por sobre todas las cosas es fruto de las conquistas de esta cultura una valoración de los derechos de la *personalidad*, de la *vida humana*, que en la aplicación general y en la amplia interpretación que tienen en la actualidad fueron desconocidos para cualquier cultura anterior. Si al señor Bax esto le resulta tan indiferente que cuando se habla de la cultura moderna la pasa simplemente por alto, entonces me pregunto por qué y para qué el señor Bax es en realidad un socialista. Suponiendo que sea realmente el proletariado moderno la causa por la que él es víctima de convulsiones estéticas ante el simple recuerdo de las chimeneas de fábricas, sin embargo, en el socialismo no se trata simplemente de una mejor alimentación para los obreros. Hay unos cuantos fabricantes que se preocupan mucho del bienestar material de sus obreros, tal como ellos lo entienden, y que para ello invierten en todo tipo de instalaciones costosas. Si el señor Bax fuera consecuente, debería valorarlos por lo menos tanto como a sus queridos paschás marroquíes a los que, por su resistencia a construir carreteras, les perdona generosamente todas las atrocidades cometidas contra los esclavos y todas las depredaciones cometidas contra el resto del pueblo.[a]

El idilio marroquí que el señor Bax nos presenta es suficientemente atrayente; uno mismo podría sentir deseos de emigrar a este felicísimo Marruecos si no hubiera algunos pequeños peros. En primer lugar se verifican allí continuas rebeliones en el interior del país, contra las que se procede con la más sangrienta crueldad —hace poco las cabezas de cincuenta rebeldes adornaron nuevamente los muros de la ciudad principal (véase *Times*, edición semanal del 26 de noviembre)— o que terminan con la huida de tribus enteras hacia Argelia. Así, en el verano de este año, 700 miembros de la tribu Sekhera huyeron del paraíso marroquí hacia Argelia y solicitaron se les permitiera establecerse bajo el yugo de la administración europea. En estos momentos recorre Marruecos el socialista inglés Cunninghame Graham. En su intento por penetrar en la provincia de Sus, Graham, que tiene sangre meridional —su madre es española— y que se siente muy atraído por los pueblos semicivilizados, fue detenido por orden del gobernador, retenido durante días bajo todo tipo de pretextos en estricta vigilancia y finalmente liberado con la condición de regresar inmediatamente. En una carta humorística al *Daily Chronicle*, Graham describe la escena campestre que se desarrollaba ante su tienda: "Caballos y mulas son llevados a beber por esclavos negros, prisioneros encadenados se arrastran detrás, tropas de vasallos con armas de seis pies de longitud se pasean despreocupadamente con el pretexto de custodiar el lugar —en verdad, una Arcadia injertada en el feudalismo o el feudalismo sumergido en Arcadia." Por muy pintoresca que pueda ser la escena, la vida de la gente en esta Arcadia tiene en sí poco de encantador. Pero de todos modos observamos que la economía marroquí se basa en la esclavitud y el feudalismo, y este solo dato basta para despertar sospechas sobre todo lo que contó el señor Bax acerca del bienestar de los obreros en Marruecos.

Es muy posible que oficios aislados practicados gremialmente en las ciudades, como por ejemplo la fabricación del cuero marroquí, permitan a sus obreros una existencia más desahogada. En la sociedad feudal, el oficial agremiado de las mejores manufacturas fue en todas partes un aristócrata del trabajo. Pero para demostrar que el salario medio del obrero marroquí es equivalente a 25 litros de trigo por día, si hemos de creerle al señor Bax debe traernos algo más que simples afirmaciones. Por ejemplo, él nos cuenta que en Marruecos estaría prohibida la exportación de cereales, benéfica prohibición que abarataría los medios de subsistencia y alejaría del campo a los terratenientes capitalistas. Ahora bien, como el señor Bax puede comprobar en cualquier estadística comercial, Marruecos exporta medios de subsistencia. En cuanto al maíz —que también se cuenta entre los cereales— fueron exportados en 1888 (la última cifra oficial a mi disposición) 3 millones de marcos, en legumbres 7.5 millones de marcos, además de otros tipos de fruta, ganado vacuno, aves, huevos, etc. No conozco la prohibición de exportar trigo, sólo sé de un arancel por cierto elevado a la exportación. Pero, ya sea prohibición directa o arancel prohibitivo,

[a] Recientemente se publicó en el *Times* un ejemplo del amable trato que se dispensa a los esclavos en Marruecos por parte de la sociedad británica contra la esclavitud (véase la edición semanal del 25 de noviembre). Según el artículo, un rico emir marroquí *le hizo arrancar* a una niña de *ocho años* que tenía dolor de muelas *todos los dientes*, sólo porque no cesaba de llorar. Quizás ésta sea también una esclavitud "que surgió del desarrollo de la vida del pueblo" y cuya liquidación "es aborrecida por los nativos". Pero no me vayan a preguntar por cuáles.

implica, sin embargo, una creencia en milagros sin precedentes ver en semejante política económica caduca una verdadera preocupación por el bienestar del pueblo. En el mejor de los casos ella concuerda con la política de renunciar a carreteras, que ocasionalmente, aún, en el siglo pasado, también tuvo sus defensores en anticuados gobiernos europeos. Por ejemplo, Federico II de Prusia se opuso a la construcción de carreteras porque de este modo los extranjeros que transitaran por el país avanzarían demasiado rápido y gastarían poco dinero. Evidentemente, en Marruecos se trata de asegurar el sistema de gobierno despótico-feudal del sultán y, para este fin, quizás se considere más redituable políticamente el aislamiento de los centros de población. Cuál es la consideración por el bienestar del pueblo que hace deseable no tener carreteras es, por ahora, un secreto de Bax.

Nada hay en Marruecos que admirar, absolutamente nada. La existencia de costumbres sencillas[4] y un bienestar relativo de clases aisladas de la población de ninguna manera responden a las restricciones al comercio, la arbitrariedad de los paschás y la esclavitud; también se los encuentra en otros lugares donde falta esta linda trinidad. El señor Bax cree que la ausencia de capitalismo significa ya ausencia de miseria y explotación y como si el intercambio comercial empobreciera necesariamente a los pueblos. Estas fantasías se descartan de cualquier discusión seria. Por otra parte, Bax parece no saber que también el capitalismo tiene su historia de desarrollo y que en diferentes épocas se presenta bajo aspectos diferentes, que bajo la presión de las instituciones democráticas modernas y de las obligaciones sociales a ellas relacionadas debe adoptar un semblante diferente al que mostraba cuando la propiedad también monopolizaba la dominación política.

Hay una gran cantidad de testimonios insospechables en el sentido de que para la opinión pública europea actual la subordinación de los nativos a la soberanía de administraciones europeas de ninguna manera está siempre asociada a un empeoramiento de su situación, sino que muchas veces significa lo contrario. Por mucha que haya sido la violencia, fraude y otras infamias que acompañaron a la expansión de la dominación europea en siglos pasados y que actualmente sigue teniendo vigencia en muchos casos, sin embargo, la otra cara de la medalla muestra que en general los salvajes están mejor ahora, bajo una dominación europea controlada en casa. África no desconocía las guerras atroces, el saqueo, la esclavitud antes de la llegada de los europeos; más bien, éstos estaban permanentemente a la orden del día. En cambio, lo desconocido eran la paz y la garantía legal en la medida en que lo posibilitan las instituciones europeas, y el *enorme incremento de las posibilidades de alimentación* ligado a ellas. Oportunamente cité en este lugar un amargo artículo *antinglés* publicado en el *Grenzboten*, donde —en cierto tono de reproche— se señalaba que bajo la protección de la dominación inglesa se había *decuplicado en pocos años* la población negra de la región de Schira —entre el lago Nyassa y el Zambeze (cf. *Die Neue Zeit*, XIV, 1, p. 485, y *Grenzboten* del 4 de julio de 1895). Evidentemente, los negros no han leído aún los escritos de Bax, y en su filisteís-

[4] En tanto existen en Marruecos, descansan sobre las mínimas exigencias alimenticias de la población y sus escasas pretensiones de limpieza y comodidad. Entre otras cosas, las costumbres de los marroquíes no son de ninguna manera "sencillas".

mo prefieren la vida en el protectorado inglés a la vida en aquellas paradisíacas tierras africanas, donde son las persecuciones de esclavos las que dan mayor encanto a la existencia. Lo mismo sucede en otros lugares. Si en la actualidad habitan el territorio de los Estados Unidos, donde una vez algunos cientos de miles de indios se peleaban entre sí por terrenos de caza, cerca de 60 millones de personas —la gran mayoría de ellas decorosamente— que exportan medios de subsistencia para varios millones más, este hecho puede parecer lamentable a los románticos, pero pese a los aspectos oscuros de la vida norteamericana actual, no vemos en ello "un mal en sí". Por muchos crímenes que se hayan perpetrado en otros tiempos contra los indios, actualmente se protegen sus derechos, y como se sabe su número ya no disminuye, sino que ha empezado a aumentar.

¿Puedo ser considerado, a causa de este reconocimiento, como un "edulcorador" del presente? Pues bien, remito a Bax al *Manifiesto comunista*, que comienza con un elogio de la burguesía que no hubiera podido escribir más convincentemente ningún escritor dorado representante de la misma. Desde que fue escrito el *Manifiesto*, en los años cincuenta, el mundo no ha retrocedido, sino que continuó avanzando; las revoluciones que desde entonces se consumaron en la vida pública, el surgimiento de la democracia moderna, no dejaron de influir sobre la doctrina social de los deberes.

Un ejemplo de cómo se eleva progresivamente la escala según la cual se juzgan las cuestiones relacionadas con los derechos de los nativos lo proporciona la agitación actual contra la resolución del gobierno del Cabo que dispone el sometimiento de los rebeldes de Bechuanalandia, durante cinco años, al servicio de los agricultores, bajo ciertas prescripciones. Se puede poner en tela de juicio que los bechuanas en cuestión sean considerados rebeldes o que hayan sido de algún modo culpables, también pueden objetarse muchos de los detalles de las prescripciones en cuestión. Pero seguramente cinco años de trabajos forzados siempre son más moderados que el fusilamiento y menos duros que la esclavitud de por vida, a la que, según Bax, los nativos "están acostumbrados", tal como las anguilas, según el dicho de la famosa cocinera. Se han habituado desde tiempos inmemoriales a ser desolladas vivas. En Inglaterra, todavía en el siglo XVI semejante sistema temporal de trabajos forzados era considerado por un Thomas More como una reforma ideal al derecho penal; en la actualidad parece una recaída anormal.

El señor Bax cree que hace una afirmación importante cuando responde sarcásticamente a mi declaración de que la socialdemocracia debería criticar principalmente la forma en que son sometidos los salvajes, diciendo que semejante crítica es "finalmente muy secundaria".[5]

No obstante, esta cuestión es muy interesante. Que la crítica sea o no accesoria depende de *quién* y *cómo* la ejerza. Por ejemplo, la crítica que ejerció la

[5] Evidentemente, Bax también criticará la resolución del Congreso de Ginebra de la Internacional (1866) sobre el trabajo infantil, que comenzaba con las palabras:

"Consideramos que la tendencia de la industria moderna a recurrir a niños y personas jóvenes de ambos sexos para colaborar en la obra de la producción social es progresista, provechosa y justificada, si bien es espantoso el *modo* con que esta tendencia se efectiviza bajo la dominación del capital."

socialdemocracia en el Reichstag alemán contra medidas tomadas en el África oriental alemana no fué de ninguna manera secundaria, como, entre otras cosas, puede referirle un cierto doctor Peters al señor Bax. Para poder influir en forma determinante sobre la opinión pública hay que estar, sin duda, en condiciones de ser tomado en serio por ella.

Presionada por la opinión pública inglesa, la Compañía Británica de Sudáfrica se vio en la necesidad de distribuir entre los matabilis vencidos la mitad de las existencias de ganado tomadas a los lobengulas, o sea 40 000 cabezas. Si no hubiera sobrevenido la peste bovina, se los hubiera ayudado más de este modo que con los cañones que Bax les reserva.

La amenaza de la anglificación de todo el mundo que en la búsqueda de argumentos toma el señor Bax del arsenal de los chauvinistas coloniales alemanes y mezcla elegantemente con expresiones antisemitas, actualmente no tiene validez debido a que en la cuestión colonial ya no se trata sólo del avance de Inglaterra. Francia y Alemania por un lado, y Rusia por el otro, hacen hoy todo lo posible por obstruir el avance de Inglaterra. Si del palabrerío de Bax pudiera extraerse alguna conclusión práctica, ésta sería la siguiente: que la socialdemocracia alemana debería apoyar de cualquier manera a los chauvinistas coloniales alemanes, pues con todo el respeto que merecen las buenas intenciones del señor Bax y sus amigos (aunque, por otra parte, dudo mucho de que, por ejemplo, el señor Hyndman comparta los puntos de vista del señor Bax contra el sistema anglosajón), hay que albergar, ciertamente, algunas dudas sobre su capacidad para transformar los deseos en realidad. Los señores de la Compañía alemana del África oriental ofrecen más garantías en este punto.[6]

[6] Con respecto a la exaltación de Inglaterra que me imputa el señor Bax, sólo quiero decir que en dicho país hay muchas cosas que no me entusiasman en absoluto. Pero considero una tarea más apropiada para un escritor socialista mostrar a sus compatriotas en qué los aventaja el extranjero, enseñarles lo que es digno de imitación de las instituciones extranjeras, que adherirse a los insultos de los chauvinistas alemanes contra Inglaterra. Sin embargo, al señor Bax le será difícil encontrar un solo ejemplo de ensalzamiento acrítico de Inglaterra.

Algo similar sucede con mi "entusiasmo por el Partido liberal de Inglaterra". El hecho es que a pesar de su vehemente actividad agitativa, la socialdemocracia inglesa progresa con extraordinaria lentitud: además de ser derrotada en las elecciones parlamentarias, también lo es allí donde el actual sistema electoral equivale de hecho al derecho electoral alemán. Creo que hay que buscar explicación en el hecho de que en Inglaterra la socialdemocracia debe enfrentarse a enemigos más poderosos y experimentados, y con partidos más flexibles que en Alemania. En vez de comprender que ésta es la explicación más honrosa e indulgente de sus derrotas, los dirigentes oficiales de la Federación socialdemócrata me acusan de tomar partido por sus más acérrimos enemigos. Sin embargo, no tengo ningún tipo de relación con políticos liberales de Inglaterra y ni siquiera he podido decidirme a aceptar las reiteradas invitaciones del señor Bax para ingresar en el club central de los liberales, el National Liberal Club —entre otras cosas porque me repugna aceptar la hospitalidad de personas que en seguida tendría que combatir. Con mayor razón debo rechazar las insinuaciones referidas en el artículo del señor Bax. Si lo prefieren, podemos afirmar que la situación en Inglaterra es escandalosamente mala y que el partido liberal inglés está compuesto por una mezcla de hipócritas, miserables e imbéciles. Pero ¿qué conclusiones habría que sacar entonces, teniendo en cuenta los muchos fracasos socialistas, en lo que atañe a las aptitudes tácticas de los dirigentes de la socialdemocracia local y a la preparación intelectual de los obreros ingleses para el próximo gran cataclismo y la consecución del socialismo? Y ¿cómo evaluar la afirmación del señor Bax aparecida en los *Sozialistische Monatshefte* según la cual teme que la participación de la socialdemocracia en las elecciones parlamentarias prusianas "agüe nuestros principios" cuando

De todos modos, con las afirmaciones del señor Bax sobre la irresistible asimilación de otras nacionalidades por parte de los anglosajones sucede lo mismo que con la mayoría de los datos que aporta: no resisten la prueba. Es un hecho generalmente conocido que los ingleses asimilaron un gran número de habitantes de otros pueblos, que vivían dispersos entre ellos o que no tenían, o no tienen, una vida nacional propia. Pero aquí se agota la específica fuerza de asimilación anglosajona. Antes de esto los alemanes se habían asimilado con los franceses tan rápidamente como con los anglosajones. Por el contrario, aún viven en territorios originariamente propios del Reino Unido cientos de miles de celtas, que a pesar de siglos de avasallamiento por los anglosajones aún no se han asimilado a ellos, sino que hablan su propio idioma y cultivan su literatura (la mayoría de la población de Gales). Tampoco los franceses, al menos hasta ahora, han sido anglicizados en Canadá ni en Mauricio. En la Sudáfrica británica los burgueses y campesinos holandeses conservaron su nacionalidad casi sin debilitarla, y en los Estados Unidos hay comarcas enteras que aún son escandinavas. También los alemanes conservaron allí colonias muy considerables, donde fomentan su nacionalidad. En pocas palabras, el peligro de una anglificación del mundo no es de ninguna manera tan grande como para que el señor Bax necesite convocar a los pueblos de Europa, como Patirroto II,* para salvaguardar sus más sagrados bienes frente a esta Albión.

Hay un caso, sin duda, en que los anglosajones consiguieron un alto nivel de asimilación. Su conquistador normando se subordinó nacionalmente por completo a dicho pueblo. Éste, que puede ser un recuerdo vergonzoso para aquellos que creen tener sangre normanda en sus venas, para el común de los mortales tiene más bien algo de conmovedor. El llamamiento contra el anglosajonado muestra actualmente una faceta muy reaccionaria: detrás de él se esconde generalmente la aversión por el sentido de la independencia y las instituciones libres de los pueblos anglosajones. O bien se trata de un simple altercado entre los cazadores de colonias, y entonces con mayor razón los socialistas no deben dejarse influir por semejantes consignas, sino que sólo deben tener en cuenta la consideración por la paz mundial. Dejamos, por lo tanto, esta patirroteada del señor Bax para su uso discrecional por parte de los devoradores alemanes, franceses, etc., de Inglaterra y retornemos a la afirmación según la cual toda política colonial debería ser combatida enérgicamente por los socialistas porque de lo contrario el esperado derrumbe a corto plazo del actual orden social se aplazaría perjudicialmente.

Con ello arribamos a un punto en que ya no se trata de especulaciones y visiones[7] específicamente baxianas, sino de una tesis bastante difundida en

desde hace años él cree conveniente digamos "humedecer" sus principios en el National Liberal Club?

Entiéndase bien, estoy lejos de afirmar que un socialista convencido no pueda ser miembro del National Liberal Club: la situación local admite muy bien esta conducta. Pero si esto es así, ¿qué sentido tiene cultivar una fraseología que se opone por completo al estado real de las cosas?

* Bernstein se refiere con este apodo al Emperador Guillermo II. [E.]

[7] El señor Bax teme que el África se convierta en un bosque o en un desierto de chimeneas de fábricas. Sin embargo, para el mundo capitalista la apertura del África significa, en todos los casos, la conquista de zonas de colocación para productos industriales a cambio

círculos socialistas, por lo cual le dedicaremos un artículo especial. Pero antes de despedirnos del señor Bax, permítasenos una observación.

El señor Bax da a entender claramente —ya lo había expresado en otra oportunidad— que en su opinión yo he dejado de ser un socialdemócrata. Mis artículos —escribe— podrían ser publicados lo mismo por *Die Neue Zeit*, como por el *Daily Chronicle* o la *Bossischen Zeitung*. La recriminación se torna algo cómica cuando proviene de un hombre que primero se propuso demostrarme que un socialista revolucionario escribe para todos los periódicos burgueses posibles y que, si no estoy mal informado, todavía hoy es colaborador del *Daily Chronicle*. Pero seguramente el señor Bax me responderá que esto es algo completamente diferente, que aquí sólo se trata de los artículos destinados a socialistas y que examinan cuestiones socialistas. En mi caso faltaría el necesario elemento específicamente socialdemócrata. "Los administradores de la moderación —agrega— niegan el punto de vista del partido y a esta actitud los señores la consideran juicio y moderación." Si yo quisiera polemizar en el estilo del señor Bax, respondería que según su opinión el hecho de hacer imperar el juicio y la moderación significa negar el punto de vista del partido. Y en este caso ni siquiera me alejaría demasiado de lo que realmente se esconde detrás de su reproche. Según él, mi crítica debería haberse subordinado por completo a la consideración por la gran catástrofe que es necesario acelerar, y de la que el socialismo saldría necesariamente victorioso. El otro asunto sería secundario. Cuanto antes se provoque la gran catástrofe, tanto más rápidamente advendría el socialismo. Confieso que en esta interpretación no puedo descubrir ni juicio ni moderación, sino sólo una hipótesis no demostrada. En mi opinión, a las condiciones de la "meta socialista" corresponde algo más que un estancamiento generalizado en los negocios. Pero, según Bax, mi socialismo ya no es puro.

Frente a este reproche se nos permitirá examinar más detenidamente el socialismo del propio señor Bax. El criterio más seguro para este examen reside en analizar las cuestiones de la vida pública de las que el supuesto socialista se ocupa principalmente. ¿Cuáles son, entonces, las preocupaciones del señor Bax en este sentido? En primer lugar, en sus publicaciones nos enfrentamos con innumerables variaciones de la queja porque en el mundo anglosajón —lo que ciertamente debe ser condenado a los ojos de cualquier hombre recto— las *mujeres* serían *una clase privilegiada*. Luego, posteriormente al congreso obrero de Zurich, vemos al señor Bax muy preocupado ante la posibilidad de que el público inglés confunda el acuerdo tomado en Zurich contra el trabajo dominical con un movimiento en favor de los *"horrores del dominio británico"* (carta al *Daily Chronicle*). Recientemente se agregó un amargo disgusto por el hecho de que un gran número de socialistas británicos (y no sólo fabianos) tuvieron una actitud de completa indiferencia, cuando no de rechazo, ante el problema de la *liquidación de la forma monárquica de gobierno*. Y, finalmente, el señor Bax no considera lo suficientemente agresiva la posición de muchos socialistas ante el problema de la *religión*, que, según él, *"de ninguna manera sobrevivió a lo que los alemanes llaman 'lucha cultural'"* (sobre los dos últimos puntos véase su carta al *Reynolds Newspaper* del 21 de noviembre de 1897).

de productos naturales. Excepto a Bax, hasta ahora a nadie se le había ocurrido la idea de convertir al África en una Lancashire aumentada. Por otra parte, detrás del horror ante las chimeneas fabriles hoy se esconde, por lo general, sólo una extravagancia estética. Sin duda, la chimenea de una fábrica no es un espectáculo especialmente pintoresco; cualquier miserable casa de pescador y muchas cabañas por cuyas ranuras sopla el viento tienen un aspecto mucho más pintoresco. Pero una fábrica organizada acorde a las exigencias de la higiene social moderna, y con un tiempo de trabajo racional, en la mayoría de los casos es una morada mucho más salubre que una choza pintoresca. Además, de la fábrica salen productos elaborados a partir de la transformación del metal, la madera, el hilo, que posibilitan a las masas un embellecimiento tal de su ambiente como ninguna época lo conoció anteriormente. En innumerables casos, el trabajo fabril es hoy más saludable que el trabajo doméstico. Sobre la base de la industria fabril se le abren al artesanado nuevos sectores y un mercado de consumo cada vez mayor. E incluso el "taller del mundo", Inglaterra, aún está lejos de ser un "desierto" de chimeneas de fábricas.

¿Qué son entonces todas estas cosas? En el *problema de las mujeres* el señor Bax cuela mosquitos y traga camellos; se lamenta de la protección que la ley concede a las mujeres como seres más débiles desde el punto de vista social y legal, pero no ve las postergaciones que ellas sufren por esta causa. Los *"horrores del descanso dominical británico"* sólo son horrores en sus nueve décimas partes para una minoría de burgueses aburridos. Precisamente la gran masa de obreros progresistas de Inglaterra, así como el grueso de la burguesía, de ninguna manera están dispuestos a modificar nada en el carácter del domingo como día de descanso general. En la Inglaterra actual, entablar la lucha contra la *forma monárquica de gobierno* sería peor que perder el tiempo, pues al gasto de tiempo que insume la agitación republicana habría que agregar que, incluso cuando ella tuviera éxito, el resultado inmediato consistiría en que una gran parte del interés público sería desviado hacia intrigas y cuestiones personales puramente secundarias, y alejado de problemas legales y administrativos realmente importantes. Actualmente al monarquismo inglés no se le plantea ninguna reforma verdaderamente sentida por el pueblo. Y finalmente, en lo que atañe a la añoranza por una *"guerra cultural"* contra la religión, el "écrasez l'infame", en una época en que ninguna de las grandes comunidades eclesiásticas se opone en Europa a la divulgación del conocimiento de la naturaleza, es tan claramente inoportuna —para decirlo suavemente— que cualquier consideración parece superflua. Hoy en día, todas las tendencias verdaderamente reaccionarias de las diferentes comunidades eclesiásticas pueden ser combatidas eficazmente sobre el terreno *general* de la legislación sociopolítica, y neutralizadas exitosamente mediante el fomento de la escuela y la democratización del sistema de ayuda pública; teniendo en cuenta estas circunstancias, para plantear en los países avanzados una "lucha cultural" contra las religiones no es necesario considerar un aliado al sultán de Marruecos.

En pocas palabras, son simplemente detalles sin importancia, en el mejor de los casos, los que movilizan el temperamento socialista del señor Bax: en parte juegos políticos o metafísicos, en parte puras fantasmagorías. Si queremos informarnos en los escritos de los socialistas ingleses sobre cuestiones importantes de la legislación social o de la política administrativa de la Inglaterra moderna, debemos apelar a la literatura de filisteos tales como los fabianos; en los escritos del señor Bax no encontraremos datos sobre ello. En su lugar aparecen allí propuestas tan finamente imaginadas como, por ejemplo, "Supresión de la reclamación judicial de los contratos", cuyo carácter utópico salta

a la vista. No quiero seguir al señor Bax al terreno del exorcismo, sobre todo teniendo en cuenta que no es necesario un Friedrich Engels para demostrar de qué grado de conocimiento sociopolítico hablan estas recetas. Observándolo mejor descubrimos que el socialismo del señor Bax tiene rasgos muy conocidos. Exagerado odio contra el cristianismo y la religión en general, exageración de la importancia de la forma de gobierno, especulación acerca de una gran catástrofe, la que, con un solo movimiento, conduce a la ponderada tierra socialista: todas éstas son características del bueno y viejo *blanquismo*. El socialismo sintético baxiano se disuelve en un blanquismo ya desaparecido en la Francia actual, mezclado con giros marxistas y con una buena cantidad de puntos de vista propios de Bax. En comparación con una mezcla tan pesada, el socialismo de los hombres comunes no puede contar con otra calificación que la de "Pesado y encontrado liviano".

2. LA TEORÍA DEL DERRUMBE Y LA POLÍTICA COLONIAL

En el Congreso socialista internacional de Londres de 1896, se aprobó el siguiente párrafo en la resolución sobre las funciones económicas: "En la actualidad el desarrollo económico está tan avanzado que pronto puede sobrevenir una crisis. Por esta razón, el congreso exhorta a los obreros de todos los países a compenetrarse del manejo de la producción, con el fin de que como obreros con conciencia de clase, puedan hacerse cargo de ésta en beneficio de la colectividad."

Es evidente que la "crisis" de la que allí se habla no fue pensada como una crisis comercial ordinaria, como las que muchas veces ha experimentado ya la sociedad moderna, sino como la verdadera crisis, la gran crisis histórico-mundial, que supone la quiebra de no muchas empresas capitalistas, sino del conjunto de la economía capitalista. Esto se desprende con mayor claridad aun del texto inglés, que ofrece, por cierto, el original del párrafo, mientras que el texto alemán muestra las huellas de la traducción, y de una traducción precipitadamente realizada. En la redacción inglesa se habla de un "desarrollo económico impetuosamente rápido", que convierte en "una necesidad imperiosa" para el proletariado, como "ciudadanos con conciencia de clase", estudiar la administración económica.[a]

Como muchas otras decisiones del Congreso, el párrafo fue aprobado "en bloque", sin que se hubiera entablado una discusión sobre él. Pero es de suponer que en una gestión menos apresurada hubiera sido examinado. Lo que propone es como la avena mondada, provechosa en todas las circunstancias, y lo que afirma está, al menos en lo esencial, en consonancia con la concepción del curso del desarrollo de la sociedad moderna que predominaba en esos momentos en la socialdemocracia.

[a] Así reza el texto inglés: "The economic and industrial development is going on with such rapidity that a crisis may occur within a comparatively short time. The congress, therefore, impresses upon the proletariat of all countries the imperative necessity for learning, as class-conscious citizens, how to administer the business of their respective countries for the common good."

De acuerdo con esta concepción, tarde o temprano una crisis comercial de enorme fuerza y extensión, por la miseria que genera, encenderá tan apasionadamente los ánimos contra el sistema económico capitalista, convencerá tan eficazmente a las masas de la imposibilidad de organizar, bajo el dominio de este sistema, las fuerzas productivas para el bien común, que el movimiento orientado contra él tomará una fuerza irresistible y ante sus embates éste se derrumbará irremediablemente. Con otras palabras, la inevitable crisis económica llegará a ser una crisis social omniabarcadora, cuyo resultado será la dominación política del proletariado, como la única clase revolucionaria consciente de su propósito, y una transformación total de la sociedad en sentido socialista, consumada bajo la dominación de dicha clase.

Es conocido el razonamiento que subyace a esta concepción. Se basa en la progresiva concentración de las empresas que se opera ante nuestros ojos, el aumento de las clases asalariadas, las contradicciones dominantes entre aquéllas y las clases capitalistas y, en las filas de éstas, la repercusión de los cambios económicos tanto sobre las configuraciones de los partidos políticos como sobre toda la vida pública en general. Todos éstos son hechos empíricamente demostrables de los que parece derivarse con necesidad absoluta la conclusión de que, finalmente, una gran crisis económica producirá el cambio decisivo. De este modo se propagó entonces en la socialdemocracia la convicción de que esta vía de desarrollo era una ley natural inevitable: la gran crisis económica universal como vía ineludible hacia la sociedad socialista. Además, aparecía también como la vía más segura y corta, y una vez que uno se ha acostumbrado a examinar los fenómenos económicos casi exclusivamente sobre la base de los hechos que hablan en favor de esta concepción y a dedicarse exclusivamente a ellos, pronto se arriba a la tesis de que si no se interponen acontecimientos imprevistos que otorguen un nuevo plazo al mundo capitalista, es imposible que esta gran crisis salvadora esté distante.

Pero ¿qué sucede en realidad con la perspectiva de esta gran crisis? Algunos periódicos partidarios analizaron hace varias semanas los resultados del censo industrial prusiano de 1895 y llegaron a conclusiones extremadamente pesimistas con respecto a la supervivencia de la sociedad actual. Indudablemente, los datos muestran un incremento muy importante de la concentración en la industria y el comercio, y si se tiene en cuenta este hecho sin ninguna aplicación práctica trascendente, resultan muy apropiadas expresiones como "concentración extremadamente rápida de la industria" o "fuerza irresistible en la imposición de la gran empresa". Referidas al problema, tan significativo para el lector socialista, de la importancia de este aumento para el desarrollo hacia el socialismo, expresiones como "concentración extremadamente rápida" son muy adecuadas para suscitar imágenes que no corresponden al estado real de las cosas. En consecuencia, permítasenos detenernos un momento en las cifras en cuestión.

La concentración empresarial es mayor en la *industria*. Se observa en este caso que las empresas que sólo cuentan con un operario *disminuyen* en un 12 % con relación a 1882 y las pequeñas empresas (1 a 5 operarios) en un 75 %; en cambio, las empresas medianas *aumentan* en un 60 % y las grandes en un 82 %.

Estas cifras comparativas parecen autorizar las más arriesgadas conclusiones. Otro es el cuadro resultante de las cifras simples para cada empresa. Allí vemos:

	1882		*1895*	
	Número de empresas	*% de empresas*	*Número de empresas*	*% de empresas*
Empresas individuales	755 176	61.8	674 042	57.5
Pequeñas empresas (1-5 operarios)	412 424	33.7	409 332	34.9
Empresas medianas (6-50 operarios)	49 010	4.0	78 627	6.7
Grandes empresas (51 y más operarios)	5 529	0.5	10 139	0.9
	1 222 139	100.0	1 172 140	100.0

Aquí el cambio parece verdaderamente insignificante. Si agrupamos las empresas pequeñas y diminutas, todavía representan el 90 % del total de explotaciones industriales. Ahora bien, estas cifras también son engañosas, pero en el sentido opuesto al cuadro examinado anteriormente muestran la relación de las grandes empresas con las pequeñas como considerablemente menor de lo que es en la realidad. La tabla de *personas* activas en los diferentes grupos de empresas es la que más nos acerca a la realidad. Ella muestra el siguiente desarrollo:

	1882	%	*1895*	%
Empresas muy pequeñas	755 176	22.3	674 042	14.78
Pequeñas empresas	1 031 141	30.4	1 078 396	23.66
Empresas medianas	641 594	18.9	1 070 427	23.48
Grandes empresas	962 382	28.4	1 734 884	38.06
	3 390 293	100.0	4 557 749	100.0

La participación de las grandes empresas en la producción industrial resulta así incomparablemente mayor de lo que mostraban las cifras de las meras empresas. Sin embargo, hay que señalar aquí que todas las empresas que tienen más de 50 operarios son consideradas grandes empresas. Si separamos a las de 51 a 200 operarios de las que tienen 201 y más, la última hilera de la tabla superior se divide como se indica en la página siguiente.

La proporción y el crecimiento de las empresas muy grandes aparecen aquí como menos significativos. Ya en 1895 las personas ocupadas en ellas representaban apenas más de un quinto del total de personas ocupadas en la industria,

	1882	%	*1895*	%
Empresas medianas-grandes (51-200 operarios)	403 049	11.9	757 357	16.62
Empresas muy grandes (201 y más operarios)	559 333	16.5	977 527	21.44
	962 382	28.4	1 734 884	38.06

mientras que las empresas medianas y las medianas-grandes representan juntas dos quintos de las mismas. Si buscamos mayor información para las pequeñas empresas, advertimos que precisamente las más grandes de entre ellas (empresas que ocupan entre 3 y 5 operarios) muestran un *incremento* absoluto y relativo. En 1882 ocupaban 564 652 operarios, en 1895, sin embargo, 665 607, lo que representa un aumento del 17.88 % con relación a un incremento de la población total de aproximadamente 15.5 %. *Sólo las empresas muy pequeñas, las diminutas* (dos operarios o menos), *disminuyeron, en parte en términos absolutos, en parte en términos relativos.*

Por lo tanto, puede considerarse que las empresas pequeñas y las medianas-grandes no tienden aún a desaparecer de la escena. Sólo retroceden paso a paso en su relación con la gran industria, o bien son aventajadas paso a paso por ella. Si se quiere, a "pasos gigantescos". Y si se avanza más aun y se hace, según el ejemplo dado por el doctor L. Sinzheimer en su libro sobre el desarrollo ulterior de la gran empresa fabril,[9] una comparación de la masa de productos que recae en los diferentes grupos de empresas, se obtendrán para la gran industria cifras aun más favorables, hasta el 60 % de la producción total; pero el cuarto de millón de empresas pequeñas y medianas-grandes, con sus casi dos millones de obreros siguen siendo, no obstante, una realidad. Tampoco debe olvidarse que una parte considerable de las grandes empresas se limita a la fabricación de materias primas y productos semimanufacturados, y que por ello tener en cuenta sólo la relación de las masas de productos tiene una importancia meramente condicionada. Además (prescindiendo de la producción de máquinas) el grueso de los trabajos más calificados pertenece a la industria mediana, y ésta no disminuye, sino que su tendencia es a aumentar. Las cifras desnudas indican que la gran industria absorbe mucho más a las empresas muy pequeñas que a las empresas medianas, que aparecen, según las tablas precedentes, como una falange casi inalterable.

De todos modos, este carácter inalterable es tan sólo el aspecto exterior; en los hechos, impera en este campo una fuerte inestabilidad. Aquí la gran industria absorbe toda clase de pequeñas industrias o bien las hace desaparecer; allí se desarrollan nuevas empresas medianas sobre la base de una nueva técnica o de nuevas condiciones, como las generadas por la gran industria. Reina un movimiento permanente: extinción de viejas ramas comerciales y surgimiento de otras nuevas, así como frecuentes revoluciones en el seno de los diferentes grupos profesionales.

[9] *Cf. Die Neue Zeit*, XV, 1, pp. 303 ss.

Pero si bien esto es importante para la mentalidad de la manufactura y de la pequeña industria moderna, sin embargo, es secundario para nuestro análisis. Aquí no se trata de los individuos, sino de sectores enteros. El estado de agregación de la molécula sufrió modificaciones, pero su masa no disminuyó y su disolución está aún muy lejos de realizarse.[10]

Como se sabe en el *comercio* y en la *agricultura* la relación de las empresas medianas con las grandes es todavía mucho más fuerte que en la industria. En el comercio las personas ocupadas recaían en:

	1882	*1895*
Empresas con 2 o menos operarios	411 509	467 656
Empresas con 3 a 5 operarios	176 867	342 112
Empresas con 6 a 50 operarios	157 328	303 078
Empresas con 51 y más operarios	25 619	62 056
	771 323	1 174 902

Y en la agricultura se contaron:

	1882	*1895*	*Hectáreas, 1895*
Explotaciones parcelarias	3 061 831	3 235 169	1 807 870
Propiedades rurales pequeñas	981 407	1 016 239	3 285 720
Propiedades rurales medianas	926 605	998 701	9 720 935
Propiedades rurales grandes	281 510	281 736	9 868 307
Grandes explotaciones	24 991	25 057	7 829 007

Si se establece una comparación con las cifras de 1882, las empresas medianas y las pequeñas empresas medianas experimentaron su mayor aumento en el *comercio*, y en la *agricultura*, producto de una observación superficial, las propiedades campesinas medianas se ubicaron, frente a 1882, mejor que cualquier otra clase de explotación. El área que ocupan aumentó de 9 158 398 a 9 720 935 hectáreas. No discutiremos aquí cómo se modifica este cuadro con una investigación más exacta y detallada según las provincias o distritos y la naturaleza de las empresas. Para nuestro objetivo son suficientes las cifras en bruto que hemos presentado.

Según éstas, cualquiera sea la rama de la vida económica, nunca nos enfrentamos a modificaciones sustanciales, ni siquiera a disminuciones en el número de las empresas medianas. Por muy apremiante que sea la situación de algunos de sus propietarios, por muchas "vidas efímeras" que pasen a cada momento por el comercio en los diferentes tipos de explotación, en el conjunto su extinción es irrelevante, el cuadro global no experimenta por ello ninguna modificación.

[10] Para prevenir equivocaciones aclaremos aquí que en la industria muchas veces la moderna empresa mediana es una empresa altamente capitalista.

Y, no obstante, el continuo incremento de las empresas grandes y gigantescas no es un invento. Las tablas para la industria y el comercio nos lo confirman con fuerza concluyente —especialmente si tenemos en cuenta que en el caso del comercio las empresas con más de 10 a 15 operarios deben ser incorporadas a las grandes empresas. Ellas no sólo consignan que el aumento de las grandes empresas significa la disminución de las medianas, sino que dejan espacio para la imaginación, como si se tratara simplemente de una *coexistencia*, y no de una lucha *mutua* por la existencia.

Seguramente, en muchos casos este análisis entrará en contradicción con la realidad. La historia de muchas industrias nos habla de enconadas luchas mutuas de los diferentes tipos de empresas por su existencia y de un desplazamiento casi absoluto, incluso de un sofocamiento total de las pequeñas y medianas por parte de las grandes. Si se consideran las diferentes ramas comerciales, el aumento de las empresas medianas y grandes agrupadas es una excepción. Cuando el cuadro global de la industria y el comercio evidencia esta situación, su explicación reside, en primer lugar, en el *aumento continuamente creciente de los diferentes tipos de industrias* en la sociedad moderna, y, en segundo lugar, en la *creciente adaptabilidad y movilidad* del mundo industrial actual.

Nuestra literatura socialista dedica poca atención a estos factores tan importantes. Ocasionalmente, cuando llegue el caso de enfrentarse a sectarios y otros reaccionarios, echaremos mano del arsenal del liberalismo económico y hablaremos de la extraordinaria *diversidad y variabilidad* de la vida industrial de nuestros días. Pero en general procedemos de un modo similar cuando caracterizamos las leyes del desarrollo económico que cuando se trata de fundamentar la ley del salario. Esto supone una *rigidez* y una *estrechez* de las relaciones profesionales que puede corresponder al período de la manufactura o al comienzo de la era de la máquina, cuando el mundo profesional no había roto aún el cascarón de la situación económica heredada, pero que entra en sensible contradicción con las peculiaridades características de la vida comercial moderna. Frecuentemente argumentamos como si el *sistema crediticio moderno*, tan desarrollado y difundido, la *ampliación y aligeramiento* del tráfico que se incrementan día a día, fueran para nosotros acontecimientos ocurridos en China o, por lo menos, cosas muy secundarias, cuando en realidad son factores económicos de una importancia tan fundamental para la vida social y el desarrollo comercial como la técnica de la producción, a la que, con razón, dispensamos tanta atención.

En el *Manifiesto comunista*, cuyo aniversario se celebra en estos días, y en otros escritos de Marx y Engels de la misma época, estos factores no son ignorados en absoluto, sino que, por el contrario, son señalados explícitamente. Pero por muchas predicciones que figuren en ellos con respecto a sus consecuencias, es evidente que en 1848 no se podía anticipar todo el desarrollo. Por ello, un escrito dedicado al aniversario que justificara su pretensión al nombre de "socialismo *científico*" debería investigar no sólo hasta dónde el desarrollo real se desvió de las hipótesis del *Manifiesto* y de la literatura relacionada con él, sino también de las predicciones que la realidad ha confirmado. De todos

modos, aún son contados los intentos serios por probar científicamente el socialismo científico.

Su amor a la teoría nunca llevó a Marx y Engels a cerrar los ojos ante los acontecimientos reales, sino que siempre les prestaron la mayor atención. Así, tampoco Friedrich Engels, al publicar el tomo III de *El capital*, tuvo reparos en considerar como caduca la idea sustentada antiguamente por él y por Marx de un ciclo de producción decenal. Como los factores por los cuales "*la mayor parte de los antiguos focos de crisis y de ocasiones para la formación de crisis han sido eliminados o poderosamente debilitados*", Engels caracteriza "la colosal expansión de los medios de transporte —vapores oceánicos, ferrocarriles, telégrafos—, el canal de Suez" y el hecho de que "a la inversión del capital excedentario europeo le están abiertos en todos los continentes territorios infinitamente mayores y más variados" (*Das Kapital*, III, parte 2, p. 27, nota. Véase también parte 1, p. 395 y parte 2, p. 145 [*El capital*, Siglo XXI, III/7, pp. 631 y 632, nota.] Engels supone que el ciclo tal vez tendría una extensión sólo con respecto a la duración, y además piensa que cada uno de los elementos que tienden a oponerse a una repetición de las antiguas crisis, como cárteles, *trusts*, aranceles aduaneros protectores, alberga en sí "el germen de una crisis futura mucho más formidable" (*loc. cit.*).

Considero que contra esta última hipótesis, en tanto entran en consideración cárteles y *trusts*, hay mucho que decir. Existen tantas formas y posibilidades de adecuación que no hay ni una sola razón imperiosa para considerar esta consecuencia como la única probable. Por lo demás, habrá que ver si con la creciente expansión de los mercados, la rapidez en la información sobre las condiciones del mercado y el progresivo aumento de las ramas de la producción, en un futuro cercano se producirán *crisis generalizadas* semejantes a las anteriores o si, en su lugar, se presentarán *crisis internacionales limitadas a determinados grupos industriales*. Quizá no sea concluyente para esta argumentación el hecho de que el reciente estancamiento en la industria textil no afectara prácticamente al grueso de las industrias, puesto que, por ejemplo, la simultánea prosperidad de la industria metalúrgica se debe, en gran parte, a las exigencias inusitadamente intensas del militarismo y de marinismo; de todos modos, es posible verificar que también en las industrias en las que estos factores influyen mínimamente la repercusión de la crisis textil se sintió relativamente poco. El ámbito de las industrias y sus mercados parece hoy demasiado grande como para que pueda resultar golpeado por las crisis simultáneamente en todos los puntos y con el mismo peso, a no ser que acontecimientos muy extraordinarios espanten por igual al mundo de los negocios en el conjunto de los países, o que en todas partes estos acontecimientos paralicen el crédito de la misma manera.

No afirmo que esto sea así; sólo expreso una suposición. *Vestigia terrent* —en estas cosas tengo un enorme respeto por las profecías. Pero la *elasticidad del sistema crediticio* moderno que cuenta con una *riqueza de capital enormemente creciente*, el perfeccionado mecanismo de las comunicaciones en todas sus ramas —servicio postal y telegráfico, transporte de personas y de bienes—, el desarrollo de la estadística comercial y del servicio de informaciones, la propagación de las organizaciones de industriales, son *hechos*, y es completamente

inconcebible que no ejerzan una considerable influencia sobre la relación entre la actividad productiva y la situación del mercado.

De este modo, es altamente probable que a partir del progreso del desarrollo económico no debamos asistir ya, en general, al surgimiento de crisis comerciales de naturaleza semejante a las anteriores, y que debamos arrojar por la borda todas las especulaciones según las cuales ellas serían el detonante de la gran revolución social.

Quizás lamenten este hecho aquellos que están aferrados a viejas frases, que alguna vez "probaron su eficacia"; [11] pero la ideología socialista no pierde con ello absolutamente nada de su fuerza de convicción. Pues, mirándolo más de cerca ¿qué representan todos esos factores, que hemos enumerado, de eliminación o movilización de las viejas crisis? Tantas cosas, que simultáneamente representan supuestos y, en parte incluso, comienzos de la socialización de la producción y el intercambio; que su desarrollo no deja de influir la naturaleza de las crisis está completamente en consonancia con la doctrina socialista. Si fuera de otro modo, esto nos remitiría a un grueso error de dicha doctrina.

Pero suponiendo que las crisis tuvieran las mismas consecuencias que antes, ¿tendría entonces la socialdemocracia una verdadera razón para ansiar la muy inmediata verificación del gran derrumbe?

Veamos las cifras que hemos presentado con relación a Prusia, el mayor y uno de los más desarrollados estados de Alemania. Es evidente que con la descentralización de las empresas, que se desprende de las cifras, en la industria, el comercio y la agricultura, la socialdemocracia —el único partido, que, teniendo en cuenta el desarrollo partidario verificado en Alemania, podría alcanzar el poder a través de un alzamiento de las masas— se hallaría ante una tarea insoluble: no podría eliminar por decreto al capitalismo, ni siquiera podría prescindir de él, y, por otro lado, no podría proporcionarle esa seguridad que éste necesita para cumplir con sus funciones. En esta contradicción la socialdemocracia se agotaría irremediablemente, y el fin sólo podría ser una derrota colosal. Este es el año del aniversario de la revolución francesa de febrero, y sería deseable que, por encima de las gloriosas jornadas populares y los desvergonzados hechos de la reacción, se recordaran las verdaderas enseñanzas de ese año, se analizaran sin melodrama los sucesos que abarcan desde la alegría del 24 de febrero al drama del 24 de junio. Los problemas del gobierno provisional de 1848, importantes como fueron, desaparecerían ante las dificultades que debería enfrentar la socialdemocracia si una crisis comercial generalizada la llevara al poder en un momento en que la composición de la sociedad responde a las cifras que proporcionan las tablas anteriores.

Sólo podría replicarse que cuando se habla del derrumbe de la sociedad actual, más que a una crisis comercial generalizada, y fortalecida con relación a las anteriores, se hace referencia al derrumbe total del sistema capitalista como consecuencia de sus propias contradicciones. Pero esta idea es demasiado

[11] En un periódico partidario se me reprochó mi complacencia "en criticar y censurar teorías y postulados socialdemócratas acreditados hace mucho tiempo". Pero todo trabajo teórico consiste en "censurar" y "criticar" postulados hasta entonces aceptados, y si *Die Neue Zeit* ha de ser el órgano teórico de la socialdemocracia, no podrá hacer caso omiso de esta "crítica". Además, ¡qué error no fue alguna vez una verdad "acreditada desde hace mucho tiempo"!

imprecisa y pasa completamente por alto las grandes diferencias que existen en la naturaleza y en el curso del desarrollo de las diversas industrias y su distinta capacidad para adoptar la forma de servicios públicos. Un derrumbe total y prácticamente simultáneo del actual sistema de producción no deviene más probable, sino más improbable, debido al desarrollo progresivo de la sociedad, porque ella incrementa, por un lado, la capacidad de adecuación, y, por el otro —o bien simultáneamente—, la diferenciación de la industria. Tampoco sirve de nada alegar que es probable que el levantamiento popular producto de semejante derrumbe llevara las cosas, con una velocidad propia de invernadero, a su máximo desarrollo. Derivada de la historia de la gran revolución francesa, esta hipótesis descansa sobre un desconocimiento total de la gran diferencia existente entre instituciones feudales y liberales, entre una propiedad rural administrada en forma feudal y una industria moderna. Se podría abolir la mayoría de los derechos feudales sin perjudicar más que a una pequeña fracción de la población, pero las violaciones radicales del derecho de propiedad burgués afectan a un círculo infinitamente mayor de interesados, y no todos pueden ser inducidos a la emigración. Las propiedades rurales del feudalismo podrían ser expropiadas y cedidas en forma de parcelas, pero no puede hacerse otro tanto con las fábricas modernas: cuantas más fueran expropiadas según la receta de la comuna, tanto mayor sería la dificultad para mantenerlas en funcionamiento durante un alzamiento. Un agravamiento puramente externo de la situación no correspondería en absoluto a un aceleramiento del proceso de desarrollo interno de la industria, sino que, por el contrario, lo detendría.

La interrogante que surge es si a partir de esta concepción no se aplaza la realización del socialismo hasta el día de nunca jamás —"hasta las calendas griegas", para decirlo con las palabras del señor Bax— o, por lo menos, por muchas generaciones. Si por realización del socialismo se entiende la organización de una sociedad regulada en forma estrictamente comunista en todos los órdenes, yo no tengo inconveniente alguno en reconocer que en mi opinión ella está aún bastante lejana. En cambio, estoy firmemente convencido de que nuestra generación vivirá muchos logros socialistas si no patentados, *sí en los hechos*. La continua ampliación del círculo de deberes sociales, esto es, de los correspondientes deberes y derechos de los individuos frente a la sociedad, y de las obligaciones de la sociedad frente a los individuos, la extensión del derecho de control de la sociedad —organizado a nivel de la nación o del estado— sobre la vida económica, el desarrollo de la autonomía administrativa democrática en las comunas, distritos y provincias y la ampliación de las funciones de estas asociaciones: en mi opinión todo esto significa desarrollo hacia el socialismo o, si se quiere, realización parcial del socialismo. Naturalmente, este desarrollo irá acompañado por el pasaje de las explotaciones económicas de la gestión privada a la pública, pero este traspaso sólo se verificará paulatinamente. Y serias razones de conveniencia imponen moderación en este sentido. Para el desarrollo y consolidación de una buena dirección empresarial democrática —un problema de cuya dificultad ofrece un ejemplo, entre otros, la historia interna del departamento de trabajo del consejo del condado de Londres— hace falta, sobre todo, tiempo. Tarea semejante no puede ser extemporánea. Pero tan pronto la comunidad hace uso de su derecho de control sobre las relaciones eco-

nómicas, el hecho del traspaso de las empresas económicas al servicio público no tiene la importancia desmedida que ordinariamente se le atribuye. En una buena ley fabril puede haber más socialismo que en la estatización de todo un grupo de fábricas.

Reconozco abiertamente que para mí tiene muy poco sentido e interés lo que comúnmente se entiende como "meta del socialismo". Sea lo que fuere, esta meta no significa nada para mí y en cambio el movimiento lo es todo. Y por tal entiendo tanto el movimiento general de la sociedad, es decir el progreso social, como la agitación política y económica y la organización que conduce a este progreso.

Por lo tanto, la socialdemocracia no puede ansiar ni confiar en el cercano derrumbe del sistema económico existente si lo piensa como el producto de una espantosa gran crisis comercial. Lo que ella debe hacer, y ésta es una tarea a largo plazo, es organizar políticamente a la clase obrera y formarla para la democracia y la lucha en el estado por todas las reformas conducentes a elevar a la clase obrera y a transformar al estado en el sentido de la democracia. En lo que respecta a la cuestión de la política colonial y la conquista de nuevos mercados, para mantener en alto sus propios principios la socialdemocracia deberá oponerse a todo chovinismo colonial, a todo chovinismo en general, sin caer por ello al extremo opuesto de proscribir sin distinciones toda reclamación y exaltación de los derechos nacionales, toda conciencia nacional, tachándola de chovinista. Luchará contra la violación y el saqueo de los pueblos salvajes o bárbaros, pero renunciará a toda oposición a su incorporación a la esfera de las instituciones civilizadoras por inoportuna y desistirá de toda lucha sistemática contra la ampliación de los mercados por utópica. La ampliación de los mercados y de las relaciones comerciales internacionales fue una de las palancas más poderosas para el desarrollo social; favoreció extraordinariamente el desarrollo de las relaciones de producción y se acreditó como un factor del incremento de la riqueza de las naciones. Pero también los obreros se interesaron en este incremento a partir del momento en que el derecho de coalición, las leyes efectivas de protección y el derecho político de sufragio los pusieron en condiciones de asegurarse una participación creciente en el mismo. Cuanto más rica es la sociedad, tanto más fáciles y seguras son las realizaciones socialistas.

Si se tiene en cuenta lo dicho tendrá que ser muy diferente la posición de los socialistas de los diferentes países con respecto a la política colonial, pues ella depende de las instituciones y de las condiciones del país que quiere llevar adelante semejante política, de la naturaleza de las colonias proyectadas y de la forma en que el país en cuestión coloniza y administra sus colonias. Dado que en la mayoría de los países la administración de las colonias es asunto exclusivo de las clases privilegiadas, la sola existencia de este hecho señala ya la necesidad de una posición crítica por parte de la socialdemocracia. Pero la idea de que combatiendo todas y cada una de las políticas coloniales es posible acelerar el cambio en casa carece completamente de validez, al margen de que el asunto ya es de por sí utópico. Antes de pensar algo semejante habría que terminar con los vapores y los ferrocarriles. Lo utópico de esta idea se evidencia ya a partir del hecho de que es en la infancia del movimiento socialista cuando ella enciende más vivamente los ánimos. Si consultamos la literatura socialista de

los años treinta del presente siglo observamos que ya entonces se abogaba por la idea de que es necesario oponerse a la política colonial porque ésta aplaza la victoria de la causa del pueblo. "A ningún joven —escribe el *Poor Man's Guardian* del 15 de febrero de 1831— debería permitírsele salir del país antes de haber vivido el renacimiento de este país", y despotrica contra la política colonial y la política de emigración afirmando que ella atrae a la gente a los "pantanos canadienses" y "al desierto de la Nueva Gales del Sur". Cuando se lee esto y se piensa en lo que se han convertido Canadá y Nueva Gales del Sur, uno se siente espontáneamente impulsado, por precaución, a oponerse a estas expresiones. Es cierto que para el *Poor Man's Guardian* hay muchas disculpas. En primer lugar, el movimiento aún era joven y, luego, entonces Inglaterra asistía, efectivamente, a una transformación cuyo resultado fue diferente al que deseaban los esforzados editores de este periódico. Pero en la actualidad, más de dos generaciones después, deberíamos estar más allá de las ingenuas concepciones vigentes en los inicios de la socialdemocracia actual. Quien hoy se interesa por los matabili a causa de la injusticia cometida contra ellos sigue un noble impulso que es preciso tener en cuenta aun cuando la causa misma se considere perdida. Pero quien haga suya la causa de los matabili para obstaculizar, de este modo, la difusión de la civilización y acelerar el comienzo del gran derrumbe incurre sobre todo en un error cronológico colosal. Está escribiendo en 1898, cuando debería escribir en 1831. Las experiencias de los setenta años que pasaron no existen para él.

EL FACTOR REALISTA Y EL FACTOR IDEOLÓGICO EN EL SOCIALISMO

[*Problemas del socialismo*, 2ª serie II] [1]

Werdet, el editor de Balzac, cuenta de éste que un día, conversando con el escritor Jules Sandeau sobre una de sus hermanas, finalmente lo interrumpió con las palabras: "Muy bien, mi amigo, pero *volvamos mejor a la realidad;*

[1] Al retomar aquí la serie *Problemas del socialismo* pretendo al mismo tiempo continuar el artículo "La lucha de la socialdemocracia y la revolución de la sociedad". Su idea fundamental —las objeciones contra la teoría del derrumbe— se discutirá, según el plan original, al final de la serie, y sólo fue examinada anteriormente y en forma independiente por motivos ocasionales.

El tema al que está dedicado el presente artículo fue examinado en los últimos tiempos desde diferentes puntos de vista por amigos y enemigos. En este contexto quiero hacer referencia en especial a los artículos, muy metódicos y de gran valor, de Antonio Labriola, que aparecieron en París, editados por B. Giard y E. Brière, con el título *Essais sur la conception matérialiste de l'histoire*, y además a algunos artículos de G. Sorel, B. Croce y otros publicados en *Devenir Social*, y finalmente, al artículo "Zur Geschichte und Kritik des Marxismus" del doctor Chr. Schitlowsky (Berna) aparecido hace algunos años en *Deutsche Worte* (año XV, fascículo 4 y 7/8).

En el último de los artículos mencionados el autor escribe, entre otras cosas, que considera que se halla "maduro el momento para una aplicación de la teoría del conocimiento de la filosofía de la historia", con el objeto de "plantear el problema de los límites de nuestro conocimiento histórico filosófico". Si el señor Bax lo tuvo presente cuando escribió el conocido artículo en el *Zeit* vienés, que motivó la controversia con Kautsky, no lo sé, pero de todos modos la polémica Bax-Kautsky y especialmente el artículo de Kautsky "Was kann und soll die materialistische Geschichtsauffassung leisten?" [¿Qué puede y debe ofrecer la concepción materialista de la sociedad?] pueden ser considerados como una contribución a esta investigación especial. El artículo que sigue, en cambio, no tuvo la intención de serlo. Sólo examinaré la cuestión que indica el título, o sea, en qué medida el socialismo moderno es realista y en qué medida ideológico, y me fue sugerido por las críticas que aparecieron en algunos periódicos partidarios a raíz de mis observaciones sobre el "objetivo final del socialismo". Sin embargo, si éste raya en la esfera de la teoría del conocimiento fue por la pura necesidad práctica de fijar el concepto de "ideología", pero no como intento de respuesta ni tampoco con conocimiento del problema formulado por Schitlowsky. Su muy sugestivo artículo cayó en mis manos cuando este trabajo estaba casi terminado. Lego en la esfera de la teoría del conocimiento, no pretendo contribuir a esta cuestión más que con las ideas de un lego. En cambio le debo a un artículo de Conrad Schmidt sobre Kant, en el suplemento científico del *Vorwärts*, una inspiración directa. Hasta cierto grado "el retorno a Kant" es válido, según mi parecer, también para la teoría del socialismo.

Si mi artículo se pierde muchas veces en detalles, incluso en lugares comunes, me vi obligado a ello por el deseo de excluir desde un comienzo, en lo posible, todos los malos entendidos. Por lo demás, en el tratamiento de *Problemas del socialismo* admito nuevamente que el profesor Masaryk tiene razón cuando en su artículo "Die wissenschaftliche und philosophische Krise innerhalb des gegenwärtigen Marxismus" [La crisis científica y filosófica en el interior del marxismo contemporáneo], en el *Zeit* vienés, dice: "Esta crisis se puede convertir en una gran fuerza para el socialismo. Como todos los partidos reformistas sociales, el socialismo también tiene su fuente viviente en las notorias imperfecciones del orden social actual. Mientras exista esta fuente, el partido combatiente del socialismo, la socialdemocracia, no tiene nada que temer de la autocrítica de su teoría."

hablemos de Eugenie Grandet" (la heroína de la novela de Balzac). Para el autor de la *Comédie Humaine*, el realista entre los realistas, el padre del naturalismo y el verismo moderno, los personajes de sus novelas eran seres vivientes. En todas las ocasiones posibles hablaba de ellos como tales, las creaciones de su fantasía eran para él "realidades".

Con mucha frecuencia nos enfrentamos con un tratamiento igualmente paradójico de las cosas, si bien la mayoría de las veces no es tan crasa la contradicción. Tampoco hace falta una psicología profunda para explicarlo: los filósofos y psicólogos intentaron explicar desde todas las perspectivas posibles las disposiciones que le subyacen. Aquello con lo que el hombre se ocupa intensamente en lo espiritual adquiere para él, aun cuando sólo sea pensado y sea consciente de ello, cada vez más el carácter de realidad, hasta que finalmente se estima la diferencia entre lo que sólo es real en la imaginación y lo verdaderamente real, o incluso esto último se convierte para él parcialmente en "concepto", con lo cual lo primero adquiere para su sentir y su pensar todos los atributos de la realidad. Se trata de un estado anímico, como lo describe Goethe con las siguientes palabras: "Lo que poseo, lo veo como a lo lejos, y lo que desapareció se me vuelve realidad." Sin embargo, no son sólo poetas, novelistas, artistas, o sea, personas poseídas de una rica fantasía, aquellas en las que encontramos la tendencia a tratar lo pensado como real. Nadie está totalmente libre de ella, y, por lo general, mucho menos aquel que se siente más por encima de ella. Por muy realistas o materialistas que creamos ser, un estricto autoanálisis nos sorprenderá, sin embargo, argumentando como el mejor de los "idealistas", tan pronto nos separamos de lo cotidiano y nos volvemos hacia los problemas más profundos de la vida. Así, nos enfrentamos siempre a puntos donde ya no tratamos con hechos físicamente perceptibles, posibles de ser demostrados, sino tan sólo con conclusiones de nuestro entendimiento, con "ideas" detrás de las cuales suponemos, con una probabilidad más o menos grande, una realidad que no podemos demostrar. Todo materialismo está, en última instancia, así condicionado, y no se encuentra más cerca de un modo de pensar espiritualista aquel que reconoce esto, sino el que lo niega. Pues justamente así es como el último demuestra que para él las argumentaciones, ideas, imágenes mentales son hechos objetivos. Kant, el idealista trascendental, fue en la práctica un realista mucho más estricto que muchos de los conocedores del llamado materialismo científico-natural. Él reclamó para el mundo de la experiencia sensible todo su derecho y no fue quien inventó el concepto de "cosa en sí" que se halla más allá de nuestra facultad de conocer —esto sucedió con otras palabras mucho antes que él— sino que, antes bien, lo *delimitó*. Y la línea de delimitación por él trazada es indiscutida, en principio, todavía en la actualidad, pues todas las críticas dirigidas hasta ahora contra ella afectan sólo puntos secundarios o explicaciones confusas de la teoría. También los grandes avances que hicieron la física y la química desde los tiempos de Kant sólo desplazaron el problema de la materia, pero dejaron la solución misma más allá de la esfera de la experiencia práctica. Los físicos y los químicos saben en la actualidad más del "átomo", pero no afirman que aquello a lo que llaman átomo sea también realmente *a-tomon* = indivisible. Se supone su indivisibilidad como también su corporalidad porque suministra la explicación más satisfactoria de

los procesos físicos y químicos conocidos, pero la circunstancia de que también resulte posible otra explicación lo demuestra la teoría dinámica sustentada por renombrados físicos, la que ve en los átomos solamente centros de fuerza de puntos relacionales espacialmente separados para grupos de fuerzas interactuantes. Tampoco nada impide considerar como posible la reducción de los átomos de la masa de los elementos a los menos o sólo al más liviano de ellos, del hidrógeno, y finalmente a átomos del llamado éter del mundo. De este último se sabe positivamente tan poco como nada, su existencia es una conjetura a la que se ven obligados los físicos por la ley de la causalidad, una ley de la lógica, cuya validez objetiva, como la validez objetiva del espacio y el tiempo, es indemostrable, pero que tampoco puede ser cuestionada y constituye un supuesto indispensable para el examen científico de las cosas; por decirlo así, un mandamiento de la razón práctica.

En pocas palabras, el materialismo puro o absoluto es tan espiritualista como el idealismo puro o absoluto. Ambos consideran idénticos, sin más, el ser y el pensar, si bien desde perspectivas diferentes. Sólo difieren, en última instancia, en el modo de expresión. Los materialistas más recientes se afirman tan decididamente sobre la base de Kant como lo hicieron la mayoría de los más grandes físicos modernos.[2] Que estos últimos eviten en la mayoría de los casos llamarse materialistas, puede ser para unos simplemente una concesión al prejuicio corriente, en tanto que a los otros habrá que creerles que realmente son o fueron objeciones científicas las que les impidieron adoptar un nombre con el que está ligado, con razón o sin ella, la idea de un culto incondicional a la materia. No hay un prejuicio similar que se ligue al concepto de "fuerza" y, no obstante, los físicos modernos lo rechazaron por impenetrable sustituyéndolo por el de energía. Al delimitarse en forma más exacta los conceptos se hacen indispensables nuevas denominaciones; no hay nada más inseguro y más apropiado para originar confusiones que el intento por eternizar viejas denominaciones atribuyéndoles un nuevo sentido. Finalmente es tan sólo el deseo por llevar a su máxima expresión la oposición a las religiones reveladas el que hace que muchos se aferren a la palabra "materialismo". Por otra parte, la expresión "agnosticismo" (de *agnostos* = desconocido), usual en Inglaterra desde la época de Huxley, caracteriza más un modo de pensar generalizado que un convencimiento teórico. Todo investigador científico es como tal un agnóstico, o sea, supone desconocidas las causas últimas de las cosas. La expresión "monismo", que, si no nos equivocamos, fue utilizada por primera vez en los tiempos modernos por Haeckel, está libre tanto de la vaguedad como de las interpretaciones

[2] Véase, con relación a los primeros, entre otros, A. W. Strecker, *Welt und Menschheit*, pp. 14 y 15, donde aparentemente se polemiza contra Kant, pero en realidad se concluye y se reconoce en un sentido totalmente kantiano: "Nosotros *creemos* en el átomo." De los naturalistas debe nombrarse a Benj. Better, el zoólogo y conocido redactor durante años del *Kosmos*. En las páginas 52 y 146 de su escrito *Die moderne Weltanschauung und der Mensch* se manifiesta sin reservas como kantiano: "Fuerza, sustancia, tiempo y espacio, infinita divisibilidad, transferencia del movimiento de un cuerpo a otro, etc., todos éstos son[...] signos y expresiones en cierta manera arbitrarios o que se nos imponen por la particularidad de nuestra sensación y pensar, con los cuales podemos contar y por medio de los cuales podemos comunicarnos con nuestro prójimo, sin haber comprendido, sin embargo, el verdadero sentido original de los signos y expresiones, sin poder comprenderlo jamás." (P. 52.)

erróneas que son inherentes al término "materialismo" y resulta superior a ambas en cuanto todo pensar consecuente obliga a atribuirle a la sustancia última del mundo —sea que se la llame materia o de cualquier otro modo— una unidad en relación con la extensión y la vida ("alma") (véase el artículo de Stern, "Der ökonomische und der naturphilosophische Materialismus", *Die Neue Zeit*, año XV, 2, pp. 301 ss.). Sin este supuesto sería apenas concebible la formación del conocimiento de otra manera que a través de la intervención supranaturalista.

Pero pasemos al socialismo. Nadie cuestiona que el socialismo como doctrina fue originariamente pura ideología. Esto significa que, sean cuales fueran los impulsos externos que condujeron a los individuos a formular teorías o esbozos socialistas y a las masas a aspirar a nuevas formaciones socialistas, la formulación seguía siendo todavía netamente ideológica: fueron el cristianismo, la justicia, la igualdad o cualquier otra "idea" las que contribuyeron a provocar estas modificaciones.

¿Qué fue lo que modificó en ese aspecto el sistema doctrinario del socialismo moderno, por el que debe entenderse aquí la teoría formulada por Marx y Engels, basada en el materialismo histórico? ¿Terminó esta teoría con la ideología en el socialismo? Muchos van a tender a contestar afirmativamente a esta pregunta y no van a necesitar citas para ello.

"Con esto", escribe Friedrich Engels en la introducción al *Anti-Dühring* (esto es, con el descubrimiento de que "toda la historia anterior fue la historia de las luchas de clases", que estas luchas de clases tienen su raíz en las relaciones *económicas* de la época en cuestión y que la "estructura económica de la sociedad constituye en cada caso el fundamento real" a partir del cual se explican, en última instancia, toda la superestructura de las instituciones jurídicas y políticas, así como los tipos de representación religiosos, filosóficos y otros), con este descubrimiento "*quedaba expulsado el idealismo de su último refugio, la concepción de la historia*, se daba una concepción materialista de la misma y se descubría el camino para explicar la conciencia del hombre a partir del ser del hombre, en vez de explicar... el ser del hombre partiendo de su conciencia" (*Herrn Eugen Dührings Umwälzung*, 3ª edición, p. 12 [en esp., *Anti-Dühring*, en *Obras de Marx y Engels* (en adelante OME), vol. 35, pp. 25-26]). Si este párrafo se puede interpretar como si se refiriera solamente a la *explicación* de procesos históricos, tampoco faltan en Engels ni en Marx párrafos dirigidos contra todo tipo de ideas preconcebidas sobre la construcción de la sociedad socialista, contra toda derivación de los reclamos socialistas a partir de concepciones jurídicas o morales y contra todo reconocimiento de principios morales permanentes. Debe citarse especialmente aquí, junto con diferentes pasajes del *Manifiesto comunista*, el siguiente párrafo de la carta de Marx sobre el proyecto para el programa de Gotha: "Me he extendido sobre el 'fruto íntegro del trabajo', de una parte, y de otra, sobre 'el derecho igual' y 'la distribución equitativa', para demostrar en qué grave falta se incurre, de un lado cuando[...] se tergiversa la concepción realista —que tanto esfuerzo ha costado inculcar al partido, pero que hoy está ya enraizada— con patrañas ideológicas, jurídicas y de otro género, tan en boga entre los demócratas y los socialistas franceses."

Más severamente no se puede rechazar la ideología. Sólo queda por saber

si el marxismo realmente ha hecho y pudo hacer lo que aquí se postula nominalmente.

Ante todo está claro, y nadie lo supo mejor que Marx, que, dejando de lado la actividad refleja puramente instintiva, los hombres no hacen nada que no hayan pensado antes en sus cabezas. Lo que diferencia al peor de los arquitectos de la mejor abeja, escribe en *El capital*, es que el primero tiene lista la casa en su cabeza antes de comenzar su construcción. Lo que aquí se dice del arquitecto (lo de la abeja tal vez podría ser cuestionado) tiene una validez absoluta para todas las acciones humanas calculadas para un futuro más lejano o más cercano. Ellas son la concreción de planes, intenciones, *ideas*. Evidentemente las ideas pueden descansar sobre fundamentos muy diferentes, tener su origen en impulsos muy bajos o muy elevados, en móviles alejados del interés personal, tener como fundamento relaciones imaginadas o reales, pero lo que determina nuestro comportamiento es siempre una idea o una serie de ideas. "La inconsecuencia (del viejo materialismo) no estriba precisamente en móviles *ideales*, sino en no remontarse, partiendo de ellos, hasta sus causas determinantes." Así escribe Friedrich Engels en un artículo sobre Feuerbach. En otro pasaje del mismo artículo Engels continúa: "Las impresiones que el mundo exterior produce sobre el hombre se expresan en su cabeza, se reflejan en ella bajo la forma de sentimientos, de pensamientos, de impulsos, de actos de voluntad; en una palabra, de 'corrientes ideales', convirtiéndose en 'factores ideales' bajo esta forma. Y si el hecho de que un hombre se deje llevar por estas 'corrientes ideales' y permita que los 'factores ideales' influyan en él, si este hecho lo convierte en idealista, todo hombre de desarrollo relativamente normal será un idealista innato y ¿de dónde van a salir, entonces, los naturalistas?" (*Die Neue Zeit*, 1886, página 156).

Éste no es el lugar para discutir la pregunta final. Consideremos mejor sólo el hecho de que allí se caracteriza como algo absolutamente normal la aceptación de que haya "poderes ideales" que influyen sobre su proceder. El criterio principal para la diferenciación de la influencia de corrientes ideales aceptables de las inaceptables se halla más atrás, en estas corrientes ideales mismas.

¿Cuáles son los "factores ideales" que el materialismo histórico reconoce como fuerzas motrices legítimas del movimiento socialista?

En primer lugar, evidentemente el *interés*. A primera vista puede parecer un juego conceptual presentar al interés como un factor ideal. Pero en primer lugar el interés, para actuar como estímulo para participar en un movimiento, tiene que ser *conocido*, el individuo tiene que tener una "idea" de su interés para decidirse a una acción que corresponda a él, y, en segundo lugar, se trata ya de un interés mediado, no ligado decididamente al yo de la persona. Es un interés que incluso va más allá del grupo profesional, es un interés de clase, y su cuidado requiere en diferentes aspectos un sacrificio, al menos temporal, del provecho personal.[8] De este modo, el interés que supone el socialismo marxista

[8] "Para que los peones rurales se constituyan como clase con reclamos propios y sean lo suficientemente fuertes como para imponerlos es necesario que en su gran mayoría hayan dejado de sentirse como 'individuos' o incluso como 'únicos', hayan dejado de sentir sólo 'el propio yo'. El caballero de la unicidad o individualidad... se presenta en el momento dado

está revestido de antemano con un elemento social o ético, y en ese sentido no sólo es un interés *inteligente*, sino también *moral*, de manera tal que también le es inherente la idealidad en el sentido moral.

El segundo "poder ideal" del que depende el socialismo ya fue mencionado precedentemente: es el *conocimiento*. Es evidente que éste es de naturaleza "ideal" y el modo en que lo es, pero nuevamente debemos considerar que no se trata de la simple *facultad* general para conocer, sino de un conocimiento muy *preciso*, de la incorporación de *determinadas* ideas sobre el estado, la sociedad, la economía, la historia. En este sentido hablamos de ideas "proletarias", y en nuestra literatura esta circunstancia se presenta de tal manera como si estas ideas no sólo fueran aceptadas por una gran parte de la clase obrera de los países civilizados, sino como si fueran el *producto* por excelencia de la inteligencia de la clase obrera moderna. Pero esto es en el mejor de los casos una metáfora, una inversión ideológica del proceso real. Desde Babeuf hasta Marx y Lassalle, la historia de la teoría del socialismo sólo muestra dos hombres de gran capacidad creadora: Proudhon y Weitling. El primero es incorporado en el *Manifiesto comunista* a las filas de los "socialistas burgueses", el segundo es en la actualidad sólo una curiosidad histórica. Saint Simon, Fourier, Owen, a los que Engels considera los predecesores socialistas de la teoría elaborada por él y Marx, procedían tan poco de la clase obrera como los mismos Marx y Engels. Por muy secundario que esto sea tiene que ser, sin embargo, subrayado porque la anterior expresión metafórica coincide generalmente con una aplicación de la palabra ciencia en asociación con el socialismo moderno que lleva a malos entendidos. Se habla del "socialismo científico" de tal manera como si la ciencia de la que aquí se trata fuera algo ya cerrado, concluido. Pero en realidad la expresión contiene, junto o con la calificación, un *postulado*. Toda ciencia es como tal necesariamente "agnóstica"; en la medida en que ella no trabaja con una materia claramente delimitada, como sucede con algunas subdivisiones de la filología, no puede nunca considerar sus resultados como definitivos. Así también Engels en su escrito *Die Entwicklung des Sozialismus*, al concluir el segundo capítulo presenta al socialismo como "una ciencia, a la que, antes que nada, hay que seguir elaborando en todos sus detalles y relaciones".

Muchas veces se suele pasar por alto esta circunstancia, al igual que el hecho de que toda ciencia como tal requiere un alto grado de libertad espiritual. Y digo expresamente un alto grado porque la libertad total es imposible y los científicos socialistas son los que menos pueden ser impulsados a la renuncia de todo sentimiento. Pero requieren el examen de los hechos libre de juicios preconcebidos, como lo señala Marx en el prólogo a *Zur Kritik der Politischen Ökonomie* con la observación de que a la entrada de la ciencia debería ser formulada la exigencia:

> *"Qui si convien lasciar ogni sospetto*
> *Ogni viltà convien che qui sia morta."* [*]

como el Blackleg político o económico" ("Soziale Doktrin des Anarchismus", artículo "Stirner", *Die Neue Zeit*, año x, 1, pp. 427-428).

[*] En español: "Sea abandonada aquí toda sospecha / y toda bajeza sea aquí sepultada". El socialismo como ciencia tiene otras tareas diversas de las que posee la socialdemocracia como

Pero ¿las "ideas proletarias", o sea, la concepción socialista de estado, la sociedad, la economía, la historia, están al menos libres de ideología? Realistas en su dirección, o sea dirigidas en primer lugar hacia los factores materiales del desarrollo de las sociedades humanas, son sin embargo reflejos mentales, conclusiones construidas sobre síntesis intelectuales de hechos comprobados y, por lo tanto, ideológicamente coloreadas por necesidad. Si los debates que se desarrollan en las secciones de este periódico y en otros lugares sobre el materialismo histórico pusieron algo en claro es el hecho de que, como lo establece Kautsky en sus artículos "Was will und kann die materialistische Geschichtsauffassung leisten", la complejidad de los fenómenos que hay que aclarar imposibilita al individuo el conocer todos sus aspectos.[9] Ninguna persona está en condiciones

partido de lucha. Éste, como defensor de determinados intereses, puede, dentro de ciertos límites, ser dogmático e intolerante. Sus resoluciones referidas a la acción son concluyentes hasta tanto ella misma las anule o las modifique. Lo mismo sucede con algunos pasajes de su programa, que establecen el carácter y las aspiraciones del partido. Pero evidentemente para sus supuestos científicos sólo puede pretender un reconocimiento condicionado, pues la investigación científica debe tender a preceder al partido como precursora y no a marchar detrás de su retaguardia. Esto, evidentemente, sin pretender una posición excepcional para las personas que se ocupan especialmente de la investigación. Investigador en el sentido aquí desarrollado es toda persona que se ocupa de examinar los fundamentos teóricos del movimiento.

[9] *Die Neue Zeit*, año xv, 1, p. 234. No puedo negarme aquí a aclarar que el señor Belfort Bax, después de todas estas discusiones, volvió a escribir recientemente que "Karl Kautsky y Franz Mehring afirman[...] que *todas* las formaciones históricas del pensar, querer y obrar humano deben ser atribuidas *única* y *exclusivamente* a las condiciones económicas, es decir, al modo de producción y de intercambio como su *única* causa primordial" (*Soz. Monatshefte*, III, p. 640). Con el señor Bax sucede lo mismo que con el famoso suabo que comió el hígado: va a aceptar cualquier cosa, pero que el cordero tenía hígado ¡¡jamás!

En estas circunstancias le dejo con gusto la última palabra en esta polémica al señor Bax. No puedo proponerle al público de *Die Neue Zeit* que lea una discusión que constaría casi exclusivamente de rectificaciones, pues la mayor parte de lo que Bax me objeta no afecta mis explicaciones. Para que no crea, de todos modos, que intento eludirlo, me declaro dispuesto a responder más adelante a cualquier punto que quiera escoger. Sólo dos palabras con relación a los factores personales del conflicto. Yo no le he reprochado a Bax ser miembro del National Liberal Club, sólo que me parece que está en contradicción con el socialrevolucionarismo del que Bax se declara partidario. Que en su club yo puedo averiguar toda clase de cosas, ya lo sé; pero la mayor parte de esto se lee a diario en los periódicos, y lo que resta carece en su mayor parte de valor: efímeros chismes sin importancia. Acerca de aquello que a mí me interesa me puedo informar en otros lugares tan bien o mejor. Nada me mostró mejor esto que el boletín de lúsares sobre la lucha de los constructores de máquinas, que fue enviado por el National Liberal Club a los periódicos del continente.

El reproche de antisemitismo moderado lo he hecho porque ya en una polémica anterior conmigo, Bax, sin ningún motivo material, introdujo en el debate el judaísmo de tal manera que permitía una interpretación antisemita. Así la repetición me pareció necesariamente un intento poco decoroso por sacar provecho del hecho de que soy de ascendencia judía. Quien me conoce más de cerca sabe que yo no soy en absoluto susceptible en este punto, pero en las condiciones actuales es para mí un imperativo categórico ser, frente a todo antisemitismo, un "filosemita". Si Bax acepta esto, tanto mejor. Pero de alguien que puede poner en un mismo nivel el caso de la señora Montague —una señora que sin mala intención castigó muy irrazonablemente a sus hijos, que por lo demás educaba muy concienzudamente, de tal manera que ocasionó la muerte de uno de ellos— con los horrores y depredaciones de los pashás marroquíes, puede esperarse cualquier cosa.

Aún menos que con el señor Bax me siento impulsado a continuar la polémica con el

de concebir un cuadro exacto del mundo exterior. Así tampoco ninguna teoría social puede tener en cuenta todos los detalles de la vida social; en todas las síntesis queda necesariamente un resto sin considerar. Se investiga qué factores determinan, *en última instancia*, la vida social, sin ocultarse que en los pliegues de esta "última instancia" puede haber todavía muchas modificaciones. Sin duda, muchas veces se toma el "en última instancia" muy a la ligera.

Pero continuemos. La teoría marxiana ve en el obrero de la industria moderna al portador verdadero y potencial del socialismo. Su situación económica, su posición en la fábrica, donde la máquina elimina las diferencias de la vieja manufactura y nivela más y más a los obreros, produce en él, por decirlo así, necesariamente aquella convicción y aspiraciones cuya síntesis es el socialismo. En un sentido amplio, histórico general, esto es también indiscutiblemente correcto. Signos de ello y tendencias en este sentido pueden observarse en todas partes. Y, no obstante, ¡en cuánto difiere la realidad de la imagen que ella debería mostrar según esta argumentación! En casi todos los países no son los obreros de las industrias más desarrolladas, sino de las industrias relativamente atrasadas o de las industrias secundarias o intermedias los que constituyen el elemento activo del movimiento socialista. Obreros del cigarro, carpinteros, zapateros, sastres, pequeños maestros y trabajadores domésticos de la industria textil, encuadernadores, etc., constituyeron en Alemania, a lo largo de décadas, la base del movimiento socialdemócrata. Alternativamente se responsabilizó de ello al bajo nivel cultural y a la apremiante situación del obrero de la fábrica, pero en la Inglaterra actual el obrero fabril no es de ninguna manera políticamente dependiente y materialmente no está peor que el obrero de las industrias medianas y pequeñas, y no obstante, ellos son también aquí los que constituyen generalmente las tropas escogidas del socialismo. Existen todavía otras circunstancias que no se revelan a primera vista —"influencias imponderables", como se las llama—, pero que actúan sobre las disposiciones espirituales de los obreros. Así la "nivelación" no se verificó en la fábrica moderna de ninguna manera en la medida en que se había pronosticado. Por el contrario, justamente en las industrias fabriles más desarrolladas se encuentra frecuentemente toda una jerarquía de obreros diferenciados y, por lo tanto, también sólo un sentimiento muy moderado de solidaridad entre los diversos grupos de los mismos.

Sin embargo, la existencia del obrero no se desarrolla sólo en la fábrica o en el lugar de trabajo, y cuanto menos ocurre esto, tanto mayor es la influencia de sus condiciones de vida fuera de la fábrica sobre su modo de pensar. En este sentido no se ha subrayado suficientemente, aunque también esté en total consonancia con la idea fundamental del materialismo histórico, que la *jornada de trabajo más corta* en Inglaterra, unida al sistema de *viviendas cottage*, tan difundido en este país, se opone poderosamente al sentimiento colectivista. Conversaciones con obreros ingleses me proporcionaron muchos ejemplos de ello. Una de las muchas circunstancias "imponderables", pero no por ello menos efectivas, que repercuten sobre el sistema partidario y la ideología social del obrero

señor Parvus del *Sächsischen Arbeiterzeitung*. Hay métodos de lucha literaria que desarman a cualquier enemigo. Parvus dispone de ellos, y los puede utilizar a gusto.

británico, es la extraordinaria difusión y democratización del *deporte* en Inglaterra. En otros lugares son fundamentalmente clases delimitadas de la población las que participan del deporte de las carreras; en Inglaterra en cambio tiene un gran público en todas las clases de la población. Si bien la cría de los caballos de carrera es un privilegio de las clases propietarias, y prescindiendo de los elementos que, en virtud de su profesión o por razones de negocios, están interesados en las carreras de caballos, en la mayoría de los casos es el gusto por competir, esto es, por el juego de azar, lo que mantiene despierto el interés por las carreras de caballos, y así podría parecer un abuso relacionarlo con la palabra democracia. Pero en el deporte del *cricket*, y en mayor grado aún en el deporte del fútbol, puede ser empleada sin reparos. Éstos tienen un carácter enteramente nacional y democrático, y en sus manifestaciones muchas veces relegan a un segundo plano los antagonismos de clase y de partido. Para las grandes competencias anuales, relacionadas con ellos, se reúnen gentes pertenecientes a todas las clases sociales, y tal vez en ninguna parte la participación es más generalizada que, justamente, en los condados industriales de Inglaterra, cuyas competencias fueron ya muchas veces comparadas por la participación general de la población con los juegos olímpicos.*

Ni siquiera el carácter altamente aristocrático de las universidades rurales de Oxford y Cambridge impide en modo alguno que todos los años, en primavera, media Inglaterra siga con interés los informes sobre los ejercicios diarios de los estudiantes elegidos para las carreras de regatas entre ambas universidades, y está ansiosa por saber si triunfó el azul claro o el azul oscuro. ¿Cuántos obreros alemanes se interesarían por una competencia de remos entre once estudiantes de Leipzig y once de Berlín? Además de los locales, a lo sumo aquellos que practican el deporte del remo. En Inglaterra esta limitación no existe. Y este interés general en el deporte, del que da testimonio una prensa deportiva muy extendida, le quita muchas veces gravedad a los antagonismos en otros sectores.

Así como el desarrollado sentido de los ingleses para el deporte es una cualidad transmitida de generación en generación, así hay además una serie de influencias históricas que matizan o, si se quiere, "falsean", la influencia de las relaciones de producción sobre el pensar y el obrar de los obreros. A ellas pertenecen, entre otras, la historia del desarrollo político del país en cuestión, la naturaleza e historia de sus partidos y también, en alto grado, la naturaleza y la historia de sus comunidades religiosas.

Por ello es que el verdadero trabajador necesita siempre un cierto tiempo y poder de abstracción hasta que se adapta por completo a la ideología del proletario y que acepta su teoría puesto que en ella se hace abstracción de todas

* Recientemente a los deportes del *cricket* y del fútbol se añadió el del ciclismo, cuyo efecto es similar al de aquéllos. Pero la bicicleta, que ha conquistado un prestigio internacional, parece tener además una repercusión sociopolítica especial. Hasta qué punto reúne a la ciudad y al campo lo saben, entre otros, los agitadores socialistas. En Inglaterra, donde la despoblación de la llanura ha continuado hasta el presente sin cesar, comienzan ahora a florecer y a multiplicarse hospedajes y otros negocios para la atención de los ciclistas, de manera tal que en el campo mismo se ofrecen hoy toda clase de fuentes de ingresos. La probable generalización y abaratamiento de transportes mecánicos favorecerá aún más este desarrollo.

las peculiaridades locales o nacionales y de las influencias históricas a las que él está sometido. Sin duda la acepta con mayor facilidad que los miembros de otras clases sociales porque ella corresponde a su situación de clase, pero dicha concepción no es de ninguna manera el producto de sus circunstancias vitales, sino que ha sido derivada de la *reunión* de aquellas y *sólo de aquellas pecualiaridades* que resultan comunes a los obreros de los diferentes países de la civilización moderna. Las ideas sobre el estado, la sociedad, los partidos, etc., derivadas a partir de su adopción deben por ello ser todavía necesariamente diferenciadas de las ideas que se formula de estas cosas el obrero no influido por la teoría. Lo que nosotros llamamos "concepción proletaria" es así para el proletario mismo antes que nada ideología.

Para elegir un ejemplo concreto. Que el obrero que trabaja por un salario es explotado por el empresario, nos parece hoy en día la concepción proletaria más natural. Pero realmente fue necesario un desarrollo bastante prolongado hasta que los obreros lo comprendieron así. Originariamente el obrero industrial se siente explotado cuando por un salario ordinario le es exigido un trabajo extraordinario, o cuando el trabajo medio le es pagado extraordinariamente mal. Pero si él obtiene un salario suficiente como para poder vivir decentemente según las pretensiones de vida tradicionales de su clase, lo deja bastante indiferente en qué relación se halla este salario con respecto al precio del producto de su trabajo, le parece enteramente legítima la creciente riqueza de los dueños de su trabajo.[7] Su concepción del derecho no encuentra nada que objetar en ello, aun cuando le parezca injusta la distribución desigual de los bienes. El antagonismo *general* entre riqueza y pobreza actúa con mayor fuerza sobre su conciencia que el especial entre el dueño del salario y el trabajador asalariado.

Y esto nos lleva al tercer factor ideológico que entra en consideración para el socialismo, o sea, la *conciencia moral* o la *concepción del derecho*. Con ello llegamos al verdadero punto de disputa, pues la importancia del *interés* como fuerza motriz y la del *conocimiento* como poder conductor no son negadas, en esencia, por nadie, mientras que sobre la importancia de la *conciencia moral* en la lucha de la socialdemocracia, la literatura del socialismo moderno es muy contradictoria.

El *Manifiesto comunista* y los escritos de Marx y Engels que coinciden con la época de su redacción, se manifiestan en este aspecto en forma aparentemente negativa, casi podría decirse que negativamente al igual que en Stirner, sólo que en lugar de su "yo" aparece la "clase o el partido de los proletarios". Sin violentar demasiado la lógica podrían derivarse de algunos pasajes del *Manifiesto*, de la *Miseria de la filosofía*, etc., conclusiones similares a las que más tarde extrajo Bakunin. Pero incluso en los escritos posteriores de Marx y Engels se evita toda alusión directa a los motivos morales. Como consecuencia de ello

[7] En Inglaterra, donde la clase obrera está poco inclinada al pensamiento abstracto y donde el lema *A fair day's wage for a fair day's work* [Un jornal justo por un trabajo justo] está mucho más profundamente arraigado que el pensamiento que afirma el "derecho a todo el producto del trabajo", el empresario capitalista, que es conocido como *fair employer*, sigue aún siendo, en los distritos industriales, un atractivo candidato al parlamento para los obreros —como lo ha demostrado recientemente la elección en Barnsley (Yorkshire)— aun cuando se le oponga un representante sindical.

el profesor Werner Sombart señaló como característica distintiva del socialismo marxista su "tendencia antiética" —una expresión no muy felizmente elegida, según nuestra opinión (pues la palabra "antiética" permite suponer que se pretende acabar con toda moral, pero que en el sentido en que Sombart la utiliza —para caracterizar la oposición a la derivación del socialismo de principios éticos— es materialmente apropiada, dado que en la teoría marxiana no se recurre a la ética en ninguna parte).

Por el contrario, en repetidas oportunidades la ética sólo es invocada, premeditadamente, con el fin de demostrar su insuficiencia. En *El capital*, la compra y venta de la mercancía fuerza de trabajo, en la que el obrero "lleva su piel al mercado" es caracterizada como un acto en el "que dominan la libertad, la igualdad, la propiedad y Bentham",[8] y de la circunstancia de que la fuerza de trabajo puede producir más de lo que cuesta (al comprador) su mantenimiento, se dice que ésta es "una suerte especial para el comprador, pero *de ninguna manera una injusticia contra el vendedor*" (tomo I, 2ª ed., pp. 162 y 182). En la carta sobre el proyecto de programa de Gotha, Marx declara, frente a la pretensión de "una justa distribución del producto del trabajo", que la distribución actual del producto del trabajo "¿no es acaso la única distribución 'justa' sobre la base del modo de producción actual?" Y Engels dice en el prólogo a la edición alemana de *Miseria de la filosofía* que *para la economía es formalmente falso* derivar los postulados comunistas del hecho de que el obrero no recibe en el salario el equivalente del trabajo por él realizado, porque sería "*simplemente una aplicación de la moral a la economía*". Pueden encontrarse pasajes similares y aún más severos en el *Anti-Dühring* y en trabajos sobre el problema de la vivienda.

Esta posición negativa de la teoría se halla en una contradicción aparentemente irreconciliable con la práctica del marxismo. Nadie podrá negar que *El capital* es riquísimo en expresiones que están basadas en un juicio moral. Ya la caracterización de la relación salarial como una relación de explotación supone un juicio semejante, puesto que el concepto de explotación, cuando se trata de la caracterización de las relaciones de persona a persona, encierra siempre la mácula de la apropiación injustificada, del engaño. En conocidas popularizaciones el plusvalor es estigmatizado sin más como estafa, robo o también saqueo. El empresario capitalista aparece, aun cuando sea un patrón honesto (*fair*), como el que se apropia de un plusvalor que no le corresponde, y el obrero, aun cuando pertenezca a las capas mejor pagadas de su clase, como reducido a una parte de lo que le corresponde. Ocasionalmente se agrega entonces que el primero no puede ser censurado personalmente por esta apropiación, sino que sólo hace aquello para lo cual está autorizado, según las condiciones de una situación que él no creó; pero justamente en esta disculpa está encerrada la idea de que la apropiación de plusvalor es en el fondo una injusticia. La objetividad

[8] "Bentham" se refiere aquí a la concepción sustentada por ese filósofo del derecho inglés, según la cual el *propio interés* inteligentemente practicado es el resorte más efectivo del bienestar general, del *interés general*. Es característico que Bentham haya unido a su filosofía del egoísmo, como dice Stuart Mill, una sensibilidad moral extraordinariamente fuerte y el espíritu de un niño. Con ello coincide lo que dice Robert Owen sobre su entrevista con Bentham.

económica de la teoría del plusvalor existe entonces sólo para el análisis abs- tracto. Pero en cuanto se la aplica, se manifiesta inmediatamente como un pro- blema ético, y así es como la masa la interpreta siempre como una cuestión moral.[9] En relación con este punto Engels señala, a continuación del pasaje antes citado del prólogo a la *Miseria de la filosofía*: "Si la conciencia moral de la masa define a un hecho económico, como en su tiempo la esclavitud o la servidumbre, como injusto, entonces esto es una prueba de que el hecho mismo ha caído ya en desuso, que han hecho su aparición otros hechos económicos, en virtud de los cuales aquéllos se han vuelto insostenibles e intolerables" (1ª ed., p. XI). El párrafo le concede al juicio moral de la masa una fuerza concluyente en relación con la justificación histórica de hechos económicos, con lo que muchos representantes de teorías idealistas deberían considerarse ya satisfechos, aun cuando le sea asignada sólo la función de un síntoma sin fuerza propia. Pero examinemos esto más de cerca y preguntémonos *por qué* hoy en día una cantidad tan grande de personas consideran injusto el hecho económico de la apropiación del plusvalor por parte de los capitalistas, y nos enfrentamos así con otra concesión al idealismo o a la ideología.

Las masas no toman conocimiento desde un comienzo del hecho del plus- valor, sino que éste les es encubierto, más bien, por el mecanismo de la econo- mía capitalista. Si escritores socialistas del período manufacturero o de épocas aun anteriores pudieron formular proposiciones que conducen a la teoría del plusvalor, esto fue posible por la simplicidad y la transparencia del mecanismo económico de su tiempo. En los tiempos modernos son, en primer lugar, los teóricos de la economía burguesa los que con las investigaciones sobre la deter- minación del valor de las mercancías llegan también al valor de la mercancía trabajo y de este modo abren camino a la concepción de que el salario del obrero es algo diferente al valor del trabajo, que es siempre menor que éste. El hecho del *plustrabajo*, en cambio, siempre fue conocido por el obrero. Y si bien nunca se rebeló sistemáticamente contra él, lo hizo sin embargo muchas veces práctica y limitadamente, es decir, *no* se rebeló *contra el hecho*, sino sólo contra el *grado* del plustrabajo. En el hecho del plustrabajo no hay todavía en sí un estímulo para pretender una modificación del modo de producción. No sucede lo mismo con el plusvalor. Si el obrero sabe que en el salario no recibe de ninguna manera el *valor* de su trabajo, entonces con ello se desafía directamente su sentimiento natural de la justicia, pues en el concepto de valor está ence- rrado un elemento *moral*, una *idea de la igualdad y de la justicia*. Esta es la explicación más inmediata de la sublevación de los ánimos contra la apropia- ción del plusvalor. Esta sublevación puede ser seguramente al mismo tiempo

[9] Por otra parte, esto último es válido para toda la teoría del valor del trabajo. Así, la crítica ejercida contra ella por parte de los seguidores de la teoría del valor de la utilidad (teoría de la utilidad límite), fue tratada por muchos de sus defensores socialistas de una manera enteramente moral, esto es, rechazada con un inmotivado lujo de indignación moral. Y sólo ven en ella un intento por eclipsar el carácter moralmente dudoso del plusvalor. In- versamente, la teoría del valor del trabajo es combatida por muchos defensores del orden social vigente solamente por el compromiso del plusvalor. Esto se evidencia entre otras cosas porque los mismos pasan, por lo general, descuidadamente por alto las partes realmente vulnerables de la teoría, para perderse en consideraciones sobre las funciones de obreros y capitalistas y su utilidad.

la expresión o el producto de la caducidad del sistema del trabajo asalariado, pero no tiene por qué serlo necesariamente. Que el sistema está caduco era hace sesenta años una simple hipótesis o, si se quiere, una anticipación, y, no obs- tante, entre los obreros ingleses era muy enérgico el pedido de su supresión. En la conciencia moral de las masas hay, según las circunstancias, más y menos que un síntoma del desarrollo económico. Los conceptos morales son más per- manentes que este desarrollo y hasta cierto grado —justamente porque son más persistentes— también independientes de él. Con mayor fuerza de lo que lo reconocen Marx y Engels, esto es válido, entre otros, acerca del concepto de lo justo.[10]

La justicia es todavía en la actualidad un motivo muy poderoso en el movi- miento socialista, pues ninguna acción de masas permanente se verifica sin un estímulo moral. Es un hecho muchas veces comprobado que los elementos más activos en el movimiento socialista se reclutan en todas partes entre aquellas capas de la clase obrera y otras clases de la población que, por utilizar una ex- presión corriente, "menos lo necesitan", personas que, por de pronto, perderían con una distribución equilibrada del ingreso social. Lo que los impulsa hacia el socialismo es el afán por un orden social más racional y más justo, y si se examina la cuestión más detenidamente se va a descubrir que en nueve de diez casos el deseo de un orden social *más justo* es lo que se encuentra en primer lugar. No hace falta en absoluto idealizar este impulso, ya que la envidia es

[10] Contra la frase de Marx de que la distribución actual de los productos es "la única distribución 'justa' sobre la base del modo de producción actual", Ph. Lotmar señala, en su tratado altamente instructivo sobre la justicia, que Marx allí con "justa" sólo quiere decir "legal" o "conforme al derecho". Desde el punto de vista de la concepción aristotélica de la justicia como igualdad relativa, la que Lotmar acepta, la distribución puede, no obstante, ser injusta. En su artículo "Auslegung und Kritik einiger Begriffe des Marxismus" (*Devenir Sociale*, febrero y marzo de 1898) Benedetto Croce dice que así como es correcta la explicación general dada por el marxismo de las condiciones del desarrollo de la moral, en algunos aspectos son discutibles las explicaciones especiales sobre los problemas morales. Marx y Engels, escribe él, no fueron "filósofos morales y tampoco gastaron mucho de su poderosa inteligencia en estas cuestiones[. . .] En efecto, así como es posible escribir una teoría del conocimiento según Marx, así sería, según mi opinión, una empresa absolutamente desesperante escribir sobre los principios de la ética según Marx" (*Devenir Sociale*, pp. 246-247). Efectivamente se puede estar de acuerdo con él. Marx y Engels siempre trataron el problema moral sólo en forma polémica, en la crítica de puntos de vista opuestos, y así, con respecto a la moral, predominan en ellos los pasajes negativos —explicaciones de aquello que la moral *no* es—. Con este tratamiento puramente polémico del tema fue inevitable que a veces se disparara más allá del objetivo. Finalmente, con todo, Engels reconoció en el *Anti-Dühring* que el desarrollo social verificado hasta el presente acarreó un progreso en la moral —pasaje en el que está comprendido el reconocimiento de que hay una escala moral independiente de las condiciones históricas— y Marx incluyó en el estatuto de la Internacional el pasaje que dice que los miembros de dicha organización tienen que observar entre ellos y frente al prójimo "verdad, justicia y moral".

Puesto que me he referido aquí al artículo de Croce, no puedo menos que mencionar todavía las acertadas explicaciones en las que Croce, en coincidencia con Antonio Labriola, arremete contra el abuso que se comete con el concepto de "ciencia" en relación con el socia- lismo. Para remediar este abuso Labriola propone decir "comunismo crítico" en lugar de "so- cialismo científico". Mis explicaciones sobre este punto en la primera parte del presente artícu- lo estaban ya impresas cuando recibí la conclusión del artículo de Croce. De lo contrario me habría limitado a la interpretación de sus acertadas explicaciones.

también muchas veces una fuente del anhelo de justicia, pero ya sea que esté arraigado en móviles elevados o bajos, sigue siendo siempre un factor ideológico.

Si uno se remite al programa en sí (conquista del poder político por el proletariado organizado como clase, expropiación de los capitalistas, socialización de los medios de producción y de la producción), entonces podría pensarse que con él estaría de más toda ideología. Pues éstas son todas cosas muy concretas, muy reales. Pero la práctica demuestra que por más realistamente que se piense la situación, ésta no carece por ello de su buena dosis de ideología.

Si tomamos tan sólo la expresión del "proletariado organizado como clase", rápidamente percibimos ¡cuánta ideología es necesaria hasta que los trabajadores se sientan proletariado! ¡Cuántos trabajadores están todavía en la actualidad, y no por ignorancia, lejos de hacerlo! Y es que de ninguna manera es tan simple delimitar exactamente el concepto "proletariado". La categoría de los que trabajan por un salario revela extraordinarias diferencias en lo que se refiere a los ingresos y a las condiciones de vida. Evidentemente se pueden determinar para los trabajadores de todos los grados ciertas exigencias e intereses comunes, pero con ello todavía no se logra que el afán por defenderlos se manifieste con la misma intensidad y con la misma fuerza. El proletariado como la totalidad de los asalariados es una realidad, el proletariado como una clase que actúa según premisas comunes es todavía en alto grado una imagen mental, incluso en Alemania.

Este proletariado, en particular, es el que hará realidad la socialización de los medios de producción. Quien no se imagine la cosa tan ingenuamente como lo expresa la canción francesa:

> "Obrero, toma la máquina,
> Toma la tierra, labrador"

ese probablemente se dirá a sí mismo que esta socialización tiene que ser necesariamente un proceso más prolongado porque las industrias que entran en consideración están maduras y son apropiadas en un grado muy diferente para la socialización. Si se supone que, por decirlo así, todos los capitalistas son expropiados de un golpe, entonces con ello se supone que en el mismo momento todos los obreros dejan de ser proletarios en el sentido de la teoría y están expuestos al peligro de perder ese impulso moral que hace madurar en ellos la oposición específica al capitalismo. Esto complicaría infinitamente, en vez de simplificarlo, el problema de la socialización de la producción. Pero la práctica simplemente no va a dejar que se llegue a esto. De ello se ocupa, entre otras cosas, la lucha que lleva hoy adelante la socialdemocracia.

La historia de la humanidad hace ya tiempo que no se desarrolla de un modo tan sencillo que todas las tendencias del desarrollo sean llevadas hasta el extremo. Puede ilustrarse esto con un ejemplo que ya fue utilizado en otro contexto en un artículo anterior de esta serie: el problema del *trabajo infantil en la industria.*

Hace dos generaciones no había ningún tipo de limitación al trabajo infantil. La cantidad de niños empleados en fábricas aumentó rápidamente; puesto que el trabajo femenino no se incrementaba con menor rapidez, parecía que

en todas partes en el mundo del trabajo toda la familia sería reclamada para el trabajo fabril. Si este desarrollo avanzaba sin trabas en lo esencial, entonces la consecuencia necesaria tenía que ser la disolución total de la vieja forma de la familia, y el desarrollo de una nueva forma familiar, o de convivencia de los sexos. Así arguyó Marx siguiendo el ejemplo de Robert Owen. Todavía en la carta sobre el proyecto de programa de Gotha, Marx se declaró en contra de la exigencia de prohibición general del trabajo infantil en la industria, señalando la importancia revolucionaria del aprovechamiento temprano de los niños para la producción. En coincidencia con filántropos, educadores, etc., burgueses, los partidos socialistas fomentaron, por su parte, el aumento del límite de edad para la ocupación de niños en la industria e incluso lograron imponer en la mayoría de los países que la fábrica esté cerrada para niños menores de trece y catorce años, y hoy en día se intenta subir este límite hasta los quince años cumplidos o dieciséis. Queda con ello entonces claro que el niño es nuevamente rescatado para la familia en el viejo sentido y que, por el momento, ésta también está salvada. El acortamiento del tiempo de trabajo, por el que se movilizan los obreros en todas partes, dentro y fuera de los parlamentos influye también en este sentido. En pocas palabras: mientras que la tendencia "natural" del capitalismo apunta a una revolución dentro de la familia, los mismos partidos obreros revolucionarios luchan en favor de medidas que se oponen a esta revolución. Por ello, sea cual fuere la conformación futura de las cosas en este aspecto —y, no obstante, hay otros factores que operan sobre el debilitamiento de la antigua vida familiar— no se verifica, sin embargo, ese agravamiento de las relaciones que la teoría, en su momento, había previsto y podía suponer.

Este es sólo un ejemplo, pero basta con mirar atentamente los hechos de la vida social para enfrentarse todavía a muchos fenómenos que contrarían de un modo similar los supuestos de la teoría, sin que por ello se revelen como falsos los principios fundamentales de dicha teoría. Esta no puede preverlo todo, sino que sólo puede establecer tendencias. Pero la práctica nunca permite que las tendencias se impongan en toda su pureza hasta el último punto "i". Por ello resulta difícil pensar que las cosas habrán de llegar hasta el extremo de la expropiación general. Justamente en la sociedad moderna, con su vida de relación democrática y democratizante en extremo desarrollada, resulta improbable un desarrollo semejante de las cosas. O bien las clases dominantes, oponiéndose tenazmente a reclamos oportunos, impulsan hacia catástrofes que se presentan, entonces, demasiado temprano como para producir algo más que modificaciones políticas, o consienten en ceder cada vez en el momento apropiado, y entonces el mismo desarrollo de las cosas evitará transformaciones generales repentinas.

Toda teoría del desarrollo futuro, y por más materialista que sea, está por todo ello necesariamente teñida de ideología. Justamente lo está cuando se apoya en fenómenos económicos concretos, pues las corrientes espirituales, los conceptos morales, etc., son cosas absolutamente reales, aun cuando sólo existan en las cabezas de las personas. El socialismo marxista no se diferencia de otras teorías socialistas en el sentido de que está libre de toda ideología. Esto no ocurre con ninguna doctrina orientada hacia el futuro. Sin ideología cesa, en general, toda actividad reformista de gran alcance. El marxismo eludió fundamen-

tar la teoría socialista a partir de la deducción de ideas preconcebidas o de construcciones arbitrarias, y por ello la colocó sobre la sólida base de una concepción realista de la historia, que no ha sido refutada en sus rasgos esenciales. Sus creadores nunca afirmaron que las conclusiones sacadas de ella tendrían una validez ilimitada para todos los tiempos. Solamente era natural que se vieran obligados a subestimar las concepciones morales en su lucha contra la desmedida sobrestimación de las mismas, corriente en aquel entonces. Realmente la moral es —no en todos los casos pero sí frecuentemente, no ilimitadamente pero sí en amplias esferas— el resultado creador de la potencia inteligente, y con innumerables ejemplos se puede demostrar que ya la moral de la sociedad burguesa desarrollada no es idéntica a la moral del burgués clásico. Quien no sueñe con un súbito salto hacia la sociedad comunista perfecta, tampoco considerará como algo que sólo atañe al futuro tanto la imposición de reformas económicas como también el desarrollo ulterior de las ideas morales y jurídicas.

LAS PREMISAS DEL SOCIALISMO Y LAS TAREAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

Este ensayo está dedicado básicamente a explicar algunas ideas que desarrollé en una carta al congreso partidario de la socialdemocracia alemana, realizado en Stuttgart del 3 al 8 de octubre de 1898. En esa carta decía:

Las tesis que presenté en la serie *Probleme des Sozialismus* despertaron recientemente un debate en periódicos y asambleas socialistas que culminó con la solicitud formal de adoptar una actitud ante ellas por parte del congreso partidario de la socialdemocracia alemana. Ante la posibilidad de que el congreso accediera a dicha solicitud, me vi obligado a hacer la siguiente declaración.

El voto de un congreso, cualquiera que sea su autoridad, no puede, obviamente, alterar mis ideas a las que he llegado a través de un análisis de los fenómenos sociales. Lo que escribí en *Die Neue Zeit* expresa una convicción mía y no veo la razón por la que tenga que renunciar a alguno de sus puntos esenciales.

Aunque, por otra parte, es obvio que un voto del congreso del partido no puede dejarme indiferente. Esto permitirá comprender por qué siento ante todo la necesidad de defenderme de la exposición falseada de mis tesis y de las conclusiones falsas a las que se ha llegado a partir de ellas. Ante la imposibilidad de comparecer personalmente ante el congreso, lo hago a través de una comunicación escrita.

Se ha dicho, en algún sector, que la conclusión práctica de mis afirmaciones consiste en la renuncia a la conquista del poder político por parte del proletariado política y económicamente organizado.

Se trata de una conclusión totalmente arbitraria cuya inexactitud se desprende claramente del contexto.

Me opuse a la idea de que nos encontramos en vísperas de un inminente fracaso de la sociedad burguesa y de que la socialdemocracia *debe definir y por consiguiente supeditar su táctica a la perspectiva de dicha catástrofe social general inminente. Esto lo digo y lo sostengo plenamente.*

Los paladines de esta teoría catastrófica se apoyan básicamente en las afirmaciones del *Manifiesto comunista*. Equivocadamente desde cualquier punto de vista.

La prognosis que hacía el *Manifiesto comunista* sobre el desarrollo de la sociedad moderna era correcta en la medida en que describía las tendencias generales de dicho desarrollo. Pero se equivocaba en cuanto a las distintas conclusiones particulares, sobre todo respecto a la valoración del *tiempo* requerido por este desarrollo. Así lo ha reconocido sin reticencias Friedrich Engels, coautor del *Manifiesto*, en el prefacio a *Las luchas de clases en Francia*. Aunque es obvio que si el desarrollo económico requirió un lapso mucho más largo de lo que suponía, debió realizarse, es decir, asumir *aspectos* que el *Manifiesto comunista* no previó ni pudo prever.

La agudización de las relaciones sociales no se llevó a cabo en la forma contemplada por el *Manifiesto*. Cerrar los ojos ante este hecho no sólo es inútil sino que es una verdadera locura. El número de los poseedores no ha disminuido, sino que ha aumentado. El enorme aumento de la riqueza social no ha ido acompañado de la disminución progresiva del número de los magnates del capital, sino de un aumento numérico de los capitalistas de toda clase. Los estratos intermedios cambian su carácter pero no desaparecen de la escala social.

Hasta la fecha no se ha realizado en todas partes con la misma fuerza y rapidez la

concentración de la producción industrial. Es cierto que en muchas ramas de la producción esta concentración justifica todas las predicciones de la crítica socialista, pero en otras ramas hoy día sigue atrasada. En la *agricultura* es lento todavía el proceso de concentración. Las estadísticas industriales señalan una estructuración sumamente graduada de las empresas y ninguno de sus tamaños da señales de aparecer. En este aspecto, no pueden llevarnos a engaño las importantes modificaciones de la estructura interna de las empresas y de sus relaciones recíprocas.

Desde el punto de vista político nos damos cuenta de que los privilegios de la burguesía capitalista, en todos los países avanzados, dan paso poco a poco a las instituciones democráticas. Con el influjo de estas últimas y con el impulso de la agitación cada vez más vigorosa del movimiento obrero se ha producido una reacción social contra las tendencias explotadoras del capital que aún hoy día, a decir verdad, procede muy tímidamente y a tientas, aunque sigue existiendo y atrae bajo su influjo a sectores cada vez más amplios de la vida económica. La legislación de la fábrica, la democratización de las administraciones comunales y la extensión de su competencia, la liberación de los sindicatos y de las cooperativas de todas las trabas legales, la consulta permanente de las organizaciones obreras por parte de las autoridades públicas en las contrataciones laborales caracterizan el nivel actual del desarrollo. El hecho de que todavía en Alemania se piense en la posibilidad de maniatar a los sindicatos no es señal del alto nivel de su desarrollo político, sino de su *atraso* en este sentido.

A medida que las instituciones políticas de las naciones modernas se democratizan, se reducen la necesidad y las oportunidades de grandes catástrofes políticas. Los que insisten en la teoría de las catástrofes deben tratar, si es que pueden, de combatir y detener el desarrollo que hemos expuesto aquí, como lo han hecho por otra parte en épocas pasadas los apologetas coherentes de dicha teoría. Pero, ¿la conquista del poder político por parte del proletariado significa simplemente que la conquista de dicho poder pasa a través de una catástrofe política? ¿Significa que el proletariado se adueñe y use en forma exclusiva el poder político en contra de todo el mundo no proletario?

A los que responden afirmativamente quisiera recordarles dos cosas. En 1872, Marx y Engels declararon en el prefacio a la reimpresión del *Manifiesto comunista* que la Comuna de París había demostrado que "la clase trabajadora no puede adueñarse simplemente de la maquinaria estatal ya lista y ponerla en movimiento para sus propios fines". Y en 1895, Engels explica detalladamente en el prefacio a *Las luchas de clase* que ya pasó la época de los golpes políticos sorpresivos, de las "revoluciones realizadas por pequeñas minorías conscientes al frente de masas inconscientes" y que un encuentro de grandes proporciones con el ejército era el medio para *frenar* y hasta para hacer *retroceder* durante cierto tiempo el crecimiento continuo de la socialdemocracia —en suma, que la socialdemocracia avanza "*mucho mejor con los medios legales que con los medios ilegales y con la subversión*". Y, por consiguiente, señala como función inmediata del partido "mantener ininterrumpido el ritmo de crecimiento de sus votos" —es decir— un "*lento trabajo de propaganda y la actividad parlamentaria*".

Éste es el punto de vista de Engels que, como se desprende de sus ejemplos estadísticos, a pesar de todo esto todavía sobrestimaba un poco la celeridad del proceso de desarrollo. ¿También se le va a echar en cara el haber renunciado a la conquista del poder por parte de la clase trabajadora, por el hecho de que quería impedir que el crecimiento continuo de la socialdemocracia, asegurado por la propaganda legal, se viera interrumpido por una catástrofe política?

Si no se hace esto, si se aceptan sus razones, nadie tiene entonces el derecho de escandalizarse cuando digo que todavía durante mucho tiempo la función de la socialdemocracia ha de consistir en "organizar políticamente la clase trabajadora y formarla

para la democracia, y en luchar por todas las reformas políticas que sirven para elevar a la clase trabajadora y para transformar el sistema político en democracia", y no tanto en especular acerca de un fracaso general.

Esto es lo que dije en mi controvertido artículo y esto es lo que sigo sosteniendo con todas sus implicaciones. Se trata de un problema que termina por identificarse con las tesis de Engels, ya que democracia significa, en cada momento, el *grado de dominio que la clase trabajadora es capaz de ejercer de acuerdo con su madurez intelectual y el nivel alcanzado por el desarrollo económico general*. Además, Engels en el pasaje citado se refiere expresamente al hecho de que el *Manifiesto comunista* ya había "declarado la guerra por la democracia como uno de los primeros y más importantes compromisos del proletariado en pie de lucha".

En síntesis, Engels está tan convencido de que la táctica supeditada a las catástrofes pertenece al pasado, que considera como imperativa una *revisión radical* por parte suya aun en lo que se refiere a los países latinos en donde la tradición es más favorable que en Alemania. "Si han cambiado las condiciones de la guerra entre los pueblos, también han cambiado las condiciones de la lucha entre las clases", dice él. ¿Acaso ya se ha olvidado esto?

Ninguno ha puesto en duda nunca la necesidad que tiene la clase trabajadora de luchar por la democracia. Lo que se discute es la teoría del derrumbe y el problema de si, dado el desarrollo económico de Alemania y el grado de madurez de su clase trabajadora, urbana y rural, es oportuna para la socialdemocracia una catástrofe imprevista. Mi respuesta a este problema ha sido y sigue siendo negativa, porque, a mi juicio, para lograr un éxito duradero es mejor un avance constante que confiar en la posibilidad de que se presente una catástrofe.

Y ya que estoy plenamente convencido de que en la evolución de los pueblos hay épocas importantes que no pueden saltarse, le atribuyo el máximo valor a las tareas inmediatas de la socialdemocracia, es decir, a la lucha por los derechos políticos de los trabajadores, a la agitación política de los trabajadores, en la ciudad y en la comuna, en pro de los intereses de su clase, y a la obra de organización económica de los trabajadores. En este sentido escribí a su debido tiempo la frase: para mí el movimiento lo es todo, y lo que *ordinariamente* se considera como objetivo final del socialismo no es nada —y en este sentido la sostengo aún en la actualidad. Si la palabra "ordinariamente" no hubiera indicado que la frase tenía sólo un sentido condicional, estaba claro que no *podía* manifestar indiferencia respecto a la realización final de los principios socialistas, sino sólo indiferencia, o tal vez sea mejor decir despreocupación por el "cómo" se configurarían finalmente las cosas. Yo no me he interesado por el futuro más allá de los principios generales, y no he logrado nunca interpretar hasta sus últimas consecuencias los proyectos futuristas. Yo me ocupo de las tareas del presente y del futuro inmediato, y las perspectivas que van más allá de estas tareas sólo me interesan en cuanto me dan la pauta para lograr un máximo de eficacia de la acción.

La conquista del poder político por parte de la clase trabajadora y la expropiación de los capitalistas no representan en sí mismas objetivos finales, sino únicamente medios para realizar determinados objetivos y aspiraciones. Como tales, son postulados del programa de la socialdemocracia y ninguno los objeta. En cuanto a las circunstancias en que se van a lograr nadie puede predecir nada, lo único que se puede es luchar por alcanzarlas. Pero para conquistar el poder político se necesitan los *derechos* políticos, razón por la cual el principal problema de la táctica que debe seguir hoy día la socialdemocracia alemana consiste, en mi opinión, en buscar la mejor forma de ampliar los derechos políticos y profesionales de los trabajadores alemanes. Si no se logra encontrar una respuesta aceptable al problema, insistir en otra sería pura palabrería.

A esta declaración le siguió una breve polémica que sostuve con Karl Kautsky, y en la que participó también Viktor Adler, a través de la *Wiener Arbeiterzeitung*. Esto me llevó a una segunda declaración publicada en el *Vorwärts* del 23 de octubre de 1898, de la que me he permitido citar los siguientes pasajes.

En sus respuestas a mi artículo "Eroberung der politischen Macht" [La conquista de poder político], Karl Kautsky y Viktor Adler manifiestan la opinión, que ya me habían hecho saber por medio de una carta, de que sería mejor que presentara en forma de libro mi punto de vista expresado en los *Probleme des Sozialismus*. Hasta ahora me había resistido a aceptar el consejo de estos amigos míos porque consideraba (y sigo considerando todavía) que la tendencia de estos artículos encuadraba perfectamente con la línea del desarrollo general de la socialdemocracia. Pero, ya que han repetido en público su invitación y otros amigos han manifestado el mismo deseo me decidí a escuchar sus peticiones y a exponer sistemáticamente en un escrito mi concepción sobre el objetivo y las tareas de la socialdemocracia [...].

Adler y otros se escandalizaron porque propuse introducir una atenuación en las luchas de clase junto con el desarrollo de las instituciones democráticas; según ellos, yo veía la situación únicamente con las lentes inglesas. En cuanto a este último punto, de ninguna manera es cierto lo que dicen. Admitiendo que la proposición "el país más desarrollado le enseña al menos desarrollado la imagen de su futuro" haya perdido validez últimamente y, considerando todas las diferencias entre el desarrollo continental y el inglés, que no me son del todo desconocidas, mi tesis se apoya en fenómenos continentales que al fragor de la lucha se pueden cuando mucho descuidar temporalmente, pero que no se pueden desconocer en forma permanente. Veamos cómo en todos los países avanzados las luchas de clase van adoptando formas más moderadas y cómo, si la situación fuera distinta, la perspectiva futura tendría pocas esperanzas de éxito. Nótese bien, el desenvolvimiento general del desarrollo no excluye recaídas periódicas; pero si se tiene presente qué actitud asume, por ejemplo, en Alemania una parte cada vez mayor de la opinión pública burguesa ante las huelgas, y cuántas huelgas se realizan en una forma mucho más moderada y completamente distinta de lo que sucedía apenas hace diez o veinte años, se podrá verificar que el progreso existe y se toma en cuenta. Si esto no significa ni siquiera —como diría Marx—, "que el día de mañana se producirán milagros" considero sin embargo que le señala al movimiento socialista un horizonte más esperanzador que el que le señalaba la teoría de las catástrofes, sin agravio, por otra parte, del entusiasmo y de la energía de sus combatientes. Ciertamente, Adler no me podrá negar esto.

Hubo un tiempo en el que mis ideas no habrían encontrado opositores dentro del partido. Si en la actualidad la situación ha cambiado, lo único que descubro es una reacción explicable en contra de ciertos fenómenos esporádicos que desaparecerá junto con estos últimos, dando lugar al reconocimiento de que, con el desarrollo de las instituciones democráticas, se abrirá paso poco a poco y de manera más estable dentro de nuestra vida social cada vez más amplia, un método más humano que no podrá detenerse ni siquiera ante las luchas de clase más importantes y que creará formas de expresión más moderadas aún para estas luchas. Con la papeleta electoral, las manifestaciones y otros medios de presión parecidos, nos ponemos a la cabeza de las reformas que hace cien años hubieran desatado revoluciones sangrientas.

Londres, 20 de octubre de 1898.

Estas consideraciones sirvieron de guía para el libro que aquí presento.

Estoy plenamente consciente de que en algunos puntos importantes discrepo

de las concepciones teóricas de Karl Marx y Friedrich Engels, aun cuando sus escritos hayan ejercido el máximo influjo sobre mis ideas socialistas y, sobre todo Friedrich Engels me haya honrado con su amistad personal hasta su muerte, llegando al grado de dejarme en su testamento un recuerdo póstumo de su gran confianza. Estas discrepancias no han surgido, obviamente, en los últimos años, sino que son fruto de un conflicto interno que lleva muchos años; y ya que tengo pruebas de que no era un secreto para Friedrich Engels, debo tomar decididamente la defensa de Engels contra los que lo acusan de haber sido tan mezquino que pretendió que sus amigos aceptaran incondicionalmente sus puntos de vista teóricos. Sin embargo, con todo lo dicho hasta aquí, se podrá comprender por qué razón he preferido hasta ahora no darle dentro de lo posible a la manifestación de mis discrepancias la forma de crítica a la doctrina de Marx y Engels. Por otra parte, esto me ha resultado tanto más fácil cuanto que los mismos Marx y Engels, con el paso del tiempo, modificaron considerablemente su actitud ante los problemas prácticos abordados a este respecto.

Hoy la situación es distinta. Me veo obligado todavía a polemizar con socialistas que provienen de la escuela de Marx y Engels como yo, y al discutir con ellos me veo obligado, para defender mis tesis, a referirme a los puntos en que creo que la doctrina de Marx y Engels tiene sus principales errores o contradicciones.

No he rehuido afrontar esta tarea, aunque por los susodichos motivos personales, no me resultó fácil hacerlo. Lo confieso abiertamente para que el lector no trate de ver en la forma torpe y dificultosa del primer capítulo, una muestra de inseguridad objetiva.

Asumo toda la responsabilidad de lo aquí escrito. Sin embargo, no siempre pude lograr la forma y encontrar los argumentos que hubieran hecho más rigurosa la presentación de mis ideas. En este aspecto, mi trabajo es muy inferior a los que otros publicaron sobre el mismo tema. Algunas cosas que pasé por alto en los primeros capítulos las presento en el último. Además, debido a una cierta demora en la publicación del libro, el capítulo que trata de las cooperativas sufrió algunos añadidos en los que no siempre pude evitar repeticiones.

Por lo demás, espero que el escrito se entienda por sí mismo. No soy tan ingenuo como para esperar que convierta de golpe a los que han atacado mis ensayos anteriores, ni pretendo que los que en principio comparten conmigo los mismos puntos de vista, acepten todo lo que he dicho. En realidad, el hecho menos convincente consiste en que abarca demasiadas cosas. No había terminado de tratar las tareas del presente cuando ya me veía obligado, para no perderme en generalidades, a tratar diversas cuestiones específicas en las que existen discrepancias aun entre los que están de acuerdo en otras cosas. Además, la estructura del libro me obligó a concretarme a señalar algunos puntos principales, a hacer más indicaciones que demostraciones. Lo que más me interesa y constituye el objetivo fundamental de este escrito es reforzar al mismo tiempo el elemento realista y el elemento idealista del movimiento socialista, presentando batalla a los resabios de una mentalidad utopista que se encuentran dentro de la teoría socialista.

EDUARD BERNSTEIN

Londres, enero de 1899.

En los últimos años ha sido necesario reimprimir varias veces este escrito, aparecido por primera vez en una edición de cinco mil ejemplares. Con esta reimpresión, la edición llega al décimo millar.

En las reimpresiones anteriores, me abstuve de hacer modificaciones al texto, y en esta última he querido seguir, básicamente, el mismo criterio. Se exceptúan sólo algunos pasajes. Así, por ejemplo, se reformuló el período introductorio del apartado *b* del capítulo primero —p. 114— para señalar la diferencia entre la concepción materialista de la realidad y otras concepciones en una manera más precisa que en la forma original, a la que se le podían hacer fundadas objeciones. En la p. 165 se corrigió una cifra inexacta del cuadro del desarrollo de las empresas agrícolas en Holanda, rectificando también el comentario correspondiente; en la p. 272 se le dio una redacción más adecuada a una frase demasiado drástica (como lo acepté inmediatamente a su debido tiempo) sobre la reducción de la jornada laboral. Hay otras dos o tres modificaciones que se concretan a expresar en una forma más correcta la idea expuesta. Fuera de estas modificaciones que no afectan las ideas fundamentales del libro, se mantiene exactamente la misma estructura original.

Como ya lo puse de manifiesto en otra parte, renuncié a hacer una revisión profunda después de haber aceptado las sugerencias recibidas de distintas partes. Amigos y adversarios a los que les había comunicado un proyecto de reelaboración del libro, me hicieron ver que las discusiones que había suscitado en revistas, libros y asambleas, le habían dado un carácter documental que se vería perjudicado por cualquier reelaboración. Se me dijo que los que examinaban el libro querían que reflejara el objeto de dichas discusiones y por lo tanto era oportuno dejarlo en cuanto fuera posible sin cambios. Después de algunas indecisiones cedí a dichas peticiones.

Esto se me facilitó por el hecho de que las modificaciones proyectadas no se referían a las tesis desarrolladas en este libro, a las que se apegan fielmente los puntos esenciales. Pero la técnica y, si se me permite la expresión, la arquitectura del libro podían mejorarse un poco más; se podían reducir considerablemente algunos pasajes que contenían meras repeticiones y, en cambio, se llenarían de buena gana algunas lagunas en la metodología de la demostración, se acrecentaría el material relativo y se tomarían en cuenta las críticas de los socialistas según las cuales el libro no era suficientemente positivo por lo que se refiere al socialismo. En verdad, no puedo aceptar que le falten afirmaciones en favor del socialismo siendo que por otra parte les concedo a mis críticos que dichas afirmaciones tienen un tono demasiado apriorístico respecto a la parte crítica del libro. Esto se ha debido al hecho de que cuando lo escribí tenía en mente sólo una discusión con los socialistas o si se prefiere entre los socialistas en la que las cosas sobre las que existe un acuerdo ni siquiera se han planteado o sólo se han planteado de pasada. Cuando se escribe un libro para una audiencia mucho más amplia no sucede esto. Pero no era ésa mi intención al proyectarlo.

En mi opinión, la explicación de toda una serie de interpretaciones erróneas de mis tesis la atribuyo al hecho de que no se ha tomado en cuenta el objetivo que tenía el libro dentro de los propósitos del autor. Sólo así se puede entender por ejemplo —para citar un solo caso— cómo la simple comprobación del aumento de la clase de los poseedores o capitalistas, puede ser recibida por unos y rechazada por otros como una especie de justificación del actual ordenamiento social. En realidad, el problema no tiene nada que ver con la bondad o maldad de dicho ordenamiento. Los que en los debates político sociales se definen específicamente como poseedores constituyen un porcentaje tan reducido de la población global que el aumento que descubrimos no constituye de ninguna manera un argumento a favor de la distribución actual de la propiedad. Sobre este punto no he dejado la menor duda en mi escrito. "El hecho de que la sobreproducción social esté monopolizada por diez mil personas o se distribuya gradualmente entre medio millón de individuos, no tiene importancia, en principio, para los nueve o diez millones de jefes de familia que quedan fuera de este negocio", se dice textualmente en las pp. 153-154. A este propósito: "Podría costar menos plusvalor mantener algunos miles de privilegiados en una lujosa opulencia, que a medio millón o más en un bienestar inicuo." No existe otra forma mejor para decir qué importancia tan reducida le atribuyo a este hecho para el establecimiento del socialismo.

En realidad, el socialismo sólo secundariamente es un problema de distribución. En primer lugar, es más bien un problema de ordenamiento y de expansión de la producción. La relación íntima de reciprocidad que existe entre los dos problemas —por la que una distribución irracional puede convertirse en ciertos casos en un obstáculo a la expansión de la producción, siendo que una revolución en el sector de la distribución puede convertirse en un poderoso factor—, no puede inducir a engaño a ninguno de los que razonan en términos económicos, sobre el hecho de que el problema de la máxima productividad, de la máxima rentabilidad del trabajo social global, representa la circunstancia decisiva para el ulterior desarrollo socialista de la sociedad. De este problema depende, en última instancia, la consecución del máximo grado posible de bienestar social —objetivo racional de cualquier forma de la sociedad a la que se subordinan los ordenamientos organizativos y distributivos vigentes históricamente. No es difícil demostrar, por otra parte, que en el nivel actual de las condiciones de producción, un aumento sustantivo del número de poseedores puede traducirse en una *parálisis* de las fuerzas productivas y acarrearles *a la riqueza y a la prosperidad generales un daño* de mayor envergadura que una disminución relativa.

Sin embargo, el aumento efectivo del número de capitalistas ha sido admitido, en el ínterin, aun por los que se me oponían. ¿Cómo podía negarse este hecho, después de haber analizado el material correspondiente? Sólo hasta hace poco el diputado socialista Hoch pudo establecer nuevamente, en la sesión del parlamento alemán del 20 de enero de 1902, que entre 1896 y 1900 el número de personas con un ingreso gravable que era superior a los 100 000 marcos había subido, en Prusia y Sajonia, en esta medida:

	1896	1900
Prusia	2 850	3 277
Sajonia	394	583

Un aumento, que como añadía Hoch, *ha superado con mucho el aumento contemporáneo de la población*. En ese mismo período, el ingreso medio de estas personas subió, en Prusia, de 257 000 a 306 000 y en Sajonia de 218 000 a 236 000 marcos. Aunque en la misma medida aumentaron también las otras clases o estratos pertenecientes a los grupos de ingreso superiores. Tomando una cifra ya presentada en este libro, en el breve lapso que transcurre entre 1897-1890 y 1901, el número de las personas cuyo ingreso gravable era superior a los 3 000 marcos aumentó, en Prusia, de 347 328 a 435 696 —un aumento que se puede considerar elevado aun cuando se lo compare con el aumento de los precios de los medios de subsistencia sufrido en el mismo período.

Lo que se ha dicho respecto al capítulo de la dinámica del ingreso, puede repetirse en relación al que trata del crecimiento de las propiedades industriales en los distintos grupos de magnitud. Un corte o limitación no tendría ningún significado. La disposición del escrito y el tiempo destinado a su compilación impidieron hacer una elaboración más profunda del material disponible, de tal manera que el capítulo en su conjunto presenta una visión a grandes líneas de las situaciones analizadas en él y permite llegar a conclusiones muy condicionadas. Por otra parte, no se propone dar más y no contiene tampoco una sola frase que no se haya sometido a un estricto control.

Por lo que se refiere a la elaboración de los datos de la estadística profesional e industrial expuesta en dicho capítulo, resulta interesante compararla con la conclusión a la que llega un estadístico de profesión, el profesor Heinrich Rauchberg, de Praga, en una obra aparecida recientemente bajo el título *Die Berufs- und Gewerbezählung im Deutschen Reich vom 14 juni 1895* [El censo profesional e industrial del 14 de junio de 1895 en el Imperio Alemán] (Berlín, Karl Heymanns Verlag, 1901). A modo de conclusión de su libro, Rauchberg sintetizó los resultados de su cuidadosísimo análisis de los datos censales relativos a las industrias alemanas en un capítulo *ad hoc* que trata de las "Tendencias de crecimiento de la economía alemana" [*Entwicklungstendenzen der deutschen Volkswirthschaft*]. De esta fuente tomé algunos pasajes que se refieren a los mismos puntos tratados en el correspondiente capítulo de este libro.

A propósito de la *persistencia de la pequeña y mediana empresa junto con el aumento del número y del tamaño de las grandes empresas*, dice:

Cuando se habla de una tendencia a la concentración en la industria moderna, no se trata de una absorción de la pequeña empresa por parte de la gran empresa. En realidad, las pequeñas empresas como tales se mantienen intactas y pueden llegar a registrar un progreso, aunque dentro de límites modestos. Se trata más bien de un rápido crecimiento en dirección de la gran empresa mediante la ampliación de las más pequeñas o a través de nuevos establecimientos de grandes empresas; de este modo, el centro de gravedad de la producción y la mayoría de los que desarrollan actividades industriales en la empresa se desplazan a una esfera de dimensiones cada vez más grandes. Pero, además de esto, la concentración consiste en una vinculación más estrecha entre las pequeñas empresas formalmente autónomas y las grandes empresas, bajo la forma de división de la producción o de organización del comercio (p. 393).

[...] En síntesis, el desarrollo progresivo hacia la gran empresa no ha reducido las condiciones de existencia de las pequeñas empresas con carácter artesanal ni de la industria doméstica. Aun cuando la gran empresa fabril es técnicamente superior y ofrece mejores perspectivas en la estructura social, está muy lejos de llegar al nivel del monopolio. La economía alemana no se ha desarrollado con igual rapidez en todos los sectores. Los distintos sectores, el oriental y el occidental, la ciudad y la campiña y hasta las distintas ramas industriales han alcanzado niveles de desarrollo muy diferentes; *hoy día todavía se encuentra uno junto a otro todos los grados intermedios de la escala de desarrollo industrial, desde el artesanado primitivo hasta la moderna empresa gigante.* Por una parte, el progreso técnico y social moderno favorece el surgimiento y el desarrollo de grandes empresas tanto en el campo de la producción como en el de la organización comercial y, por otra parte, vemos aún ahora pasar grandes masas humanas de la economía doméstica tradicional más o menos cerrada al mecanismo de la economía nacional [...]. Continuamente se están creando los requisitos para el surgimiento de empresas artesanales e industriales de tipo doméstico, que posteriormente, a partir de un nivel más alto de desarrollo están a punto de transformarse en formas de administración y organización más evolucionadas (p. 395).

Si comparamos estas afirmaciones con las expresadas en las pp. 163-165 de nuestro escrito, se podrá comprobar que las conclusiones de Rauchberg concuerdan totalmente con las nuestras.

En base a los datos del censo industrial belga de octubre de 1896, el director del Institut de Sociologie, profesor E. Maxweiler, después de haber verificado que Bélgica era "un país de grandes industrias" y como tal debía mantenerse "a pesar de la ruina", escribe en el núm. 11 del año 10 de la *Soziale Praxis* (12 de diciembre de 1901) que "es interesante señalar que las cifras de la estadística belga confirman los datos esenciales de la... crítica de Bernstein a la ley marxista de la concentración [léase: a las exageradas deducciones de la ley de la concentración, E. B.]... La gran industria en general se desarrolla junto con la pequeña y mediana; además, en los últimos 50 años han surgido numerosísimas ramas industriales nuevas (más de 300), gran número de las cuales se ha quedado apenas en el nivel de la pequeña industria". La capacidad de resistencia de la pequeña industria se debe "también al hecho de que a pesar del desarrollo del maquinismo, la producción manual sigue en pie en muchísimas industrias donde el proceso mecánico ha llegado a considerarse hasta obvio". Respecto a un tema similar a éste, examinado también en el pasaje citado de nuestro escrito (p. 163) Rauchberg escribe: "Sin embargo no se puede dejar de señalar que precisamente las máquinas más potentes sirven a menudo a fines productivos que no se pueden realizar sin dichas máquinas. En este caso, la máquina es la que hace surgir la producción. Y entonces no está en competencia sustancial con la fuerza de trabajo humana" (pp. 400-401, nota).

Analizando el problema de las *formas jurídicas de las empresas*, Rauchberg subraya el *fuerte aumento de las empresas colectivas y de las empresas socializadas*, con lo que las primeras se convierten en subsidiadas por la sociedad y

por las cooperativas económicas. "A la concentración de la empresa —escribe— se contrapone la participación de una esfera más amplia en la propiedad y en las utilidades" (p. 395). Del mismo modo Maxweiler pone de relieve la creciente difusión de las sociedades por acciones. En 70 ramas industriales de Bélgica, según él, *las sociedades por acciones ocupan más de las tres cuartas partes de los trabajadores.* Tanto este hecho como el anterior, como lo señala también Maxweiler, constituyen una prueba más de lo que se dice en la p. 150 de nuestro escrito. El argumento de la desconcentración de la propiedad debida a las sociedades por acciones es muy viejo —aparece hace varias décadas en los escritos de los defensores del orden social actual. Pero el hecho de que sea viejo no demuestra que sea falso; cuando mucho se pueden poner en duda las conclusiones a las que llega, pero ningún economista que se precie de serlo rechazará el hecho mismo. Algunos han puesto en duda ante todo las cifras que presento en la p. 151 sobre el gran número de accionistas de algunas grandes empresas inglesas, tanto más por cuanto no se citan las fuentes de donde se tomaron dichas cifras. Para llenar esta última laguna, quisiera hacer notar que las cifras sobre la repartición del capital accionario de la firma Spiers & Pond me las comunicó rápidamente la misma firma, en respuesta a un cuestionario que les envié a ella y a otras firmas; y que los datos sobre el número de accionistas del *trust* de hilados y tejidos Coats se tomaron de la página comercial de los diarios ingleses, que por aquel entonces se presentaban por mera curiosidad, sin ninguna alusión a las consecuencias y a las tendencias político-sociales. La forma en que se publicaban tales noticias excluía cualquier sospecha de que se tratara de un intento de manipulación de la opinión pública. Por otra parte, pude conocer en el ínterin otras estadísticas del mismo tipo que señalan una repartición muy semejante de las acciones de las empresas industriales. Una de estas estadísticas se encuentra en la obra clásica de Rowntree y Scherwell, *Temperance, problem and social reform*, editada en Londres. En la p. 31 de la edición popular, los autores señalan la amplia difusión del enorme capital accionario de las grandes empresas de cerveza y destilería, como uno de los grandes obstáculos que se oponen a una legislación seria contra el alcoholismo y como muestra de esta difusión presentan la siguiente lista de titulares de acciones de 5 de las más conocidas fábricas inglesas de cerveza:

Fábricas de cerveza	*Número de accionistas*	
	Acciones de primera emisión	*Acciones preferentes*
Arthur Guiness, Son & Co.	5 450	3 768
Bass, Ratcliff & Gretton	17	1 368
Threlfall's	577	872
Combe & Co.	10	1 040
Samuel Alsopp & Co.	1 313	2 189
TOTAL	7 367	9 237

En total, 16 604 accionistas, para un capital global, entre acciones de primera emisión y preferentes, de 194 millones de marcos (£ 9 710 000). Junto con esto, las cinco sociedades poseían además un capital en obligaciones igual a 122 millones de marcos (£ 6 110 000), cuya lista de titulares no existe. Si suponemos —ya que hay muchos motivos para hacerlo— que existe una difusión proporcionalmente igual a la encontrada para las acciones de primera emisión y preferentes, tendremos que *la propiedad de las cinco fábricas de cerveza mencionadas se distribuye entre 27 052 personas.* Sin embargo, en 1898 figuraban en la Bolsa de Londres las acciones, etc., de no menos de 119 fábricas de cerveza y destilerías, cuyo capital social por sí solo ascendía a más de 1 400 millones de marcos, mientras que el capital nominal de 67 de estas sociedades estaba en "manos privadas" (en su mayoría poseedores originales y familiares de éstos). El hecho de que estas fábricas de cerveza y destilerías sean sólo parcialmente propiedad de millonarios y en parte cada una de ellas tenga tras de sí algunos batallones y hasta regimientos de accionistas, repercute negativamente entre algunos reformadores ingleses que luchan por la templanza sobre todo en tiempo de elecciones.

Tanto en este como en otros casos, dicha desconcentración de la propiedad de las empresas industriales tiene serios aspectos negativos, sobre todo desde el punto de vista del reformador, y del socialista y llega a ser inherente a los aspectos negativos del desarrollo moderno. Aunque no ha sido éste el problema que abordamos en la investigación. Esta última se refiere más bien a un problema meramente económico: si la concentración creciente de las empresas trae como consecuencia una disminución o un aumento de la clase de los capitalistas. Únicamente por el hecho de que se ha descuidado este problema y, como se hizo notar, se le ha atribuido a la respuesta en uno u otro sentido, un significado relativo al socialismo que no le corresponde, el debate sobre este punto ha podido asumir un carácter tan desagradable —desagradable sobre todo porque se ha terminado por discutir cosas banales, dejando a un lado, cuando no ignorando totalmente, el problema real que implica esta pregunta. Yo expuse en las pp. 00-00, en la forma más clara posible este problema: me pregunté cuál era el destino del sobreproducto social, en condiciones de un aumento creciente de la productividad del trabajo, si la clase de los capitalistas disminuía en lugar de aumentar. No me queda más que lamentar el hecho de que la discusión no se haya desarrollado dentro del espíritu con que se había planteado la pregunta.

Por mi parte, volví a tocar el tema en el último capítulo añadido a una serie de artículos sobre el problema de la ley del salario, aparecido originalmente en *Die Neue Zeit* y publicado nuevamente hace poco en una colección de ensayos viejos y nuevos (*Zur Geschichte und Theorie des Sozialismus* [Contribución a la historia y la teoría del socialismo], Berlín y Berna, 1901). En dicho capítulo (p. 00) vuelvo a plantear una vez más que el problema actual consiste en el aumento del número de los ricos y de su riqueza. Lo escribí cuando todavía estaba en Inglaterra y sólo contaba con escasas cifras sobre Alemania. El regreso a Alemania me dio la oportunidad de convencerme de que también en este país se trata de un hecho que salta materialmente a la vista. Basta observar la enorme expansión de zonas señoriales en las grandes ciudades, para comprobar cómo

se expanden en una manera impresionante el número y la riqueza de los poseedores. Piénsese por ejemplo en el desarrollo de Berlín occidental en este aspecto.

Intimamente relacionado con el problema del destino del sobreproducto está el problema de las crisis. En el momento en que escribo, algunos grandes ramas industriales de Alemania y de otras partes atraviesan por una fase de depresión tal vez muy aguda. Cosa que se ha interpretado de diversas maneras como una refutación aplastante de las afirmaciones expuestas en este libro y que se basan en el problema de las crisis. Si se tiene cuidado de leer nuevamente el capítulo correspondiente (III, *d*) se podrá comprobar que el transcurso de la susodicha crisis, lejos de refutar los argumentos expuestos en ese capítulo, los *confirma plenamente*. Por una parte, la crisis en Alemania es una *crisis monetaria* que, prescindiendo de las vicisitudes del mercado monetario internacional (guerra en China, y en Transvaal, clausura de las minas de Transvaal, carestía en la India), ha sido provocada por las enormes especulaciones de las *instituciones hipotecarias*; por otra parte, se trata en realidad de una crisis de sobreproducción, especialmente, de sobreproducción de *instalaciones mecánicas* y similares. En el período de prosperidad de los últimos años, se movilizó una enorme cantidad de capital en Alemania bajo la forma de instalaciones industriales que superaban con mucho las necesidades reales. No contentos con emular en la restauración de sus edificios adaptándolos al estilo más reciente, los fabricantes llegaron a ampliar sus nuevas construcciones. En esta forma, la industria alemana, como dicen los ingleses, se metió en la boca más pan del que podía masticar. Y mientras tenía dificultades para deglutirlo —a expensas de los trabajadores, como sucede de ordinario—, la industria inglesa que no se preocupaba mucho por renovarse y que por lo mismo se daba por descontada, sufría una fase de depresión mucho menor que la alemana. El señor Alexander Siemens, un industrial inglés de origen alemán que conocía muy bien a los dos países puso de manifiesto esta situación con mucha energía en un diario especializado. De cualquier manera, el estancamiento se limitó a regiones y a industrias particulares en las que no alcanzó la magnitud ni el grado que caracterizaron la última gran crisis industrial de los años setenta. Por lo tanto, es prematuro pretender deducir de los fenómenos actuales de crisis, conclusiones probatorias a favor del problema estudiado en el capítulo de este escrito que versa sobre las crisis. Los fenómenos de las crisis que realmente tenemos ante nuestros ojos se encierran en conjunto dentro de la esfera de lo que en las pp. 000-000 y 000 y *ss.* de este escrito se definen expresamente como efecto natural de la organización económica actual.

Pero, hoy por hoy, es totalmente prematuro pretender emitir un juicio definitivo sobre las posibilidades efectivas de los sindicatos de empresarios en relación con el problema de las crisis. Estas asociaciones o corporaciones se encuentran en gran parte en sus principios y, en esta etapa, los fracasos eventuales no prueban absolutamente nada respecto a los resultados finales. El movimiento sindical de los trabajadores estuvo lleno de fracaso durante muchas décadas, hasta que se demostró en una forma indiscutible su capacidad de dirección que obligó a uno tras otro de sus detractores a darse por vencidos.

Por lo que respecta a los sindicatos empresariales, tendremos que esperar también antes de estar en posibilidad de formular juicios precipitados de liquidación sobre lo que pueden hacer o no. Mientras tanto, es conveniente darse cuenta de que el problema no consiste tanto en eliminar la sobreproducción —que, como se ha señalado en la p. 000 de este escrito, es un fenómeno inevitable de la vida moderna—, sino más bien en mitigar, restringir y superar los períodos de estancamiento que le siguen. Como ha sucedido a menudo con los sindicatos, también aquí el punto de comparación tiene un carácter negativo. Se trata de saber, en cada época, cuál ha sido el peor mal que se ha impedido. El significado de la crisis económica actual, que según algunos críticos demasiado celosos de este escrito pudo llevar a la bancarrota del sindicato, considera un sustancial fortalecimiento de éste. La página económica del *Vorwärts* del 26 de enero, citado anteriormente, presenta una reseña completa de hechos que se refieren a las industrias mineras, metalúrgicas y metalmecánicas, que desmiente una evolución en ese sentido. Entre otras cosas, se afirma que el cártel de productos semielaborados "sigue dominando de manera casi exclusiva la producción de las acererías, sin que se registren, en la difícil situación por la que atraviesa la industria del hierro, las notables caídas en los precios que debían presentarse en un régimen de libre competencia, a pesar de la fuerte demanda". Es evidente —señala también el artículo del *Vorwärts*— que la eficacia del sindicato, que se trata de recalcar aquí, tiene su revés; pero precisamente este revés de la medalla es lo que se ha puesto de relieve en una forma mucho más drástica en este libro. Para quedar convencidos, basta leer lo que se dice en la p. 000: "El antídoto del capitalismo a las crisis tiene virtualmente en sí los gérmenes de un *sometimiento* más grave de la clase trabajadora y, al mismo tiempo, los gérmenes de privilegios de producción que representan una forma dinamizada de los antiguos privilegios corporativos. Por esta *razón*, considero mucho más importante, desde el punto de vista de los trabajadores, darse cuenta de las posibilidades de los cárteles y de los *trusts*, que formular profecías sobre su 'impotencia'." Por lo que respecta a las críticas que afectan el capítulo en que se encuentra este pasaje, y que no es el caso tratar aquí con detalle, veo con cierta satisfacción que son cada vez más numerosos los que plantean el problema de los sindicatos capitalistas en la misma forma en que se desarrolla en dicho capítulo.

Los partidos en lucha están expuestos constantemente a un doble peligro: al peligro de desplazar subjetivamente, en cada momento, bajo la presión de los acontecimientos cotidianos, el centro de gravedad de los problemas en que se encuentran, o de no darse cuenta durante mucho tiempo de los desplazamientos objetivos. Esta inversión óptica se transforma fácilmente en un motivo de exasperaciones inútiles en el debate. En donde uno ve la necesidad de abandonar un tema de discusión ya agotado, otro ve el abandono traicionero de un punto de vista de importancia decisiva. Se necesita siempre un cierto tiempo para que todos se den cuenta por igual del verdadero carácter, es decir, del significado real que han adquirido los temas en discusión, ya sean de carácter práctico o teórico. Respecto a una parte de los problemas tratados en este libro, se puede decir que los debates que han suscitado no alcanzaron un grado considerable de claridad. Esto ha permitido reconocer que se pueden hacer mil objeciones a los argumentos del autor, aunque no pongan en tela de juicio nada de lo que es realmente importante para la lucha por la emancipación de la clase

trabajadora, y que se trata de un problema real de la vida de la socialdemocracia. Estoy plenamente convencido de que, con el tiempo, se podrá decir lo mismo de otras cuestiones discutidas aquí. Con esta convicción presento al público esta reimpresión.

Las premisas del socialismo no sólo han aparecido en alemán, sino también en francés y en ruso —en esta última lengua se han hecho tres ediciones, una en Londres, una en Moscú y una en San Petersburgo. Están en proceso, según se me informó, traducciones al checo y al español. La edición francesa, para la que redacté una introducción especial, fue realizada con mi consentimiento, en cambio, las distintas ediciones rusas, sin que yo lo supiera. Esto es muy explicable por lo que se refiere a las ediciones de Moscú y San Petersburgo, así como por lo que se refiere a ciertas transcripciones "científicas" del texto reproducidas en la traducción. Creo que no es tan aceptable el hecho de que los que hicieron la tercera edición rusa, la aparecida en Londres con los tipos de la Russian Free Press Fund, no hayan logrado, antes de terminar la traducción, encontrar al autor que vivía en la misma ciudad y darle la posibilidad de hacer eventuales correcciones, cortes o añadiduras que tal vez le hubieran parecido necesarios, así como pedirle su autorización para los cortes que personalmente consideraron conveniente hacer. Ante esta situación me veo obligado a declarar que no puedo asumir ninguna responsabilidad sobre la edición londinense en lengua rusa ni tampoco sobre las otras dos.

Berlín, febrero de 1902

EDUARD BERNSTEIN

DEL PREFACIO AL TRIGÉSIMO MILLAR

A los datos sobre la dinámica del ingreso en Prusia, presentados en las pp. 00-00, se les ha objetado que no toman en cuenta los cambios que se han realizado en materia de legislación tributaria durante el periodo al que se refieren dichos datos. Podría resultar interesante saber que desde 1892 —primer año *después* de la introducción de la reforma tributaria de Miquel— hasta 1907, el número de personas censadas con un ingreso entre 3 000 y 6 000 marcos aumentó en un 80.3 %, es decir, de 204 714 a 369 046, mientras que el de los censados con más de 6 000 marcos aumentó de 112 175 a 190 445, es decir, en un 69.8 %. Aun cuando se pretendiera atribuir una tercera parte de este aumento a las estimaciones fiscales más rigurosas, queda siempre un incremento que supera con mucho la tasa contemporánea de crecimiento de la población, que era del 25.3 %.

Respecto al problema de la *concentración industrial*, los datos principales de la estadística de las empresas industriales del 12 de junio de 1907 con los que cuento en el momento de redactar este prefacio, dan cifras que confirman claramente lo que se dijo en el capítulo que trata de las clases de empresa que producen la riqueza social. Con base en estas cifras, en los doce años que pasaron entre el censo industrial de 1895 y el de 1907, las *empresas monopolistas* de Prusia sufrieron una disminución de 951 642 a 784 197, es decir, de un 17.60 %; las *empresas auxiliares* y las *empresas piloto*, en cambio, aumentaron de 791 694 a 1 111 300, es decir, un 40.37 %. En otras palabras: "sólo las empresas minúsculas se quedaron rezagadas en sentido absoluto y relativo", las pequeñas y medianas siguieron aumentando, y la difusión y expansión de las grandes empresas muestra "sólo un aspecto del desarrollo económico actual" (p. 000 de nuestro escrito).

Claro está que el desarrollo de las empresas no coincide con el desarrollo de las corporaciones ya que a menudo una corporación abarca una multiplicidad de empresas. Pero esto se cumple más en la grande y mediana industria que en la pequeña industria, es decir, en las ramas de la industria donde la corporación se orienta cada vez más a convertirse en una propiedad colectiva, como lo atestigua el citado aumento de las clases superiores de ingreso. Es obvio que en este desarrollo, la gran empresa se lleva la tajada del león desde el punto de vista del número de empleados. En conjunto, el número de empleados en las empresas auxiliares y en las piloto aumentó de 4 924 441 a 7 548 715, es decir, en un 53.9 %. Pero el número de empleados en las empresas con más de 500 personas aumentó en un 89.11 %, es decir, casi se duplicó. La gran empresa y la empresa gigante van conquistando cada vez más espacio en la vida industrial, pero no son monopolios.

Finalmente quisiera destacar una vez más que este libro expresa la idea de que el *derecho histórico* y el *objetivo* de la gran lucha por la emancipación de la clase trabajadora no están ligados a ninguna fórmula fija, sino que están determinados por las *condiciones históricas de existencia* y por las necesi-

dades *económicas, políticas* y *éticas* de esta clase que surgen de dichas condiciones; y que la clase trabajadora debe realizar un *ideal* y no *doctrinas.* ¿Se puede llamar "revisionismo" a esta idea? Bueno. Pero en tal caso no hay que olvidar que también Marx y Engels fueron revisionistas en su época, que fueron los más grandes revisionistas que conoce la historia del socialismo. Y ya que la evolución no admite interrupciones, porque, junto con las condiciones, las formas de lucha, sirven de base a la ley del cambio, tanto en la teoría como en la praxis habrá siempre revisionismo. No pretendo demostrar aquí cuánto se corresponden las tesis de este libro con los progresos más importantes que, desde que fue escrito, se han hecho en el terreno práctico de la lucha obrera política, sindical y cooperativista. Ya lo hice en otra parte. Aquí quisiera señalar únicamente que, aun cuando en la actualidad las opiniones acerca de los problemas que han surgido en el campo de la socialdemocracia siguen divididas en los detalles, por lo menos a través de las discusiones se ha abierto paso en una forma cada vez más clara una convicción que constituye un *patrimonio cognoscitivo común*: la convicción de que debemos contar con una supervivencia y una elasticidad del orden social actual más allá de los límites que se habían supuesto, y desarrollar de acuerdo con esto la praxis de nuestra lucha. Ésta es precisamente la clave de este libro [. . .].

Berlín, Schöneberg, diciembre de 1908

EDUARD BERNSTEIN

I. LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DEL SOCIALISMO MARXISTA

A. LOS ELEMENTOS CIENTÍFICOS DEL MARXISMO

> Con ellos el socialismo se convierte en una ciencia a la que hay que dar una ulterior elaboración en todos sus detalles y vinculaciones.
>
> F. ENGELS, *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring.*

La socialdemocracia reconoce hoy como base teórica de su acción la teoría de la sociedad elaborada por Marx y Engels y definida por ellos como *socialismo científico.* Esto significa que si por una parte la socialdemocracia, como partido en lucha, representa determinados intereses, tendencias y pugna por conseguir objetivos *autónomos,* por otra parte obedece en última instancia, al determinar dichos objetivos, a una teoría que puede determinarse objetivamente ya que extrae exclusivamente de la experiencia y de la lógica sus razones y sus confirmaciones. Lo que no puede demostrarse de esta manera no es ciencia sino fruto de sugestiones subjetivas meramente voluntaristas o arbitrarias.

En todas las ciencias podemos distinguir una doctrina pura y una doctrina aplicada. La primera está formada por principios axiomáticos deducidos de un conjunto de experiencias indiscutibles y considerados por lo mismo válidos universalmente. Estos últimos representan el elemento constante de la teoría. La ciencia aplicada consiste en cambio en la aplicación de estos principios a los diferentes fenómenos o a los diferentes casos prácticos: los conocimientos que se derivan de ellos, una vez sintetizados en teoremas, constituyen los principios de la ciencia aplicada, y representan el elemento variable dentro del conjunto de la teoría.

Sin embargo, los términos *constante* y *variable* se toman aquí únicamente en sentido relativo. Los principios de la ciencia pura también están sujetos a variaciones, que asumen sobre todo el aspecto de limitaciones. A medida que avanza el conocimiento, algunos principios a los que se les atribuía una validez absoluta se aceptan como principios condicionados e integrados con nuevos principios axiomáticos que limitan dicha validez, pero que al mismo tiempo amplían el dominio de la ciencia pura.[1] Por el contrario, en la ciencia aplicada, los diferentes principios conservan una validez duradera para determinados casos. Un principio de química agrícola o de electrotecnia, una vez verificados, siguen siendo válidos mientras se sigan presentando las premisas en que se apoyan. No obstante, la multiplicidad de los elementos hipotéticos y de sus vinculaciones genera una variedad infinita de principios y un continuo desplazamiento dentro de su valor respectivo. La práctica crea constantemente nuevos contenidos cognoscitivos y modifica el marco global día con día, por así decirlo, confinando

[1] Los ejemplos más convincentes los dan las ciencias naturales. Véase por ejemplo el destino de la teoría de los átomos.

continuamente las nuevas conquistas de antes al repertorio de métodos anticuados.

Hasta ahora, ninguno ha emprendido todavía la tarea sistemática de separar la ciencia pura del socialismo marxista de sus partes aplicadas, aunque no faltan notables trabajos preparatorios en tal sentido. Las formulaciones más significativas al respecto son: una muy conocida hecha por el mismo Marx sobre su propia concepción de la historia y expuesta en el prefacio a *Contribución a la crítica de la economía política*, y la tercera sección del libro de Engels *La evolución del socialismo desde la utopía hasta la ciencia*. En dicho prefacio, Marx explica con una limpidez nunca antes lograda, las líneas básicas de su filosofía de la historia o de la sociedad a través de un conjunto de tesis rigurosas, determinadas y separadas de cualquier otra relación con fenómenos y formas particulares. No le hace falta ninguna idea esencial de la filosofía marxiana de la historia.

El ensayo de Engels es en parte una exposición más de divulgación y, en parte, una ampliación de las tesis de Marx. Al relacionarse con fenómenos específicos del desarrollo de la sociedad moderna, que Marx define como burguesa, el ensayo bosqueja ampliamente el proceso de desarrollo ulterior de tal manera que en muchas de sus partes se puede hablar ya de ciencia aplicada. Aunque si se quisieran eliminar algunos detalles, la argumentación de fondo no sufriría ningún daño. Pero en las tesis principales, la exposición es todavía lo suficientemente general como para poder reivindicarla como ciencia pura del marxismo. Se trata de una reivindicación que se justifica también por el hecho de que el marxismo no se contenta con ser una teoría abstracta de la historia, sino que pretende ser al mismo tiempo una teoría de la sociedad moderna y de su desarrollo. En rigor, ya podemos caracterizar esta parte de la doctrina marxista como una doctrina aplicada; pero, por lo que se refiere al marxismo, se trata de una aplicación absolutamente esencial, sin la cual perdería casi todo su significado como ciencia política. Por esta razón debemos aplicarle a la doctrina pura del marxismo también estas tesis generales o de principio que se refieren a la sociedad moderna. Si para la historia de la humanidad, el ordenamiento social actual, basado jurídicamente en la propiedad privada y en la libre competencia, es un dato particular, para el mundo civilizado contemporáneo es en cambio un dato general y permanente. Todo aquello que en la definición de Marx sobre la sociedad burguesa y su proceso de desarrollo aspira a una validez incondicionada o independiente de las particularidades locales y nacionales, entra en el ámbito de la doctrina pura, y todo lo que se refiere a los fenómenos particulares temporales y locales y a las coyunturas, es decir, todas las formas particulares del desarrollo, entran en la ciencia aplicada.

Desde hace algún tiempo se ha puesto de moda desacreditar cualquier investigación más analítica sobre la doctrina de Marx con el epíteto de "escolástica". Hay epítetos muy cómodos, razón por la cual deberían usarse con la máxima cautela. El análisis de los conceptos, es decir, la separación entre lo accidental y lo sustancial, se hace siempre necesario si no queremos que se esfumen los conceptos y las deducciones se cristalicen en puros dogmas. La escolástica no se ha limitado simplemente a realizar una discriminación capilar de los conceptos, ni ha hecho únicamente el juego de la ortodoxia. A través del análisis conceptual de los dogmas de la teología, ha contribuido enormemente a la superación del dogmatismo; ha minado completamente el baluarte que oponía la dogmática ortodoxa a la libre investigación filosófica. Sobre el terreno labrado por la escolástica nació la filosofía de un Descartes y de un Spinoza. Ya que hay escolástica y escolástica: hay también apologética y hay crítica. Esta última ha sido siempre la bestia negra de toda ortodoxia.

Si separamos los elementos que componen el edificio doctrinal de Marx de la manera antes mencionada, encontramos el hilo conductor que nos permite juzgar el valor de cada uno de sus principios respecto a todo el sistema. Al quitar cada uno de los principios de la ciencia pura le arrancamos un fragmento a los cimientos de tal manera que gran parte del edificio, ya sin cimientos, se vuelve inestable. No sucede lo mismo con los principios de la ciencia aplicada. Estos últimos pueden desaparecer sin que los cimientos sufran lo más mínimo. Es más, pueden desaparecer series completas de principios de la ciencia aplicada sin que arrastren consigo otras partes. Habría que demostrar únicamente que hubo algún error en la construcción de los niveles intermedios. Si no se puede demostrar la existencia de dichos errores, se tendrá que concluir inevitablemente que el error o la laguna se encuentra en los cimientos mismos.

Sin embargo no entra dentro de los planes de este trabajo llevar este análisis sistemático hasta sus detalles más sutiles ya que no pretende hacer una exposición exhaustiva y una crítica de la doctrina de Marx. De acuerdo con el objetivo que me he propuesto, basta caracterizar los elementos fundamentales de lo que a mi juicio constituye el edificio de la ciencia pura del marxismo. Ellos son: el programa del *materialismo histórico* ya mencionado; la teoría (contenida en germen en el mismo) sobre las *luchas de clases* en general y sobre la lucha de clase entre la burguesía y el proletariado en particular; la *teoría del plusvalor*, a la que está unida la teoría sobre el *modo de producción de la sociedad burguesa* y sobre las *tendencias de desarrollo* de dicha sociedad, que se basan en su modo de producción. Es obvio que tanto los principios de la ciencia aplicada como los de la ciencia pura tienen sus respectivos valores en el sistema.

Es irrefutable el hecho de que el elemento más importante que sirve de base al marxismo o, por así decirlo, la ley constitutiva que permea todo el sistema, es su *teoría* específica *de la historia* que se conoce con el nombre de concepción materialista de la historia. Constituye el eje de equilibrio propiamente dicho del sistema; en la medida en que se la ataca, se compromete la posición recíproca de los demás elementos. Por esta razón, cualquier investigación sobre la validez del marxismo debe partir del problema de la validez o de los límites de validez de esta teoría.

B. LA CONCEPCIÓN MATERIALISTA DE LA HISTORIA Y LA NECESIDAD HISTÓRICA

> Frente a los adversarios, teníamos que subrayar este principio cardinal que se negaba, y no siempre disponíamos de tiempo, espacio y ocasión para dar la debida importancia a los demás factores que intervienen en el juego de las acciones y reacciones.
>
> F. ENGELS, carta a J. Bloch de 1890, publicada en el *Soz. Akademiker* en octubre de 1895.

El problema sobre la validez de la concepción materialista de la historia se reduce al problema sobre la necesidad histórica y sobre sus causas. Ser materialista significa ante todo reducir cada acontecimiento a los movimientos necesarios de la materia. El movimiento de la materia se cumple, según la doctrina materialista, con la necesidad de un proceso mecánico. Ningún acontecimiento carece de su efecto necesario apriori, como ningún evento carece de una causa material. Y ya que sólo el movimiento de la materia determina la formación de las ideas y de las orientaciones de la voluntad, tanto estos últimos como cualquier otro evento de la realidad humana son necesarios. El materialista es un calvinista sin Dios. Si no cree en la predestinación por decreto divino, cree sin embargo y debe creer que a partir de un momento cualquiera, todo evento posterior está predeterminado por la totalidad de la materia dada y por las relaciones dinámicas de sus partes.

Transferir el materialismo a la teoría de la historia significa, por lo tanto, sostener apriori la necesidad de todos los eventos y evoluciones históricas. Para el materialista, el problema se convierte sólo en un apriori: en qué forma se sostiene la necesidad en la historia humana, qué elemento dinámico o qué factores dinámicos son decisivos para ésta; qué relación recíproca guardan los distintos factores dinámicos, qué papel les corresponde en la historia a la naturaleza, a la economía, a las instituciones jurídicas y a las ideas.

En el pasaje citado, Marx responde señalando, como factor determinante, las *fuerzas productivas materiales* y las *relaciones de producción* humanas de cada período histórico.

> El modo de producción de la vida material condiciona el proceso social, político e intelectual de la vida en general. No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino, por el contrario, es su existencia social lo que determina su conciencia. En un estadio determinado de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o —lo cual sólo constituye una expresión jurídica de lo mismo— con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se habían estado moviendo hasta ese momento. Estas relaciones se transforman de formas de desarrollo de las fuerzas productivas en ataduras de las mismas. Se inicia entonces una época de revolución social. Con la modificación del fundamento económico, todo ese edificio descomunal [las instituciones jurídicas y políticas a las que les corresponden determinadas formas de conciencia sociales] se trastorna con mayor o menor rapidez ... Una formación social jamás perece hasta tanto no se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas para las cuales resulta ampliamente suficiente, y jamás ocupan su lugar relaciones de producción nuevas y superiores antes de que las condiciones de existencia de las mismas no hayan sido incubadas en el seno de la propia antigua sociedad... Las relaciones de producción burguesas son la última forma antagónica del proceso social de producción... sin embargo las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean, al mismo tiempo, las condiciones materiales para resolver este antagonismo. Con esta formación social concluye, por consiguiente, la prehistoria de la sociedad humana. (Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*.)

Ante todo, para liberar de escombros el terreno, hay que señalar que no se pueden demostrar la frase conclusiva y el término "última" sino que son hipótesis más o menos fundadas. Pero como tampoco son esenciales para la teoría y pertenecen más bien a sus aplicaciones, podemos prescindir de ellas.

Si, dejado a un lado el "con mayor o menor rapidez" (que sin duda implica muchas cosas), examinamos las otras proposiciones, lo primero que salta a la vista es su tono apodíctico. En la segunda frase de la cita, "conciencia" y "existencia" se contraponen tan violentamente que fácilmente se puede concluir que Marx considera a los hombres únicamente como agentes vivientes de las fuerzas históricas, cuya obra realizan voluntaria o involuntariamente. Esta conclusión se modifica sólo parcialmente con una frase incidental que no hemos transcrito, en la que se pone el acento en la necesidad de distinguir dentro de las revoluciones sociales, los materiales relativos a las condiciones de producción de los que se refieren a las "formas ideológicas dentro de las cuales los hombres cobran conciencia de este conflicto y lo diriman". En síntesis, la conciencia y la voluntad de los hombres aparecen como un factor muy subordinado al movimiento material.

No menos predestinatorio es el tono de la frase con la que nos topamos en el prólogo al primer volumen de *El capital*. "Se trata —nos dice refiriéndose a las 'leyes naturales' de la producción capitalista— de esas tendencias que operan y se imponen con férrea necesidad." Y sin embargo, si un poco antes todavía se hablaba de *ley*, en lugar de este concepto rígido se introduce uno más dúctil: la *tendencia*. Y en la página siguiente encontramos la afirmación tantas veces citada de que la sociedad puede "abreviar y mitigar" los dolores del parto de las fases naturales del desarrollo.

En la explicación que Engels —viviendo Marx y de acuerdo con él— daba del materialismo histórico en el escrito polémico contra Dühring, aparece mucho más condicionada la dependencia de los hombres respecto a las relaciones de producción. Ahí se dice que "las últimas causas de todos los cambios sociales y de todas las convulsiones políticas" no deben buscarse en las cabezas de los hombres, sino "en los cambios del modo de producción y del intercambio". Aunque "las últimas causas" incluyen las causas concomitantes de otra especie, causas de segundo, de tercer grado, etc., y es obvio que a medida que se alarga la serie de dichas causas resulta más limitada, cualitativa y cuantitativamente, la fuerza que determina las últimas causas. El hecho de su acción sigue en pie, aunque la configuración última de las cosas no depende sólo de ellas. Un efecto resultante de la acción combinada de distintas fuerzas, sólo puede valorarse con seguridad si todas las fuerzas se conocen exactamente y se

toman en cuenta en todo *su* valor. Desconocer aunque sea una sola causa de grado inferior puede, como lo sabe cualquier matemático, tener como consecuencia desviaciones mucho mayores.

Más tarde Engels delimitó aún más la fuerza que determina las relaciones de producción, en sus trabajos, sobre todo en dos cartas publicadas en el *Sozialistiche Akademiker* de octubre de 1895, aunque una de ellas la escribió en 1890 y la otra en 1894. En ellas las "formas jurídicas" —es decir las teorías políticas, jurídicas, filosóficas, las condiciones religiosas o también los dogmas— son incluidas entre los factores que actúan en el transcurso de las luchas históricas y que en muchos casos "determinan de manera *preponderante su forma*". "Son innumerables las fuerzas que se entrecruzan recíprocamente —se dice—, como un infinito grupo de paralelogramos de fuerzas, de las que surge una *resultante* —el acontecimiento histórico— que, a su vez, puede considerarse producto de una fuerza única que, como un todo, actúa sin conciencia y sin voluntad. Pues lo que uno quiere tropieza con la resistencia que le opone otro, *y lo que resulta de todo ello es algo que nadie ha querido*" (carta de 1890). "El desarrollo político, jurídico, filosófico, religioso, literario, artístico, etc., descansa en el desarrollo económico. *Pero todos ellos repercuten también los unos sobre los otros y sobre su base económica*" (carta de 1895). Hay que admitir que el tono es algo distinto del que tiene el pasaje de Marx que citamos al principio.

Naturalmente, nadie puede decir que Marx y Engels en tal o cual período de su vida, perdieron de vista el hecho de que existen factores no económicos que ejercen un influjo sobre el curso de la historia. Se pueden aducir innumerables pasajes de sus primeros escritos en contra de un supuesto de este género. Pero el problema que nos ocupa consiste en la *gradación*: no se trata de saber si se aceptan o no los factores ideológicos, sino de conocer el grado de influjo o el significado que se atribuyó a dichos factores respecto a la historia. A este propósito es incontestable el hecho de que Marx y Engels —al contrario de lo que hicieron en los escritos de la madurez— en sus escritos juveniles reconocieron que tales factores participan en forma muy limitada en el desarrollo de la sociedad, y tienen una reacción muy débil sobre las relaciones de producción. Esto corresponde a la evolución natural de toda nueva teoría. Al principio, se presenta siempre a través de una formulación tajante y apodíctica. Para imponerse, debe demostrar la caducidad de las viejas teorías, y en esta lucha, la unilateralidad y la exageración llegan a ser explícitas. En la frase que hemos puesto como epígrafe de este capítulo, el mismo Engels admite el hecho sin reservas, y lo comenta con esta observación: "Desgraciadamente, ocurre con harta frecuencia que se cree haber entendido totalmente y que se puede manejar sin más una nueva teoría por el mero hecho de haberse asimilado, y no siempre exactamente, sus tesis fundamentales. . . ." Quien en los tiempos presentes aplica la teoría materialista de la historia está obligado a aplicarla en su forma más avanzada y no en su forma primitiva; tiene la obligación de tomar en cuenta plenamente, además del desarrollo y el influjo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción, las concepciones morales y jurídicas, las tradiciones históricas y religiosas de cada época, el influjo de los factores geográficos y de todos los demás factores naturales, de los que forma parte también la na-

turaleza del hombre mismo y de sus actitudes espirituales.[2] Esto se tiene presente de manera particular cuando no se trata simplemente de exponer las épocas históricas pasadas, sino de proyectar evoluciones futuras, es decir, cuando la concepción materialista de la historia debe servir como instrumento de orientación para el futuro.

Frente a las teorías que consideran a la naturaleza humana como un dato inmutable, la crítica socialista ha señalado justamente los grandes cambios ocurridos en los distintos países a lo largo del desarrollo de la naturaleza humana, y la capacidad de modificación que manifiestan los hombres de una época determinada cuando se ven obligados a afrontar situaciones diversas. Lo cierto es que la naturaleza humana es muy elástica en lo que se refiere a la capacidad de adaptación a nuevas condiciones naturales y a un nuevo ambiente social, aunque no hay que olvidar una cosa. Cuando se trata de masas que alcanzan las dimensiones de las naciones modernas, con sus costumbres formadas a través de evoluciones milenarias, no es de esperar un cambio rápido en la naturaleza humana ni siquiera a través de una convulsión aunque sea profunda de las relaciones de propiedad; y mucho menos hay que esperarlo, ya que las relaciones económicas y de propiedad constituyen sólo una parte del ambiente social que influye de modo determinante en el carácter humano. Una vez más hay que tener en cuenta una multiplicidad de factores, ya que al modo de producción y de intercambio, al que el materialismo histórico le da una importancia preponderante, hay que añadirle entre otras cosas la relación de agrupación o aglomeración territorial, es decir, la repartición local de la población y su sistema de relaciones. Claro está que esto se ve condicionado por el modo de producción y de intercambio, pero reacciona en forma autónoma de una vez para siempre.

En una carta a Conrad Schmidt, fechada el 27 de octubre de 1890, Friedrich Engels demuestra agudamente de qué manera ciertas *instituciones sociales* dejan de ser producto del desarrollo económico para convertirse en *factores sociales* que adquieren una *autonomía de movimiento* propia y cómo éstos a su vez influyen sobre aquél, y pueden llevarlo adelante, frenarlo o encaminarlo por un sendero distinto de acuerdo con las circunstancias. Cita como ejemplo, en primer lugar, el *poder político*. Al mismo tiempo integra la definición, que él había dado anteriormente, del estado como órgano de dominio y de opresión de clase, ya que lo reduce —cosa que es muy significativa— a la *división social del trabajo*.[3] El materialismo histórico no niega de ninguna manera el hecho

[2] La necesidad de oponerse a ciertas exageraciones de la concepción materialista de la historia que en realidad existen de ordinario sólo en su fantasía, llevó a Belfort Bax a idear una nueva concepción de la historia que llama sintética. O sea: sustituyó un término que puede inducir a exageraciones con un término que no quiere decir absolutamente nada. "Sintético" es un mero concepto metodológico formal, que no nos dice nada acerca del hilo conductor de la investigación. Como se ha señalado arriba, también el materialismo histórico implica una síntesis de fuerzas materiales e ideológicas. Pero si Bax, en lugar de escoger una expresión equívoca, escoge una que no significa nada, Plejánov pretende superarlo al adoptar, en sus *Beiträgen zur Geschichte des Materialismus* [Contribuciones a la historia del materialismo], la definición de "monística" para la concepción de Marx sobre la historia (*op. cit.*, p. 227). ¿Por qué no llamarla, sin más, "simplista"?

[3] Sin duda también en el *Origen de la familia* existe una aguda descripción del modo

de que los factores políticos e ideológicos tengan un movimiento autónomo. Rechaza únicamente el carácter incondicional de dicho movimiento autónomo, y señala que el desarrollo de las bases económicas de la vida social —relaciones de producción y evolución de las clases— ejerce, en última instancia, un influjo preponderante en el movimiento de dichos factores.

Pero, de todas maneras, queda en pie la adquirida multiplicidad de los factores, si bien no siempre es fácil poner de relieve sus vinculaciones recíprocas de manera tan precisa que permitan establecer con certeza de dónde proviene en cada caso la fuerza impulsora preponderante. Las causas meramente económicas proporcionan sólo el terreno inicial para sembrar determinadas ideas, pero el modo en que brotan y se desarrollan y la forma que asumen, depende de la cooperación de toda una serie de influjos. Se perjudica al materialismo histórico en lugar de beneficiarlo cuando se rechaza desdeñosamente, tachándola apriori de eclecticismo, la decidida acentuación de influjos que no tienen un carácter meramente económico y la consideración de factores económicos que no coinciden con la técnica productiva ni con su desarrollo previsto. El eclecticismo —la selección hecha entre diversas explicaciones y métodos de estudiar los fenómenos— frecuentemente no pasa de ser una reacción natural ante la presión doctrinaria del que pretende deducir todo de una sola causa y estudiar todo de acuerdo con un único método que siempre es el mismo. Siempre que esta presión resulta sofocante, la mentalidad ecléctica irrumpe con una violencia elemental. Se trata de la rebelión del sentido común en contra de la tendencia innata que tiene cada doctrina a meter el pensamiento en una camisa de fuerza.[4]

A medida que aumenta el grado de influjo de otros factores, además de los puramente económicos, sobre la vida de la sociedad se modifica más la acción de lo que llamamos "necesidad histórica". En este aspecto, debemos distinguir, dentro de la sociedad moderna, dos grandes corrientes. Por un lado se nota un conocimiento cada vez más amplio de las leyes del desarrollo, sobre todo, del desarrollo económico. Y junto con este conocimiento —en parte como causa y en parte nuevamente como consecuencia— crece la capacidad de dirigir el desarrollo económico. Del mismo modo que las fuerzas físicas, las económicas, a medida que se conoce su naturaleza, dejan de ser dominadoras para convertirse en esclavas del hombre. Teóricamente, la sociedad se encuentra, pues, frente al factor económico, en una posición de libertad nunca antes lograda, y sólo la oposición de intereses entre sus elementos —la potencia de los intereses privados y de grupo— impiden que la libertad teórica se traduzca en libertad práctica. Sin embargo también aquí el interés general se refuerza frente al privado, y a medida que esto sucede, y en todos los sectores donde sucede, se frena la acción elemental de los factores económicos. Se anticipa su desarrollo y por esta razón se hace cada vez más rápido y elástico. De este modo, los individuos y los pueblos enteros sustraen una parte cada vez más grande de su vida al influjo de una necesidad independiente o contraria a su voluntad.

Pero el hecho de que los hombres dirijan cada vez más su atención a los factores económicos, le puede dar a uno fácilmente la impresión de que su papel es en la actualidad más importante de lo que fue en el pasado. Pero no es así. Esta ilusión se debe a que el motivo económico se presenta hoy con su verdadera cara, mientras que antes se ocultaba detrás de las relaciones de autoridad y de ideologías de toda clase. En cuanto a las sociedades que la precedieron, la sociedad moderna es mucho más rica en ideologías que no están determinadas por la economía ni por la naturaleza que actúa como fuerza económica.[5] Las ciencias, las artes y una mayor cantidad de relaciones sociales dependen hoy día mucho menos de la economía que en cualquier época anterior. O mejor dicho, para evitar malentendidos, el grado de desarrollo económico alcanzado en la actualidad les da a los factores ideológicos y, sobre todo a los éticos, una autonomía mucho más amplia que en el pasado. Por consiguiente, el vínculo causal entre el desarrollo técnico-económico y el desarrollo de las demás instituciones sociales, se hace cada vez más mediato, de tal manera que las necesidades naturales del primero son cada vez menos decisivas en la configuración del segundo.

En esta forma, la "férrea necesidad histórica" sufre una limitación que no significa de ninguna manera, para la praxis de la socialdemocracia —si se me permite adelantarme—, una disminución, sino más bien un *aumento* y *una calificación* de sus tareas político-sociales.

en que la división social del trabajo ha hecho posible el nacimiento del estado. Aunque en seguida Engels se olvida completamente del aspecto relativo al origen del estado y termina tratando al estado, como en el *Anti-Dühring*, sólo como un órgano de represión política.

[4] Con esto, naturalmente, no se pretende negar ni la tendencia superficial del eclecticismo, ni el gran valor teórico y práctico de la tendencia a un conocimiento unitario de las cosas. Sin esto último, no es posible ninguna concepción científica. Pero ya que la vida es más rica que cualquier teoría, la adusta teoría ha tenido que adaptarse, cada vez que se ha encontrado con el eclecticismo —esa persona frívola que va regodeándose cínicamente por el jardín de la vida—, a pedirle préstamos tácitos en privado y a pagarlos en público, declarando *post factum*, que "siempre habían pensado en el fondo" en tal o cual cosa.

Doch hat Genie un Herz vollbracht
Was Locke und Descartes nie gedacht
Sogleich wird auch von diesen
Die Möglichkeit bewiesen.

En la historia de las ciencias sociales, la historia de la teoría y de la práctica del cooperativismo nos da un buen ejemplo de esta situación.

[5] Si alguno considera paradójica esta afirmación, habrá que recordarle que en general sólo en la sociedad moderna la clase más numerosa de la población ha empezado a actuar en términos de una autonomía ideológica en el sentido susodicho. Anteriormente, la población agrícola y los trabajadores estaban, por razones económicas, sujetos en parte a vínculos jurídicos, y en parte al influjo de ideologías en las que se reflejaba el dominio del hombre por parte de la naturaleza. Éste es, como se sabe, el rasgo fundamental de las ideologías (supersticiones) de los pueblos en estado natural. Por esto, cuando Belfort Bax dice, en su artículo "Synthetische und materialistische Geschichtsauffassung" [Concepción materialista y concepción sintética de la historia] (en *Sozialistische Monatshefte*, diciembre de 1897), que admite que el momento económico ha sido casi siempre el que ha dado el primer impulso en la historia de la civilización, siendo que en el período prehistórico ha influido en una forma menos directa sobre la fe especulativa, ya que en esa época las "leyes fundamentales del pensamiento y del sentir humanos" habían sido determinantes —con estas distinciones meramente extrínsecas, no hace otra cosa que poner las cosas a la cabeza. Entre los pueblos prehistóricos la *naturaleza circunstante* era la *fuerza económica decisiva* y como tal influía enormemente en su pensamiento y en su modo de sentir. La crítica de Bax al materialismo histórico casi nunca da en el blanco, entre otras cosas por el hecho de ser ultraortodoxa precisamente ahí donde se exageró inicialmente en la exhibición del materialismo histórico.

De cualquier modo, vemos actualmente a la concepción materialista de la historia bajo un aspecto distinto del que le dieron la primera vez sus fundadores. Para ellos la concepción sufrió una evolución y ellos mismos pusieron límites al carácter de explicación absoluta. Éste es el destino de cualquier teoría, como ya lo hemos visto. Sería un grave retroceso abandonar la forma madura que le dio Engels en las cartas a Conrad Schmidt y en las publicadas por el *Sozialistische Akademiker*, para volver a las primeras definiciones y en nombre de estas definiciones darle una interpretación "monística". Hay que integrar, por el contrario, las primeras definiciones con estas cartas. La idea fundamental de la teoría no perdería con esto nada de su unidad, y la teoría misma ganaría en cientificidad. Sólo con estas integraciones se convierte en una verdadera teoría científica de la historia. En manos de un Marx, su primera formulación se convirtió en la clave de grandiosos descubrimientos históricos. Pero si su genio ha llevado a diversas conclusiones erróneas,[8] pensemos qué sucedería a todos aquellos que no disponen de su genio ni de sus conocimientos. La concepción materialista de la historia, como base científica de la teoría socialista, sólo puede ser válida en la actualidad dentro de la susodicha dimensión ampliada; por esta razón, hay que corregir adecuadamente todas las aplicaciones que se han hecho, sin tomar en cuenta o tomando en cuenta de manera insuficiente la acción recíproca de las fuerzas materiales e ideológicas, ya pertenezcan a sus fundadores o a otros.

Acababa de escribir las páginas anteriores cuando me llegó el opúsculo de octubre de 1898 de los *Deutsche Worte* con un artículo de Wolfgang Heine sobre "Paul Barths Geschichtsphilosophie und seine Einwände gegen den Markismus" [La filosofía de la historia de Paul Barth y sus objeciones al marxismo]. En este artículo, Heine defiende la concepción de Marx sobre la historia de los ataques que el conocido catedrático de Leipzig le hace, por restringir el concepto de "material" al elemento técnico-económico, ya que en ese caso sería mejor llamarla concepción económica de la historia. A esta observación de Heine le contrapone la carta de Engels de los años noventa que citamos anteriormente, integrándola con algunas consideraciones personales interesantes sobre el carácter específico de las demostraciones del marxismo y sobre el nacimiento, el desarrollo y la fuerza de penetración de las ideologías. Según él, la teoría marxista puede hacerle a la ideología mayores concesiones de las que le ha hecho hasta ahora, sin que por esto pierda su carácter unitario; y debe hacerle estas concesiones si quiere seguir siendo una teoría científica, una teoría que garantice una valoración adecuada de los hechos. El problema, dice, no consiste en que los marxistas hayan tenido siempre presente o hayan acentuado suficientemente

[8] "Es mucho más fácil —dice Marx en un pasaje muy citado de *El capital*— hallar por el análisis el núcleo terrenal de las brumosas apariencias de la religión que, a la inversa, partiendo de las condiciones reales de vida imperantes en cada época, desarrollar las formas divinizadas correspondientes a esas condiciones. *Este último es el único método materialista y por consiguiente científico*" [K. Marx, *El capital*, I/2, p. 458, nota]. En esta contraposición hay una gruesa exageración. Si no se conocieran las formas divinizadas, el susodicho método conduciría a cualquier clase de construcciones arbitrarias; y una vez conocidas estas formas, el desarrollo del que habla Marx, es un medio para el análisis científico y no la antítesis científica de la explicación analítica.

el indiscutible nexo entre el influjo de las ideas tradicionales y los nuevos hechos económicos, o no lo hayan hecho, sino en si el pleno reconocimiento de dicho nexo es compatible o no con el sistema de la concepción materialista de la historia.

En principio, el problema está planteado en una manera correcta. Se trata, como en el fondo en todas las ciencias, de un *problema de límites*. Como lo plantea también Karl Kautsky en su ensayo: *Was die materialistische Geschichtsauffassung leiten?* [¿Cuáles son los límites de la concepción materialista de la historia?] Aunque hay que tener presente que originariamente el problema no se planteó en esta forma limitativa, sino que se le atribuyó al factor técnico-económico una fuerza determinante casi ilimitada en la historia.

La cuestión controvertida, según Heine, se refiere en última instancia a la relación cuantitativa entre los factores determinantes, y añade que la solución tiene "una importancia más práctica que teórica".

Yo propondría en lugar de "más-que" decir "tanto-como". Aunque yo mismo estoy convencido de que se trata de un problema de gran importancia práctica. Tiene un gran significado práctico el ir corrigiendo, a medida que se conoce la relación cuantitativa entre los factores, las tesis que se formularon en base a una exagerada acentuación de la fuerza determinante del factor técnico-económico en la historia. No basta con que la praxis corrija a la teoría; la teoría —si quiere tener algún valor— debe decidirse a reconocer el significado de la corrección.

Aunque en este momento es cuando surge finalmente el problema: ¿hasta qué punto la concepción materialista de la historia sigue teniendo derecho a llamarse con ese nombre, si se sigue ampliando, como vimos anteriormente, al introducir nuevos factores? En efecto, después de las aclaraciones de Engels que mencionamos antes, ya no es puramente materialista y mucho menos puramente económica. No niego que nombre y cosa no se correspondan plenamente. Pero sostengo que daríamos un paso adelante si tratáramos de buscar los conceptos en lugar de esfumarlos; y ya que el punto principal de la definición de una teoría de la historia consiste en poner de relieve lo que la distingue de las demás, en lugar de hacer escándalo por el título de "concepción económica de la historia" propuesto por Barth, yo la consideraría en suma como una definición adecuada de la teoría marxista de la historia.

Todo su significado estriba en la importancia que le atribuye a la economía, y precisamente del conocimiento y de la capacidad de valorar los hechos económicos es de donde se derivan sus grandes aportaciones a la ciencia histórica y el enriquecimiento que le debe esta rama del saber humano. Concepción económica de la historia no significa necesariamente que se reconozcan sólo las fuerzas y las motivaciones económicas, sino significa simplemente que la economía sigue siendo el factor decisivo y el eje de los grandes movimientos de la historia. A la definición de "concepción materialista de la historia" están unidos desde un principio, todos los malentendidos fatalmente vinculados con el concepto de "materialismo". Sin embargo, el materialismo en filosofía y en las ciencias es determinista, mientras que la concepción materialista de la historia no lo es: ya que esta última no le atribuye a la base económica de la vida de

los pueblos ningún influjo incondicionalmente determinante sobre el modo en que ésta se configura.

G. LA TEORÍA MARXISTA DE LA LUCHA DE CLASES Y DEL DESARROLLO CAPITALISTA

La teoría de la lucha de clases se basa en la concepción materialista de la historia. "Entonces resultó —escribe Engels en el *Anti-Dühring*— que *toda* la historia anterior[7] había sido la historia de las luchas de clases, que estas clases en lucha de la sociedad son en cada caso producto de las relaciones de producción y de tráfico, en una palabra, de la situación económica de su época" [p. 28]. Desde este punto de vista, la marca distintiva de la sociedad moderna es la lucha de clases entre los poseedores capitalistas y los medios de producción y los productores privados de capital, es decir, los trabajadores asalariados. Marx tomó las expresiones *burguesía* para la primera de las clases y *proletariado* para la segunda, de los socialistas franceses entre los que ya estaban en uso corriente en el momento en que elaboraba su teoría. La lucha de clases entre la burguesía y el proletariado representa la antítesis —transferida a los *hombres*— que existe en las actuales *relaciones* de producción, es decir la antítesis entre el carácter *privado* del modo de *apropiación* y el carácter *social* del modo de *producción*. Los medios de producción son propiedad de los diversos capitalistas que se *apropian* el fruto de la producción, mientras que la producción misma se ha convertido en un proceso *social*, o sea, en una producción de bienes de consumo *realizada* por *muchos* en base a una división y organización planificada del trabajo. Esta antítesis implica o tiene como complemento una segunda: que a la división y organización planificada del trabajo en el ámbito de los establecimientos de producción (taller, fábrica, conjunto de fábricas, etc.) se le contrapone la enajenación no planificada de los productos en el mercado.

La *oposición* de intereses que emerge de la naturaleza de la valorización que hacen los capitalistas del trabajo de los obreros es el punto de partida de la lucha entre capitalistas y trabajadores. El análisis del proceso de valorización conduce a la teoría del *valor* y a la de la producción y apropiación del *plusvalor*.

El carácter distintivo de la producción capitalista y del ordenamiento social basado en ella consiste en que los hombres, en sus relaciones económicas, se oponen permanentemente como compradores y vendedores. La producción capitalista no reconoce, en la vida económica, ninguna relación de dependencia formal, sino únicamente relaciones de dependencia efectivas, derivadas de las relaciones meramente económicas (diferencias de propiedad, relaciones salariales, etc.). El trabajador vende al capitalista su fuerza de trabajo, por un tiempo determinado, bajo determinadas condiciones y a un precio determinado (el salario). El capitalista, a su vez, vende en el mercado la masa de productos fabricados con ayuda del trabajador, o mejor dicho, con la ayuda de la totalidad de los trabajadores que ha empleado, a un precio que por lo general y como

[7] En la cuarta edición del ensayo *La evolución del socialismo*... a esta altura sigue la frase limitativa: "excepción hecha de las épocas primordiales".

condición para el progreso de su empresa, deja un excedente sobre el monto de los costos de fabricación. ¿En qué consiste este excedente?

Según Marx, representa el *plusvalor* del trabajo ejecutado por el trabajador. Las mercancías se intercambian en el mercado a un valor que es determinado por el trabajo contenido en ellas, medido en base al tiempo. El trabajo pasado —que podemos llamar también *trabajo muerto*—, que el capitalista ha puesto en la producción bajo la forma de materia prima, materias auxiliares, desgaste de las máquinas, arrendamientos y otros gastos, se presenta en el valor del producto, sin sufrir ningún cambio. No sucede lo mismo con el trabajo vivo empleado. Este le ha costado al capitalista un *salario* de trabajo, pero le reporta un ingreso superior a dicho salario; es decir, le produce el equivalente al *valor* del trabajo. El valor del trabajo es el valor de la cantidad de trabajo incluida en el producto, el salario de trabajo es el precio de adquisición de la *fuerza de trabajo* empleada en la producción. El precio y el valor de la fuerza de trabajo están determinados por los costos necesarios para mantener al trabajador, costos que a su vez son proporcionales a los niveles sociales que este último ha alcanzado. La diferencia entre el equivalente (ingreso) del valor del trabajo y el salario constituye el *plusvalor* que el capitalista tiende, naturalmente, a aumentar lo más posible o por lo menos a no dejar que disminuya.

Pero ya que la competencia en el mercado presiona constantemente sobre los precios de las mercancías, un aumento en las ventas sólo puede obtenerse a través de una reducción de los costos de producción. El capitalista puede obtener esta reducción de los costos de tres maneras: rebajando los salarios, prolongando el tiempo de trabajo o aumentando la productividad del trabajo. Como existen límites precisos para las dos primeras, todos sus esfuerzos se concentran en la tercera. Una mejor organización del trabajo, la intensificación del trabajo y el perfeccionamiento de la maquinaria, son, en la sociedad capitalista, los principales medios para reducir los costos de producción. En todos estos casos, se obtiene como resultado la modificación de la *composición orgánica del capital*, como la define Marx. O sea: aumenta la participación proporcional del capital destinada a la adquisición de la materia prima, de los medios de trabajo, etc., y disminuye la porción de capital destinada al pago de los salarios; se produce la misma cantidad de producto con menos trabajadores, y se produce una cantidad mayor con el mismo o con un número inferior de trabajadores. A la relación entre el plusvalor y la porción del capital destinada a los salarios, Marx la llama *tasa de plusvalor* o *tasa de explotación*; a la relación entre el plusvalor y el capital total empleado en la producción, *tasa de ganancia*. De todo lo dicho hasta aquí se desprende que la tasa de plusvalor puede aumentar aun cuando al mismo tiempo disminuya la tasa de ganancia.

Según la naturaleza de la rama de producción, tenemos una variadísima composición orgánica del capital. Hay empresas en las que se gasta una porción desmesuradamente elevada de capital en medios de trabajo, materias primas, etc., mientras que en salarios se gasta una parte del capital que, dadas las proporciones, resulta irrisoria; hay otras, en cambio, en las que los salarios representan la parte más importante del capital gastado. Las primeras presentan una *elevada* composición orgánica y las segundas una *baja* composición orgánica del capital. Si la proporción entre el plusvalor obtenido y el salario fuera siempre igual, en

estas últimas ramas de la producción la tasa de ganancia debería superar a menudo y con mucho la del primer grupo. Pero no es así. De hecho, en la sociedad capitalista más avanzada, las mercancías no se venden de acuerdo con su valor de trabajo sino a los precios de producción que se componen de los costos de producción (salario más costos de trabajo muerto) y de un excedente que corresponde a la ganancia media de la producción social total, o a la tasa de ganancia de las ramas de producción en las que la composición orgánica del capital presenta una proporción media entre el capital destinado a los salarios y el resto del capital empleado. Los precios de las mercancías en las diversas ramas de la producción no oscilan todas del mismo modo alrededor de sus valores. En algunas de ellas están siempre muy por debajo, en otras siempre están por encima del valor y sólo en las ramas de la producción con una composición orgánica del capital promedio se acercan a sus valores. La ley del valor desaparece completamente de la conciencia de los productores; actúa sólo a sus espaldas, por cuanto el nivel de la tasa media de ganancia se rige por ella en intervalos más bien largos.

Las leyes ineluctables de la competencia y la creciente riqueza de capitales de la sociedad determinan una rebaja constante de la tasa de ganancia, que puede ser detenida por la acción contraria de ciertas fuerzas, pero nunca detenida en forma duradera. La sobreproducción de capital sigue el mismo ritmo de crecimiento que la sobreabundancia de trabajadores. A medida que se acentúa la concentración en la industria, se agrava más la desproporción entre los pequeños capitalistas y los más grandes, en el comercio y en la agricultura. Las crisis periódicas producidas por la anarquía de la producción unidas al subconsumo de las masas, se hacen cada vez más violentas y destructoras y a través de la eliminación de una masa innumerable de pequeños capitalistas aceleran el proceso de expropiación y de centralización. Por un lado se generaliza en una manera creciente y a una escala cada vez más vasta la forma colectivista —cooperativa— del proceso laboral, y por otro aumenta "con la constante disminución del número de los magnates del capital que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de transformación, aunque aumenta también la rebelión de la clase trabajadora en continua expansión, amaestrada, unificada y organizada por el mismo mecanismo del proceso de producción capitalista". El desarrollo tiende hacia un punto en el que el monopolio del capital se convierte en un vínculo para el modo de producción que ha ido avanzando junto con él; y la centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo se vuelven incompatibles con su envoltura capitalista. Se rompe entonces esta envoltura, los expropiadores y usurpadores son expropiados por la masa del pueblo y se suprime la propiedad privada capitalista.

Esta es, según Marx, la tendencia histórica del modo de producción y de apropiación capitalistas. La clase llamada a mitigar la expropiación de la clase capitalista y la transformación de la propiedad capitalista en propiedad pública, es la clase de los asalariados, el proletariado. Para alcanzar este objetivo se organiza como partido político de clase. Esta clase conquista en un momento determinado, el poder político y "como primer acto, transforma los medios de producción en propiedad estatal. Pero con esto el proletariado se suprime a sí mismo como propietario, suprime todas las diferencias y contrastes de clase y

suprime también el estado en cuanto estado". Cesa la lucha por la existencia individual con sus conflictos y sus excesos y el estado ya no tiene nada que oprimir y "se extingue" (F. Engels, *Evolución del socialismo*).

Estas son, sintetizadas al máximo, las tesis más importantes de la parte de la doctrina marxista que debemos adscribir todavía a la teoría pura del socialismo que se basa en ella. Como la teoría materialista de la historia —aunque un poco menos— esta parte no ha brotado tampoco desde el principio en una forma completa de la mente de Marx y Engels. Entre las dos, es más fácil demostrar que esta última teoría ha sufrido una evolución que, aunque conserva intactos los principales puntos de vista, ha moderado el tono apodíctico de las tesis iniciales. Marx y Engels por sí mismos admitieron en parte esta modificación de la teoría. En el prólogo a *El capital* (1867), en el prefacio a la reimpresión del *Manifiesto comunista* (1872), en el prefacio y en la nota a la reedición de la *Miseria de la filosofía* (1884) y en la introducción a *Las luchas de clases en la Revolución francesa* (1895),* se señalan algunos de los cambios de perspectiva que con el andar del tiempo se llevaron a cabo en Marx y Engels, con relación a distintas cuestiones decisivas. Sin embargo, en su formulación definitiva no se tomaron en cuenta todos los cambios que podían comprobarse aquí y en otras partes y que se referían a diferentes partes o diferentes hipótesis de la teoría. Por citar sólo un ejemplo: en el prefacio a la reedición del *Manifiesto comunista*, Marx y Engels dicen, a propósito de su programa revolucionario:

> Dado el desarrollo colosal de la gran industria en los últimos veinticinco años, y con éste, el de la organización del partido de la clase obrera; dadas las experiencias prácticas, primero de la *revolución de febrero*, y después, de la *Comuna de París*, que eleva por primera vez al proletariado, durante dos meses, al poder político, este programa ha envejecido en algunos de sus puntos. La Comuna ha demostrado, sobre todo, que "la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines".

Esto se escribió en 1872. Pero cinco años después, en el ensayo contra Dühring, se dice nuevamente a vuelo de pájaro: "El proletariado toma el poder del estado y transforma primero los medios de producción en propiedad estatal" [p. 291]. Y en la reedición de las *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas* de 1885, Engels transcribe un programa revolucionario de 1848 elaborado en base a la antigua concepción y una circular con un planteamiento análogo, del ejecutivo de la Liga de los comunistas. En cuanto al primero, se limita a señalar irónicamente que "aún hoy día mucha gente puede aprender algo" de él; respecto a la segunda, que "muchas de las cosas que se dicen ahí son válidas aún hoy día". Se puede hacer alusión a las expresiones "como primer acto", "mucha gente", "muchas de las cosas" para explicar que las frases tienen precisamente un sentido condicional; pero no por esto mejora la situación, como veremos más

* En el texto de B. se lee: *Die Klassenkämpfe in der französischen Revolution*. En realidad, el título original con que se publicaron en 1895 los artículos de Marx aparecidos en los números 1, 2, 3, 5-6 de la *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*. Hamburgo 1850 era *Die Klassenkämpfe in Frankreich 1848 bis 1850*. [E.]

adelante. Marx y Engels se limitaron, en parte a señalar en términos meramente generales, y en parte a establecer únicamente en relación a los diversos puntos, las repercusiones que debían tener los cambios objetivos aceptados por ellos sobre la formulación y aplicación de la teoría. Aun en este aspecto se encuentran contradicciones en sus escritos. Ellos legaron a sus sucesores la tarea de restablecer la unidad de la teoría y de establecer una unidad entre la teoría y la praxis.

Sin embargo para llevar a cabo esta tarea es preciso darse cuenta, sin reticencias, de las lagunas y de las contradicciones de la teoría. En otras palabras, *el desarrollo ulterior y el perfeccionamiento de la teoría marxista deben empezar por su crítica.* La situación actual reviste características tales que en base a Marx y Engels se puede demostrar *todo*.[a] Esto resulta muy cómodo para los apologetas y para los literatos charlatanes. Pero quien ha conservado un mínimo de sentido teórico, quien está convencido de que la cientificidad del socialismo no es "un simple objeto raro, que sólo se saca de la alacena en ocasiones especiales, en lugar de someterlo al uso diario", sentirá también la necesidad de eliminar completamente las contradicciones una vez que las descubra. En esto consiste la tarea de los discípulos y no en la eterna repetición de las palabras de los maestros.

Con este espíritu abordaremos, en las páginas siguientes, la crítica de algunos elementos de la teoría marxista. Espero que el deseo de mantener dentro de límites modestos un escrito que se concibió sobre todo para los trabajadores, y la necesidad de terminarlo en unas cuantas semanas, expliquen por qué no se intentó estudiar en forma exhaustiva el tema. Al mismo tiempo quisiera decir de una vez por todas que no pretendo ser original en esta crítica. El contenido de lo que diré ya ha sido tratado en su mayor parte o por lo menos señalado por otros, aunque no totalmente. De tal manera que la legitimidad de este escrito no radica en el descubrimiento de cosas desconocidas hasta ahora, sino en el reconocimiento de los descubrimientos realizados.

Aunque esto es un trabajo que hay que hacer también. Creo que Marx escribió alguna vez a propósito del destino de las teorías: "Sólo el Moro puede matar a la que el Moro ha amado." Se puede decir que los errores han quedado superados sólo cuando han sido aceptados por sus mismos seguidores. Pero este reconocimiento no significa aún el ocaso de la teoría. Es más, puede darse el caso de que una vez eliminados los elementos que obviamente son erróneos, como diría Lassalle, sea Marx el que tenga razón contra Marx.

[a] [*N. del A.*] Esto fue escrito en 1899.

II. EL MARXISMO Y LA DIALÉCTICA HEGELIANA

A. LAS TRAMPAS DEL MÉTODO DIALÉCTICO HEGELIANO

> En nuestras largas discusiones, que con frecuencia duraban toda la noche, le contagié, para gran desgracia suya, el hegelianismo...
>
> K. MARX sobre Proudhon

La concepción materialista de la historia y la teoría socialista que se basa en ella fueron elaboradas en su primera versión en los años que corren entre 1844 y 1847, en un periodo en que bullía en Europa central y occidental un gran fermento revolucionario. Se pueden definir como el producto más radical de la época.

En Alemania, fue la época de la gran exuberancia del liberalismo burgués. Como en otros países, el empuje de los representantes ideológicos de la clase en lucha contra el orden constituido sobrepasaba las necesidades prácticas de la clase misma. Mientras la burguesía —por tal se entiende el amplio estrato de las clases no feudales y no asalariadas— luchaba contra el absolutismo estatal todavía semifeudal, sus representantes en el campo filosófico empezaron negando lo absoluto y terminaron negando el estado.

La corriente filosófica que encontró en Max Stirner su representante más radical en este sentido, es conocida precisamente como la izquierda radical de la filosofía hegeliana. Como puede leerse en Engels que como Marx vivió durante algún tiempo en este ambiente —ambos estaban en contacto, en Berlín, con los "Libres" de la Wainstube de Hippel—, los exponentes de esta tendencia rechazaban el sistema hegeliano aunque se complacían con su dialéctica, hasta el grado que tanto la lucha práctica contra la religión positiva (que por aquel entonces era una forma importante de lucha política), como el influjo de Ludwig Feuerbach, los llevaron a la aceptación incondicional del materialismo. Sin embargo, Marx y Engels no se detuvieron en el materialismo todavía sustancialmente científico-natural de Feuerbach, sino que a través del uso de la dialéctica despojada de su carácter místico, y con el influjo de la lucha de clase que se libraba en Francia y con mayor violencia aun en Inglaterra, desarrollaron su teoría del materialismo histórico.

Engels ha subrayado enérgicamente la contribución que dio el método dialéctico para el nacimiento de esta teoría. Siguiendo el ejemplo de Hegel, distingue entre la consideración metafísica y la consideración dialéctica de las cosas, definiendo la primera como la que estudia las cosas como objetos rígidos, dados de una vez para siempre; la segunda, como la que, por el contrario, las considera en sus vinculaciones, modificaciones y transferencias, con el resultado de que los dos polos de la antítesis, el positivo y el negativo, se compenetran recíprocamente a pesar de cualquier oposición. Pero, mientras Hegel concebía la dialéctica como el desarrollo espontáneo del concepto, en Marx y en Engels la

dialéctica del concepto se convirtió en el reflejo consciente del movimiento dialéctico del mundo real. De este modo, la dialéctica hegeliana se "colocó en los pies, mientras que la primera se puso a la cabeza".

Así habla Engels en su *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica*.

Pero el problema de "colocar sobre los pies" la dialéctica no es tan sencillo. Cualquiera que sea la relación que guardan las cosas dentro de la realidad, una vez que dejamos el terreno de los hechos experimentales y los rebasamos con el pensamiento, nos introducimos en el mundo de los conceptos lógicos, y si además seguíamos las leyes de la dialéctica hegeliana, sin darnos cuenta nos encontramos de nuevo en las redes del "desarrollo espontáneo del concepto". En esto consiste el gran riesgo científico de la lógica hegeliana de la contradicción. Sus principios pueden servir eventualmente también para poner en evidencia relaciones y desarrollos de objetos reales.[1] También pueden haber sido de gran utilidad para la formulación de problemas científicos y haber dado impulso a importantes descubrimientos. Pero una vez que se trata de adelantar deductivamente ciertas evoluciones basadas en estos principios aparece el riesgo de realizar construcciones arbitrarias. Riesgo que se hace tanto mayor cuanto más complejo es el objeto cuya evolución hay que describir. Cuando se trata de un objeto normalmente simple, la experiencia y el juicio lógico quedan de ordinario al amparo del peligro de dejarse arrastrar, por principios analógicos como el de la "negación de la negación", a conclusiones inverosímiles sobre sus posibilidades de cambio. Pero cuanto más complejo es un objeto —por el número y la heterogeneidad de sus elementos y por la multiplicidad de sus relaciones dinámicas—, la capacidad de dichos principios para revelar algo de su evolución es menor. Adoptarlos como base de la deducción significa, entonces, perder todo criterio de valoración.

Con esto no se pretende negar todo mérito de la dialéctica hegeliana. Más bien, por lo que se refiere a su influjo sobre la historiografía, tal vez el juicio apropiado lo ha dado F. A. Lange al decir, en su *Arbeiterfrage*, que la filosofía de la historia de Hegel, con sus ideas básicas sobre el desarrollo por antítesis y sobre su conciliación, puede definirse "casi como un descubrimiento antropológico". Aunque Lange ha puesto "casi" el dedo en la llaga en el momento en que añade que "tanto en la vida del individuo como en la historia, el desarrollo por antítesis no se presenta en una forma tan fácil y radical, ni de un modo tan preciso y simétrico como en la construcción especulativa" (3ª ed., pp. 248-249).

[1] Aunque también aquí la realidad efectiva resulta a menudo más oscurecida que aclarada. Por ejemplo, el hecho de que una modificación en la relación cuantitativa de los elementos de un objeto cualquiera modifique las cualidades, se expresa a menudo en una forma por lo menos indirecta y extrínseca, con el principio de la "transformación de la cantidad en cualidad".

Quisiera señalar, entre paréntesis, que yo tomo las definiciones engelsianas de los conceptos "consideración metafísica" y "consideración dialéctica" con la reserva de que los calificativos de "metafísica" y "dialéctica" sólo tienen validez para esta contraposición si se toman en el sentido que se les atribuye aquí. De otra manera, la consideración metafísica de las cosas y la consideración de las cosas en su aislamiento y en su rigidez son, a mi juicio, dos cosas completamente distintas.

Finalmente debo decir que, nótese bien, no tengo la menor intención de criticar aquí a Hegel, ni de discutir los grandes servicios que este importante pensador ha prestado a la ciencia. Sólo me interesa el influjo de su dialéctica sobre la teoría socialista.

Cualquier marxista suscribe sin más en la actualidad este juicio, pero únicamente si se refiere al pasado; en cambio para el futuro y sobre todo para el futuro inmediato, las cosas se desenvuelven de otra manera según la doctrina marxista. El *Manifiesto comunista* decía en 1847 que, dado el desarrollo alcanzado por el proletariado y dadas las condiciones avanzadas de la civilización europea, la inminente revolución burguesa de Alemania "no podía ser más que el preludio de una revolución proletaria".

Esta autosugestión histórica digna de un perfecto visionario político sería incomprensible en Marx —que en esa época estaba seriamente dedicado a la economía— si no se pudiera descubrir en él el producto de un residuo de dialéctica hegeliana de la contradicción, del que Marx (como Engels) no se pudo liberar nunca completamente y que en el período de efervescencia general debía resultarles mucho más fatal. No nos encontramos ante una simple sobrevaluación de las perspectivas de una acción política —que puede pasarles inadvertidas a los jefes impulsivos y que en algunas ocasiones ha llegado a dar resultados sorprendentes—, sino ante un anticipo meramente especulativo de la madurez de un desarrollo *económico y social* cuyos primeros brotes apenas empezaban a despuntar. Lo que hubiera necesitado generaciones enteras para llegar al éxito, a la luz de la filosofía del desarrollo a partir de antítesis y por antítesis, se consideraba como el resultado inmediato de una revolución *política*, que debía ante todo dejar el campo libre a la expansión de la clase burguesa. Cuando Marx y Engels, dos años apenas después de la redacción del *Manifiesto*, se vieron obligados —después del rompimiento producido dentro de la Liga de los comunistas— a hacer notar a sus adversarios dentro de la Liga "la falta de desarrollo del proletariado alemán" y a protestar contra el intento "de transformar la palabra proletario en una cosa sagrada" (*Proceso de los comunistas de Colonia*) no se debió más que a un arrepentimiento momentáneo. La misma contradicción entre la madurez real y la madurez hipotética del desarrollo debía presentarse nuevamente en otras ocasiones y bajo formas diferentes.

Y ya que se trata de un punto que a mi juicio ha sido mucho más funesto que otros para la doctrina marx-engelsiana, permítaseme relatar un episodio ocurrido recientemente.

En el transcurso de una polémica con un diario socialdemócrata de Alemania del sur, Franz Mehring volvió a publicar en la *Leipziger Volkszeitung*, un pasaje tomado del prefacio a la segunda edición del escrito de Engels titulado *El problema de la vivienda*, en el que se habla de la "existencia de cierto socialismo pequeñoburgués" dentro de la democracia alemana, que está representado "hasta en el grupo parlamentario". Engels descubre el carácter pequeñoburgués de esta tendencia en el hecho de que, esta última, a pesar de reconocer como justas las concepciones básicas del socialismo moderno, hace alusión sin embargo a las realizaciones de una época lejana, mientras que "por lo que se refiere al presente, se orienta hacia un trabajo puro y simple de remiendo social". Engels consideraba esta tendencia como bastante comprensible en Alemania, aunque no peligrosa, "dado el maravilloso sentido común" de los trabajadores alemanes. Mehring relaciona estas declaraciones con el debate sobre las subvenciones a las compañías transoceánicas, que se había desarrollado en la socialdemocracia alemana un poco antes de que dichas declaraciones fueran

nuevamente abandonadas; las define además como "la primera fisura realmente importante producida dentro del partido a consecuencia de la 'política práctica' y de la táctica revolucionaria". Según él, lo que afirma Engels en el pasaje citado corresponde a lo que "piensan y quieren" los representantes de la tendencia revolucionaria proletaria, entre los que se contaba él mismo, es decir, a la tendencia escindida de los llamados "socialistas pequeñoburgueses".

No se puede negar que Mehring interpreta correctamente el pasaje de Engels. Realmente Engels veía en ese entonces —1887— la situación de este modo. Quince años antes, precisamente, había incluido en la reedición de las *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas* las dos circulares redactadas por él mismo y por Marx en los meses de marzo y de junio de 1850, que proclamaban que la política del proletariado revolucionario era "la revolución permanente". Además, en el prefacio Engels señalaba que muchas afirmaciones de las circulares serían válidas también para la inminente "perturbación europea". Se había encontrado la última perturbación, en orden de tiempo, en la guerra de 1870-1871; por otra parte, se sostenía que los intervalos entre las revoluciones europeas duraban, en nuestro siglo, de quince a dieciocho años.

Esto se escribió en 1885-1887. Pocos años más tarde, estalló en la socialdemocracia alemana el conflicto con los llamados "Jóvenes". Habiendo estado latente durante mucho tiempo, se agudizó en 1890 con ocasión del problema de la suspensión del trabajo por la fiesta del 1 de mayo. Nadie puede negar que la mayoría de los "Jóvenes" creía sinceramente que actuaba de acuerdo con Engels cuando se oponía al "oportunismo" de la que era entonces la fracción parlamentaria. Al acusar de "pequeñoburguesa" a la mayoría de la fracción parlamentaria —¿quién era su autoridad en la materia, si no Engels? ¿Quiénes constituían en realidad esa mayoría, si no las mismas personas que en el problema de la subvención a las compañías transoceánicas habían formado la mayoría oportunista? Pero cuando la redacción de la *Sächsische Arbeiterzeitung* acudió finalmente a Engels para invitarlo a formar parte, la respuesta, como Mehring lo sabe, tuvo un tono muy distinto del que tiene el episodio citado por él. Engels definió el movimiento de los "Jóvenes" como una mera "revuelta de estudiantes y letrados", rechazó su "marxismo convulsivamente distorsionado" y declaró que en el mejor de los casos sus objeciones a la facción parlamentaria eran bagatelas; la *Sächsische Arbeiterzeitung* estaba en libertad de poner sus esperanzas en una victoria del sentido común de los trabajadores alemanes sobre el oportunismo de la tendencia parlamentaria dentro de la socialdemocracia. Él, Engels, no compartía estas esperanzas y desconocía hasta la misma existencia de dicha mayoría en el partido.

Nadie mejor que el que escribe estas líneas sabe que Engels, al redactar esta declaración obedecía absolutamente a una convicción propia. Engels estaba convencido de que el movimiento de los "Jóvenes" —que por lo menos era también un movimiento de trabajadores y sobre todo de trabajadores que durante la ley contra los socialistas se contaban entre los propagandistas más activos del partido— era una revuelta tramada por los letrados radicalizantes, y que la política que pregonaba constituía en ese momento un riesgo de tal magnitud que en comparación con ella, las "actitudes pequeñoburguesas" de la fracción parlamentaria se reducían a verdaderas bagatelas.

Pero por más meritoria que sea desde el punto de vista político la "respuesta" publicada en el *Sozialdemokrat* del 13 de septiembre de 1890, hay que ver, sin embargo, si Engels tenía en realidad todo el derecho de deshacerse de los "Jóvenes" con tanta desenvoltura. Si la revolución europea se hallaba a la puerta, como lo había establecido en el prefacio a las *Revelaciones* —es más, de acuerdo con lo que decía, ya se había entrado en el período de decadencia—, si la táctica diseñada en la circular era todavía válida en principio, entonces los "Jóvenes" eran, en resumidas cuentas, carne de su carne y sangre de su sangre. En caso contrario, la culpa no era tanto de los "Jóvenes", sino de los escritos distribuidos en 1885 y 1887 con las susodichas añadiduras y los comentarios ambiguos. Pero esta ambigüedad tan poco acorde con Engels, tiene sus raíces más profundas en la dialéctica que él había tomado de Hegel. El "sí, no no, sí" en lugar de "sí, sí y no, no", la confluencia recíproca de los opuestos, el trastocamiento de la cantidad en calidad y todas las demás linduras dialécticas, fueron los obstáculos permanentes que le impidieron darse perfecta cuenta del alcance de las transformaciones que el conocimiento había encontrado. Si se quería mantener el esquema original de desarrollo construido al estilo hegeliano, había que invertir el sentido de la realidad o ignorar cualquier proporción real al determinar la senda que había que seguir para alcanzar el objetivo prefijado. De ahí la contradicción por la que la laboriosa y genial precisión lograda al investigar la estructura económica de la sociedad va acompañada de un descuido casi increíble de los hechos más evidentes; la contradicción por la que la misma teoría que parte del influjo determinante de la economía sobre el poder político, desemboca en una verdadera fe milagrosa en la virtud creadora del poder político y la elevación teórica del socialismo a ciencia se "trastoca" muy a menudo en una subordinación de todas las pretensiones científicas a la tendencia.[2]

Por lo menos es absolutamente no científico definir el punto de vista de un político o de un teórico exclusivamente a partir de la concepción que tiene sobre la rapidez del curso del desarrollo social. La identificación del concepto "proletario" con la imagen de una supresión directa e inmediata de los antagonismos, se reduce a una muy mezquina interpretación de dicho concepto. Si así fuera, "proletario" sería sinónimo de brutal, rudo, prepotente. Si la confianza en la espera siempre inminente de la catástrofe revolucionaria define al revolucionario proletario, este título le corresponde a los autores de los *putsch* revolucionarios. En una doctrina científica debería haber por lo menos un criterio racional que permitiera distinguir claramente al visionario del pequeñoburgués. Pero de esto no hay ni siquiera que hablar: la valoración ha obedecido siempre

[2] Como lo hice formalmente después de la aparición de la primera edición de este escrito, quisiera señalar nuevamente aquí que reconozco que me expresé en una forma demasiado tajante contra Hegel, Marx y Engels en el pasaje anterior. Lo que quería era dar una explicación psicológica de una contradicción incomprensible para mí que se encuentra en los escritos de los autores del *Manifiesto comunista*. Por lo demás el lector podrá juzgar si tenía razón o no al escribir en ese entonces: "Si en mi escrito adopté una actitud algo dura con Hegel, no fue ciertamente para humillar a Marx y a Engels" (cf. el artículo "Dialektik und Entwicklung" [Dialéctica y desarrollo] en *Die Neue Zeit*, 1898/1899, reunido en mi colección de escritos *Zur Theorie und Geschichte des Sozialismus* [Contribución a la teoría y la historia del socialismo], 4ª ed., Berlín, 1904).

a criterios arbitrarios. Si es cierto que las proposiciones se restringen a medida que se alejan de las cosas, en la práctica asistimos de ordinario a esta realidad desconcertante: la concepción "pequeñoburguesa" en el sentido antes mencionado, puede encontrarse entre personas que, perteneciendo a la clase trabajadora, viven en íntima relación con el movimiento proletario real; por el contrario, las personas que pertenecen a la clase burguesa y que no tienen el más leve contacto con el mundo obrero o lo conocen sólo por las reuniones políticas acordadas con anticipación sobre una cierta tonalidad —estas personas rebosan de vocación revolucionaria proletaria.

Durante el último período de su vida, Engels admitió sin reservas, en el prefacio a *Las luchas de clases*, el error en que habían incurrido tanto Marx como él mismo, al valorar la duración del desarrollo político y social. Nunca se apreciará lo suficiente la estimación que se ganaron dentro del movimiento socialista con este escrito, que puede definirse con sobrada razón como su testamento político. En él lo oculto supera a lo que se dice explícitamente. Pero dicho prefacio no era el lugar adecuado para sacar las consecuencias que se derivaban de tan franca aceptación. Por otra parte, no se podía esperar que el mismo Engels emprendiera la revisión de la teoría que esto implicaba. Si lo hubiera hecho, habría tenido, si no formalmente por lo menos en esencia, que romper sin miramientos con la dialéctica hegeliana. Esta última constituía el elemento infiel de la doctrina marxista, la insidia que embrolla cualquier consideración coherente de las cosas. Engels no pudo o no quiso sobrepasarla. Las consecuencias de los nuevos niveles de conocimiento alcanzados, las toma en cuenta únicamente en lo que se refiere a determinados modos y formas de la lucha política. Pero por más significativas que sean las cosas que ha dicho a este respecto, sólo cubren una parte del campo de los problemas que hoy día se encuentran en el tapete de la discusión.

Por ejemplo, es obvio que hoy debemos considerar las luchas políticas que Marx y Engels analizaron en sus escritos desde una perspectiva algo distinta. Dadas las ilusiones que se fabricaron en el transcurso de los eventos, su juicio acerca de los partidos y de las personas, aunque muy realista, no podía ser definitivo, del mismo modo que no siempre podía ser correcta su política. Prácticamente no serviría de nada rectificar a posteriori dichos juicios, si la tradición no cubriera una parte tan amplia de la historiografía socialista y si, por otra parte, no existiera la obstinación de citar continuamente como ejemplo estas luchas pasadas.

Pero más importante que la revisión analítica que debía emprender la historiografía socialista contemporánea, de acuerdo con las indicaciones del prefacio de Engels, es la correspondiente corrección de la concepción interna de la lucha y de las tareas de la socialdemocracia. Cosa que implica ante todo abordar un punto que hasta ahora se ha discutido poco, es decir, la conexión interna original entre el marxismo y el blanquismo, y la ruptura de este vínculo.

MARXISMO Y BLANQUISMO

> Cuando la nación haya agotado sus reservas;
> cuando el país se encuentre sin producción y sin comercio;
> cuando los trabajadores, desmoralizados por la política de los clubes y por la clausura de los ateliers nationaux, se enrolen como soldados para poder vivir...
> ¡Oh, entonces sabréis qué cosa es una revolución provocada por abogados, realizada por artistas, dirigida por novelistas y poetas!
> ¡Despertad de vuestro sueño, extremistas, farsantes, derrotistas, jansenistas y babuvistas! Vosotros estáis a menos de seis semanas de los acontecimientos que os anuncio.
>
> P. J. PROUDHON, en el *Représentant du Peuple* del 29 de abril de 1848

Muchos autores han dicho que la filosofía hegeliana es un reflejo de la gran Revolución francesa. En realidad, con sus antitéticas evoluciones de la razón, puede definirse como la respuesta ideológica de esas grandes luchas, en las que, como decía Hegel, "el hombre se ha puesto sobre la cabeza, es decir, sobre el pensamiento". Sin duda, con el sistema hegeliano culmina la evolución de la razón política del estado de policía iluminado en la edad de la Restauración. Sin embargo, un año antes de la muerte de Hegel, la Restauración cedió su lugar a la monarquía burguesa, y un impulso radical recorrió nuevamente Europa y terminó por atacar cada vez con más violencia la propia monarquía burguesa y la clase que se había escudado en ella: la burguesía. Los innovadores más radicales, el Imperio y la Restauración les parecieron meras interrupciones del proceso de desarrollo ascendente de la gran revolución; con la monarquía burguesa, el desarrollo había vuelto a su antiguo sesgo y, en vista de que las condiciones sociales habían cambiado, ya no era posible que encontrara en su camino el obstáculo que había interrumpido el curso de la Revolución francesa.

El producto más radical de la gran Revolución francesa había sido el movimiento de Babeuf y de los Iguales. En Francia las sociedades secretas revolucionarias que surgieron bajo el reinado de Luis Felipe y de las que más tarde surgiría el partido blanquista, recogieron sus tradiciones. Su programa era: derrocamiento de la burguesía por medio del proletariado y de la expropiación violenta. Durante la revolución de febrero de 1848, los revolucionarios de los clubes todavía eran conocidos con el nombre de "babuvistas" y de "partido de Barbès" o de "blanquistas" por Auguste Blanqui, que en el ínterin se había convertido en su jefe espiritual.

En Alemania, Marx y Engels, basándose en la dialéctica radical hegeliana, llegaron a elaborar una doctrina totalmente afín al blanquismo. Los únicos que podían ser herederos de la burguesía eran los que representaban la respuesta más radical, es decir, los proletarios, el típico producto social de la economía burguesa. Uniéndose a la tarea de crítica social —hoy menospreciada injusta-

mente— de los socialistas de la escuela owenista, fourierista y saint-simonista, Marx y Engels le dieron una base económico-materialista, aunque utilizando nuevamente, dentro del materialismo, las argumentaciones de tipo hegeliano.

El proletariado moderno, que entre los saint-simonistas había tenido el mismo papel que en el siglo anterior habían desempeñado los campesinos en la escuela de Rousseau, sufrió en ellos un verdadero proceso de idealización; no sólo en cuanto a sus posibilidades históricas, sino también en cuanto a sus inclinaciones y tendencias. De este modo, llegaron a una concepción política idéntica a la de los conspiradores babuvistas, a pesar de su cultura filosófica. La revolución parcial es una utopía, sólo la revolución proletaria es aún posible —concluye Marx en los *Deutsch-französische Jahrbücher* (cf. el ensayo titulado *Introducción a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho*). Esta concepción conducía directamente al blanquismo.

En Alemania, se considera al blanquismo sólo como la teoría de la conspiración y del *putsch* político, como la doctrina de la revolución guiada por un pequeño partido revolucionario con objetivos claros y con un plan de acción bien calculado. Sin embargo, se trata de una manera superficial de ver las cosas que cuando mucho atañe a ciertos epígonos del blanquismo. El blanquismo es algo más que la teoría de un método; su método no es otra cosa que la emancipación, el producto de su teoría política de fondo. Y ésta es, en términos muy sencillos, la teoría de la ilimitada fuerza creadora de la violencia política revolucionaria y de su manifestación externa, es decir de la expropiación revolucionaria. El método depende en parte de las circunstancias. Donde no hay libertad de asociación ni de prensa, la conspiración se convierte en algo natural; y donde hay un centro político que domina efectivamente al país durante los levantamientos revolucionarios, como en el caso de Francia en 1848, el *putsch* (a pesar de que por el momento sólo se tuvieran en cuenta determinadas experiencias) no era tan irracional como creían los alemanes.[3] Rechazar el *putsch* no significaba todavía emanciparse del blanquismo. No hay nada que aclare mejor este punto que el estudio de los escritos de Marx y Engels correspondientes al período de la Liga de los comunistas. Haciendo caso omiso del rechazo del *putsch*, estos escritos están totalmente empapados del espíritu blanquista, o mejor dicho, babuvista. Es significativo que en el *Manifiesto comunista*, de la crítica a la literatura socialista sólo se excluya los escritos de Babeuf; lo único que se dice de ellos es que "pusieron de manifiesto las reivindicaciones del proletariado" en la gran revolución —una característica, en todo caso, anacrónica. El programa de acción revolucionaria del *Manifiesto* es blanquista de principio a fin. En *Las luchas de clases*, en *El 18 Brumario* y, sobre todo, en las circulares de la Liga de los comunistas, se señala a los blanquistas como *el* partido proletario —"el verdadero partido proletario", afirma la circular de junio de 1850—, cosa que era cierta en cuanto al revolucionarismo pero no en cuanto a la composición social de dicho partido, ya que el partido proletario francés, en 1848, estaba formado por los trabajadores agrupados en torno al Luxemburgo. Se utiliza el

[3] Sin embargo, el blanquismo no sólo registra derrotas, sino, junto con ellas, registra también importantísimos éxitos temporales. En 1848 y en 1870 la proclamación de la república se debió en gran medida a la intervención de los revolucionarios sociales blanquistas. En cambio junio de 1848 y mayo de 1871 representan básicamente derrotas del blanquismo.

mismo criterio para decidir sobre la posición del partido ante la facción que luchaba en el campo cartista.[4] En la descripción de los acontecimientos sucedidos en Francia, presentada en *Las luchas de clases* y en *El 18 Brumario*, dentro del análisis magistral de las fuerzas realmente propulsoras se insinúa la leyenda ya consolidada de los blanquistas. Aunque la mentalidad blanquista no se puso de manifiesto nunca con tanta claridad y sin rémoras como en la circular de la Liga de los comunistas de marzo de 1850, con sus instrucciones precisas sobre el modo en que, con ocasión de la inminente reanudación revolucionaria, los comunistas debían concentrar todas sus fuerzas en el objetivo de la revolución "permanente". Cualquier análisis teórico sobre la naturaleza de la economía moderna, cualquier conocimiento sobre el nivel objetivo del desarrollo económico de Alemania —que con todo estaba muy atrasado aun respecto al de la Francia sobre la que Marx escribía en ese mismo período que "la lucha del trabajador industrial contra la burguesía industrial no es más que un hecho parcial"—, y cualquier posibilidad de comprender la realidad económica se esfuma ante un programa que ni siquiera un perfecto revolucionario de club hubiera podido trazar en términos más ilusorios. Lo que Marx, seis meses después, echaba en cara a Willich-Schapper, lo habían proclamado él y Engels en ese texto; sustituyen las relaciones reales con "*la mera voluntad* como fuerza motora de la revolución". Se desconocen completamente las necesidades de la vida económica moderna y se pierden de vista totalmente las relaciones de fuerza y el nivel de desarrollo de las clases. En cambio se ensalza el terrorismo proletario —que en la situación objetiva de Alemania sólo podía expresarse en forma destructiva y por lo tanto estaba destinado a tener un efecto político y económico reaccionario desde el primer día que se instauró, como lo auguraba la circular, *en contra* de la democracia burguesa— como una fuerza milagrosa que debía llevar las relaciones de producción al alto nivel de desarrollo que se consideraba como condición indispensable para la transformación socialista de la sociedad.

Al citar la circular, sería injusto no mencionar el hecho de que fue redactada en el exilio, en un período en que las pasiones muy exaltadas aun por la victoria de la reacción, se encontraban por las nubes. Pero, si esta exaltación tan natural explica sin más algunas exageraciones respecto a la inminencia del contragolpe revolucionario —esperanza de la que muy pronto se liberarían Marx y Engels— y explica también algunos excesos en la exposición, no logra explicar el contraste estridente entre la realidad y el programa. Dicho contraste no era el resultado de un estado de ánimo momentáneo —y considerarlo como tal significaría ser históricamente injustos con los redactores de la circular—, sino el fruto de un error intelectual y de un dualismo en la teoría.

En el movimiento socialista moderno podemos distinguir dos grandes corrientes divergentes y a menudo opuestas entre sí de acuerdo con los distintos movimientos históricos. La primera se vincula con las propuestas de reforma

[4] La circular señala con cierta satisfacción en el capítulo *Inglaterra* que la ruptura entre la facción revolucionaria y la moderada de los cartistas había sido "sustancialmente acelerada por obra de los delegados de la Liga (comunista)". Sin embargo, es bastante dudoso que sin esta ruptura se hubiera podido evitar la derrota completa del cartismo. La satisfacción por la exitosa realización de la ruptura lleva la marca genuina del blanquismo.

elaboradas por los pensadores socialistas y tiene una tendencia sustancialmente *constructiva*, la segunda, en cambio, se inspira en los movimientos populares revolucionarios y tiene objetivos sustancialmente destructivos. De acuerdo con las posibilidades que brindan las situaciones históricas, una adopta un carácter *utópico, sectario, pacifista-evolucionista*, y la otra, un carácter *conspiratorio, demagógico y terrorista*. A medida que se aproximan al presente, la consigna va siendo cada vez más la emancipación por medio de la *organización económica*, para una, y la emancipación por medio de la *expropiación política* para la otra. En los siglos pasados la primera tendencia estuvo representada ordinariamente por pensadores aislados y la segunda por levantamientos populares esporádicos. En la primera mitad de este siglo, se constituyeron por ambas partes grupos que desarrollaban una actividad continua: por una parte, las sectas socialistas y las asociaciones obreras de distinta índole y por la otra, grupos revolucionarios de toda especie. No dejaron de presentarse intentos de unificación, así como tampoco fueron siempre totales los contrastes. La afirmación del *Manifiesto* de que en Francia los fourieristas se lanzaban contra los reformistas y en Inglaterra los owenistas contra los cartistas, da en el blanco en lo que se refiere a los extremistas de una y otra parte. El grueso de los owenistas era abiertamente partidario de la reforma política —basta pensar en un Lloyd Jones—, pero se oponía al culto de la violencia (la *physical force men*) exaltado por los cartistas más radicales, y daba marcha atrás cuando éste llevaba la delantera. Lo mismo hacían los fourieristas en Francia.

La teoría de Marx trató de hacer una síntesis de los elementos esenciales de ambas corrientes. Tomó de los revolucionarios la concepción de la lucha por la emancipación de los trabajadores como una lucha de clase política; de los socialistas, la necesidad de acentuar las condiciones económicas y sociales preliminares de la emancipación de los trabajadores. Aunque la síntesis no consistía tanto en la superación de la antítesis como en un compromiso. Esto es lo que en realidad les propone Engels a los socialistas ingleses en *La situación de las clases trabajadoras*,* cuando habla de la subordinación del elemento específicamente socialista al elemento político-radical y social-revolucionario. Cualquiera que haya sido la evolución ulterior, en última instancia conservó siempre el dualismo que caracterizaba este compromiso. De ahí que debamos buscar una explicación del motivo por el que el marxismo muestra repetidas veces y a intervalos muy cortos una cara esencialmente distinta. No se trata de la diversidad de actitudes que en todo partido político se deriva de las exigencias tácticas que cambian al cambiar las situaciones, sino de la diversidad que surge espontáneamente, sin una necesidad real externa, sino simplemente como efecto de contradicciones internas.

El marxismo superó el blanquismo sólo en un aspecto —en el aspecto del método. Por lo demás no se desvinculó nunca totalmente de la concepción blanquista en lo que se refiere a la sobrevaloración de la fuerza creadora de la violencia revolucionaria para los fines de la transformación socialista de la sociedad moderna. Las correcciones que hizo —por ejemplo, la idea de una rígida

* En el texto, Bernstein dice *Lage der arbeitenden Klassen*, mientras que en el título original de la obra de Engels, aparecida en Leipzig en 1845, era *Die Lage der arbeitenden Klasse in England*. [E.]

centralización de la violencia revolucionaria— se refieren más a la forma que al contenido.

En el artículo del que tomamos el trozo que sirve de lema a este capítulo, y en el que se prevén los hechos de junio adivinando casi la fecha, Proudhon advierte a los trabajadores parienses, sometidos a las manipulaciones internas y externas de los clubes, que, si la revolución económica del siglo XIX era radicalmente distinta de la del siglo XVIII, las tradiciones de 1793 que se predicaban continuamente en los clubes no se podían aplicar absolutamente a la situación contemporánea. El terror de 1793, dice, no amenazó de ninguna manera las condiciones de existencia de la gran masa de la población. En cambio en 1848, el régimen de terror es testigo del encuentro entre dos grandes clases, cuya perspectiva de existencia depende para ambas de la circulación de los productos y de un sistema de relaciones mutuas. El choque entre ellas significaría la ruina de todos.

Proudhon expresaba esto con su acostumbrada forma exagerada, aunque teniendo en cuenta la situación económica de Francia, daba perfectamente en el blanco.

En la Francia de 1789-1794, la producción y el intercambio se limitaba en más de un noventa por ciento a los mercados locales y el mercado interno dada la escasa diferenciación de la economía en la campiña, cumplía un papel muy secundario. Respecto de las clases industriales, cuando se desencadenó el terror arruinó a distintos individuos y ocasionalmente a algunos oficios locales, pero no afectó la vida económica nacional más que en una forma muy indirecta. Ningún sector de las clases que trabajaban en la producción y en el comercio se vio perjudicado directamente y esto se explica por qué el país pudo soportarlo durante un período bastante prolongado y curar rápidamente las heridas que le había inferido. En cambio en 1848, la inseguridad en que había caído el mundo de los negocios a consecuencia de la composición del gobierno provisional y de la actitud obstinadamente omnipotente de los clubes se tradujo inmediatamente en un continuo estancamiento de las actividades productivas y en la parálisis del comercio al mayoreo y al menudeo. Cada día que se prolongaba esta situación o cada vez que se acentuaba significaban una nueva ruina, una nueva desocupación y amenazaban con acarrear enormes pérdidas a toda la población industrial de la ciudad y, en parte, también a la del campo. Estaba fuera de discusión una expropiación política y social de los dirigentes de la grande y pequeña producción capitalista, ya que la industria no estaba suficientemente desarrollada y no existían órganos capaces de sustituirlos. Lo único que se habría hecho sería sustituir a un individuo con otro o con un grupo de individuos sin modificar para nada el orden social ni mejorar en nada la situación económica del país. Los expertos dirigentes administrativos serían sustituidos por neófitos con todas las deficiencias del diletantismo. En suma, una política basada en el modelo del terror de 1793 era lo más insensato e irracional que podía pensarse; y si así era, adoptar esa actitud y porfiar por repetir el lenguaje de 1793, era peor que la idiotez. En una revolución política, era un delito que pronto miles de trabajadores pagarían con su vida y miles con su libertad. A pesar de sus grotescas exageraciones, la advertencia del "pequeñoburgués" Proudhon demostraba, en medio de la orgiástica pala-

brería revolucionaria, una perspicacia y un valor moral que lo ponían por encima de los letrados, de los artistas y de todos los aventureros burgueses que se cubrían con un ropaje "revolucionario-proletario" anhelando un nuevo pradial. Casi al mismo tiempo, Marx y Proudhon —el primero en *Las luchas de clases* y el segundo en las *Confesiones de un revolucionario*— presentaban los acontecimientos de la revolución de febrero a manera de una narración histórica en que cada parte importante describía una derrota de la revolución. Pero a diferencia de Proudhon, Marx veía en el acontecimiento de la contrarrevolución el progreso revolucionario precisamente; sólo luchando contra ella, escribía, el partido subversivo podrá madurar y convertirse realmente en un partido revolucionario. Marx se dio pronto cuenta de que se había engañado en la valoración de los tiempos —ya que aquí "revolucionario" se entiende en sentido político—, pero no parece que haya descubierto nunca el error de principio en que se basaba esta hipótesis y mucho menos lo descubrió Engels en el prefacio a *Las luchas de clases.*

Marx y Engels partieron siempre de la hipótesis de una revolución que, aunque cambiara su contenido, formalmente tendría un desenvolvimiento análogo al de las revoluciones de los siglos XVII y XVIII. O sea, en un primer momento subiría al poder un partido burgués radical progresista, teniendo a sus espaldas a la clase trabajadora en funciones críticas y de estímulo. Una vez que hubiera cumplido su función económica, en determinadas circunstancias podría llegar al poder un partido burgués o uno pequeñoburgués mucho más radical, hasta que estuviera completamente allanada la senda de la revolución socialista y hubiera llegado el momento de que el partido revolucionario del proletariado tomara el poder. Esta idea, ya expresada en la circular de marzo de 1850, vuelve a aparecer claramente en 1887 en el prefacio a las *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas*, en el que se afirma que en Alemania, en ocasión de la inminente convulsión europea, "la democracia pequeñoburguesa *subirá inevitablemente al poder en un primer momento*". Lo "inevitablemente" no se debía tanto a una valoración objetiva, sino más bien a la definición del proceso evolutivo considerado como *necesario* para la conquista segura del poder por parte de la socialdemocracia. Algunas aseveraciones verbales y epistolares de Engels al respecto no dejan la menor duda. Por otra parte, dadas las premisas, este tipo de argumentación era absolutamente racional.

Pero la duda está precisamente en las premisas. Todos los indicios señalan que una revolución política que lleva primeramente al poder a un partido burgués-radical, en los países avanzados de Europa es ya una cosa del pasado. Las revoluciones modernas tienden a llevar al poder desde el principio a las combinaciones gubernativas lo más radicales posible. Esto sucedió ya en 1848 en Francia. El gobierno provisional era en aquel entonces el más radical de los posibles gobiernos provisionales de Francia. De esto se dio cuenta Blanqui y por lo mismo, el 26 de febrero se opuso con todas sus fuerzas al proyecto de sus adeptos de derribar inmediatamente el "gobierno traidor" y de sustituirlo con uno netamente revolucionario. Del mismo modo, el 15 de mayo, cuando el pueblo revolucionario, después de invadir la Cámara, solicitó un gobierno compuesto por él y por otros revolucionarios y socialistas, a diferencia del "caballeresco" visionario Barbès, no intentó ni siquiera establecerse en el Hotel

Ville, sino que se fue tranquilamente a su casa. Su perspicacia política había logrado vencer sus ideologías revolucionarias. Como en 1848, en 1870 se repitió lo mismo cuando se proclamó la república. Los blanquistas impusieron la proclamación de la república, pero sólo entraron en el gobierno radicales burgueses. Sin embargo, en marzo de 1871, cuando, bajo el influjo de los social-revolucionarios blanquistas, se levantó París contra el gobierno impuesto por la Asamblea nacional y se proclamó la Comuna, sucedió otro fenómeno: los radicales burgueses y los pequeñoburgueses dieron marcha atrás y dejaron el campo y la responsabilidad política a los socialistas y a los revolucionarios.

Todo hace suponer que en un futuro próximo cualquier revolución en los países avanzados asumirá la misma forma. En estos países las clases burguesas ya no son revolucionarias y la clase trabajadora es ya tan fuerte que no puede limitarse a una oposición crítica después de una revolución en que ha combatido y vencido. Sobre todo en Alemania, si continúa la evolución actual de los partidos, sería imposible que al día siguiente de la revolución subiera un gobierno que no fuera socialdemócrata. Un gobierno puramente burgués-radical no duraría un solo día, y un gobierno de compromiso entre demócratas burgueses y socialistas sólo significaría, en la práctica, que se había admitido unos cuantos de los primeros en un gobierno socialista a título decorativo, o que la socialdemocracia había plegado sus velas ante la democracia burguesa. Una cosa sí es segura: que una combinación de esta especie es absolutamente inverosímil en una época revolucionaria.

Es muy probable que consideraciones de este tipo hayan condicionado a Engels cuando expuso en el prefacio a *Las luchas de clases*, con una decisión nunca antes demostrada, las ventajas del sufragio universal y de la actividad parlamentaria como instrumentos de emancipación para los trabajadores, y cuando abandonó definitivamente la idea de la conquista del poder político a través de golpes revolucionarios.

Se trataba de un ulterior rechazo de las ideas blanquistas, aunque modernizadas. Sin embargo el problema se analiza exclusivamente en relación al alcance que tiene para la socialdemocracia en cuanto *partido político*. En base a las condiciones estratégico-militares que ya eran distintas, Engels expone las escasas posibilidades de éxito de las futuras insurrecciones dirigidas por minorías conscientes y señala por otra parte que la condición indispensable para llevar a cabo la transformación completa del orden social es la participación de las masas y el conocimiento por parte de las mismas masas del carácter de la transformación que se quiere emprender. Pero todo esto se refiere únicamente a los *medios externos* y a la *voluntad*, es decir, a la *ideología*. La base *material* de la revolución socialista sigue quedando fuera del análisis, la antigua fórmula de la "apropiación de los medios de producción y de intercambio" aparece inalterada, y ni siquiera una sola sílaba revela que haya cambiado algo en los supuestos económicos de la transformación de los medios de producción a propiedad del estado a través de un acto revolucionario general. Sólo se revisa el *cómo* de la *conquista* del poder político, pero en cuanto a las *posibilidades económicas de utilizar* el poder, sigue en pie la antigua doctrina ligada al 1793 y 1796.

Haciéndose eco totalmente de esta concepción, Marx escribió en 1850 en *Las luchas de clases*: "El crédito público y el crédito privado son el termómetro

económico por el que se puede medir la intensidad de una revolución. *En la misma medida en que aquéllos bajan, suben el calor y la fuerza creadora de la revolución*" (*op. cit.*, p. 221). Frase genuinamente hegeliana y muy clara para las mentes acostumbradas al alimento intelectual hegeliano. Pero siempre existe un punto en el que el calor deja de crear y sólo tiene un efecto destructor. Una vez que se pasa de ese punto no existe ya progreso sino retroceso, es decir, lo contrario del objetivo del que se había partido. La táctica blanquista ha fallado siempre históricamente en ese punto, aun cuando haya vencido en un principio. Su punto vulnerable está aquí y no en la teoría del *putsch* y éste es precisamente un punto que nunca ha sido criticado por los marxistas.

Y no por casualidad, ya que en este aspecto la crítica al blanquismo se habría convertido en una autocrítica del marxismo —autocrítica no sólo de algunos aspectos externos, sino de elementos estructurales de su edificio doctrinal. Y sobre todo, como se puede comprobar, de su dialéctica. Siempre que veamos a la doctrina que parte de la economía como base del desarrollo social rendirse ante la teoría que exalta el culto de la violencia, podemos estar seguros de que nos encontramos ante una tesis hegeliana. Podrá tratarse de una analogía únicamente, pero entonces será peor. El gran fraude de la dialéctica hegeliana consiste en que nunca se equivoca del todo. No se contradice precisamente porque para ella todas las cosas tienen en sí mismas su propia contradicción. ¿Será una contradicción poner la violencia donde poco antes se encontraba la economía? Oh no, ya que la violencia es ya de por sí "un factor económico".

Ninguno puede refutar racionalmente la verdad relativa de esta última tesis. Pero si nos planteamos el problema de cómo y cuándo la violencia, en cuanto factor económico, actúa de tal manera que obtenga el resultado deseado, la dialéctica hegeliana nos deja desconcertados y no nos queda otro remedio que acudir a los hechos concretos y a los conceptos definidos exactamente —"metafísicamente"—, si no queremos cometer los más grandes disparates. Los saltos mortales lógicos del hegelianismo son brillantes, radicales y geniales. Como el fuego fatuo, nos deja entrever perspectivas ilimitadas rodeadas de contornos indefinidos. Pero una vez que hemos escogido el camino confiando en su ayuda, de ordinario caemos en un pantano. Lo verdaderamente importante que han hecho Marx y Engels no ha sido con la ayuda de la dialéctica hegeliana, sino a pesar de ella. Y si por otra parte han pasado impávidos ante el error más craso del blanquismo, la culpa ha sido, en primer lugar, del elemento hegeliano de su teoría.[a]

[a] [*N. del A.*] Las revoluciones políticas provocadas por las guerras mundiales han demostrado lo que se decía en este capítulo. En Rusia, básicamente atrasada, la revolución se llevó a cabo todavía con el esquema antiguo. Pero hay que señalar a este propósito que la victoria del bolchevismo fue sí la victoria de un partido socialista apoyado en elementos proletarios pero se logró explotando una serie de estímulos que tenían poco que ver con la lucha de clase socialista del proletariado y que la duración relativamente larga del dominio de los bolcheviques fue posible gracias al empleo despiadado de la fuerza de las bayonetas a la que se añadió toda una serie de renuncias a las socializaciones en las que se había comprometido en un principio, es decir, a concesiones relativas a la propiedad de los campesinos, que constituían las siete octavas partes de la población. En un primer momento las cosas se desarrollaron en Hungría en forma parecida a lo ocurrido en Rusia, sólo que el bolchevismo, al faltarle el

de los medios militares, se desbandó y fue seguido por una reacción agrario-militar. En cambio en Alemania, desarrollada industrialmente, la revolución, como vimos anterior- llevó rápidamente al poder a la socialdemocracia. Desde el 9 de noviembre de 1918, reunión del parlamento, el gabinete estuvo formado por el Consejo de los delegados blo [*Rat der Volksbeauftragten*] compuesto por socialdemócratas, mientras que los minis rgueses desempeñaban sólo determinados cargos técnicos [los llamados *Ressorts*]. Al mis mpo, sin embargo, se produjo la escisión en la socialdemocracia, llegándose a una violenta fratricida que permitió a los partidos burgueses alcanzar una mayoría parlamentaria. cción socialdemócrata que estaba en posibilidad de gobernar se vio obligada a formar un rno de coalición con los partidos burgueses alineados en favor de la república. Este rno no únicamente adoptó una orientación distinta, como lo señalamos arriba, porque aba una sola facción de la socialdemocracia, sino también porque la revolución, a causa la guerra, se encontraba en condiciones que hacían imposible y no deseable el dominio sivo de la clase trabajadora en Alemania.

A. ALGO MÁS SOBRE EL SIGNIFICADO DE LA TEORÍA MARXIANA DEL VALOR

> De todo esto, dicho sea de paso, se desprende una moraleja de la fábula: que bajo la reivindicación del producto íntegro del trabajo, tan apreciada por el trabajador, hay a veces gato encerrado.
>
> F. ENGELS, *Anti-Dühring*

Ya vimos que de acuerdo con la doctrina de Marx el plusvalor es el punto de apoyo de la economía de la sociedad capitalista. Pero para comprender en qué consiste el plusvalor hay que saber ante todo qué cosa es el valor. Por esta razón, la descripción de Marx sobre la naturaleza y el proceso del desarrollo de la sociedad capitalista empieza con el análisis del valor.

En la sociedad moderna, el valor de las mercancías consiste, según Marx, en el trabajo socialmente necesario empleado en su producción, medido en términos de tiempo. Pero para medir el valor de esta manera se necesita una serie de abstracciones y de reducciones. Ante todo hay que explicar el valor puro de cambio prescindiendo del valor de uso particular de las distintas mercancías. Luego —para construir el concepto de trabajo humano en general o abstracto— hay que prescindir de las características especiales de los distintos tipos de trabajo (reduciendo el trabajo más elevado o más complejo a trabajo simple o abstracto). Para llegar pues a establecer el tiempo de trabajo socialmente necesario como patrón de medida del valor trabajo, hay que prescindir de las diferencias de dedicación, habilidad y preparación técnica de los distintos trabajadores y, finalmente, cuando se trata de transformar el valor en valor de mercado, es decir, en precio, hay que prescindir del tiempo de trabajo socialmente necesario requerido por las distintas unidades de mercancía. Pero el valor del trabajo que hemos obtenido de esta manera exige también por su parte una nueva abstracción. En la sociedad capitalista desarrollada, las mercancías, como ya se ha señalado, no se enajenan en base a su valor individual sino en base a su precio de producción, es decir, en base al precio de costo real *más* una tasa media de ganancia proporcional, cuyo nivel está determinado por la relación entre el valor global de la producción social y el salario global de la fuerza humana de trabajo empleada en la producción, en el intercambio, etc.; de dicho valor global, hay que sustraer la renta de la tierra y tomar en cuenta la repartición del capital en capital industrial, comercial y bancario.

De esta manera el valor, por lo que respecta a las distintas mercancías o categorías de mercancías, pierde todo contenido y se convierte en una construcción meramente lógica. Pero, ¿ante estas circunstancias qué cosa es el "plusvalor"? Según Marx, este último consiste en la diferencia entre el valor trabajo de los productos y el pago de la *fuerza de trabajo* erogada por los trabajadores para producirlos. Por esta razón es obvio que en el momento en que el valor

trabajo pretenda ser únicamente una fórmula lógica o una hipótesis científica, con mayor razón el plusvalor se convertiría en una mera fórmula, en una fórmula basada en una hipótesis.

Como es sabido, Friedrich Engels ha planteado en un artículo publicado después de su muerte en *Die Neue Zeit* del año 1895-1896, una solución del problema a través de la consideración histórica del proceso. Según él, la ley del valor ha tenido una validez real inmediata y ha dominado real e inmediatamente el intercambio de mercancías en el período anterior a la economía capitalista. Mientras los medios de producción son propiedad del productor mismo, ya se trate de comunidades primitivas que intercambian sus productos excedentes, ya se trate de campesinos y artesanos que trabajan por su cuenta y llevan sus productos al mercado, los precios de estos productos oscilan alrededor del valor trabajo de los mismos. Pero apenas empieza a aparecer el capital entre los productores efectivos y los consumidores, primero bajo la forma de capital comercial y mercantil-manufacturero del "sistema a domicilio", luego bajo la forma de capital manufacturero y, finalmente, de capital de la gran industria, el valor trabajo desaparece cada vez más de la superficie y sale a la escena el precio de producción. Las susodichas abstracciones son repeticiones lógicas de procesos que se han desarrollado en la historia y cuyos efectos perduran aún hoy y, en determinados casos y formas, se repiten realmente. El valor trabajo sigue siendo una realidad a pesar de que ya no domine directamente la fluctuación de los precios.

Engels, remitiéndose a un párrafo del libro tercero de *El capital*, trata de demostrar todo esto con la ayuda de la historia económica. Pero, por más brillante que sea al explicar el origen y el desarrollo de la tasa de ganancia, el artículo pierde su fuerza probatoria conclusoria precisamente en el punto en que aborda el problema del valor. De acuerdo con la exposición de Engels, la ley del valor de Marx dominó como ley económica general desde cinco o seis milenios atrás, es decir, desde el comienzo del intercambio de productos en forma de mercancías (en Babilonia, Egipto, etc.) hasta el advenimiento de la producción capitalista. Parvus en el mismo año de *Die Neue Zeit*, planteó algunas observaciones válidas a esta opinión, haciendo alusión a una serie de hechos (relaciones feudales, economía indiferenciada en el campo, monopolios corporativos, etc.) que impedían la formación de un valor de cambio general basado en el tiempo de trabajo de los productores. Es evidente que el intercambio basado en un valor del trabajo no puede convertirse en una norma general mientras la producción destinada al intercambio siga siendo una rama colateral de las unidades económicas, una utilización de trabajo excedente, etc., y mientras los productores sigan produciendo en condiciones radicalmente diferenciadas. El problema del trabajo que crea valor de cambio y, por consiguiente, valor y plusvalor, no es tan claro en esa etapa de la economía como tampoco lo es hoy.

Pero lo que sí resulta tan claro en esa etapa de la economía como lo es hoy, es el hecho del *plustrabajo*. En la Antigüedad y en la Edad media, el plustrabajo efectuado no estaba dominado por ninguna mistificación; no se ocultaba detrás de la idea del valor. El esclavo, cuando se veía obligado a producir para el intercambio, era una pura máquina de plustrabajo y los siervos de la gleba

efectuaban un plustrabajo en las formas más disimuladas de la servidumbre, los tributos en especie o diezmos. El oficial del maestro de una corporación podía fácilmente controlar lo que le costaba su trabajo al maestro y lo que éste le hacía pagar al cliente.[1] Esta transparencia de relaciones entre salario y precio de las mercancías predomina todavía en los umbrales del período capitalista. Explica muchos pasajes de los escritos de economía política de aquel tiempo que ahora nos resultan sorprendentes y que se refieren al plustrabajo y al trabajo como único productor de riqueza. Lo que ahora nos parece fruto de una profunda observación de la realidad, en ese entonces era casi un lugar común. A los ricos de aquel tiempo no se les hubiera ocurrido nunca definir su riqueza como fruto de su propio trabajo. La teoría —que nace al principio del período de la manufactura— del trabajo como medida del valor (de cambio) que hasta ahora se va generalizando, se deriva de la idea del trabajo como único creador de la riqueza y concibe al valor de una manera todavía totalmente concreta, aunque en el acto contribuye más a confundir las ideas sobre el plustrabajo que a explicarlas. En Marx mismo se encuentra la explicación de cómo, más tarde, Adam Smith, basándose en el valor, presentó a la ganancia y a la renta de la tierra como sustracciones del valor trabajo y cómo Ricardo elaboró ulteriormente estas ideas y los socialistas las volvieron en contra de la economía burguesa.

Sin embargo, en Adam Smith ya se concebía el valor trabajo como una abstracción de la realidad predominante. Tiene una realidad concreta únicamente "en la etapa ruda y primitiva de la sociedad" que precede a la acumulación del capital y a la apropiación de la tierra y en las formas atrasadas de la industria. En el mundo capitalista, en cambio, para Adam Smith los elementos constitutivos del valor son, junto con el trabajo o el salario, la ganancia y la renta, y el valor trabajo le sirve a Smith sólo como un "concepto" que le permite poner en evidencia la distribución del producto del trabajo, es decir, el hecho del *plustrabajo*.

En el sistema de Marx el planteamiento no es, en principio, distinto. Es cierto que Marx se aferra más al concepto de valor trabajo que Smith y que lo entiende de una manera mucho más rigurosa aunque también más abstracta. Pero mientras la escuela de Marx, incluyéndome a mí, se apasionaba en discutir el problema de si el atributo "tiempo de trabajo socialmente necesario" del valor trabajo se refería sólo al *modo* de producir una mercancía o se refería al mismo tiempo a la relación entre la cantidad producida de dicha mercancía y la demanda efectiva —y creía todavía que este punto era de fundamental importancia para el sistema— sobre el escritorio de Marx ya se encontraba lista una solución, que le daba a este problema (junto con otros más) un aspecto completamente distinto, o mejor dicho, lo desplazaba a un terreno y en una dirección distintos. El valor de las distintas mercancías o de un tipo de mercan-

[1] En aquellas partes en que los métodos industriales precapitalistas quedaron a salvo prolongándose hasta la edad moderna, el plustrabajo se presenta todavía sin ninguna clase de disfraz. El ayudante del pequeño maestro albañil que realiza trabajos para uno de sus clientes, sabe perfectamente que su salario por hora es mucho menor que el precio que cobra el maestro a su cliente por cada hora de trabajo. Dígase lo mismo de los sastres, los jardineros, etc., que trabajan para una clientela.

cías se convierte ahora en un elemento completamente secundario, ya que las mercancías se enajenan de acuerdo con el precio de producción —costos de producción *más* tasa de ganancia. Ahora se instala en el primer plano *el valor de la producción total de la sociedad* y el surplus de *este valor* sobre el monto de los salarios totales de la clase trabajadora, es decir, *todo el plusvalor social* y no el *plusvalor individual*. Lo que produce la totalidad de los trabajadores, en un momento determinado, por encima de la parte que les corresponde, constituye el plusvalor social o plusvalor de la producción social, que se reparten los distintos capitalistas en proporciones aproximadamente iguales, de acuerdo con el capital empleado en la actividad económica. Pero este sobreproducto sólo se realiza en la medida en que la producción total corresponde a las necesidades totales, o a la capacidad de absorción del mercado. Desde este punto de vista, y considerando a la *producción como un todo*, el valor de cada una de las especies de mercancía está determinado por el tiempo de trabajo que, en condiciones normales de producción, se ha necesitado para producirla en la cantidad que el mercado, o la colectividad vista bajo el aspecto de adquiriente, puede absorber en cada momento. Aunque, el hecho está en que precisamente para las mercancías consideradas aquí no existe en la realidad una medida de las necesidades globales periódicas y por lo tanto, el valor, concebido en la manera considerada anteriormente, es una realidad meramente ideal, que no difiere del valor útil marginal de la escuela de los Gossen, Jevons y Böhm. En la base de ambas se encuentran relaciones reales, aunque ambas están construidas sobre abstracciones.[2]

[2] Leo von Buch, en su ensayo *Intensität der Arbeit, Wert und Preis der Waaren* [Intensidad del trabajo, valor y precio de las mercancías], Dunker & Humblot, Leipzig, 1896, realiza un interesante intento por darle al valor trabajo un contenido concreto, es decir, por transformarlo en una magnitud teóricamente mensurable. El autor, que evidentemente no conocía aún el tercer libro de *El capital* al momento de escribir su trabajo, construye como medida de magnitud del valor trabajo, el concepto de intensidad marginal del trabajo que equivale al producto de dos relaciones: la relación entre el tiempo de trabajo diario y la jornada de ocho horas, y la relación entre el salario efectivo y el valor del producto del trabajo (tasa de explotación). A medida que se reducen la jornada laboral y la tasa de explotación aumentan la intensidad del trabajo y el valor trabajo del producto. Según Buch, el valor trabajo no tiene, en esta forma, como base la explotación. Esta última se da únicamente en base a la relación entre el valor trabajo y el valor de mercado del producto que sirve de base al precio y que Buch llama valor de *estimación*, rechazando el término "valor de cambio" que según él no tiene hoy ningún sentido ya que no existe el intercambio.

Por más desconcertante que pueda parecer a primera vista esta teoría tiene un mérito: el mantener rigurosamente separados el valor trabajo y el valor de mercado. Buch evita todo dualismo conceptual y puede desarrollar el primer concepto con mucho mayor claridad y pureza. Se trata sólo de saber si en el fondo no era una abstracción reducir este último "valor" a la determinación del valor trabajo. Si Buch, como eran sus intenciones, quería establecer un fundamento *fisiológico* para la antítesis entre el valor trabajo y el valor de mercado, podía lograrlo estableciendo también directamente el salario pagado en realidad como [illegible] de medida. Pero los que rechazan en forma radical la relación entre valor trabajo y salario pueden volver al pasaje de Marx correspondiente al capítulo sobre el "Proceso de trabajo y proceso de valorización" en el que dice: "Siendo mayor el valor de esa fuerza [fuerza de trabajo], la misma habrá de manifestarse en un trabajo también superior y objetivarse, durante los mismos lapsos, en valores proporcionalmente mayores" (K. Marx, *El capital*, t. I, p. [illegible]). El ensayo de Buch, del que sólo existe la primera parte y que me sirvió para [illegible] más

Naturalmente, estas abstracciones son inevitables cuando se trata de considerar fenómenos complejos. Hasta qué punto sean admisibles, depende totalmente del objeto y de la finalidad de la investigación. Ayer, Marx podía permitirse prescindir de las características de las mercancías, hasta el punto de reducirlas a simples encarnaciones de cantidades de trabajo humano sencillo, del mismo modo que en la actualidad la escuela Böhm-jevonsiana está en libertad de prescindir de todas las cualidades de las mercancías con excepción de la utilidad. Pero unas abstracciones y otras sólo son admisibles para fines determinados de la demostración, y los principios encontrados en base a dichas abstracciones tienen un título de validez únicamente dentro de determinados límites.

Pero si no existe una medida segura de las necesidades totales periódicas de un determinado tipo de mercancías, la práctica nos demuestra sin embargo que en ciertos períodos la demanda y la oferta de todas las mercancías están aproximadamente equilibradas. La práctica nos demuestra además que sólo una parte de la colectividad participa activamente en la producción y en la consignación[3] de las mercancías, mientras que otra parte está formada por personas que gozan de un ingreso por servicios que no están vinculados directamente con la producción o de un ingreso que no proviene del trabajo. Un número considerablemente mayor del que coopera activamente en la producción vive de todo el trabajo contenido en la misma, y la estadística de los ingresos indica que, por añadidura, los estratos sociales que no actúan en la producción se apropian de una parte del producto total muy superior a su proporción numérica efectiva con respecto a la parte productivamente activa. El plustrabajo de esta última es un hecho *empírico*, demostrable *experimentalmente*, que no tiene necesidad de una demostración deductiva. Que *la teoría de Marx sobre el valor sea más o menos exacta, es por completo indiferente para los fines de la verificación del plusvalor. En este sentido no constituye una tesis demostrativa, sino solamente un instrumento de análisis y explicación.*

Así pues cuando Marx, para analizar la producción de mercancías, supone que la mercancía en particular se enajena de acuerdo con su valor, no hace otra cosa que ilustrar con un caso hipotético aislado el proceso que, de acuerdo con su concepción, sucede efectivamente en la *producción total*. El tiempo de trabajo empleado por la totalidad de las mercancías constituye entonces su valor social,[4] en el sentido antes mencionado. Y aun cuando el valor social no se realice completamente —dada la continua depreciación de las mercancías debida a la parcial sobreproducción— esto no influye, en principio, en el hecho del

a fondo en una ocasión mejor, no me parece carente de rigor analítico y contribuye considerablemente a la solución de un problema que no se ha llegado a explicar definitivamente.

[3] Preferimos este término porque el de "distribución" (*Vertheilung*) es equívoco.

[4] "En realidad la ley del valor se impone... de modo que no sólo se emplea únicamente el tiempo de trabajo necesario para cada mercancía sino que sólo se emplea la cantidad proporcional necesaria del tiempo de trabajo social global en los diversos grupos. Pues lo que sigue siendo condición es el valor de uso... La necesidad social, es decir, el valor de uso elevado a la potencia social, aparece aquí como determinante de la cuota del tiempo global de trabajo social correspondiente a las diversas esferas de la producción en particular" (K. Marx, *El capital* [III/8, pp. 817-818]). Esta frase es suficiente para demostrar que es imposible liquidar la teoría de Gossen-Böhm con algunas frases ingeniosas.

plusvalor o del plusproducto social. El acrecentamiento de su masa se modificará o retardará ocasionalmente, pero no se ha dado el caso, en ningún sistema político moderno, de un estancamiento, por no hablar de una disminución de la masa de plusproducto. El plusproducto aumenta en todas partes, pero la relación entre su aumento y el aumento del capital destinado a los salarios va disminuyendo en los países más avanzados.[5]

El hecho de que Marx transfiera este esquema del valor total de las mercancías a la mercancía en particular, nos indica que la formación del plusvalor, para él, está exclusivamente en la esfera de la producción, en la que para producirlo se cuenta con el trabajador asalariado de la industria. Todos los demás elementos activos de la vida económica moderna son agentes subsidiarios de la producción, que según los casos, ayudan a *elevar indirectamente el plusvalor*, puesto que como comerciantes, financieros, etc., o a título personal, por ejemplo, le quitan a la empresa industrial un trabajo que de otro modo tendría que realizar, y de esta manera restringen sus costos improductivos. Los mayoristas, etc., y sus empleados no son más que una transformación y diferenciación de las tareas, etc., de los industriales, y sus ganancias, una transformación y concentración de los costos improductivos de estos últimos. Los empleados bajo un régimen salarial de los comerciantes crean ciertamente plusvalor para *éstos*, pero no un plusvalor social. La ganancia de su superior y los salarios son, en conjunto, una parte del plusvalor que se produce en la industria. Salvo que esta parte sea proporcionalmente inferior a la que existía antes de la diferenciación de las funciones consideradas aquí, o que pueda existir sin ella. Sólo esta diferenciación hace posible el grandioso desarrollo de la producción y la aceleración de la rotación del capital industrial. Del mismo modo que la división del trabajo en general, ésta aumenta la productividad del capital industrial y por ende del trabajo empleado directamente en la industria.

Esta breve recapitulación de las consideraciones desarrolladas en el libro tercero de *El capital* sobre el capital comercial (del que a su vez el capital bancario representa una diferenciación), y sobre la ganancia comercial, es suficiente para darse cuenta de las limitaciones tan estrechas que tiene el trabajo creador de plusvalor en el sistema de Marx. Las funciones que hemos enumerado y otras que no es el caso mencionar, son indispensables por su naturaleza para que la humanidad no se descomponga en pequeñas unidades económicas cerradas, en las que ciertamente desaparecen estas funciones o se reducen al mínimo. En la teoría del valor, que también es válida para la sociedad presente, todo el gasto que recae sobre ellas, figura simplemente como una deducción del plusvalor, en parte como "costo improductivo" y en parte como un elemento integrante de la tasa de explotación.

Existe aquí cierta arbitrariedad en la valoración de las funciones, que presupone no ya la sociedad existente sino una sociedad hipotética de economía colectivista. Esta es la clave de todos los puntos oscuros de la teoría del valor, que sólo puede comprenderse con el auxilio de este esquema. Ya vimos que se podía tomar al plusvalor como una realidad únicamente por el hecho de que

[5] [*N. del A.*] La guerra tuvo como consecuencia, en diversos países, una serie de revoluciones cuya duración y resultado no son previsibles.

se había considerado a *la economía como un todo.* Marx no llegó a terminar el capítulo relativo a las clases, tan importante para su teoría. Con ello hubiera demostrado de una manera más clara que el valor trabajo no es ni más ni menos que una clave, una construcción lógica, como lo es el átomo animado.[6] Una clave que utilizada por la mano maestra de Marx llevó a un descubrimiento y a una descripción del mecanismo de la economía capitalista que hasta ahora ninguno ha igualado en profundidad, coherencia y lucidez. Pero a partir de cierto punto deja de ser válida y se convierte en algo nefasto para casi todos los discípulos de Marx.

La teoría del valor trabajo es desorientadora sobre todo porque el valor

[6] Sabemos que pensamos y sabemos también en una forma suficiente de qué manera pensamos. Pero no sabremos nunca cuál es el mecanismo de nuestro pensamiento, es decir, por qué a partir de impresiones externas, de excitaciones nerviosas o de modificaciones en la disposición y en la acción combinada de los átomos de nuestro cerebro, surge el conocimiento. Se ha tratado de explicar este fenómeno atribuyéndole al átomo un cierto grado de conocimiento virtual, de animación, en el sentido de la monadología. Pero se trata de una construcción lógica, de un asunto al que nos lleva nuestra costumbre discursiva y nuestra necesidad de tener un concepto unitario de la realidad. Un artículo, en el que yo mencionaba este hecho y señalaba que en el fondo el materialismo puro es un idealismo, le dio a Georgi Plejánov la grata oportunidad de atacarme en *Die Neue Zeit* (núm. 44, XVI, 2) y de acusarme de ignorancia, en general, y de absoluta incapacidad para comprender las intuiciones filosóficas de F. Engels, en particular. No me detendré en la forma arbitraria en que dicho autor aplica mis palabras a cosas que yo no había ni siquiera tocado, y me limitaré a constatar que mi artículo se reduce a explicar el problema en estos términos: un día, Engels, a la pregunta de Plejánov: "¿Usted cree que el viejo Spinoza tenga razón al decir que 'el *pensamiento* y la *extensión* no son más que dos atributos de una misma sustancia'", contestó: "Claro, el viejo Spinoza tiene toda la razón."

Ahora bien, en Spinoza, la sustancia a la que le aplica estos dos atributos es Dios. Naturalmente, Dios identificado con la naturaleza —y esto explica por qué Spinoza fue denunciado muy pronto como negador de Dios y su filosofía condenada como atea, mientras que formalmente aparece como un panteísmo que, por lo demás, no es otra cosa más que un ateísmo disfrazado para los que sostienen la doctrina de un Dios personal existente fuera de la naturaleza. Spinoza llegó al concepto de Dios como sustancia infinita, con estos y otros atributos no menos específicos, a través de una deducción meramente especulativa; consideraba que el pensamiento con sus leyes y el ser eran idénticos. En esta forma terminó por encontrarse con las ideas de algunos materialistas. Sólo por medio de una interpretación realmente arbitraria de sus palabras se le puede definir personalmente como representante del materialismo filosófico. Si por materialismo hay que entender alguna cosa precisa, ésta puede ser únicamente la doctrina de la materia como fundamento último y único de la realidad. Spinoza, en cambio, define la sustancia de Dios como *algo incorpóreo.* Cada quien es libre de ser spinociano, pero en caso de serlo no será precisamente materialista.

Sé perfectamente que Engels ofrece en *Ludwig Feuerbach* dos definiciones de materialismo distintas de la que acabo de dar. En primer lugar, reclama para el materialismo todas las definiciones que consideran a la naturaleza como elemento original; en segundo lugar, define el materialismo mismo como "la negación de cualquier fantasía idealista que no pueda armonizarse con los hechos concebidos dentro de su propia vinculación". Estas definiciones le dan a la palabra "materialismo" un significado tan amplio que termina por perder cualquier determinación y por incluir toda una serie de concepciones antimaterialistas. Una vez más se constata —y lo demuestra involuntariamente el mismo Plejánov— que el hecho de aferrarse al término "materialista" se debe más a motivos políticos que científicos. El que no jura sobre la materia pensante, es sospechoso de herejía política —es la moraleja de su artículo. ¿Cómo podré sobrevivir a este anatema?

trabajo se presenta repetidas veces como criterio de medida de la explotación del trabajador por parte del capitalista —a esto nos lleva entre otras cosas la definición de la tasa de plusvalor como tasa de explotación, etc. De todo lo que hemos dicho anteriormente se puede deducir que es falsa como criterio de medida de este tipo, aun en el caso que se partiera de la sociedad como un todo y se comparara el monto total de los salarios con el monto total de los demás ingresos. La teoría del valor nos podría dar una norma para juzgar la justicia o injusticia de la distribución del producto del trabajo, semejante a la que nos podría dar la teoría del átomo para juzgar la belleza o fealdad de una pintura. Tan es así que hoy día los trabajadores mejor ocupados, es decir, los miembros de la "aristocracia del trabajo", se encuentran precisamente en las industrias que tienen una tasa de plusvalor muy elevada, mientras que los que son humillados en forma vergonzosa se encuentran precisamente en las que tienen una tasa muy baja.

No se puede basar científicamente el socialismo o el comunismo en el solo hecho de que el trabajador asalariado no reciba todo el valor del producto de su trabajo. "Por otra parte, Marx —escribe Engels en el prefacio a la *Miseria de la filosofía*— nunca utilizó estos hechos como base para sus reivindicaciones comunistas, sino más bien la necesaria quiebra que se produce progresivamente ante nuestros ojos, en el modo de producción capitalista."

Veamos cómo están las cosas a este respecto.

LA DINÁMICA DE LOS INGRESOS EN LA SOCIEDAD MODERNA

> De ahí que si por una parte la acumulación se presenta como concentración creciente... por otra parte aparece como repulsión de muchos capitales individuales entre sí.
>
> K. MARX, *El capital*, I/3, p. 788

El plusvalor según la doctrina de Marx es el destino del capitalista. El capitalista debe producir plusvalor para conseguir una ganancia, pero no puede obtener plusvalor únicamente del trabajo vivo. Para asegurarse un mercado contra sus competidores debe tratar de reducir los costos de producción, cosa que logra —cuando no puede reducir los salarios— sólo a través de un aumento en la productividad del trabajo, es decir, a través del perfeccionamiento de la maquinaria y del ahorro de fuerza humana de trabajo. Sin embargo cuando deja inactiva la fuerza humana de trabajo prescinde del trabajo que produce plusvalor y mata así la gallina de los huevos de oro. Su consecuencia es la caída gradual de la tasa de ganancia que aunque se puede frenar temporalmente con una serie de circunstancias contrarrestantes, no se reanuda sin embargo inexorablemente. Tenemos así una nueva contradicción interna del modo capitalista de producción. La tasa de ganancia, que constituye el estímulo para la utilización productiva del capital, en cierto momento disminuye y se debilita el estímulo para la empresa productiva, sobre todo cuando se trata de nuevos

capitales que aparecen en el mercado como retoños de la masa de capital acumulado. El capital mismo se presenta como un obstáculo a la producción capitalista. Se interrumpe el desarrollo ulterior de la producción. Por una parte todo capital activo trata de garantizar y aumentar su ganancia bruta a través de una febril tensión productiva y, por otra parte, se perfila un estancamiento en la expansión de la producción. Esto no es más que la otra cara de los procesos que impulsan a la crisis de sobreproducción relativa en el mercado de los valores de uso. La sobreproducción se manifiesta al mismo tiempo como sobreproducción de capitales. Tanto en un caso como en el otro, las crisis crean un equilibrio temporal. Se da una colosal desvalorización y destrucción de capitales y bajo el influjo del estancamiento una parte de la clase trabajadora se ve obligada a sufrir una reducción del salario hasta llegar a límites inferiores a la media, ya que en el mercado de trabajo el capital dispone de un mayor ejército de reserva de mano de obra excedente. De esta manera, durante algún tiempo, se restablecen las condiciones para nuevas inversiones rentables de capital y puede volver a comenzar desde el principio la danza, aunque a un nivel más alto de la contradicción interna que hemos descrito. Mayor centralización de los capitales, mayor concentración de las empresas y más elevada tasa de explotación.

¿Todo esto será cierto?

Sí y no. Es cierto ante todo tendencialmente. Las fuerzas que hemos descrito existen y actúan en la dirección considerada. También los procesos fueron extraídos de la realidad. La caída de la tasa de ganancia es un hecho; la aparición de las crisis de sobreproducción, la periódica destrucción de capitales, la concentración y centralización del capital industrial y el aumento de la tasa de plusvalor, son hechos reales. Hasta aquí no hay que objetar nada, en principio, a esta descripción. Si el panorama no corresponde a la realidad no es porque lo que se dice sea falso, sino porque lo que se dice es incompleto.[7] Marx descuida totalmente o estudia en su oportunidad los factores que limitan estas contradicciones, pero al momento de realizar la síntesis y la contraposición de los hechos establecidos, se olvida de ellos. De este modo aparece más fuerte y más inmediato de lo que es en realidad el efecto social de los antagonismos.

En el libro primero de *El capital* (capítulo 23, párr. II), al hablar de la formación de ramificaciones del capital debidas a la división patrimonial, etc. ("repulsión de muchos capitales individuales entre sí"), Marx señala que, con la acumulación "crece en mayor o menor medida" el número de capitalistas después de estas divisiones (t. I, p. 777). Pero en las partes siguientes del análisis prescinde de este *crecimiento* del número de los capitalistas y llega hasta el punto de tratar a la sociedad por acciones desde la perspectiva de la concentración y centralización del capital. Con el "en mayor o menor medida" parece resuelto el problema. Al final del libro primero se habla sólo de la "disminución constante del número de los magnates del capital", así como tampoco cambia el discurso, en principio, en el libro tercero. Es cierto que cuando se pasa al estudio de la tasa de ganancia y del capital comercial, se tratan hechos que hacen alusión a una fragmentación de los capitales, pero sin llegar a ningu-

[7] [*N. del A.*] Las limitaciones que hay que imponer a las afirmaciones anteriores sobre la caída de la tasa de ganancia, las crisis, etc., se explicarán en otras partes del libro.

na conclusión para los fines de nuestro problema. El lector se queda con la impresión de que el número de titulares del capital disminuye constantemente si no en números absolutos, por lo menos en proporción al aumento de la clase trabajadora. Ésta es la razón por la que en la socialdemocracia domina o se va difundiendo la idea de que la concentración de las empresas industriales y la concentración de los capitales avanzan en forma paralela.

Pero no es así. La forma de la sociedad por acciones actúa, en gran parte, en sentido contrario a la tendencia a la centralización de los capitales a través de la centralización de los negocios, y permite un amplio fraccionamiento de capitales ya concentrados y hace superflua la apropiación de capitales por parte de los distintos magnates con el fin de concentrar las empresas industriales. Si algunos economistas no socialistas han aprovechado este hecho para cubrir de oropel la situación social, para los socialistas no hay motivo para ocultarlo o para no hablar de él. Se trata más bien de conocer su extensión real y su alcance.

Sin embargo no existen estudios estadísticos sobre las acciones de primera emisión, preferentes, etc., de las sociedades por acciones, a pesar de su impetuosa expansión. En la mayor parte de los países, las acciones son al portador (se pueden cambiar de titular sin tantas complicaciones, como si se tratara de una segunda clase de papel moneda), mientras que en Inglaterra, en que prevalecen las acciones nominativas y las listas de accionistas están a la vista de todos en la oficina del registro público, la elaboración de una estadística de los titulares de acciones más precisa es una tarea colosal que hasta ahora nadie se ha atrevido a emprender. Se puede calcular el número aproximado sólo en base a ciertas informaciones sobre las distintas sociedades. Sin embargo, para mostrar cuán engañosas son las ideas que se forman al respecto, y cómo actúa en realidad la forma de centralización capitalista más moderna, el "trust", sobre la repartición de la riqueza de un modo completamente distinto al que tenían a la vista los que miran las cosas desde lejos, presentamos a continuación algunos datos estadísticos que pueden comprobarse fácilmente.

El *trust* inglés de los hilados, fundado hace aproximadamente un año, cuenta con no menos de 12 300 accionistas. De los cuales:

6 000 titulares de acciones de primera emisión con 1 200 marcos de capital (en promedio);
4 500 titulares de acciones preferentes con 3 000 marcos de capital (en promedio);
1 800 titulares de obligaciones con 8 500 marcos de capital (en promedio).

También el *trust* de los hiladores de hilos finos cuenta con un considerable número de accionistas, 5 454 precisamente.

2 904 titulares de acciones de primera emisión con 6 000 marcos de capital (en promedio);
1 870 titulares de acciones preferentes con 10 000 marcos de capital (en promedio);
680 titulares de obligaciones con 20 000 marcos de capital (en promedio).

Semejante es la situación del *trust* del algodón P. y T. Coats.[4] [El número de accionistas del gran canal de navegación de Manchester asciende a 40 000 en nú-

[4] Con el surgimiento de todos estos *trusts*, los titulares de las fábricas anexadas han tenido que deshacerse ellos mismos de una parte de las acciones. Éstos no se incluyen en el cuadro.

meros redondos, el de la gran firma alimenticia T. Lipton, a 74 262! Una firma comercial citada recientemente como ejemplo de concentración de capital, la Spiers & Pond de Londres, con un capital social de 26 millones de marcos, tiene 4 650 accionistas, de los cuales sólo 550 cuentan con una propiedad en acciones superior a los 10 000 marcos. Éstos son otros tantos ejemplos de fragmentación de la participación en empresas centralizadas. Evidentemente, no todos los accionistas son capitalistas en grado sobresaliente y muchas veces un mismo gran capitalista está representado en distintas sociedades bajo la apariencia de *pequeño accionista*. A pesar de esto, el número de accionistas y el importe medio de sus propiedades accionarias aumenta rápidamente. Globalmente se calcula que el número de accionistas en Inglaterra supera con mucho el millón, y no es exagerado pensar que sólo en 1896 el número de las sociedades por acciones del Reino Unido ascendía a 21 223, con un capital invertido de 22 290 *millones de marcos*, a los que hay que añadir las empresas del exterior que no se negocian en Inglaterra, los títulos públicos, etcétera.[9]

Esta distribución de la riqueza nacional se refleja a su vez en las cifras de la estadística de los ingresos. Lo mismo podría decirse, en gran parte de los casos, del *sobreproducto* nacional.

En el año fiscal 1893-1894 (de acuerdo con la última relación con que cuento), en el Reino Unido, el número de personas, con 3 000 marcos o más, clasificadas bajo los rubros D y E (ingresos por ganancias comerciales, honorarios de altos funcionarios, etc.) ascendía a 727 270. A éstos hay que añadir los censados con renta de la tierra (rentas y arrendamientos), colocaciones e inversiones de capital gravables. Estos grupos tienen un ingreso gravable global casi igual al de los grupos antes mencionados, concretamente 6 000 en comparación de los 7 000 millones de marcos de ingreso —cosa que llevaría casi a duplicar el número de personas que ganan más de 3 000 marcos.

La *British Review* del 22 de mayo de 1897 incluye algunas cifras sobre el incremento de los ingresos en Inglaterra de 1850 a 1881. De acuerdo con ellas, Inglaterra contaba en 1851 con 300 000 familias en números redondos y en 1881 con 990 000, cuyos ingresos iban de 150 a 1 000 libras esterlinas (la mediana y pequeña burguesía y la alta aristocracia trabajadora). Mientras la población, en estos 30 años había aumentado en una proporción de 27 a 35, es decir en un 30 %, el número de las clases de ingreso había aumentado *en una proporción de 27 a 90*, es decir, en un 233.33 %. Giffen calcula que en la actualidad ese número llega a *un millón y medio de contribuyentes*.

En principio, no es distinto el panorama que nos presentan otros países: Francia, según Mulhall, sobre un total de 8 000 000 de familias, tiene 1 700 000 familias en condiciones de existencia de grande y pequeña burguesía (ingreso medio de 5 200 marcos) contra 6 000 000 de trabajadores y 160 000 ricos en sentido absoluto. En Prusia, durante 1854, como saben los que han leído a Lassalle, sobre una población de 16.3 millones había sólo 44 407 personas con un ingreso superior a 1 000 táleros. En 1894-1895, sobre una población global de 33 millones aproximadamente, 321 296 personas gozaban de un ingreso gravable superior a

[9] El capital inglés invertido en el exterior se calcula hoy en 72 000 *millones de marcos*, con un incremento anual medio de 114 millones.

3 000 marcos. En 1897-1898, su número había ascendido a 347 328. Mientras la población se había duplicado, el estrato de las clases mejor colocadas había aumentado en más de 7 veces. Aun cuando se quisiera tomar como prueba en contrario que los territorios anexados en 1861 dan indicios de un bienestar superior al de la vieja Prusia, y que los precios de muchos bienes alimenticios han aumentado considerablemente en el ínterin, de todos modos, la proporción incremental de los mejor situados con respecto a la de la población global resulta muy superior a 2 : 1. Si tomamos, por ejemplo, un período posterior, encontramos que en los catorce años comprendidos entre 1876 y 1890, sobre un incremento global de los censados igual al 20.56 %, los contribuyentes con ingresos de 2 000 a 20 000 marcos (la burguesía acomodada y la pequeña burguesía) aumentaron de 442 534 a 582 024, es decir, en un 31.52 %. La clase de los poseedores propiamente dichos (6 000 marcos de ingreso o más) creció en el mismo período de 66 319 a 109 095, o sea, en un 58.47 %. Cinco sextas partes de este incremento, 33 226 sobre 38 776, entraron en el sector intermedio de los ingresos entre 6 000 y 20 000 marcos. La situación del estado más industrializado de Alemania, Sajonia, en la que de 1879 a 1890 el número de los ingresos entre 1 600 y 3 300 marcos pasó de 62 140 a 91 124, el de los ingresos entre 3 300 y 9 600 marcos, de 24 414 a 38 841, no es distinta.[10] La situación de los otros estados alemanes es parecida. Naturalmente, no todos los que perciben ingresos elevados son "poseedores", pero se puede deducir qué tan elevado es su número, del hecho de que en 1895-1896, en Prusia, 1 152 332 censados con una *posesión* patrimonial neta gravable de más de 6 000 marcos estuvieron sujetos a un impuesto adicional. La mitad de ellos, es decir, 598 063, declararon un ingreso gravable de más de 20 000 marcos y 385 000 uno de más de 32 000 marcos.[11]

Por lo tanto, es absolutamente falso que el desarrollo actual dé muestras de una relativa o absoluta disminución del número de poseedores. El número de los poseedores no aumenta "en mayor o menor medida" sino simplemente *más*, es decir, en *sentido absoluto y en sentido relativo*. Si la actividad y las perspectivas de la socialdemocracia dependieran de la disminución del número de poseedores, podría "irse a dormir" tranquilamente. Pero sucede todo lo contrario. *Las perspectivas del socialismo dependen del incremento de la riqueza social y no de la recesión*. El socialismo o el movimiento socialista de la edad moderna ha sobrevivido a muchas supersticiones y sobrevivirá también a la que sostiene que su futuro depende de la concentración de la propiedad o, si se quiere, de la absorción del plusvalor por parte de un grupo cada vez más restringido de mamuts capitalistas.[12] El hecho de que la sobreproducción social esté monopolizada por

[10] De 1890 a 1892, esta última categoría subió en más 2 490, es decir, a 39 265 marcos. En cuanto a la primera categoría no cuento con ningún dato para 1892, y por esto me limito a señalar que en Sajonia, entre 1879 y 1892, el número de personas con un ingreso entre los 800 y los 3 300 marcos (los trabajadores mejor situados y la pequeña burguesía) ascendió de 227 839 a 439 948, es decir del 24.4 al 30.18 % de los censados. Las cifras relativas a Prusia y Sajonia se tomaron del *Handwörterbuch für Staatswissenschaften* y del *Handbuch* de Schönberg.

[11] [*N. del A.*] Hasta el año 1911 el número de censados con más de 32 000 marcos de patrimonio, había ascendido, en Prusia, a 608 882. El número de los contribuyentes sujetos al impuesto sobre la renta con un ingreso superior a los 52 000 marcos había ascendido a 539 228 en 1912.

[12] Por otra parte, la publicística socialista descuida casi siempre el hecho de que en la

diez mil personas o se distribuya gradualmente entre medio millón de individuos, no tiene importancia, en principio, para los nueve o diez millones de jefes de familia que quedan fuera de este negocio. Al contrario. Podría costar menos plusvalor mantener algunos miles de privilegiados en una lujosa opulencia, que a medio millón o más en un bienestar inicuo.

Si la sociedad estuviese formada o se hubiera desarrollado de acuerdo con las hipótesis tradicionales de la doctrina socialista, la quiebra económica sería una cuestión de corto plazo. Pero, como vemos, no es así. En lugar de simplificarse respecto a la anterior, la estructura de la sociedad se estratifica y diferencia cada vez más, tanto por lo que concierne al nivel de los ingresos como por lo que concierne a las actividades profesionales. Si no tuviéramos ante nuestros ojos esta realidad, establecida empíricamente por la estadística de los ingresos y de las profesiones, por la simple vía deductiva se podría demostrar también que se trata de una consecuencia necesaria de la economía moderna.

La característica principal del modo de producción moderno consiste en el gran aumento de la productividad del trabajo. Teniendo como consecuencia un aumento no menos grande de la *producción* —de la producción masiva de bienes de consumo. ¿Qué fin tiene esta riqueza? O, yendo directamente al meollo de la cuestión: ¿qué fin tiene el *sobreproducto* que producen los asalariados de la industria más allá de su consumo, que está limitado por su salario? Aun cuando los "magnates del capital" tuvieran vientres diez veces más grandes de lo que les atribuía el humorismo popular y mantuvieran una servidumbre diez veces mayor a la efectiva, su consumo, sin embargo, pesaría como una pluma en la balanza, en comparación con la masa del producto nacional anual —téngase en cuenta que la gran producción capitalista es sobre todo producción *masiva*. Se dirá que el excedente lo exportan. De acuerdo, pero el comprador extranjero termina por pagar nuevamente con mercancías. En el comercio mundial, la función del dinero circulante casi no existe. Cuanto más rico en capital es un país, tanto mayor es su importación de mercancías, ya que los países a los que les presta dinero no pueden pagar los intereses más que con mercancías.[15] ¿Qué fin tiene, entonces, la cantidad de mercancías que no consumen los magnates ni su servidumbre? Si de una manera u otra no llega a los proletarios debe ser acaparada por otras clases. Existe una creciente disminución relativa del número de los capitalistas y un bienestar creciente del proletariado, o existe una numerosa clase media. Esta es la única alternativa que nos da el progresivo aumento de la producción. Las crisis y los gastos improductivos con fines militares, etc., se tragan mucho, pero en la edad contemporánea sólo han logrado absorber algunas fracciones del sobreproducto global. Si la clase trabajadora tuviera que esperar hasta que el "capital" hubiera hecho desaparecer

estadística de los máximos ingresos, un porcentaje muy alto se refiere a personas jurídicas, es decir, a organismos de todo tipo (sociedades por acciones, etc.). Por ejemplo, en Sajonia 5 594 de los 11 138 censados en 1892 con un ingreso superior a los 9 600 marcos estaban constituidos por personas jurídicas, y a medida que sube el ingreso prevalecen más estas últimas. La relación entre personas físicas y personas jurídicas con ingresos superiores a los 300 000 marcos era de 23 a 33, respectivamente.

[15] Inglaterra recobra sus créditos bajo la forma de una sobreimposición con un saldo de dos mil millones de marcos, la mayor parte está formada por artículos de consumo duradero.

de la faz de la tierra a las clases medias, podrían echarse un largo sueño. El capital con una mano expropiaría a estas clases y con la otra les devolvería vida. La misión de absorber los elementos parasitarios de la economía no le corresponde al "capital" sino a la clase trabajadora.

Basándose en el hecho de que la riqueza de las naciones consiste cada vez más en bienes de consumo perecederos los escritores manchesterianos formularon una serie de cuadros idílicos sobre el estado actual de las cosas. En esa época, esto indujo a casi todos los socialistas a caer en el extremo opuesto y a considerar la riqueza social únicamente como riqueza fija, *sub specie* del "capital", que poco a poco se fue personificando en una entidad mística. Hasta las mentes más lúcidas perdieron la brújula al ponerse en contacto con esta figura del "capital". Marx, por su parte, dice a propósito del economista J. B. Say, que éste se dedica a trinchar juicios sobre las crisis porque sabe que la mercancía es un producto. En la actualidad hay muchos que creen haber dado fin al tema de la riqueza social al referirse a la forma específica del capital de empresa.

A la afirmación, contenida en mi comunicación al congreso partidario de Stuttgart, de que el incremento de la riqueza social va acompañado de un aumento en el número de los capitalistas de toda especie y no de una disminución del número de magnates del capital, un editorial de la *New Yorker Volkszeitung* le objeta que, por lo menos en cuanto se refiere a América, esto es falso, ya que los datos del censo de los Estados Unidos indican que la producción está dominada, en cuanto a su magnitud global, por un número cada vez más reducido de *sindicatos* ("Concerns"). ¡Vaya refutación! Mi crítico cree poder desmentir lo que yo digo de la *articulación* general *de las clases*, refiriéndose a la articulación de las *empresas industriales*. Es como si uno dijera que el número de los proletarios se reduce cada vez más en la sociedad moderna, porque donde antes existía un trabajador aislado ahora existe un *sindicato*.

Como es natural, el editorial añade en seguida que el hecho principal está en la concentración y que no interesa que los accionistas formen una nueva clase de personas que no hacen nada.

Se trata ante todo de un punto de vista y no de una demostración contra el hecho que hemos señalado. Por lo que se refiere al análisis de la sociedad este hecho tiene otro sentido. Desde un cierto punto de vista, puede también resultar menos significativo; aunque el problema no consiste tanto en esto, como en el de su verdad o falsedad. En mi comunicación hablo un poco más adelante de la concentración de las empresas, cuya existencia no desconocía. Menciono dos hechos y mi crítico cree que puede demostrar la falsedad del uno diciendo que sólo es importante el otro. Espero lograr desvanecer el fantasma que ofusca su mirada y la de otros más.

También Kautsky —en Stuttgart— se ha referido a esa afirmación para objetarme que, si fuera cierto que aumentan los capitalistas y no los proletarios, el capitalismo se consolidaría y los socialistas no llegaríamos nunca a lograr nuestro objetivo. Según Kautsky todavía es cierta la fórmula de Marx de que un aumento del capital significa al mismo tiempo un aumento del proletariado.

Se trata del mismo *quid pro quo*, aunque menos burdo y en otro sentido. Yo nunca dije que los proletarios no aumentaban. Cuando ponía el acento en

el aumento de los capitalistas de toda especie, me refería a las personas y no a los empresarios. Pero, obviamente Kautsky se ha quedado anclado en el concepto de "capital" y llega a la conclusión de que, si el aumento relativo de los capitalistas significa necesariamente la relativa disminución del proletariado, esto contradice nuestra doctrina. En este aspecto me contrapone la mencionada fórmula de Marx.

Ahora bien, ya anteriormente había mencionado yo una afirmación de Marx que suena algo distinto de la citada por Kautsky. El error de Kautsky está en confundir el capital con los capitalistas o con los poseedores. Quisiera señalarle a Kaustky otra cuestión que le resta fuerza a su objeción, o sea, el desarrollo del capital industrial, desarrollo que Marx llama *orgánico*. Cuando la composición del capital se modifica de tal manera que aumenta el capital constante, el aumento absoluto del capital equivale a la disminución relativa del proletariado. Ésta es precisamente, según Marx, la forma característica que asume el desarrollo moderno. Trasladado a la economía en su conjunto, esto significa, de hecho, un aumento absoluto del capital y una disminución relativa del proletariado.[14] Los trabajadores, que resultan superfluos a consecuencia del cambio de composición orgánica del capital, sólo encuentran trabajo en la medida en que fluye al mercado un nuevo capital que les da ocupación. Precisamente en el punto en que Kautsky plantea la cuestión en términos extremos, mi juicio concuerda con la teoría de Marx. Para que aumente el número de trabajadores debe aumentar mucho más rápidamente el capital —ésta es la conclusión de la deducción de Marx. Creo que Kautsky lo aceptará sin más.

A esta altura el problema se reduce a lo siguiente: si el capital acrecentado posee capital únicamente como *fondo* para la empresa o lo tiene también como una *participación* de la empresa.

Si no es así, entonces el primer maestro cerrajero Fulano de Tal que echa a andar su taller con seis ayudantes y algunos aprendices sería un capitalista, mientras que el *rentier* Mengano que tiene varios cientos de miles de marcos en su caja fuerte o su yerno el ingeniero Perengano que ha recibido en herencia una buena cantidad de acciones (no todos los accionistas son personas que no hacen nada) serían proletarios. Lo absurdo de tal clasificación es evidente. La posesión es posesión, ya se trate de algo fijo o de algo móvil. No sólo la acción es un capital, sino que es capital en su forma más completa y no se podría decir que se trata de una forma sublimada. Es una póliza sobre una parte del sobreproducto de la economía nacional o mundial —una póliza liberada de todo contacto material con las trivialidades de la actividad industrial. O si se quiere, es un capital dinámico. Y si vivieran también todos ellos como rentistas que no hacen nada, las escuadras cada vez más numerosas de accionistas —hoy

[14] (*N. del A.*) Esta definición al igual que la otra de que "la máquina mata al trabajador" ha llevado a conclusiones precipitadas sobre el desarrollo general de las clases. El hecho es que, hasta el estallido de la guerra, en todos los estados modernos, el número de trabajadores de la industria había aumentado continuamente con una velocidad mayor que la población en general. En Alemania, entre 1882 y 1907, creció de 4 096 243 a 8 593 123, es decir, se elevó a más del doble. El grupo de los empleados técnicos y comerciales, que expresa de manera tangible el aumento de capital constante, subió de 307 268 a 1 290 727 unidades o sea que se cuadruplicó.

dría hablarse de batallones de accionistas— representarían con su sola presencia un factor de enorme influjo en la vida económica de la sociedad, debido al carácter de su consumo y a la entidad de su séquito social. La acción reconstruye en la escala social las gradas intermedias que había eliminado de la industria la concentración de los negocios.

Sin embargo esta concentración tiene también su estructura. Tratemos de examinarla de cerca.

LAS CLASES DE EMPRESAS EN LA PRODUCCIÓN Y EN LA DISTRIBUCIÓN DE LA RIQUEZA

En Inglaterra, el país más avanzado en el desarrollo capitalista, no existe una estadística general sobre las clases de empresas en la industria, pero existe una para determinadas ramas de la producción sujetas a la ley de las fábricas y para algunas localidades en particular.

Por lo que respecta a las fábricas y talleres regidos por la ley de las fábricas, en 1896, de acuerdo con una relación de los inspectores de fábrica, se encontraban empleadas 4 398 983 personas —menos de la mitad de las que trabajaban en la industria, de acuerdo con los datos del censo de 1891, cuyas cifras ascendían a 9 025 902, excluyendo la industria de los transportes. De las otras 4 626 919 personas, le podemos asignar entre una tercera y una cuarta parte al personal técnico de las respectivas ramas de producción y a algunas empresas grandes y medianas que no están sujetas a la ley de las fábricas. Quedan, en números redondos, *tres millones* de pequeños artesanos y empleados de las *empresas minúsculas*. Los cuatro millones de trabajadores sujetos a la ley de las fábricas se reparten entre un conjunto de 160 948 fábricas y talleres, lo que da una media de 27 a 28 trabajadores por empresa.[15] Si distinguimos las fábricas de los talleres, tenemos 76 279 fábricas con 3 743 418 trabajadores y 84 669 talleres con 655 565 trabajadores, dando una media de 49 trabajadores por fábrica y 8 por taller registrado. La misma media de 49 trabajadores por fábrica señala lo mismo que confirma un cuidadoso examen de los cuadros, o sea que por lo menos dos terceras partes de las empresas registradas como fábricas que pertenecen a la categoría de las empresas medianas con un número de trabajadores entre 6 y 50, de tal manera que quedan entre 15 y 20 000 empresas con 50 o más trabajadores, que representan alrededor de tres millones de trabajadores. De las 1 171 990 personas activas en la industria de los transportes, tres cuartas partes cuando mucho pueden considerarse como pertenecientes a las empresas grandes. Sumando estas últimas categorías, tenemos en total, como personal de trabajo y auxiliar de las grandes empresas, una cifra que oscila entre [illegible] y 4 millones, comparada con los más de 5.5 millones de personas ocupadas en empresas medianas y pequeñas. Un amplio sector de la llamada "fábrica del mundo", no corresponde a la gran industria, como podría pensarse.

[15] Al momento de la redacción del reporte faltaban todavía los datos de 1 931 fábricas y 2 024 [illegible] registrados, que reducirían además la proporción de los trabajadores por empresa.

Las empresas industriales presentan, aun en el reino británico, la máxima dife-renciación y no desaparece de la escala ninguna categoría.[16]

Si comparamos con estas cifras las de la *estadística de las industrias de Alemania* para 1895, encontramos que a grandes rasgos presentan el mismo pano-rama que la inglesa. En Alemania, la gran industria adquiere una dimensión productiva en 1895 casi igual en proporción a la de la Inglaterra de 1891. En Prusia, durante 1895, el 38 % de los trabajadores industriales pertenecía a la gran industria. Tanto ahí como en el resto de Alemania, el desarrollo se orien-tó con una velocidad prodigiosa hacia las grandes empresas. Si algunas ramas industriales (entre las que se cuenta la industria textil) estaban todavía atra-sadas en relación con Inglaterra, otras (máquinas y herramientas) alcanzaban en promedio el nivel inglés y algunas (industria química, del vidrio, algunas ramas de la industria gráfica y tal vez también la electrotecnia) lo superaban. Sin embargo, la gran masa de personas que trabajaban en la industria seguía perteneciendo, aun en Alemania, a las empresas medianas y pequeñas. Sobre diez millones y cuarto de personas que trabajaron en la industria en 1895, poco más de 3 millones pertenecían a grandes empresas, 2 ½ millones a empresas medianas (de 6 a 50 personas) y 4 ¾ millones a empresas pequeñas. Se calcu-laba que el número de maestros artesanos ascendía aun a 1 ¼ millones. Alrede-

[16] Algunos obreros alemanes establecidos en Inglaterra me han expresado frecuentemente su asombro por la pulverización de las empresas que encontraron en las industrias de la transformación de la madera, del hierro, etc., de este país. Las cifras actuales relativas a la industria del algodón muestran un modesto aumento en la concentración en relación al pe-ríodo en que escribía Marx. Ésta es una comparación con las últimas cifras dadas por Marx:

	Marx, 1868	*Estadística de 1890*	*Aumento o disminución (%)*
Fábricas	2 549	2 538	— 0.43
Telares a vapor	379 329	615 714	+ 62
Husos	32 000 014	44 504 819	+ 39
Trabajadores	401 064	528 795	+ 32
Trabajador por fábrica	156	208	+ 33

Para la industria sometida en esta forma a la revolución tecnológica, la concentración su-frida en 22 años no es anormal. Si los telares a vapor aumentaron en un 62 %, el número de husos aumentó por su parte sólo un poco más rápidamente que el de los trabajadores ocupados. Entre estos últimos, a partir de 1870, los trabajadores adultos mostraron un aumento superior al de las mujeres y los niños (cf. K. Marx, *El capital*, I/2, p. 544, notas y *Statistical Abstract for the United Kingdom from 1878 to 1892*). En las otras ramas de la industria textil, la con-centración fue mucho más baja; de 1870 a 1890 las fábricas de lana y de hilo de lana peinada aumentaron de 2 459 a 2 549, y los trabajadores ocupados en ellas, de 284 687 a 297 053, es decir, de 95 a 117 obreros por fábrica. En cambio aquí, los husos aumentaron en la industria algodo-nera, más rápidamente que los telares y estos últimos con 112 794 sobre 129 222 mostraron un aumento inferior al de los obreros ocupados, de tal manera que se puede hablar de concentra-ción sólo en el sector de la hilandería.

La relación de los inspectores de fábrica para el año 1896 fija en 9 891 el número de las fábricas de *toda* la industria textil de la Gran Bretaña, correspondiendo a 7 900 empresas con 1 077 687 obreros ocupados, contra 5 968 fábricas en 1870 con 718 051 trabajadores con un au-mento en la densidad de los trabajadores por empresas de 120.3 a 136.4.

dor de 1895, su número aumentó en 5 sectores tanto en números absolutos como relativos (respecto al aumento de la población), en 9 aumentó sólo en términos absolutos y en 11 disminuyó tanto en términos absolutos como relativos.

En Francia, la industria está aún atrasada respecto a la agricultura, desde el punto de vista cuantitativo. De acuerdo con el censo del 17 de abril de 1894, ésta representaba el 25.9 % de la población, mientras que la agricultura repre-sentaba casi el doble, 47.3 %. Austria presenta una proporción semejante. Su agricultura llega al 55.9 % y su industria al 25.8 % de la población. En Francia hay en la industria un millón de obreros que trabajan por su cuenta contra 3 millones de empleados. En Austria, seiscientos mil trabajadores por cuenta propia contra 2 ¼ millones de trabajadores y jornaleros asalariados. También en este caso, la proporción es casi idéntica. En ambos países se encuentra una serie de industrias muy desarrolladas (industrias textiles, extractivas, metalúrgi-cas, etc.), que pueden competir, por lo que se refiere a la escala dimensional de las empresas, con los países más avanzados, aunque dentro de la economía nacional constituyen un fenómeno parcial.

Suiza cuenta, en su industria, con 127 000 trabajadores por cuenta propia y 400 000 empleados por otros. En cuanto a los Estados Unidos de América, de los que el citado colaborador de la *New Yorker Volkszeitung* dice que son el país más desarrollado del mundo desde el punto de vista capitalista, tenían en su industria, de acuerdo con el censo de 1890, un promedio relativamente elevado de obreros por empresa, concretamente 3 ½ millones de trabajadores en 355 415 empresas industriales, con una relación de 10 a 1. Pero, como en el caso de Inglaterra, no se tomaron en cuenta todas las empresas minúsculas ni las fami-liares. Si se lee la estadística industrial prusiana de arriba a abajo, se obtiene una cifra media casi idéntica a la del censo americano. Y se observa atenta-mente en el *Statistical Abstract* de los Estados Unidos, el índice de las industrias censadas, nos topamos con una infinidad de ramas de fabricación con 5 o menos trabajadores en promedio por empresa. Inmediatamente en la primera página, después de 910 fábricas de herramientas agrícolas con 30 732 trabaja-dores, 35 fábricas de municiones con 1 993 trabajadores y 251 fábricas de plumas y flores artificiales con 3 638 trabajadores —encontramos 59 fábricas de artículos artificiales con 154 trabajadores y 581 fábricas de veleros y lonas con 2 873 tra-bajadores.

Si es cierto el progreso incesante de la técnica y de la centralización de las empresas en un número cada vez mayor de ramas industriales, cuya importancia sólo logran callar los reaccionarios impenitentes, no menos cierto es que en toda una serie de ramas industriales, junto con las grandes empresas, las más pequeñas y medianas muestran una vitalidad indiscutible. En la industria no existe una evolución hacia un modelo uniformemente válido para todos los sectores de fabricación. Si dentro de la pequeña y mediana industria todavía se conservan las antiguas rutinas de la administración de las empresas, algunas ramas del artesanado que se consideraban aferradas a la pequeña industria, un buen día caen sin remedio en manos de la gran industria. Lo mismo sucede con la industria doméstica y con la industria que trabaja a comisión para los pequeños empresarios intermediarios. Durante mucho tiempo, en el cantón de

Zurich, los textiles domésticos, de la industria de la seda, pasaron por una fase recesiva, pero a partir de 1891 hasta 1897, los tejedores de esta categoría aumentaron de 24 708 a 27 800, mientras que los trabajadores y los empleados de las sederías mecanizadas aumentaban de 11 840 a 14 500 solamente. Que se trate de recibir este aumento de tejedores como un fenómeno económicamente consolador, es otro problema; aquí se trata ante todo de verificar un hecho y nada más.

La consolidación ulterior y la renovación de las empresas medianas y pequeñas, están determinadas por una serie de circunstancias que se pueden dividir en tres grupos.

En primer lugar, una cantidad de sectores y de ramas de fabricación se adaptan más o menos tanto a las empresas medianas y pequeñas como a las grandes, y las ventajas que estas últimas tienen sobre las primeras son tan importantes que no pueden compararse con ciertas ventajas connaturales a las pequeñas empresas. Entre otras cosas, se puede decir lo mismo, como es sabido, sobre todo de las distintas ramas de la elaboración de la madera, del cuero y de los metales. A veces se da, por el contrario, una división del trabajo con la que la gran industria proporciona el producto con la mitad o las tres cuartas partes de su elaboración y las empresas pequeñas lo terminan para el mercado.

En segundo lugar, en muchos casos la técnica necesaria para hacer accesible el producto al consumidor desempeña un papel a favor de su confección en pequeñas empresas, como es evidente, por ejemplo en la elaboración del pan. Si se tratara únicamente de técnica, la elaboración del pan desde hace mucho tiempo estaría monopolizada por la gran industria, que la podría realizar con óptimos resultados, como lo demuestran las altas ganancias de las numerosas fábricas de pan. Pero a pesar de que existen éstas y otras fábricas de dulces que van conquistando gradualmente el mercado, a su lado se establecen pequeñas y medianas panaderías, gracias a las ventajas que les proporciona la relación directa con los consumidores. Mientras los panaderos no tengan que vérselas con la empresa capitalista, podrán estar tranquilos por mucho tiempo. Ciertamente, desde 1882 su aumento no ha seguido el mismo ritmo que el aumento de la población, pero a pesar de todo es considerable (77 609 contra 74 283).

Aunque la elaboración del pan es sólo un ejemplo drástico, se podría decir lo mismo de toda una serie de actividades, sobre todo de aquellas en que el trabajo productivo se combina con el trabajo del sector de los servicios. El censo norteamericano registra 28 000 negocios de herreros y carreteros con un total de 50 876 personas, de las que la mitad exactamente trabaja por cuenta propia; la estadística profesional de Alemania registra 62 722 carpinteros y herreros, y tendrá que pasar mucho tiempo para que el automóvil de vapor, etc., los elimine para dejar paso al pequeño taller, como lo ha hecho la bicicleta. Dígase lo mismo de los sastres, de los zapateros, de los silleros, de los ebanistas, de los tapiceros, de los relojeros, etc., entre los que el trabajo sobre pedido (y en distinta medida la reparación) y el comercio al detalle mantienen con vida existencias autónomas, muchas de las cuales, sin duda, aunque no todas, tienen únicamente un ingreso proletario.

Finalmente, aunque no en último lugar, están las grandes empresas que alimentan a las pequeñas y medianas, en parte a través de la producción masiva

o la correspondiente disminución de los precios de los materiales de trabajo (materias auxiliares, semielaborados) y en parte a través del rechazo de capitales por un lado y de la "liberación" de trabajadores, por el otro. En un grado más o menos alto, los nuevos capitales en búsqueda de valorización aparecen continuamente en el mercado, cuya capacidad de absorción de nuevos artículos aumenta al mismo tiempo que aumenta la riqueza de la sociedad. Esto hace precisamente que los accionistas de los que se hablaba anteriormente, cumplan una función que de ninguna manera puede considerarse secundaria. En realidad, el mercado no podría vivir de un puñado de millonarios, aunque la "mano" tuviera miles de dedos. Los cientos de miles de ricos y personas con buena posición participan activamente. Casi todos los artículos de lujo que usan estos grupos son elaborados en su primera etapa, y muchos de ellos terminados, por negocios pequeños y medianos, que, por lo demás, pueden ser empresas capitalistas propiamente dichas, si trabajan con materiales costosos y utilizan máquinas también costosas (fabricación de joyas, elaboración de metales preciosos, trabajos de incrustación). Sólo en una etapa posterior la gran industria —cuando se ha llegado a la fabricación de dichos artículos— trata de "democratizar" lo cual lujo reduciendo los costos del material de trabajo.

En líneas generales y a pesar de los continuos cambios en la agrupación de las industrias y en la estructura interna de las empresas, el panorama presenta hoy estas características: la gran empresa no absorbe continuamente a las pequeñas y medianas, sino simplemente se desarrolla *conviviendo* con ellas. Sólo las empresas minúsculas quedan rezagadas en sentido absoluto y relativo. Por lo que concierne a las pequeñas y medianas empresas, éstas también aumentan, como se desprende de las cifras siguientes relativas a las empresas auxiliares de Alemania:

	Trabajadores representados		
	1882	*1895*	*Aumento (%)*
Pequeñas empresas (de 1 a 5 personas)	2 457 950	3 056 318	24.3
Empresas medianas de pequeña dimensión (de 6 a 10 personas)	500 097	833 409	66.6
Empresas medianas de mayores dimensiones (de 11 a 50 personas)	891 623	1 620 848	81.8 [*]

Aunque en el mismo período la población había aumentado sólo en un 13.5 %.

Si en el período considerado, las empresas grandes aumentaron mucho más —en un 88.7 %— su contingente, sólo en casos aislados se debió a la absorción de las pequeñas. De hecho, en muchos casos, no existe —o no es mayor— la competencia entre empresas grandes y pequeñas (piénsese por ejemplo en la construcción de grandes máquinas y de puentes). El ejemplo de la industria

17 Cf. R. Calwer, "Die Entwicklung des Handwerks" [El desarrollo del artesanado], en *Die Neue Zeit*, xv, 2, p. 597.

[*N. del A.*] En los 25 años transcurridos entre el primer censo y el último de las profesio-

textil, que nuestro publicista cita de tan buena gana, es engañosa en muchos aspectos. El aumento de la productividad debido al telar mecánico en comparación con el viejo huso, se ha presentado nuevamente en casos aislados. Muchísimas empresas grandes superan a las medianas y pequeñas, no por la productividad del trabajo empleado, sino simplemente por las grandes dimensiones de la empresa (armadoras navales) y dejan intacta o casi intacta su esfera de actividades. Al oír decir que Prusia en 1895 ocupaba en las grandes empresas casi el doble de trabajadores que en 1882, y que en 1882 éstos representaban sólo el 28.4 % pero que en 1895 llegaban al 38.0 % del total de los trabajadores industriales, puede suponerse que efectivamente las empresas pequeñas serán pronto cosa del pasado y que su función económica se habrá agotado. Aunque las cifras que hemos reproducido demuestran que la vigorosa ampliación y difusión de las grandes empresas representa únicamente un aspecto del desarrollo económico.

Lo que sucede en la industria, sucede también en el *comercio*. A pesar del rápido ascenso de los grandes almacenes, el pequeño y mediano comercio siguen firmes. Naturalmente no pretendemos discutir aquí la existencia del elemento parasitario del comercio, es decir, del llamado comercio intermediario. Hay que reconocer que a este propósito se exagera mucho. La gran producción y el comercio internacional en continua expansión lanzan al mercado una cantidad cada vez mayor de bienes de consumo, que de una manera u otra deben llegar al consumidor. Que esto pueda hacerse con un desperdicio menor de trabajo y con costos menores de los que se realizan en la actualidad con el comercio intermediario, es algo que nadie puede negar. Pero mientras no se tomen las medidas

nes y de los oficios en Alemania, es decir, de 1882 a 1907, el personal de los establecimientos según su clase de magnitud ha tenido el siguiente aumento:

	1882	1907	*Aumento* (%)
Pequeños establecimientos			
De 1 a 5 personas	4 335 822	5 383 235	24.16
Establecimientos			
De 6 a 10 "	500 097	1 104 597	120.9
De 11 a 50 "	891 623	2 524 575	189.9
De 51 a 200 "	742 688	2 418 450	225.6
De 201 a 1 000 "	657 399	1 991 056	202.9
De más de 1 000 "	213 160	954 645	347.8

Siendo que la población total de Alemania aumentó en el mismo período en 36.5 %, el aumento de los establecimientos más pequeños significa en realidad una recesión relativa, ya que en todos los demás grupos el aumento superó con mucho el aumento de la población. Ciertamente establecimiento no significa todavía empresa. No pocas empresas abarcaban dos, tres o más negocios. A pesar de esto, las cifras desmienten la idea de la "desaparición" de los pequeños y medianos negocios.

Calculando también los negocios individuales de 1882 a 1907, la cantidad de personas ocupadas por negocio con un número de elementos entre 1 y 5, aumentó de 4 335 822 a 5 353 576, es decir, en 23.5 %; en las que tenían de 6 a 50 personas, de 1 391 720 a 3 644 415, es decir, en 161.14 %, frente a un aumento de la población total de 36.5 % en números redondos.

caso, el comercio intermediario seguirá existiendo. Así como es ilusorio esperar que la gran industria absorba rápidamente a las empresas medianas y pequeñas hasta reducirlas a un residuo casi insignificante, así también es utópico pensar que los grandes almacenes de dimensiones capitalistas absorberán las empresas medianas y pequeñas. Claro está que afectan a ciertas negociaciones que de vez en cuando siembran el desconcierto en todo el pequeño comercio, pero después de un cierto tiempo este último encuentra la manera de competir con los grandes y de explotar todas las ventajas que les proporciona su situación local. Se crean nuevas especializaciones y nuevas combinaciones comerciales, nuevas formas y métodos de ejercerlo. El gran almacén de dimensiones capitalistas, es, por ahora, más que un producto de la enorme *sobreabundancia* de mercancías, un instrumento para destruir el pequeño comercio parasitario y, en realidad, hecho más por sacarlo de su rutina y por quitarle algunas posiciones cómodas de monopolio que por extirparlo. El número de negociaciones está aumentando continuamente: en Inglaterra, entre 1885 y 1886, se elevó de 295 000 a 306 000. El número de personas que trabajan en el comercio aumentó de manera bastante considerable. Ya que la estadística inglesa de 1891 ha sido concebida, en lo que a este aspecto se refiere, de acuerdo con principios distintos de los de 1881,[18] presentamos a continuación las cifras correspondientes a la estadística prusiana. En Prusia, dentro del comercio al mayoreo y al menudeo (excluidos los ferrocarriles y el correo), el número de personas ocupadas era:

	1885	*1895*	*Aumento* (%)
En empresas con 2 o menos ayudantes	411 509	467 656	13.1
En empresas con 3 a 5 ayudantes	176 867	342 112	93.4
En empresas con 6 a 50 ayudantes	157 328	303 078	92.6
En empresas con 51 o más ayudantes	27 619	62 056	142.2
TOTALES	771 323	1 174 902	52.3

En proporción el máximo aumento se da en las grandes empresas que representan no más del 5 %. No son pues, las grandes las que hacen competencia mortal a las pequeñas; son más bien estas últimas que, apenas se presenta la ocasión, se molestan recíprocamente. Sin embargo, en proporción, quedan pocos cadáveres. Y la estructura de la escala de las empresas sigue intacta. Las empresas medianas de dimensiones pequeñas son las que registran un aumento mucho más considerable.

Si llegamos finalmente a la *agricultura*, en el aspecto de las relaciones de magnitud de las empresas, encontramos actualmente (por lo general en Europa y en parte también en la misma América) un movimiento que aparentemente contradice todos los supuestos tradicionales de la teoría socialista. Si en la industria o en el comercio encontramos un desplazamiento lento pero continuo hacia las dimensiones de la gran empresa, la agricultura presenta en cambio un

[18] De ahí que haya habido un aumento de más del 50 % en el último decenio.

estancamiento o una recesión en el aspecto referido a las dimensiones de las empresas.

Ante todo, por lo que concierne a Alemania, el censo de los negocios de 1895 indica, con relación al de 1882, un aumento relativamente más fuerte en el grupo de las *empresas medianas del campo* (entre 5 y 20 hectáreas) que llega en concreto al 8 % aproximadamente; mucho mayor es el incremento de la superficie agrícola ocupada que en números redondos es del orden del 9 %. Las pequeñas empresas del campo (entre 2 y 5 hectáreas) que siguen inmediatamente después, muestran el aumento más intenso después del anterior: 3.5 % de aumento en las empresas y 8 % en el de la superficie territorial. Las empresas minúsculas (por debajo de las 2 hectáreas) registran un aumento del 5.8 % y la superficie ocupada, un aumento del 12 %, aunque la parte cultivada de dicha superficie registra un retroceso del 1 % aproximadamente. Un aumento de casi el 1 % que además va completamente al sector forestal, es el que presentan las grandes empresas del campo parcialmente capitalistas (entre 20 y 100 hectáreas) y un aumento que no llega al 1 1/2 %, el que presentan las grandes empresas (con más de 100 hectáreas) para las que es válido todo lo que se dijo de las anteriores.

Las cifras relativas a 1895 son las siguientes:

Tipo de empresa	*Número de empresas*	*Superficie cultivada*	*Superficie total*
Empresas minúsculas (hasta 2 hectáreas)	3 236 367	1 808 444	2 415 414
Paqueñas empresas campesinas (entre 2 y 5 hectáreas)	1 011 318	3 285 984	4 142 071
Medianas empresas campesinas (entre 5 y 20 hectáreas)	998 804	9 721 875	12 537 660
Grandes empresas campesinas (entre 20 y 100 hectáreas)	281 767	8 869 837	13 157 201
Gran empresa (100 o más hectáreas)	25 061	7 831 801	11 031 896

Más de las dos terceras partes de la superficie total corresponden a tres categorías de empresas campesinas, casi una cuarta parte a las grandes empresas. En Prusia, la situación de las empresas campesinas es todavía más favorable, ya que poseen casi tres cuartas partes de la superficie agrícola, es decir, 22 875 000 sobre un total de 32 591 000 hectáreas.[19]

Si de Prusia pasamos a Holanda, encontramos que:

[19] [N. del A.] De 1895 a 1907, el número de negocios grandes se elevó a 23 568, mientras que el número de negocios medianos del campo aumentó de 998 804 a 1 065 539, y el de los negocios pequeños del campo pasó de 3 236 367 a 3 378 509. Los negocios pequeños del campo se mantuvieron estables mientras los negocios grandes del campo ascendieron a 262 191. Las cifras anteriores, correspondientes a la superficie de terreno agrícola utilizado por las empresas campesinas en Prusia están equivocadas. La cifra exacta es de 13 709 892 sobre un total de 20 984 025 hectáreas. En 1907, la relación era de 14 077 843 sobre 20 984 025 hectáreas, es decir, significativamente más alta.

Dimensión de las empresas (hectáreas)	*Empresas*			
	1864	*1893*	*Aumento o disminución*	*Porcentaje*
1 a 5	66 842	77 767	+ 10 925	+ 16.2
5 a 10	31 552	34 199	+ 2 647	+ 8.4
10 a 50	48 278	51 940	+ 3 662	+ 7.6
más de 50	3 556	5 510	— 44	— 1.2

En este cuadro las grandes empresas llegan a disminuir mientras que las medianas empresas campesinas de dimensiones pequeñas registran un aumento.[20]

En Bélgica, según Vandervelde,[21] tanto la propiedad del suelo como la explotación de la tierra están sometidas a descentralización progresiva. La última estadística general indica un aumento en el número de *propietarios del suelo* de 201 226 en 1846 a 293 524 en 1880, y un aumento en el de los *arrendatarios* de 371 320 a 616 872. Toda la superficie cultivada en Bélgica ascendía en 1880 a menos de dos millones de hectáreas, de las que más de una tercera parte correspondían al arrendamiento directo. El parcelamiento directo de este país lleva a uno a pensar en las relaciones agrícolas chinas.

Francia tenía en 1882 la siguientes empresas agrícolas:

Empresas		*Extensión (hectáreas)*
Hectáreas	*Número*	
De menos de 1	2 167 767	11 366 274
De 1 a 10	2 635 030	
De 10 a 40	727 088	14 845 650
De 40 a 100	113 285	22 266 104
De 100 a 200	20 644	
De 200 a 500	7 942	
De más de 500	217	
TOTALES	5 671 973	48 478 028

A las empresas de 40 a 100 hectáreas les correspondían 14 millones de hectáreas en números redondos, a las de más de 200 hectáreas, 8 millones en números redondos, de tal manera que en total, la gran empresa representaba de una quinta a una sexta parte de la superficie cultivada. El pequeño, mediano y gran negocio campesino cubrían casi tres cuartas partes del suelo francés.

[20] Cf. W. H. Vliegen, "Das Agrarprogramm des niederländischen Sozialdemocratie" [El programa agrario de la socialdemocracia holandesa], en *Die Neue Zeit*, XVIII, 1, pp. 75 y ss.

[21] Vandervelde, "Der Agrarsozialismus in Belgien" [El socialismo en Bélgica], en *Die Neue Zeit*, XV, 1, p. 572.

De 1862 a 1882, las empresas de 5 a 10 hectáreas habían aumentado en 24 %; las de 10 y 40 hectáreas, en 14.28 %. La estadística agraria de 1892 indica un aumento en el número total de empresas igual a 30 000 y una disminución de las categorías recién citadas igual a 33 000, lo que manifiesta un ulterior parcelamiento de los cultivos.

Pero, ¿cuál es la situación de Inglaterra, el país clásico de las grandes propiedades del suelo y de la agricultura capitalista? Es conocida la lista de los *Mammuth-landlords* que de vez en cuando aparece publicada para dar una idea de la concentración de la propiedad del suelo en Inglaterra, y es conocido también el pasaje de *El capital* en el que Marx dice que la afirmación de John Bright, de que 150 propietarios del suelo poseían la mitad de la tierra inglesa y 12 la mitad de la de los escoceses, no ha sido refutada nunca [*El capital*, t. I/3, p. 000]. Ahora bien, si es cierto que el suelo inglés estaba centralizado en forma monopolista, no lo estaba sin embargo en la medida en que lo consideraba John Bright. Según Brodrick, en su *English land and English landlords*, en 1876 sobre 33 millones de acres de tierra registrados en el *Domesday Book*, en Inglaterra y Gales, 14 millones en números redondos, eran propiedad global de 1 704 propietarios del suelo, con 3 000 acres (1 200 hectáreas) y más por cabeza. Los otros 19 millones de acres se subdividían entre 150 000 propietarios de un acre o más, y una masa ilimitada de propietarios de pequeños pedazos de tierra. En 1892, Mulhall daba, para el Reino Unido, la cifra de 176 520 propietarios de más de 10 acres de tierra (en total 10/11 de todo el suelo). Y ¿cómo se cultiva el suelo? El cuadro siguiente presenta las cifras correspondientes a 1885 y 1895 para la Gran Bretaña (Inglaterra, Gales y Escocia, excluyendo Irlanda); para facilitar la comparación, se clasificó el tamaño de las empresas en hectáreas.[22] Se calcularon:

Empresas (hectáreas)	*1885*	*1895*	*Aumento o disminución*
De 2 a 20	232 955	235 481	+ 2 526
De 20 a 40	64 715	66 625	+ 1 910
De 40 a 120	79 573	81 245	+ 1 672
De 120 a 200	13 875	13 568	— 307
De más de 200	5 489	5 219	— 270

Aquí también tenemos una disminución de las grandes y gigantescas y un aumento de las pequeñas y medianas empresas campesinas.

Pero las cifras relativas a las empresas no nos dicen nada todavía respecto a la superficie cultivada. Integrémoslas ahora con las cifras relativas a las superficies correspondientes a las diversas clases de empresas. El cuadro que presentamos es además desconcertante. En la Gran Bretaña, durante 1895 pertenecían a:

[22] En base a la relación de un acre = 40 horas, que no es precisamente exacta, pero suficiente para nuestros fines. Las cifras se tomaron del libro azul dedicado a las *Agricultural holdings*.

…mpresas (…ctáreas)	*Acres de 40 horas*	*Superficie total (%)*
… menos de 2[23]	366 792	1.13
… 2 a 5	1 667 647	5.12
… 5 a 20	2 864 976	8.79
… 20 a 40	4 885 203	15.00
… 40 a 120	13 875 203	42.59
… 120 a 200	5 113 945	15.70
… 200 a 400	3 001 184	9.21
… más de 400	801 852	2.46
TOTALES	32 577 513	100.00

De acuerdo con este cuadro, entre el 27 y el 28 % de la superficie cultivada … la Gran Bretaña pertenece a las grandes empresas propiamente dichas y …lo el 2.46 % a las empresas gigantes. En cambio, más del 66 % pertenece a las …presas campesinas pequeñas *y grandes*. En Gran Bretaña, la proporción es …mbo más favorable a las empresas campesinas (en las que sin duda prevalece …gran empresa campesina capitalista) que a la mediana en Alemania. En la …ma Inglaterra propiamente dicha las empresas entre 5 y 120 hectáreas abar…n el 64 % de la superficie cultivada y sólo el 13 % pertenece a las empresas … más de 200 hectáreas. En Gales, dejando completamente de lado las empre… minúsculas, el 92 %, y en Escocia, el 72 % de las empresas son empresas …mpesinas que van de 2 a 120 hectáreas.

De la superficie cultivada, 61 014 empresas con 4.6 millones de acres de te…rreno eran manejadas por sus mismos propietarios, 19 607 cultivaban en parte …erra propia y en parte tierra arrendada, y 439 405 sólo tierra arrendada. En Ir…landa es conocida la absoluta superioridad de los pequeños campesinos o de los pequeños arrendatarios. Lo mismo sucede en Italia.

Con estos datos no puede quedar duda de que en toda Europa occidental, como en los estados orientales de los Estados Unidos, va avanzando por doquier … pequeña y mediana empresa y se rezagan las empresas grandes y gigantescas. Tampoco puede quedar duda de que las empresas medianas tienen a menudo un carácter netamente capitalista. La concentración de las empresas no se lleva … cabo, en estas zonas, en forma de incorporación progresiva de pedazos de tie…rra cada vez más grandes a una sola empresa, de acuerdo con lo que suponía Marx [*El capital*, t. I/3, p. 846, nota 148], sino únicamente en forma de cul…tivo intensivo, del paso a cultivos que requieren más trabajo por unidad de superficie o a una zootecnia calificada. Como es sabido, éste es, en gran me…dida (aunque no exclusivamente) el resultado de la competencia agrícola de los estados o territorios agrarios de ultramar o de Europa oriental. También … sabido cómo tienen la posibilidad de hacer que durante mucho tiempo toda…vía fluyan al mercado europeo el grano y una serie de otros productos agrícolas

[23] A éstas hay que añadir 579 133 parcelas por debajo de las 40 horas.

a precios tan bajos que, de esta parte, no queda más que esperar un sustancial aplazamiento de los factores de desarrollo.

Así pues, aun cuando los cuadros de la estadística sobre los ingresos de los países industriales avanzados registran en parte la movilidad, la inconsistencia e inseguridad del capital en la economía moderna; aun cuando los ingresos o los patrimonios registrados se convierten cada vez más en castillos de naipes que en realidad podía fácilmente derribar un fuerte golpe de aire, sin embargo esta serie de ingresos no han estado de hecho en oposición profunda con la jerarquía de las unidades económicas en la industria, en el comercio y en la agricultura. La escala de ingresos y la escala de los negocios muestran en su articulación un paralelismo bastante claro, sobre todo si se toman en cuenta los elementos intermedios. No vemos que disminuyan estos últimos, sino más bien vemos que se expanden considerablemente. Lo que se les escapa por lo alto lo reintegran empujándolo hacia abajo y los elementos de la serie que descienden en la escala son remplazados por otros de más arriba. Si la quiebra de la sociedad moderna depende de la desaparición de los elementos que están entre el vértice y la base de la pirámide social, y si está condicionado a la absorción de estos elementos intermedios por parte de los extremos superior e inferior, entonces en Inglaterra, Alemania y Francia la quiebra no está tan cerca de su realización como lo estuvo en cualquier otro período anterior del siglo XIX.

Aunque un edificio puede tener la apariencia de ser a la vez sólido y sin embargo frágil si las piedras mismas o estratos importantes de piedras resultan friables. Si la solidez de una empresa queda demostrada en los períodos críticos, no hay por qué buscar cuál es el papel que cumplen las crisis económicas inherentes al ordenamiento productivo moderno ni cuáles son las manifestaciones o reacciones que tendrá en el futuro próximo.

D. LAS CRISIS Y LAS POSIBILIDADES DE ADAPTACIÓN DE LA ECONOMÍA MODERNA

> El movimiento contradictorio de la sociedad capitalista se le revela al burgués práctico, de la manera más contundente, durante las vicisitudes del ciclo periódico que recorre la industria moderna y en su punto culminante: la crisis general.
>
> KARL MARX, Epílogo a la segunda edición de *El capital*

La polémica sobre las crisis económicas del organismo social moderno, sobre las causas que las determinan y los medios para remediarlas, no ha sido menos áspera que aquélla sobre las crisis patológicas, o sea sobre las condiciones de enfermedad del cuerpo humano. Quien gusta de las analogías, hallará fácilmente puntos de cotejo para establecer paralelos entre las diferentes teorías que se han propuesto respecto de los dos fenómenos. Descubrirá, por ejemplo, en los partidarios del liberalismo económico extremo de J. B. Say, que considera la crisis simplemente como un proceso de autosaneamiento del organismo económico, los consanguíneos ideales de los partidarios del llamado método natura-

...y de este modo establecerá una relación entre las diversas teorías que en patología humana sostienen la necesidad de una activa intervención médica según determinados métodos curativos (método sintomático, tratamiento constitucional, etc.) y las diversas teorías sociales que afirman la necesidad de la intervención estatal para afrontar causas y manifestaciones de las crisis económicas. Pero si pasa luego a considerar más atentamente a los sostenedores de una y otra parte, observará con sorpresa que aquella tendencia a la coherencia lógica que ciertos geniales psicólogos de la historia atribuyen al hombre, en verdad deja frecuentemente que desear, y que una amplia dosis de fe en el arte taumatúrgico de ciertos médicos convive en buen acuerdo con un rígido economicismo manchesteriano, y viceversa.

La explicación de las crisis económicas más popular en los círculos socialistas es la que las hace derivar del subconsumo. Ya Friedrich Engels se opuso en repetidas ocasiones a este concepto, y con más claridad sobre todo en el capítulo tercero [de la sección tercera] del *Anti-Dühring*.* En dicho texto, Engels afirma que el subconsumo, en efecto, "es, pues, también una condición de las crisis", pero nos informa tan poco de las causas de la actual existencia de éstas como de las causas de su anterior inexistencia. Engels cita como ejemplo la situación de la industria algodonera inglesa en 1877, y afirma que es necesaria una buena dosis de audacia "para explicar el actual colapso de la salida del hilado de algodón y sus tejidos en Inglaterra por el subconsumo de las masas inglesas, y no por la sobreproducción de los fabricantes ingleses de algodón" (*ibid.*, pp. 308-309 [p. 284]).[74] Pero el mismo Marx, en varias ocasiones, se ha pronunciado explícitamente contra esta derivación de las crisis del subconsumo. Es una tautología cabal, afirma en el libro II de *El capital*, "decir que las crisis provienen de la falta de un consumo en condiciones de pagar". Si luego se quisiese dar a esta tautología un fundamento aparentemente más sólido, diciendo que la clase obrera recibe una parte demasiado pequeña del producto que ésta produce, y que este inconveniente se remediaría apenas la misma recibiera una cuota mayor, bastaría entonces observar solamente que "las crisis son preparadas invariablemente por un período en que el salario sube de manera general y la clase obrera obtiene *realiter* [realmente] una porción mayor de la parte del producto anual destinada al consumo". Parecería entenderse, pues, que la producción capitalista "implica condiciones que no dependen de la buena o mala voluntad, condiciones que sólo toleran momentáneamente esa prosperidad relativa de la clase obrera, y siempre en calidad de... anunciadora de la crisis" (*loc. cit.*, pp. 406-407 [p. 502]).** A lo cual, Engels agrega en nota: "Ad

* Friedrich Engels, *Anti-Dühring*, 3. Auflage. [Véase en español, la versión de Editorial Grijalbo, México, 1964, a la que se refieren las indicaciones de página entre corchetes del texto. E.]

** En una nota, Engels observa por otra parte: "La explicación de las crisis por el subconsumo procede de Sismondi, y ahí tiene en su obra cierto sentido. De Sismondi la ha tomado Rodbertus, y de Rodbertus la ha copiado el señor Dühring..." También en el prólogo a la *Miseria de la filosofía* Engels polemiza con análogos argumentos contra la teoría de las crisis de Rodbertus.

*** Las citas de páginas de *El capital* entre corchetes se refieren a las siguientes ediciones en español: tomo I, México, 1975; tomo II, México, 1976; tomo III, México, 1977, Siglo XXI Editores. [E.]

in notam ocasionales partidarios de la teoría de las crisis formulada por Rodbertus."

En flagrante contradicción con todas estas afirmaciones, se puede citar un pasaje del libro III de *El capital*, en el que Marx dice, a propósito de las crisis:

> [...] La razón última de toda verdadera crisis * es siempre la pobreza y la capacidad restringida de consumo de las masas, con las que contrasta la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si no tuviesen más límite que la capacidad absoluta de consumo de la sociedad. (*Loc. cit.*, p. 21 [p. 455].)

[...] Lo cual no es muy distinto de la teoría de las crisis de Rodbertus, ya que también Rodbertus hace derivar las crisis no simplemente del subconsumo de las masas sino, en forma idéntica a la argumentación precedente del subconsumo de las masas unido a la creciente productividad del trabajo. Sin embargo, en el fragmento de Marx que hemos citado, el subconsumo de las masas es elevado a causa última de todas las crisis *efectivas*, directamente en antítesis con la anarquía de la producción, o sea en antítesis con la desproporción entre la producción en los distintos ramos y las variaciones de los precios, que provocan temporarias depresiones generales.

La explicación de la sustancial diferencia entre esta concepción y la expresada en las precedentes citas del libro segundo, debemos buscarla en los diferentes periodos en que fueron escritos los dos fragmentos. Entre éstos transcurre un periodo no inferior a los trece o catorce años, y el más antiguo es el que corresponde al libro tercero de *El capital*. En efecto, éste se remonta a 1864 o 1865, mientras que el del segundo libro es de todos modos posterior a 1878 (cf. sobre este tema las indicaciones de Engels en el prólogo al libro II de *El capital*). En general, el libro segundo contiene los frutos más tardíos y maduros de la investigación marxiana.

En otro pasaje escrito ya en 1870 de este mismo libro segundo, el carácter periódico de las crisis —el ciclo de producción aproximativamente decenal— es relacionado con el periodo de rotación del capital fijo (es decir, invertido en maquinarias, etc.). El desarrollo de la producción capitalista tiene la tendencia, por una parte, a prorrogar la entidad del valor y la duración del capital fijo; por la otra, a abreviar tal duración mediante un incesante revolucionamiento de los medios de producción. De aquí deriva la "obsolescencia moral" de esta parte del capital fijo, antes de que haya "cesado físicamente de vivir".

> [...] mediante este ciclo que abarca una serie de años y está formado por rotaciones conexas en las cuales el capital se ve retenido por su parte constitutiva fija, se da un fundamento material para las crisis periódicas en las que el negocio recorre periodos sucesivos de depresión, animación media, auge y crisis (libro II, p. 164 [p. 221]).

[...] es cierto que los periodos de inversión del capital son muy diferentes y en realidad no coinciden, la crisis constituye siempre el punto de partida de reinversiones en gran escala y por consiguiente —desde el punto de vista de la sociedad en su conjunto— un "fundamento material para el ciclo siguiente de rotaciones" (p. 165 [224]). Esta concepción es retomada en el mismo libro cuando trata la reproducción del capital (o sea el proceso de continua renovación de los capitales con fines productivos y de consumo sobre base social). Aquí Marx precisa que, aun en el caso de una reproducción en escala constante y con una invariada productividad del trabajo, las diferencias que de año en año intervienen en la duración del capital fijo (cuando por ejemplo en un año se desgastan más elementos de capital fijo que en el año precedente) deben tener como consecuencia crisis de producción. Es verdad que podría encontrarse un remedio a través del comercio exterior, pero éste, en la medida en que no se limita a sustituir elementos —aun según su valor— no hace sino desplazar las contradicciones a una esfera más amplia, abrirles un campo de acción más dilatado". Una sociedad comunista podría prevenir tal disfunción mediante una constante sobreproducción relativa, que para ella "es igual al control de la sociedad sobre los medios objetivos de su propia reproducción"; pero en el ámbito de la sociedad capitalista esta sobreproducción es un elemento de anarquía. Este ejemplo de disfunciones debidas a simples diferencias de duración del capital fijo es, según Marx, decisiva.

> El desequilibrio en la producción de capital fijo y capital circulante es una de las causas favoritas a que echan mano los economistas para explicar las crisis. Para ellos es una novedad que ese desequilibrio pueda y deba surgir cuando se trata de la mera *conservación* del capital fijo, y que pueda y deba surgir en el supuesto de una producción normal ideal, con producción simple del capital social ya operante (*loc. cit.*, p. 468 [pp. 571-572]).

En el capítulo sobre la acumulación y la reproducción ampliada, de la sobreproducción y de las crisis se habla solamente al pasar como de resultados previsibles de una serie de combinaciones posibles, vinculadas al proceso descrito. Sin embargo, también aquí se repite con mucha energía el concepto de "sobreproducción". "Por ende, si Fullarton, pongamos por caso —dice en la p. 499 [608]—, no quiere saber nada de la sobreproducción en el sentido habitual, pero sí de la sobreproducción de capital, o sea de capital dinerario, ello demuestra lo asombrosamente poco que comprenden, incluso los mejores economistas burgueses, el mecanismo de su sistema." Y en la página 499 [635] se precisa que —y esto podría verificarse también durante la acumulación capitalista—, si la parte constante de la cuota de capital destinada a la producción de medios de consumo fuese mayor que I $(v + pv)$ —el capital destinado a los salarios *más* el plusvalor de la cuota de capital destinado a la producción de medios de producción—, esto equivaldría a una sobreproducción en la primera esfera, "que sólo se podría compensar por una crisis catastrófica".

El argumento precedente desarrollado, de que la ampliación del mercado desplaza las contradicciones de la economía capitalista a una esfera más amplia y con ello las agrava, es aplicado por Engels en varias ocasiones, en el libro tercero, respecto a los fenómenos más recientes. En tal sentido son importantes las notas en las pp. 97 y 27 [p. 460] de este libro. En esta última nota, que reca-

* En el texto de Rodbertus [illegible] mientras que [illegible] *capital so les wirklichen*, o sea "efectivas". [E.]

pitula e integra lo dicho en la primera, la colosal expansión que han tenido los medios de comunicación desde el tiempo en que Marx escribía, y que son los que en realidad han creado el mercado mundial; la progresiva entrada de nuevos países industriales en competencia con Inglaterra y la inmensa expansión de la esfera de inversiones de capital europeo excedente, son señalados como los factores que *"han eliminado o fuertemente debilitado los antiguos focos de crisis y las ocasiones que las favorecían"*. Y aún más, después de haber caracterizado a los *trusts* y a los cárteles como instrumentos de limitación de la competencia en el mercado interno, y los aranceles proteccionistas de los que se rodean los países industriales, excepto Inglaterra, como "los armamentos para la campaña general y final de la industria que decidirá de la hegemonía en el mercado mundial", Engels concluye: "Por donde cada uno de los elementos con que se hace frente a la repetición de las antiguas crisis lleva dentro de sí el germen de una crisis futura mucho más violenta." Y así, mientras plantea el problema de si el ciclo industrial, que en la infancia del comercio mundial (desde 1815 hasta 1847) ha atravesado períodos aproximadamente quinquenales y desde 1847 hasta 1867, períodos decenales, no se ha modificado de modo tal que estaríamos "tal vez en la fase preparatoria de un nuevo crack mundial de una vehemencia inaudita", Engels deja sin embargo abierta la alternativa de que la forma aguda del proceso periódico, con su habitual ciclo decenal, haya "cedido el puesto a una sucesión más bien crónica y larga de períodos relativamente cortos y tenues de mejoramiento de los negocios y de períodos relativamente largos de depresión sin solución alguna".

El tiempo transcurrido desde que fue escrita esta nota ha dejado el interrogante sin respuesta. Como no se han visto señales de un crack económico mundial de inaudita violencia, así tampoco podemos decir que los períodos de recuperación ocurridos a lo largo de este tiempo hayan sido particularmente efímeros. Nace, más bien, un tercer problema por otra parte ya implícito en el precedente: o sea, de si la expansión geográficamente gigantesca del comercio mundial, unida a la extraordinaria reducción del tiempo requerido para las informaciones y los transportes, no han aumentado hasta tal punto las posibilidades de *compensación* de los desequilibrios, y si el enorme aumento de la riqueza de los estados industriales europeos, unido a la elasticidad del sistema crediticio moderno y al nacimiento de los cárteles industriales, no han restringido de tal modo la *capacidad de reacción* de los desequilibrios locales o particulares sobre la situación general de los negocios, como para que sea necesario considerar altamente improbable, al menos durante un período bastante largo, la posibilidad de crisis económicas generales del tipo de las precedentes.

Este problema, que yo expuse en un artículo sobre la teoría socialista del derrumbe, provocó reacciones de distinta naturaleza. Entre otros, dicho problema indujo a la doctora Rosa Luxemburg a impartirme, en una serie de artículos publicados en la *Leipziger Volkszeitung* de septiembre de 1898, un curso de lecciones sobre el crédito y las posibilidades de adaptación del capitalismo. Me parece oportuno examinar aquí brevemente tales artículos, cuyo contenido ha sido retomado por otros periódicos socialistas, porque constituyen verdaderos modelos de falsa dialéctica, aunque sea manipulada con gran talento.[25]

[25] Los artículos fueron recogidos bajo el título de *Sozialreform oder revolution?* [¿Reform-

Con respecto al crédito, Luxemburg sostiene que, lejos de contrarrestar las ..., él sería precisamente el medio que las agudiza al máximo. Sólo el crédito ...ría posible la inmensa extensión de la producción capitalista, la aceleración del intercambio de mercancías y del ciclo del proceso de producción; debido a esta naturaleza suya, el crédito sería por tanto el medio más rápido para ... explotar las contradicciones entre producción y consumo. Otorgaría a los ...talistas la posibilidad de disponer de capital ajeno, y por lo tanto el medio ... las más audaces especulaciones. Pero una vez superada la paralización, las ...iguientes restricciones crediticias tornarían más agudas las crisis. La función del crédito sería la de eliminar todo residuo de estabilidad en las relaciones ...italistas, y volver extremadamente flexibles, relativas y vulnerables todas las ...cidades potenciales del capitalismo.

... decir verdad, todo esto no constituye precisamente una novedad para ...en conozca un poco de literatura del socialismo en general y del socialismo ...rxista en particular. El único problema reside en si todo esto representa ...ctamente la situación objetiva actual o si la medalla no tiene también su ...verso. En base a las leyes de la dialéctica sobre las que Luxemburg tanto se ...playa, esto debería ser hasta obvio; y aun sin invocar las leyes de la dialéctica, ... podría decir que una entidad capaz de asumir tantas formas, como lo es el ...édito, debe actuar de distinto modo en diversas situaciones. El mismo Marx ... refiere también precisamente al crédito no sólo desde el ángulo de su función ...structiva. Entre otras cosas (libro III, 1, p. 429) le atribuye la función de "cons...ir la forma de transición hacia un nuevo modo de producción" y en relación ... esta función destaca expresamente los "caracteres dobles del crédito". Luxemburg conoce muy bien el pasaje en cuestión, y hasta reproduce la frase en la que Marx habla de la extraña mezcla —"entre el charlatán y el profeta"— de los ...ncipales adalides del crédito (John Law, Isaac Pereira, etc.). Ella sin embargo ... refiere exclusivamente al aspecto destructivo del sistema crediticio, sin gastar

... o revolución?] Sin embargo Luxemburg no plantea la cuestión en los términos hasta el momento en uso en la socialdemocracia, es decir, como alternativa entre las vías de realización del socialismo, sino en términos antitéticos, de modo que sólo uno —que según ella es la revolución— puede conducir a la meta. El muro entre la sociedad capitalista y la socialista, según ella, "no se derriba a través del desarrollo de las reformas sociales y de la democracia; por el contrario, se vuelve cada vez más sólido y más alto". En consecuencia, la socialdemocracia, si no quiere hacer más difícil su propia acción, debería tratar de sabotear lo más posible las reformas sociales y la ampliación de las instituciones democráticas. El artículo que arriba a esta conclusión es introducido con una nota en la que se sostiene que las tesis por mí (y por Conrad Schmidt) defendidas y que afirman la evolución hacia el socialismo, no son otra cosa que "reflejos subvertidos de la realidad exterior". "Una teoría que piensa introducir el socialismo a través de las reformas sociales —en la era de Stumm-Posadowsky y del control de los sindicatos sobre el proceso de producción— después de la derrota de los metalúrgicos ingleses ... la mayoría parlamentaria socialdemócrata, después de la revisión constitucional en Sajonia y ... atentados contra el sufragio universal por la dieta imperial", exclama Luxemburg. Ella ...tiene, al parecer, que las teorías históricas no se construyen ya teniendo en cuenta la suma de fenómenos objetivos de toda la época y de todo el ámbito de los países avanzados, sino sobre la base de temporarias convulsiones reaccionarias en este o aquel país en particular; ... en base a un balance global de todas las realizaciones históricas del movimiento obrero, ... atendiendo al éxito de una batalla aislada. No razonaba de otro modo aquel hombre ... consideraba inútil la evacuación porque no lo inmunizaba contra la caída del árbol.

por el contrario una sola palabra respecto a la capacidad constructiva y creadora que Marx expresamente le atribuye. ¿A qué se debe esta amputación? ¿Por qué este extraño silencio sobre los "caracteres dobles"? Todo el brillante fuego de artificio dialéctico empleado para hacernos aparecer bajo la luz de las "cosas efímeras" la capacidad del crédito como medio de adaptación, se disuelve en humo cuando llega el momento de observar de cerca esta otra faz, frente a la cual Luxemburg se ensombrece y desvía.

Pero tampoco las proposiciones particulares de su demostración resisten un examen más atento. "Éste —se refiere al crédito— aumenta la contradicción entre modo de producción y modo de intercambio, en la medida en que al exponer a una tensión máxima a la producción paraliza a la menor ocasión el intercambio." Muy bien dicho; lástima solamente que la frase pueda ser invertida como se quiera sin que pierda exactitud. Basta sustituir recíprocamente en su segunda fase los dos términos principales, y ella se demuestra tan verdadera como antes. O bien se puede decir: el crédito suprime la *antítesis* entre modo de producción y modo de intercambio, en la medida en que reequilibra periódicamente las diferencias de tensión entre producción e intercambio, y se tendrá igualmente razón. "El crédito —se dice más adelante— aumenta la contradicción entre las relaciones de propiedad y de producción, dado que a través de la expropiación forzada de muchos pequeños capitalistas, reúne en pocas manos inmensas fuerzas productivas." Si esta afirmación es cierta, no lo es menos la diametralmente opuesta. Puesto que si decimos que el crédito suprime la contradicción entre las relaciones de propiedad y de producción, en la medida en que a través de la unificación de muchos pequeños capitalistas transforma enormes fuerzas productivas en propiedad colectiva, no hacemos sino explicar un hecho repetidamente confirmado por la realidad. Respecto a la sociedad por acciones en sus formas simples y potenciadas, como ya vimos en el capítulo sobre la dinámica de los créditos, el hecho se torna aún más evidente. Si luego Luxemburg, para desmentirme, quiere remontarse a Marx, quien en el pasaje mencionado atribuye repetidamente al sistema crediticio la formación de una oligarquía cada vez más reducida de explotadores de la riqueza social, entonces podría replicar que Marx nunca dio ni podía dar la demostración empírica de esta afirmación, y hasta en cambio se refirió en muchas ocasiones a hechos que la contradicen. Esto sucede, por ejemplo, cuando en el capítulo 22 del libro tercero, que trata de la caída tendencial de la tasa media de ganancia, se remite al creciente aumento de los *rentiers* en Inglaterra comprobado por Ramsay (III, 1, p. 346). Pero si Marx repetidamente se deja ganar por la confusión entre persona física y persona jurídica (ya que es ésta, en el fondo, la raíz de aquella hipótesis), no por ello la misma lo engaña acerca de la capacidad económica positiva del crédito. Esto es sobre todo evidente cuando se refiere a la cooperativa obrera, cuyo tipo característico para él es todavía la vieja cooperativa de producción —a la que denomina fábrica cooperativa—, y de la cual dice que reproduce y debe reproducir todos los defectos del sistema vigente. Pero, precisa Marx, la cooperativa obrera suprime positivamente también el antagonismo interno de la fábrica capitalista, y si ella es por tanto hija del sistema de fábrica que se basa en la producción capitalista, en igual medida es hija del *sistema*

crediticio, basado también en la producción capitalista, y sin el cual sostiene Marx que la fábrica cooperativa no habría podido desarrollarse. El crédito ofrece el medio para la gradual extensión de las empresas cooperativas en escala más o menos nacional" (*El capital*, III, 2, p. 18). Estamos aquí, de la manera más explícita, ante la invalidación de las afirmaciones luxemburguianas.

El hecho de que el sistema crediticio favorezca la especulación, es ya una experiencia secular; y también es viejísima experiencia el hecho de que la especulación no se detenga frente a la producción, cuando la forma y estructura de ésta última es lo bastante desarrollada para favorecer su juego. Pero por su parte, la especulación está condicionada por la relación entre circunstancias previsibles e imprevisibles. En la medida en que prevalecen estas últimas, florece la especulación; en la medida en que son refrenadas por las primeras, se quita terreno a la especulación. Ésta es la razón por la cual las más alocadas explosiones de especulación se hallan en los *albores de la era capitalista*, y es ésta también la razón por la cual habitualmente la especulación celebra sus orgías disolutas en los países de más reciente desarrollo capitalista. En el terreno de la industria la especulación florece vigorosa sobre todo en los *nuevos* ramos de la producción. Cuanto más viejo es un ramo de producción de una industria moderna, tanto más —si se exceptúa la fabricación de determinados artículos de moda— el momento especulativo cesa de desempeñar un rol determinante, ya que se torna más preciso el control y más seguro el cálculo de la situación de las oscilaciones del mercado.

Como es natural, se trata siempre de una seguridad relativa, pues la competencia y el desarrollo técnico excluyen la posibilidad de un control absoluto del mercado. Hasta cierto punto, la sobreproducción es inevitable. Pero una sobreproducción en ciertas industrias no significa todavía una crisis general. Para llegar a una crisis de este tipo, es necesario que las industrias referidas, o bien sean consumidoras de productos de otras industrias en grado tal que las involucren en una eventual paralización con sus consecuencias, o bien que las primeras sustraigan a las últimas, mediante la parálisis del crédito general, los medios para continuar con la producción. Pero queda claro que cuanto más rico sea un país y desarrollado su organismo crediticio —lo cual no debe confundirse con una economía que haga hincapié en el crédito—, tanto más improbable se torna aquel último efecto. Precisamente en ese caso las posibilidades de compensación aumentan. En un pasaje que en este momento no logro aducir, dice Marx —y la exactitud de la afirmación puede confirmarse con gran número de pruebas— que las contradicciones del mercado monetario se suponen más rápidamente en su centro que en los distintos puntos de la periferia. Y al hacer esta afirmación, Marx tenía ante su vista, en la misma Inglaterra, a un mercado monetario mucho más centralizado que el moderno. Afirma aun (*El capital*, III, 1, p. 18) que con la extensión de los mercados los créditos tienen vencimientos en períodos cada vez más largos, de modo tal que el elemento especulativo está destinado a dominar siempre más las transacciones. Pero la evolución de los medios de comunicación, que entre tanto se ha verificado, ha compensado en este aspecto los efectos de las distancias espaciales.* Si a

* Engels calcula en un 70-90 % el acortamiento de América y de la India a los países

partir de esto no se puede decir que las crisis del mercado dinerario hayan sido eliminadas, sin embargo —y éste es el punto— las restricciones del mercado dinerario se han reducido notoriamente con la existencia de empresas comerciales ampliamente estratificadas y difícilmente controlables.

La relación entre las crisis dinerarias y las crisis comerciales no ha sido aún aclarada hasta el punto de poder afirmar, en un caso concreto de coincidencia de ambas, que haya sido la crisis comercial o bien la sobreproducción la causa directa de la crisis dineraria. En la mayor parte de los casos, evidentemente no fue la sobreproducción efectiva, sino la especulación quien paralizó el mercado dinerario y, por este camino, presionó sobre la marcha general de los negocios. Esto se deduce a partir de los datos particulares que proporciona Marx en el libro III de *El capital*, obtenidos de las investigaciones oficiales sobre las crisis de 1847 y de 1857, y confirmado también por la documentación que el profesor Herkner muestra en su esbozo de historia de las crisis comerciales contenido en el *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*. Ahora bien, la doctora Luxemburg, basándose en los datos proporcionados por Herkner, deduce de los mismos que las crisis hasta ahora acaecidas no han sido verdaderamente crisis, sino apenas *enfermedades infantiles* de la economía capitalista, y que "no hemos encontrado aún en aquella fase de plena madurez capitalista que es el presupuesto del esquema marxiano de las crisis periódicas". Según ella, nos hallamos "en una fase en la que las crisis no acompañan ya los albores del capitalismo, pero tampoco todavía su ocaso". Esta fase sólo arribaría cuando el mercado mundial se hubiese desarrollado enteramente y no pudiese ampliarse más a causa de expansiones imprevistas. Solamente entonces el conflicto entre las fuerzas productivas y los obstáculos del intercambio se tornaría cada vez más áspero y tempestuoso.

Conviene observar al respecto que el esquema de las crisis, en o para Marx, no era una imagen del futuro, sino un cuadro del presente, del cual se esperaba únicamente que en el futuro se presentara bajo formas siempre más agudas y macroscópicas. Ahora bien, si Luxemburg le niega para todo el período anterior el significado que Marx le atribuye, y hace a partir de ella una deducción que no corresponde aún a la realidad, o sea una construcción lógica anticipada de un proceso basado en ciertos elementos todavía en germen, cuestiona de tal modo la prognosis marxiana del desarrollo social futuro, en la medida en que esta prognosis se basa en la teoría de las crisis. Pues si esta teoría no había sido aún verificada en la época en que fue elaborada, ni se ha verificado desde entonces hasta hoy, ¿cómo se puede sostener que su esquema sea válido para un futuro todavía lejano? Situarse en la época en que el mercado mundial habrá alcanzado su desarrollo integral, es una aventurada consideración teórica.

No sólo no se logra ver aún cuándo el mercado mundial alcanzará su des-

industriales europeos con motivo de la apertura del Canal de Suez, el desarrollo de la navegación de transporte, etc., y agrega que a causa de esto, los "dos grandes focos de crisis desde 1825 hasta 1857... han perdido gran parte de su potencial explosivo" (*El capital*, III, 1, p. 45). En la p. 395 del mismo libro, Engels afirma que ciertas especulaciones vinculadas a maniobras crediticias, que Marx describe como factores de crisis del mercado dinerario, han sido extirpadas de la institución por la línea telegráfica transoceánica. Para un juicio sobre el desarrollo del crédito es importante también la rectificación que Engels ha interpolado en la p. 56 del libro III, parte 1.

rrollo integral, sino que la misma Luxemburg no ignora ciertamente que existe una expansión no sólo extensiva sino también intensiva del mercado mundial, y que hoy esta última tiene un peso mucho mayor que la primera.

En la estadística del comercio de los grandes países industriales el rol más importante es asumido indudablemente por la exportación hacia los tradicionales países importadores. El valor de las exportaciones de Inglaterra hacia toda el Asia austral (incluidas las colonias australianas, Nueva Zelanda, etc.) no alcanza ni siquiera el valor de sus exportaciones solamente a Francia; el valor de sus exportaciones hacia la América del Norte británica (Canadá, Columbia británica, etc.) no alcanza ni siquiera al de las exportaciones a Rusia; y hacia ambos sectores coloniales juntos, que sin embargo tienen una edad respetable, el valor de las exportaciones no alcanza a igualar al que corresponde al comercio con Alemania. El comercio exterior de Inglaterra con todas sus colonias, incluido el enorme imperio de la India, no representa ni siquiera un tercio de su comercio con el resto del mundo, y en lo que se refiere a los territorios conquistados en los últimos veinte años, la exportación hacia los mismos es ridículamente baja.[27] La expansión extensiva del mercado mundial progresa demasiado lentamente como para poder garantizar una suficiente salida al aumento efectivo de la producción, si precisamente los viejos países importadores no le ofrecieran un mercado siempre más vasto. Un límite para esta expansión intensiva del mercado mundial, que vaya al mismo paso de la extensión geográfica, no se puede establecer a priori. Si la crisis general es en realidad una ley inmanente de la producción capitalista, la misma tiene que verificarse ahora o en un futuro inminente. De otro modo la prueba de su ineluctabilidad se aloja en el campo de la especulación abstracta.

Hemos visto que el crédito sufre hoy en medida no superior, sino inferior a la de otros tiempos, el tipo de contracciones que conducen a la parálisis general de la producción, y que en consecuencia, como factor de formación de las crisis, pierde cada vez más terreno. Pero en cuanto él es un medio de impulso artificial de la sobreproducción, a tal abultamiento de la producción se opone hoy, cada vez con mayor frecuencia, en los diversos países aquí o allí pero siempre a escala internacional, la *asociación de los empresarios*, que bajo la forma de cártel, sindicato o trust busca regular la producción. Sin abandonarme a profecías sobre la vitalidad y capacidades últimas del crédito, yo he reconocido su aptitud para influir las relaciones entre la actividad productiva y la situación del mercado hasta el punto de reducir el peligro de crisis. Y bien, Luxemburg niega también esto.

Ante todo ella niega que la asociación entre empresarios pueda generalizarse. Propósitos y efectos finales de la asociación serían, según ella, los de aumen-

[27] He aquí algunas cifras relativas a 1895. De la exportación global, el 75,6 % fue al exterior —más de lo que nueve décimos a los países tradicionales— y el 24,4 % a las colonias británicas, por un valor global (bienes de tránsito incluidos) de 6,6 millones de libras esterlinas en la América del Norte británica, 10,7 millones en Rusia, 19,5 en Australasia, 20,5 en Francia, [illegible] en Alemania, 2,4 millones en toda el África Oriental y Occidental británica, o sea menos del 1 % de la exportación global, que ascendía a 285,8 millones de libras esterlinas. En 1896 la exportación hacia el conjunto de las posesiones británicas ha aumentado en un 61,8 % respecto a la de 1860; la que afluyó a los otros países se incrementó en un 77,9 % (cf. *Constitutional Yearbook* de 1897).

tar la participación de un sector en la ganancia bruta global obtenida en el mercado eliminando la competencia en el interior del sector mismo. Pero dado que un sector industrial sólo podría alcanzar tal objetivo a expensas de otro, esto tornaría imposible la generalización de la organización. "Extendida a todos los sectores de la producción, ella neutraliza su propia acción."

Esta demostración se asemeja en todo a otra, desmentida hace ya largo tiempo, sobre la inutilidad de los sindicatos. Su base es infinitamente más caduca que la teoría del fondo-salario de venerada memoria. Es la hipótesis no demostrada, no demostrable o más bien demostrable como falsa, por la cual habría siempre en el mercado una masa de ganancia fija a repartir. Esto presupone entre otras cosas una determinación de los precios independiente de las oscilaciones de los costos de producción. Pero aun admitiendo que exista un precio determinado, y aún más una base tecnológica determinada de la producción, la ganancia bruta de un sector industrial puede aumentarse sin reducir automáticamente las ganancias de otro sector, y esto se obtiene a través de la reducción de los gastos improductivos, la abolición de la competencia desleal, una mejor organización de la producción y otras medidas del género. Que para este fin la asociación de los empresarios constituye un medio eficaz, es evidente. El problema de la repartición de la ganancia es la última de las razones que se opone a una generalización de las asociaciones de empresarios.

Otra razón que desmiente la capacidad de los cárteles de frenar la anarquía de la producción, según Luxemburg es la siguiente: que ésos tratan de alcanzar su objetivo —es decir, la detención de la caída de la tasa de ganancia— tornando inactiva una parte del capital acumulado, y obteniendo así el mismo resultado producido, bajo otra forma, por las crisis. De tal modo, remedio y enfermedad se asemejarían como dos gotas de agua. Una parte del capital socializado a través de la organización se retransforma en capital privado, cada sector va en busca de su ventaja y "las organizaciones están destinadas entonces a desvanecerse como burbujas de jabón y a dejar el lugar nuevamente a una forma potenciada de libre competencia".

Lo que significa presuponer que la amputación quirúrgica de un órgano afectado de gangrena y su destrucción por parte de la misma gangrena se asemejan "como dos gotas de agua", ya que en ambos casos el órgano resulta perdido. Pero el hecho de que el capital se torne inactivo por un fenómeno elemental como las crisis, o de que en cambio lo sea a causa de la organización de la industria, son dos cosas completamente diferentes, porque una significa una interrupción provisional y la otra una destrucción directa. Pero no está escrito en niguna parte que un capital que se haya tornado excedente en un sector de la producción pueda ser empleado o deba buscar empleo solamente en ese mismo sector de la producción. Aquí, para variar, se supone que el número de los sectores productivos sea una magnitud fija establecida de una vez para siempre, lo cual contradice nuevamente la realidad.

Más seria es la última objeción de Luxemburg. Los cárteles, afirma, son inadecuados para dominar la anarquía de la producción porque los empresarios reunidos en un cártel, por regla general obtienen el aumento de su tasa de ganancia en el mercado interno operando de manera que la porción de capital que no puede ser empleada en éste, produzca para el exterior a bajísima

tasa de ganancia. El resultado es un aumento de la anarquía en el mercado internacional, o sea lo contrario del objetivo propuesto.

"Por regla general", esta maniobra funciona sólo allí donde un arancel proteccionista asegura al cártel una cobertura que torna imposible al país extranjero retribuirlo con igual moneda. En la industria azucarera, que Luxemburg cita como ejemplo en favor de su tesis, es la forma potenciada del arancel proteccionista, o sea el premio a su exportación, lo que ha causado todas estas delicias. Pero es significativo que la agitación contra esta benéfica institución es mucho más fuerte en los países que disfrutan de ella que en el país que carece de la misma y cuya producción de azúcar queda expuesta sin ninguna protección a la competencia de los países favorecidos por los premios a la exportación y por los cárteles del azúcar: o sea en Inglaterra. Y los ingleses saben bien el porqué. Indudablemente esta competencia premiada ha dañado en forma sensible a los refinadores ingleses, aunque quizás mucho menos de lo que se piensa, ya que el refinador inglés recibe también su materia prima, el azúcar crudo, previa sustracción del premio de exportación. Es por ello que mientras en 1864 fueron refinadas en Inglaterra solamente 424 000 toneladas de azúcar, en 1894 fueron refinadas 623 000 y en 1896, 632 000. Entre tanto, la producción, a decir verdad, había alcanzado cifras todavía más elevadas (en 1884 ascendía a 824 000 toneladas), y si no fue posible mantener este alto nivel, en compensación la industria de *transformación del azúcar* (confituras, frutas acarameladas y almibaradas) ha tenido una expansión que compensa diez veces aquella recesión relativa. Desde 1881 hasta 1891 el número de personas ocupadas en las refinerías inglesas de azúcar no disminuyó, mientras que el ocupado en la industria de dulces casi se ha duplicado.[38] A esto es preciso agregar un fuerte impulso de la industria de elaboración de frutas y mermeladas, que se ha convertido en la actualidad en un consumo popular y que da ocupación a millares de obreros. Aunque los premios a la exportación del azúcar y otras maniobras del género por parte de los fabricantes de azúcar del continente hubiesen llegado a liquidar toda la industria inglesa de refinación —lo cual no es verdad—, de todas maneras la desocupación de alrededor de 5 000 obreros habría sido compensada por la conquista de una posibilidad de nueva ocupación para un número de obreros por lo menos ocho veces mayor. Y no hemos calculado la expansión que ha tenido en Inglaterra el cultivo de las habas, etc., como consecuencia del bajo precio del azúcar. Es absurdo pensar que los premios concedidos al azúcar de remolacha arruinaron a los cultivadores de caña de azúcar de las colonias inglesas, y que también los cultivadores de las Indias Occidentales no hacen más que lamentarse. Esta honorable clase se asemeja desagradable-

[38] Los datos del censo son al respecto los siguientes:

Personas ocupadas		1881	1891	
Refinerías de azúcar:	hombres	4 285	4 682	+ 397
	mujeres	133	238	+ 116
Industria de confituras:	hombres	14 305	20 251	+ 5 986
	mujeres	15 285	34 788	+ 19 503

mente a aquella famosa de los productores agrarios menesterosos que siempre acaban puntualmente en la miseria. Es un hecho que Inglaterra importa de sus posesiones más caña de azúcar en la actualidad que en el pasado (de los 2.5 millones de quintales en 1890, la importación de azúcar de caña de las posesiones británicas se ha elevado a 3.1 millones de quintales en 1896) salvo que otras colonias han superado a las Indias Occidentales. En efecto, en 1882 las Indias Occidentales suministraban exactamente los dos tercios de toda la exportación proveniente de las posesiones británicas, mientras que en 1896, ni siquiera llega a la mitad. Las ganancias de los cultivadores ciertamente han sido perjudicadas, pero esto no significa aún la ruina, a menos que ésta sobrevenga por un endeudamiento excesivo.

Pero aquí no se trata ni de negar los efectos nocivos del proteccionismo actual, en su forma simple o potenciada, ni de hacer la apología de las asociaciones empresariales. Nunca se me ocurrió afirmar que los cárteles, etc., sean la última palabra en relación al desarrollo económico y que sean a su vez aptos para eliminar definitivamente los antagonismos de la realidad económica moderna. Es más aún, estoy convencido de que en las naciones industriales modernas donde los cárteles y los trusts son sostenidos y fortalecidos mediante aranceles proteccionistas, estos últimos están destinados efectivamente a convertirse en factores de crisis para la industria en cuyo seno nacen —y si no de inmediato, en todo caso finalmente también para el país "protegido". Se trata sólo de saber hasta qué punto los respectivos pueblos soportarán este tipo de economía. El proteccionismo no es un producto de la economía sino de la intrusión del poder político en la economía, con miras a lograr efectos económicos. De una naturaleza totalmente distinta es, en sí misma, la asociación industrial que asume la forma del cártel. Éste —aunque sea artificiosamente favorecido por los aranceles proteccionistas— nace en el mismo terreno de la economía, como un medio connatural de adaptación de la producción a las fluctuaciones del mercado. El hecho de que al mismo tiempo el cártel pueda volverse un medio de explotación monopólica está fuera de dudas. Pero del mismo modo es indudable que su función primaria es la de aumentar la eficacia de todos los antídotos tradicionales contra la sobreproducción. Con mucho menos riesgo que la empresa privada, el cártel puede proceder en periodos de saturación del mercado a una temporaria limitación de la producción, y está en mejores condiciones que la empresa privada de hacer frente a la competencia desleal del exterior. Negar esto significa negar las ventajas de la organización sobre la competencia anárquica. Y es esto lo que se hace cuando se refuta por principio que los cárteles puedan ejercer una acción modificadora en la naturaleza y en la frecuencia de las crisis. *Hasta qué punto* pueden hacerlo es por ahora un problema puramente conjetural, ya que las experiencias de que disponemos no son aún suficientes para permitir un juicio definitivo al respecto. Todavía son menos, en estas circunstancias, los puntos de apoyo con que podemos contar para definir desde ya las crisis generales futuras (tal como las pronosticaron originariamente Marx y Engels) como repeticiones acentuadas de las crisis de 1825, 1836, 1847, 1857 y 1873. Contra la conclusión abstracta de que estas crisis *deben* repetirse en la vieja forma, nos pone en guardia el hecho de que mientras los socialistas desde hace años continuaban deduciendo una creciente *restricción*

del ciclo industrial como consecuencia de la creciente concentración del capital —un desarrollo en forma de *espiral*—, en 1894 Friedrich Engels se haya visto obligado a preguntarse exactamente lo contrario de la hipótesis tradicional, o sea si no se estaba en presencia de una nueva *extensión del ciclo*.[29]

La historia de cada industria en particular demuestra que sus crisis no coinciden siempre con las llamadas crisis generales. Quien relea en los libros primero y tercero de *El capital* las indicaciones que da Marx, sobre la base de la historia de la industria inglesa del algodón (libro I, cap. 13; libro III, cap. 6), encontrará allí la confirmación —corroborada por la historia reciente— de cómo este y otros grandes sectores productivos atraviesan fases de prosperidad y de recuperación que se suceden sin influir profundamente el conjunto de las demás industrias. Como ya vimos, Marx creyó individualizar en la necesidad de una renovación acelerada del capital fijo (de los instrumentos de producción, etc.) una base material de las crisis periódicas.[30] Ahora bien, es sin duda exacto que en esto último se oculta un importante momento de crisis. Pero no es, o mejor dicho no es *más*, exacto, que estos periodos de renovación coincidan temporalmente en las distintas industrias. Y con esto queda eliminado otro factor de la gran crisis general.

Al final de cuentas, nos queda como una adquisición simplemente lo siguiente: que la capacidad productiva en la sociedad moderna es mucho más fuerte que la demanda de productos, la cual está condicionada por la capacidad adquisitiva; que millones de personas viven en habitaciones insuficientes, están vestidas y alimentadas en forma insuficiente, si bien existen medios abundantes en condiciones de asegurarles la vivienda, el alimento y la vestimenta en forma suficiente; que en base a este desequilibrio se instaura en los diversos ramos productivos una sobreproducción crónica, debida a una producción efectiva de determinados artículos en cantidad superior al consumo —por ejemplo, más hilo del que pueden elaborar las industrias textiles—, o bien a una producción cuantitativamente no superior al consumo, pero superior a la capacidad adquisitiva; que de esto resulta una gran irregularidad en la ocupación de los obreros, lo cual vuelve extremadamente precaria su situación, los mantiene en un estado de permanente y degradante dependencia, y genera por una parte, trabajo excesivo, por la otra, desocupación. En fin, que entre todos los medios empleados actualmente para reaccionar contra la agudización extrema de este mal, los cárteles de empresas capitalistas representan, por un lado, en relación a los obreros, y por el otro, en relación al gran público, formas de asociaciones monopólicas que tienden a entablar combates, a espaldas y a costa de los obreros y del público, con análogas asociaciones monopólicas de otras industrias o de

[29] Aquí, como es natural, se habla siempre y solamente de la motivación *económica* de la crisis. Crisis producidas por acontecimientos políticos (guerras o serios peligros de guerra), o bien por malas cosechas en escala general —pues las malas cosechas locales no ejercen ya ninguna influencia en este aspecto—, naturalmente son siempre posibles, como ya se dijo en el capítulo sobre la teoría del derrumbe.

[30] El uso del término "material" en el pasaje en cuestión (III, p. 164) no carece de interés para juzgar el modo en que Marx entendía este concepto. Según el uso moderno del concepto, explicar las crisis sobre la base del subconsumo sería tan materialista como hacerlo a partir de cambios en el proceso de producción, o mejor en los instrumentos de producción.

otros países, o también a adecuar arbitrariamente, mediante acuerdos interindustriales o internacionales, tanto la producción como los precios a su necesidad de ganancia. Virtualmente el antídoto capitalista contra las crisis lleva en sí los gérmenes de un nuevo y agravado *sometimiento* de la clase obrera, y al mismo tiempo de privilegios de producción que representan una forma más potente que los antiguos privilegios corporativos. Por esta razón me parece mucho más importante, desde el punto de vista de los obreros, advertir claramente las posibilidades de los cárteles y de los trusts, en lugar de hacer profecías sobre su "impotencia". Para la clase obrera es una cuestión en sí secundaria la de saber si, a largo plazo, los cárteles lograrán alcanzar su objetivo primario que es el de prevenir las crisis. Pero se torna una cuestión importantísima cuando a la crisis general se la vincula con toda una serie de expectativas para el movimiento de emancipación de la clase obrera. Ya que entonces la idea de que los cárteles no pueden hacer nada contra las crisis puede convertirse en la causa de funestas omisiones.

El breve esbozo de las interpretaciones marx-engelsianas de las crisis económicas, que ofrecimos al comienzo de este capítulo, junto con los hechos irrefutables que lo acompañan, bastarán sin duda para comprender que el problema de las crisis no es del tipo de los que se puedan liquidar categóricamente con un par de réplicas acreditadas. Lo único que podemos hacer nosotros es establecer cuáles elementos de la economía moderna favorecen las crisis y cuáles acaso las contrarrestan. Pero un juicio *apriori* acerca de la relación recíproca final de ambas fuerzas o sobre los desarrollos de tal relación, es imposible. Excepto que se produzcan sucesos *externos* e imprevistos que provoquen una crisis general —y, como ya vimos, esto es siempre posible—, no hay razón suficiente para deducir, en base a motivos puramente económicos, que tal crisis sea inminente. Los fenómenos de depresión de carácter local y parcial, son inevitables; en cambio, no lo es una paralización general, dada la organización y extensión actual del mercado internacional y dada especialmente la expansian *de la producción de medios de subsistencia*. Este último fenómeno tiene importancia particular para nuestro problema. Quizás nada haya contribuido tanto a atenuar las crisis económicas o a impedir su agravamiento como el derrumbe de los réditos y de los precios de los medios de subsistencia.

a) LOS SUPUESTOS POLÍTICOS Y ECONÓMICOS DEL SOCIALISMO

Si se le pidiese a un grupo de personas, cualquiera que sea el partido o clase a la que pertenecen, que dieran una definición del socialismo por medio de una formulación concisa, la mayor parte de ellas quedaría algo desconcertada. Si uno no quiere repetir a como dé lugar una frase hecha, debe explicarse ante todo a sí mismo si el objeto a definir es un estado de cosas o un movimiento, una teoría o un objetivo. Si consultamos la literatura clásica del socialismo, nos encontramos con definiciones muy diversas de dicho concepto, según correspondan a una u otra de las categorías mencionadas. Partiendo de la deducción del concepto de socialismo de las ideas jurídicas de igualdad y justicia o de su definición sumaria como ciencia de la sociedad, se llega al punto de confundirlo con la lucha de clase de los obreros en la sociedad moderna y a la definición del socialismo como una economía asociativa. Tal vez se encuentren en la base de estas diversas definiciones concepciones radicalmente diferentes, aunque la mayoría de las veces no son más que el resultado de la consideración y descripción de una sola y misma cosa desde distintos puntos de vista.

En todo caso, la definición más exacta de socialismo será la que se deriva de la idea de asociación, ya que sólo ésta expresa una relación que es al mismo tiempo económica y jurídica. No se requiere una larga demostración para reconocer que el concepto jurídico es tan importante como el económico. Dejando completamente de lado la cuestión de si el derecho es un factor primario o secundario de la vida social, es indudable que el sistema jurídico que la caracteriza en cada época, da la imagen más sintética del carácter de la misma vida social. Nosotros no caracterizamos las formas sociales de acuerdo con su base tecnológica o económica, sino de acuerdo con el principio que rige sus instituciones jurídicas. Hablamos de una edad de piedra, de bronce, de las máquinas, de la electricidad, etc., pero también hablamos de un ordenamiento social feudal, capitalista, burgués, etc. Del mismo modo, el socialismo se podría definir como un movimiento hacia un ordenamiento social asociativo o hacia una realización de dicho ordenamiento social. En este sentido, concuerda también con la etimología de la palabra (socius = asociado) que usaremos en las páginas siguientes.

¿Cuáles son, pues, los requisitos para la realización del socialismo? El materialismo histórico los encuentra ante todo en el desarrollo moderno de la producción. De acuerdo con esta concepción, la difusión de las grandes empresas capitalistas dentro de la industria y de la agricultura proporciona una base material duradera y cada vez más orientada a la transformación socialista de la sociedad. Mientras en estos negocios la producción ya está organizada socialmente, la dirección sigue siendo individual y la apropiación de la ganancia por parte de los individuos particulares no se realiza de acuerdo con su trabajo sino de acuerdo con su parte de capital. El trabajador que produce está sepa-

rado de la propiedad de sus instrumentos de producción, guarda una relación de dependencia salarial de la que no se librará en toda su vida y cuya opresión se ve acentuada por la inseguridad que acompaña a esta dependencia del empresario, unida a su vez a las oscilaciones de la situación económica que son consecuencia de la anarquía de la producción. Al igual que la producción, las condiciones de existencia de los productores se orientan también a la socialización y a la organización asociativa del trabajo. Cuando este desarrollo se halla bastante adelantado, la realización del socialismo se convierte en una exigencia inevitable para el desarrollo ulterior de la sociedad. Llevar a feliz término esta realización es tarea del proletariado organizado en partido de clase y para esto el proletariado debe conquistar el poder político.

El primer requisito para la realización general del socialismo es, pues, un determinado nivel de desarrollo capitalista; el segundo, el ejercicio del poder político por parte del partido de clase de los trabajadores, es decir, por parte de la socialdemocracia. Según Marx, la forma que adoptará el ejercicio de ese poder durante el período de transición será la de dictadura del proletariado.

Por lo que respecta al primero de los dos requisitos, ya señalamos en el capítulo sobre las clases de empresas en la producción y en la distribución que, si bien la gran empresa predomina efectivamente hoy día dentro de la industria, representa, sin embargo, incluyendo las empresas dependientes, cuando mucho la mitad de la población que trabaja en la producción, y aun en países tan avanzados como Prusia. No es distinto el panorama que presentan las cifras relativas a toda la Alemania,[1] y la situación de Inglaterra, el país más industrializado de Europa, es un poco distinta. En los demás países, excluyendo tal vez a Bélgica, la proporción de las grandes empresas respecto a las pequeñas y medianas es mucho más favorable. En cambio en la agricultura, vemos por doquier que, no sólo la empresa pequeña y mediana supera en una proporción considerablemente mayor a las grandes, sino que está en grado de consolidar su posición. Los grupos de empresas en el comercio al mayoreo y al menudeo guardan una proporción análoga.

Yo mismo señalé a su debido tiempo, en un artículo sobre la teoría del derrumbe, el hecho de que el panorama que nos presentan las cifras someras de la estadística de las empresas podía sufrir muchas correcciones, si se lo sometía a un examen más cuidadoso de los diferentes sectores, cosa que hice después de haber señalado expresamente en algunos artículos anteriores de la serie *Probleme des sozialismus* que el número de personas ocupadas en una empresa no constituye un indicador seguro del grado de su naturaleza capitalista. Las objeciones que Parvus ha planteado en la *Sächsische Arbeiterzeitung* contra la utilización dada en dicho artículo al hecho de las cifras globales de los grupos de empresas, en primer lugar, no añaden nada, en principio, a lo que yo mismo había afirmado antes repetidas veces, y en segundo lugar son completamente irrelevantes para el problema que nos ocupa y que consiste en la probabilidad de un inminente derrumbe económico.[2] El hecho de que entre cientos de miles de pequeñas empresas cierto número de ellas tenga un carácter capitalista, mientras otras dependen total o parcialmente de las grandes empresas capitalistas, sólo puede modificar ligeramente el panorama global que dan las estadísticas de las empresas industriales. No quedan de ninguna manera desmentidas la enorme y progresiva diversificación de las empresas, ni la articulación gradual de la industria. Aunque quitáramos de la lista una cuarta parte o la mitad de todos los pequeños establecimientos que figuran como dependencias de los grandes y pequeños, seguiría existiendo, dentro de Alemania, en la sola industria, un millón de establecimientos que van desde las gigantescas empresas capitalistas, pasando por estratos cada vez más amplios, hasta los cientos de miles de pequeños negocios con carácter artesanal que ciertamente pagan poco a poco su tributo al proceso de condensación, pero que no por esto dan muestras de querer desaparecer del escenario. Además de las cifras que presentamos a este respecto en la segunda sección del capítulo tercero, hay que hacer notar también que, en base a la estadística de la *industria de la construcción*, en Alemania de 1882 a 1895, el número de los que trabajan por cuenta propia aumentó de 146 175 a 177 012, y el de los ocupados de 580 121 a 777 705, cosa que representa ciertamente un modesto aumento de los dependientes por establecimiento (de 3.97 a 4.37), pero de ninguna manera un retroceso de los establecimientos con características artesanales.[3]

Si la forma de empresa centralizada constituye la premisa de la socialización de la producción y de la distribución en los países más avanzados de Europa, se trata sin embargo, sólo de un hecho parcial; ya que, si en Alemania el Estado a un cierto punto quisiera expropiar todas las empresas, pongamos el caso, con veinte personas o más, con el fin de darles una administración totalmente autónoma o para adjudicarlas parcialmente, en el comercio y en la industria quedarían aún cientos de miles de empresas *con más de cuatro mi-*

[1] Véase la nota 17 de la p. 168.

[2] No me detendré más en las absurdas interpretaciones que Parvus le ha dado a mis trabajos, ni en las grotescas comparaciones (los cocheros contra los ferrocarrileros, etc.) con las que ha tratado de ridiculizar mi alusión a la fuerza relativa de los negocios pequeños (*) sellanos. Por aquel entonces lograron irritarme porque provenían de un hombre que yo consideraba capaz de lo mejor, pero no merecen una refutación seria.

Sin embargo, por los motivos expuestos en el texto, no le puedo conceder ningún peso, a mi tesis, ni siquiera a los hechos que Heinrich Cunow presenta contra mi artículo, totalmente objetivo, sobre la teoría de la crisis. Prueba de que lo que dice a propósito de los negocios bancarios y de las agencias comerciales no me era desconocido puede ser el hecho de que durante muchos años tuve que ver personalmente con un negocio bancario y conozco por experiencia también el comercio al por mayor. En cuanto a los negocios filiales y menores de la industria, yo mismo escribí en un artículo anterior de los *Probleme des Sozialismus*: "Esa clase de negocios menores, a pesar de que trabaja con muchísimo capital constante y poquísimo capital variable y emplea máquinas costosas y pocos obreros, se registra, de acuerdo con la praxis de la estadística oficial, entre las pequeñas fábricas y hasta entre los negocios artesanales, siendo que en realidad forma parte de los negocios de fábricas... Se puede considerar con toda seguridad que en las estadísticas industriales el número de negocios artesanales y de pequeños negocios fabriles resulta mucho más elevado de lo que es en realidad." (*Die Neue Zeit*, XV, 1, p. 308.) Y en cuanto a la agricultura: "La superficie puede ser demasiado pequeña y sin embargo servir de base para un negocio capitalista propiamente dicho. La estadística basada en la extensión espacial de los negocios es menos elocuente que su aspecto económico" (*op. cit.*, p. 380). Lo mismo decía en mi artículo sobre la "teoría del derrumbe", en la p. 552, XV, 1, a propósito de las cifras del comercio al por mayor y al por menor.

[3] Cf. Schmöle, *Die sozialdemokratischen Gewerkschaften in Deutschland* [Los sindicatos socialdemócratas en Alemania], tomo II, vol. I, pp. 1 y ss., en que se señalan también los aspectos negativos de la pequeña empresa constructora.

llones de trabajadores, que seguirían siendo administrados bajo el régimen de economía privada. Si en la agricultura se nacionalizaran (cosa en la que ninguno piensa) todos los negocios con más de veinte hectáreas, quedarían aún *más de cinco millones de establecimientos* de carácter privado, con cerca de nueve millones de trabajadores activos. Se puede dar una idea de la tarea que se le presentaría al estado o a los diferentes estados al momento de asumir la dirección de estos negocios, si se considera que por lo que a la industria y al comercio se refiere, se trataría de muchos cientos de miles de establecimientos con cinco o seis millones de empleados, y en cuanto a la agricultura, de más de trescientos mil establecimientos con cinco millones de trabajadores. ¿Qué cúmulo de inteligencia, competencia y capacidad administrativa debería tener un gobierno y una asamblea nacional para poder ejercer únicamente la dirección o el control económico de un organismo tan gigantesco como éste?

Alguno, tal vez, responderá que existe una enorme masa de intelectuales producidos por el desarrollo contemporáneo que en una época de transición estarían muy dispuestos a ponerse al servicio; y yo no dudo ciertamente de la afluencia en masa ni de la buena voluntad de este grupo social, tan es así que hace ya diez y ocho años llamé la atención sobre este punto. Sin embargo el peligro radica precisamente en el *embarras de richesses,* ya que lo que no logra hacer la mala voluntad de los adversarios, puede hacerlo muy fácilmente la buena voluntad de los mejores amigos, que se están convirtiendo rápidamente en un ejército. La buena voluntad, aun en tiempos normales, es un cliente traicionero.

Pero limitémonos por ahora a esta cuestión y concretémonos a establecer ante todo el hecho de que la premisa material de la socialización de la producción y de la distribución —es decir, una avanzada centralización de los establecimientos— existe sólo en parte.

La segunda premisa, de acuerdo con la doctrina de Marx, es la conquista del poder político por parte del proletariado. Pues bien, existen dos caminos posibles y divergentes para lograr esta conquista: el camino de la lucha parlamentaria mediante la explotación del derecho de voto y la utilización de todos los instrumentos legales, o el camino del poder político a través de la revolución.*

Es sabido de qué modo Marx y Engels consideraron durante mucho tiempo este último camino como inevitable en cualquier lugar, y cómo varios seguidores de la doctrina de Marx lo siguen considerando así hasta el presente. Muchos lo consideran también como el camino más rápido.[2]

* El término "revolución" se usa de aquí en adelante, exclusivamente con el significado *político,* como sinónimo de *insurrección,* o de *violencia ilegal.* En cambio para indicar la modificación de principio del orden social se usa el término "transformación social" que deja abierto el problema del camino que hay que seguir para lograrla. Esta distinción tiene por objeto eliminar todos los equívocos y malos entendidos.

[2] "Pero ¿a quién no le queda claro que para las grandes ciudades en que los trabajadores constituyen la inmensa mayoría, una vez que éstos han llegado a disponer sin límites del poder público, de su aparato administrativo y legislativo, la revolución económica es sólo una cuestión de meses o tal vez de semanas? (Jules Guesde. "Der achtzehnte März (1871) in der Provinz" [El 18 de marzo en la provincia] (*Die Zukunft,* de 1877, p. 87).

A esta convicción los ha llevado la idea de que la clase obrera es la clase más numerosa y, de que, al no poseer nada, es también la clase social más resuelta. Una vez conquistado el poder, no descansaría hasta no haber sustituido las bases del sistema constituido, con aquellas instituciones que le permitan la restauración.

Ya hemos señalado cómo Marx y Engels, al elaborar su teoría de la dictadura del proletariado, tenían ante su vista, como ejemplo típico, la época del Terror de la Revolución francesa. Todavía en el *Anti-Dühring,* Engels define como un descubrimiento genial de Saint-Simon, el haber concebido en 1802 el Terror como dictadura de las masas proletarias. Se trata de una sobrestimación, pero por más estimación que se tenga de dicho descubrimiento, el juicio de Saint-Simon sobre los resultados de la dictadura del proletariado no es de ninguna manera más positivo que el del actual "filisteo" Schiller. Los proletarios de 1793 sólo eran capaces de combatir en batallas ajenas. Podían "ejercer la dictadura únicamente" mientras duraba el Terror. Una vez agotado éste, como *tenía* que agotarse, fue el acabose total para su dictadura. De acuerdo con la concepción marx-engelsiana, no existe este peligro para el proletariado moderno. Pero, ¿qué es el proletariado moderno?

Si con este término se quieren enumerar todos los que no poseen nada, los que no gozan de ningún ingreso proveniente de la propiedad o de privilegios sociales, entonces se trata sin más de la mayoría absoluta de la población de los países avanzados. Sólo que, en ese caso, este "proletariado" es una mezcla de elementos sumamente heterogéneos, de estratos sociales totalmente diferentes, más aún que el "pueblo" de 1789. De estratos sociales que, sin lugar a duda tienen, mientras subsistan las actuales relaciones de propiedad, más intereses comunes o por lo menos homogéneos que opuestos; pero que una vez que los poseedores o dominadores actuales sean destituidos o privados de su posición, se darán cuenta muy pronto de la heterogeneidad de sus necesidades e intereses.

Ya en otra ocasión tuve oportunidad de señalar que el asalariado moderno no es lo mismo que la masa homogénea y uniformemente privada de vínculos

[3] "Decíamos: dadnos el poder político por medio año y la sociedad capitalista pertenecerá a la historia" (Parvus en la *Sächs. Arbeiterzeitung* del 6 de marzo de 1898).

Con esta frase concluye un artículo en que entre otras cosas se afirma que, aún después de que el gobierno socialdemócrata haya tomado en sus manos la dirección de toda la producción, quedaría excluida una sustitución del *intercambio* de mercancías por un sistema de intercambio artificiosamente imaginado. En otras palabras, Parvus, que se ha dedicado seriamente a la economía, reconoce por una parte que el "intercambio de mercancías ha penetrado de tal modo en todas las relaciones de la vida económica que no es posible sustituirlo por un sistema de intercambio artificiosamente imaginado", y luego a pesar de esta convicción, que desde hace mucho tiempo es también mía (está señalada en el artículo "Sozialpolitische Bedeutung von Raum und Zahl" [La significación política y social del espacio y del número], y que debía explicarse de una manera más profunda en un artículo posterior de la serie *Probleme des Sozialismus*), sueña en que un gobierno social-revolucionario pueda, dentro de la estructura actual de la economía, "regir" toda la producción y erradicar totalmente en medio año el sistema capitalista que ha surgido de la producción de mercancías y está íntimamente ligado a ella. Con esto se comprueba que el vértigo del poder puede reducir al infantilismo político aun a personas que son maduras en otros aspectos. (Para mayores consideraciones sobre este punto sugerimos leer el epílogo.)

con la propiedad, la familia, etc., que suponía el *Manifiesto comunista*, y que precisamente en las industrias fabriles más avanzadas era donde se podía encontrar toda una jerarquía de trabajadores diferenciados, entre cuyos grupos sólo existía un modesto sentimiento de solidaridad. En el artículo citado (véase nota 2) H. Cunow considera que con esta observación mía se confirma el hecho de que aunque hablaba en general, seguía pensando en la situación especial de Inglaterra. Y que, sin embargo, en Alemania y en otros países civilizados del continente no existía, como en Inglaterra, esta ruptura entre los trabajadores mejor colocados y el movimiento revolucionario. Que a diferencia de lo que ocurría en Inglaterra, los trabajadores mejor pagados se encontraban aquí a la vanguardia de la lucha de clase. Que el espíritu de casta típicamente inglés no provenía de la diferenciación social actual, sino que era un residuo del anterior sistema corporativo de las guildas y del primitivo movimiento sindical ligado a ellas.

Una vez más debo responderle a Cunow que lo que dice no es del todo nuevo para mí, ni en lo que tiene de exacto, ni (quiero decir, que ni siquiera lo creí en su tiempo) en lo que tiene de inexacto. Es inexacta, por ejemplo la última afirmación. La teoría que establece un nexo entre los sindicatos ingleses y las corporaciones tiene un fundamento muy endeble, ya que no toma en cuenta el hecho de que en Inglaterra con excepción de Londres, las corporaciones fueron expropiadas desde el tiempo de la Reforma y de que precisamente en Londres el movimiento sindical no logró nunca ser muy fuerte que digamos, cosa en la que las corporaciones aún existentes no tienen ciertamente ninguna culpa. Si el movimiento sindical inglés está animado por un cierto espíritu corporativo, no es herencia tanto del antiguo sistema corporativo (que por lo demás duró mucho más tiempo en Alemania que en Inglaterra), como producto ante todo de la *libertad* anglosajona —del hecho de que el trabajador inglés no estuvo sometido, ni siquiera en la época de la prohibición de asociación, al látigo del estado policía. Cuando hay libertad, se desarrolla el sentido de la particularidad o, usando sólo esta vez la expresión de Stirner, el sentido de *lo propio*. Cosa que no excluye el reconocimiento de la realidad ajena y de los intereses generales, sino que se convierte fácilmente en causa de una cierta asperidad que resulta dura y mezquina aun en los casos en que su acción sólo es formalmente unilateral. No es mi intención, ciertamente, ofender a los trabajadores alemanes, y reconozco en lo que vale el idealismo que los ha llevado, en aras del objetivo general de la lucha por la emancipación del proletariado, a realizar acciones que no tienen antecedentes en la historia del movimiento obrero. Pero por lo que yo sé y he tenido la oportunidad de seguir el movimiento obrero alemán, puedo decir que también en él se han dejado sentir los efectos de la diferenciación social entre los obreros. Circunstancias especiales como el predominio del movimiento político, la humillación artificiosa de los sindicatos y el hecho de que generalmente son menores en Alemania las diferencias de nivel salarial y de horario de trabajo que en Inglaterra, han hecho que dichos efectos no se manifiesten abiertamente. Pero si se siguen con atención los órganos de prensa del movimiento sindical alemán, se puede uno dar cuenta de que existe una cantidad suficiente de hechos que confirman lo que he dicho. Me abstengo de dar nombres y ejemplos, aunque conozco

...hos, algunos de los cuales se remontan al período de mi actividad en Ale...nia. Me contentaré con añadir, a este propósito, sólo cuanto sigue.

Los sindicatos no son los que crean este fenómeno; lo expresan solamente, ...o resultado inevitable de las diferencias reales. Es inevitable que una serie ...iferencias sustanciales en el tipo de ocupación y en el nivel del ingreso ...nen por producir también modos de vida y aspiraciones diferentes. El me...nico especializado y el minero, el decorador y el cargador, el cartero y el ...nero, tienen de ordinario modos de vida diversos y tipos de necesidades ...rsos. Si la lucha por la existencia no los lleva a choques entre ellos, el hecho ...que todos son obreros asalariados puede eliminar subjetivamente esta diferencia, del mismo modo que el estar conscientes de que libran una lucha ...ítica contra el capital puede producir una viva simpatía recíproca. En la ...ma Inglaterra no falta esta simpatía, y los más aristócratas de los aristócratas ...ndicalistas se la han manifestado a menudo a los trabajadores peor colo...dos, a pesar de que muchos de ellos, si no eran precisamente socialistas en el ...mo político, sí eran, por lo menos, buenos demócratas.[6] Pero entre la simpa...tía política o político-social y la solidaridad económica existe una diferencia ...siderable. Una fuerte presión política y económica puede llegar a neutra...r esta diferencia, pero a medida que esta presión va desapareciendo se deja ...tir nuevamente de una manera u otra la diferencia. Es un grave error consi...rar que bajo este aspecto Inglaterra constituye una excepción de principio. Hoy día en Francia se presenta el mismo fenómeno, aunque en forma diversa. Dígase lo mismo de Suiza, Estados Unidos y, hasta cierto punto, de Alemania.

Pero aun admitiendo que esta diferenciación no existe entre los obreros de ...industria o no ejerce influjo alguno sobre su modo de pensar, los trabaja...res de la industria constituyen en todas partes la minoría de la población. ...n Alemania, incluyendo a los de la industria doméstica son cerca de siete ...ones contra diez y nueve millones de trabajadores independientes. Existe ...más una masa de funcionarios técnicos, de empleados en el sector comercial ...y trabajadores de la tierra.

En este caso, la diferenciación es mucho más marcada en todas partes, como ...demuestra claramente la dolorosa historia de los movimientos que han surgido para organizar las categorías profesionales en uniones sindicales con un interés mutuo. Por otra parte, no hay peor error que deducir una homogenei...dad real de comportamiento de una semejanza formal de situaciones. Formalmente, la situación del empleado del comercio ante su jefe es semejante a la del obrero asalariado de la industria ante su patrón de trabajo. Sin embargo ...si se exceptúa una parte del personal subalterno de las firmas mayores— dicho empleado se sentirá más cercano a su jefe que el obrero a su patrón, a pesar de que muchas veces la diferencia de ingreso es considerablemente mayor. ...ando al campo, en las pequeñas parcelas, el modo de vida y el trabajo del campesino y del siervo son a su vez muy semejantes, mientras que la mayoría ...las parcelas medianas cuentan con una organización y una diferenciación

[6] En el movimiento socialista inglés, del mismo modo exactamente que en otros movimientos, los obreros mejor pagados, es decir, los calificados y los culturalmente más elevados ...os que constituyen los ejércitos elegidos. En las asambleas de los miembros de las sociedades socialistas podría encontrar sólo poquísimos de los llamados obreros no calificados.

demasiado grande de trabajo y con un personal proporcionalmente muy escaso como para crear, en uno y otro caso, la posibilidad de una lucha de clase en el mismo sentido de la lucha de los obreros de la ciudad. Si se busca en el campo un sentido de solidaridad desarrollado entre el siervo estable, el jornalero asalariado y el vaquero, se encuentra muy poco. Quedan cuando mucho las grandes propiedades que, como hemos visto, constituyen en todas partes sólo una minoría de los negocios agrícolas, y en los que por añadidura se encuentran considerables diferencias de principio entre la relación de trabajo entre los distintos grupos de personal y el empresario. Es absurdo poner en el mismo nivel respecto a las reivindicaciones sociales, a los 5.6 millones de empleados en la agricultura que registra la estadística profesional alemana —haciendo caso omiso del personal auxiliar superior, es decir, los economistas, etc.—, y la masa de los trabajadores de la industria.[7] Sólo se puede suponer y esperar que una parte totalmente inconsistente esté dispuesta seriamente a prestar oído a las reivindicaciones que van más allá del puro y simple mejoramiento de las condiciones laborales. Para la inmensa mayoría de ellos, la socialización de la producción agrícola no puede ser más que una fórmula sin sentido. Por ahora, su ideal consiste todavía en llegar a poseer un pedazo de tierra.

Aunque también la inclinación de la masa obrera industrial por la producción socialista es, en gran parte, más que una certeza, una hipótesis. Del crecimiento del número de votos socialistas se puede deducir ciertamente un aumento constante en la adhesión a las reivindicaciones socialistas. Pero nadie pretenderá sostener que todos los votos dados a los socialistas provienen de los socialistas. Y aun cuando consideramos que los votantes no socialistas y no proletarios que han votado por los socialdemócratas, compensan a los trabajadores socialistas adultos que todavía no gozaban del derecho de voto, con todo, en Alemania, donde la socialdemocracia es más fuerte que en cualquier otro país, sólo existen 2.1 millones de electores socialistas contra 4.5 millones de obreros adultos en la industria, a lo que habría que añadir cerca de medio millón de adultos de sexo masculino empleados en el comercio al por mayor y al por menor. Más de la mitad de los obreros industriales de Alemania se encuentra hoy día, en relación con la socialdemocracia, en una posición, en parte de indiferencia e incomprensión y en parte de hostilidad abierta.

De todo esto se deduce que el voto socialista es ante todo, la expresión de una aspiración genérica y no una determinada intención. En la actividad militante por la emancipación socialista participa un porcentaje muy bajo de obreros. El movimiento sindical avanza en forma satisfactoria en Alemania. Sin embargo, a fines de 1897, sólo contaba con 420 000 trabajadores organizados sobre una masa profesional que ascendía a 6 615 725 individuos (cf. *Korrespondenzblatt der Generalkommission der Gewerkschaften Deutschlands* del 1 y 8 de agosto de 1898). Aun añadiendo los 80 000 miembros del sindicato de Hirsch, sigue existiendo en las profesiones en cuestión una proporción de 1 trabajador

[7] [*N. del A.*] El censo de los oficios de 1907 registra 7.2 millones de trabajadores ocupados en la agricultura. Pero más de un millón de ellos son personas que en los censos anteriores estaban registradas bajo el título de "familiares colaboradores". En realidad el número de trabajadores de la tierra que no pertenecen a la familia de los patrones aumentó sólo un poco, y este aumento se debió también a los emigrantes extranjeros.

organizado por 11 no organizados.[8] El número de 200 000 trabajadores organizados políticamente en Alemania, excluidos los que pertenecen al mismo tiempo a los sindicatos, probablemente no es aproximado por subestimación, y si aceptamos la misma cifra para los trabajadores a los que sólo les impiden participar de una manera activa en la lucha política o sindical, factores ajenos a su voluntad, llegamos en números redondos a una cifra de aproximadamente 900 000 trabajadores que manifiestan con los hechos un interés vivo y relevante por su emancipación. Representan el 40 % del cuerpo electoral de la socialdemocracia. Sobre un total de 5.5 millones de votos dados a candidatos no socialistas, podemos considerar hoy que entre una tercera y cuarta parte se han dado a adversarios conscientes —conscientes a nivel de clase— de la socialdemocracia, es decir, el doble.[9]

Sé perfectamente que este modo de presentar los datos testimoniales tiene un valor probatorio mucho muy relativo, ya que en ellos no aparece de ninguna manera, por ejemplo, la importante consideración de la distribución geográfica o de la importancia político-social de los grupos. Pero también es cierto que sólo se trata de rescatar un criterio aproximadamente seguro para valorar la proporción cuantitativa de los elementos en que no se manifiesta solamente en forma esporádica y genérica la inclinación al socialismo, teóricamente supuesta. ¿Qué decir, por ejemplo, del cuadro de las fuerzas sociales en lucha, elaborado con datos meramente extrínsecos que Parvus cree poder presentar, en su séptimo artículo, contra mí? Como si hubiera alguien que desconociera la gran superioridad numérica de los que no poseen nada sobre los poseedores que él pretende enfatizar y como si se tratara de un hecho históricamente nuevo. Con todo hemos visto que algunos diarios deducen de la relación entre el "ejército proletario" calculado por Parvus en 15 millones de individuos, y el "ejército del capital" que sólo cuenta con 1.6 millones (junto a los 3 millones de pequeños campesinos y artesanos "arruinados por el capital" pero que no han caído todavía en el nivel del proletariado y los 700 000 existentes relativamente independientes del capital), la inminencia de la revolución social. La imposibilidad realmente asiática con que Parvus incluye los 5.6 millones de trabajadores agrícolas (de acuerdo con la estadística profesional) en el "ejército del proletariado" sólo se ve superada por el entusiasmo intrépido que lo lleva a descubrir la existencia de dos millones de "proletarios del comercio".[10] Suponiendo que todos estos elementos recibieran con júbilo

[8] Y sin embargo, en cinco sectores profesionales ya estaba organizada más de la tercera parte de los obreros, o sea, 61.8 % de los tipógrafos ocupados, 55.5 % de los marmolistas, [illegible] % de los talladores de piedra, 36.6 % de los caldereros, 31.7 % de los guanteros. Seguían en orden descendente 21.8 % de los litógrafos ocupados, y el 21 % de los artesanos de la madera.

[9] [*N. del A.*] Todas estas cifras ya han sufrido un aumento significativo en los 15 años que han transcurrido entre la redacción del libro y el estallido de la guerra. El número de miembros contribuyentes del partido socialdemocrático alemán ascendió a un millón aproximadamente, el de los trabajadores organizados sindicalmente a más de tres millones, junto a medio millón de empleados y funcionarios; la revolución ha agigantado aún más [illegible]. Para tener un juicio de más peso sugerimos ver también el epílogo.

[10] Las cifras de la estadística profesional relativa al comercio al mayoreo y al menudeo (1895) son las siguientes:

una revolución que llevase al poder a los socialistas, no serviría de nada para el problema fundamental que hay que resolver.

Por lo menos en un aspecto no debería haber contrastes: en que no tiene ningún caso hablar de una inmediata asunción por parte del estado de toda la producción y distribución de los productos. El estado no podría ni siquiera encargarse del conjunto de establecimientos medianos y grandes. Aunque tampoco las comunas, como organizaciones intermedias, podrían hacer mucho al respecto. Cuando mucho podrían municipalizar los establecimientos locales que producen para el mercado local o administrar servicios locales y con sólo esto tendrían qué hacer. Pero, ¿se piensa realmente en que es posible municipalizar de golpe todos los negocios que hasta ahora han trabajado para el gran mercado?

Tomemos una ciudad industrial cualquiera de dimensiones medianas, como Ausburgo, Barmen, Dortmund, Hanau, Mannheim, etc. Nadie será tan insensato como para considerar que las respectivas comunas pueden, en caso de crisis política o de alguna otra coyuntura, asumir la administración de todos los distintos establecimientos fabriles y comerciales de la localidad y dirigirlos con éxito. O se dejan en manos de los titulares, o si se ven obligados a expropiarlos, tendrían que adjudicar los establecimientos a las cooperativas obreras bajo cualquier condición.

De tal manera que, en todos los casos semejantes, el problema se reduce prácticamente al de la capacidad económica de las cooperativas.

B. LA CAPACIDAD ECONÓMICA DE LAS COOPERATIVAS

Hasta ahora la literatura marxista ha abordado el problema de la capacidad de las cooperativas únicamente de una manera muy marginal. A excepción de la literatura al respecto de los años sesenta y de algunos ensayos de Kautsky, existe muy poco sobre el sistema cooperativo, fuera de algunas apreciaciones muy generales casi siempre negativas. No hay que ir muy lejos para encontrar los motivos de este descuido. Ante todo, la práctica marxista es prevalentemente política, y está dirigida a la conquista del poder político; por esta razón está dispuesta a darle un significado de principio casi exclusivamente al movimiento sindical en cuanto forma directa de la lucha de clase de los trabaja-

Dependientes, sirvientes, cocheros, familiares colaboradores	1 233 045
Independientes y gerentes	843 356
Personal adscrito al comercio	261 907
TOTAL	2 338 308

Por lo demás el cuadro de Parvus tiene sus antecedentes. En la *Zukunft* de Harden, G. A. Schramm obtuvo con los últimos datos de la estadística profesional prusiana de 1895 un "contingente socialista" equivalente al 85 % de la población de Prusia, es decir, 16 millones de posibles adeptos al socialismo contra 992 000 enemigos de clase (*Die Zukunft*, pp. 186 y ss). Sólo que Schramm no llegó a la valiente conclusión de Parvus.

[*N. del A.*] Hasta 1907, el personal técnico y comercial del comercio al por mayor y al por menor había ascendido a 505 090 personas, mientras que el auxiliar que corresponde más o menos a los obreros, etc., a 1 959 525. No cabe duda de que alcanzó la cifra de Parvus.

res. En cambio Marx al principio estuvo hondamente convencido de que la cooperativa, en dimensiones reducidas, no era rentable y tenía cuando mucho un valor experimental muy limitado. Según él, sólo con los medios de la colectividad se podía comenzar a hacer algo. Ésta es la forma en que se expresa Marx en *El 18 Brumario* a propósito de las asociaciones obreras.[11] Posteriormente modificó algo su juicio sobre las cooperativas, como lo atestiguan entre otras las resoluciones sobre el sistema cooperativo presentadas por el Consejo general a los congresos de la Internacional de Ginebra y de Lausana, y el fragmento de la *Refutación de un obrero* [*Eines Arbeiter Widerlegung*] de G. Eccarius escrito probablemente al mismo Marx y de cualquier forma aprobado por él, en el que se les atribuye a las cooperativas, como contraseña del futuro, el mismo significado que tenían las corporaciones en Roma y en la primera parte de la Edad Media: y como lo atestigua también el pasaje ya citado (en p. 174) del libro III de *El capital*, en el que, por el mismo período en que fueron escritas las susodichas resoluciones y el escrito de Eccarius, se pone de manifiesto la importancia de las cooperativas como formas de tránsito a la producción socialista. Sin embargo, en la carta sobre el proyecto de programa de Gotha (1875) vuelve a expresarse con mucho excepticismo sobre las cooperativas, excepticismo que domina, a partir de la mitad de los años setenta, en toda la literatura socialista.

Esto puede explicarse en parte como efecto de la reacción que se produjo después de la Comuna de París, y que le dio un cariz distinto a todo el movimiento obrero, un cariz casi exclusivamente político. Pero, en parte, también puede explicarse como producto de las tristes experiencias que se habían tenido en todos los sentidos con las cooperativas. Las más grandes expectativas que había despertado el nacimiento del movimiento cooperativo inglés, no habían llegado a realizarse. Para todos los socialistas de los años setenta, la cooperativa de producción había sido la forma propiamente dicha de cooperativa, mientras que la cooperativa de consumo era considerada en el mejor de los casos, como superflua. Prevaleció, sin embargo, la opinión, que Engels había expresado en sus artículos sobre el problema de la vivienda, de que una generalización de las cooperativas de consumo habría tenido como consecuencia inevitable una serie de reducciones salariales (*El problema de la vivienda*, p. 68). La resolución del congreso de Ginebra, redactada por Marx, decía:

> Recomendamos a los obreros que se ocupen preferentemente de la creación de cooperativas de producción y no de cooperativas de consumo. Estas últimas afectan sólo la superficie del actual sistema económico, mientras que las primeras afectan las estructuras básicas. Para impedir que las cooperativas degeneren en las acostumbradas sociedades comanditarias burguesas, todos los trabajadores ocupados en ellas, como accionistas o no, deberán recibir una participación igual. Se puede tolerar, como simple medio temporal, que los accionistas reciban un interés módico.

A pesar de todo, las cooperativas de producción fundadas en los años sesenta

[11] "En parte [el proletariado] se entrega a experimentos doctrinarios, bancos de cambio y asociaciones obreras, es decir, a un movimiento en el que renuncia a transformar el viejo mundo, con ayuda de todos los grandes recursos propios de este mundo" (*El 18 Brumario* [edic. cit., p. 31]).

habían quebrado casi en todas partes, y se habían visto obligadas a disolverse completamente o a transformarse en pequeñas compañías de negocios, que se agetaban a duras penas, a no ser que ocuparan obreros asalariados precisamente como lo hacían las otras empresas. En cambio las cooperativas de consumo se habían reducido o parecían haberse "reducido" realmente a miserables tenderejos. No hay que sorprenderse de que en los círculos socialistas se le volvieran cada vez más las espaldas al movimiento cooperativo. En Alemania, en que los ánimos estaban todavía caldeados por la oposición entre Lassalle y Schulze-Delitsch, la reacción fue mucho más fuerte que en otras partes. La fuerte presión por el socialismo de estado a ultranza que se encuentra en gran parte de la socialdemocracia alemana (y no sólo entre los lassallianos), a mitad de los setenta, y que algunas veces contrastaba extrañamente con el radicalismo político del partido, se debía sobre todo a las tristes experiencias tenidas con las cooperativas. La noticia de la bancarrota de una cooperativa autónoma era recibida con júbilo. Ya desde el mismo proyecto del programa de Gotha se le daba una forma no probabilista a la reivindicación de cooperativas de producción con la ayuda del estado. La crítica que en este aspecto le hacía Marx a los párrafos correspondientes en la carta sobre el programa se refería más a la expresión formal que a la lógica de fondo. Marx no sabía que precisamente el "Marat berlinés" —Hasselmann—, al que consideraba como el principal responsable de dichos párrafos, era un perfecto blanquista. En la misma forma exactamente que Marx, Hasselmann hubiera tildado de reaccionarios a los obreros del "Atelier" protegido por Buchez.

El hecho de que Marx no haya ahondado en su crítica a la cooperativa se debe a dos circunstancias. En primer lugar, cuando escribía, no se habían realizado suficientes experimentos con las distintas formas de cooperativa como para permitirle emitir un juicio bien fundado. Sólo se había presentado el fracaso total de los *bazares* de cambio que pertenecían todavía a un periodo anterior. En segundo lugar, la oposición de Marx no estaba exenta de prejuicios teóricos, pues de otra manera hubiera podido, con su amplitud teórica de miras, ir más allá del socialista superficial que se contentaba con etiquetas tales como "asociaciones de obreros y pequeños patrones". Su gran fuerza analítica se encontraba prisionera de la doctrina ya desarrollada o, si se me permite la expresión, de la fórmula de la expropiación. La única que gozaba de sus simpatías era la forma de cooperativa que representaba la antítesis más directa del empresario capitalista. De ahí que aconsejara a los obreros dedicarse a las cooperativas de producción, ya que éstas atacaban al sistema económico vigente "en sus mismos cimientos". Esto concuerda perfectamente con la dialéctica y guarda una perfecta correspondencia formal con la teoría social que parte de la producción como factor que en última instancia determina la forma de la sociedad. Y guarda también una abierta correspondencia con la concepción que encuentra en la antítesis entre trabajo ya socializado y apropiación privada, la contradicción básica del modo moderno de producción, que presiona al mismo tiempo por la solución de la antítesis misma. La cooperativa de producción se presenta como una solución práctica de dicha antítesis en el ámbito de la empresa individual. En ese sentido, Marx consideraba que si bien el tipo de cooperativa en el que los "trabajadores en cuanto asociación constituyen su pro-

pio capitalista" (*El capital* [III/7, p. 567]), reproducía forzosamente todos los defectos del sistema actual, se eliminaba "positivamente" la antítesis entre capital y trabajo, demostrando así que la existencia del empresario capitalista era superflua. Sin embargo, desde entonces la experiencia ha enseñado que precisamente la cooperativa de producción industrial constituida sobre estas bases no es y no es capaz de dar esa demostración, que es la forma más desafortunada de trabajo cooperativo, y que Proudhon tenía toda la razón cuando sostenía, contra Louis Blanc, que la asociación "no es una fuerza económica".[12]

La crítica socialdemocrática ha encontrado hasta ahora los motivos del fracaso económico de las cooperativas de producción propiamente dichas, sencillamente en la falta de capitales, de crédito y de mercados de salida, y ha explicado la crisis de las cooperativas, económicamente destrozadas, por medio del influjo corruptor de la realidad capitalista, o individualista, que las rodea. Lo cual es verdadero hasta cierto punto. Pero no resuelve el problema. Se ha comprobado que toda una serie de cooperativas de producción que estaban destrozadas financieramente habían contado con medios suficientes y no tenían dificultades de salida mayores que las que tenía un empresario medio. Si la asociación productiva como la mencionada fuera realmente una fuerza económica superior o por lo menos igual a la empresa capitalista, hubiera podido por lo menos mantenerse a su mismo nivel, y conquistar una participación como lo hacen tantas empresas privadas que empiezan con medios más modestos y no hubiera podido sucumbir ante el influjo moral de la realidad capitalista que la rodeaba, tan miserablemente como sucedió una y otra vez. Me atrevería a decir que la historia de las cooperativas de producción que no se hayan destrozado financieramente prueba más contra la forma de "fábrica republicana" que la de las cooperativas quebradas, ya que confirma el hecho de que para aquéllas desarrollo era sinónimo de privilegio exclusivo. En lugar de atacar las estructuras básicas del actual sistema económico, no han hecho otra cosa que dar muestras de su relativa fuerza.

Por el contrario, la cooperativa de consumo, a la que los socialistas de los años sesenta consideraban con tan poco respeto, ha demostrado con el paso del tiempo que es una fuerza económica real y un organismo con grandes capacidades de dirección y desarrollo. Respecto a las cifras miserables señaladas por la estadística de las cooperativas de producción propiamente dichas, las cifras de las cooperativas de consumo obreras guardan la misma proporción que un imperio respecto a un pueblo del campo. Los talleres fundados por las cooperativas de consumo y dirigidos por cuenta de ellas producen ya ahora cantidades de bienes cien veces superiores a las producidas por las cooperativas exclusiva o casi exclusivamente productivas.[13]

[12] Si Proudhon se presentaba unas veces como decidido adversario y otras como fautor de la asociación, esta contradicción se debía al hecho de que pasaba de una forma de asociación a otra totalmente distinta. Le objetaba a la cooperativa sustancialmente monopolista lo mismo que consideraba un mérito de la cooperativa mutualista. Su crítica es más [illegible] que científica y está plagada de exageraciones.

[13] Es sumamente difícil dar cifras relativas a este último tipo de cooperativas de producción, ya que las estadísticas oficiales de la producción cooperativa no hacen distinción entre ellas y las sociedades por acciones obreras con fines productivos, que son mucho más numerosas y tienen dimensiones mayores. De acuerdo con los boletines de la Oficina británica de

Las causas más profundas del fracaso tanto económico como moral de las cooperativas propiamente dichas han sido expuestas de una manera aguda, aunque con algunas exageraciones, por la señora Beatriz Webb —con su nombre de soltera, Potter—, en su trabajo sobre el sistema cooperativo inglés. Para la señora Webb, como para la gran mayoría de los cooperativistas ingleses, la cooperativa propiedad de los mismos trabajadores empleados en ella no tiene un carácter socialista o democrático, sino "individualista". El término podría escandalizar, pero en la realidad concreta es absolutamente exacto. Efectivamente, esta cooperativa no es socialista, como lo ha demostrado por su parte Rodbertus. Estructuralmente es una contradicción viviente precisamente en el caso en que los trabajadores son los propietarios exclusivos. Parte del supuesto de la igualdad dentro de la fábrica, de la plena democracia y de la república. Pero una vez que han alcanzado ciertas dimensiones, que pueden ser todavía modestas relativamente, desaparece la igualdad porque se hace necesaria la diferenciación de las funciones y la subordinación. En este aspecto, la alternativa de todas las cooperativas puramente productivas consiste en suprimir la igualdad que constituye la piedra angular del edificio y posteriormente las demás piedras y afrontar la descomposición y la transformación en empresas comerciales ordinarias, o mantener la igualdad abandonando toda posibilidad de expansión y conservando sus dimensiones minúsculas. Ante esta situación unas han sido disueltas y otras mal vendidas. En lugar de ser un modo adecuado a la gran producción moderna y de eliminar al capitalista del negocio, se han convertido en un retroceso a la producción *precapitalista*. Tan es así que los pocos casos que tuvieron éxito relativo corresponden a negocios *de carácter arte*-

comercio, en 1897, el valor de la producción anual de las cooperativas que había utilizado la oficina para hacer sus cálculos, era, en marcos, el siguiente:

	1897	1909
Cooperativas de consumo (talleres propios)	122 014 600	243 668 [illegible]
Cooperativas de molineros	25 288 040	22 231 [illegible]
Queserías irlandesas	7 164 940	38 029 [illegible]
Cooperativas obreras con fines productivos	32 518 800	26 868 [illegible]

Las cooperativas de molineros, nueve en total, tenían 6 873 socios y ocupaban 404 personas en 1895-1896, en cambio en 1909 se habían reducido a cinco con 3 342 socios y 262 personas ocupadas; las queserías irlandesas y las cooperativas obreras con fines productivos tenían en conjunto 214 asociaciones con 32 133 accionistas y ocupaban 7 635 personas en 1895-1896; sin embargo, actualmente las cooperativas obreras autónomas con fines productivos son menos en número. Es exagerado suponer que el 20 % de éstas pueda considerarse como cooperativas en las que los obreros ocupados son, en cuanto asociación, capitalistas por sí mismos. Los molinos y las cooperativas de producción autónomas han sido en su mayoría fagocitadas por la cooperativa de compra al mayoreo del consorcio de consumo y por los mismos consorcios de consumo mayores.

En cambio, las cooperativas obreras de consumo británicas registradas en 1897, tenían:

Socios	1 468 935
Capital	408 174 890
Ventas	1 152 649 000
Ganancia	128 048 500

[En esta nota se han reunido las variantes y agregados hechos al texto en la edición de 1920, incorporando el cuadro añadido correspondiente a 1909 y conservando al mismo tiempo el cuadro relativo a las cooperativas británicas de 1897 que había sido eliminado. E.]

[…]*nal*, y la mayor parte no están en Inglaterra, país en que domina entre los [...]reros el espíritu de la gran empresa, sino en Francia fuertemente "pequeño-burguesa". Algunos investigadores de la psicología de los pueblos prefieren [...]nir a Inglaterra como el país en el que el pueblo busca la igualdad en la [...]rtad, y a Francia como el país en que busca la libertad en la igualdad. [...] cierto. La historia de las cooperativas de producción de Francia no es [...]igo de grandes sacrificios hechos en pro de la igualdad formal, sino que [...]nquiera presenta una cooperativa puramente productiva cuyo nivel haya [...]zado el de la gran industria moderna, aunque esta última se halle muy [...]ndida en Francia. El doctor Franz Oppenheimer tiene el mérito de haber [...]pliado y profundizado sustancialmente en su libro *Die Siedlungsgenossenschaft* [La cooperativa de colonización] (Duncker & Humblot, Leipzig), la in[...]tigación de la señora Potter-Webb. En el primer capítulo presenta, a través [...] una síntesis panorámica muy amplia, un análisis crítico riguroso, sobre las [...]ersas formas de cooperativa. Oppenheimer introduce en la clasificación de [...] cooperativas la distinción de principio entre la cooperativa de *compradores* [...] la cooperativa de *vendedores*, exagerando, en nuestra opinión, en algunos [...]ntos su alcance, aunque se distingue en conjunto por su gran utilidad. Con [...] distinción se puede dar una explicación verdaderamente científica del fra[...]so financiero y moral de las cooperativas puramente productivas —explica[...]ón en la que las culpas personales y la penuria de capital quedan claramente [...] segundo plano como circunstancias accidentales que explican casos aislados, [...]ro no la regla general. Sólo en la medida en que la cooperativa es esencial[...]mente cooperativa de *compradores*, su objetivo general y al mismo tiempo su [...]terés particular hacen deseable su expansión. Pero a medida que una cooperativa se convierte cada vez más en cooperativa de *vendedores* y vende más [...]oductos industriales producidos por ella misma (en la cooperativa agrícola el [...]oblema, según Oppenheimer, es distinto), aumenta más su conflicto interno. [...]s dificultades crecen al mismo tiempo que avanza el desarrollo de la coope[...]tiva. Aumenta el riesgo, se hace más difícil la lucha por la comercialización [...] por la obtención de crédito, y se hace más difícil también la lucha por la [...] de ganancia y por la participación de los individuos en la masa general [...] ganancias. De esta manera se va abriendo camino el exclusivismo. Su interés por la ganancia contrasta no sólo con el de los compradores sino también con [...] de todos los demás vendedores. En cambio la cooperativa de compradores [...], en principio, al mismo ritmo que su crecimiento; desde el punto de [...]sta de la ganancia, su interés está en contraposición con el de los vendedores [...]ero [...]ncide con el de todos los demás compradores. Tiende a reducir [...] [...] de ganancia y a disminuir el precio de los productos —de acuerdo con [...] tendencia que tienen todos los compradores en cuanto tales y la sociedad [...] general.

[...]Del distinto carácter económico que presentan los dos tipos de cooperativa [...] desprende la diferencia en su gestión, como lo manifiesta claramente la [...]ñora Potter-Webb: el carácter esencialmente *democrático* de todas las cooperativas de compradores propiamente dichas y el carácter tendencialmente *oligárquico* de todas las cooperativas de vendedores propiamente dichas. Es conveniente hacer notar aquí que la cooperativa de consumo que distribuye

dividendos únicamente a un limitado número de accionistas se clasifica, con mucha razón, entre las cooperativas de vendedores. Sólo la cooperativa de consumo que les otorga a todos los compradores una participación igual en la ganancia es una cooperativa de compradores propiamente dicha.[14] La distinción de las cooperativas en cooperativas de compradores y de vendedores es importante para la teoría del sistema cooperativo precisamente por la vinculación de esta teoría con la doctrina socialista. Si para alguno resultan insuficientes los términos "compra" y "venta" por considerarlos propios exclusivamente de la producción capitalista de mercancías, puede sustituirlos con los conceptos de "aprovisionamiento" y de "enajenación" con lo que se podrá dar cuenta con más claridad de que el primero tiene un significado mayor que el segundo. El aprovisionamiento de bienes constituye un interés básico y general. En principio todos los miembros de la sociedad están asociados en torno a él. Todos consumen, pero no todos producen. Aun la mejor cooperativa de producción, mientras sea únicamente cooperativa de venta o enajenación, estará siempre en contraste latente con la colectividad y tendrá siempre un interés particular opuesto al interés colectivo. Con una cooperativa productiva que tiene garantizada para su propio beneficio una rama cualquiera de la producción o de los servicios públicos, la sociedad tiene los mismos puntos de diferencia que con la empresa capitalista, aunque habría que ver con cuál de las dos se entiende más fácilmente.

Pero, volviendo al punto en que nos apartamos del tema de la teoría de las cooperativas, hay una cosa clara: que el supuesto de que la fábrica moderna genera por sí misma una mayor disposición para el trabajo asociativo, es totalmente erróneo. Tómese la historia de cualquier sistema cooperativo y se verá que la fábrica cooperativa de autogestión se ha presentado siempre como un problema sin solución y que, cuando todo lo demás funcionaba de una manera más o menos pasable, fracasaba dicha cooperativa por falta de *disciplina*. Sucede lo mismo que con la república y con el estado moderno centralizado. Entre más grande es el estado más difícil resulta el problema de una administración republicana. Del mismo modo, la república de la fábrica se convierte en un problema tanto más difícil cuanto más grande y complicada sea la empresa. Cuando se pretende alcanzar objetivos extraordinarios, se puede admitir que

[14] Oppenheimer sostiene que la diferencia entre "cooperativa de compra" y "de venta" es mayor que la que se ha utilizado hasta ahora entre "cooperativa de producción" y "de distribución", por el hecho mismo de que esta última tiene como origen una definición conceptual inexacta. Según él no se puede de ninguna manera considerar como acto productivo el hecho de llevar un objeto al mercado o al comprador; el acto productivo consiste más bien en producir un objeto (fabricado) por medio de otro (materia prima). "Distribución" (*Distribution*) significa simplemente "repartición" (*Vertheilung*). Utilizar este término para designar la otra función distinta produce graves confusiones conceptuales.

Respecto a este último punto soy de la misma opinión y considero muy oportuno el uso de dos expresiones distintas para las funciones de entrega [*Zutheilung*] y de distribución [*Vertheilung*] que son muy distintas. En cambio considero que reducir las funciones de "terminar" y de "consignar" a un único y mismo concepto de "producción" sólo serviría para provocar una nueva confusión. El hecho de que en la práctica haya casos en que es difícil mantenerlas separadas o distinguirlas no obsta para que se separen conceptualmente. Siempre se encontrarán soluciones. Existen otras maneras de obviar la tendencia, que muchos disimulan detrás de esta distinción, a definir como productivo únicamente el trabajo de fabricación

personas elijan por sí mismas a sus dirigentes y tengan el derecho a destituirlos. Pero en cuanto a las tareas que implica la dirección de una empresa fabril, en la que día con día y hora con hora hay que tomar decisiones prosaicas y en la que no faltan ocasiones de fricción, es sencillamente inadmisible que el director sea un empleado de sus subalternos y que su puesto dependa de su buen o mal humor. A la larga, esta situación ha resultado muchas veces insostenible y ha llevado a modificar las formas de la fábrica cooperativa. En síntesis, aun cuando el desarrollo tecnológico de la fábrica haya proporcionado los *cuerpos* para la producción colectivista, no ha acercado de la misma manera las *almas* para el negocio cooperativo. El impulso a tomar las empresas bajo la administración cooperativa con el correspondiente riesgo y responsabilidad está en proporción inversa con su tamaño. En cambio las dificultades aumentan en proporción geométrica.

Pero, veamos las cosas en concreto y tomemos por ejemplo, una gran empresa industrial moderna cualquiera, o un establecimiento metalmecánico, o un [illegible] eléctrico, o una gran fábrica química o una institución editorial moderna. Todas estas grandes empresas industriales pueden muy bien ser administradas *por* cooperativas a las que pertenezcan todos los empleados, pero no se adaptan de ninguna manera a la administración cooperativa de los mismos empleados. Las fricciones entre los diversos sectores y categorías de empleados no tendrían fin y se pondría de manifiesto lo que Cunow objeta, es decir que el sentimiento de solidaridad entre los diversos grupos profesionales, que tienen diferente grado de cultura, diferentes modos de vida, etc., sería muy modesto. Lo que se entiende ordinariamente por trabajo cooperativo no es más que una exageración mal entendida de las formas muy simples de trabajo colectivo que se realiza en grupos (Rotten, Arteli, etc.) de trabajadores indiferenciados y que en el fondo se reduce a un trabajo a destajo por grupos.[16]

Sólo cuando se parte de las características extrínsecas se puede suponer que con el hecho de alejarse del o de los propietarios capitalistas, ya se ha dado un paso importante en la transformación de las empresas capitalistas en organismos socialistas vitales. ¡Sería demasiado sencillo! En realidad, estas empresas son organismos muy complejos y la eliminación del centro de gravedad al que convergen todos los órganos, equivale a la disolución repentina de los órganos [illegible]mos, si no va acompañada de la transformación completa de la organización.

Lo que la sociedad no puede administrar autónomamente, a través del estado o de las comunas, será mejor, sobre todo en tiempos de agitación, dejarlo, en [illegible] empresa, a su suerte. Si se emprendiera un procedimiento más radical muy pronto resultaría contraproducente. No es posible establecer cooperativas [illegible] o imponerlas por decreto: deben crecer espontáneamente. Y crecen únicamente donde el terreno está preparado.

Las cooperativas británicas tienen en la actualidad, *bajo la forma de patrimonio*, los cientos de millones de marcos o más (cf. las cifras de la nota 15) que Lassalle consideraba suficientes, bajo la forma de crédito público, para llevar a cabo su plan de asociación. En cuanto al patrimonio nacional británico

[16] "Lo com[illegible] fácil. La gente como los obreros textiles no se alinea fácilmente con una masa homogénea que es indispensable para dirigir con éxito una cooperativa" (citado en la historia de la cooperativa Burnley Self Help, en *Cooperative workshops in Great Britain*, p. 20).

esta última constituye una parte pequeña. Tal vez si se resta el capital invertido en el exterior y el contabilizado dos veces, constituya sólo una cuadrincentésima parte del capital nacional. Sin embargo esta parte no sólo no agota el potencial de capital de los trabajadores ingleses, sino que va continuamente en aumento. En los diez años que van de 1887 a 1897 casi se duplicó, siendo mayor el aumento del número de socios, que pasó de 851 211 a 1 468 955, mientras que el patrimonio ascendió de 11.5 millones a 20.4 millones de libras esterlinas.[16] Mucho más rápido aún fue el aumento reciente de la producción de las cooperativas. Su valor ascendía en 1894, únicamente a 99 millones de marcos en números redondos, y en 1897 ya era casi el doble, es decir, 187 millones de marcos. Casi dos terceras partes de éstos se debían a la producción autónoma de las cooperativas de consumo, mientras que la otra tercera parte estaba repartida entre las cooperativas de todo tipo, gran parte de las cuales no eran y no son otra cosa que una forma modificada de cooperativas de consumo o de cooperativas de productores que producen para estas últimas. La producción autónoma de las cooperativas de consumo o de compra, no sólo se duplicó en tres años sino que ascendió de 52 a 122 millones.

Son cifras tan extraordinarias que viéndolo bien, surge espontánea la pregunta ¿en qué momento se detendrá su crecimiento? Algunos defensores de las cooperativas calculan que si las cooperativas inglesas acumularan en lugar de distribuir sus ganancias, en veinte años, aproximadamente, estarían en condiciones de adquirir todo el territorio del país, incluyendo las viviendas y las fábricas. Naturalmente se trata sólo de un cálculo que concuerda con el fabuloso cálculo del interés compuesto sobre el famoso *pfenning* invertido en el año uno. No toma en cuenta que existe algo que se llama renta del suelo y supone una progresión en el incremento, lo que es materialmente imposible. No toma en cuenta el hecho de que las clases más pobres son casi inaccesibles para la cooperativa de consumo o sólo pueden conquistarse muy lentamente. Además no toma en cuenta el hecho de que la cooperativa de consumo goza de un campo de acción muy limitado en el sector agrícola; que puede reducir mas no suprimir los costos de la intermediación comercial y que los empresarios privados están siempre en condición de adaptarse a las condiciones cambiantes; finalmente, que, a partir de un cierto momento, resulta matemáticamente necesario para la cooperativa de consumo disminuir el ritmo de su crecimiento. Pero lo que dicho cálculo olvida sobre todo o no toma en cuenta, es que si la cooperativa de consumo no paga dividendos, entra en una fase de estancamiento, ya que para amplios sectores de la población, los dividendos —la manzana de la discordia de los teóricos del cooperativismo— constituyen precisamente el atractivo principal de la cooperativa de consumo. Si es exagerado decir, como lo hacen en muchas partes, que los dividendos de la cooperativa de consumo no constituyen un criterio de medida de la mayor o menor moderación de los precios de sus mercancías, y que el comercio al por menor proporciona también la mayor parte de las mercancías al mismo precio módico, en promedio, que las cooperativas de consumo, y que por lo tanto los dividendos no representan

[16] En 1900, el número de socios ascendía a [illegible] con una aportación de capital de 30.9 millones de esterlinas. La guerra ha inflado mucho estas cifras.

la suma de pequeños e imperceptibles aumentos de precio en determinados artículos, esta afirmación, sin embargo, no carece de todo fundamento. La cooperativa obrera de consumo es al mismo tiempo una especie de banca de ahorro y un medio de lucha contra la forma de explotación que para las clases trabajadoras está constituida por la intermediación comercial parasitaria.[17] Ahora bien, dada la escasa intensidad de la propensión al ahorro de muchas personas, éstas prefieren la comodidad de comprarle al comerciante cerca de casa más bien que afrontar toda una serie de incomodidades por amor a los dividendos. Esto, dicho sea de paso, es uno de los factores principales que han hecho hacen en Inglaterra más difícil la propagación de la cooperativa de consumo. El trabajador inglés no tiene una especial propensión al ahorro. Y en general, sería un error decir que Inglaterra fue tradicionalmente un terreno particularmente favorable para la cooperativa de consumo. Al contrario, las costumbres de la clase trabajadora y el urbanismo extensivo, que implica el sistema del *cottage*, sirvieron ampliamente de contrapeso, en este aspecto, a la ventaja de mejores salarios. Las conquistas logradas en Inglaterra son ante todo fruto de un tenaz y decidido trabajo de organización.

Y era un trabajo que valía la pena hacer. Aun cuando la cooperativa de consumo no hubiera hecho otra cosa que cavar poco a poco su tumba al reducir la tasa de ganancia en la intermediación comercial, habría prestado un servicio utilísimo a la economía pública. No cabe la menor duda que a esto tiende su actividad. Se trata de un instrumento mediante el cual la clase trabajadora, sin destruir directamente a nadie y sin recurrir a la violencia —que después de todo no es tan simple, como se ha visto—, puede acaparar una parte considerable de la riqueza nacional que de otra manera serviría para acrecentar y reforzar la clase de los poseedores.

La estadística de las cooperativas nos indica cuáles son las sumas que están en juego. Sobre un capital global de 307 millones de marcos y un volumen de ventas igual a los 803 millones de marcos, las 1 473 cooperativas obreras inglesas de consumo realizaron en 1897 una ganancia bruta de 123 millones de marcos.[18] Lo que equivale a una tasa de ganancia de 15 ¼ % sobre las mercancías vendidas y de 33 ½ % sobre el capital empleado. Semejante es la situación de las cooperativas de panaderos, que en resumidas cuentas no son otra cosa que cooperativas de consumo.[19] Estas últimas con un capital de 5 millones de marcos y un volumen de ventas igual a los 8 ½ millones obtuvieron una ganancia de 1¼ millones de marcos, con una tasa de ganancia del 14 % sobre las ventas

[17] El término "parasitario" se aplica a la actividad y no a las personas que la realizan. Si se quisiera aplicar a estas últimas, habría que definir como parásitos también a muchos otros llamados "productivos" que producen cosas inútiles y dañinas para la comunidad.

La intermediación comercial es parasitaria principalmente porque el aumento de intermediarios comerciales, a partir de cierto punto, tiene como consecuencia el encarecimiento y no la disminución de los precios debida a la competencia.

[18] Prescindimos aquí de las dos cooperativas de compra al mayoreo que surten de mercancías a las cooperativas de consumo con un aumento moderado de los precios.

[19] Estas últimas contaban con 230 cooperativas y 7 778 accionistas y ocupaban en conjunto 1 ... personas. Esto pone de manifiesto los rasgos característicos de la cooperativa de compra. No se incluyen las panaderías administradas directamente por las cooperativas de consumo en general.

y de 24 % sobre el capital invertido. Las cooperativas de molineros, de los que se puede decir lo mismo que de los panaderos, obtuvieron en promedio una ganancia del 14 % sobre el capital empleado.

Mucho más modesta es la tasa media de ganancia de las cooperativas de producción que no producen bienes alimenticios. En estas últimas, con un total de 120 cooperativas cuyo capital global era de 14.5 millones de marcos y cuyas ventas ascendieron a 24 millones, tuvieron una ganancia de 770 000 marcos, es decir, el 3 ¼ % de ganancia sobre las ventas y el 5 % de ganancia sobre el capital invertido.

Si estas cifras pudieran tomarse como la proporción ordinaria de las tasas de ganancia en la industria y en el comercio al detalle, darían un valor que dependería mucho de la afirmación de que el trabajador es explotado como productor y no como consumidor. Y en realidad, esta afirmación expresa sólo una verdad a medias. Esto se debe al hecho de que la teoría del valor, en que se basa, prescinde completamente del comercio al detalle. Además, toma como hipótesis una libertad ilimitada en el comercio de la mercancía "fuerza de trabajo" de modo que cualquier reducción en sus costos de producción (es decir, de la subsistencia del trabajador, etc.), implica también una reducción en su precio —o sea en su salario—, consecuencia esta que hoy día para una gran parte de los obreros ha sufrido una considerable restricción gracias a la protección sindical, a las leyes protectoras del trabajo, a la presión de la opinión pública. En tercer lugar toma como hipótesis el hecho de que el trabajador no puede sentarse a la mesa con los que se reparten el plusproducto, sobre todo con los propietarios de la tierra, con los que el empresario debe departir. Cosa que también se va superando poco a poco por los hechos. Mientras los trabajadores se encuentren, por ejemplo, sin ninguna organización frente a los empresarios y sin una situación jurídica igualitaria, es razonable que problemas como el del impuesto a la tierra formen parte más de las disputas familiares de los poseedores que de las cosas que les interesan a los trabajadores.[20] Pero a medida que dicha premisa va perdiendo terreno, va aumentando la certeza de que la reducción de la renta del suelo implica una elevación no ya de la ganancia del capital sino del nivel mínimo de bienestar. Por el contrario, una perpetuación y un desarrollo limitados de la renta del suelo harían a la larga ilusoria la mayor parte de las ventajas que los sindicatos, cooperativas, etc., pueden lograr en términos de la elevación del tenor de vida de los trabajadores.

Dicho sea de paso. Podemos considerar como un hecho que la cooperativa de consumo ha demostrado en la actualidad una fuerza económica importante y que en este aspecto los demás países se encuentran todavía a la zaga en relación a Inglaterra, aun cuando en Alemania, Francia, Bélgica, etc., haya echado sólidas raíces y se expanda cada vez más. Dejaré a un lado los datos estadísticos porque se trata de un hecho conocido y porque las cifras, a la larga, cansan. Naturalmente, toda una serie de vejaciones legislativas puede frenar la expansión de las cooperativas de consumo o impedir el pleno desarrollo de sus posibilidades intrínsecas, y su misma posibilidad de prosperidad depende a su vez

20 Admitiendo sin conceder el "todo", aun en ese caso, [illegible] material para los trabajadores.

[de] un cierto nivel de desarrollo económico. Pero lo que nos interesa demostrar [aq]uí es ante todo la capacidad potencial del sistema cooperativo. Si por una [pa]rte no es necesario ni posible que la cooperativa tal como la conocemos hoy [ll]egue a abarcar toda la producción y distribución de bienes, dadas las [limi]taciones que afronta en el sector cada vez más amplio de los servicios públicos estatales y comunales, por otra parte tiene ante sí un campo tan vasto que [sin] caer en la mencionada utopía cooperativista, se justifican las grandes esperanzas puestas en ella. Si en poco más de cincuenta años, se ha desarrollado a partir del movimiento empezado con las 28 libras esterlinas de los tejedores de Rochdale otro que ha llegado a disponer de un capital de 20 millones de esterlinas, sería difícil predecir qué distancia nos separa del momento en que se llegue al límite de este crecimiento y qué formas asumirá dicho movimiento.[21]

La causa de la escasa simpatía de que goza la cooperativa de consumo entre muchos socialistas radica en el hecho de que es demasiado "burguesa". En ella —dicen— se reciben funcionarios a sueldo y trabajadores asalariados, se obtiene [un]a ganancia, se pagan intereses y se discute el nivel de los dividendos. Claro, [si] nos limitamos a las apariencias, la escuela primaria, por ejemplo, es una institución mucho más socialista que la cooperativa de consumo. Pero el desarrollo de los servicios públicos tiene sus límites y requiere tiempo, mientras que la cooperativa de consumo es la forma de asociación más accesible a la clase trabajadora precisamente por ser tan "burguesa". Del mismo modo que es una utopía pensar que la sociedad puede saltar a pie juntillas a un sistema de vida [y] una organización diametralmente opuestas a las que rigen actualmente, es [ta]mbién utópico pretender empezar con la forma más difícil de organización cooperativa.[22]

Recuerdo todavía con qué sentimiento de compasión teórica oía en 1881 a [mi] amigo Louis Bertrand de Bruselas, cuando en el Congreso de Chur se puso [a] hablar sobre las cooperativas. Cómo podía —me decía yo— una persona tan inteligente esperar algo de un instrumento de este tipo. Más tarde en 1883 cuando visité el Genter Vooruit, logré comprender en sus límites la panadería

21 [*N. del A.*] En Alemania, el movimiento de las cooperativas de consumo de la clase trabajadora se ha extendido y fortalecido de tal manera desde que apareció este libro que casi puede compararse con el inglés. En 1913, existían 1 435 cooperativas de consumo con 1 996 157 socios, de los cuales 1 120 con 1 621 196, formaban parte del Zentralverband deutscher Arbeiter-Konsumvereine [Federación central de las cooperativas de consumo obreras alemanas] fundado en 1903 al que se debe principalmente este crecimiento, junto con la cooperativa de compra al mayoreo de las cooperativas de consumo alemanas surgida en 1894. Estas dos organizaciones se distinguen por su gran dinamismo y su amplitud de miras en el manejo de los negocios. Los miembros activos de las cooperativas de consumo pertenecientes a la Federación central llegaron en 1913 al nivel de 221 millones de marcos y el valor de su producción directa ascendió a 100 millones de marcos en números redondos. Este libro puede gloriarse de haber sido el primer estudio social demócrata que en Alemania señaló con cierta amplitud el significado político social y la capacidad potencial de las cooperativas obreras de consumo. No quiere decir que el movimiento necesitara este estímulo, puesto que ya existía cuando apareció este libro y de todos modos se hubiera abierto camino con sus propias fuerzas. Aunque en lo que se refiere al crecimiento esplendoroso que empezó a partir de los primeros años del siglo XX, ciertamente recibió el estímulo que este escrito expuso [illegible], de parte de [illegible] corriente ideológica.

22 Véase, a este propósito, el *Epílogo*.

y me encontré con el hecho de que, en el fondo, vender también un poco de lencería y un poco de calzado no era perjudicial. Pero cuando los dirigentes del Vooruit me hablaron de sus planes futuros, pensé para mí: ¡pobres ilusos, terminarán por arruinarse! No se arruinaron; sino que trabajaron en silencio evitando cuidadosamente dar el mínimo paso en falso, y elaboraron una forma de cooperativa adecuada a las condiciones de su país, que resultó sumamente válida para el movimiento obrero belga y sirvió de núcleo sólido alrededor del cual se pudieron cristalizar los elementos de este movimiento que todavía se encontraban dispersos.

Si se quiere que una cosa dé todo lo que puede dar, todo depende del modo en que se lleve a cabo.

En síntesis, la producción cooperativa se va a realizar, aunque probablemente en formas distintas de las que se imaginaron los primeros teóricos del cooperativismo. Por ahora se trata todavía de la forma más difícil de realizar la idea asociativa. Ya hemos visto cómo las cooperativas *inglesas* disponen de una suma superior a los cien millones de táleros que Lassalle requería para su plan de asociación. Si se tratara sólo de un problema financiero, hubieran podido disponer no sólo de los medios financieros actuales sino de otros más. Las cajas libres de préstamo y los sindicatos no saben ya dónde colocar los fondos que han acumulado (los sindicatos le piden al gobierno autorización para depositar sus fondos en las cajas de ahorro en que reciben intereses superiores a los que paga el gobierno a los capitalistas). Pero no se trata o no se trata sólo de un problema de medios financieros. Y no es ni siquiera un problema de establecer nuevas fábricas en un mercado ya saturado. Las oportunidades de adquirir a buen precio fábricas en marcha y bien equipadas no escasean. Se trata sobre todo de un problema de *organización* y de *dirección*, y en este aspecto las deficiencias todavía son enormes.

"¿Es capital lo que necesitamos ante todo?", leímos recientemente en un artículo del *Cooperative News*, órgano central de las cooperativas inglesas —y el articulista responde a esta pregunta con una negativa rotunda.

Actualmente disponemos, según parece, de unos diez millones de esterlinas que están disponibles para utilizarse con fines cooperativistas y sin duda se podrían conseguir rápidamente otros diez millones si tuviéramos la posibilidad absoluta de emplearlos útilmente en nuestro movimiento. No perdamos de vista el hecho —ya que se trata de un hecho— de que aún en la hora presente el mundo cooperativo necesita más inteligencia y más capacidad que dinero. ¡Cuántos de nosotros compraríamos exclusivamente lo que se produjera o vendiera en el ámbito puramente cooperativista si se pudiera sobrevivir con este ideal! ¡Cuántos de nosotros han tratado una y otra vez de consumir únicamente las mercancías producidas por los cooperativistas, sin quedar totalmente satisfechos! (*Cooperative News* del 3 de diciembre de 1889).

En otras palabras, los recursos financieros, por sí solos, no resuelven todavía el problema del trabajo cooperativo. Para ello, es preciso, además de otros requisitos, una organización propia y una dirección propia y ninguna de las dos se improvisan. Deben seleccionarse y experimentarse, por lo que es muy dudoso que en momentos como el de la revolución, en que los ánimos se encienden y las pasiones se agudizan, pueda ayudar de alguna manera a la solución de este

problema que en tiempos normales resulta tan difícil de resolver. La experiencia nos dice que se trata precisamente de lo contrario.

Hasta los mismos talleres de producción de las grandes cooperativas inglesas de compra que cuentan con suficientes medios y disponen de amplias posibilidades de comercialización, tienen necesidad —como lo demuestran los informes y los debates de sus asambleas generales— de un período suficientemente largo antes de que sus productos puedan competir con los de la industria privada.

Sin embargo, el mismo incremento de los índices de la producción autónoma de las cooperativas nos indica la posibilidad de resolver el problema. Diversas cooperativas de producción han tratado de resolverlo a su manera. No se puede aplicar a todas las cooperativas de producción la baja tasa de ganancia mencionada anteriormente. Si pasamos lista, descubrimos que, salvo raras excepciones, tienen una situación mejor que las cooperativas de producción que financiadas por sindicatos o por consorcios de consumo, no producen principalmente en beneficio de sus empleados, sino en beneficio de una colectividad más amplia de la que los empleados forman o, si quisieran podrían formar parte en calidad de socios —se trata de una forma que se aproxima a la idea socialista. Presentamos aquí algunas cifras, extraídas del informe de la federación de cooperativas con participación obrera, correspondiente a 1897. Los datos se refieren al año financiero de 1896.

Nombre de la sociedad	*Número de socios*	*Número de obreros*	*Capital en acciones*	*Capital en obligaciones*	*Ganancia bruta*	*Tasa (%)*
Textiles de dril (moleskin), Hebden Bridge	797	294	528 340	129 420	95 580	14.7
Fábrica de chimeneas y similares, Dudley	71	70	40 800	31 360	23 100	32
Fábrica de calzado, Kettering	651	(210?)	97 800	72 720	40 020	23
Confecciones, Kettering	487	(50?)	79 160	35 660	28 420	24.[illegible]
Fábrica de calzado, Leicester	1 070	—	197 580	286 680	[illegible] 680	10 [illegible]
Cerrajerías, Walsall	87	190	52 280	48 260	22 080	9.24
Géneros de punto, Leicester	660	(250?)	360 160	[illegible]46 540	[illegible] 040	27

Naturalmente todas estas fábricas pagan salarios sindicales y emplean jornadas normales de trabajo. La fábrica de calzado de Kettering tiene una jornada de ocho horas. Se halla en continuo crecimiento y actualmente está construyendo otra ala a su fábrica, que corresponde a las más modernas exigencias. En cuanto al número de accionistas, hay que señalar que casi en todas partes éstos comprenden un gran número de personas jurídicas (consorcios de consumo, ligas sindicales, etc.). Por ejemplo, el conjunto de los socios de Textiles de dril de Hebden Bridge se subdivide en 297 obreros que forman el personal de la fábrica, con una parte de capital de 140 960 marcos, 200 miembros extra-

ordinarios con 140 640 marcos y 300 asociaciones con 208 300. El capital de obligaciones consta en su mayor parte de créditos dejados en depósito por los socios y sobre los que se paga un interés del 5 %. La repartición de las ganancias se hace en base a criterios muy diversos. En algunas fábricas la tasa de ganancia pagada sobre el capital en acciones es un poco más alta que la pagada sobre el monto de los salarios; la fábrica de calzado de Kettering, en cambio, pagó a los accionistas, en el primer semestre de 1896, sólo el 7 ½ %, mientras que a los trabajadores el 40 % (sobre el salario) de dividendos. El mismo porcentaje recibieron los clientes por mercancía adquirida (de tal manera que la sociedad se convirtió casi en una cooperativa de compra).[23]

En una de las más pequeñas fábricas cooperativas de calzado de Leicester se hizo una repartición semejante. La mayor parte de las cooperativas de producción venden gran parte, si no es que toda su producción, dentro del ámbito de las cooperativas.

No es preciso que me extienda en otras formas de cooperación (consorcios de préstamo y crédito, cooperativas de materias primas y de almacenes, cooperativas de productos de queso, etc.), puesto que no tienen ningún significado para la clase de los asalariados. Pero, debido a la importancia que tiene para la socialdemocracia el problema de los pequeños campesinos, que forman parte también de la clase trabajadora, aunque no sean asalariados, y tomando en cuenta que el artesanado y la pequeña industria, por lo menos desde el punto de vista numérico, cumplen una función todavía muy considerable, es preciso señalar el desarrollo logrado por el sistema cooperativo en estos sectores. La ventaja de la compra en común de la semilla, el empleo colectivo de las máquinas, etc., y de la venta en común de los productos, y la posibilidad de obtener crédito a una baja tasa de interés, no pueden ciertamente salvar a los campesinos ya arruinados, pero para miles de campesinos constituyen un medio para ponerlos a salvo de la ruina. Sobre esto no cabe la menor duda. Sobre la capacidad de los pequeños negocios campesinos, que no son necesariamente micronegocios, tenemos hoy día un material extraordinariamente rico, aun haciendo caso omiso de las cifras que nos dan las estadísticas de los negocios. Sería arriesgado decir, como lo hacen ciertos autores, que, en relación a las ventajas de los negocios pequeños y grandes, se puede aplicar a la agricultura la ley totalmente opuesta a la de la industria. Aunque no es exagerado decir que, aunque la diferencia es enorme, las ventajas de los negocios agrícolas grandes, dotados de capitales y de equipos, sobre los negocios pequeños, no son tan significativas como para impedir que estos últimos las superen, si saben explotar a fondo el sistema cooperativo. La utilización de la energía mecánica, la disponibilidad de crédito y una mejor garantía de salidas, le pueden permitir al campesino un

[23] De aquí las cifras ilustrativas. A mediados del año recibieron:

	(Marcos)
Accionistas (aparte de los intereses)	1 100
Clientes	5 925
Obreros	8 068
Comité dirigente	900
Fondo educativo	725
Fondo de subsidios	1 050

gracias a la cooperación, mientras que su carácter de negocios les permite más fácilmente que al gran agricultor, superar los eventuales déficit. Hasta ahora, los campesinos, en su mayor parte todavía no son sólo productores de mercancías, sino que siguen realizando una producción autárquica de sus medios de subsistencia.

En todos los países que cuentan con una civilización avanzada, el sistema cooperativo extiende rápidamente su radio de acción. Bélgica, Dinamarca, Francia, Holanda y recientemente Irlanda, no presentan, en este aspecto, un panorama distinto del que presenta gran parte de Alemania. Por este motivo, la socialdemocracia tiene mucho interés en examinar a fondo y en toda su extensión el problema del movimiento cooperativo en el campo en lugar de ponerse a buscar en la estadística las pruebas a favor de la teoría preconcebida sobre la ruina del estrato de los pequeños campesinos. La estadística de las ventas judiciales, de los impuestos hipotecarios, etc., es, en muchos aspectos, engañosa. No hay duda de que hoy la propiedad es mucho más dinámica que nunca, pero su movilidad no se desarrolla en un solo sentido. Hasta ahora se ha logrado llenar cualquier vacío dejado por las ventas judiciales.

Creo que estas observaciones generales son suficientes por lo menos en este trabajo. No pretendo formular un programa agrario especial. Aunque estoy profundamente convencido de que un eventual programa de este tipo debería referirse, mucho más de lo que se ha hecho hasta ahora, a las experiencias objetivas que se refieren a las cooperativas agrícolas, y que en este aspecto, el verdadero problema no consite tanto en dictaminar que a la larga estas experiencias no podrán ayudar al pequeño campesino, sino en señalar la manera en que deberán completarse y ampliarse. En aquellas partes en que predomina el pequeño negocio campesino, cualquier organización sindical o de otra especie, de los trabajadores de la tierra constituye por un número infinito de razones, una quimera. Sólo ampliando la forma cooperativa es como se pueden crear los requisitos para sacarlos de la relación salarial.

La documentación proporcionada por el doctor O. Wiedfeldt en la *Soziale Praxis* (año VIII, núm. 13) sobre la actividad y los resultados de los *sindicatos agrícolas* en Francia, es muy importante. De acuerdo con los datos que presenta, actualmente existen en Francia cerca de 1 700 *sindicatos agrícolas* (de campesinos) agrupados en diez federaciones, con un número global de más de 700 000 adherentes. "Estas ligas profesionales surgieron en un primer momento como consorcios para la *adquisición de forraje y de abonos*, y sus oficinas centrales (*Coopératives agricoles*) han logrado tener un cierto influjo sobre el comercio de estos artículos. Más adelante adquirieron en común *máquinas trilladoras, cosechadoras*, etc., o ejecutaron trabajos de drenaje, de irrigación, etc.[24] Fundaron *cooperativas de cría, lecherías, queserías, hornos, molinos, fábricas de conservas*, etc., y en algunas actividades han llegado al grado de tomar con éxito la administración de la venta de sus productos." Para llegar a este objetivo, no se contentaron con unirse a las cooperativas de consumo que se iban extendiendo en Francia, *sino que fundaron las propias*. "Así sucedió en La Rochelle,

[24] De acuerdo con la *Émancipation* del 15 de noviembre de 1898, en la sola Francia existen 2 000 queserías cooperativas, que en su mayor parte están en Jura y las dos Saboyas.

Lion, Digion, Avignon, Tornelle, etc. Forma parte de este panorama el establecimiento de cooperativas tales como carnicerías, molinos y hornos, que son *mitad cooperativas de producción agrícolas y mitad consorcios de consumo*. En el solo departamento de la Charente Inferieur existen 130 cooperativas de hornos de este tipo. Además, los sindicatos han fundado fábricas de conservas, tocinerías, fábricas de almidón, de pastas alimenticias, "tendiendo en cierto sentido a una *localización de las industrias* vinculadas con la agricultura". La mayor parte de los sindicatos aceptaron como miembros a los obreros; el sindicato de Castelnaudardy cuenta, entre sus 1 000 miembros, a 600 obreros. Además, los *sindicatos* se dedican a la creación de instituciones mutualistas de todo tipo: aseguradoras, comisiones de arbitraje, secretariados del pueblo, escuelas rurales, círculos recreativos.

Éste es el informe de la *Soziale Praxis*.

Respecto al cual surge ante todo un problema: ¿Cuáles eran los derechos efectivos de los trabajadores en dicha cooperativa? El informe sólo señala una participación en las utilidades por parte de los funcionarios y de los trabajadores, lo que da pie a muchas interpretaciones. En todo caso, la admisión de los trabajadores en las cooperativas no tiene por ahora ninguna repercusión sobre el hecho de que éstas, en su forma de asociaciones agrícolas, sean sustancialmente *sindicatos de empresarios*. Esto se deduce del hecho de que a pesar de todo el equipo cooperativista que han creado, se ha quedado una sola cosa fuera de la acción cooperativa: la agricultura misma, es decir, el cultivo de los campos y de los pastos y la cría del ganado en particular. Se administran a la manera de las cooperativas o por lo menos por cuenta de las cooperativas, los trabajadores relacionados con la agricultura, pero la agricultura misma queda, tanto aquí como en otras partes, fuera del trabajo cooperativo.[25] ¿El trabajo cooperativo es para ellos menos ventajoso que la administración individual? O, ¿el obstáculo lo constituye simplemente la propiedad campesina?

Muchas veces se ha insistido en que la propiedad campesina o el fraccionamiento de la tierra entre muchos propietarios constituye un serio obstáculo para el cultivo cooperativo del suelo. Pero no es el único obstáculo o, en otras palabras, aunque *aumenta* las dificultades *materiales*, no es su causa permanente. La separación espacial de los trabajadores unida al carácter individualista de gran parte de las operaciones en la agricultura, representa un obstáculo muy grande. Es posible que los sindicatos campesinos, que todavía tienen poco de establecidos, al desarrollarse ulteriormente logren superar estos obstáculos o bien —lo que me parece más probable—, se vean llevados poco a poco fuera de sus límites actuales. Aunque por ahora no se puede saber.

Por ahora la misma producción agrícola *por cuenta* de las cooperativas es un problema sin solución. Las cooperativas de consumo inglesas no han hecho negocios peores con otras iniciativas de los que han hecho con sus propiedades agrícolas. El tercer balance anual de la oficina del trabajo inglesa (1896) ha arrojado, para las 106 cooperativas de producción, una ganancia media de

[25] Lo mismo sucede por ejemplo en las cooperativas agrícolas irlandesas que se desarrollaron rápidamente. En 1889 empezaron con una pequeña cooperativa de 50 socios y en marzo de 189[illegible] contaban ya con 245 cooperativas con 47 322 socios, muchos de los cuales eran trabajadores agrícolas (*cottiers*).

[illegible] %. Pues bien, las seis propiedades agrícolas cooperativas incluidas en él, no [illegible] más que una ganancia media del 2.8 %. En ninguna parte los campesinos logran tener cosechas más abundantes que en Escocia. Las cifras del rendimiento por acre relativas al trigo y a la avena son mucho más altas en Escocia que en Inglaterra. Sin embargo, la propiedad agrícola de tipo cooperativo escocesa, aun contando con buenas máquinas y aun representando un capital de [illegible]000 marcos, ha resultado un fracaso. En 1894, logró una ganancia de $^{8}/_{10}$ %; en 1895, una pérdida de 8 $^{1}/_{10}$ %. Pero, ¿cuál es la situación de la *cooperativa de los trabajadores de la tierra propiamente dicha*? ¿La cooperativa de producción de los trabajadores de la tierra presenta mejores perspectivas que la cooperativa de producción de los trabajadores de la industria?

La respuesta a esta pregunta se dificulta más por el hecho de que no se cuenta con suficientes ejemplos prácticos que sirvan de base para ella. El ejemplo clásico de una cooperativa de este tipo —la famosa Asociación de Ralahine— duró demasiado poco (de 1831 a 1833) y en todo el tiempo de su existencia estuvo bajo el influjo de su fundador Vandeleur y de su representante Craig, de tal manera que no puede servir de demostración válida de la posibilidad de éxito de las cooperativas autónomas de los trabajadores de la tierra.[26] Demuestra únicamente la existencia de las grandes ventajas de la economía colectiva en determinadas circunstancias y bajo determinados supuestos.

Dígase lo mismo de los experimentos de colonias comunistas. Estas colonias permanecen en pie por períodos a menudo bastante largos y en las circunstancias más adversas posibles, hasta el momento en que quedan en un aislamiento moral y material. Pero una vez que han logrado un bienestar mayor y han establecido relaciones más estrechas con el mundo exterior, entran rápidamente en crisis. Sólo un fuerte vínculo religioso o cualquier otra idea sectaria que levante un muro divisorio entre ellas y el mundo circundante, logran mantener unidas estas colonias, una vez que han llegado a la riqueza. Pero el mismo hecho de que los hombres necesiten embrutecerse para poder sentirse a gusto en tales colonias, demuestra que nunca podrán llegar a constituir formas universales de trabajo cooperativo. Respecto al socialismo, se encuentran en el mismo plano de las cooperativas de producción puramente industriales. Sin embargo han dado muestras espléndidas de las ventajas de la economía colectiva.

Basándose en este conjunto de hechos y en experimentos realizados por inteligentes terratenientes con medieria, la participación en las utilidades de los trabajadores de la tierra, etc., el doctor F. Oppenheimer desarrolló en el libro citado, la idea de una cooperativa rural, que él llama cooperativa *colonial*. Debería ser una cooperativa de trabajadores de la tierra, es decir, empezar como tal a combinar la economía individual con la economía colectiva, el pequeño negocio con el gran negocio cooperativo, del mismo modo que sucede con ciertos latifundios en que se les rentan a un precio más o menos alto a los trabaja-

[26] Como escribía humorísticamente Owen: Finch en 1838, tenía en sí mismo todas las ventajas del torismo, del wigghismo y del radicalismo sin sus defectos. Poseía la fuerza y la unidad de fines y medios de la monarquía y los Tories, la moderación, la claridad y la prudencia económica de los Whigs y mucha mayor libertad e igualdad que el radicalismo. Vandeleur era el "rey", la dirección con los tesoreros, secretarios y almacenistas era la "cámara alta", el comité de los trabajadores, la "representación popular".

dores pequeñas parcelas de tierra limítrofe que ellos cultivan a menudo en forma ejemplar. Oppenheimer piensa en un tipo de división de esta clase para su cooperativa colonial, fuera de que, naturalmente, la intención última no consiste en reducir el precio de la fuerza de trabajo en provecho del organismo económico central alrededor del cual se agrupan los pequeños negocios, sino simplemente la de dar a cada uno de los miembros la oportunidad de gozar, en un pedazo de tierra suficientemente grande, de todas las ventajas morales de una administración individual y de dedicar la fuerza de trabajo que no necesita el organismo cooperativo central, a los cultivos que le pueden producir el máximo rendimiento o que se adaptan a su talento individual. Por su parte, sin embargo, la cooperativa debe saber explotar todos los recursos del gran negocio moderno y crear todas las estructuras cooperativas o mutualistas posibles para satisfacer las necesidades comerciales, etc., de sus miembros. Con la elaboración de los productos obtenidos y la admisión de artesanos en la cooperativa, ésta iría adquiriendo cada vez más el carácter de colonia mixta, agrícola e industrial, como soñaban Owen para sus colonias familiares y otros socialistas para sus proyectos comunistas. Sólo que Oppenheimer trata de mantenerse rigurosamente dentro del campo del principio de la libre cooperación. El requisito para formar parte de la cooperativa colonial debe ser únicamente el interés económico y sólo éste debe mantenerla a salvo del exclusivismo típico de la cooperativa de producción industrial. A diferencia de esta última, aquélla no es simplemente una cooperativa de vendedores, sino una cooperativa de compradores y vendedores al mismo tiempo y esta circunstancia constituye la base que le permite conseguir el crédito y la mantiene a salvo de los embates a que hoy día está expuesto el gran negocio agrícola capitalista.

No es éste el lugar para discutir a profundidad la proposición de Oppenheimer ni la teoría en que se basa. Sin embargo, creo que es mi deber señalar que no me parece que merezcan el juicio despreciativo de que han sido objeto en algunos diarios del partido. Se puede poner en duda que el proyecto se lleve a cabo o pueda realizarse exactamente en la forma propuesta por Oppenheimer, pero las ideas fundamentales que desarrolla se basan en un análisis científico de las formas económicas y concuerdan con todas las experiencias de la práctica cooperativa, hasta el grado de poder afirmar que, si algún día se convierte en realidad la administración cooperativa de la agricultura propiamente dicha, difícilmente podrá tener una forma sustancialmente distinta a la formulada por Oppenheimer.[27]

La expropiación a gran escala, en que se piensa sobre todo cuando se critican dichas proposiciones, no puede hacer brotar de un día para otro las instituciones orgánicas y ni siquiera el gobierno revolucionario más omnipotente

[27] En el reciente congreso de las cooperativas británicas (Peterborough, mayo de 1898) un delegado llamado J. C. Gray presentó una ponencia sobre la *Cooperación y agricultura* en la que partiendo de un examen objetivo de todos los experimentos realizados en Inglaterra llegó finalmente a lanzar una propuesta que guarda un extraordinario parecido con el proyecto de Oppenheimer. "La propiedad de la tierra debe ser comunitaria, cooperativo el abastecimiento de las cosas necesarias, cooperativa la venta de todos los productos. Pero en el manejo de la tierra hay que tomar en cuenta los intereses individuales, adoptando ciertas medidas de tutela contra las eventuales claudicaciones que dañen el interés de la comunidad" (J. C. Gray, *Cooperation and agriculture*, Manchester, 1898, p. 8).

puede evitar la búsqueda de una teoría del trabajo cooperativo de la agricultura. Precisamente desde el punto de vista de una teoría como ésta, Oppenheimer recogió un material riquísimo sometiéndolo a un análisis sistemático que le hace justicia plenamente a la idea básica del materialismo histórico y que por sí sola hace que se considere digna de estudio la "cooperativa colonial".[28]

Sobre el tema de las cooperativas agrícolas hay que hacer una observación más. Como miembro de un partido político, el socialista no puede valorar satisfactoriamente la actual emigración del campo a la ciudad que concentra las masas de trabajadores, siembra la rebelión y promueve la emancipación política. Sin embargo, como teórico que ve más allá de las contingencias cotidianas, el socialista deberá confesarse a sí mismo que a la larga lo que tiene de bueno la emigración puede resultar excesivo. Es sabido que resulta mucho más fácil atraer la población rural a la ciudad que acostumbrar a la población urbana al campo y al trabajo agrícola. Por esta razón, la corriente migratoria hacia la ciudad y hacia los centros industriales agudiza no sólo los problemas de los gobernantes actuales. Supongamos, por ejemplo, que una victoria de la democracia obrera lleva al poder al partido socialista. De acuerdo con las experiencias tenidas hasta ahora, se puede prever que en un primer momento tendrá como resultado inmediato el de acrecentar aún más la corriente de inmigración urbana; y entonces será algo dudoso que "los ejércitos industriales para la agricultura" se dejen conducir al campo con más docilidad de lo que sucedió en 1848. Pero aun prescindiendo de esto, la creación de cooperativas capaces de mantenerse en pie y de funcionar será, desde cualquier punto de vista, una tarea tanto más difícil cuanto más avanzada esté la despoblación del campo. Y en ese momento, la ventaja de contar con modelos de cooperativa no se pagaría a un precio demasiado caro, aun cuando éste fuera el precio de un acrecentamiento un poco más lento de los monstruos urbanos.[29]

[28] Que yo sepa hasta ahora no se ha intentado poner en práctica de manera integral el plan de Oppenheimer. Los intentos que se han hecho en diferentes partes para aplicar parcialmente sus ideas no prueban nada respecto a los fines del plan en su totalidad. Resulta interesante saber que los investigadores que estudian las colonias de Mormones de Utah le atribuyen sus espléndidos éxitos económicos a una forma de cooperación que se asemeja muchísimo a la ideada por Oppenheimer.

[29] Veo con agrado que Karl Kautsky examina seriamente, en su más reciente obra sobre la cuestión agraria, el problema de la cooperativa agrícola. Lo que dice sobre los obstáculos que se oponen a la transformación de los pequeños negocios campesinos en cooperativas agrícolas coincide absolutamente con lo que afirma Oppenheimer sobre el mismo tema. Kautsky espera que la industria y la conquista del poder político por parte del proletariado contribuyan a la solución del problema. Según él, el desarrollo hace que los campesinos dependan cada vez más de las destilerías, de las fábricas de cerveza, de los ingenios, de los molinos, de las queserías, de las cantinas, etc., administradas en forma capitalista, y los transforma en obreros parciales de otros tipos de negocios capitalistas, como las fábricas de ladrillos, las minas, etc., en que los pequeños campesinos se contratan temporalmente para cubrir el déficit de su parcela agrícola. Con la socialización de todas estas empresas, los campesinos se convertirían en "obreros sociales", es decir, en obreros parciales de los negocios socialistas-cooperativos, mientras que por otro lado la revolución proletaria debería llevar a la transformación de los grandes negocios agrícolas en que están encasillados gran parte de los pequeños campesinos, en negocios cooperativos. De este modo, los pequeños negocios campesinos perderían cada vez más su apoyo, mientras que su fusión en negocios cooperativos encontraría cada vez

Por lo que respecta a los obreros industriales, la cooperativa les brinda la oportunidad de reaccionar a la explotación derivada del comercio y de conseguir medios que de una manera u otra les faciliten su trabajo de emancipación. Todos sabemos qué clase de apoyo pueden encontrar en la actualidad los obreros en los consorcios de consumo durante las épocas de crisis, en los casos de cierre de las fábricas, etc. Además del ejemplo clásico del apoyo dado por las grandes cooperativas de consumo inglesas a los mineros, a los hilanderos, a los metalmecánicos durante el cierre de las fábricas, queremos señalar aquí que también las cooperativas de producción pueden prestar grandes servicios a los obreros en su lucha por la ocupación. En Leicester y Kettering, las fábricas de calzado cooperativas mantienen la tasa media de salario de todos sus alrededores a su propio nivel. Lo mismo hace la cooperativa cerrajera de Wallsal, en que resulta imposible una clausura. La cooperativa de hilanderos y tejedores Self-Help de Burnley echó a adelante ininterrumpidamente el trabajo durante el cierre de 1892 a 1893, contribuyendo así, de común acuerdo con las cooperativas de consumo, a obligar a ceder a los empresarios. En síntesis, como diría el *Trade Unionist* del 2 de noviembre de 1898: "En todas aquellas partes en que existen cooperativas (de producción), la gente se acostumbra a dirigir la fábrica no sólo en vista de la ganancia, sino también de manera que el trabajador no tenga que dejar en la puerta de la fábrica su dignidad humana, sino que se desenvuelva con el sentimiento de libertad y la plenitud que engendra el sentimiento cívico dentro de una comunidad libre basada en la igualdad de derechos." [30]

menos obstáculos. La nacionalización de las hipotecas y la abolición del servicio militar facilitarían aún más esta evolución.

En todo esto no hay mucho de cierto: me parece que Kautsky cae en el error de la sobrestimación exagerada de las fuerzas que actúan en la dirección que le interesa y el menosprecio de las que actúan en sentido contrario. Una parte de las empresas industriales que señala, se van transformando rápidamente no ya en patrones de las granjas, sino en apéndices de las cooperativas campesinas, mientras que en otros sectores, como por ejemplo, en las fábricas de cerveza, es demasiado débil el vínculo con las propiedades agrícolas como para que su transformación pueda ejercer una fuerte reacción en la forma de administración de esta última. Además, en mi opinión, Kautsky se deja llevar fácilmente por los términos violentos que utiliza de vez en cuando, llegando a conclusiones que serían correctas si dichos términos tuvieran una aplicación general; pero como sólo se refieren a una parte de la realidad no pueden aspirar de ninguna manera a tener una validez general. Mejor dicho: en Kautsky la existencia del pequeño campesino resulta un "infierno". Esto es cierto para la mayor parte de los pequeños campesinos; pero resulta una hipérbole maliciosa si se refiere a una parte de ellos, de la misma manera que el término "bárbaros modernos" usado para señalar a los pequeños campesinos ya ha sido superado en muchos casos por la evolución actual. También es una hipérbole definir como "trabajo de esclavos" el trabajo que realiza el pequeño campesino en las propiedades limítrofes, porque su parcela no absorbe todo su tiempo disponible. El uso de tales expresiones termina por fijar ciertas imágenes que llevan a suponer que estas clases albergan sentimientos y actitudes que en realidad sólo de manera excepcional llegan a tener.

Aunque no puedo suscribir todas las conclusiones de Kautsky respecto a la previsible evolución de las propiedades campesinas, en conjunto estoy más de acuerdo con las tesis fundamentales de su programa de política agraria propuesto a la socialdemocracia. Pero de ello hablaremos en otra parte.

[30] "Más de una vez he dicho públicamente en los congresos del sindicato que las cooperativas son, en general, los mejores amigos que tienen en este país los oficiales de panadería.

Hasta ahora, sin embargo, las cooperativas de producción sólo se han probado como vitales en aquellas partes en que contaban con el apoyo de los consorcios de consumo o en que estructuraban su misma organización. Esto da una muestra de la dirección en que debemos tratar, en un futuro próximo, de desarrollar aún más la cooperativa obrera, de tal modo que produzca máximos resultados.

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

> El 24 de febrero de 1848 despuntó el alba de un nuevo período histórico. Quien dice sufragio universal lanza un grito de conciliación.
>
> F. LASSALLE, *Programa obrero*

Democracia y economía

Lo que las cooperativas de consumo significan para la tasa de ganancia en el comercio, los sindicatos lo significan para la tasa de ganancia en la producción. La lucha de los trabajadores organizados en sindicatos por el mejoramiento de su nivel de vida es, desde el punto de vista de los capitalistas, una lucha de la tasa de salario contra la tasa de ganancia. Sería una generalización excesiva decir que las modificaciones del nivel salarial y del horario de trabajo no tienen ningún influjo en los precios. La cantidad de trabajo que es necesario emplear por una unidad de mercancía cualquiera permanece naturalmente constante, mientras se siga utilizando la misma técnica de producción, aunque el salario aumente o disminuya. Pero la cantidad de trabajo, en términos de mercado, es un concepto vacío si no se basa en un precio del trabajo, ya que no se trata, en este caso, del valor abstracto de la producción global, sino del valor recíproco relativo de los distintos tipos de mercancías, ante el cual el nivel salarial no constituye un factor indiferente. Si el salario de los trabajadores de una determinada industria aumenta, aumenta también en la misma proporción el valor de sus productos respecto al valor de los productos de todas las industrias que no toman en cuenta dicho aumento salarial; y si no logra contrarrestar este aumento a través de una modernización tecnológica, el grupo empresarial interesado se verá obligado a aumentar proporcionalmente el precio del producto o a sufrir una disminución de la tasa de ganancia. Ante esta perspectiva, la posición de las diversas industrias es muy variada. Hay industrias que por la naturaleza de sus productos o por su organización monopolista son bastante independientes del mercado internacional y en ellas cualquier aumento salarial va acompañado normalmente de un aumento en los precios, de tal manera que

Mantengo lo dicho [...] Tanto yo como mi sindicato mantenemos las mejores relaciones con las grandes cooperativas de consumo y con sus panaderías, y esperamos que se conserven dichas relaciones", J. Jenkins, secretario de la Federación de oficiales británicos, en *Labour Copartnership* de noviembre de 1898.

no sólo no disminuye la tasa de ganancia, sino que en muchas ocasiones puede aumentar proporcionalmente.[21]

En cambio, en las industrias que dependen del mercado internacional, como en todas las industrias en que la competencia recíproca entre los productos fabricados en condiciones diferentes hace que los que tienen un precio más bajo se impongan en el mercado, los aumentos salariales provocan casi siempre una disminución en la tasa de ganancia. Se obtiene el mismo resultado cuando el intento por compensar una disminución en los precios, provocada por la lucha por los mercados, con una reducción proporcional en los salarios fracasa ante la resistencia de los trabajadores organizados. Por otra parte, la compensación por medio de la modernización tecnológica se traduce normalmente en un aumento relativo del capital desembolsado en maquinaria y en otros medios de trabajo, lo que equivale a su vez a una caída proporcional de la tasa de ganancia. En conclusión: puede ser que el único problema de la lucha de los obreros por el salario sea, de hecho, el de impedir el aumento de la tasa de ganancia a costa de la tasa de salario, aunque en ese momento ninguna de las partes en pugna se dé cuenta de ello.

No es preciso demostrar de una manera específica que la lucha por el horario de trabajo se reduce, entre otras cosas, también a una lucha por la tasa de ganancia. Si es cierto que la reducción de la jornada laboral no implica directamente la disminución de la masa de trabajo entregada a cambio del salario pagado hasta ese momento —sino que en muchos casos, como es sabido, ocurre lo contrario—, sin embargo, la reducción de la jornada laboral implica indirectamente un aumento en las reivindicaciones materiales de los trabajadores y hace necesario un aumento de los salarios.

Un aumento de los salarios que lleve a un aumento de los precios no significa, en determinadas circunstancias, una ventaja para la colectividad, sino que más bien acarrea efectos más dañinos que beneficiosos. Para la comunidad no hay mucha diferencia, por ejemplo, en que una industria imponga precios de monopolio en provecho exclusivo de un número reducido de empresarios, o en que los trabajadores de esta industria obtengan una cierta participación en el botín arrebatado a la colectividad: el precio de monopolio es objeto de ataques de la misma manera que lo es la posibilidad de obtener productos a precio bajo, únicamente por medio de una reducción de la tasa de salario más abajo del mínimo medio.[22] Por lo general no es ventajoso para la comunidad, en las

[21] En esta verdad a medias se basó entre otros Carey para su teoría de la armonía. Las industrias extractivas, mineras, etc., sirven de ejemplo.

[22] Ya había escrito esto cuando me llegó el artículo de Karl Kautsky en el núm. 19 de *Die Neue Zeit*, en el que Kautsky afirma, a propósito de las alianzas, recientemente establecidas en las industrias de los condados centrales ingleses (y de las que ya he hablado en un artículo anterior), que se trata de sindicatos que se "alían con los círculos capitalistas para robar dinero al público", y un "medio ideado por los fabricantes ingleses para corromper el movimiento sindical". Según ellos, la lucha contra el capital se sustituiría con "la lucha contra la sociedad, codo con codo con el capital" (*Die Neue Zeit*, xvII, 1, p. 421). Como podrá verse por las observaciones que seguirán en el texto y por lo que he dicho sobre el sistema cooperativo, no soy de ninguna manera ciego ante la tendencia que Kautsky denuncia y me opongo rotundamente como él a las coaliciones dirigidas contra el público, ya sean capitalistas o de trabajadores. Sin embargo, considero exagerada su crítica. Frente a una industria que se organiza contra la competencia desleal y la oferta a precios más bajos de cualquier límite —ya que esta es la realidad de dichas alianzas—, no puedo condenar a priori y decir que se trata de alianzas para robar dinero al público. No se ha podido probar hasta ahora, respecto a la mayor parte de los trusts, una extorsión de este tipo. En cambio es muy frecuente que exista una extorsión en perjuicio de los productores que considero totalmente inicua, en la utilización de la competencia desleal con objeto de reducir los precios. En una palabra, encuentro en las alianzas industriales que parecen difundirse cada vez más (actualmente se llevan a cabo pláticas para introducirlas en la industria del vidrio y de la cerámica) y que tienen su correspondencia en alianzas para las tarifas salariales de Alemania, un fenómeno que no está exento de incertidumbres, pero que al igual que aquellos que precedieron (comités salariales mixtos, listas de salarios móviles), pretendo que se lo consideren como un producto natural de la reacción a la anarquía en la industria. Amenazan los intereses de la colectividad en la misma forma que toda una serie de instrumentos de política sindical que hace mucho tiempo utilizan los obreros organizados y que la socialdemocracia ha reconocido tácitamente hasta ahora, si no es que los ha apoyado, por el simple hecho de que se dirigen formalmente —si no es que realmente— contra el capital.

Además, Kautsky está en un error cuando supone que en la actualidad los sindicatos ingleses dirigen sus objeciones sobre todo contra las tarifas salariales móviles. Estos combaten sólo las tarifas móviles "carentes de una plataforma" (*bottomless*). Los sindicatos no tienen nada que objetarles a las tarifas móviles que tienen como "plataforma" un salario mínimo suficiente para un trabajador de vida normal, ni contra las disposiciones que toman en cuenta las modificaciones técnicas en la producción.

condiciones actuales, un aumento salarial que afecte únicamente la tasa de ganancia. Digo expresamente "por lo general" ya que hay casos en que puede ocurrir lo contrario. Si en una determinada rama industrial la tasa de ganancia baja más allá del mínimo general, puede significar para el país interesado la pérdida de esta industria y su traslado a otros países en los que los salarios son mucho más bajos y las condiciones de trabajo mucho peores. Desde el punto de vista de la economía mundial se podría considerar esto como un hecho sin importancia, ya que a la larga se restablecería el equilibrio en una forma u otra; pero para los interesados esto no significaría ningún consuelo, ya que en un primer momento y en muchos casos durante largo tiempo, la expatriación significaría para ellos y para su colectividad una pérdida real.

Afortunadamente estos casos extremos son muy raros. En general, los trabajadores saben muy bien hasta dónde pueden llevar sus reivindicaciones. Además, la tasa de ganancia soporta una presión bastante fuerte. Antes de abandonar su empresa, el capitalista prefiere hacer todos los esfuerzos posibles por recuperar por otro lado lo que gasta de más en los salarios. Las grandes diferencias reales que existen entre las tasas de ganancia de las distintas esferas productivas demuestran que es más fácil construir teóricamente una tasa media general de ganancia que llevarla a la práctica aunque sea en términos aproximados. No son raros los casos en que un nuevo capital que trata de introducirse en el mercado busque invertir no en lo que le produce la máxima tasa de ganancia, sino precisamente como ocurre cuando alguien escoge una profesión, guiándose por consideraciones en que las ganancias elevadas ocupan un nivel secundario. También este poderosísimo factor de nivelación de las tasas de ganancia opera sólo de manera irregular. No obstante, el capital invertido, que siempre es el que prevalece, no puede seguir las oscilaciones de la tasa de ganancia de una esfera a la otra, aunque sea sólo por motivos de orden material. En síntesis: el aumento del precio del trabajo humano trae como consecuencia, en la inmensa

mayoría de los casos, por una parte, una modernización tecnológica y una mejor organización de la industria y, por la otra, una distribución más uniforme del producto del trabajo. Dos cosas igualmente ventajosas para el bienestar general. Con ciertas restricciones se le puede aplicar a los países capitalistas la conocida frase de Destutt de Tracy de que las bajas tasas de ganancia son un indicio del alto bienestar de la masa del pueblo.

Por su ubicación político-social, los sindicatos o asociaciones obreras representan el elemento democrático de la industria. Tienen la tendencia a destruir el absolutismo del capital y a lograr para el trabajador un influjo directo en la dirección de la industria. En cuanto al grado de influjo que debe alcanzarse, es natural que existan diferencias de opinión. Algunos piensan que sería un delito de leso principio reclamar para el sindicato algo menos que el derecho incondicional de decisión en el negocio. Aunque por otra parte, el reconocimiento de que este derecho es tan utópico en las condiciones actuales como absurdo en una sociedad socialista, ha llevado a otros a negarles a los sindicatos cualquier función permanente en la vida económica y a aceptarlos sólo temporalmente como el menor de muchos males inevitables. Hay socialistas que consideran que el sindicato no es más que un instrumento para demostrar prácticamente la inutilidad de cualquier acción que no sea político-revolucionaria. En efecto, el sindicato debe cumplir en el presente y en el futuro próximo importantísimas tareas de orden político profesional que no requieren de ninguna manera su omnipotencia ni la toleran.

A un grupo de teóricos ingleses les corresponde el mérito de haber concebido los sindicatos ante todo como órganos indispensables de la democracia y no solamente como coaliciones transitorias. Y, entre paréntesis, si se toma en cuenta que en Inglaterra los sindicatos adquirieron importancia mucho antes que en otras partes y que Inglaterra durante los últimos treinta años de nuestro siglo se transformó de estado oligárquico en estado burocrático, no habrá por qué sorprenderse. Con toda razón estos mismos autores han definido la obra más reciente y más profunda en este sentido, la obra *Teoría y práctica de las uniones obreras inglesas*, como un estudio sobre la *democracia en la industria*. Ya antes, Thorold Rogers había utilizado en sus lecciones sobre la interpretación económica de la historia (que, por lo demás, fuera de algunos puntos de contacto, tenían poco en común con la concepción materialista de la historia), para indicar el sindicato, el término *participación del trabajo —Labour Partnership—*, un término que en principio expresa la misma cosa, pero que denota al mismo tiempo los límites hasta donde puede llegar la función del sindicato dentro de la democracia y más allá de los cuales no encuentra cabida en una comunidad democrática. Aunque el estado, las comunas o los capitalistas sean los que cumplan la función de empresario, el sindicato, como organización de todos los que están ocupados, puede garantizar el interés de sus miembros y promover al mismo tiempo el bienestar general sólo en el caso que se limite al aspecto de la participación. Fuera de estos límites, siempre correría el peligro de degenerar en una corporación cerrada, con todas las características negativas del monopolio. El problema de la cooperativa es un problema parecido. El sindicato, como patrón de toda una rama industrial —cosa en la que soñaron muchos viejos socialistas—, sería en realidad una mera cooperativa de pro-

ducción monopolista y todas las veces que apelara a su monopolio o lo ejerce prácticamente estaría en abierta contradicción con el socialismo y con la democracia, cualquiera que fuera su constitución interna. Es obvio por qué iría contra el socialismo; un organismo asociativo que se opone a la colectividad tiene tan poco de socialismo como la hacienda pública en una comunidad oligárquica. Pero, ¿por qué razón un sindicato de este tipo iría contra la democracia?

Esta pregunta implica otra: ¿qué es la democracia?

La respuesta parece muy simple y a primera vista se podría considerar que está dada al traducirla en la expresión: "gobierno del pueblo". Pero basta una pequeña reflexión para convencerse de que no se ha dado más que una definición completamente extrínseca y meramente formal, siendo que casi todos los que hoy día utilizan el término "democracia" entienden algo más que una simple forma de gobierno. Nos aproximaremos más a la solución correcta si la expresamos en términos negativos y traducimos "democracia" por "ausencia del dominio de clase", indicando con esto un ordenamiento social en que ninguna clase goza de privilegios frente a la comunidad. De esta manera se explica por qué es en principio antidemocrática una corporación monopolista. La definición negativa tiene además la ventaja de dejar menos espacio que la expresión "gobierno del pueblo" a la idea de opresión del individuo por parte de la mayoría, idea que repugna absolutamente a la conciencia moderna. Hoy consideramos como "no democrática" la opresión de la minoría por parte de la mayoría aunque en su origen se hubiera considerado perfectamente compatible con el gobierno del pueblo.[23] De acuerdo con la concepción actual, en la demo-

[23] Y en realidad, los representantes coherentes del blanquismo conciben siempre la democracia ante todo como un poder opresor. Hippolyte Castille, por ejemplo, hace preceder su historia de la Segunda república, por una introducción que culmina con una verdadera y propia glorificación del terrorismo. "La sociedad absolutamente perfecta —dice ahí— es aquella en la que la tiranía es el sostén de la colectividad. Esto significa en el fondo que la sociedad absolutamente perfecta es aquella en la que existe el mínimo de libertad en el sentido diabólico individualista del término... Lo que se llama libertades políticas no son más que un apelativo para adornar la tiranía autorizada del número. Las libertades políticas no son otra cosa que el sacrificio de una cantidad de libertades individuales al Dios despótico de las sociedades humanas, a la razón social, al contrato." "Ciertamente a partir de esta época (la que va de octubre de 1793 a abril de 1794 cuando fueron guillotinados los girondinos, los hebertistas, los dantonistas), data el renacimiento del principio de autoridad, de la manera con la que se defienden las sociedades humanas. Libre de los moderados y de los ultras y al seguro de cualquier conflicto de poderes, el comité de salud pública, es decir, la forma de gobierno que las circunstancias han creado, adquiere la fuerza y la unidad necesarias para dominar la situación y para salvar a Francia de los peligros de una inminente anarquía... No, no fue el gobierno el que mató la Primera república, sino los parlamentarios, los traidores del termidor. Los republicanos anárquicos y los liberales, cuya raza hormiguea sobre la Francia, siguen lanzando en vano la antigua calumnia. Robespierre sigue siendo un hombre importante, no tanto por su talento y sus virtudes que en este aspecto son secundarias, sino por su sentido de autoridad y por su fuerte instinto político."

Sin embargo el culto a Robespierre no debía sobrevivir al Segundo Imperio. Para la generación más joven de socialrevolucionarios blanquistas que había salido a la escena hacia la mitad de los años sesenta con una decidida mentalidad antirreligiosa, Robespierre era un líder burgués precisamente por su deísmo. Juraban por Hébert y su Anacarsis Cloots, pero en realidad razonaban como Castille, como él exaltaban la idea justa de la subordinación de los intereses individuales al interés general.

cracia está implícita una representación jurídica: la igualdad de los derechos de todos los miembros de la comunidad, en la que encuentra sus límites el gobierno de la mayoría en que se traduce en cada caso concreto el gobierno del pueblo. A medida que la igualdad se convierte en el clima natural y domina la conciencia general, la democracia se convierte en sinónimo de máximo grado de libertad para todos.

Naturalmente democracia no es lo mismo que ilegalidad. La democracia no puede distinguirse de los demás sistemas políticos por carecer de toda ley, sino por carecer de leyes que establezcan o ratifiquen privilegios basados en la propiedad, en la extracción social y en la confesión religiosa; no se distingue por la falta total de leyes que limiten los derechos de alguno, sino por la abolición de todas las leyes que limitan la igualdad jurídica universal o el derecho igual para todos. Si la democracia y la anarquía son dos cosas completamente distintas, es o sería un sofisma insulso en que desaparecería cualquier distinción, aplicar términos como "despotismo", "tiranía", etc., a la democracia como ordenamiento social, sencillamente porque encierra el voto de la mayoría que decide y le exige a cada uno que reconozca la ley votada por la mayoría. Claro está que la democracia no es una garantía absoluta contra leyes que alguno juzga tiránicas. Pero en nuestra época existe la seguridad casi incondicional de que la mayoría de una comunidad democrática no hará ley alguna que atente permanentemente contra la libertad personal, ya que la mayoría de hoy puede convertirse en cualquier momento en la minoría de mañana y entonces cualquier ley perjudicial para las minorías afectaría a los miembros mismos de la mayoría temporal. Existe una diferencia básica entre la tiranía de la mayoría, ejercida en cierta forma en tiempos de una verdadera guerra civil, y el gobierno de la mayoría en la democracia moderna. Además, la experiencia ha demostrado que entre más antiguas eran las instituciones democráticas de un estado moderno, más aumentaba el respeto y la consideración de los derechos de las minorías y se suavizaba la lucha entre los partidos.[44] Los que no logran imaginar la realización del socialismo sin actos de violencia, ven en esto un argumento en contra de la democracia y en realidad no han faltado los que han alzado su voz en la literatura socialista. Pero los que no se dejan llevar por la visión utópica de que las naciones modernas, bajo el influjo de una prolongada catástrofe revolucionaria se disolverán en una miríada de grupos radicalmente independientes entre sí, verán en la democracia algo más que un medio político útil únicamente, como palanca en manos de la clase trabajadora, para dar el golpe de gracia al capital. La democracia es al mismo tiempo un medio y un fin. Es el medio para la lucha en pro del socialismo y es la forma de realización del socialismo. Lo cierto es que no hay que esperar milagros. En un país como

44 Desde este punto de vista es significativo el hecho de que los ataques más duros contra mi manifiesta oposición a la idea de la dictadura del proletariado hayan venido de los que formaban parte del estado europeo más despótico —de Rusia—, y hayan tenido resonancia sobre todo en Sajonia, donde los gobernantes, en aras del interés del orden constituido, sacrificaron un derecho electoral tolerablemente democrático para la elección de la representación del *Land*, al no-derecho electoral basado en los tres censos, al mismo tiempo que los socialistas de los países más democráticos acogieron mis artículos con una aprobación incondicional o con un amplio reconocimiento.

En la edición de 1920 sigue este añadido: "Escrito en 1899." [E.]

Suiza en que el proletariado industrial representa la minoría de la población (ni siquiera medio millón sobre dos millones de personas adultas), no se le puede entregar a este proletariado el poder político. Tampoco en un país como Inglaterra en que el proletariado representa con mucho la clase más numerosa de la población, se puede convertir a dicho proletariado en el patrón de la industria, si el proletariado mismo no tiene ningún deseo de llegar a serlo y no se siente o no se siente todavía maduro para desempeñar las tareas que esto implica. Aunque en Inglaterra, en Suiza, en Francia, en Estados Unidos, en los países escandinavos, etc., el progreso social se ha convertido en una poderosa palanca. A los que no se contentan con los títulos sino que llegan al contenido les bastará pasar revista a la legislación inglesa a partir de la reforma electoral de 1867, que concede el derecho de voto a los trabajadores urbanos, para verificar el progreso tan importante que se ha hecho hacia el socialismo, si no es que ya dentro del socialismo. Desde esa época viene existiendo en tres cuartas partes del país la escuela elemental pública, siendo que hasta ese entonces sólo existían las escuelas privadas y clericales. La asistencia escolar alcanzaba en 1872 al 4.3 % de la población, sin embargo, en 1896 ascendía al 14.2 %; en 1872, el estado gastaba sólo 15 millones de marcos al año en las solas escuelas elementales y en 1896, gastaba 127 millones. La administración de la escuela y de la asistencia pública en los condados y en las comunas dejó de ser monopolio de los poseedores y de los privilegiados y la masa de los trabajadores tuvo el mismo derecho de voto que el más grande propietario de tierras o que el más rico capitalista. Los impuestos indirectos sufrieron una reducción constante y los directos un aumento constante (en 1866, se recabaron 120 millones de marcos en números redondos de impuestos sobre el ingreso; en 1898, se recabaron 330 millones a los que hay que añadir por lo menos de 80 a 100 millones de marcos por concepto de ingresos suplementarios debidos al aumento del impuesto a las herencias). La legislación agraria se libró del temor reverencial hacia el absolutismo de la propiedad, y el derecho a la expropiación que hasta entonces sólo era aceptable por motivos de vialidad y de higiene, incluye ahora también en principio las transformaciones económicas. Es conocido el cambio tan radical sufrido por la política del estado en relación con los trabajadores que ocupaba directa o indirectamente y la ampliación que ha experimentado la legislación fabril a partir de 1870. Todas estas medidas y la imitación que en mayor o menor grado se ha hecho de ellas en el continente, no se han debido de manera exclusiva aunque sí sustancial a la democracia o al margen de democracia electiva de que disponen los respectivos países. Y si es cierto que en los diversos asuntos la legislación de los países políticamente avanzados no avanza con la misma rapidez que en otros países que, aun estando en condiciones políticas relativamente más atrasadas, se ven estimulados por monarcas o ministros dependientes entre sí, en cambio en los países en que se ha establecido la democracia, no se da nunca un retroceso en este sentido.

El principio de la democracia consiste en la supresión del dominio de clase. Se habla, y en ciertos aspectos con toda razón, del carácter conservador de la democracia. El absolutismo o el semiabsolutismo engaña a defensores y enemigos sobre la realidad de su poder. De ahí que en los países en que dominan o sobreviven sus tradiciones, existan proyectos extravagantes, un lenguaje forzado,

una política tortuosa, un miedo a la revolución y una esperanza en la opresión. En la democracia los partidos y las clases que siguen a los partidos, aprenden muy pronto a conocer los límites de su poder y a emprender en cada caso únicamente las acciones que esperan poder realizar razonablemente en base a las circunstancias objetivas. Aun cuando llevan sus reivindicaciones más allá de sus intenciones ocultas, para poder ceder en el momento inevitable del compromiso —la democracia es la mejor escuela del compromiso—, lo hacen siempre con moderación. Tan es así que en una democracia la misma extrema izquierda parece la mayoría de las veces conservadora y la renovación, por el hecho de ser más uniforme, parece más lenta de lo que es en realidad. Sin embargo, su orientación es inconfundible. En la democracia, el derecho de voto hace virtualmente a su titular partícipe de los asuntos públicos, y esta participación virtual debe traducirse a la larga en una participación efectiva. A una clase obrera que no está desarrollada numérica ni intelectualmente, el derecho de voto le puede parecer durante mucho tiempo todavía como el derecho a escoger su propio "verdugo", pero a medida que crece numérica e intelectualmente, se convierte en un instrumento para transformar realmente a los representantes del pueblo, de patrones en servidores del pueblo. Si los obreros ingleses votan en las elecciones parlamentarias por los partidos más viejos, cosa que los hace aparecer formalmente como la cola de los partidos burgueses, se da el caso de que en las circunscripciones electorales industriales es precisamente esta "cola" la que mueve a la cabeza y no viceversa. Dando por descontado el hecho de que en Inglaterra la extensión del derecho de voto realizada en 1884, junto con la reforma de las representaciones comunales le conquistaron a la socialdemocracia el derecho de ciudadanía como partido político.[28]

¿La situación de los otros países es sustancialmente distinta? En Alemania el sufragio universal, aunque le pudo servir transitoriamente a Bismarck como un instrumento, en fin de cuentas lo obligó a que él mismo sirviera de instrumento al sufragio universal; aunque temporalmente pudo beneficiar a los Junkers del Elba oriental, hace mucho tiempo que se convirtió en una pesadilla; aunque le permitió a Bismarck, en 1878, desenvainar la espada de la ley en contra de los socialistas, fue precisamente el sufragio universal el que rompió y debilitó esta espada, y fue precisamente a través del sufragio universal como se logró finalmente hacerla desaparecer de las manos de Bismarck. Si en 1878, Bismarck, en lugar de dictar una ley excepcionalmente policiaca, hubiera establecido con la mayoría de que disponía en ese entonces, una ley excepcionalmente política que les quitara nuevamente a los trabajadores el derecho de voto, le hubiera infringido a la socialdemocracia, durante largo tiempo, un golpe más duro que con la otra ley. Aunque no cabe duda de que en ese caso hubiera afectado también a otra clase de gente. El sufragio universal como alternativa a la revolución, es un arma de dos filos.

No obstante, el sufragio universal es sólo una parte de la democracia, aunque sea la parte que a la larga está destinada a atraer a las demás como el imán atrae los pedazos de fierro. Es un proceso que ciertamente avanza más lenta-

[28] Desde entonces, la ampliación continua del sufragio democrático en Inglaterra le dio al partido de los trabajadores la oportunidad de convertirse en un partido de gobierno.

mente de lo que muchos quisieran y sin embargo está vivo. La socialdemocracia no tiene un instrumento mejor para apoyar este proceso que situarse sin reticencias, aun a nivel doctrinal, en el terreno del sufragio universal y de la democracia, con todas las consecuencias que esto implica para su táctica.

Prácticamente, es decir en sus actuaciones, la socialdemocracia en el fondo siempre lo ha hecho. Muchas veces no lo han hecho y aún hoy día no lo hacen sus representantes literarios en sus declaraciones. Las expresiones formuladas en un período en que en toda Europa dominaba sin opositores el privilegio de la propiedad —y que por lo mismo eran explicables y en cierta medida justificables en dichas circunstancias, pero que hoy sólo significan un lastre—, son tratadas con un temor reverencial como si el avance del movimiento dependiera de ellas y no de la conciencia viva de lo que se puede hacer y es urgente hacer. ¿Tal vez tiene sentido, por ejemplo, aferrarse a la expresión de la dictadura del proletariado en un período en que, por todas partes, los representantes de la socialdemocracia se sitúan prácticamente en el terreno de la acción parlamentaria, de la representación proporcional y de la legislación pública —cosas todas que se oponen a la dictadura?[29] En la actualidad dicha expresión ha sobrevivido a sí misma, de tal manera que la única posibilidad que existe para conciliarla con la realidad consiste en despojar el término "dictadura" de su significado efectivo y atribuirle un sentido más moderado. Toda la actividad práctica de la socialdemocracia está encaminada a la creación de situaciones y requisitos que hagan posible y garanticen el tránsito sin rompimientos violentos del moderno orden social a un orden superior. Si los socialdemócratas esperan sacar continuamente de la convicción de ser los pioneros de una civilización superior el entusiasmo que los inflama, en esa misma convicción se apoya también, en última instancia, la justificación ética de la expropiación social en la que tienen fijos sus ojos. La dictadura de clase, por el contrario, pertenece a un nivel de civilización más atrasado, y aun prescindiendo de la racionalidad y la factibilidad de la misma, sólo una recaída en el atavismo político puede evocar la idea de que el paso de la sociedad capitalista a la sociedad socialista debe realizarse forzosamente de acuerdo con las formas evolutivas de una época que no conocía o que conocía sólo de manera imperfecta los actuales métodos de propagación y de conquista de las leyes y que carecía de los órganos adecuados para tal fin.[30]

Estoy hablando expresamente del paso de la sociedad capitalista a la sociedad socialista y no, como frecuentemente se dice hoy, "de la sociedad burguesa", ya que el uso del término "burgués" constituye precisamente un caso de atavismo o de ambigüedad en el lenguaje, que se señala como un inconveniente de la fraseología de la socialdemocracia alemana y constituye una excelente fuente de equívocos para propios y extraños. La culpa la tiene en parte la

[29] Cf, por ejemplo, la declaración de los socialistas de Offenbach contra la opinión de las mayorías no socialistas en el Congreso comunal y la aprobación que encontró en la conferencia de los consejeros comunales socialistas de la provincia de Brandeburgo (*Vorwärts* del 28 de diciembre de 1898).

[30] [*N. del A.*] En el Epílogo hablaremos de la iniciativa de los bolcheviques de intentar con el terrorismo una Rusia sólo industrializada parcialmente en una comunidad de socialistas.

lengua alemana que no tiene un término apropiado para el concepto de ciudadano con plenos derechos de una comunidad, distinto del concepto de ciudadano privilegiado. Y ya que hasta ahora han fracasado todos los intentos de construir un término especial para el primero o para el segundo de los conceptos y de introducirlo en el uso lingüístico, considero que siempre es mejor utilizar la palabra extranjera "bourgeois" para indicar el ciudadano privilegiado y lo que se refiere a él, en lugar de dar pie a cualquier malentendido o equívoco traduciéndola por "Bürger" o "bürgerlich" ("ciudadano" o "civil").

En el fondo todos saben hoy día qué se quiere decir cuando se habla de lucha contra la burguesía [*Bourgeoisie*] y de la abolición de la sociedad burguesa [*Bourgeoisgesellschaft*]. Pero, ¿qué significa la lucha contra la sociedad civil o su abolición [*burgerliche Gesellschaft*]? Sobre todo en Alemania, ¿qué significa, sobre todo cuando en Prusia, su estado más grande y más avanzado, el problema consiste todavía en liberarse de un amplio margen de feudalismo que obstaculiza el desarrollo civil? Ninguno piensa en agredir a la sociedad civil en cuanto comunidad dotada de ordenamientos civiles. Al contrario. La socialdemocracia no pretende destruir esta sociedad o proletarizar toda la masa de sus miembros; se propone ante todo elevar continuamente al trabajador de la condición de proletario a la de ciudadano y generalizar el sistema civil [*Bürgerthum*] o la condición de ciudadano [*Bürgersein*]. No trata de sustituir la sociedad civil por una sociedad proletaria, sino el orden social capitalista por un orden social socialista. En lugar de echar mano de esas locuciones, sería conveniente apegarse a esta definición inequívoca. Nos libraríamos así de una gran parte de otras contradicciones que los adversarios constatan entre la fraseología y la praxis de la socialdemocracia. Algunos diarios socialistas se complacen en usar un lenguaje forzadamente polémico en relación a la sociedad civil, que sería adecuado si viviéramos como una secta de anacoretas, pero que constituye un contrasentido en una época que no considera como una ofensa al sentimiento socialista dar una dimensión *bourgeoise* a su propia vida privada.[38]

Finalmente sería aconsejable una cierta moderación en las declaraciones de guerra al "liberalismo". De acuerdo; el gran movimiento liberal de la historia moderna ha favorecido sobre todo a la burguesía capitalista y los partidos que se atribuían el término "liberal" eran o se convirtieron poco a poco en puros

[38] En este punto era mucho más coherente Lassalle que nosotros en la actualidad. Ciertamente era muy unilateral el método de deducir el concepto de *bourgeois* simplemente del privilegio político, en lugar de deducirlo por lo menos contemporáneamente de la posición de poder económico. Aunque por otra parte, Lassalle era bastante realista como para percibir inmediatamente dicho contrasentido, al declarar, en su *Programa obrero*: "En alemán la palabra *bourgeoisie* debería traducirse por *Bürgerthum*. Aunque yo no le doy ese significado. *Bürger* somos todos: el obrero, el pequeño burgués, el gran burgués, etc. Sin embargo a través de la historia, la palabra *bourgeoisie* ha tomado un significado por el que denota una tendencia política precisa" (*Gesammtausgabe*, II, p. 27). Lo que dice Lassalle sobre la distorsionada lógica del sanculottismo, se aplica a los belletristas que estudian la burguesía "con el método de las ciencias de la naturaleza" en los cafés y luego juzgan a toda una clase basándose en sus frutos estériles de la misma manera que el filisteo pretende encontrar en el bohemio el tipo de trabajador moderno. Por mi parte, no tengo ninguna dificultad en declarar que considero a la burguesía en su conjunto —sin excluir a la alemana— bastante sana aún, no sólo desde el punto de vista económico, sino también desde el punto de vista moral.

simples guardianes del cuerpo del capitalismo. Naturalmente no puede haber antagonismo entre estos partidos y la socialdemocracia. Pero, por lo que respecta al liberalismo como movimiento histórico universal, el socialismo es el heredero legítimo, no sólo desde el punto de vista cronológico sino también desde el punto de vista del contenido social. Por otra parte esto se ha puesto de manifiesto siempre que la socialdemocracia ha tenido que tomar partido sobre una cuestión de principio. Cada vez que debía llevarse a cabo una reivindicación económica del programa socialista de una manera o bajo circunstancias que implicaban un serio peligro para el desarrollo de la libertad, la socialdemocracia no vaciló nunca en tomar partido contra aquélla. Siempre ha considerado la salvaguardia de la libertad político-social como un bien superior a la realización de cualquier postulado económico. El desarrollo y la salvaguardia de la libre personalidad es el objetivo de todas las medidas socialistas, aun aquellas que externamente se presentan como medidas coercitivas. Un análisis detallado de estas medidas podrá demostrar que se trata de una coerción destinada a *aumentar* la cantidad de libertades en la sociedad, a dar más libertad y a llegar a una esfera *más amplia* que la que se quita. Fijar un máximo legal a la jornada de trabajo de hecho significa establecer un mínimo de libertad; significa una prohibición a la venta de la propia libertad por más de un determinado número de horas jornaleras y, en principio, se pone de parte de la prohibición aprobada por todos los liberales de venderse en esclavitud personal permanente. No es una casualidad el hecho de que el primer país donde se fijó la jornada máxima de trabajo haya sido la nación democráticamente más avanzada de Europa, Suiza —y la democracia no es más que una forma política de liberalismo. Como movimiento que se oponía a que los pueblos se sometieran a instituciones impuestas desde el exterior o que sólo buscaban su justificación en la tradición, el liberalismo trató de realizarse ante todo como principio de soberanía de los tiempos y de los pueblos. Estos dos principios habían dado vida a la larga discusión de los filósofos del derecho público de los siglos XVII y XVIII, hasta que Rousseau los elevó, en su *Contrato social*, a la condición de fundamentos de la validez jurídica de toda constitución, y la Revolución francesa los proclamó —en la constitución democrática de 1793, empapada de espíritu rousseauniano— como derechos inalienables del hombre.[39]

La constitución de 1793 fue la expresión coherente de las ideas liberales de la época, pero un vistazo rápido a su contenido puede demostrar qué oposición tan débil ofrecía u ofrece al socialismo. Hasta Babeuf y los Iguales tomaron de ella un excelente punto de partida para la realización de sus aspiraciones comunistas y por esta razón su primera reivindicación consistió en el restablecimiento de la constitución de 1793. Lo que posteriormente propuso el liberalismo político no fue más que una atenuación y adaptación adecuado o suficiente a las necesidades de la burguesía capitalista después del derrumbe del *ancien regime*, del mismo modo que la llamada doctrina manchesteriana no fue otra cosa que la atenuación y exposición unilateral de los principios del liberalismo económico clásico. En realidad no existe una idea liberal que no

[39] Art. 25: "La soberanía reside en el pueblo. Es indivisible, imprescriptible, inalienable." Art. 28: "Un pueblo tiene en todo momento el derecho de revisar, reformar y cambiar su constitución. Ninguna generación puede vincular a otra a sus propias leyes."

pertenezca también al contenido ideal del socialismo. El mismo principio de la responsabilidad económica individual que en apariencia es supuestamente manchesteriana, en mi opinión, no puede negarse teóricamente ni excluirse en la práctica, bajo ninguna circunstancia. Sin responsabilidad no hay libertad; en teoría podemos pensar lo que queramos sobre la libertad de acción del hombre, pero en la práctica debemos partir de esta última como base de la norma ética, porque sólo con esta condición es posible una moral social. Del mismo modo, en esta época de relaciones cambiantes, es imposible una sana vida social en nuestros estados poblados de millones de individuos, si no se presupone la responsabilidad económica individual de todos los que son capaces de trabajar. La aceptación de la responsabilidad económica individual es la contrapartida que el individuo da a la sociedad a cambio de los servicios que la sociedad le ha prestado u ofrecido.

Permítaseme citar aquí algunos pasajes de mi artículo, ya mencionado, sobre "La significación política y social del espacio y del número".

Y sólo según el *grado* se podrá modificar también, en un tiempo no lejano, la *responsabilidad* económica *individual* de los que están en condiciones de trabajar. La *estadística* laboral puede ser considerablemente desarrollada, la *provisión* de empleos muy perfeccionada, el *cambio* de trabajo facilitado, el *derecho* laboral perfeccionado de manera tal que posibilite al individuo una seguridad en su existencia y una facilidad en la elección de su trabajo infinitamente mayor a la presente. Los órganos más avanzados de la defensa de los intereses económicos de cada uno —los grandes sindicatos— muestran ya en este sentido la orientación probable que asumirá el desarrollo. Si ya en la actualidad los sindicatos fuertes aseguran a sus miembros en condiciones de trabajar un cierto derecho a la ocupación; le muestran al empresario los inconvenientes que trae aparejado despedir a un miembro del sindicato sin una causa justa reconocida como tal también por el sindicato; si en la bolsa de trabajo combinan las diversas ofertas y demandas de trabajo; entonces ya como se dijo están dados los elementos para el desarrollo de un derecho laboral democrático (*Die Neue Zeit*, xv, 2, p. 141 [Véase pp. 49-50 del presente volumen]).[49]

Otros pasos dados en esta dirección han asumido hoy día la forma de comisiones de arbitraje industrial, cámaras de trabajo y otras instituciones análogas en las que el autogobierno democrático, aunque muchas veces es todavía imperfecto, ha adquirido ya aspectos concretos. Por otra parte, no cabe duda de que la expansión de los servicios públicos, sobre todo del sistema escolar y de las instituciones mutualistas (seguros, etc.) ha contribuido muchísimo a eliminar los aspectos negativos de la responsabilidad económica del individuo. Sin embargo, la existencia de un derecho al trabajo, en el sentido de que el estado deba garantizar a cada uno una ocupación dentro de su profesión, es del todo improbable en un futuro próximo y no es tampoco deseable. Lo que tratan de alcanzar sus defensores puede lograrse, con ventaja para la comunidad, sólo a través del camino que hemos señalado, es decir, por medio de la combinación de los distintos órganos, y sólo de esta manera se puede llevar a la práctica, sin

[49] [*N. del A.*] La ley sobre los consejos de administración promulgada por la República alemana constituye un paso importante hacia adelante en la realización de este derecho del trabajo como derecho garantizado legalmente a todos los trabajadores y empleados.

degeneraciones burocráticas, el deber de todos de trabajar. En unos organismos tan pletóricos y complicados como nuestros estados modernos y sus centros industriales, el derecho absoluto al trabajo tendría sólo un efecto desorganizador y no sería otra cosa que "una fuente de arbitraje odioso y de eternas disputas" (*op. cit.*).

El liberalismo tenía como tarea histórica la de derribar los obstáculos que la economía cerrada y sus correspondientes instituciones jurídicas de la Edad Media habían levantado al desarrollo ulterior de la sociedad. El hecho de que haya asumido en un primer momento la forma de liberalismo burgués, no obsta para que sea el portavoz de un principio social general mucho más amplio, cuya realización será el socialismo. El socialismo no pretende crear un nuevo sistema cerrado, de cualquier tipo que sea. El individuo debe ser libre —no en el sentido metafísico en que sueñan los anarquistas, es decir, libre de todo compromiso con la comunidad—, sino libre de toda constricción económica en sus movimientos y en su elección profesional. Esta libertad para todos sólo puede lograrse por medio de la organización. En este sentido, se podría definir al socialismo como un liberalismo organizador, ya que si se examinan cuidadosamente las organizaciones que quiere el socialismo y el modo en que las quiere, se podrá constatar que el elemento principal que lo distingue de las instituciones medievales, análogas en su forma externa, es precisamente su liberalismo, es decir, su constitución democrática y el hecho de estar abiertas para todos. Ésta es la razón por la que un sindicato que tiende a un exclusivismo de tipo corporativo, si para el socialista es un resultado comprensible de la defensa contra la tendencia del capitalismo a sobrecargar el mercado de trabajo, es al mismo tiempo una corporación no socialista, precisamente por su tendencia exclusivista y por la forma en que dicha tendencia lo domina. Lo mismo habría que decir de un sindicato que tuviera la exclusividad de una entera rama de la producción, y que forzosamente tendería al mismo exclusivismo que caracteriza la cooperativa "pura" de producción.[41]

Dentro de este contexto quisiera citar un pasaje del *System der erworbenen Rechte* [Sistema de los derechos adquiridos] de Lassalle, que siempre he considerado como una excelente guía para orientarme en estos problemas: "Aquello contra lo que se dirigen las corrientes profundas de nuestro tiempo —dice Lassalle— y que las mantiene todavía en zozobra, no es el aspecto de *lo individual* que más bien estaría de su parte con la misma coherencia que el aspecto

[41] A la luz de este criterio hay que juzgar, en mi opinión, también la cuestión tan debatida hoy día de la libre elección del médico en las casas de salud. Cualesquiera que sean las condiciones locales que pueden inducir a las casas de salud a limitar la elección del médico, lo cierto es que dicha limitación no obedece a los principios del socialismo. El médico no debe ser el funcionario de una corporación cerrada, sino de la comunidad, de otra manera nos veríamos obligados a pensar que la afirmación del *Manifiesto comunista* —"la burguesía ha transformado al médico, al jurista y al hombre de ciencia en sus obreros asalariados"— debe sufrir una reelaboración especial.

[*Agregado a la edición de 1920.*] Algunos han interpretado esta afirmación como si yo quisiera establecer como dogma intocable la competencia ilimitada entre los médicos. De ninguna manera; se trata sólo —y esto lo acepto— de una protesta enfatizada en forma deliberada contra la tendencia que ha aflorado en varias ocasiones, a envilecer la función *social* del médico.

de lo *general*—, sino el problema *de la particularidad* que llevamos a cuestas desde la Edad Media y que todavía nos aferra a la carne" (Lassalle, *System*..., 2ª ed., I parte, p. 221). Aplicado a nuestro tema quiere decir que la organización debe constituir el elemento de conjunción y no de división entre el individuo y la colectividad. Cuando, más adelante, Lassalle le reprocha al liberalismo el hecho de reivindicar los derechos que proclama, no para el individuo en cuanto tal, sino únicamente para el individuo que está en una posición particular, el reproche está dirigido —como lo dice expresamente en una frase inmediatamente anterior— al partido liberal de entonces, "nuestro llamado liberalismo" y no contra el liberalismo teórico.

II. *El principio federativo de la democracia*

Estas consideraciones plantean un problema que no es de ninguna manera sencillo, ya que encierra una serie de dificultades. La igualdad política no ha sido hasta ahora suficiente por sí sola para asegurar el sano desarrollo de las comunidades que gravitan en torno a los grandes centros urbanos. Como lo demuestran Francia y Estados Unidos, no constituye un remedio infalible contra el sofocamiento directo e indirecto provocado por el parasitismo social y por la corrupción. Si gran parte del pueblo francés no contara con una base de solidez tan extraordinaria y el país no estuviera tan favorecido geográficamente, ya hace mucho tiempo que Francia hubiera tenido que sucumbir ante la plaga social de la burocracia que se ha anidado en sus entrañas. Esta plaga constituye de una manera u otra una de las causas por las que, a pesar de la extrema vivacidad intelectual de los franceses, el desarrollo industrial sigue estando cada vez más atrasado con respecto al de los países vecinos. Para que la burocracia no sobrepase al mismo absolutismo centralizado a causa de los obstáculos burocráticos, debe construirse sobre una base ampliamente articulada de autogobierno al que le compete la responsabilidad económica individual de todas las unidades administrativas y de todos los ciudadanos emancipados del estado. Nada más nocivo para su sano desarrollo que una uniformidad usurpada y un proteccionismo generoso. Estos últimos agravan e impiden cualquier distinción racional entre las instituciones vitales y las instituciones parasitarias. Si el estado por una parte elimina todos los obstáculos legales a la organización de los productores, y transfiere —bajo ciertas condiciones que impidan la degeneración en corporaciones monopolistas— a las asociaciones profesionales cierta cantidad de plenos poderes en materia de control de la industria, de tal manera que den todas las garantías contra la compresión de los salarios y el plustrabajo; y si, por otra parte, tiene el cuidado, por medio de las instituciones bosquejadas anteriormente, de que ninguno se vea obligado por necesidades extremas a enajenar su trabajo en condiciones indignas; entonces no le importará a la sociedad el hecho de que junto con los negocios públicos y las cooperativas existan también empresas administradas por entes privados con finalidades de lucro personal. Con el tiempo estas últimas asumirán espontáneamente un carácter cooperativo.

La condición preliminar indispensable para lo que llamamos socialización de la producción consiste en crear dichas instituciones o desarrollarlas aún más donde ya existen. Sin ellas, la llamada apropiación social de los medios de producción se traduciría, como puede esperarse, en una mera destrucción ilimitada de las fuerzas de producción, en un experimentalismo sin sentido y en una violencia sin objeto, y el dominio político de la clase trabajadora sólo podría realizarse de hecho bajo la forma de poder central revolucionario y dictatorial, sostenido por la dictadura terrorista de los clubes revolucionarios. Ésta es la forma imaginada por los blanquistas y también la forma supuesta en el *Manifiesto comunista* y en los escritos de Marx y Engels del mismo período. Pero "dadas las experiencias prácticas de la revolución de febrero y aún más de la Comuna de París, en que por primera vez el proletariado tuvo en sus manos el poder político durante dos meses", el programa revolucionario del *Manifiesto* ha "envejecido en algunos de sus puntos". "Sobre todo la Comuna ha demostrado que la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines."

Ésta era la forma en que se expresaban Marx y Engels en 1872 en el prefacio a la reedición del *Manifiesto*. Y remitían al escrito *La guerra civil en Francia*, para un desarrollo más amplio del tema. Pero si abrimos las páginas de este escrito y leemos nuevamente el capítulo en cuestión (el tercero), encontramos desarrollado un programa que, por su contenido político, es extraordinariamente parecido en todas sus líneas esenciales al federalismo de Proudhon.

No se trataba de destruir la unidad de la nación, sino por el contrario, de organizarla mediante un régimen comunal, convirtiéndola en una realidad al destruir el poder del estado, que pretendía ser la encarnación de aquella unidad, independiente y situado por encima de la nación misma, en cuyo cuerpo no era más que una excrecencia parasitaria. Mientras que los órganos puramente represivos del viejo poder estatal habían de ser amputados, sus funciones legítimas habían de ser arrancadas a una autoridad que usurpaba una posición preeminente sobre la sociedad misma, para restituirla a los servidores responsables de esta sociedad. En vez de decidir una vez cada tres o seis años qué miembros de la clase dominante han de representar y aplastar al pueblo en el parlamento, el sufragio universal habría de servir al pueblo organizado en comunas, como el sufragio individual sirve a los patronos que buscan obreros y administradores para los negocios... El antagonismo entre la Comuna y el poder del estado se ha presentado equivocadamente como una forma exagerada de la vieja lucha contra el excesivo centralismo... El régimen de la Comuna habría devuelto al organismo social todas las fuerzas que hasta entonces venía absorbiendo el estado parásito, que se nutre a expensas de la sociedad y entorpece su libre movimiento. Con este solo hecho habría iniciado la regeneración de Francia.

Así se expresa Marx en *La guerra civil en Francia*.

Escuchemos ahora a Proudhon. No teniendo a la mano su libro sobre el federalismo, no nos queda otro remedio que citar algunos pasajes de su escrito sobre la capacidad política de las clases trabajadoras, en los que incidentalmente recomienda la constitución de los trabajadores en partido político.

En una democracia organizada de acuerdo con los verdaderos conceptos de soberanía popular, es decir, de acuerdo con los principios del derecho contractual, cualquier

acción opresora o corruptora de parte del poder central sobre la nación resulta imposible; y resulta también absurda la simple hipótesis de una acción de este tipo.

¿Por qué razón?

Porque en una democracia verdaderamente libre, el poder central no se distingue de la asamblea de los delegados, órgano natural de la conciliación de los intereses locales. Porque cada uno de los delegados es ante todo el hombre de la localidad que lo ha elegido como su representante y su emisario. Es uno de sus conciudadanos, su mandatario especial encargado de defender sus intereses particulares o de armonizarlos lo más posible con los intereses generales ante el gran jurado (de la nación). Porque la asamblea de los delegados, al elegir en su seno al órgano ejecutivo, no lo convierte en un ente distinto y superior que puede entrar en conflicto con ella misma.

No hay términos medios. La comuna será un soberano o una simple sucursal (del estado); todo o nada. Embellecedla como queráis; desde el momento en que no cree por sí misma su derecho, desde el momento en que se vea obligada a reconocer una ley más alta, y el grupo del que forma parte se declare ser superior a ella dejará de ser la expresión de sus relaciones federativas y tarde o temprano entrarán inevitablemente en oposición y estallará el conflicto.

Pero en ese aspecto la lógica y el poder estarán de parte del poder central. "La idea de una limitación del poder central por medio de los grupos, en que rige el principio de la subordinación y centralización de los grupos mismos, es una incongruencia, por no decir una contradicción." En esto consiste el principio de la municipalidad del liberalismo burgués. La libertad municipal que la clase obrera debe estampar en su bandera consiste en una "Francia confederada", "en un régimen que sea la expresión del ideal de la independencia y cuyo primer acto sea la restitución de su plena autonomía a las comunas y de su autodeterminación a las provincias" (*Capacité politique des classes ouvrières*, pp. 224, 225, 231, 235). Si en *La guerra civil*... se dice que "el dominio político del productor no puede existir junto con la perpetuación de su sometimiento social", en la *Capacité politique*... leemos: "Una vez establecida la igualdad política, y puesta en práctica a través del ejercicio del sufragio universal, la nación tiende a la igualdad económica. Ésta es la forma en que la entendían los candidatos de los trabajadores. Pero es también lo que no quieren sus enemigos burgueses" (*op cit.*, p. 214). En suma, a pesar de todas las demás divergencias entre Marx y el "pequeñoburgués" Proudhon, en estos puntos sus modos de pensar se aproximan más que nunca.

Y no cabe duda, es más, desde entonces contamos con algunas pruebas prácticas, de que el desarrollo general de la sociedad moderna orientado hacia un constante aumento de las tareas de las municipalidades y hacia una constante ampliación de las libertades comunales, y de que la comuna se convierte en una palanca cada vez más importante de la emancipación social. Quedaría por ver, naturalmente, si la disolución del estado moderno y la completa transformación de su organización, que Marx y Proudhon describen (la asamblea nacional constituida por los delegados de las asambleas provinciales o regionales, que a su vez están compuestas por los delegados de las comunas), debe constituir el primer acto de la democracia, cuya consecuencia sería la desapari-

ción de la forma tradicional de representación nacional. Por mi parte, tengo dudas. La historia moderna ha visto madurar infinidad de instituciones, cuyo ámbito se ha sustraído al control de las municipalidades y de las mismas regiones y provincias, como para poder prescindir antes de su completa reorganización, del control de las administraciones centrales. No considero que lo ideal sea la soberanía absoluta de las comunas, etc. La comuna es parte integrante de la nación ante la cual tiene tantos derechos como deberes. Como por ejemplo, no se puede asignar a la comuna un derecho incondicional y exclusivo sobre el suelo, mayor del que se le puede asignar al individuo. Los bienes nacionales, los bosques, los derechos fluviales, etc., pertenecen en última instancia a la nación y no a las comunas o a las regiones que son simples usufructuarios. Así pues, en una época de transición resulta indispensable precisamente, una representación en la que el interés nacional esté en primer plano y constituya el primer deber de los representantes y no el interés provincial o local. Pero al mismo tiempo las demás asambleas y representaciones irán adquiriendo una importancia cada vez mayor y por consiguiente, haya o no revolución, se irán reduciendo cada vez más las funciones de las representaciones centrales y con ellas los peligros que implican para la democracia estas representaciones. En los países más avanzados hoy día es muy escaso este peligro.

Aunque el problema no está tanto en criticar los diversos puntos de este programa, sino en poner de manifiesto qué tanto énfasis se da al autogobierno como condición preliminar para la emancipación social, cómo se señala en la organización democrática de base, la senda que debe seguirse para la realización del socialismo y cómo, en suma, los antagonistas Proudhon y Marx se encuentran nuevamente en el terreno del liberalismo.

Sólo el futuro podrá decirnos en qué forma las comunas y los demás cuerpos administrativos autónomos van a cumplir sus tareas en una democracia integral y en qué medida se echarán a cuestas estas tareas. Una cosa es segura: por sus experimentos serán mucho más precipitados y por lo mismo mucho más expuestos a los más espectaculares fracasos, entre más rápidamente tomen posesión de su libertad; y que por el contrario, entre más entrenada esté la democracia obrera en la escuela del autogobierno, su evolución será más cautelosa y apegada a la realidad y logrará mejor individualizar el bienestar de la colectividad.[48]

Por más simple que parezca a primera vista la democracia, no es tan fácil resolver sus problemas en una sociedad tan complicada como la nuestra. Basta leer nuevamente, en los escritos de Webb sobre la teoría de los sindicatos, cuántos experimentos se han tenido que hacer y se hacen todavía por parte de los sindicatos ingleses con el único objeto de encontrar una forma eficiente de administración y dirección y hasta qué punto su mismo destino depende del problema de la constitución interna. En este aspecto, los sindicatos ingleses empezaron con la forma más elemental de autogobierno y tuvieron que convencerse a través de la práctica de que esta forma sólo era adecuada para los

[48] [*N. del A.*] Se puede decir sin exagerar que el adiestramiento que la socialdemocracia alemana ha impartido, en el transcurso de los años, a sus miembros en los distintos campos del autogobierno libre y público, ha sido y sigue siendo muy útil para la actividad organizadora de la revolución alemana.

organismos más elementales, para las pequeñísimas asociaciones locales. Posteriormente, a medida que se desarrollaban, fueron aprendiendo gradualmente a renunciar a ciertas ideas muy apreciadas por el democratismo doctrinario (el mandato imperativo, el funcionario no remunerado, la falta de poderes de representación central) que paralizaban su desarrollo proficuo, y a elaborar una democracia eficiente con asambleas representativas, funcionarios retribuidos y una dirección central dotada de plenos poderes. Este fragmento de la historia de la evolución de la "democracia industrial" es sumamente ilustrativa. Aun cuando no todo lo que es válido para los sindicatos lo es para las unidades de los organismos administrativos nacionales, sin embargo, muchos de los aspectos de los primeros se aplican a los segundos. El capítulo del libro de Webb que trata de estos problemas es un fragmento de teoría de la administración democrática que, en muchos puntos concuerda con los argumentos de Kautsky en su libro sobre la legislación popular directa. La historia del desarrollo de los sindicatos nos indica en qué forma la administración ejecutiva central —su dirección política— puede ser un mero resultado de la división de trabajo, que se ha hecho necesaria debido a la extensión territorial del organismo y del número de sus adeptos. Puede ser que con el desarrollo socialista de la sociedad, esta centralización se convierta también un día en algo superfluo. Pero por lo pronto es inevitable aun en la democracia. Como ya se ha señalado desde el primer párrafo de este capítulo, es imposible para las comunas de las ciudades o de los centros industriales más grandes, asumir la gestión de todas las empresas productivas y comerciales locales. Del mismo modo es improbable por razones prácticas —para no hablar de razones de equidad que lo desaconsejan— que en el momento de una sublevación revolucionaria puedan *brevi manu* [rápidamente] "expropiar" en bloque dichas empresas. Pero aun cuando lo hicieran (en la mayoría de los casos se encontrarían con un puñado de moscas en la mano) se verían obligados a adjudicar gran parte de los negocios a las cooperativas, tanto a las cooperativas individuales como a las sindicales para que las administraran por cuenta propia de acuerdo a los criterios cooperativos.[13]

En todos estos casos, como también en lo que se refiere a los negocios individuales, habría que tomar en cuenta ciertos intereses de todas las diversas profesiones, y dar cabida cada vez más a la vigilancia de los sindicatos. Sobre todo en los períodos de transición, la presencia de una multiplicidad de órganos es de gran valor.

Pero no hemos llegado a *tanto* y no es mi intención presentar cuadros futuristas. No me interesa tanto lo que sucederá en un futuro lejano, sino lo que puede y debe suceder en el presente, en vistas al presente mismo y al futuro próximo. De ahí como conclusión de este discurso, la tesis, muy banal, de que la lucha por la democracia, y la formación de órganos políticos y económicos de la democracia sea la condición preliminar para la realización del socialismo. Pero a esta tesis podría objetársele que, en Alemania, las perspectivas de llevar a cabo el socialismo sin pasar por una catástrofe política son sumamente escasas

[13] Fácilmente puede suponerse con qué cúmulo de problemas. Piénsese en cuanto a la época moderna se refiere, en la masa de empresas combinadas que ocupan elementos de todos los oficios posibles.

sas y podría decirse que no existen, y que la burguesía alemana se vuelve cada vez más reaccionaria. Puede que sea cierto por el momento, aunque muchos acontecimientos indiquen lo contrario. Pero a largo plazo no es lo mismo. Lo que se conoce con el nombre de burguesía no es más que una clase muy compleja, formada por grupos sociales de toda especie con intereses muy heterogéneos y por lo mismo muy diversos. Estos grupos se mantienen unidos mientras todos ellos se vean oprimidos o amenazados. En nuestro caso puede tratarse naturalmente sólo de esta última posibilidad, es decir, que la burguesía forme una compacta masa reaccionaria porque todos sus elementos se sienten amenazados por la socialdemocracia, algunos en sus intereses materiales, otros en sus intereses ideológicos: en sus sentimientos religiosos, en su patriotismo, en el afán de evitarle al país los horrores de una revolución violenta.

Aunque no es necesario. Porque la socialdemocracia no los amenaza a todos como masa y no amenaza a ninguno personalmente, y no se entusiasma en realidad por una revolución violenta contra todo el mundo no proletario. Cuanto más se diga y se justifique esto con claridad, más pronto desaparecerá el miedo colectivo, ya que muchos elementos de la burguesía sienten que la amenaza viene de otra parte y prefieren afrontar la amenaza que gravita también sobre la clase trabajadora, más bien que contra los obreros y ser aliados de estos últimos que de los demás. Tal vez no se puede confiar. Pero se convertirán en malos aliados si se les dice: queremos ayudarles, queremos devorar al enemigo, pero inmediatamente después queremos devorarlos a ustedes. Y desde el momento que no se trata de una expropiación general, simultánea y violenta, sino de una gradual disolución legal y organizada, no perjudicaría la evolución democrática liberarse, aun en su forma de hablar, del mito de devorar, que ya es objetivamente obsoleto.

El feudalismo, con sus instituciones rígidas e inmóviles debió ser destruido casi en todas partes con la violencia. En cambio las instituciones liberales de la sociedad moderna se distinguen de aquéllas precisamente por su ductilidad, por su capacidad de transformarse y de desarrollarse. No es preciso destruirlas, sólo hay que desarrollarlas ulteriormente. Y para esto se requiere una organización y una acción enérgica, pero no necesariamente una dictadura revolucionaria. "Si el objeto de la lucha de clase es la abolición total de las diferencias de clase —escribía hace tiempo (octubre de 1897) un órgano socialdemócrata suizo, el *Vorwärts* de Basilea— es necesario, por consiguiente, admitir que habrá un período en que deberá empezar a realizarse este objetivo, este ideal. Pero este comienzo, estos períodos sucesivos, están ya en la base de nuestra evolución democrática y dicha evolución democrática nos ayuda a sustituir gradualmente la lucha de clase con la difusión de la democracia social, hasta absorberla en esta última." "La burguesía, cualesquiera que sean sus matices —declaraba recientemente el socialista español Pablo Iglesias—, debe convencerse de que no queremos adueñarnos violentamente del poder utilizando los mismos medios violentos y sanguinarios que ella empleó hace tiempo, sino a través de los medios legales consagrados por la civilización" (*Vorwärts*, 16 de octubre de 1898). El órgano principal del Partido obrero independiente inglés, el *Labour Leader*, ha utilizado el mismo tono al suscribir sin reservas las observaciones de Vollmar sobre la Comuna de París —y a ninguno se le antojará acusar a este diario de

tibieza en la lucha contra el capitalismo y los partidos capitalistas. Finalmente otro órgano de la democracia obrera socialista inglesa, el *Clarion*, ponía a continuación de la publicación de un extracto de mi artículo sobre la teoría del derrumbe, con la que estaba de acuerdo, el siguiente comentario.

Estoy seguro que formar una verdadera democracia es la tarea más urgente y esencial que tenemos por delante. Ésta es la lección que nos han dado nuestros diez años de lucha socialista. Ésta, la enseñanza que se desprende de todos mis conocimientos y experiencias sobre los asuntos políticos. Para que el socialismo resulte posible, debemos primero construir una nación de demócratas.

D. LAS TAREAS INMEDIATAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

> Tenga el valor de *mostrarse* como lo que es.
>
> SCHILLER, *María Estuardo*

1. *El problema de la defensa, la política exterior y la cuestión colonial*

Las tareas de un partido están determinadas por una multiplicidad de factores: por la situación objetiva en que se desenvuelve el desarrollo general dentro del campo económico, político, intelectual y moral, por la naturaleza de los partidos que acompañan o se oponen a este desarrollo, por la naturaleza de los medios de que dispone y por una serie de factores ideológicos subjetivos, entre los que ocupa un lugar destacado su objetivo general y su concepción del mejor camino para alcanzar dicho objetivo. Son muy conocidas las grandes diferencias que existen entre los distintos países en cuanto al primero de los factores indicados. Entre los países con un nivel de desarrollo industrial más o menos homogéneo existen también en la actualidad diferencias políticas muy importantes, y una gran diversidad de actitudes espirituales de la masa popular. La posición geográfica particular, los hábitos arraigados en la vida del pueblo, las instituciones superadas y las tradiciones de todo género, producen diferenciaciones ideológicas que sólo se doblegan lentamente al influjo de dicho desarrollo. Aun en aquellos lugares en los que los partidos socialistas han adoptado originalmente idénticas premisas como punto de partida de su acción, con el paso del tiempo, se han visto obligados a conformar su actividad a las situaciones específicas de su país. Por este motivo, en un momento determinado es ciertamente posible fijar algunos principios generales de la política de la socialdemocracia con la intención de hacerlos valer para todos los países, aunque no sea posible establecer un programa de acción válida del mismo modo para todos los países.

Como se señaló en el párrafo anterior, la democracia constituye una premisa para el socialismo mucho más importante de lo que se piensa ordinariamente, no sólo desde el punto de vista instrumental, sino también desde el punto de vista sustancial. Si no se contara con un determinado conjunto de

[...]nciones o tradiciones democráticas, sería imposible la existencia de la doc[...] socialista contemporánea. Existiría un movimiento obrero, pero no la [...]ldemocracia. El movimiento socialista moderno, cualquiera sea su defini[...] teórica, históricamente es un producto del influjo que han tenido sobre [...]gitaciones de los obreros industriales en pro del salario y del horario de [...]ajo, las ideas jurídicas surgidas durante la gran Revolución francesa y en[...]bradas por su conducto al nivel de validez universal. Agitaciones que se [...]bieran presentado aun sin el apoyo de dichas ideas, como ya anteriormente [...] sin ellas un comunismo popular que se remontaba al cristianismo primi[...]o.[44] Pero dado el carácter demasiado vago y el contenido más o menos místico [...]este comunismo popular, el movimiento obrero no tendría una cohesión [...]erna si no hubiera contado con la plataforma de las instituciones y concep[...]nes jurídicas que por lo menos en su mayoría constituyen un complemento [...]esario del desarrollo capitalista. Para dar una idea aproximadamente ade[...]ada, diremos que se trata de un fenómeno semejante al que presentan hoy día [...]unos países orientales. Una clase obrera privada de derechos políticos, crecida [...]a superstición y escasamente instruida puede insubordinarse de vez en cuan[...]y formar pequeños núcleos de conspiración, pero no llegará nunca a desarro[...] un movimiento socialista. Lo que se requiere para que un obrero que se [...]ela ocasionalmente se transforme en socialista, es un cierto grado de madurez [...]una conciencia jurídica bastante desarrollada. Por esta razón, los derechos [...]líticos y la instrucción aparecen siempre en el lugar de honor en el programa [...]cción socialista.

[N]o obstante, se trata de consideraciones completamente generales, ya que [...]escrito no es el lugar adecuado para discutir y valorar cada uno de los dis[...]os puntos del programa de acción socialista. Por lo que se refiere específica[...]ente a las reivindicaciones inmediatas del programa de Erfurt de la social[...]mocracia alemana, no siento la necesidad de sugerir modificaciones de nin[...]na especie. Como lo haría cualquier socialista, yo tampoco considero que [...]los los puntos del programa sean igualmente importantes y eficaces. Por [...]mplo, considero que reivindicar la administración judicial y la asistencia [...]al gratuitas, en las condiciones actuales, sólo es aconsejable dentro de límites [...]uy restringidos; si es cierto que hay que adoptar medidas que les permitan [...]fender sus propios derechos a los que no cuentan con medios para hacerlo, [...] hay una necesidad apremiante de endosar al estado los gastos de todos los [...]ocesos relativos a los conflictos de propiedad, ni de llevar a cabo la estatiza[...]ón integral de la abogacía. Sin embargo, debido a que los legisladores actua[...] aunque por otros motivos, no quieren saber nada de una medida de esta [...]pecie, y debido a que por otra parte una legislación socialista no tendría nin[...]ún efecto si no estuviera acompañada de una reforma radical del sistema [...]dicial o lo tendría sólo en razón de la creación de nuevas instituciones jurídi[...] como las anticipadas por ejemplo en las comisiones de arbitraje industrial,

[44] En los últimos años me sucedió (y creo que a otros también) que al final de una [...]nión política de obreros y artesanos que escuchaban por primera vez un discurso socialista, [...]e acercaran para decirme que lo que yo había dicho ya estaba contenido en la Biblia [...]ue podían citarme los pasajes correspondientes punto por punto.

dicha reivindicación puede mantenerse a título de denuncia de la evolución que se desea tener en dicho sector.

Respecto a las dudas que tengo sobre la eficacia de la reivindicación en su forma actual, ya las he expuesto claramente a partir de 1891 en un artículo sobre el proyecto de programa en discusión en ese entonces, en el que decía que el párrafo correspondiente decía "demasiado y demasiado poco" (*Die Neue Zeit*, IX, 2, p. 821). Forma parte de una serie de artículos que Kautsky y yo escribimos entonces en colaboración sobre las cuestiones programáticas y de esta serie, los tres primeros son casi exclusivamente obra de Kautsky mientras que el cuarto es mío. De este último he tomado dos pasajes que caracterizan el punto de vista que yo sostenía por aquel entonces respecto a la práctica de la socialdemocracia y que pueden testificar lo poco o mucho que ha cambiado mi actitud desde entonces:

Pedir simple y llanamente el sostenimiento a expensas del estado de todos aquellos que no tienen ingresos, significa remitir a las grandes arcas del estado no sólo a todos los que no pueden encontrar trabajo sino también a todos los que no quieren encontrarlo... Ciertamente no hay que ser anarquistas para darse cuenta de lo exageradas que son las constantes apelaciones al estado benefactor... Nosotros preferimos apelar al principio de que el proletariado moderno es pobre, pero no mendicante. En esta distinción existen miles de cosas, y en ella se basan la razón de nuestra lucha y la esperanza de nuestra victoria.

Proponemos sustituir la fórmula "*milicia popular a las filas del ejército permanente*" por la de "*transformación del ejército permanente en milicia popular*". Por esta razón esta última, al fijar su objetivo deja mano libre al partido en el momento actual en que no es totalmente factible la disolución del "ejército permanente, para pedir por lo pronto una serie de medidas que al menos reduzcan lo más posible el contraste entre el ejército y el pueblo, como por ejemplo, la abolición del tribunal militar, la reducción de la duración del servicio militar, etcétera, etcétera" (pp. 819, 824, 825).

Considerando que la alternativa del "*ejército permanente o milicia*" se ha convertido recientemente en objeto de acaloradas discusiones, es oportuno formular algunas observaciones sobre este argumento.[45]

[45] [*N. del A.*] Todas las afirmaciones siguientes ya han sido superadas por la guerra mundial, por la fundación de la Sociedad de las naciones y por las condiciones de paz impuestas a Alemania. Sin embargo, las he conservado porque han servido de base a apasionadas controversias y porque sigo manteniendo hasta ahora el mismo punto de vista que expresan. Mi actitud durante la guerra mundial puede atestiguar ampliamente la escasa relación que guarda esto con cualquier concepción de corte nacionalista. Sin embargo, me veo obligado a manifestar que esta actitud —el rechazo de los créditos de guerra, etc.— no tenía nada que ver con una indiferencia por la suerte del pueblo alemán. El desencadenamiento de la guerra mundial fue un delito que afectó tanto al pueblo alemán como a otros pueblos. No obstante, el interés principal del pueblo alemán consistía en darle a la democracia extranjera la prueba de que en su seno todavía existían personas que mantenían una actitud firme contra la política bélica del gobierno imperial. Inútil es decir que yo, como socialista, considero que la Sociedad de las naciones, cuando se convierta en realidad, será la mejor garantía de una solución pacífica de las cuestiones que hasta ahora los tratados de equilibrio, la carrera del desarme, etc., sólo han podido privar temporalmente de su peligrosidad para la paz. Lo principal es que la Sociedad de las naciones se convierta realmente en lo que su nombre indica. No conserva todavía su esencia, sino únicamente su forma y ésta de manera todavía defectuosa. Un político socialdemócrata reformista que esté de acuerdo con la idea fundamental de este libro deberá fijarse como objetivo consolidarla, trabajar por eliminar sus defectos y llenar sus lagunas. Podrá tener este objetivo también por el hecho de que, a medida que desaparece la guerra del reino de la probabilidad, resulta más fácil solucionar los problemas que en la tradición y en la parte subsistente de la oposición entre las naciones, constituían antinomias insuperables.

El tratado de paz impuesto a Alemania acentúa el problema de la estructura y de la formación del ejército, porque sólo permite la conservación de un ejército de reclutamiento tan modesto en sus dimensiones que no serviría ni siquiera para una guerra con la pequeña Bélgica. Los que como yo están convencidos de que no hay nada más funesto para el pueblo alemán que verse envuelto en una nueva guerra, no tendrán ningún reparo en quitarle a este pueblo, al que los nacionalistas sin escrúpulos calientan la cabeza con la idea de una guerra de venganza, toda ilusión sobre la posibilidad de una guerra de esta especie. Todos los esfuerzos tanto físicos como espirituales deben dedicarse a la obra de la paz. Los medios me parecen poco adecuados para producir el efecto psicológico que se proponen. La mentalidad militarista puede desarrollarse ahí donde se concilia la educación a la capacidad defensiva mientras que esta última puede desarrollarse sin degenerar necesariamente en el militarismo.

Ante todo me parece que el problema formulado de esta manera, está mal planteado. Habría que decir: ejército gubernamental o ejército popular. En ese sentido quedaría claro y libre de equívocos el aspecto político del problema. ¿El ejército debe ser un instrumento de los gobernantes o la defensa armada de la nación; debe recibir órdenes de la corona o de la representación popular; debe jurar fidelidad a cualquier persona que esté al frente de la nación o a la constitución y a la representación popular? A ningún socialdemócrata le deben caber dudas sobre la respuesta. Claro que no siendo socialista la representación popular, ni democrática la constitución, siempre se podrá echar mano de un ejército sometido a la representación popular, para oprimir, cuando se presente la oportunidad, a las minorías o a las mayorías efectivas que en el parlamento son minorías. Sin embargo, mientras una parte de la nación esté sometida a las armas y se vea obligada a obedecer a la representación nacional del momento, no existirá ninguna fórmula que pueda utilizarse contra esta posibilidad. Dada la técnica actual, el mismo llamado "armamento general del pueblo" no representaría, en mi opinión, más que una defensa ilusoria contra el poder armado organizado, a menos que la oposición misma a este último poder le diera al pueblo una garantía contra la opresión —aunque esto sucede cada vez con más frecuencia al extenderse la obligación militar a todos—, sólo causaría en cada ocasión víctimas inútiles por ambas partes. Sin embargo, en los casos en que fuera necesario no se establecería por motivos políticos; y en los casos en que fuera posible obtenerlo, sería superfluo. Considerando que yo auguro una generación fuerte y sin temores, no considero que el armamento general del pueblo sea un ideal socialista. Afortunadamente nos estamos acostumbrando cada vez más a dirimir las diferencias políticas con métodos distintos de los tiroteos.

Esto, por lo que respecta al aspecto político del problema. En cuanto al aspecto técnico (adiestramiento, duración del servicio militar, etc.), confieso abiertamente que no tengo los conocimientos técnicos suficientes para poder emitir un juicio definitivo. Los ejemplos de épocas pasadas, que nos llevarían a preferir ejércitos adiestrados rápidamente (guerras revolucionarias, guerras de liberación), no se pueden transferir de una manera pura y simple a las condiciones totalmente distintas de la técnica bélica actual, ni tampoco creo que las re-

cientes experiencias tenidas con los voluntarios en las guerras greco-turcas e hispano-americanas, sean aplicables, dadas las posibilidades con que cuenta Alemania. Aunque estoy de acuerdo que en nuestros ambientes se exagera o se encuentra donde no está el "peligro ruso", considero sin embargo que un país cuya inmensa mayoría de la población está formada por campesinos totalmente desprovistos de voluntad y conciencia política constituye un peligro permanente para sus vecinos. En ese caso debería uno contar con la posibilidad de llevar la guerra lo más rápidamente posible al territorio enemigo y librarla en ese mismo lugar, ya que en los países modernos una guerra en el propio terreno constituye la mitad de la derrota. Se trata, pues, de saber si un ejército miliciano tiene la rapidez en el ataque, la seguridad y la cohesión que garanticen dicho resultado o si para lograrlo han de prolongar el período de adiestramiento bajo las armas por el tiempo que sea necesario. A este propósito, creo que se puede afirmar con seguridad únicamente lo siguiente: que con una adecuada preparación de la juventud en la defensa y con la eliminación de los residuos y de la herencia del fetichismo militarista se puede reducir considerablemente el período de reclutamiento sin perjuicio del potencial defensivo de la nación. Naturalmente que en ese caso mucho depende de la buena voluntad de los actuales jefes del ejército, aunque la representación popular puede contribuir desde ahora a reforzar esta buena voluntad, manteniendo al mismo tiempo el equilibrio militar. Como sucedió con la legislación de la fábrica, también en este sector, conseguir una reducción del período de reclutamiento daría la posibilidad de hacer muchas cosas que una mentalidad miope y los intereses particularistas consideran "imposibles" en la actualidad. De tal manera que —en la medida en que se dé importancia al mantenimiento de una fuerza armada tanto de ataque como de defensa— el problema principal, junto con la indispensable modificación de la ubicación política del ejército, no consistirá tanto en ver si se necesita o no una milicia, sino, más bien, en qué reducción del período de reclutamiento puede hacerse inmediatamente y cuál en forma gradual más tarde, sin dejar a Alemania en condiciones de inferioridad ante los estados limítrofes.

Pero la socialdemocracia, como partido de la clase obrera y de la paz, ¿tiene algún interés en mantener el potencial defensivo de la nación? Existen diversas razones por las que uno se vería inclinado a responder negativamente, sobre todo si se toma en cuenta como punto de partida la afirmación del *Manifiesto comunista* de que "el proletario no tiene patria". Sin embargo, esta afirmación podría ser válida cuando mucho para los obreros de los años cuarenta en que estaban desprovistos de derechos políticos y se veían excluidos de la vida pública; pero actualmente ya ha perdido gran parte de su veracidad, a pesar del enorme desarrollo de las relaciones recíprocas entre las naciones, y seguirá perdiendo aún más a medida que el obrero deje de ser proletario para convertirse en ciudadano. El obrero que en el estado, en las comunas, etc., es elector con iguales derechos y participa en el bien común de la nación; el obrero cuya comunidad educa a sus hijos y protege su salud, del mismo modo que le proporciona una seguridad contra los infortunios —este obrero tendrá incesantemente una patria por el hecho de ser ciudadano del mundo, del mismo modo que las naciones se acercan entre sí cada vez más sin perder su propia individualidad. Sería muy cómodo que los hombres hablaran algún día la misma

…ta. No es de ninguna manera deseable la disolución completa de las naciones ni tampoco es de esperarse en el futuro de la humanidad. No es deseable que una de las grandes naciones civilizadas pierda su independencia, como tampoco puede quedar indiferente la socialdemocracia ante el hecho de que la …ión alemana, que ha contribuido y sigue contribuyendo honestamente a …vilización de las naciones, quede abandonada en el consenso de las naciones.

Actualmente se habla mucho de la conquista del poder político por parte de la socialdemocracia; y por lo menos, a juzgar por la fuerza que ha adquirido en Alemania, no es imposible que una serie de acontecimientos políticos la …n en breve tiempo a asumir un papel decisivo en el país. Pero, precisamente en vista de tal eventualidad, y considerando la distancia que todavía separa a … pueblos vecinos de esta meta, la socialdemocracia debería asumir un carácter …ional, siguiendo el ejemplo de los Independientes de la revolución inglesa y de los Jacobinos de la francesa. Ésta es una condición indispensable para …ntener su poder. Debe confirmar su aptitud de partido dirigente y de clase …igente, actuando a la altura de la tarea de salvaguardar, con la misma firmeza los intereses de clase y el interés nacional.

Si escribo esto, no es por un capricho chovinista —que en mi caso realmente … gratuito—, sino únicamente con la intención de analizar objetivamente … deberes que le incumben a la socialdemocracia a partir del día en que se …uentre en una situación semejante. Siempre consideré y sigo considerando … internacionalismo como un valor prominente y no creo haberlo atacado en …odo alguno con los principios que he expuesto en las páginas anteriores. La …cialdemocracia podría obstinarse en una actitud meramente crítica ante los …blemas políticos nacionales sólo en el caso en que se limitara a la propaganda …trinal y a la experimentación socialista. Sin embargo, la acción política por sí misma constituye un compromiso con el mundo no socialista y obliga en principio a tomar medidas que no son socialistas. No obstante, el movimiento na…nal poco a poco se volverá socialista lo mismo que el movimiento municipal. …bemos muy bien que en la actualidad existen, dentro de los estados democrá…os, socialistas que prefieren llamarse nacionalistas y que hablan sin ningún …mor de la nacionalización del suelo, etc., en lugar de limitarse a hablar de …cialización que es una forma de expresarse mucho más indeterminada y que … más la idea de que se quiere corregir el término en lugar de profundizarlo.

De estas observaciones se desprende, en principio, la idea directriz que debe …iar en la situación actual la actitud de la socialdemocracia ante los proble…as de la *política exterior*. A pesar de que el obrero no es todavía un ciuda…ano con plenos derechos, sin embargo, no está tan desprovisto de derechos tal como para que le sean indiferentes los intereses nacionales. Y a pesar de que la …cialdemocracia no está todavía en el poder, sin embargo, asume ya una posi…ión de poder que le impone ciertas obligaciones. Su voz pesa considerablemente en la balanza. Dada la composición actual del ejército y la absoluta incertidum…re sobre el efecto moral de la artillería de pequeño calibre, el gobierno lo …nsará mucho antes de arriesgarse a una guerra en la que tenga como adver…rio decidido a la socialdemocracia. No es necesario que la socialdemocracia …da a la huelga general para poder expresar una opinión muy importante, … no es que decisiva, a favor de la paz; y lo hará siempre con toda la energía

que sea necesaria y posible, como lo dicta el antiguo lema de la Internacional. E intervendrá también, como lo dicta su programa, en los casos en que surjan conflictos con otras naciones y no sea posible un entendimiento directo para llegar a una solución arbitral de las divergencias. Sin embargo, no hay nada que la obligue a renunciar a la salvaguardia de los intereses presentes y futuros de Alemania, si los chovinistas ingleses, franceses y rusos se escandalizaran de las medidas tomadas al respecto, o por el hecho de que así lo hicieran. En el caso en que por parte de los alemanes no se trate simplemente de ideas fijas o de intereses particulares de ciertas esferas, sin importancia o hasta nocivas para el bienestar del pueblo; y en el caso en que realmente estén en juego importantes intereses de la nación, el internacionalismo no puede ser pretexto para una dócil condescendencia con las pretensiones de los intereses extranjeros.[46]

No es mi intención proponer aquí una nueva concepción. Tan sólo pretendo resumir una metodología que sirve de base a casi todas las declaraciones de Marx, Engels y Lassalle sobre los problemas de la política exterior. Cosa que, por otra parte, no equivale a sugerir que se adopte una actitud peligrosa para la paz. Actualmente las naciones no entran tan fácilmente en guerra, y en algunos casos, una actitud firme puede prestar mejores servicios a la paz que una condescendencia sistemática.

Muchos consideran que la doctrina del equilibrio europeo ha sido superada, y en su forma antigua sí lo es. Pero modificando su forma, el equilibrio de las potencias desempeña todavía un importante papel en la solución de los conflictos internacionales. En ciertos casos, la atenuación o el fracaso de determinadas medidas depende, sin embargo, de la fuerza de coalición de las potencias que la apoyan. Ahora bien, considero legítimo el esfuerzo de la política imperial alemana por asegurarse en casos como éste el derecho a coparticipar en las decisiones y exagerada, para las tareas de la socialdemocracia, la oposición de principio a las medidas que de ahí se derivan.

Pongamos un ejemplo concreto. La adquisición de la bahía de Kiaocheu fue criticada duramente por la prensa socialista alemana de su época. Mientras la crítica se redujo a las circunstancias en que se llevó a cabo la adquisición, la prensa socialdemocrática estaba en su derecho y tenía la obligación de hacerlo. Igualmente justa fue la oposición decidida a una política, directa o indirecta, de repartición de China, porque dicha política no entraba de ninguna manera en los intereses de Alemania. Pero no puedo estar absolutamente de acuerdo con algunos periódicos que llegan al punto de afirmar que el partido debía condenar en principio de manera incondicional la adquisición de la bahía.

El pueblo alemán no tiene ningún interés en que se reparta China. Alemania se contenta con un pedazo del Imperio en cuestión. El pueblo alemán tiene, no obstante, un interés enorme en que China no se convierta en botín de otras naciones; tiene un interés enorme en que la política comercial de China no quede subordinada al interés de una nación extranjera en particular o de una coalición de potencias extranjeras; en una palabra, tiene un interés

46 [N. del A.] Se me han echado en cara estas afirmaciones en su época como concesión de tinte chovinista alemán, para decir más tarde que mi actitud durante la guerra mundial era contradictoria. Aunque el problema que se plantea no es el de la guerra y la paz, sino el de la política exterior de la socialdemocracia en tiempos de paz.

enorme en que Alemania tenga derecho a coparticipar en todas las decisiones que se refieren a los problemas de China. Su comercio con China depende de su derecho de veto. Si la adquisición de la bahía de Kiaocheu es un medio para asegurar y reforzar este derecho de veto —y será difícil negarlo—, considero que esto constituye para la socialdemocracia un motivo válido para no ejercer una oposición prejuiciosa. Dejando a un lado el modo en que se llevó a cabo la adquisición y las piezas oratorias que lo acompañaron, puede afirmarse con seguridad que fue el peor golpe que ha dado la política exterior alemana.

El problema consiste en garantizar la libertad de comercio con China y en China. Ya que no cabe la menor duda de que aun sin esta adquisición, China se vería atraída cada vez más a la esfera de la economía capitalista, y de que también sin aquélla, Rusia habría seguido su política de cercamiento y en la primera ocasión que se le presentara habría ocupado los puertos de la Manchuria. Se trataba simplemente de saber si en ese entonces Alemania debía cruzarse de brazos viendo de qué manera China, a través de una serie de hechos consumados, caía cada vez más en la dependencia de Rusia, o debía asegurarse una posición que le permitiese influir constantemente aun en situaciones normales el ordenamiento de los asuntos de China, o tenía que contentarse con formular protestas tardías. En ese sentido, y por encima del significado oficial que se le quería dar, la ocupación de la bahía de Kiaocheu se reducía y se reduce a la adquisición de una garantía para los intereses futuros de Alemania en China, y en este sentido, podría aprobarlo también la socialdemocracia, sin faltar en lo más mínimo a sus principios.

Sin embargo, dada la irresponsabilidad con que se ha desarrollado la política exterior alemana, el problema no consiste en dar un apoyo positivo a dicha política, sino en dar una justificación racional a la actitud negativa de la socialdemocracia. Sin una garantía de que tales empresas no se utilizarán, sobrepasando la representación popular, para fines distintos de los previstos —por ejemplo, para lograr un pequeño éxito inmediato que comprometa mayores intereses futuros—, sin tales garantías, la socialdemocracia no puede asumir la responsabilidad de las medidas de política exterior.[47]

Como es obvio, las directivas desarrolladas aquí a propósito de la posición que deben asumir en cuestiones de política exterior, se acercan mucho a la actitud observada en la práctica por la socialdemocracia. No me corresponde decir hasta qué punto dichas directivas en sus premisas fundamentales coinciden con la línea teórica que domina en el partido.

Generalmente en estas cosas la tradición desempeña un papel mucho más importante de lo que nos imaginamos. Forma parte de la naturaleza de todos los partidos progresistas dar poca importancia a los cambios sucedidos. Su principal atención se dirige constantemente a lo que todavía no ha cambiado. Con determinados fines —como cuando se trata de establecer objetivos— esta

47 [N. del A.] Para valorar en su justa dimensión el discurso anterior, hay que recordar que cuando escribí estas cosas, es decir, en el invierno de 1898-1899, parecía que China, agotada por la derrota sufrida ante Japón y sacudida por los desórdenes internos, debía caer bajo el dominio de la Rusia zarista. Pero debo admitir que menosprecié el influjo del inevaluable capricho de un monarca sobre la política exterior alemana.

tendencia está plenamente justificada y es útil. Pero una vez que han sido dominados por esta tendencia, dichos partidos terminan también por ceder fácilmente a la costumbre de perseverar, más de lo que es necesario y útil, en juicios tradicionales cuyas premisas han cambiado considerablemente. Al descuidar o sobrevalorar estas modificaciones, van cada vez más en busca de hechos que hagan aparecer a pesar de todo esos juicios como exactos, en lugar de preguntarse si, en base a ese conjunto de hechos, el juicio no se ha transformado más bien en un prejuicio.

Tengo la impresión de que ese apriorismo político se encuentra presente también cuando se plantea el *problema de las colonias.*

En principio, un éxito eventual o un fracaso de las nuevas colonias es, en la actualidad, completamente indiferente para el socialismo o para el movimiento obrero. La suposición de que la extensión de las colonias entorpece la realización del socialismo, se basa en última instancia en la idea ya envejecida de que la realización del socialismo depende de la creciente reducción de la esfera de los poseedores y del empobrecimiento progresivo de las masas. En los capítulos anteriores he demostrado que la creciente reducción de la esfera de los poseedores es una fábula; en cuanto a la teoría del empobrecimiento ésta ha sido abandonada en términos generales, si no es que con todas sus consecuencias y explícitamente se la ha reducido a una interpretación lo más metafórica posible.[48] Pero aun en el caso en que fuera exacta, las colonias que actualmente le interesan a Alemania no tienen la más mínima posibilidad de influir tan rápidamente en la situación social metropolitana como para poder frenar,

[48] En su artículo sobre la teoría del derrumbe, H. Cunow hace un intento parecido de interpretación metafórica. Si Marx, escribe, al final del primer Libro de *El capital* habla de la creciente "masa de la miseria" ocasionada por el progreso de la producción, con esto habría que entender "no un mero retroceso absoluto de las condiciones económicas del trabajador", sino "únicamente un retroceso de su situación social en conjunto en relación con el progreso del desarrollo civil, es decir, en relación con el aumento de la producción y la maduración de las necesidades civiles generales". El concepto de miseria no sería un concepto rígido. "Lo que para el obrero de una determinada categoría que está separado del 'patrón de su trabajo' por una profunda diferencia, resulta ser un nivel que hay que alcanzar, para el obrero calificado de otra categoría que tal vez es superior espiritualmente a su 'patrón de trabajo', puede resultarle como masa de miseria y de opresión, tan grande que despierte su indignación y su rebelión" (*Die Neue Zeit*, XVII, 1, pp. 402-403).

A pesar de que Marx no habla en el pasaje citado únicamente de la masa creciente de la miseria y de la opresión, sino también de la masa creciente de "la servidumbre, de la degeneración, de la explotación". ¿También esto debemos entenderlo en el citado sentido pickwickiano, y asumir que existe una degeneración sólo relativa del obrero en relación con el aumento de la civilización general? Yo no lo veo así, ni tampoco Cunow. No, en el pasaje en cuestión Marx se expresa en términos completamente positivos: "*una disminución constante en el número de los magnates capitalistas* que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de trastocamiento, se acrecienta la masa de miseria, de opresión", etc., etc. (K. Marx, *El capital*, I/3, p. 953). La teoría del derrumbe se puede basar en esta contraposición, pero no en la superioridad de la miseria moral sobre los superiores espiritualmente inferiores, es decir, en una situación que es propia de los escribas de todas las organizaciones jerárquicas.

Entre paréntesis, para mí constituye una pequeña satisfacción ver cómo Cunow logra conciliar con la realidad las afirmaciones en que se basa la teoría del derrumbe, con sólo hacer desaparecer de improviso a los obreros de las diversas categorías con ideas sociales radicalmente diferentes. ¿Son también éstos, "obreros ingleses"?

aunque sea por un solo año, el eventual derrumbe económico. Desde este punto de vista, la socialdemocracia alemana no tendría ninguna razón para temer la política colonial del Imperio alemán. Y si es así, si el desarrollo de las colonias conquistadas por Alemania (y esto puede aplicarse también a las que eventualmente pueda adquirir todavía) requiere un tiempo tan largo que excluye durante muchos años todavía una reacción considerable sobre la situación económica de Alemania, la socialdemocracia puede, por estas razones, plantearse el problema de estas colonias sin tomar partido. También hay que excluir la posibilidad de una reacción seria de las posesiones coloniales sobre las relaciones políticas de Alemania. El chovinismo de la marina, por ejemplo, está, sin duda, íntimamente vinculado con el chovinismo colonial y, en cierto modo, se nutre de él. Aunque no lo necesita para existir, ya que Alemania tuvo una marina mucho antes de que pensara en la adquisición de colonias. Sin embargo, hay que reconocer que la existencia de este vínculo da pie a una mejor justificación de una oposición radical a la política colonial.

Existen mil motivos para exigir, antes de proceder a la adquisición de colonias, un cuidadoso examen de su valor y de las perspectivas que ofrecen y un control riguroso de su administración; pero no existe un solo motivo para considerar la adquisición misma como algo que hay que rechazar en forma apriorística. La posición política de la socialdemocracia, dictada por el actual sistema de gobierno, le impide asumir ante estos problemas una actitud que no sea de crítica; en cuanto al problema de si Alemania tiene actualmente necesidad de colonias, se puede responder con toda razón negativamente, en lo que respecta a las colonias que faltan por adquirir. Aunque el futuro también tiene derechos sobre nosotros. Si consideramos que Alemania importa en la actualidad cada año una enorme cantidad de productos coloniales, debemos preguntarnos también qué sucedería en el momento en que fuera deseable poder traer de nuestras colonias una parte por lo menos de estos productos. Podemos soñar todo lo que queramos sobre la rapidez del proceso de desarrollo de Alemania, aunque no podemos hacernos ilusiones sobre el hecho de que en toda una serie de otros países se requiere todavía mucho antes de que pasen al socialismo. Pero si no es vergonzoso explotar los productos tropicales, no puede ser vergonzoso tampoco cultivar esos productos por cuenta propia. El elemento decisivo no es el "si" sino el "cómo". No sólo no es necesario que la ocupación de las tierras tropicales por parte de los europeos perjudique la vida de los indígenas, sino que ni siquiera ha sucedido hasta ahora. Además puede reconocerse sólo un derecho condicionado de los salvajes sobre los territorios ocupados por ellos. La civilización superior tiene, en última instancia, también un derecho superior. No la conquista sino el cultivo del suelo es lo que crea el título jurídico histórico a su utilización.[49]

En mi opinión, éstos son los criterios básicos que deberían regir la posición de la socialdemocracia en sus problemas de política colonial. Y no introducen, en la práctica, ninguna modificación de importancia en la actitud parlamenta

[49] "Ni siquiera toda una sociedad, una nación o, es más, todas las sociedades contemporáneas reunidas, son propietarias de la tierra. Sólo son sus poseedoras, sus usufructuarias, y deben legarla mejorada, como *boni patres familias* a las generaciones venideras" (K. Marx, *El capital*, III/8, p. 987).

ria del partido; pero, repito, el problema no consiste sólo en saber cómo se votará en esta ocasión, sino también cómo se justificará este voto.

Dentro de la socialdemocracia hay personas que consideran como chovinismo o como atentado al internacionalismo o a la política de clase del proletariado cualquier intervención en favor de los intereses nacionales. Del mismo modo que Domela Nieuwenhuis tachó de chovinismo la conocida declaración de Bebel en el sentido de que, en caso de agresión por parte de Rusia, la socialdemocracia pondría su gente al servicio de la defensa de Alemania, recientemente el señor Belfort Bax descubrió, en una declaración análoga de H. M. Hyndmann, un ejemplo de deplorable *jingoísmo*.[50] Hay que admitir que no siempre es fácil definir la línea de demarcación, más allá de la cual la representación de los intereses de la propia nación deja de ser legítima y degenera en patriotismo agresivo; aunque el remedio contra las exageraciones de una parte no está ciertamente en lo que tiene de exageración la otra. El remedio hay que buscarlo más bien en el continuo intercambio de ideas entre los demócratas de los países civilizados y en el apoyo a todos los factores y las instituciones que actúan en favor de la paz.

Pero volvamos al problema de las reivindicaciones inmediatas del programa del partido. Si algunas de estas reivindicaciones no se han puesto nunca hasta ahora o sólo se han puesto en forma de reformas parciales, en el orden del día de la agitación y de la acción parlamentaria del partido, se han establecido en cambio objetivos mucho más avanzados en otras reivindicaciones que se refieren a las exigencias del programa. Para los casos en que esto exija la prohibición del trabajo industrial para los niños menores de catorce años, el congreso para la protección del trabajo organizado en Zurich en 1897, fijó 15 años como límite mínimo para el trabajo de los niños, cosa que para muchos socialistas es demasiado poco. Por mi parte estoy convencido de que en las circunstancias actuales no es posible considerar esta extensión como un mejoramiento. Una vez delimitado el tiempo de trabajo, de acuerdo con lo que soporta el físico juvenil sin sufrir daños, y una vez dejado el tiempo libre suficiente para el juego, la recreación y la educación, el principio del trabajo productivo para los jóvenes que han cumplido los catorce años no es un mal tan grande que requiera una prohibición general. Todo depende de la naturaleza y de las condiciones de trabajo, como lo reconoce en principio la misma legislación que prohíbe la ocupación de trabajadores jóvenes en algunas ramas particulares de la industria, mientras que en otras señala con precisión la duración permitida de la jornada de trabajo. En esta ulterior elaboración de esta reglamentación y en el perfeccionamiento de la instrucción es donde yo veo el desarrollo racional de la protección de la juventud, y no en el establecimiento mecánico de los límites de edad para el trabajo industrial.

[50] Hyndmann sostiene enérgicamente la idea de que Inglaterra, para garantizarse el aporte de los bienes alimenticios, tenía necesidad de una flota de guerra capaz de afrontar cualquier coalición enemiga: "Nuestra existencia como nación de hombres libres depende de nuestro dominio de los mares. No puede decirse lo mismo de ningún otro pueblo contemporáneo. A pesar de que nosotros como socialistas somos enemigos, por una necesidad natural, de los armamentos, debemos con todo mirar de frente a la realidad" (*Justice*, 31 de diciembre de 1898).

Por otra parte, existe un reconocimiento general de la vinculación que hay entre este problema y el problema de la escuela. Si deseamos obtener resultados satisfactorios, es preciso controlar el problema del trabajo juvenil a partir de la escuela y relacionarlo con esta última.[51] Siempre y cuando el trabajo industrial perjudique la asistencia sanitaria y las tareas educativas de carácter moral e intelectual de la escuela, habrá que prohibirlo; de otra manera, cualquier prohibición general que se refiera aun a las clases de edad que ya están fuera de la obligación escolar, será rechazada decididamente. Está totalmente equivocado el hecho de introducir en este problema una serie de preocupaciones económicas, como la limitación de la producción y la competencia obrera. Sería mejor tener siempre presente que el trabajo productivo o, usando una expresión menos equívoca, el trabajo socialmente útil tiene un alto valor educativo y que, por consiguiente, no se lo puede considerar —aunque no fuera más que por este motivo— como una cosa que hay que combatir en sí misma.

Mucho más importante que el problema de la insistencia en las reivindicaciones ya inscritas en el programa, es en la actualidad el de la *complementación* del programa del partido. A este propósito, la práctica ha puesto al orden del día toda una serie de cuestiones que, en el momento de elaborar el plan, se consideraron en parte todavía demasiado lejanas como para que la socialdemocracia debiera ocuparse de ellas en forma específica, y en parte se consideraron insuficientes en su alcance. Y ellas son: la *cuestión agraria*, el problema de la *política comunal*, el *problema de las cooperativas* y algunas cuestiones de *derecho del trabajo*. El gran desarrollo que experimentó la socialdemocracia en los diez años transcurridos desde la redacción del programa de Erfurt, su influjo en la política interna de Alemania, sumados a las experiencias de otros países, han hecho impostergable la profundización de todos estos problemas, al mismo tiempo que muchas de las opiniones al respecto que por aquel entonces dominaban han sido rectificadas sustancialmente.

La cuestión agraria

Por lo que respecta a la *cuestión agraria*, hasta los que consideran que la economía campesina está destinada a la ruina, han modificado considerablemente

[51] En un escrito titulado *Cómo hacer*, un ingeniero inglés, John Richardson, miembro de la Federación socialdemocrática, elaboró un plan para la realización del socialismo, conforme al cual se debía hacer que la escuela fuera obligatoria y gratuita hasta los veintiún años. Sin embargo, de los catorce en adelante debían dedicarse cuatro horas diarias al trabajo productivo, y de los diez y nueve años en adelante, seis horas. Hasta aquí y en otros muchos puntos del plan, a pesar de que las dificultades económicas del asunto estaban subestimadas, funciona de una manera perfectamente racional. "Para que una reforma social logre sus efectos —escribe el autor— debe obedecer a las siguientes condiciones: primero, debe ser posible, es decir, debe tomar en cuenta la naturaleza humana tal cual es y no como debería ser; segundo, no debe intentar una transformación violenta e improvisada del ordenamiento de la sociedad; tercero, sus efectos, durante su aplicación gradual, deben ser siempre inmediatos y seguros; cuarto, debe, una vez introducida, tener efectos duraderos y funcionar automáticamente; quinto, su acción debe corresponder a las exigencias de justicia y su realización a las de templanza; sexto, debe ser elástica, es decir, permitir constantemente la ampliación, la modificación y el perfeccionamiento" (*How it can be done, or constructive socialism*, Londres, The Twentieth Century Press).

sus previsiones sobre el lapso que se requerirá para que ésta se lleve a cabo. En los recientes debates que ha debido sostener la socialdemocracia sobre la política agraria, ciertamente se han presentado todavía considerables divergencias de opinión sobre este punto, aunque se refieren principalmente a la cuestión de qué si así fuera menester, hasta qué punto debería la socialdemocracia alinearse al lado del campesino en cuanto tal —es decir, en cuanto empresario agrícola autónomo— en contra del capitalismo.

Es más fácil plantear esta cuestión que darle solución. El hecho de que la gran masa de los campesinos, aun cuando no sean obreros asalariados, pertenezcan a las clases trabajadoras —es decir, no obtengan su subsistencia de un simple título de propiedad o de un privilegio de nacimiento—, los aproxima inmediatamente a la clase de los asalariados. Por otra parte, los campesinos representan en Alemania una fracción tan importante de la población que, en muchas circunscripciones electorales, sus votos sirven para decidir entre los partidos capitalistas y los partidos socialistas. Si la socialdemocracia no quisiera o no quiere limitarse a ser un partido obrero, en el sentido de constituir sustancialmente una mera integración política del movimiento sindical, debe preocuparse por interesar en la victoria de los propios candidatos por lo menos a una gran parte de los campesinos. Por lo que respecta a la masa de pequeños campesinos, esto se logra, a la larga, únicamente al luchar por una serie de disposiciones que mejoren las perspectivas para un futuro inmediato y les den facilidades inmediatas. Sin embargo, la legislación no puede hacer distinciones dentro de la multiplicidad de disposiciones que se toman al respecto, entre un campesino pequeño y uno mediano, y además, no puede ayudar al campesino como ciudadano del estado y como trabajador, sin sostenerlo por lo menos indirectamente también como "empresario".

Esto ya está considerado entre otras cosas en el programa de política agraria socialista que Kautsky formuló al final de su ensayo sobre la cuestión agraria titulado "La neutralización del campesinado". Kautsky demuestra de manera convincente que, aun después de una victoria de la socialdemocracia, esta última no tendría ningún motivo para exigir la eliminación de la propiedad campesina; pero también se presenta al mismo tiempo como un decidido adversario de los que apoyan ciertas disposiciones o presentan ciertas reivindicaciones que se orientan a la "protección del campesino" en el sentido de mantener con vida artificialmente al campesino en cuanto empresario. Propone y considera admisible apoyar toda una serie de reformas orientadas al alivio de las comunas rurales y al aumento de sus fondos de ingreso. Pero, estas medidas, ¿a cuál de las clases beneficiarían principalmente? Según Kautsky, beneficiarían a los campesinos. Ya que, como señala en otra parte de su obra, ni siquiera en un régimen de sufragio universal es posible hablar de un influjo serio del proletariado agrícola sobre las cuestiones comunales, porque en el campo está demasiado aislado, demasiado atrasado, demasiado dependiente de los pocos dadores de trabajo que lo controlan. "No se puede imaginar aquí una política que no esté dentro de los intereses de la propiedad del suelo, como tampoco se puede pensar siquiera en la actualidad en una agricultura moderna realizada por la comuna ni en un gran negocio agrícola cooperativo administrado por la comuna rural" (K. Kautsky, *La cuestión agraria*, México, Siglo XXI, 1977, p. 380). Dando por

descontada esta situación y durante todo el tiempo que siga subsistiendo, es evidente que una serie de medidas como "la incorporación en las comunas rurales de las reservas de caza de la gran propiedad del suelo", "la asignación al estado de los gastos para las escuelas, para los pobres y para las vías de comunicación", seguirían mejorando la situación económica de los campesinos y consolidando también su propiedad o lo que en la práctica es lo mismo, protegiendo al campesino.

En mi opinión, son dos las premisas que libran de toda sospecha a la intervención en favor de la protección del campesino: la primera, que vaya acompañada de una protección eficaz semejante de los obreros agrícolas; la segunda —condición imprescindible para su realización—, que exista democracia en el estado y en las comunas.[52] Son las dos premisas que propone también Kautsky. Aunque Kautsky menosprecia el peso que tienen los obreros agrícolas en la comuna rural democratizada. Indefensos, como los describe Kautsky en el lugar citado, los obreros agrícolas lo son sólo en aquellas comunas cada vez menos numerosas, que han quedado completamente fuera de la corriente de tráfico. En cambio el obrero agrícola —como él mismo Kautsky lo demuestra en base a un material amplio—, por lo general, ya es bastante consciente de sus intereses y lo sería aún más en un régimen de sufragio universal. Por no decir que en una gran parte de las comunas existe toda una serie de oposiciones de intereses entre los mismos campesinos, y que en las comunas rurales existen elementos, como los artesanos y los pequeños comerciantes, que en muchas cosas tienen más intereses comunes con los obreros agrícolas que con la aristocracia campesina. Todo esto llevaría rara vez a los obreros agrícolas a encontrarse aislados frente a una compacta "masa reaccionaria". Además, a la larga, también la democracia se encaminaría al socialismo dentro de la comuna agrícola. Considero que la democracia unida a los efectos de los grandes revolucionarios en el sector de las comunicaciones, es una palanca para la emancipación de los obreros agrícolas mucho más poderosa que las transformaciones técnicas de la economía campesina.

Por lo demás, los puntos principales del programa de Kautsky, sobre todo lo que más enfatiza, no son otra cosa, en realidad, que una aplicación de las reivindicaciones de la democracia burguesa a las relaciones agrarias, reforzada por las amplias medidas protectoras en favor de los obreros agrícolas. Quien ha seguido hasta aquí mi exposición, se habrá percatado de que todo esto no constituye para mí un motivo de reproche. Y tampoco sostengo nada que Kautsky mismo no haya señalado expresamente. Este último se ve en la obligación de rechazar para su programa el título de programa agrario socialdemócrata, ya que

[52] Prescindo aquí de las cuestiones técnico-administrativas conectadas con estos problemas. Sería obviamente un contrasentido asignarle a un organismo —el estado— el deber de proporcionar los medios, y a otro —las comunas— un derecho limitado de disponer de tales medios. Sería necesario dar al estado, es decir, al órgano que proporciona los medios, un amplio derecho de control financiero sobre los presupuestos comunales, o las comunas deberían contribuir por lo menos en parte a solventar los costos necesarios para llevar a cabo los fines propuestos, de tal manera que los gastos contrarios a tales fines recayeran también sobre ellas. Por lo que a tal respecta, soy de la opinión de que en cuestiones de este género el estado debe representar la autoridad financiera subsidiaria y no la primaria. [Esta última frase se suprimió de la edición de 1920. T.]

sus reivindicaciones a favor de los obreros agrícolas de las administraciones rurales autónomas, en parte se hallan contenidas sustancialmente en las reivindicaciones sindicales y en las directamente políticas de la socialdemocracia; en parte, fuera de la nacionalización de la administración forestal y fluvial, aportan sólo "pequeñas medidas" que por otro lado ya se han realizado parcialmente y que le permiten a la socialdemocracia distinguirse de los demás partidos, únicamente por la despreocupación con que representa el interés general en contra de la propiedad privada. Sin embargo, la posibilidad de definir un programa como socialdemócrata o no, no depende del alcance de las reivindicaciones en particular, sino más bien del carácter y del alcance del conjunto de las reivindicaciones en su organicidad. La socialdemocracia puede adelantar como reivindicaciones inmediatas únicamente las que corresponden a las relaciones actuales, con la condición de que contengan en germen la posibilidad de desarrollarse ulteriormente en la dirección del orden social al que ésta aspira. Sin embargo, no existe una sola reivindicación por la que no pueda luchar tal o cual partido no socialista. Una reivindicación que en principio tuviera como opositores necesarios a todos los partidos burgueses, tendría por esto mismo un carácter utópico. La socialdemocracia no puede, por otra parte, adelantar las reivindicaciones que en la actual situación económica y política sirven más para consolidar las actuales relaciones de propiedad y de poder que para atenuarlas, salvo en el caso en que las medidas correspondientes puedan convertirse, dentro de un contexto y un nivel avanzado de desarrollo, en una palanca para la transformación socialista de la producción. Una de las reivindicaciones que Kautsky abandonó después de madura reflexión, fue, por ejemplo, la de la nacionalización de las hipotecas, que hoy día no interesa de ninguna manera a la socialdemocracia.

No pretendo hacer un examen detallado del programa de Kautsky —con el cual, como ya lo dije, estoy plenamente de acuerdo, en principio—, pero creo que es mi deber no dejar pasar algunas observaciones al respecto. En mi opinión, como ya se ha visto, las tareas fundamentales que debe cumplir en la actualidad la socialdemocracia respecto a la población rural, se pueden dividir en tres grupos.

1] *Lucha contra todos los residuos y apoyos que todavía existen de la propiedad feudal del suelo y lucha por la democracia dentro de la comuna y dentro del distrito.* Lo que significa, como dice Kautsky, luchar por la supresión de los fideicomisos, de los cercamientos de las fincas, de las reservas de caza, etc. Pero allí donde Kautsky habla del autogobierno más completo dentro de la comuna y dentro de la provincia, yo sustituiría la expresión "más completo", que me parece mal elegida, por la de "democrático"; los superlativos confunden casi siempre. Decir "el autogobierno más completo" puede referirse a la esfera de los *participantes*, mientras que lo que la expresión quiere decir se indica mejor con el término "autogobierno democrático"; aunque también puede referirse a los *derechos soberanos*, en cuyo caso significaría un absolutismo de las comunas que no es necesario ni está de acuerdo con los requisitos de una democracia sana. Por encima de las comunas está el poder legislativo general de la nación —para asignar las funciones determinadas y para representar el interés colectivo contra su interés particular.

2] *Protección y alivio de las cargas de las clases trabajadoras de la agricultura.* Bajo este título se incluye la protección de los obreros en sentido estricto: abolición de la servidumbre, delimitación del horario de trabajo, de las distintas categorías de asalariados, policía sanitaria, instrucción y una serie de disposiciones de alivio fiscal en favor del pequeño campesino. En cuanto a la defensa de los obreros agrícolas, la propuesta de Kautsky en el sentido de prohibir el trabajo de los adolescentes entre las 7 de la tarde y las 7 de la mañana, no me parece razonable. En los meses de verano, esto significaría desplazar el trabajo de las primeras horas de la mañana a las horas más calurosas del día, horas en que actualmente está establecido el trabajo normal. Ordinariamente en el campo, se levantan más temprano durante el verano y es indispensable empezar pronto algunos trabajos en el período de la recolección.[54] En la agricultura, la jornada laboral normal no puede fijarse con los mismos criterios utilizados en la industria. Para determinarla de manera adecuada no existe otro medio —como el mismo Kautsky lo propone— que el de establecer un plan de trabajo que abarque todo el turno de los trabajos manuales, que tome en cuenta la naturaleza de los diversos trabajos estacionales, ligados a las condiciones meteorológicas, etc., y que se base en un promedio del horario de trabajo máximo admisible tanto para los trabajadores jóvenes como para los adultos, haciendo que corresponda, por ejemplo, a la jornada laboral normal de ocho horas para los adultos, una jornada laboral normal de seis horas para los jóvenes.

3] *Lucha contra el absolutismo propietario y promoción del sistema cooperativo.* Entran aquí reivindicaciones tales como la "limitación de los derechos de la propiedad privada sobre el suelo, a fin de promover: 1] la separación y eliminación de la *Gemenglage*, 2] las mejoras del campo, 3] la prevención de las epidemias" (Kautsky). "Reducción de los cánones excesivos de arrendamiento, por parte de tribunales adecuados" (Kautsky). Construcción, a costa de las comunas, de habitaciones sanas y cómodas para los trabajadores. "Facilidades legales para el establecimiento de acuerdos de carácter cooperativo" (Kautsky). Autorización para que las comunas adquieran, ya sea mediante la adquisición directa o por medio de la expropiación, tierras y las puedan rentar a los trabajadores o a las cooperativas de trabajadores con una baja tasa de interés.[55]

II. *La política cooperativa*

Esta última reivindicación nos lleva a la *cuestión cooperativa.* Después de todo lo que se ha dicho en el capítulo sobre las posibilidades económicas de las

[54] Así se procede en el cultivo de las praderas, en el corte de la hierba, en que la tarea de los más jóvenes consiste en extender la hierba cortada para que se seque al sol de un día para otro. Si no se les prohíbe este trabajo y el accesorio de revolver y amontonar la hierba es conveniente, para ellos y para el trabajo mismo, permitir que se haga esto en los meses calurosos entre las 6 y las 10 de la mañana y entre las 4 y 8 de la tarde.

[55] [*N. del A.*] Tales posibilidades, naturalmente con demasiados parágrafos limitativos, están contenidas en la nueva ley inglesa sobre las administraciones locales. En su sentido original, propuesto por el gobierno liberal en 1894, esta ley era mucho más radical, pero tuvo que ser moderada en consideración de la oposición de los conservadores, apoyados por la Cámara de los Lores.

cooperativas, puedo ser breve en este punto. Actualmente el problema no consiste en la existencia o inexistencia de las cooperativas. Quiéralo o no la socialdemocracia, existen y seguirán existiendo. Claro está que sirviéndose del peso que tiene sobre la clase obrera, podría y puede retardar la difusión de las cooperativas; aunque al hacer esto no se haría ningún servicio a sí misma ni lo haría a la clase obrera. Mucho menos es aconsejable asumir las actitudes del desdeñoso manchesterismo que se ha manifestado de diversas formas dentro del partido en relación con el movimiento cooperativo y que están motivadas por la afirmación de que en el ámbito de la sociedad capitalista no son posibles las cooperativas socialistas. Sería mejor asumir una posición precisa y declarar abiertamente qué clase de cooperativas considera la socialdemocracia que tiene que aconsejar y, dentro de sus posibilidades, sostener, y cuáles no. La resolución votada en el congreso berlinés del partido de 1892, respecto al sistema cooperativo, es insuficiente por el mismo hecho de considerar únicamente una de las formas, la de la cooperativa de producción industrial, respecto a la cual es lícito albergar las más fuertes dudas cuando se la toma como empresa autónoma en funciones de competencia con las fábricas capitalistas. Pero lo que se puede decir de las posibilidades económicas de esta forma de cooperativa no puede aplicarse a otras formas de empresa cooperativa. No se le puede aplicar, por ejemplo, a las cooperativas de consumo y a las estructuras productivas que acompañan a estas últimas. Y me pregunto si se puede aplicar a la cooperativa agrícola.

Hemos visto con qué entusiasmo tan extraordinario ha acogido la población agrícola de todos los países modernos, las cooperativas de crédito, de compra, de trabajo, de expedición, las queserías cooperativas, etc. Ciertamente en Alemania estas cooperativas casi siempre son cooperativas campesinas, o sea, representantes de la "clase media" del campo. Pero considero que está probado que tales cooperativas, unidas con la reducción de la tasa de interés que implica la creciente acumulación de capital, pueden contribuir realmente mucho a hacer competitivas las empresas campesinas frente a las grandes empresas. Además, estas cooperativas campesinas constituyen, en su mayoría, el punto de confluencia de los elementos antisocialistas, de los liberales pequeñoburgueses, de los clericales y antisemitas. En la actualidad la socialdemocracia considera su deber excluirlas casi en forma general de sus perspectivas, aun cuando dentro de sus filas se encuentre algún pequeño campesino al que la socialdemocracia le aproxima más que dichos partidos. El campesino medio siempre es el que le da la tónica a estas cooperativas. Si la socialdemocracia pudo alguna vez albergar la esperanza de adquirir un mayor influjo sobre este estrato de la población rural a través de las cooperativas, ya ha perdido todo punto de contacto. Considera que actualmente se puede o se podría tomar en cuenta únicamente la cooperativa de los obreros agrícolas y de los campesinos más pequeños, cuya fórmula, por otra parte, no se ha descubierto aún o no se ha experimentado todavía. Pero si no olvidamos que la creación de sólidas organizaciones sindicales de trabajadores agrícolas no ha sido posible hasta ahora ni siquiera en Inglaterra, en que no existen ordenamientos serviles ni prohibiciones de asociación que las impidan y que por lo mismo nuestras perspectivas en ese sentido son muy

escasas,[35] mientras que por otra parte todos los agentes posibles han puesto manos a la obra para encadenar al trabajador agrícola a la gleba por medio de concesiones y expedientes semejantes —si no olvidamos esto, deberemos convenir también que a la socialdemocracia le corresponde la tarea de señalar por lo menos un camino que ponga a los obreros agrícolas en condiciones de utilizar de algún modo el instrumento cooperativo. Las exigencias más importantes para tal fin son las siguientes: tierra suficiente y apertura de posibilidades de mercados de salida. En cuanto a la primera, creo que la reivindicación ya formulada —de autorizar a las comunas la adquisición de tierras mediante la expropiación y el arrendamiento a cooperativas de trabajadores en condiciones favorables— es la más susceptible de un desarrollo democrático. En cambio las posibilidades de contar con mercados de salida pueden ser ofrecidas por parte de las cooperativas urbanas de consumo, en el caso de que la cooperativa obrera rural tuviera que luchar contra el boicot de los ambientes económicos capitalistas.

Sin embargo, las cooperativas obreras rurales se encuentran todavía sobre el papel; ante todo es preciso seguir luchando por la democracia. Cuando mucho, se podría tomar en consideración la fundación de las cooperativas de carácter mutualista o privado que sugiere F. Oppenheimer. Pero se trata de un problema que al igual que el de la fundación de cooperativas de consumo, rebasa las tareas de la socialdemocracia en cuanto partido. Como partido político en pie de lucha, no puede entregarse a hacer experimentos económicos. Su tarea consiste en despejar el terreno de obstáculos legales que se interponen al movimiento cooperativo de los trabajadores y en luchar por la transformación adecuada de los órganos administrativos que están eventualmente destinados a promover dicho movimiento.

Si la socialdemocracia no está llamada en cuanto partido a fundar cooperativas de consumo, esto no quiere decir que deba desinteresarse de ellas. La consabida afirmación de que las cooperativas de consumo no son socialistas, se basa en el mismo formalismo que durante mucho tiempo se ejerció contra los sindicatos y que actualmente empieza a ser sustituido por el extremo opuesto. El hecho de que un sindicato o una coperativa obrera de consumo sea socialista o no, no depende de su forma sino de su esencia, del espíritu que los anima. Claro, no serán nunca el bosque; pero son los árboles que pueden formar en la actualidad el núcleo fecundo del bosque del mañana. Dejando a un lado las metáforas, no constituyen *el* socialismo, pero como organizaciones obreras tienen en *sí mismas* suficientes elementos de socialismo que les permiten convertirse en palancas poderosas e imprescindibles de la emancipación socialista. Claro está que cumplirán mejor sus tareas económicas, si desde el punto de vista organizativo y administrativo quedan confiadas a sí mismas. Pero como la aversión y hasta la hostilidad que muchos socialistas experimentaban en su

[35] [*N. del A.*] En cuanto a los importantísimos éxitos que el movimiento de los braceros pudo registrar en Italia, de unos años a esta parte, no me parece todavía que sea oportuno emitir un juicio definitivo sobre sus efectos económicosociales. De todos modos, se han tenido presentes. Pero la lucha por la república democrática en Alemania ha allanado el camino a grandes realizaciones aun para los obreros agrícolas alemanes cuya organización ya había tenido un óptimo impulso.

tiempo contra el movimiento sindical, poco a poco se fueron transformando, primero en una benévola neutralidad y luego en un sentimiento de solidaridad, lo mismo sucederá con las cooperativas de consumo —es más, en parte ya ha sucedido. La práctica es una vez más la mejor guía.[56]

Los enemigos no sólo del movimiento revolucionario, sino de cualquier movimiento de emancipación de los trabajadores, con su campaña en contra de las cooperativas de consumo, han sido precisamente los que han obligado a la socialdemocracia a intervenir como partido en su favor. De la misma manera que la experiencia fue quien demostró la absoluta carencia de fundamento de algunos temores como el de que las cooperativas iban a quitarle al movimiento político obrero fuerzas intelectuales y de otra especie. Si en alguna parte pudo suceder tal vez esto en forma transitoria, a la larga sucederá más bien todo lo contrario. La socialdemocracia, siempre que existan las premisas económicas y jurídicas adecuadas, podrá mirar sin perplejidades la creación de cooperativas obreras de consumo y hará bien en otorgarles todo su apoyo y todos los esfuerzos posibles.[57]

En principio, sólo desde un punto de vista la cooperativa de consumo podría dar origen a perplejidades: si fuera lo bueno que obstaculiza lo mejor, entendiendo por lo mejor la organización de la producción y de la distribución por parte de las comunas, tal como está prescrito en casi todos los sistemas socialistas. Pero, en primer lugar, la cooperativa de consumo democrática no necesita, para abarcar todos los miembros de la comuna en que está localizada, modificar en principio sino únicamente ampliar su estructura, que concuerda plenamente con sus tendencias naturales (actualmente las cooperativas ya están, en algunos centros pequeños, casi a punto de contar como miembros a todos los habitantes de la comuna); en segundo lugar, la realización de este objetivo está tan lejana y presupone tantas transformaciones políticas y económicas y tantos niveles intermedios de desarrollo, que sería absurdo, por lo que a este último se refiere, renunciar a las ventajas que los trabajadores podrían obtener actualmente de las cooperativas de consumo. El problema actual, si se consideran las comunas en términos políticos, podría consistir únicamente en satisfacer las necesidades generales claramente determinadas.

IV. *La política comunal*

Con esto llegamos finalmente a la *política comunal de la socialdemocracia*. También ésta ha sido durante mucho tiempo el hijo bastardo o uno de los hijos bastardos del movimiento socialista. No ha pasado mucho tiempo, por ejemplo, desde que un diario socialista extranjero (que desapareció en el ínterin), redactado por personas muy inteligentes, rechazó con sorna como pequeñoburguesa la idea de utilizar desde hoy las municipalidades como palanca de la práctica reformadora socialista y, sin por esto prescindir de la acción parlamentaria, de partir de la comuna para encaminarse a la realización de las reivindicaciones socialistas. La ironía del destino ha querido que el jefe de redacción de ese diario haya logrado ingresar en el parlamento de su país sólo con el apoyo del socialismo municipal. Del mismo modo, en Inglaterra, la socialdemocracia encontró en las comunas un terreno fértil para la actividad antes de que lograra enviar al parlamento sus representantes. En Alemania, la evolución fue distinta; la socialdemocracia ya había obtenido desde hacía mucho tiempo el derecho de ciudadanía en el parlamento, aun antes de establecerse en forma definitiva en las representaciones comunales. A medida que se extendía, aumentaban también sus éxitos en las elecciones de los consejos comunales, de tal manera que se impuso cada vez más la necesidad de elaborar un programa municipal socialista, como ya había sucedido con algunos estados y provincias. Sólo hasta hace poco, el 27 y 28 de diciembre de 1898, una conferencia de los representantes comunales socialistas de la provincia de Brandeburgo logró ponerse de acuerdo sobre un programa para las elecciones comunales, que en términos generales debía responder plenamente a su objetivo y que en sus puntos particulares no se exponía a ninguna crítica de principio. Aunque sólo se limita —y no se puede pedir más a un programa de acción— a las reivindicaciones ya consideradas entre los derechos que en la actualidad competen a las comunas, sin entregarse a una polémica de principio sobre cuáles deberían ser, desde el punto de vista socialista, los derechos y los deberes de las comunas. ¿Qué reclama la socialdemocracia *para* las comunas y qué espera *de* las comunas?

A este respecto, el programa de Erfurt se limita a decir: "Autodecisión y autogobierno del pueblo en el imperio, en el estado, en la provincia y en la comuna, elección popular de los cargos públicos", y reclama para todas las elecciones el sufragio universal, igual y directo de todos los adultos. No dice una sola palabra sobre la relación jurídica entre los organismos administrativos enumerados. Sin duda la masa de los delegados, igual que el suscrito, entendían en ese entonces la cosa de esta manera: que la sucesión en que se enumeraban los organismos debía indicar su orden jerárquico, ya que, en caso de conflicto, la ley del imperio debería prevalecer sobre la ley del estado y así sucesivamente. Pero en esta forma, por ejemplo, la autodecisión del pueblo dentro de la comuna se suprimía nuevamente o se limitaba. Como expliqué anteriormente, considero en realidad todavía hoy que la ley o la decisión nacional debe constituir la más alta instancia jurídica de la sociedad. Pero esto no significa que la delimitación de los derechos y de los poderes entre el estado y las comunas deba ser la misma de hoy.

Actualmente, por ejemplo, el derecho de la expropiación de las comunas está tan limitado que una gran cantidad de medidas de carácter político-económico encontrarían inmediatamente un obstáculo insuperable en la resistencia o en las excesivas reivindicaciones de los propietarios de la tierra. Una ampliación del derecho a la expropiación debería constituir, pues, una de las primeras reivindicaciones de los socialistas en la esfera de la comuna. Sin embargo, no es necesario pretender un derecho a la expropiación absoluto e ilimitado. La comuna debería estar siempre obligada, en materia de expropiaciones, a sujetarse a las normas generales del derecho que defienden a los individuos contra

56 [*N. del A.*] Desde la época en que se escribió, la cooperativa de consumo obrera se ha ganado el pleno reconocimiento en la socialdemocracia.

57 Lo que no debe significar que le está permitido a la cooperativa de consumo vender mercancías a un precio menor, etcétera.

el arbitrio de las mayorías ocasionales. En cualquier comunidad los derechos de propiedad admitidos por la constitución deben ser intocables mientras esta última los acepte y en la medida que los acepte. Sustraer una propiedad legítima con medios distintos de la indemnización equivale a una confiscación que sólo es justificable en circunstancias imperiosas y extraordinarias (guerra, epidemias, etcétera).[68]

Para realizar una política comunal socialista, la socialdemocracia deberá reclamar para las comunas, junto con la democratización del derecho de voto, la extensión del derecho a la expropiación, que todavía es muy limitado en algunos estados alemanes, y además la plena independencia de la administración, y sobre todo de los órganos policiacos, del poder estatal. Por lo que respecta a lo que hay que pedir a las mismas comunas en materia de política *fiscal* y *escolar*, es suficiente lo que está escrito en el programa general del partido, aunque deberán tomarse en cuenta las importantes ampliaciones introducidas por Brandeburgo en el programa (instituciones de alimentación y establecimientos escolares, etc.). Precisamente en la actualidad han salido a la escena las reivindicaciones relativas al desarrollo de los *negocios comunales autónomos*, de los *servicios públicos* y de la *política del trabajo* de las comunas. Respecto a los primeros, la principal reivindicación que hay que hacer consiste en que todas las empresas que tienen carácter monopolista y tienen que ver con las necesidades *generales* de los habitantes de la comuna sean administradas autónomamente por la comuna misma y que en lo demás la comuna se dedique a ampliar continuamente la esfera de su competencia. En cuanto a la *política laboral*, hay que exigir a las comunas que, cuando ocupen obreros —ya se trate de trabajos directos de la comuna misma o de trabajos a destajo—, se apeguen a los salarios mínimos establecidos y reconocidos por las respectivas organizaciones obreras, y les garanticen a los mismos obreros el derecho de asociación. Pero hay que señalar a este respecto, que es justo que cuando las comunas ocupen obreros den buen ejemplo a los empresarios privados en lo que se refiere a las condiciones

[68] Ya he manifestado con mucha energía esta idea hace algunos años en mi prefacio a la antología *System der erworbenen Rechte* de Lassalle, obra que, como escribe Lassalle, está dedicada precisamente a conciliar el derecho revolucionario con el derecho positivo, o sea, a satisfacer las exigencias del derecho positivo en el ámbito mismo del derecho revolucionario. A riesgo de ser acusado de una actitud burgués-filistea, no dudo en afirmar que la idea o la perspectiva de una expropiación que no fuera más que una extorsión camuflada con formas legales —para no hablar de la expropiación de acuerdo con la receta de Barère—, en mi opinión, debe rechazarse absolutamente, prescindiendo del hecho de que tal expropiación debería ser rechazada también por motivos de mera utilidad económica. "Por más que se pueda suponer que habrá amplias intervenciones en el sector de los privilegios propietarios existentes hasta ahora —en el período de traspaso a la sociedad socialista—, no podrán tener nunca un absurdo carácter de violencia brutal, sino que serán por el contrario manifestación de una determinada idea del derecho, que aunque nueva se está afirmando con el carácter de las fuerzas elementales" (Lassalle, *Werke*, Gesammtausgabe, vol. III, p. 791). La forma de la expropiación de los expropiadores que más corresponde al principio jurídico original del socialismo es la de la disolución por medio de organizaciones e instituciones.

[*Agregada a la edición de 1920*] En oposición con lo que se ha dicho aquí, los socialistas rusos que se denominan bolcheviques, una vez llegados al poder en Rusia, emprendieron un vasto programa de expropiación sin indemnización. Ni siquiera los mismos portavoces del bolchevismo niegan que la gran masa del pueblo ruso no sacó el mínimo provecho de esto.

morales y ambientales; sería, sin embargo, miope una política que reclamara para los obreros comunales condiciones tan elevadas que en comparación con sus colegas de profesión los situara en una posición social de privilegio, obligando a la comuna a producir con costos considerablemente superiores a los de los empresarios privados. A la larga lo único que se conseguiría sería la corrupción y el debilitamiento del sentido cívico.

Con todo, el desarrollo social moderno les ha señalado a las municipalidades otras tareas adicionales como, por ejemplo, la instrucción y el control de las cajas de salud locales a las que se les añadirá tal vez, en un tiempo no muy lejano, la responsabilidad directa de la seguridad contra la invalidez; la creación de oficinas de colocación y de comisiones de arbitraje industriales. Por lo que se refiere a las oficinas de colocación, la socialdemocracia reclama como reivindicación mínima, que se les asegure su carácter paritario; en cuanto a las comisiones industriales de arbitraje, reclama la introducción obligatoria y la ampliación de sus facultades. La socialdemocracia es escéptica, si no hostil, a los intentos de crear una seguridad comunal contra la desocupación, habiendo prevalecido la opinión de que dicha seguridad no sólo constituye una de las tareas legítimas de los sindicatos, sino que puede realizarse mejor a través de los sindicatos mismos. Sin embargo, esto es válido únicamente para las categorías profesionales bien organizadas que a pesar de todo constituyen todavía una exigua minoría en la masa obrera. La gran masa de los obreros, en cambio, todavía se halla desorganizada y esto hace que el problema de si la seguridad comunal contra la desocupación al no poder organizarse, con la colaboración de los sindicatos, de tal manera que, lejos de constituir una intromisión en sus funciones legítimas, se convierta más bien en un medio de exaltarlas. De cualquier modo, debería ser una tarea de los consejeros comunales socialdemócratas luchar con todas sus fuerzas para que los sindicatos fueran invitados a participar en la realización de estas formas de seguridad.[69]

El socialismo municipal, por su misma naturaleza, constituye una palanca indispensable para el desarrollo y la realización de lo que en el capítulo anterior definimos como *derecho democrático del trabajo*. Aunque necesariamente seguirá siendo un hecho incompleto mientras el sufragio dentro de las comunas sea un sufragio de clase, como lo es en más de las tres cuartas partes de Alemania. Se presenta, pues, para las comunas, el mismo problema que encontramos a propósito de los parlamentos regionales —de los que dependen en muchos aspectos las comunas— y de los otros órganos del autogobierno, como son el distrito y la provincia: ¿en qué forma puede la socialdemocracia lograr la abolición del actual sistema de sufragio de clase y luchar por la democratización de las comunas?

Actualmente en Alemania, la socialdemocracia tiene en el sufragio para la Dieta imperial uno de los instrumentos más eficaces, junto con el de la propaganda, para imponer sus reivindicaciones. Su influjo es tan fuerte que abarca hasta los organismos que son inaccesibles por la vía del sistema electoral censal y de clase para la clase obrera, ya que también en este aspecto, los partidos se

[69] [*N. del A.*] También aquí la práctica impuso la decisión en este sentido. El sistema introducido por primera vez en Gent en 1901, y luego ampliamente imitado, llevó a cabo la integración de los desempleados uniendo la asistencia comunal con la sindical.

ven obligados a tomar en cuenta a los electores de la dieta imperial. Si el sufragio para la dieta imperial estuviera plenamente garantizado en contra de cualquier violación, se podría justificar hasta cierto punto el papel subordinado que se le asigna al problema del sufragio para los demás organismos, al que de cualquier forma sería erróneo no darle importancia. Se pueden decir muchas cosas, siempre y cuando se garantice el derecho de voto para la dieta imperial. Claro, los gobiernos y los partidos no se van a decidir tan fácilmente a modificarlo, sabiendo perfectamente que un paso de esta naturaleza despertaría necesariamente en la masa de los obreros alemanes un odio y una exasperación que en el momento oportuno encontraría la forma de desahogarse negativamente sobre ellos. El movimiento socialista es demasiado fuerte y la autoconciencia política de los obreros alemanes demasiado evolucionada como para que alguno pueda permitirse ciertos lujos. Además, se puede llegar a suponer que una gran parte de los que en principio se oponen al sufragio universal tiene cierto reparo moral en quitarle al pueblo este derecho. Pero si por una parte en condiciones normales la limitación del sufragio universal puede crear una tensión revolucionaria, con todos los riesgos que implica para los gobernantes, por otra parte no existen muchas dificultades técnicas para impedir una modificación del derecho de voto tramada de tal manera que sólo excepcionalmente permita el éxito de las candidaturas socialistas autónomas. Las dudas, en este caso, se derivan únicamente de las consideraciones políticas. No es necesario explicar aquí en forma detallada que existen situaciones en que las dudas desaparecen como por encanto y que la socialdemocracia no tiene poder para impedirlo. Por su parte, puede llevar hasta sus últimas consecuencias la decisión de no dejarse provocar a un encuentro violento, aunque no siempre tiene el poder de impedir que la masa políticamente no organizada llegue a hacerlo.

Por este y otros motivos es utópico fincar la política de la socialdemocracia exclusivamente en las condiciones y en la posibilidad del sufragio para la dieta imperial. Ya vimos anteriormente que, aun con esto, no se avanza tan rápidamente como podría suponerse legítimamente tomando en cuenta los éxitos logrados en 1890 y en 1893. En el trienio 1887-1890 el número de los votos socialistas aumentó en un 87 %, en el de 1890-1893, en un 25 %; en cambio en el quinquenio 1893-1898 sólo aumentó en un 18 %. Un aumento importante en sí mismo, pero no tan grande como para permitir esperar cosas extraordinarias del futuro próximo.

Como es natural, la socialdemocracia no se fija exclusivamente en el sufragio y en la actividad parlamentaria. Aun fuera del parlamento, le queda un vasto y rico campo de acción. El movimiento obrero socialista existiría a pesar de que se le cerraran las puertas de los parlamentos, como lo demuestran las entusiastas agitaciones realizadas en el mundo obrero ruso. Pero, una vez que ha sido excluido de los organismos representativos, el movimiento obrero alemán perdería gran parte de la cohesión interna que une actualmente a sus miembros dispersos, adquiriría un carácter caótico y su marcha a pie firme, tranquila e incontenible, se vería seguida de saltos hacia adelante acompañados por inevitables fases de retroceso y de debilitamiento.

Un desarrollo de este tipo no puede interesarle a la clase obrera ni le puede resultar deseable a los adversarios de la socialdemocracia, que ya se han conven-

...de que el orden social del presente no es eterno, sino que está sujeto a las ...es del cambio y de que una evolución catastrófica, con todas sus espantosas ...staciones, sólo puede evitarse si se toman en cuenta los cambios en las rela...nes de producción y de intercambio y la evolución de las clases aun en térmi... de los derechos políticos. Cada vez es mayor el número de los que se van ...ndo cuenta de esta realidad. Su influjo sería más grande que en la actualidad, ... socialdemocracia tuviera el valor de emanciparse de una fraseología que ...sobrevivido a los hechos y el deseo de presentarse como lo que realmente ...en la actualidad: un partido de reformas socialista democrático.[60]

No se trata de renegar del llamado derecho a la revolución, derecho meramente especulativo que ninguna constitución puede tomar en cuenta y que ...ngún código del mundo puede prohibir, y que seguirá existiendo hasta que la ...natural, obligándonos a renunciar al derecho de respirar, nos obligue a morir. ... decisión de situarse en el terreno de las reformas afecta tan poco este dere...o no escrito e imprescriptible, como la creación de leyes que regulen las ...ntroversias personales y la propiedad afecta el derecho de legítima defensa.

Pero ¿es actualmente la socialdemocracia algo distinto de un partido que ...nde a la transformación socialista de la sociedad a través de las reformas ...mocráticas y económicas? Si hacemos caso a algunas objeciones que se diri...eron en el congreso partidario de Stuttgart, podría parecer que sí. Pero ...Stuttgart se interpretó mi carta al congreso como una acusación al partido en ...sentido de que se había embarcado en la senda del blanquismo, siendo que ...n realidad sólo estaba dirigida contra ciertas personas que con unos argumen... y un estilo supuestamente blanquistas se lanzaron en contra de mí con la ...tención de provocar un pronunciamiento del congreso en mi contra.

El hecho de que algunos, habitualmente serenos y objetivos en sus juicios, ...ados por la corriente de alboroto que contra mi voluntad y mis expectativas ...pertaron mis artículos, se hayan dejado arrastrar a una posición contraria ... mi persona, dando así la impresión de que hacían eco a los que gritaban ...atemas, no puedo engañarme sobre el carácter efímero de este acuerdo. Con...dero, por ejemplo, que sólo un estado de ánimo pasajero pudo inducir a ...unow a rechazar mi invitación a no especular con el derrumbe de la economía ...pitalista. Ya que se trata del mismo Cunow que, todavía en la primavera de ...897, escribía:

> ...os encontramos todavía muy lejos de la fase final del desarrollo capitalista. Viviendo ... los principales centros del comercio y de la industria y teniendo ante nuestros ojos ... enorme aumento de la producción y el derrumbe de la burguesía liberal, frecuente ... deliberadamente menospreciamos la distancia y los obstáculos que nos separan toda... de la meta. ¿En qué país, el agotamiento espontáneo del funcionamiento econó...ico del capitalismo está tan avanzado como para permitirnos considerar que este ...timo está ya maduro para adoptar la forma de economía socialista? En Inglaterra, ... mucho menos en Alemania y Francia (H. Cunow, "Unsere Interessen in Ostasien" [Nuestros intereses en Asia oriental], *Die Neue Zeit*, xv, 1, p. 306).

[60] [*N. del A.*] Esta afirmación encontró las mayores oposiciones. Pero el que no se atiene ... términos literales, que se prestan a diferentes interpretaciones, y toma en cambio las ...labras en el sentido en que se han desarrollado aquí, comprenderá la razón por la que digo ... sostengo esta afirmación, a pesar de las revoluciones de 1917, 1918 y 1919.

Ni siquiera el veredicto positivo del congreso de Stuttgart contra mi declaración hubiera podido modificar mi convicción de que la mayoría de la socialdemocracia estaba enajenada por las tentaciones blanquistas. Después del discurso de Bad Oeynhausen, yo sabía que no había que esperar del congreso para dario una actitud distinta de la que en realidad había adoptado, y expresé con mucha claridad esta convicción, aun antes, en algunas cartas.[61]

Desde entonces, el discurso de Bad Oeynhausen siguió la misma suerte que otros tantos discursos de hombres insignes: fue oficiosamente corregido e interpretado y dejó de ser nebuloso para convertirse en insidioso. Pero, ¿cuál es la opinión del partido después de Stuttgart? Bebel, en su discurso sobre los atentados, rechazó con suma energía la insinuación de que la socialdemocracia podía patrocinar una política de violencia, y todos los diarios del partido registraron con aplausos estos discursos, sin suscitar ninguna protesta. Kautsky, en *La cuestión agraria*, desarrolla una serie de principios de política agraria de la socialdemocracia que de principio a fin son principios de reforma democrática, y el programa comunal aprobado en Brandeburgo es un programa de reforma democrático. En el *Reichstag* el partido solicita la introducción obligatoria y la ampliación de los poderes de las comisiones de arbitraje industriales, que son órganos promotores de la paz industrial. Todos los discursos de sus representantes tienen un aire de reforma. En la misma Stuttgart, en que según Klara Zetkin se había dado el golpe de gracia a la "bernsteiniada", inmediatamente después del congreso los socialdemócratas establecieron un acuerdo electoral con la democracia burguesa para las elecciones del Consejo comunal, y el ejemplo fue seguido en otras ciudades de Württemberg. En el movimiento sindical, un sindicato tras otro van introduciendo la asistencia a los desocupados —lo que significa prácticamente el abandono del carácter de mera coalición— y se declaran a favor de la institución de oficinas de colocación paritarias, compuestas por empresarios y trabajadores, al mismo tiempo que en algunos grandes centros del partido, como Hamburgo y Elberfeld, socialistas y sindicalistas se disponen a fundar cooperativas de consumo. Por doquier se lucha por las reformas, por el progreso social, por la conquista de la democracia; en todas partes se estudian las particularidades de los problemas cotidianos y se buscan palancas y puntos de apoyo para, sobre la base de éstos, impulsar el desarrollo de la sociedad en el sentido del socialismo. Esto exactamente era lo que escribía hace un año,[62] y no veo ninguna razón que pueda obligarme a cambia una sola palabra.

Además, repito, cuanto más decidida esté la socialdemocracia a manifestarse tal cual es, más aumentarán sus perspectivas de llevar a cabo las reformas políticas. En política, el miedo es ciertamente un factor importante, pero se engañan los que creen que pueden lograr todo despertando el miedo. Los obre-

[61] [*N. del A.*] El 6 de septiembre de 1898, Guillermo II, con ocasión de una comida de gala en Bad Oeynhausen, anunció una ley que castigaría con la cárcel la incitación a la huelga. Sin embargo, la gran mayoría rechazó en la sesión invernal de 1898-1899 del Reichstag un proyecto de ley en este sentido.

[62] E. Bernstein, "Der Kampf der Sozialdemokratie und die Revolution der Gesellschaft" [La lucha de la socialdemocracia y la revolución de la sociedad], en *Die Neue Zeit*, XVI, 1, p. 451 [véase p. 53 del presente volumen].

ros ingleses no obtuvieron el derecho de voto cuando el movimiento cartista llevó hasta el extremo su actitud revolucionaria, sino cuando fue desapareciendo el eco de los tiroteos revolucionarios y cuando se alinearon con la burguesía radical en la lucha por las reformas. Y si alguno me objeta que es imposible hacer algo semejante en Alemania, lo invito a leer nuevamente lo que escribía hace quince o veinte años la prensa liberal acerca de las luchas sindicales y de la legislación obrera, y cómo hablaban y votaban en el parlamento los representantes de estos partidos todas las veces que se trataba de decidir sobre estas cuestiones. Entonces aceptará tal vez que la reacción política no es de ninguna manera el fenómeno más característico en la burguesa Alemania.

KANT CONTRA CANT

Ya se señaló en varios puntos de este escrito el gran influjo que ejerce la tradición sobre la valoración de hechos e ideas aun en el ámbito de la socialdemocracia. Digo explícitamente "aun en el ámbito de la socialdemocracia", porque la fuerza de la tradición es un fenómeno muy difundido del que no se escapa ningún partido, ninguna tendencia literaria o artística, y que desempeña un papel importante hasta en gran parte de las ciencias. Nadie logrará nunca extirparla definitivamente. Los hombres necesitarán siempre un cierto período de tiempo para convencerse de que la tradición ya no se puede conciliar con los hechos sucedidos y de que por esta razón ha llegado el momento de consignarla definitivamente en actas. Mientras esto no suceda o pueda suceder sin perjudicar ciertas cosas, la tradición será, por lo general, el instrumento más poderoso para mantener unidos a los que no están ligados por ningún otro interés serio y permanente o por alguna presión externa. De ahí la preferencia instintiva que todos los hombres de acción tienen por la tradición, por más revolucionarios que puedan ser sus fines. *Never swop horses whilst crossing a stream* [no cambiar nunca de caballo mientras se está cruzando la corriente]: esta máxima del viejo Lincoln finca sus raíces en la misma mentalidad que le inspira a Lassalle el célebre anatema contra el "espíritu sabihondo del liberalismo", contra la "manía de la opinión individual y de la hipercrítica". Mientras la tradición es esencialmente conservadora, la crítica siempre es ante todo destructiva. Por este motivo, en el momento de emprender una acción importante, aun la crítica más justificada desde el punto de vista objetivo, puede ser dañina y por lo mismo condenable.

Reconocer esto no significa, naturalmente, canonizar la tradición y condenar la crítica. Los partidos no siempre se encuentran en el centro de la corriente, en donde toda la atención está puesta en una única tarea. Para un partido que quiere avanzar al mismo ritmo que el desarrollo real, es indispensable la crítica ya que la tradición puede convertirse en un lastre opresor y dejar de ser una fuerza motriz para transformarse en un freno que lo atrapa.

Sólo en muy pocos casos, los hombres prefieren darse cuenta perfectamente del alcance de las transformaciones que se han producido en los supuestos de su tradición. Ordinariamente sólo prefieren tomarla en cuenta cuando se trata de reconocer ciertos hechos irrefutables y ponerlos de acuerdo con las palabras de orden tradicionales. El medio para llegar a esto se llama charlatanería y el resultado, para los fines de la fraseología, ordinariamente es el *cant*.

Cant —la palabra es inglesa y apareció probablemente en el siglo XVI para indicar la cantilena santurrona de los puritanos. En un sentido más general sirve para indicar la retórica insincera repetida maquinalmente de manera inconsciente o utilizada con plena conciencia de su falta de sinceridad, para lograr un objetivo cualquiera, ya sea de religión o de política, de tipo teórico o de cruda realidad. En ese sentido más amplio, el *cant* es tan viejo como el mundo

...o hubieron peores instigadores del *cant* que, por ejemplo, los griegos del ...iodo posclásico—, y empapa de infinitas maneras toda nuestra vida civil. ...a nación, cada clase y cada grupo ligado a una doctrina o a un interés ...e su *cant*. En parte éste se ha convertido en un hecho meramente conven...nal o formal, hasta el punto de que nadie se hace ilusiones sobre su falta de ...tenido y combatirlo sería un pasatiempo inútil. No puede decirse lo mismo ... *cant* que se nutre de cientificidad, ni de la consigna que se transforma ... *cant*.

Cuando dije que "lo que se llama ordinariamente objetivo final del socialis... no significa nada para mí, el movimiento lo es todo" —esta afirmación ha ... interpretada en diversas formas como una renuencia a señalar cualquier ...jetivo preciso al movimiento socialista y hasta George Plejánov descubrió que ...había tomado esta "famosa frase" del libro *Zum sozialen Frieden* [Por la paz ...ial] de Gerhard von Schulze-Gävernitz.[1] En ese libro se dice efectivamente ...cierto punto que si el objetivo final de la estatización de todos los medios de ...ducción es verdaderamente indispensable para el socialismo revolucionario, ...lo es en cambio para el socialismo político-práctico, que prefiere los obje...os cercanos a los más lejanos. Y ya que aquí se considera superfluo cualquier ...tivo final para fines prácticos, yo también he mostrado poco interés por ...quier objetivo final y por lo tanto soy un "seguidor acrítico" de Schulze-...vernitz. No hay más que decir: la demostración es realmente genial.[2]

[1] En una serie de artículos titulados "Wofür sollen wir ihm dankbar sein. Offener Brief ...Karl Kautsky" ["¿Qué les debemos? Carta abierta a K. K."] publicados en los números 255-... de la *Sächsische Arbeiter zeitung* del año 1898. En el congreso partidario de Stuttgart, ...tsky afirmó que si la socialdemocracia no podía unirse a mis ideas, podía sin embargo ... agradecida conmigo por los estímulos que le habían dado mis escritos. A los ojos de ...ánov, la crítica era demasiado tierna. No le bastaba que en Stuttgart, como había pensado, ...fuera excomulgado por la inmensa mayoría de los delegados del partido; se me debía echar ...a de la comunidad de los justos con el estigma de la infamia y del deshonor —como igno...e de una "pobreza mental desalentadora" y "seguidor acrítico" de las reformas burguesas ..."ha abofeteado la teoría socialista y, no importa si a sabiendas o no, ha intentado sepul...la para satisfacción de la compacta masa reaccionaria"—, o de acuerdo con las palabras ... Plejánov, "ser sepultado por la socialdemocracia".

No quiero utilizar aquí la expresión que el lenguaje popular emplea para este género de ...idos. Cada quien sigue su naturaleza y nadie le pide peras al olmo. Pero la frase según ...cual yo realizo mi acción criminal para "satisfacción" de la "compacta masa reaccionaria", ... obliga a dar una breve explicación.

En otras partes de este escrito he citado algunos diarios socialistas que aceptan mis argu...taciones o que ellos mismos se han expresado de igual forma. Podía alargar enormemente ...lista, pero no es mi intención reforzar mis argumentaciones con el peso del número y la ...ocidad de los que están de acuerdo conmigo. Sin embargo, para poner en su justa pers...ectiva el método de lucha de Plejánov, debo añadir que si no la máxima parte, sí la gran ...rte de los socialdemócratas rusos que trabajan en Rusia, entre los que se cuenta la redac...n del diario obrero ruso, se pronunciaron decididamente por un punto de vista muy ...cano al mío, traduciendo además al ruso y difundiéndolos en opúsculos muchos de mis ...culos "carentes de sentido". Digamos pues: no para "satisfacción" de Plejánov. ¡Pero qué ...ta de gusto hablar en esas circunstancias bien conocidas por él, de "compacta" masa reac...naria! —una expresión que, dicho sea de paso, supera diez veces en lo absurdo la frase ...mpre rechazada por Marx y Engels de una única masa reaccionaria.

[2] [*N. del A.*] Si tanto aquí como en otras partes dejo sin cambiar algunas respuestas ...as a los ataques de Plejánov, a pesar de que su autor ya ha muerto, no quisiera sin

Cuando hace ocho años comenté el libro de Schulze-Gävernitz en *Die Neue Zeit*, a pesar de que mi crítica tenía todavía un fuerte influjo de postulados que actualmente ya no comparto, acantoné, por considerarla no esencial, la oposición de principio entre objetivo final y praxis reformadora, y acepté —sin encontrar protestas— que para Inglaterra podía ser por lo menos no improbable una ulterior evolución pacífica como la presentada por Schulze-Gävernitz. Expresé luego la convicción de que, si continuaba esta evolución libre, la clase obrera habría aumentado ciertamente sus reivindicaciones, pero no habría presentado ninguna solicitud que no pareciera absolutamente necesaria y realizable. En esencia, esto corresponde exactamente a lo que yo afirmo actualmente. Y si se me contraponen los progresos entre tanto alcanzados por la socialdemocracia en Inglaterra, respondo que junto con esta expansión ha ido avanzando al mismo tiempo y la ha hecho ante todo posible, una evolución de la socialdemocracia, de secta utopístico-revolucionaria como la definió repetidas veces Engels, a un partido de reformas políticas. Actualmente, en Inglaterra, ningún socialista responsable sigue soñando en una inminente victoria del socialismo a través de una catástrofe general y en una rápida conquista del parlamento por parte del proletariado revolucionario. Pero, en cambio, los socialistas ingleses transfieren cada vez más la acción a las municipalidades y a los otros organismos de autogobierno y han abandonado la desconfianza anterior hacia el movimiento sindical para establecer, con este último y en algunos casos hasta con el movimiento cooperativo, contactos más estrechos.

¿Y el objetivo final? Sigue siendo precisamente objetivo *final*. "La clase obrera... no tiene lista una utopía para introducirla por decreto popular. Sabe que para alcanzar su propia emancipación y, al mismo tiempo, la forma superior de vida hacia la que tiende irresistiblemente la sociedad moderna en virtud de su mismo desarrollo económico, deberá afrontar largas luchas y pasar por toda una serie de procesos históricos que transforman radicalmente a los hombres y a las cosas. La clase obrera no tiene que realizar ningún ideal; sólo tiene que liberar los elementos de la nueva sociedad que ya se han desarrollado en el seno de la sociedad burguesa en decadencia." Esto lo decía Marx en *La guerra civil en Francia*. Cuando escribí la frase sobre el objetivo final, tenía en la mente la afirmación de Marx, aunque no en todos sus detalles, sí en su idea fundamental. ¿Qué otra cosa dice, en efecto, si no que el movimiento, o la serie de procesos,

embargo dejar de afirmar que ni siquiera en la época en que las escribí, no desconocí nunca, ni siquiera por un momento, los grandes méritos adquiridos por Plejánov al defender la doctrina marxista en Rusia, y que le dirijo reconocimiento y un grato recuerdo a su entrega a la causa del socialismo. Por más que me hayan herido en aquel entonces, no le puedo guardar ningún rencor a Plejánov muerto en circunstancias tan trágicas, por sus ataques que se inspiraban claramente en un sentimiento que debo definir, sí, como infundado, pero que no considero de ninguna manera innoble; un sentimiento de temor de que la propaganda de la doctrina marxista pudiera verse afectada por mis escritos.

Naturalmente, hoy más que nunca considero necesario combatir la concepción que dabo origen a este temor, ya que constituye el terreno ideal en que ha crecido la doctrina de N. Ulíanov Lenin. El alumno y en su oportunidad colaborador de Plejánov, actuó en la gran crisis de Rusia de una manera diametralmente opuesta a la del maestro, amargando así su último año de vida. Pero éste no hizo otra cosa que llevar a los extremos, como aquél, el elemento materialista de la doctrina.

todo, mientras que el objetivo final determinado apriori no es esencial para el movimiento mismo? Ya expliqué en su oportunidad que estoy dispuesto a abandonar la forma de la frase sobre el objetivo final, si se autoriza la interpretación de que la formulación de principio de cualquier objetivo general del movimiento obrero debe considerarse sin ningún valor. Pero todo lo que, bajo forma de teorías preconcebidas sobre el éxito del movimiento, trasciende la formulación general de dicho objetivo y predetermina la dirección y el carácter del movimiento mismo, no puede más que desembocar fatalmente en el utopismo y obstaculizar y paralizar en cada época el progreso real, teórico y práctico, del movimiento.

Si alguno conoce un poco la historia de la socialdemocracia, sabe que el partido creció precisamente porque se opuso constantemente a dichas teorías y violó las decisiones tomadas en base a las mismas. Se ha repetido muchas veces en una forma distinta el fenómeno mencionado por Engels en el prefacio a la edición de *La guerra civil*, en relación con la actitud de los blanquistas y de los proudhonianos dentro de la comuna: que la práctica obliga a unos y a otros a actuar contra su mismo dogma. Una teoría o una declaración de principio que no es suficientemente amplia como para permitir, en cada etapa de su desarrollo, percibir los intereses inmediatos de la clase trabajadora, siempre se verá sometida; del mismo modo que toda renuncia a trabajar por las pequeñas reformas y a aceptar el apoyo de los partidos burgueses más cercanos se ha dejado sistemáticamente en el olvido. Cosa que no impide que en los congresos del partido tengamos que encontrar sistemáticamente la queja de que, en la campaña electoral, no siempre se haya puesto de relieve en forma suficiente el objetivo final del socialismo.

La frase de Schulze-Gävernitz que Plejánov me echa en cara, dice que si se abandona la afirmación de que la situación del obrero en la sociedad moderna no tiene esperanza, el socialismo pierde sus estímulos revolucionarios y termina por dedicarse a un programa de reivindicaciones legales. De esta oposición resulta evidente que Schulze-Gävernitz sigue utilizando el concepto "revolucionario" en el sentido de "tendencia que se orienta a la subversión violenta". Plejánov, en cambio, voltea la tortilla y me coloca entre los "adversarios del socialismo científico", porque no juzgo desesperada la situación del obrero y porque acepto la posibilidad de mejorarla y algunos otros hechos comprobados por los economistas burgueses.

"Socialismo científico" —precisamente. Si alguna vez la palabra ciencia ha sido degradada a mero *cant*, es éste el caso. La tesis de la "situación desesperada" del obrero se lanzó hace más de cincuenta años. Se la puede encontrar en toda la literatura radicalsocialista de los años treinta y cuarenta, cuando muchos creían justificarla. Por este motivo es comprensible que Marx identifique, en *Miseria de la filosofía*, el salario natural con el mínimo de subsistencia; que en el *Manifiesto comunista* se diga categóricamente que "el obrero moderno, por el contrario, en lugar de elevarse junto con el progreso de la industria, se hunde cada vez más por debajo de las condiciones de su clase. El obrero se empobrece y el pauperismo se desarrolla aún más rápidamente que la población y la riqueza"; y que finalmente en *Las luchas de clases* se diga que el más pequeño mejoramiento de la situación del obrero "en el ámbito de la república

burguesa sigue siendo una "utopía". Ahora bien, si la situación de los obreros es todavía hoy desesperada, también estas tesis como es natural siguen siendo válidas. Lo cual involucra a la objeción de Plejánov. La situación desesperada del obrero es, pues, un axioma perentorio del "socialismo científico". Por otra parte, reconocer hechos que lo contradicen significa, según él, seguir las huellas de los economistas burgueses que han comprobado tales hechos. Les debo, pues, a ellos, el agradecimiento que Kautsky me había dirigido: "¡Pero dirijámoslo a todos los secuaces y a los adoradores de las 'armonías económicas' y naturalmente, con una anterioridad absoluta, *al inmortal Bastiat!*"

El gran humorista inglés Dickens caracterizó muy atinadamente, en una de sus novelas, este tipo de disputa. "Tu hija se ha casado con un mendigo", dice a su marido una señora más bien necesitada pero fanfarrona; y cuando éste le objeta que el nuevo yerno no es precisamente un mendigo, recibe esta fulminante y sarcástica respuesta: "Ah, ¿sí? No sabía que tuviera tantas tierras." Combatir con una exageración significa sostener la exageración opuesta.

El mundo está lleno de gente ingenua que se deja impresionar por estas tonterías. ¡Qué aberración aceptar los argumentos de los economistas burgueses que desmienten las hipótesis socialistas! Pero yo me he acostumbrado tanto a los sarcasmos del señor Wilfer, que ya los considero sencillamente pueriles. Un error no merece que se siga conservando sólo porque alguna vez lo compartieron Marx y Engels, ni una verdad pierde valor porque la descubrió o expuso por primera vez un economista antisocialista, o un socialista pero no de primera línea. En el campo de las ciencias la tendencia no genera privilegios o decretos de expulsión. La unilateralidad con que Schulze-Gävernitz describió la evolución histórica de la Inglaterra moderna —que en su oportunidad yo rechacé ciertamente con suficiente energía— no le impidió certificar, en el ya citado *Por la paz social* y en la monografía *Der Grossbetrieb, ein wirthschaftlicher und sozialer Fortschritt* [La gran empresa, un progreso para la economía y para la sociedad], una serie de hechos de enorme valor para el conocimiento del desarrollo económico contemporáneo; y en lugar de descubrir en ellos una objeción, reconozco de buena gana que Schulze-Gävernitz y otros economistas de la escuela de Brentano (Herkner, Sinzheimer) han tenido el mérito de haber llamado la atención sobre muchos hechos que anteriormente no hubiera apreciado de ninguna manera o que hubiera apreciado de manera insuficiente. No me avergüenzo ni siquiera de aceptar que aprendí algo del libro de Julius Wolff, *Sozialismus und sozialistische Gesellschaftsordnung* [Socialismo y ordenamiento social socialista].

A esto Plejánov lo llama "mezcolanza ecléctica [del socialismo científico] con las doctrinas de los economistas burgueses". Como si las nueve décimas partes de los elementos del socialismo científico no se hubieran tomado de los escritos de "economistas burgueses" y como si por otra parte existiera una ciencia de partido.[a]

[a] Un socialista ruso, muy cercano a mis ideas, S. Prokopovich, en un artículo muy agudo sobre el congreso del partido de Estocarda, publicado en la revista de la socialdemocracia belga, me acusó de incoherencia en mi lucha contra los excesos que pretendían transformar la ciencia en materia del partido. Al atribuirle a la teoría un influjo sobre la ciencia, según él, yo mismo contribuía a la confusión que en este aspecto reinaba en la socialdemocracia. "La

Para desgracia del socialismo científico de Plejánov, las frases marxistas an...tadas sobre la situación desesperada del obrero han sido subvertidas en un ...o titulado *El capital. Crítica de la economía política*. En esa obra leemos ... "hasta los ciegos pueden darse cuenta" del "renacimiento físico y moral" ...los obreros textiles del Lancashire después de la ley sobre las fábricas de ...7. Así pues, no era necesaria ni siquiera la república burguesa para ocasio... un cierto mejoramiento en la situación de una vasta categoría de obreros. ...el mismo libro encontramos que la sociedad actual "no es un cristal rígido, ... un organismo susceptible de transformarse e involucrado constantemente ...el proceso de transformación", y que en el estudio de los problemas eco...micos por parte de los representantes oficiales de esta sociedad es "innegable ...progreso". Y además; que el autor ha dedicado tanto espacio en el libro a ...efectos de la legislación de fábrica inglesa, para estimular el continente ...guir las huellas y la actuación de manera que el proceso revolucionario de ...ciedad se lleve a cabo en formas cada vez más humanas. (Prefacio.) Todo ...no significa que la situación del obrero sea desesperada, sino más bien que ...susceptible de mejoramiento. Y si a partir de 1866, año en que fue escrito, ...susodicha legislación no se debilitó sino se mejoró, generalizó e integró con ...s e instituciones que actúan en la misma dirección, actualmente se puede ...blar mucho menos que entonces de una situación desesperada de los obreros. ...comprobar estos hechos significa convertirse en seguidores del "inmortal

...a del partido —escribe— se llega a definir hasta como el conocimiento teórico de las ...ciones sociales efectivas. A pesar de que no es el conocimiento teórico el que ejerce un ...jo en la táctica del partido, sino, al contrario, la táctica del partido, la que influye de ...ra indiscutible en las doctrinas que circulan en el partido mismo. Para los modernos ...mientos de masa siempre existen los Vollmar que derriban a los Bernstein... La ciencia ...siempre materia del partido, mientras los hombres de acción sigan apegándose a la idea ...que cualquier concepción sobre el desarrollo económico puede influir en la táctica del ...tido. La ciencia será libre sólo a partir del momento en que se reconozca que su tarea ...siste en *servir* a los fines del partido y no en determinarlos." En lugar de oponerme al ...ho de que se haga depender la táctica del partido de una doctrina, que yo considero falsa, ...ría por el contrario oponerme al hecho de que se haga depender en general de una teoría ...quiera sobre el desarrollo social. (*Avenire Sociale*, 1899, I, pp. 15-16.)

Puedo estar sin más de acuerdo con gran parte del contenido de estas afirmaciones, puesto ... así lo hice notar en el primer capítulo —ya impreso cuando recibí el artículo de Proko...vich— al discutir el papel del eclecticismo. Cuando la doctrina se erige en dominadora, ...eclecticismo es el que, al rebelarse, abre la brecha a la ciencia. Pero no logro imaginarme ... voluntad colectiva sin una fe colectiva, que por más que el interés pueda contribuir a ...arrollarla, depende sin embargo al mismo tiempo de una noción o concepción cualquiera ...fundida sobre lo que es generalmente deseable o factible. Sin esta convicción colectiva no ... tampoco una acción colectiva duradera. Mi proposición a la que Prokopovich se opone ... hace más que establecer este hecho: "El segundo momento (en la definición de los pro...mas de táctica) es de carácter intelectual: el alto grado de conocimiento de la situación ...al y la conciencia alcanzada sobre la naturaleza y las leyes del desarrollo del organismo so...l y de sus elementos" (*Die Neue Zeit*, XVI, I, p. 485). A la luz de esta perspectiva, no puedo ...inar de la discusión de las cuestiones tácticas, el papel del conocimiento teórico, lo único ... puedo hacer es oponerme al hecho de que no se quiera tratar a la ciencia en cuanto tal ...o una cosa que está fuera del partido. Por lo demás, servir a una cosa significa influir ...re ella. Ya lo decía Mefistófeles, "en fin de cuentas dependemos de las creaturas que he... creado".

Bastiat", entonces el primer seguidor de este economista liberal ha sido precisamente Karl Marx.

Plejánov, a pesar de que cita con gran satisfacción la sentencia de Liebknecht en el congreso partidario de Stuttgart —es cierto que "una mente como Marx debió estar en Inglaterra para escribir *El capital*; Bernstein, en cambio, se dejó sugestionar por el colosal desarrollo de la burguesía inglesa"—, sin embargo encuentra que esta afirmación todavía es demasiado favorable para mí. Según él, no es preciso ser Marx para permanecer fiel, en Inglaterra, al socialismo científico (en el sentido de Marx y Engels). Mi apostasía se debe más bien a mi "poca confianza" con este socialismo.

Entiéndase bien, ni siquiera se me pasa por la mente discutir sobre este último punto con un hombre cuya ciencia exige, de una forma u otra, declarar como desesperada la situación del obrero, hasta el derrumbe general. El caso de Liebknecht es distinto. Si he entendido bien el veredicto, trataba de concederme las circunstancias atenuantes. Gustosamente tomo nota de ello, pero debo declarar que no puedo aceptarlas. Naturalmente estoy muy lejos de compararme con el pensador Marx. Pero no se trata aquí de mi mayor o menor inferioridad respecto a Marx. Cualquiera puede tener razón contra Marx, a pesar de no tener su cultura ni su inteligencia. El problema consiste en si los hechos por mí comprobados son exactos o no y si respaldan las conclusiones que extraje de ellos. Como se habrá visto, ni siquiera una mente como la de Marx se ha librado del destino de tener que modificar considerablemente, en Inglaterra, sus opiniones preconcebidas. También él, en Inglaterra, se convirtió en el apóstata de ciertas ideas que había llevado.

Se me puede objetar que, si Marx ha reconocido sin duda la existencia de esos progresos, el capítulo final del primer libro de *El capital*, concerniente a la tendencia histórica de la acumulación capitalista, demuestra sin embargo qué poco habían influido estos detalles en su concepción básica. A lo que yo replicaría que esto, en el caso de que fuera exacto, es una prueba contra dicho capítulo y no contra mí.

Este capítulo tan citado se puede interpretar de diversas maneras. Creo que fui yo el primero en interpretarlo, y muchas veces, como una caracterización sumaria de una *tendencia* de desarrollo que es, sí, inherente a la acumulación capitalista, pero que no logra realizarse claramente en la práctica, y por esto mismo no conduce necesariamente a la agudización de los contrastes que el capítulo describe. Engels no desmintió nunca mi interpretación y no la declaró errónea, ni por escrito ni verbalmente. No tuvo nada que decir ni siquiera cuando en 1891 escribí en un artículo sobre un trabajo de Schultze-Gävernitz a propósito de estos problemas: "Es obvio que ahí donde la legislación, es decir, la acción consciente y planificada de la sociedad, interviene de manera adecuada, puede contrastar y, de acuerdo con las circunstancias, hasta anular los efectos de las tendencias del desarrollo económico. Marx y Engels no sólo no negaron nunca esto, sino que más bien lo subrayaron repetidas veces" (*Die Neue Zeit*, IX, 1, p. 736). Si se lee dicho capítulo dentro de este contexto se deberá también añadir tácitamente siempre la palabra "tendencia" a todas cada una de sus frases, y de esta manera no se verá uno obligado a compatibilizarlas con la realidad recurriendo a artificios interpretativos que distorsionan el

sentido. En ese caso, sin embargo, el capítulo mismo perdería o perderá cada vez más significado a medida que avanza el desarrollo real. Su significado teórico no consiste, en efecto, en la comprobación de la tendencia general a la centralización y a la acumulación capitalista, que ya había sido verificada mucho antes de Marx por economistas burgueses y socialistas, sino más bien en la descripción característica que les da Marx a las circunstancias y a las formas en que esa tendencia podría realizarse a un nivel más alto, y de los resultados a que ésta debería llevar. Pero precisamente en este punto es donde el desarrollo efectivo hace que maduren las instituciones y fuerzas nuevas de manera continua, hechos siempre nuevos respecto a los cuales dicha exposición parece insuficiente, y pierde en igual medida su capacidad de servir de modelo para el desarrollo futuro. Ésta es mi interpretación del capítulo sobre la acumulación.

Aunque también se lo puede entender en una manera distinta. Se puede interpretar en el sentido de que, todos los mejoramientos ya mencionados y los que eventualmente puedan seguirse, no son más que paliativos temporales contra las tendencias opresivas del capitalismo; que adquieren el significado de modificaciones irrelevantes, impotentes para oponerse seriamente en el largo plazo a la agudización de los contrastes descrita por Marx, y que esta última terminará más bien por producirse —si no detalle por detalle, por lo menos en lo sustancial— de la manera descrita y llevará a la revolución catastrófica prevista. Se trata de una interpretación que podría citar en su favor el tono categórico de las últimas frases del capítulo, y que por lo demás se refuerza con la referencia final, hecha una vez más, al *Manifiesto comunista*, después de que un poco antes había aparecido hasta Hegel con su negación de la negación en el punto en que se habla de la reconstrucción sobre nuevas bases de la propiedad individual negada por el modo capitalista de producción.

A mi juicio, es imposible decir de manera perentoria cuál es la interpretación verdadera y cuál la falsa. En mi opinión, el capítulo revela más bien un dualismo que circula por toda la obra monumental de Marx y que se manifiesta también en otros lugares, aunque en una forma menos plena. Un dualismo que consiste en esto: en que la obra pretende ser un análisis científico a pesar de tratar de demostrar una tesis ya bien definida mucho antes de que la obra hubiera sido concebida; en que ésta se basa en un esquema en el que el resultado al que debía conducir el desarrollo ya se ha conseguido de manera anticipada. El retorno al *Manifiesto comunista* denota aquí un residuo efectivo de utopismo en el sistema de Marx. Marx había aceptado sustancialmente la solución de los utopistas, pero había considerado insuficientes los medios y las pruebas. Se dedicó, pues, a su revisión con la asiduidad, el rigor crítico y el amor a la verdad propios del genio científico. No disimuló ningún factor importante, y cuando el objeto del análisis no concordaba directamente con el objetivo último del esquema demostrativo, renunció también a reducir de manera forzada el alcance de estos hechos. Hasta aquí su obra queda inmune de cualquier tendencia que comprometa su cientificidad,[4] al no constituir por sí misma un impedimento para la cientificidad la simpatía general por los esfuerzos de emancipación de la

[4] Naturalmente, prescindo aquí de la tendenciosidad que se manifiesta en el modo de tratar a las personas y de representar los eventos, y que no tiene ninguna vinculación necesaria con el desarrollo económico.

clase trabajadora. Pero cuando Marx llega a tocar los puntos en que dicho objetivo final se pone seriamente en duda, pierde su seguridad e infalibilidad, y se cae entonces en contradicciones como las que hemos puesto de manifiesto, entre otras cosas, en el capítulo sobre la dinámica de los ingresos en la sociedad moderna. Es el momento en que advertimos que, en el fondo, esta gran mente científica se encontraba prisionera de una doctrina. Usando una metáfora podríamos decir que ha levantado en los escantillones de un andamiaje preexistente un poderoso edificio, en cuya construcción se han seguido rigurosamente las leyes de la arquitectura científica mientras éstas no chocaban con las condiciones que le había prescrito la construcción del andamiaje; pero las abandonó, o les dio la vuelta cuando el andamiaje resultó demasiado estrecho para permitir observarlas. Entonces, en lugar de destruir el andamiaje en las partes en que obstaculizaba el equilibrio de la construcción, modificó la construcción misma a expensas de la proporción, subordinándola totalmente al andamiaje. ¿El conocimiento de la irracionalidad de esta proporción fue lo que lo indujo a abandonar la culminación de la obra para dedicarse a mejorar repetidamente los detalles? Sea como sea, estoy convencido de que cada vez que aparece dicho dualismo, debe desaparecer el andamiaje para que se yerga el edificio. Lo que merece sobrevivir a Marx está en esto último y no en lo primero.

La mejor confirmación de esta convicción personal la constituye la ansiedad con que precisamente los más preparados entre los marxistas, que no han sabido separarse todavía del esquema dialéctico de la obra —el andamiaje del que hablaba—, tratan de aferrarse a ciertas posiciones de *El capital* ya superadas por la realidad. Por lo menos, sólo así puedo explicarme cómo una mente ordinariamente tan realista como la de Kautsky haya podido responder en Stuttgart a mi observación de que ya hace tiempo que está aumentando en lugar de disminuir el número de los poseedores, con estas palabras: "Si esto fuera cierto no sólo se retardaría mucho el momento de nuestra victoria, sino que no llegaríamos nunca a la meta. Si aumentan los capitalistas y no los proletarios, entonces nos alejamos cada vez más de la meta a medida que avanza el desarrollo; entonces se consolida el capitalismo y no el socialismo."

Si esta frase —que Plejánov, como es natural, suscribe considerándola "acertada"— no estuviera vinculada con el esquema demostrativo de Marx, me resultaría incomprensible en boca de un Kautsky. Un sentido parecido tenían también los artículos de Rosa Luxemburg —que a pesar de todo, son lo mejor que se ha escrito en mi contra, desde el punto de vista metodológico— cuando me objetaba que, de acuerdo con mi modo de pensar, el socialismo dejaría de ser una necesidad histórica objetiva y adquiriría un fundamento idealista. Aunque la argumentación presenta algunos bandazos lógicos que ponen los pelos de punta y termina por identificar de una manera absolutamente arbitraria el idealismo con el utopismo, capta sin embargo el meollo de la cuestión en la medida en que yo no sólo no hago depender, en realidad, la victoria del socialismo de su "necesidad económica inmanente", sino más bien no considero ni posible ni necesario darle un fundamento meramente materialista.

El hecho de que el número de los poseedores aumente en lugar de disminuir no es una invención de los teóricos burgueses de las armonías económicas, sino un hecho ya irrefutable revelado por los agentes del fisco frecuentemente a despecho de los interesados. Pero, ¿qué tiene que ver este hecho con la victoria del socialismo? ¿Por qué la realización del socialismo depende de este hecho, es decir, de su mentís? La cosa es muy simple: porque parece ser que así lo prescribía el esquema dialéctico; porque si se admite que un número creciente y no decreciente de poseedores se apropia del sobreproducto social corre peligro de venirse abajo uno de los pilares del andamiaje. No obstante, este problema se refiere únicamente a la doctrina especulativa. Por lo que respecta a los esfuerzos activos de los obreros, este problema es completamente marginal, porque no afecta ni su lucha por la democracia política ni su lucha por la democracia en la fábrica. Las perspectivas de esta lucha no dependen ni del pilar de la concentración del capital en manos de un número cada vez más reducido de magnates, ni de todo el andamiaje dialéctico del que forma parte este pilar, sino del incremento de la riqueza social y por consiguiente de las fuerzas productivas sociales junto con el progreso de la sociedad, en general, y de la madurez intelectual y moral de la clase trabajadora, en particular.

Si la victoria del socialismo dependiera de la disminución constante del número de los magnates del capital, la socialdemocracia, al pretender actuar coherentemente, debería, si no favorecer con todos los medios posibles la progresiva acumulación de capitales en pocas manos, por lo menos abstenerse de cualquier acción que pueda frenarla. En realidad, muchas veces actúa en sentido opuesto, como por ejemplo, en los problemas de política fiscal, cuando están en juego sus votos. Desde el punto de vista de la teoría del derrumbe, gran parte de su acción práctica se reduciría a un trabajo de Penélope. Pero en este caso no es su acción práctica la que está equivocada. El error está en la doctrina, cuando ésta da a entender que el progreso depende del empeoramiento de la situación.

En el prefacio a *La cuestión agraria*, Kautsky ataca a los que hablan de la necesidad de una superación del marxismo y multiplican las dudas y las perplejidades sin avanzar lo más mínimo en lo que ya se ha conquistado.

Esto es exacto en la medida en que las dudas y perplejidades no constituyen en una refutación positiva. Pero pueden ser el primer paso en dicha dirección. ¿Cuál es, pues, el verdadero problema, la superación del marxismo o no más bien el rechazo de ciertos residuos de utopismo que el marxismo arrastra todavía tras de sí y en los cuales debemos buscar la fuente original de las contradicciones teóricas y prácticas que sus críticos le han echado en cara? Como este escrito ya se prolongó más de lo debido, debemos renunciar a abordar todos los puntos que implica dicho problema. Aunque con mayor razón considero obligatorio declarar que, en mi opinión, no ha sido refutada toda una serie de objeciones que han levantado otros contra ciertos detalles de la doctrina de Marx y que algunas son irrefutables. Y puedo hacerlo tanto más cuanto que dichas objeciones son absolutamente irrelevantes para los fines de los esfuerzos de la socialdemocracia.

No debemos ser, a este respecto, menos susceptibles. Ya ha sucedido muchas veces ver a algunos marxistas afanarse en combatir una serie de afirmaciones creyendo que contradicen diametralmente a las doctrinas de Marx, mientras que, haciendo cuentas, resultaba que la supuesta contradicción no existía en su mayor parte. Tengo todavía en mente, entre otras cosas, la polémica que se

desencadenó a propósito de las investigaciones que el difunto doctor Stiebeling realizó sobre el efecto de la condensación del capital sobre la tasa de explotación. Tanto en los detalles de sus cálculos, como en el modo de presentarlos, Stiebeling se hizo culpable de errores garrafales que Kautsky tuvo el mérito de haber puesto en evidencia. El libro tercero de *El capital* demostró, en cambio, que la idea central de los trabajos de Stiebeling —es decir, la disminución de la tasa de explotación paralelamente a la creciente concentración del capital— no contradecía la teoría de Marx en la medida en que nos parecía a la mayor parte de nosotros, aunque la explicación que daba Stiebeling fuese diversa de la de Marx. Pero, en su oportunidad, Stiebeling debió oír decir que si lo que decía fuera cierto, sería falsa la base teórica del actual movimiento obrero, es decir, la doctrina de Marx. Y quien decía estas cosas tuvo hasta el valor de apelar a varios pasajes de Marx. Un análisis de la controversia que se vinculara con los ensayos de Stiebeling podría, en cambio, contribuir seriamente a esclarecer varias contradicciones de la teoría del valor.[5]

Análogas contradicciones subsisten respecto a la valoración de la relación entre economía y violencia en la historia, contradicciones que tienen su correspondencia en la valoración contradictoria de las tareas y de las posibilidades prácticas del movimiento obrero. Ya las hemos discutido anteriormente, pero es un punto sobre el que hay que volver una vez más. El problema a analizar no consiste, sin embargo, en ver en qué medida la violencia ha determinado, en el origen y en el transcurso de la historia, la economía y viceversa; sino sencillamente ver qué capacidad creativa tiene la violencia dentro de la sociedad actual. A este propósito, mientras hace tiempo ciertos marxistas le atribuían a la violencia un papel meramente negativo, actualmente se puede observar una exageración en sentido opuesto, de ahí que se le atribuya a la violencia casi una omnipotencia creadora, y la acentuación de la acción política aparece como la quintaesencia del "socialismo científico" —o también "comunismo científico",

[5] A este propósito, quisiera llamar la atención sobre un importantísimo artículo firmado por "Lxbg" en relación con el ensayo de Stiebeling (*Die Neue Zeit*, año de 1887), en el que entre otras cosas se anticipa la solución a la tasa de ganancia. El autor, desconocido para mí, dice en realidad, a propósito del plusvalor, exactamente las mismas cosas que yo había dicho en el capítulo sobre la teoría del valor. Escribe, en efecto: "La tasa de plusvalor ... relación entre la ganancia total y el salario total es un concepto que no se puede a... a las ramas aisladas de la producción" (p. 129). Lo que en ese entonces le objetó Kautsky a esta afirmación era ciertamente lo mejor que se podía decir basándose en los libros de *El capital* de los que se disponía y captaba también la forma en que "Lxbg" había revestido su idea. De hecho, no cabe duda de que se puede aplicar el concepto de la tasa de plusvalor a las ramas aisladas de la producción. Pero lo que en realidad quería decir "Lxbg" era igualmente exacto. La tasa de plusvalor es una *magnitud mensurable* únicamente respecto a la economía global tomada como unidad, y por esta razón no puede establecerse para cada una de las ramas de la producción en particular, mientras dicha economía no se haya realizado —o por lo menos, mientras el valor del trabajo no se refiera directamente al salario. En otros términos, no existe una medida real para la tasa de plusvalor de las ramas de la producción tomadas por separado.

[*Agregado a la edición de 1920*] El nombre completo del autor citado aquí es M. Lusc...berg del que apareció a fines de 1919 un ensayo titulado *Das Valuta-Elend und seine Be...tung* [El déficit valorativo y sus remedios] (Frankenhausen Schröder & Höhne) que considero digno de la máxima consideración.

...no ha bautizado a este término una nueva moda, que ciertamente no ha favorecido su sentido lógico.

No tendría sentido volver a los prejuicios de las generaciones anteriores respecto a las capacidades del poder político, ya que esto significaría retroceder ... más atrás. Los prejuicios a los que estuvieron ligados, por ejemplo, los utopistas, tenían sus buenas razones y tal vez no pueda decirse ni siquiera que fueron prejuicios, desde el momento que se apoyaban en la inmadurez efectiva de las clases trabajadoras de aquel tiempo, ante la cual no eran posibles un ...ero despotismo plebeyo, por una parte, y una recaída en la oligarquía de ...e, por otra. En tales circunstancias el traslado a la política debió parecer ...no un apartamiento de tareas mucho más urgentes. Hoy en cambio, desaparecidas en parte estas premisas, ningún hombre responsable puede pensar en ...icar la acción política con los argumentos de aquella época.

El marxismo, como hemos visto, invirtió ante todo los términos del problema ... señalar las capacidades potenciales del proletariado industrial, predicó la ...ión política como una tarea absolutamente primordial del movimiento obrero. ¡Pero a través de cuántas contradicciones! También el marxismo reconoció, distinguiéndose en esto de los partidos demagógicos, que la clase trabajadora ...había alcanzado la madurez indispensable para su emancipación, y que para ... fin no existían ni siquiera las premisas económicas adecuadas. Pero, a pesar ...esto, se apegó insistentemente a una táctica que daba casi por descontada la realización de ambas premisas. Si recorremos la publicidad marxista, nos encontramos con algunos pasajes en los que se subraya la inmadurez de los trabajadores con una severidad que se distingue poco del doctrinarismo de los primeros socialistas e inmediatamente después, con otros, según los cuales parecería que ... la civilización, la inteligencia y la virtud se encuentran sólo en la clase obrera, hasta el punto que no se logra comprender por qué no deben tener ...n los socialrevolucionarios y los anarquistas más radicales. Es natural que ...te planteamiento le corresponda la orientación constante de toda la actividad política hacia la espera de la inminente catástrofe revolucionaria, ante la ... la actividad legal parece como un simple *pis aller*, un expediente meramente momentáneo. La consecuencia de todo esto es que se ha renunciado en principio ...afrontar un problema de fondo: ¿qué podemos esperar de la acción legal, y ...é de la revolucionaria?[6]

Es evidente que sobre este problema existen serias divergencias. Pero se acostumbra indicar dichas divergencias con el hecho de que la ley o el camino ...las reformas legales es más larga, mientras que la de la violencia revolucionaria es más rápida y radical.[7] Pero esto es válido sólo bajo ciertas condiciones, ... naturaleza de las medidas que se toman, y su relación con las distintas cla-

[6] [*N. del A.*] Esto se debe esencialmente a la circunstancia de que, mientras Marx vivió, ...movimiento obrero político, en la mayoría de los países, debió seguir luchando ante todo ...conquistar las condiciones preliminares de una ventajosa acción legal.

[7] En este sentido Marx habla, en el capítulo sobre la jornada laboral, de las "ventajas ...culares del método revolucionario francés" que se pusieron de manifiesto en la ley fran... de las doce horas en 1848, en cuanto que ésta imponía la jornada laboral igual para ... los trabajadores y todas las fábricas sin excepción, lo que es exacto. Pero se ha com...bado que esta ley radical quedó en letra muerta a lo largo de una generación.

ses del pueblo y con sus costumbres, es lo que establece si es más proficua la vía legal o la revolucionaria.

En general, puede decirse que la vía revolucionaria (siempre en el sentido de violencia revolucionaria) actúa más rápidamente cuando se trata de eliminar una serie de obstáculos que presenta una minoría privilegiada al progreso social. Su fuerza está en su lado negativo.

La actividad legislativa constitucional, en este aspecto, actúa normalmente en una forma más lenta. Ordinariamente su camino es el del compromiso, de la transacción con los derechos adquiridos y no el de la destrucción. Pero es más fuerte que la revolución cuando el prejuicio, el horizonte limitado de las masas obstaculiza el progreso social, y ofrece mayores ventajas cuando se trata de crear una serie de estructuras económicas durables, en otros términos, para los fines de la acción político-social positiva.

En los períodos de actividad legislativa pacífica, el intelecto es el que domina al sentimiento; en la revolución el sentimiento es el que domina el intelecto. Pero si el sentimiento es a menudo un pésimo guía, el intelecto es un motor pesado. Si la revolución peca por su precipitación, la actividad legislativa cotidiana peca por su lentitud. La actividad legislativa actúa como fuerza metódica, la revolución como fuerza elemental.

Cuando una nación ha alcanzado un ordenamiento político en que el derecho de la minoría poseedora no constituye ya un serio obstáculo para el progreso social, en que las tareas negativas de la acción política ceden su lugar a las positivas, la apelación a la revolución violenta se convierte en hueca palabrería.[a] Se puede derribar un gobierno, una minoría privilegiada, pero no un pueblo entero.

La misma ley, con todo su prestigio de autoridad sostenida por las armas, es a menudo impotente contra las costumbres y los prejuicios arraigados en el pueblo. El desconcierto económico actual de Italia no tiene de ninguna manera su raíz última en la mala voluntad o en la falta de buena voluntad de la casa de Savoya. Ante la corrupción ya tradicional de los funcionarios públicos, y a la ligereza de las masas populares, fallan a menudo aun las mejores leyes y los mejores ordenamientos. Dígase lo mismo de España, de Grecia, y en una medida mucho mayor del Oriente. En la misma Francia, en que la república ha hecho mucho por el progreso de la nación, ésta no sólo no ha extirpado ciertas gangrenas de la vida nacional, sino que las ha agravado. Lo que parecía una inaudita corrupción bajo la monarquía burguesa, hoy día se ha convertido en una historieta inocente. Una nación, un pueblo, sólo idealmente forman una unidad, y la soberanía del pueblo proclamada legalmente no convierte en la realidad a dicho pueblo en el factor dominante. Puede hacer que el gobierno dependa precisamente de aquellos contra los que debería mantenerse firme: los funcionarios, los políticos de oficio, los propietarios de la prensa. Dígase lo mismo de los gobiernos revolucionarios así como de los constitucionales.

La dictadura del proletariado —en que la clase trabajadora no dispone todavía de organizaciones autónomas muy fuertes de carácter económico y no

a "Afortunadamente el revolucionarismo, en este país, dejó de ser una palabrería más que nada afectada" (Boletín mensual del *partido obrero independiente de Inglaterra*, enero de 1899).

ha alcanzado aún, a través de la práctica de los organismos de autogobierno, un alto grado de autonomía espiritual— significa una dictadura de los oradores de clubes o de los literatos. A los que consideran que la culminación del arte de gobernar consiste en la opresión vejatoria de las organizaciones obreras y en la exclusión de los obreros de los organismos legislativos y administrativos, no les aconsejaría que experimentaran alguna vez la diferencia que existe en la práctica.[9] Mucho menos se lo aconsejaría al movimiento obrero mismo.

A pesar de los grandes progresos logrados por la clase obrera desde el punto de vista intelectual, político y económico, desde la época en que escribían Marx y Engels, considero sin embargo que actualmente no está todavía suficientemente desarrollada como para poder asumir el poder político. Me veo obligado a decir esto en una manera más abierta, ya que precisamente sobre este tema se va insinuando en la publicidad socialista un *cant* que amenaza sofocar cualquier juicio racional. Por otra parte, estoy convencido de que sólo entre los obreros que se encuentran a la vanguardia de la lucha por la emancipación de su clase puedo encontrar con seguridad una valoración objetiva de mis afirmaciones. Todavía no he oído a ninguno de los obreros con los que he discutido problemas socialistas, opiniones sustancialmente divergentes sobre este punto. Sólo los literatos, que no han estado nunca en íntima relación con el movimiento obrero real, pueden dar un juicio diferente al respecto. De ahí el humor cómico —por no usar una expresión más fuerte— de Plejánov contra todos los socialistas que no le atribuyen a priori a la clase trabajadora aquello en que debe convertirse de acuerdo con su misión histórica, y que encuentran problemas donde él ya tiene la solución. ¡El proletariado soy yo! El que no tiene la misma forma de pensar que él respecto al movimiento, es un doctrinario y un burgués filisteo.

No se supera el utopismo transfiriendo especulativamente al presente e imputando al presente mismo lo que deberá suceder en el futuro. Debemos tomar a los obreros por lo que son. Y no es tan general su empobrecimiento como preveía el *Manifiesto comunista*, ni son tan libres de prejuicios y de flaquezas como pretenden hacernos creer sus aduladores. Tienen las virtudes y los vicios de las condiciones económicas y sociales en que viven. Y no es posible de un día para otro eliminar estas condiciones, ni sus efectos relativos.

Aun la más violenta revolución no es capaz de modificar sino en forma lenta el nivel general de la gran mayoría de una nación. Se hace muy bien en responder —a los adversarios del socialismo que hacían el famoso cálculo de la escasa incidencia que tendría una repartición uniforme del ingreso sobre el ingreso de la gran masa— que dicha repartición uniforme constituye únicamente una ínfima parte de lo que el socialismo trata de realizar. Pero no hay que olvidar que esta otra cosa, es decir, el aumento de la producción, no es algo que se improvisa tan fácilmente. "Sólo habiendo alcanzado cierto grado de desarrollo de las fuerzas productivas sociales, que *respecto a nuestras actuales condiciones es ciertamente muy elevado*, se hace posible aumentar la pro-

9 [*N. del A.*] Hoy día no es una casualidad que la frecuente recaída de socialistas en las burdas excrecencias del blanquismo haya partido de Rusia. La condescendiente recepción en forma teórica de este fenómeno por parte de una gran parte de los socialistas occidentales, se debió a la reacción psicológica de la guerra.

ducción a tal punto que la abolición de las diferencias de clase pueda constituir un progreso real y ser duradera, sin provocar un estancamiento o hasta un retroceso en el modo social de producción." Señor Plejánov, ¿qué doctrinario o qué burgués filisteo escribió esto? Nada menos que Friedrich Engels.[10]

¿Hemos llegado ya al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas indispensable para la abolición de las clases? Ante las cifras fantásticas que en un primer momento se estructuraron para demostrar que se había alcanzado este nivel de desarrollo y que se basaban en una generalización del desarrollo de industrias particularmente favorecidas, algunos socialistas se esforzaron últimamente por llegar a una valoración objetiva de las posibilidades productivas de una sociedad socialista, basándose en cálculos cuidadosos y detallados. Ahora bien, sus resultados difieren considerablemente de aquellas cifras.[11] La hipótesis que se había formulado en su oportunidad para llevar a cabo una reducción general del horario de trabajo a cinco y cuatro o hasta tres y dos horas al día, no puede ni siquiera tomarse en consideración todavía por mucho tiempo, a menos que se reduzca considerablemente el nivel general de vida. Aun en una organización colectiva de trabajo, para poder reducir sensiblemente la jornada laboral por debajo de las ocho horas, quedando constante la masa de los productos y de los servicios, habría que empezar a trabajar a una edad muy temprana para poder dejar de hacerlo en una edad muy avanzada.

En suma, no es posible en el transcurso de un par de años poner a toda la clase trabajadora en condiciones sustancialmente muy diferentes de las que hoy vive. Los primeros en reconocer esto deberían ser, a decir verdad, precisamente los que en materia de relaciones numéricas entre clases proletarias y clases poseedoras se han entregado voluntariamente a las exageraciones más destrampadas. Pero el que es irracional en este punto es normal que lo sea también en otras cosas. Por esta razón no me sorprende de ninguna manera que el mismo Plejánov, que tanto se indigna al ver que se presenta como desesperada la situación de los obreros, no encuentre algo mejor que el juicio de "filisteo burgués" para liquidar mis argumentaciones sobre la imposibilidad, todavía por algún tiempo, de abandonar el principio de la autorresponsabilidad económica del que está en condiciones de trabajar. No por nada se es filósofo de la irresponsabilidad.

En cambio, el que se esfuerza por conocer el movimiento obrero real, descubrirá también que en él se toma poco en cuenta la falta de las cualidades que le parecen "filisteo-burguesas" al hijo de la burguesía convertido en proletario de ocasión; descubrirá que en esto no se adula de ninguna manera al proletarismo moral, sino al contrario, se hacen todos los intentos por convertir al proletariado en un "burgués filisteo". Con el proletariado inestable, sin patria y sin

[10] Cf. F. Engels, *Soziales aus Russland*, Vorwärts-Ausgabe, p. 50.

[11] Cf. Atlanticus, *Ein Blick in den Zukunftstaat, Produktion und Konsum in Sozialstaat* [Una mirada al estado futuro; producción y consumo en el estado socialista] (Stuttgart-Dietz) y el artículo "Etwas über Kolektivismus" [Sobre el colectivismo] del Dr. Josef Ritter von Neupauer aparecido en *Deutsche Worte* de Pernestorf, del año 1897-1898. Tanto un trabajo como otro, aunque no están exentos de algunas objeciones, se recomiendan calurosamente al que desea ponerse al corriente sobre esta problemática. Neupauer considera que con un cálculo de la prestación media de todas las máquinas, se llegaría a la conclusión de que éstas sí ahorran fuerza de trabajo humana, pero no la tercera parte.

…alia, no se podrá nunca fundar un movimiento sindical duradero y sólido; …que ha transformado a tantos dirigentes obreros ingleses —socialistas y no …alistas— en fautores fervientes de la templanza,[12] no ha sido un prejuicio …gués, sino la convicción adquirida a través de décadas de trabajo organiza… Los socialistas obreros conocen los defectos de su clase y en lugar de …lizarlos, los más conscientes tratan de combatirlos con todas sus fuerzas.

Debo referirme una vez más al juicio de Liebknecht según el cual yo me … dejado sugestionar por el grandioso desarrollo de la burguesía inglesa. Esto …ierto sólo en el sentido de que me he convencido de que las afirmaciones …re la desaparición de las clases medias, que antes tenían mucha importan… en nuestra publicidad y que se basaban en datos estadísticos defectuosos, … inexactas. Pero esto por sí mismo no basta para obligarme a revisar mis …as sobre la rapidez y el carácter de la evolución hacia el socialismo. Para … ha sido mucho más instructivo el conocimiento directo del movimiento …ero clásico de la edad moderna. Y, aun evitando generalizaciones acríticas, …oy convencido, y he recibido la confirmación de varias partes, de que la si…ción en el continente no es, en principio, distinta de la de Inglaterra. No se …ta de fenómenos nacionales, sino sociales.

Si no podemos pretender de una clase cuya gran mayoría está alojada …ablemente, está mal instruida, gana poco y lo poco que gana no es segu… el alto nivel intelectual y moral que constituye el presupuesto de la insti…ción de una sociedad socialista estable, tratemos entonces de no atribuírselo … ninguna manera. Congratulémonos por el gran patrimonio de inteligen… … de abnegación y de fuerza que el movimiento obrero moderno en parte ha …nifestado espontáneamente y en parte ha sabido construir, pero no trans…amos acríticamente a las masas, a los millones de individuos, cosas que son …lidas para una *élite*, para un centenar de miles de individuos. No pretendo …scribir aquí el parecer de los obreros sobre este punto, del que he sido …ormado verbalmente y por escrito, ni tengo necesidad de defenderme, ante …sonas entendidas, de la acusación de fariseísmo y pedantería. Aunque acep…tén más que aquí utilizo dos países y dos medidas. Precisamente porque …o mucho de la clase obrera, me he dejado llevar a juzgar más duramente …o lo que tiende a corromper el juicio moral, más bien que lo que sucede en … clases superiores, y veo con gran amargura la gradual difusión en la prensa …rera de un tono de decadentismo literario que no puede tener otro efecto … el de generar confusión y, al final, corrupción. Una clase en ascenso nece… … una moral sana y no una decadente apatía. El hecho de que se plantee un …jetivo final demasiado optimista en el fondo es una cuestión secundaria, con … que persigan con energía sus objetivos inmediatos. Lo importante está en … sus objetivos estén consustanciados con un principio determinado, y sean …xpresión de un nivel superior de la economía y de toda la vida social; que … objetivos estén impregnados de una concepción social que marque un …greso en el desarrollo de la civilización, o sea, una moral más alta y una … más alta del derecho.

[12] También la presidencia del Partido obrero socialista independiente, en una reciente …ular, recomendó vivamente a sus secciones que no vendieran bebidas alcohólicas en sus …ales.

En este contexto no puedo suscribir la frase de que "la clase obrera no tiene ningún ideal que realizar", es más, encuentro en ella sólo el efecto de una ilusión, a menos que no sea más que un simple efecto del autor. En este sentido es como evoqué en su momento el espíritu del gran filósofo de Königsberg, del crítico de la razón pura, contra el *cant* que trata de anidarse en el movimiento obrero encontrando un cómodo apoyo en la dialéctica hegeliana. Los accesos de ira que con esto he provocado en Plejánov no han logrado sino reforzar mi convicción de que la socialdemocracia necesita un Kant que llame de una vez por todas a juicio al escolasticismo tradicional y lo someta al tamiz riguroso de la crítica; un Kant que muestre cómo, en el mismo momento en que su aparente materialismo constituye la más refinada y por lo mismo la más sutilmente desorientadora ideología, el desprecio de lo ideal y la exaltación de los factores materiales como fuerzas omnipotentes del desarrollo es una ilusión que ha sido y es descubierta de hecho siempre por los mismos que la proclaman. Una mente de esta naturaleza, que aclare con un rigor convincente qué cosa, de la obra de nuestros grandes precursores, merece y está destinada a sobrevivir, y qué cosa en cambio puede y debe morir, nos daría la posibilidad de emitir un juicio desapasionado de dichos trabajos que, si bien no partían de los mismos criterios que hoy consideramos obligatorios, estaban sin embargo determinados por los mismos objetivos por los que lucha la socialdemocracia. Ningún juez imparcial puede negar que, en este aspecto, la crítica socialista se deja a menudo coger en falso y pone de manifiesto todos los lados negativos de una generación de epígonos. En esto yo también he tenido parte de culpa y por esto no lanzo la primera piedra. Pero precisamente porque forman parte del juego, creo que estoy autorizado para expresar la necesidad de una reforma. Si no temiera ser mal interpretado (ya que estoy naturalmente preparado a ser tergiversado), traduciría el "volvamos a Kant" por un "volvamos a Lange". Del mismo modo que para los filósofos y científicos que propugnan por la "vuelta a Kant" no se trata de una vuelta a la letra de todo lo que ha escrito el filósofo de Königsberg, para la democracia no podría tratarse de una vuelta a todas las teorías y las valoraciones político sociales de un Friedrich Albert Lange. En lo que estoy pensando es en la admirable conexión que Lange ha realizado entre una leal y decidida toma de partido a favor de la lucha por la emancipación de la clase obrera y un excepcional desenfado científico, siempre dispuesto a confesar los errores y a reconocer nuevas verdades. Tal vez la magnanimidad que se trasluce en los escritos de Lange sólo se la puede encontrar en aquellos a los que les falta el rigor penetrante que pertenece a los precursores como Marx. Aunque un Marx no sólo no nace en cada época, sino que también para un hombre de igual ingenio el movimiento obrero actual sería demasiado vasto para poder asignarle el lugar que Karl Marx asume en su historia. Todo movimiento obrero necesita además de espíritus batalladores, espíritus capaces de poner orden y de llevar a cabo síntesis, dotados de una visión suficientemente elevada para saber separar el grano de la paja y de una mente suficientemente amplia para reconocer también la pequeña planta que ha crecido en un terreno distinto del propio —hombres que tal vez no sean reyes, pero que son republicanos que arden por el dominio del pensamiento socialista.

…ÍLOGO

…eo que rara vez un autor ha quedado tan sorprendido por la acogida de su …rito como lo he quedado yo con este trabajo. Del prefacio a la primera …ición se deduce claramente que la intención principal con que lo escribí … la de dar una explicación a mis críticos socialistas. En esa época vivía en …a localidad al sur de Londres, bastante alejada de la ciudad, tenía escasos …ntactos y de los diarios alemanes sólo leía regularmente algunos órganos de … socialdemocracia. Como es natural, estaba preparado para el caso en que … libro encontrara resistencia entre los compañeros de partido; pero todo …biera esperado menos que levantara en mi partido una tempestad de indig…ción contra mí y, como si esto no fuera suficiente, que me creara un cierto …ombre en los ambientes no socialistas. Desde hacía algún tiempo, me había …stumbrado a considerar las discusiones con los compañeros de partido como …untos internos de la socialdemocracia, a los que la prensa enemiga, aun …ando tomaba nota de ellas a su manera, no les prestaba mucha atención …cepto que se tratara de problemas de táctica política.

Si en esta ocasión las cosas resultaron distintas a propósito de este libro, … debía ante todo al hecho de que en él, un socialista de la escuela marxista …cía por primera vez una crítica a una serie de principios del marxismo …mno. Hasta entonces, la discusión entre los marxistas se había referido casi …mpre a la pura exposición de tales principios y a las conclusiones que se …raían de ellos, en que, con todo, regía el marxismo como la doctrina socia…ta que, al proclamar el derrumbe inminente del ordenamiento capitalista, …caba a la clase obrera en una actitud de hostilidad hacia el estado en …eral y de absoluta indiferencia por los intereses nacionales. Una vez sacu…da esta fe en la estructura férrea de la doctrina marxista —se pensó—, nece…riamente se verá sacudida también la disposición mental de los obreros que …án más vulnerables a las tendencias menos antiestatistas. Por esta razón el …bro recibió una gran acogida por parte de la prensa burguesa y se vio col…mada de toda clase de jubilosas alabanzas.

Como si esto no fuera suficiente para ganarse la animadversión de mis …mpañeros de partido en lucha con los partidos burgueses, los jefes del parti… nacionalsocialista, que por ese entonces se acababa de fundar, el reciente…mente desaparecido Friedrich Naumann y sus correligionarios del mundo inte…ctual, llegaron a especializarse en predisponerme ante los ojos de mi partido. Con citas de mi escrito, unidas tan sabiamente como para hacerlas aparecer … una saria de demostraciones en favor de la doctrina nacionalsocialista, …licaron a atacar en las asambleas a los oradores del partido, logrando po… … aprietos a muchos de ellos que no estaban maduros para esta clase de …ctica. "Palidecí de desaliento cuando Naumann exclamó en la asamblea: … dice Bernstein' ", me confesó a mi regreso a Alemania uno de mis com…ñeros, leyéndome angustiosamente el discurso que había preparado y se …ponía a pronunciar contra mí en el congreso. ¿Podía acaso disgustarme con

él, cuando me hizo saber su intención? Debía disgustarme ante todo con Naumann, que en su periódico había escrito triunfante: "Bernstein es nuestro centinela más avanzado en el campo de la socialdemocracia", sin reflexionar en que una provocación semejante habría despertado necesariamente en la masa de los agitadores del partido el deseo de liberarse lo más pronto posible de un "centinela" tan dudoso.

A su vez, fue mal recibido entre las filas de los socialistas teóricamente aguerridos el hecho de que al criticar los principios de Marx yo hubiera omitido la exposición abierta de las consecuencias que se extraían de dicha crítica y me hubiera limitado a hacer observaciones más que otra cosa alusivas. En esto, algunos encontraban una falta de valor moral, otros, de madura concepción teórica. Ahora bien, es cierto que por lo que se refiere a las exigencias del partido en materia de agitación no siempre había sacado las consecuencias últimas de mis tesis críticas, creyendo que bastaba con haber estimulado a la reflexión sobre fenómenos que para mí mismo presentaban muchos aspectos dudosos. Pero, ya que no deseaba proclamar a los cuatro vientos la razón de mi abstención, no corrí mejor suerte con los teóricos que con los agitadores. Y así cayó sobre mi cabeza un torrente de ataques de una parte y de otra: en un congreso partidario —de Hannover en 1899— fui juzgado formalmente y si se me respetó en mi persona y recibí en aquella ocasión la mejor prueba del respeto que la socialdemocracia tuvo siempre por la libertad de opinión, no se me ahorró el rechazo claro de mis tesis críticas y de mis propuestas positivas.

Y ya que había sido demasiada mi intimidad de sentimientos y de pensamiento con el partido, como para darles conscientemente sinsabores en mi respuesta a los ataques en su mayoría furibundos y provenientes de las esferas del partido, me limité a rechazar los malos entendidos y tergiversaciones, dejándole al tiempo la última palabra sobre mis pronósticos. Ahora, creo que puedo afirmar con seguridad y sin escudarme en la vanidad de autor que el tiempo me dio la razón en la mayor parte de los puntos, al confirmar mis deducciones. Los datos estadísticos que he añadido a esta nueva edición en las notas adicionales, respecto al desarrollo de los negocios, a la organización de las clases y a la repartición del ingreso, demuestran que, hasta el estallido de la guerra, el desarrollo siguió el derrotero señalado en este libro. También se pueden considerar confirmadas mis afirmaciones sobre la distinta configuración del problema de las crisis. Y ya es de dominio público para casi todos los socialistas y reformadores sociales, lo que escribí sobre el potencial económico y sobre los resultados sociales de los antídotos capitalistas contra las crisis.

No faltan, naturalmente, teorías que van aún más allá de lo que escribí sobre estos problemas. Franz Oppenheimer ha sostenido en numerosos escritos la teoría de que la tendencia a la explotación que Marx le atribuye al capital con todas sus consecuencias, entre las que se cuentan también las crisis de sobreproducción, no se hubiera podido desarrollar si la apropiación violenta de la tierra por parte de la nobleza feudal no hubiera creado las premisas económicas, y que la prolongación de esta explotación se debe únicamente a la persistencia de la gran propiedad monopolista del suelo. Más adelante, en su ensayo *Grossgrundeigentum und soziale Frage* [La gran propiedad del suelo

a cuestión social] trató de demostrar empíricamente esta tarea deductiva tenida por una seductora dialéctica, basándose en la historia económica, y y que admitir que su vigorosa argumentación tiene un fuerte poder de conción. En el fondo, no dice nada diferente de lo que Marx expuso en el litulo final del libro primero de *El capital*, sobre "la teoría moderna de colonización", o sea, que la explotación capitalista, para poder difundirse namente, necesita una población a la que una serie de leyes o disposiciones onopolistas le impida huir a la campiña para convertirse en cultivadora indendiente. Sin embargo, la historia de las economías de Estados Unidos, de nadá, etc., nos dice que la gran industria moderna puede desarrollarse aun los lugares donde existen en medida elevada dichas posibilidades, y que la crea, gracias a la ley de la competencia, relaciones favorables al nacimiento la expansión del monopolio. El "hombre económico" como elemento imlsor, en el que Oppenheimer basa su deducción, es en última instancia ecisamente una abstracción, ya que en la realidad existe toda una serie de otivos no económicos que influyen sobre los hombres en la elección de su stalación, de la profesión, etc., y llevan por lo tanto a desviaciones respecto la línea de desarrollo que presenta un mundo hecho de hombres meramente onómicos. Aunque habrá que concederle siempre a Oppenheimer que con rigurosa separación entre el factor meramente económico y político, etc., ntro del desarrollo social, se ha hecho acreedor a grandes méritos en el cam del conocimiento científico, al descubrir la fuente de muchas conclusiones adas de los economistas burgueses y socialistas.

En muchos aspectos se acerca a Oppenheimer el socialista ruso recienteente desaparecido, M. Tugán-Baranovski, un pensador que además de su opia teoría sobre el valor elaboró también su propia teoría sobre las crisis. primera, que él llama teoría de los costos absolutos de trabajo, refuta la oría de Marx sobre el valor en la forma metafísica que había asumido en las aboraciones del libro tercero de *El capital*, aunque se apega lo más rigurosaente posible a la teoría de la explotación del obrero asalariado por parte del mpresario capitalista y trata de darle una base sólida aun por medio de la mostración de que "el único elemento efectivo del costo de la economía mana es el hombre". Su teoría sobre la crisis se opone a la necesidad inmaente de las crisis en la sociedad moderna, y se une así al rechazo de la definición de la ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia formulada por una vez declarada como falsa dicha ley, se ve llevado a oponerse tamla teoría de la necesidad del derrumbe económico de la producción pitalista. De ahí se desprende, de manera evidente, que Tugán-Baranovski mparte las ideas desarrolladas en este libro a propósito de las diversas partes la economía de Marx, aunque las desarrolla ulteriormente a su manera sta sus consecuencias más precisas. Se expresa en términos positivos, mientras que yo me había limitado a exponer objeciones críticas. Admito que esto nstituye una ventaja para sus obras. Pero debo confesar, aún hoy, que no edo seguirlo en todas sus deducciones. No sólo me repetidas veces en el ismo género de argumentaciones que le adhiere a Marx, sino que se deja a construcciones mucho más audaces que las de Marx. Por ejemplo, tiene toda la razón en poner de manifiesto la inconciliabilidad de la teoría de la

caída de la tasa de ganancia con la teoría del aumento de la explotación del trabajador. Aunque con esto no se ha demostrado todavía de ninguna manera que la primera teoría sea falsa.

En la p. 150 de este escrito, se da como un hecho la caída de la tasa de ganancia, y en el curso general del desarrollo lo es efectivamente. Pero la experiencia demuestra al mismo tiempo que, dada la multiplicidad de factores que influyen en el movimiento de la tasa de ganancia, la línea de este movimiento sólo puede ser una línea irregular, y que continuamente hay períodos en que, en lugar de descender, sube. La guerra mundial con sus efectos absolutamente peculiares, como elemento destructor de valor y multiplicador de desviaciones de las inversiones de capital hacia el sector del capital de préstamos, provocó necesariamente en un momento dado la subida de la línea. Pero cuando, más adelante, atrajo como efecto ulterior las sublevaciones revolucionarias de los obreros, que se tradujeron en mayores demandas salariales, etc., creó la fuerza que hizo bajar la línea de la tasa de ganancia —y en este aspecto, no se puede decir, hoy por hoy, qué fuerza demostrará ser la más fuerte en un futuro no lejano.

Además de Tugán-Baranovski, después de la aparición de este escrito, otros socialistas que estaban de algún modo de acuerdo con él, se ocuparon de sus capítulos sobre la teoría del socialismo y apoyándose en ellos trataron de desarrollar ulteriormente o de corregir la teoría de Marx. No obstante, debo renunciar a examinarlos en forma detallada. Lo único que me interesaba era demostrar con algunos ejemplos en qué dirección podía seguir estos int[...] y en qué dirección me rehusaría a seguirlos —permaneciendo "ortodoxo" [...] posición respecto a la teoría del valor de Leo von Buck, que expuse en la nota [p. 145] de este escrito, se encuentra explicada en detalle en un prefacio que, correspondiendo a los deseos del autor, antepuse a la segunda edición de su ensayo *Intensität der Arbeit,Wert un Preis der Warren* [Intensidad del trabajo, valor y precio de las mercancías], reeditado a continuación en la serie de artículos "Allerband Werttheoristisches" [Variaciones sobre la teoría del valor] (en *Dokumente des Sozialismus*, año 1905, p. 270). Cito a continuación [...] pasaje: "Si existiera una medida capaz de establecer el grado de intensidad del trabajo, se eliminaría la dificultad de determinar el valor de trabajo de los productos." En efecto, en los últimos tiempos, los estudios de fisiología del trabajo industrial sólo se han preocupado por encontrar una medida de este género. La llamada dirección científica de la empresa, llamada también sistema Taylor, que trata de descomponer el acto laboral en sus elementos puramente mecánicos, es el primer paso en esta dirección. Pero sólo a través de una ulterior determinación fisiológica del desgaste de energía nerviosa requerido por cada elemento de trabajo se podrían satisfacer los requisitos que implica una definición científica del valor del trabajo. Sin embargo, no hay que olvidar que, como expliqué más ampliamente en el mencionado prefacio, el valor de trabajo así encontrado "no dice nada sobre la calidad, utilizabilidad o valor útil de los productos".

En tiempos muy recientes, y debido a exigencias prácticas, se han ocupado del sistema Taylor los jefes bolcheviques de Rusia. A pesar de que en general ha sido objeto del juicio desconfiado y explícitamente negativo de los obreros

[or]ganizados, parece que encontró fervientes defensores en el campo de los bolcheviques, quienes no obstante se consideran como el ala izquierda del socialismo. Sin embargo, esto es comprensible si se considera con mayor atención [la] iniciativa bolchevique que, al estar en tan abierta contradicción con las [id]eas expresadas en este escrito respecto al desarrollo del socialismo, tiene derecho en dicha obra a un juicio de consideración.

N. Uliánov Lenin, el principal exponente teórico y político del bolchevismo, me ha honrado por mi escrito con el apelativo de renegado. Ahora bien, [en] política se acostumbra aplicar dicho epíteto a los que han cometido apostasía contra un partido o un movimiento, mientras que en esta ocasión se trata [de] una crítica a una serie de concepciones doctrinales ejercida en favor del partido. Pero ya que en mi caso efectivamente existía una especie de distanciamiento y ya que para el que tiene una determinada estructura mental, puede [res]ultar indiferente si uno se separa de una teoría científica, por ejemplo, [pa]ra pasar de la astronomía tolemaica a la copernicana, o de un movimiento [so]cial, el cambio sigue existiendo y es suficiente para emitir el correspondiente [ju]icio moral. Está bien. Pero en un escrito aparecido recientemente, Lenin [en]dosa también a Kautsky el mismo epíteto de renegado aunque no puede [re]procharle ningún distanciamiento de las ideas que hasta entonces había profesado, sino únicamente no querer abandonar la propia concepción sobre las [co]ndiciones del desarrollo social y sobre la política de la socialdemocracia [pa]ra adoptar la que constituye la base de la política bolchevique. Este uso indiscriminado de un único y mismo concepto para cosas tan radicalmente diferentes es un síntoma evidente de una estrechez de juicio realmente desalentadora que por lo demás encontramos puntualmente si examinamos atentamente [la] iniciativa bolchevique y la doctrina que la sostiene.

En la práctica, la iniciativa bolchevique es o ha sido hasta ahora un intento [de] saltar una importante fase del desarrollo social necesario, por medio de una [se]rie de actos voluntaristas. Una Rusia todavía predominantemente agraria y [qu]e, en la medida en que está industrializada, no dispone, sin embargo, [má]s que de una masa obrera poco adiestrada en general, hubiera debido transformarse directamente en una comunidad socialista por medio de la dictadura. Apoyándose en una expresión de Marx, la dictadura recibe el nombre de dictadura del proletariado, a pesar de que en realidad es la dictadura de un partido que apoyándose en una parte del proletariado ha tomado posesión, en el momento oportuno, de los instrumentos de gobierno y con el empleo de guardias a sueldo y de medidas terroristas oprime violentamente todos los demás partidos, socialistas y no socialistas. En esto ha jugado mucho a su favor el hecho de que los gobiernos de las potencias occidentales le hayan declarado la guerra y hayan sostenido con dinero y con armamento la contrarrevolución de generales politiqueros. Es una experiencia muy antigua que en [la]s revoluciones ningún otro partido en el poder fortalece tanto los ánimos como una guerra externa o una contrarrevolución interna. A este respecto escribía Marx en sus artículos sobre las luchas de clase en la revolución francesa de 1848: "La República no encontró delante suyo ningún enemigo *nacional*, ninguna gran complicación externa que pudiera exaltar las energías, acelerar el proceso revolucionario e incitar o poner en jaque al gobierno provi-

sional... La República no encontró ninguna resistencia, ni del exterior, ni del interior. *Esto la desarmó.*" El haber encontrado esa resistencia les permitió en cambio a los bolcheviques desarrollar una fuerza que superó con mucho la relación entre su apoyo real dentro del país y el resto de la población. Esto tuvo el efecto de paralizar completamente la resistencia de los otros partidos socialistas contra sus medidas de política interna, porque éstos no querían cargar con la odiosa acusación de colaboracionismo, aunque sólo fuera indirecto, con el enemigo externo o con la contrarrevolución; de darles a sus medidas opresoras, y en muchos casos hasta más despiadadas que las violencias del despotismo zarista —como por ejemplo, la detención y fusilamiento de rehenes—, el carácter o la semejanza de legítima defensa; de darles la posibilidad de hacer jugar al mismo tiempo, como fuerzas impulsoras, al odio de clase y a los prejuicios nacionales; finalmente, de ofrecerles la excusa más cómoda y, sobre todo de más fácil impacto en los ánimos, del hecho de que bajo su dominio el desorden económico de Rusia, el hambre y la miseria habían aumentado vertiginosamente. No es posible establecer con facilidad en qué medida este desorden debe imputarse a la continuación del estado de guerra y en qué medida en cambio a la particular política económica y social de los bolcheviques, y es justo que se reconozca que en todo caso, buena parte de ello debía atribuirse a la primera de estas causas. Pero lo que no hay que olvidar es que en gran medida la continuación del estado de guerra era a su vez una consecuencia, si no deseada, por lo menos provocada con objetiva necesidad por la política de los bolcheviques. Cuando en 1917 desbarataron con la fuerza de las armas la Asamblea nacional en que eran minoría, y pusieron a Rusia bajo la dictadura de un partido, con este acto ellos mismos provocaron la guerra civil y les dieron a los estados extranjeros el motivo o el pretexto para negar el reconocimiento a su gobierno. Del mismo modo que para prolongar el estado de guerra sirvió su costumbre de apoyar financieramente una serie de agitaciones encaminadas a revolucionar el ordenamiento político y económico de los países con los que oficialmente mantenían o pensaban establecer relaciones pacíficas.

Aunque el hecho de que la iniciativa bolchevique debía tener como consecuencia una recesión productiva aun sin guerra y el estado de guerra, se desprende de la simple comprobación de que los dirigentes se hayan visto obligados en repetidas ocasiones a reintroducir las medidas de carácter político-económico que habían tomado, en parte recuperando métodos de la economía burguesa que habían rechazado anteriormente y en parte sometiendo el trabajo en los negocios socializados de la noche a la mañana, a una serie de disposiciones coercitivas que no tienen nada que envidiar a las del desmedido sistema capitalista. Después de haber aprendido por experiencia que no es posible eliminar de improviso e impunemente las costumbres sociales arraigadas, tuvieron que abolir el proyecto, anunciado en un primer momento, de pagar sólo un poco mejor que a los simples obreros asalariados a los directores técnicos y comerciales de los negocios y a otros empleados con cargos de responsabilidad o particularmente calificados, y pasaron a acaparar las fuerzas más idóneas para sus distintos sectores productivos, etc., recurriendo al incentivo de altísimos sueldos —precisamente como los empresarios burgueses. Es interesante leer el modo

en que Lenin explicó a su público este cambio radical. En su artículo *Las tareas inmediatas del poder soviético* (Berna, 1918), escribe:

Los técnicos, considerados en bloque, son inevitablemente burgueses a consecuencia del ambiente *(milieu)* general de la vida pública que los ha hecho precisamente técnicos... Nos hemos visto obligados a retornar al viejo método burgués y aceptar pagar precios muy altos por las prestaciones de los más importantes técnicos burgueses. Todos los que lo entienden comprenden también esta decisión, aunque no todos penetran en el significado que adquiere esto en un estado proletario. Es obvio que una decisión de este género es un compromiso, una desviación de los principios de la Comuna de París y de todo poder proletario que exigen la equiparación de los sueldos al salario de un obrero medio, o sea, una lucha contra el carrerismo en los hechos, y no contra las palabras.

Además, esta decisión significa

no sólo suspensión, en cierta esfera y en una cierta medida, de la ofensiva contra el capital, sino también un paso hacia atrás por parte de nuestro estado soviético socialista, que desde un principio había anunciado y llevado a cabo una política de reducción de los altos sueldos al nivel de lo que gana un obrero medio.

Los lacas de la burguesía —título honorífico con que Lenin quiere indicar de manera particular a los mencheviques, hombres del órgano de Máximo Gorki *Novaia Zhisn* y a los socialrevolucionarios de derecha— pueden sonreír también por esta aceptación: a los bolcheviques no les importa esto.

No ha habido en la historia una sola campaña militar victoriosa, en la que no haya sucedido que el vencedor haya cometido errores aislados, sufrido derrotas parciales y alguna vez se ha detenido temporalmente y otras se ha retirado. La "campaña" que hemos emprendido contra el capital es miles de veces más difícil que las campañas militares, de tal manera que sería estúpido y vergonzoso dejarse invadir del pánico por una retirada única y aislada.

A esta altura uno se sentiría fuertemente tentado a atacar a Lenin con sus propias armas, llamándolo renegado. Pero está en juego algo más serio. Lenin habla de campaña militar. Pero se sabe que en una campaña militar los errores de los jefes del ejército no se toman tan a la ligera como sostiene. Al contrario, los errores de incompetencia se le imputan muy severamente al jefe y según las circunstancias son castigados con la remoción del cargo o con el arresto. De un jefe se tiene derecho a esperar un conocimiento a fondo de su terreno de operación y de los efectos de las distintas operaciones. Para los refunfuños dilentantescos hay en cambio la imputación de traición, porque se reducen a tentativas caprichosas a expensas de la vida humana. Lenin no se da cuenta de que con su comparación emite el juicio más duro sobre el método bolchevique de la revolución social sin fundamento. Ya que si la campaña contra el capital es, como él dice, miles de veces más difícil que la más difícil campaña militar, entonces se tenía el derecho de pedirle que la emprendiera con un conocimiento mucho más profundo de la naturaleza y de las exigencias de la economía política, con una preparación mucho más cuidadosa, en lugar de ponerse a hacer experimen-

tos para ver qué resulta de la aplicación a manera de Procusto de algunas máximas recogidas en los escritos de Marx. Pero cualquier decisión equivocada se traduce aquí en una inútil destrucción de existencias y, sobre todo, en perjuicio del bienestar del pueblo en general.

Tanto la nivelación mecánica de los salarios como la nivelación mecánica de los obreros, con que los bolcheviques introdujeron su socialización, revelaron muy pronto que estaban equivocadas. En el periódico bolchevique *La Comuna del Norte*, del 30 de marzo de 1919, se lee:

En el momento actual se está desarrollando una lucha terrible en el seno mismo del proletariado entre dos tendencias diametralmente opuestas... Con la nivelación de los salarios, con la aplicación del principio de mayoría de los votos en la dirección de las fábricas, con una llamada política democrática estamos cortando la rama en que nos hemos posado. Ya que la flor y nata de nuestro proletariado, los mejores obreros prefieren volverse al villorrio y abrir una tienda que permanecer en las fortalezas de coacción polvorientas y derruidas que se llaman fábricas. Lo que se está llevando a cabo es la dictadura de los usurpadores en el sentido propio de la palabra. (Tomado de la edición francesa del escrito del socialrevolucionario Boris Sokolov, *Los bolcheviques juzgados por sí mismos*.)

De acuerdo con esta descripción parece que, para decidir sobre las tasas salariales, se hizo votar precipitadamente a los obreros de las fábricas en bloque, sin tomar en cuenta la naturaleza de sus tareas, de tal manera que de hecho pudo suceder que los obreros altamente calificados se encontraran en minoría respecto a los no calificados. En este caso, la expresión "democracia formal" que les gustaba usar a los seguidores del bolchevismo tuvo realmente este significado. Se trata de una democracia aplicada de una manera distorsionada. Lo han admitido los mismos bolcheviques cuando, con un decreto del comisariado del pueblo, se resolvieron a introducir una tarifa diferencial para 27 categorías de trabajadores. Pero el hecho mismo de que en general se pudiera cometer este error garrafal, nos prueba con qué escaso dominio del carácter de los problemas económicos se embarcaron los bolcheviques en su empresa. Creían que para liquidar estos problemas bastaba aplicar indiscriminada y mecánicamente, a sectores tan diferentes, algunos principios marxianos de alcance general sobre el proceso de producción del capital y sobre la adquisición y valoración de la fuerza de trabajo. Sólo la práctica debía enseñarles que la obra de Marx sólo es una crítica global, y no ciertamente un manual de economía política. La férrea lógica de los hechos terminó por arrancar no pocas confesiones, que, a pesar de que no admiten las constataciones hechas en este escrito, no son sin embargo, desde el punto de vista objetivo, más que un reconocimiento de su validez. En el número de febrero de 1920 de la edición alemana del periódico bolchevique *Russische Korrespondenz*, se lee por ejemplo en un artículo del bolchevique Kaktyn sobre *Nuestra posición respecto a la pequeña industria y a la cooperativa de producción* (las cursivas son mías):

En las ramas más concentradas de nuestra industria, nos vemos obligados —por las buenas o por la mala— a permitir la existencia de pequeñas empresas e industrias domésticas al lado de los poderosos *trusts* estatales. Si al principio de la construcción de la economía nacional sobre nuevas bases nos pareció que podíamos evitar estos tipos de industrias, transformándolas, a través de un proceso de rápida concentración, en una industria mediana o grande, muy pronto el desarrollo del proceso mismo y sus complicaciones provocadas por la guerra y por el bloqueo económico nos convencieron de lo contrario: hemos *reconocido que se necesita todavía mucho tiempo para que la pequeña industria esté madura para la concentración*, y que por lo tanto hay que darle la posibilidad de llevar a cabo este desarrollo relativamente largo...

Una orientación más precisa sobre el estado de nuestra pequeña industria y en particular del trabajo a domicilio, muestra de manera clarísima que entre nosotros este género de producción ha echado *raíces tan profundas en toda la vida económica —con la agricultura no desarrollada y fragmentada y el bajo nivel civil de la población—*, que su distribución artificial o una aceleración del desarrollo provocarían una cantidad de *obstáculos y de fricciones insuperables*. Toda una serie de industrias domésticas tiene un *carácter tan autónomo y una importancia tan grande para el aprovisionamiento de la población* de bienes de consumo duradero, que las correspondientes ramas de la *gran industria* no son *de ninguna manera capaces ni de competir* con ellas ni de sustituir sus productos con una producción masiva de mercancías a precios bajos. De tal manera que una serie de artículos de madera, fierro, cerámica, etc., fabricados en la industria doméstica, ocupan el mercado interno *sin ninguna competencia* por lo que respecta al precio bajo y a la capacidad de adaptación de las exigencias de los consumidores.

—se dice además—, en condiciones normales como las que existían antes de la guerra, se pudo contar con la desaparición relativamente rápida de este género de industria ante el rápido crecimiento de la gran industria, "ahora que la gran industria atraviesa por una de sus crisis más graves... no se puede hablar ni siquiera de la eventualidad de un desarrollo acelerado de este proceso, *aun cuando la liberación del trabajo y la socialización de los medios de producción hayan creado todas las condiciones externas para ello*". Y prosigue el autor:

Debemos, por el contrario, contar con una mayor prolongación de este proceso y hasta con una nueva *subida* en el desarrollo de las citadas ramas de la pequeña industria —como resultado de *una cierta crisis de las grandes empresas industriales* y de la concentración de grandes medios financieros en manos de una determinada parte de la población del país, que busca un empleo para este dinero.

Después de esta comprobación, el autor presenta algunas propuestas sobre la manera de sostener este enorme número de pequeñas industrias y de industrias domésticas, sin sustraerle —cosa que no debería ocurrir cualesquiera que sean las circunstancias— a la gran industria las materias primas, etc. Muchas de estas propuestas lo dejan a uno perplejo, pero podemos acantonarlas. Lo importante es la aceptación de que, todavía por largo tiempo, la misma industria rusa no puede prescindir, en un amplísimo sector, de la empresa privada. Pero la empresa privada significa capital privado, aunque esté dividido en muchos cientos de miles de pequeños negocios. Y como los bolcheviques se han decidido ante todo a mantener sin más con vida los negocios campesinos pequeños y medianos, y además los han multiplicado desmembrando los grandes latifundios, al capital privado le queda un espacio tan enorme en la economía rusa, que no es el caso hablar de ninguna manera de comunismo en el sentido de la completa

realización de una economía socializada. No he logrado descubrir, ni he podido establecer si existe una estadística de las empresas privadas y de las estatizadas en la Rusia bolchevique. Creo que no me equivoco al suponer que en Rusia, al lado de los numerosos negocios pequeños privados, existe una gran cantidad de entidades medianas; y si no fuese así por el momento, dadas las condiciones que se han descrito y a menos que se quiera provocar un estancamiento general en la vida económica, a partir de una serie de pequeños negocios deben nacer gradualmente negocios de mayor tamaño, sin por esto pasar inmediatamente al rango de los grandes negocios. Cosa que ya está explícita en la conclusión del último pasaje que hemos citado.

Ahora sabemos ya qué significa la declaración, reproducida en la p. 44 de este escrito, de que es suficiente medio año de poder socialista para consignar en la "historia" la sociedad capitalista. La destrucción de capital ciertamente no ha dejado de presentarse en Rusia; la publicística bolchevique no hace más que lamentar la excesiva destrucción de capital; y si por una parte no se puede negar una cierta dosis de justificación a quien sostiene que la culpa fue de la guerra y del bloqueo económico, por otra parte, en los órganos bolcheviques que se ocupan de problemas económicos se puede encontrar una masa de noticias sobre despilfarro de capital, debido a medidas financieras equivocadas, falta de un sentido de responsabilidad, al aumento más bien que a la disminución del tran-tran burocrático, a la preponderancia de intereses particulares locales en determinados soviets, y el que tenga más que meta más. Los bolcheviques convencidos hicieron todo lo que estaba a su alcance para tratar de dominar la situación desastrosa, y da gusto a menudo escuchar el análisis y la abierta denuncia que hacen de esto. Pero la realidad es más fuerte que la buena voluntad, y en la vida económica lo que decide no es el acto de idealistas individuales, sino el comportamiento de la masa: y el terrorismo abate la moral de la masa en lugar de levantarla. No se necesitaban dotes proféticas especiales, sino que bastaba un cierto conocimiento de la historia y de la psicología de las masas para llegar a las conclusiones que yo expuse en las pp. 204 y 220 de este escrito; y que el momento en que, como sucede en una revolución, los ánimos están caldeados y las pasiones tensas, es el menos adecuado para un desarrollo profundo y orgánico de la producción, y que la dictadura de clase no es señal de progreso sino de retroceso en la civilización. Pero hay que señalar con firmeza que casi cada capítulo de la historia de la revolución bolchevique demuestra la solidez de estas tesis. Hasta el sistema escolar de la república soviética, cuyo plan global es el orgullo del bolchevismo, se ve afectado gravemente a excepción de algunos oasis, por los efectos corruptores de su política de violencia.

En las grandes revoluciones políticas es posible distinguir constantemente dos fases: la fase del predominio de la eliminación de las cosas que la historia ha vuelto caducas, y la fase de la construcción orgánica de las cosas nuevas que la historia ha hecho necesarias. En la primera fase rara vez se empieza sin una acción que tiene efectos terroristas, pero que no por esto necesita ser brutalmente violenta, ni necesita prolongarse por un período largo. Al contrario, entra dentro del interés de la revolución superar lo más rápidamente posible esa fase. Ya que, cuanto más se prolonga la guerra civil que está ligada a esta primera fase, se perjudica más y se hace imposible en la mayoría de los casos —como

han demostrado todas las revoluciones anteriores y como lo vemos de nuevo en la actualidad— la obra constructiva de la segunda fase. Pero ya que la obra constructiva es el objetivo, mientras que el terrorismo de la primera fase no es más que el medio, el esfuerzo de los socialistas debe dirigirse a crear las condiciones que garanticen dicha relación. En la sociedad civil avanzada, esto se logra a través del movimiento obrero socialdemócrata. Como partido y como movimiento sindical y cooperativo, constituye la escuela de la revolución orgánica creativa dentro de la política y dentro de la economía. Desarrollando al mismo tiempo el sentido de las cosas que hay que afrontar en cada ocasión de manera que se saque el máximo provecho, y la capacidad de realizarlas; reforzando la capacidad de distinguir entre lo que ha muerto definitivamente y lo que todavía puede vivir y desarrollarse, esto pone en guardia contra los experimentos funestos cuyos daños recaen regularmente sobre los trabajadores, y garantiza el éxito de la acción constructiva, cuando se ha reconocido que es necesaria y realizable. Ciertamente tampoco aquí todo lo que brilla es oro: la edad de la perfección todavía está por llegar. Pero precisamente en los días de la revolución alemana de 1918 se vio qué grande ventaja se había tenido con el hecho de que Alemania dispusiese de un movimiento obrero tan fuerte y adiestrado por la acción sindical, de partido y cooperativa. Superado en un tiempo muy breve el camino de la primera fase, se pudo comenzar inmediatamente el trabajo de construcción.[1] Si las condiciones en que se llevó a cabo la revolución —desorden económico de Alemania y derrumbe de la ética social causada por la guerra— no hubieran sido tan desfavorables para la actividad social, se hubiera visto con mayor luminosidad todavía cómo puede desarrollarse en una forma incruenta, y realizar una gran obra de reforma, una revolución que cuenta con el sostén y la fuerza impulsora de un millón de obreros políticamente organizados y de tres millones organizados sindicalmente. Pero si la carga espantosa que le dejó el imperio en forma de deudas y obligaciones extremadamente gravosas, no le permitió una libertad de respiro, por otra parte, su obra se vio gravemente perjudicada por el hecho de que los bolcheviques lograron ganarse parte de la masa obrera alemana políticamente madura, sobre todo a los elementos juveniles más fácilmente excitables, para la causa de su doctrina, aparentemente más radical, de la dictadura de los Consejos y de la huelga revolucionaria, que en muchas ocasiones acarrearon graves daños a la vida económica alemana y arrastraron a los ánimos exacerbados a recurrir al poder de las armas. A todos es sabido que los bolcheviques emplearon enormes medios financieros para su propaganda externa sacándolos de los fondos públicos y por esta razón no puede poner de manifiesto aquí. Por esto ellos pueden referirse entre otras cosas al ejemplo de sus predecesores zaristas en la dominación de Rusia, pero no pueden sostener que sus métodos de mantener agentes pagados en otros países, con el fin de provocar movimientos contrarios a su desarrollo democrático y fomentar la discordia en sus partidos socialistas, hayan tenido antecedentes

[1] [*N. del A.*] Cf. las indicaciones de la mayor parte, dadas en la p. 227. Permítaseme, además, remitir al texto estenográfico de la conferencia que sostuve en febrero de 1919 en el Instituto de ciencias políticas de la universidad de Basilea, publicada luego en las ediciones de la *Nationalzeitung* bajo el título de *Die Sozialisierung der Betriebe* [La socialización de la empresa].

en el movimiento socialista. El hecho de que en éste y en muchos otros aspectos acudan decididamente a los peores métodos del antiguo sistema concuerda, por lo demás, con toda su mentalidad política. Su teoría socialista es un marxismo tosco, si no es que hasta atrasado respecto a Marx. Su doctrina política es una exaltación de la fuerza creadora de la violencia brutal; y su ética política no es una crítica sino un desconocimiento de las ideas liberales que encuentran su expresión clásica en la Revolución francesa del siglo XVIII. Pero del mismo modo que ya se ven obligados por el lenguaje inflexible de la realidad a someter a una profunda revisión su política económica, no pasará mucho tiempo antes de que se vean obligados, frente a la revuelta de la inextirpable aspiración de los pueblos a la libertad y al derecho, a revisar radicalmente también su política y su ética.

REVISIONISMO EN LA SOCIALDEMOCRACIA

INFORME PRESENTADO EN AMSTERDAM ANTE ACADÉMICOS Y TRABAJADORES

informe que de esta manera presento al gran público fue pronunciado el de abril de 1909 en el salón de la Asociación obrera de Amsterdam ante una mblea, que había organizado la Unión de estudiantes de Amsterdam para udios sociales junto con el Departamento jurídico del estudiantado de Amsdam. En la asamblea participaron, además de estudiantes y personas letradas, a gran cantidad de miembros del movimiento obrero socialista holandés.

La edición impresa se realiza sobre la base de una versión estenográfica del forme, que fue revisada y corregida por mí, pero sin ser modificada materialente en ningún sitio. No suprimí por completo la forma directa del discurso, ro en la gran mayoría de los casos coloqué en su lugar frases impersonales. to me pareció necesario para remarcar ante el lector lo más enérgicamente sible el contenido del informe. Por la misma razón omití aquí las notas de versión taquigráfica referidas a la recepción de determinadas partes del infore por parte de la audiencia, así como la declaración final de ésta. La división breves capítulos ha de contribuir a la claridad.

En un apéndice el lector encuentra nuevamente tesis que formulé, a fines marzo de 1909, en la convención electoral socialdemócrata de Charlottenrg, en Berlín, sobre el revisionismo y el programa socialdemócrata, y que preden demostrar que la concepción revisionista, tal como yo la sostengo, brinda fundamento completamente suficiente para un programa socialdemócrata. n otras palabras, que los fragmentos a los que me opuse en la parte teórica programa de Erfurt de la socialdemocracia alemana son tan superfluos desde unto de vista de la agitación, como insostenibles ante el examen científico.

öneberg, Berlín, mediados de abril de 1909

EDUARD BERNSTEIN

EL SURGIMIENTO DEL NOMBRE REVISIONISMO

n su amable discurso el señor presidente habló de los antagonismos en la soaldemocracia entre *marxistas* y *revisionistas*. Yo considero no del todo correcta ta contraposición, y en el desarrollo de este informe voy a tener oportunidad realizar una corrección que me parece necesaria. Pero ante todo quiero ferirme al hecho no *desconocido* por ustedes de que, efectivamente, en los ferentes países se ponen de manifiesto en la socialdemocracia desde hace algún empo corrientes o elementos que son caracterizados como revisionistas. Digo liberadamente *son* caracterizados porque los interesados de ninguna manera —y mucho menos en un comienzo— se atribuyeron a *sí* mismos dicho nombre. El nombre revisionista es impuesto y creado por terceros, y no una calificaón libremente elegida. Pero en la historia hemos tenido frecuentemente ejem-

plos de nombres introducidos de esa manera. Quien conoce la historia de los grandes partidos populares o movimientos populares, sabe también cuán frecuentemente semejantes nombres impuestos, sea por obstinación, sea por indiferencia, son admitidos inmediatamente por los partidos en cuestión como designación para su movimiento, y utilizados por ellos mismos. Para no hablar de los partidos de la Antigüedad, esto ocurrió en Italia en la Edad Media con el partido de la reforma, que fue llamado por sus enemigos *Patarino*, es decir, partido de los traperos. Lo mismo sucedió en la época de la Reforma: el nombre *protestante* fue originariamente un mote. También se encuentra un ejemplo en la historia de los Países Bajos en el calificativo *Geuse*, que se hizo famoso. En la gran revolución inglesa el nombre de la muy importante secta de los *Cuáqueros* fue en un comienzo un mote injurioso. Y lo mismo ocurre con la denominación de los dos grandes partidos históricos de Inglaterra, los *Whigs* y los *Tories*. *Tory* significaba originariamente ladrón y *Whig*, leche ácida.[1] Con estos nombres los partidos primero se insultaban mutuamente, pero luego cada uno aceptó tranquilamente la denominación que le impuso el enemigo, y lo siguió utilizando, pero ciertamente el nombre *revisionista* no es tan terrible como el de "leche ácida". En el nuevo movimiento republicano de Francia encontramos el nombre *oportunistas* primero como mote injurioso para los republicanos conducidos por Gambetta; y cuando en 1881-1882 se llegó a una división en la socialdemocracia francesa, una tendencia fue llamada por la otra *posibilistas* y también ella utilizó tranquilamente el nombre pensado inicialmente como insulto. En los Estados Unidos de América hubo y hay políticos que, en un comienzo, fueron llamados *Mugwumps* (= caciques indios) por sus enemigos, y luego ellos mismos con humor se designaron de esa manera. Resumiendo, semejantes nombres son acuñados sobre la base de cualquier superficialidad y luego generalmente aceptados.

Pues bien, ¿quiénes son y qué quieren los *"revisionistas"* socialistas? La palabra es todavía de fecha reciente. Han pasado aproximadamente entre siete y ocho años desde que en Alemania se utilizó por primera vez la palabra revisionista en la socialdemocracia, y esto ocurrió a raíz de la publicación del libro de un hombre que desde entonces desapareció de la socialdemocracia alemana, el escrito del doctor Alfred Nossig, *Die Revision des Sozialismus* [La revisión del socialismo], un trabajo al que se remitieron todos los socialdemócratas, es decir, también aquellos a los que ahora se denomina revisionistas. El doctor Nossig, como se ha señalado, se retiró desde entonces del partido, pero el nombre revisionista quedó, y fue aplicado entonces sin ton ni son a todos aquellos socialistas que —incluido quien habla— se opusieron críticamente a la teoría tradicional de la socialdemocracia.

Sin embargo, en este sentido de crítica de la doctrina socialista tradicional o su exposición, el concepto revisionismo es algo más antiguo, en la socialdemocracia alemana. Ya en el congreso partidario que sesionó en el año 1895 en Breslaw, un delegado, el muy inteligente doctor Bruno Schoenlank fallecido en 1902, expresaba: "En el partido tiene lugar una revisión de los conceptos". En aquel entonces aplicó este criterio a la cuestión agraria, y reclamó la ad-

[1] Según otra interpretación, el nombre *Whig* es un derivado de *Whiggamore* = "arriero de caballos".

ptación de la posición del partido al modificado desarrollo de las condiciones agrarias, pero posteriormente abandonó el tema de la revisión. No sé cómo él fue nuevamente apartado del camino recorrido.

Pero mientras tanto, en los años 1896-1897, en *Die Neue Zeit*, la revista científica oficial de la socialdemocracia, aparecieron bajo el título de *Problemas del socialismo* algunos artículos míos que criticaron toda una serie de ideas difundidas en los medios partidarios. En la primavera de 1898 les siguió un artículo que se dirigía contra la idea de una próxima gran catástrofe económica que estremecería y llevaría al derrumbe a toda la sociedad moderna. En este artículo dejé caer ocasionalmente contra un defensor de la idea de la catástrofe, que en aquel entonces nos había reprochado a Kautsky y a mí que en nuestros artículos no se hablara nunca del objetivo final del socialismo, las siguientes palabras: "¡Para mí, lo que tan comúnmente se llama el objetivo final del socialismo no es nada, y el movimiento lo es todo!" Por movimiento, aclarado, entiendo tanto el gran desarrollo social en general, como especialmente el movimiento de la clase obrera. Por determinadas razones este juicio fue aprovechado por los partidos burgueses alemanes, particularmente los burgueses liberales, y sobre todo creyó poder utilizarlo contra la socialdemocracia el partido nacional-socialista recientemente formado en aquel entonces. Pero en el partido mi artículo fue enérgicamente criticado por algunas personas y se planteó la exigencia de que en el próximo congreso del partido se tomara posición contra él. Así ocurrió en el congreso partidario que sesionó en el otoño de 1898 en Stuttgart. Como respuesta a esos ataques, dirigí al congreso una carta, más tarde impresa en un libro al que luego he de referirme, y en que me expresé bastante claramente sobre los principales puntos en disputa. Para no extender demasiado este informe voy a renunciar a leer aquí esta carta; sólo quiero señalar que lo que escribí en aquel entonces es mi credo aún en la actualidad. La carta encontró alguna oposición en Stuttgart, y después del congreso fui exhortado por algunos amigos de aquella época a presentar mis ideas coherentemente en un libro. Así surgió el escrito publicado hace ya diez años atrás, *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, que desde entonces fue editado ocho veces y traducido a diferentes idiomas. En su prólogo se encuentra la carta anteriormente mencionada al congreso de Stuttgart, y dentro de ciertos límites debe ser considerada como uno de los escritos fundamentales de esa orientación socialista que en Alemania se denomina revisionismo. De las demás grandes publicaciones de esta orientación la más importante es por cierto, según mi opinión, el distinguido trabajo de mi camarada de partido el doctor Eduard David: *Der Sozialismus und die Landwirtschaft*.

Otros revisionistas, y justamente aquellos que toleran tranquilamente el nombre, entre los socialdemócratas alemanes son: Dr. Joseph Bloch, redactor de los *Sozialistischen Monatshefte*; Adolf von Elm, un hombre extraordinariamente activo surgido de la clase obrera que fue durante largo tiempo diputado en la Dieta del imperio, pero que la última vez fue derrotado; Edmund Fischer, también surgido de la clase obrera y hasta ahora diputado de la Dieta; Paul Kampfmeyer, actual redactor del *Münchener Post* y escritor muy fructífero; Paul Löbe, redactor en Breslau; Heinrich Peus, redactor en Dessau; Robert

Schmidt, redactor y diputado de la Dieta imperial, secretario de trabajo de las uniones sindicales alemanas, y muchos otros más.

Pues bien, ¿qué sostienen estas personas que acabo de enumerar? ¿Tienen ellos un programa determinado? Hasta ahora tal cosa no ocurre. Incluso si se examinan más detenidamente sus opiniones, podrán encontrarse en ellos diferencias de criterios en relación con la teoría y con la práctica. Quiero presentar al respecto un ejemplo con referencia a la práctica. Algunos revisionistas —ya nombré al doctor Bloch; podría nombrar un segundo hombre, muy laborioso y capaz: Richard Calwer— sostienen el punto de vista de que en la política comercial Alemania no podría arreglárselas sin ciertos aranceles aduaneros, mientras David, yo mismo y otros somos de la opinión de que la clase obrera moderna debería sostener firmemente el principio del librecambio entre los pueblos y tratar de solucionar por otro camino todas las dificultades que pueden estar relacionadas con la supresión de los aranceles proteccionistas. Existen aún otras diferencias semejantes de criterios entre los revisionistas, lo cual en modo alguno justifica desde el comienzo una actitud contraria a esta orientación. Quien se remonte hasta los orígenes de la historia de los partidos se va a enfrentar con el hecho de que todos los que están constituidos por naturalezas críticamente dispuestas, o sea, en los que la crítica ocupa un primer plano, difícilmente pueden ser organizados sobre determinados estatutos. Y así tampoco el hecho de que los revisionistas no estén de acuerdo en muchos aspectos puede ser presentado como prueba de una inferioridad del movimiento.

Pero podría preguntarse, sin embargo, si en un punto al menos estas personas deberían estar de acuerdo. Algo tienen que tener en común, y habría que determinar qué es lo que las identifica. Esto me hace volver a la acotación de nuestro honorable presidente, en la que habló de marxistas y revisionistas como si se dijera: aquí los conocedores del marxismo, y allí los revisionistas. Ésta es incluso una concepción muy extendida, pero yo no puedo admitirla como correcta. Pues si fuera acertada, esto supondría que un revisionista es necesariamente un *antimarxista*. Pero yo no conozco ningún revisionista al que se le pueda aplicar esta denominación.

2. LA IDEA FUNDAMENTAL DEL MARXISMO

Antimarxista es, por de pronto, otra expresión para designar a los "enemigos de la teoría marxista". Pero ¿cuáles son los fundamentos, las ideas fundamentales de la teoría marxista? ¿Cuál es la concepción básica, cuál la doctrina de Marx diferenciada de las doctrinas de los socialistas que lo precedieron? Es la comprensión más intensa y más profunda de la *idea de desarrollo*, del *concepto de evolución* en una aplicación más sistemática que en cualquier otro socialista antes y durante la época de Marx. Aquellos socialistas que precedieron a Marx fueron por lo general utopistas, en parte más y en parte menos fantásticamente dispuestos; en todo caso, naturalezas *especulativas*, que se imaginaron una sociedad que sería mejor que la actual, personas que se planificaron como objetivo una sociedad la mejor posible. O eran reformistas que aprovecharon cualquier

reforma o reformas sociales que parecieron oportunas y las pusieron en un primer plano, pero sin un análisis profundo y fundamental de la sociedad existente, sin que pudieran derivar directamente esta reforma de las necesidades dadas, sin que se preguntaran: ¿cómo armoniza la reforma con toda la marcha del desarrollo de la sociedad, sus condiciones de existencia y sus fuerzas? En oposición a ello Marx sostuvo la concepción de la sociedad moderna como un organismo que se desarrolla, que no se deja ni modificar ni petrificar arbitrariamente, que antes bien tiene sus leyes absolutamente propias de desarrollo, leyes que tienen que ser prolijamente estudiadas por aquellos que quieren modificarlo. Esta gran idea se encuentra ya expresada en escritos anteriores de Marx, pero donde más sistemáticamente la sintetizó fue en el prólogo al escrito que publicó en el año 1859 con el título *Zur Kritik der politischen Ökonomie*, en el mismo año en que apareció el primer gran libro de Darwin sobre la teoría de la evolución en la naturaleza orgánica, y muy bien y con todo derecho se pueden comparar estas dos publicaciones. Se puede considerar como una casualidad que ellas aparecieran en el mismo año, pero no es tan casual que hayan aparecido en la misma época histórica, en el mismo período temporal. En su idea fundamental respiran el mismo espíritu.

El libro de Darwin desarrolla la idea de que las modificaciones en la naturaleza viviente no pueden atribuirse a intervenciones arbitrarias de un creador, sino que tienen que ser explicadas originariamente a partir de las condiciones de vida de esta naturaleza, y lo que Darwin expone en lo concerniente al surgimiento de nuevas formas y clases de plantas y animales, lo desarrolla Marx en lo que atañe a la historia del desarrollo de las sociedades humanas. Naturalmente las condiciones del desenvolvimiento de éstas son diferentes en puntos esenciales, pues tanto el mundo vegetal como el mundo animal se desarrollan inconsciente y no intencionalmente, mientras que la humanidad en el transcurso del tiempo toma conciencia de sus condiciones de desarrollo, y se hace cada vez más consciente de para qué lucha. Pero incluso esta conciencia no ayuda a los hombres a pasar por encima de toda sujeción, y según la teoría de Marx consigue que el desarrollo de la sociedad no sea todavía un patrimonio de la arbitrariedad. En el curso de su desarrollo la humanidad queda sujeta a sus propias condiciones de existencia. Con otras palabras: es por último la economía, el modo —yo añado, puesto que la naturaleza es la parte más importante de la economía— y las condiciones naturales de la producción de bienes de subsistencia, las que constituyen el último factor decisivo en la historia de la transformación de las sociedades humanas. Una idea que, ciertamente, ya había sido expresada con anterioridad a Marx, pero no en la forma precisa que él le dio. Sobre todo le corresponde a Marx el mérito de haber retornado, como teórico del desarrollo social, a la historia de los medios de trabajo humano, de haberla reducido al *desarrollo de la herramienta*, esa "prolongación de los órganos de los hombres".

La herramienta determina la índole y la productividad del trabajo y, a través del trabajo, el nivel cultural. Lo que el hombre le arrebata a la naturaleza, cómo el hombre puede cultivar la tierra, cómo continúa la transformación de los productos del suelo y de la riqueza de la tierra, de tal manera que en determinados espacios vivan más personas que antes, todo esto depende en última

instancia de la naturaleza de las herramientas que los hombres tienen en cada momento a su disposición. El comercio de los hombres, la forma de colonización de los hombres, las relaciones de dominación, la formación de clases en el seno de las sociedades humanas, son determinadas por las relaciones de producción, y el desarrollo de la producción, colonización, comercio, dominación repercute a su vez sobre los juicios morales. También éstos se modifican cuando las condiciones de existencia han cambiado fundamentalmente, y también se modifican las nociones del derecho y el sistema jurídico, puesto que otras exigencias se incorporan al derecho. Asimismo tienen que ser modificadas las estructuras políticas cuando han cambiado las bases económicas de la sociedad. Todo esto se halla expresado en la teoría de Marx. Si por una modificación de las herramientas se desarrollan en el seno de la sociedad nuevos modos de producción, si la sociedad modifica a partir de esto su organización, si primero inconscientemente se forman nuevas clases y luego se fortalecen y pasan a un primer plano con crecientes demandas, entonces se llega simpre a un punto a partir del cual la lucha de las nuevas clases progresistas contra las viejas clases privilegiadas, que tienen la propiedad y ejercen el poder, se convierte en una lucha por el poder. De ese modo la historia de las sociedades humanas es una historia de las luchas de clases, que siempre vuelven a repetirse de tiempo en tiempo y que también siempre tienen lugar bajo nuevas formas. Éste es el pensamiento fundamental de la teoría marxiana.

Ahora bien, esto pudo ser interpretado unilateralmente. Habría podido exagerarse el poder determinante de los factores técnico-económicos; habríase podido olvidar que las personas tienen cabezas, que piensan, así como que las ideas e ideologías, la moral y los conceptos jurídicos tienen su propio desarrollo, y que ellos mismos son factores codeterminantes para el desarrollo cultural, para el desenvolvimiento de la producción. Se hubiera podido interpretar muy parcialmente el concepto "modo de producción", o exagerar mucho la influencia del factor económico. Asimismo, desde otro lado, se habría podido desdibujar la concepción marxista de la historia, atribuirle un poder demasiado determinante a las ideologías, y demasiado poco determinante a los factores económicos. Todo esto hay que admitirlo, pero éstos son o podrían ser errores, diferencias de interpretación, y su refutación no afecta al núcleo central de la teoría. No hay ningún socialdemócrata, sí, lo sostengo, no hay ningún teórico de las ciencias sociales de alguna importancia que no hubiera aceptado en principio este núcleo central, y si esto no hubiera ocurrido, entonces esto no hablaría en contra de las personas, sino en contra de la teoría. Una teoría, que tiene verdad interna, se impone por encima de las luchas partidarias con fuerza concluyente. Pero éste fue el caso aquí. Es hoy casi un lugar común en la ciencia que, si bien las ideas tienen una vida propia muy fuerte, los conceptos generales del derecho, etc., tienen sin embargo su raíz en las relaciones económicas, en la estructura de la sociedad, en la naturaleza de las clases, de las cuales ella se compone. Del mismo modo como esto ocurre en la política, se lo puede mostrar en un pequeño ejemplo de la historia, y más precisamente de la historia de la gran revolución inglesa.

Como es sabido, en la gran revolución inglesa hubo un partido demócrata radical, cuyos representantes fueron designados por sus enemigos como *Leveller*,

es decir, revolucionarios, niveladores, y en efecto entre ellos había junto a simples radicales y demócratas otros que eran comunistas. Pues bien, estos *Leveller* elaboraron, en el máximo auge de la revolución, un proyecto constitucional al que llamaron *contrato del pueblo —agreement of the people*. En él formularon la supresión de todos los privilegios de clase de su tiempo y exigieron el mismo derecho electoral, pero con la aclaración: "para todos aquellos que no se hallan en relación salarial". Si en aquel entonces se le hubiera dicho a un *Leveller* en su propio idioma que esta restricción no es democrática, entonces hubiera puesto cara de asombro y no habría entendido la protesta. Pues ¿quiénes eran aquellos que de este modo resultaban excluidos del derecho electoral, qué aspecto tenían en aquel entonces los elementos que trabajaban a cambio de un salario? Es muy característico de los fundamentos de la revolución inglesa que mientras las revoluciones, conforme a la experiencia, llevan una tras otra todas las clases de la sociedad a un primer plano, en los anales de esta revolución no leemos en ninguna parte acerca de la intervención de la clase obrera. Leemos ciertamente de rebeliones de los aprendices en Londres, pero no de los obreros o de otros movimientos de éstos: la capa social que trabajaba para el salario era en Inglaterra, como consecuencia de la estructura de la sociedad de aquel entonces, todavía muy insignificante y poco desarrollada. El trabajador, poco después de que había aprendido su profesión, se convertía en maestro independiente. El puesto de obrero asalariado era para él sólo un puesto de tránsito, teniendo en cuenta la prescripción de siete años de aprendizaje, por lo general una época muy breve en la vida del obrero individual. Como consecuencia de ello, no se oponía a su maestro como enemigo de clase. Socialmente era medio menor de edad, era huésped de su maestro y hacía la política de su maestro, y le pertenecía orgánicamente. La idea de dar a personas como estos trabajadores el derecho electoral no podía ocurrírsele a los políticos de la época, los obreros mismos no lo pedían y no hubieran comprendido la demanda. Éste era el caso en aquel entonces y también más adelante todavía en otros países. Mientras el estado de obrero asalariado es un momento de tránsito para la aplastante mayoría de los aprendices en la profesión, los obreros asalariados todavía no constituyen una clase en el verdadero sentido de esta palabra y, por lo tanto, tampoco plantean algunas demandas políticas.

3. EL REVISIONISMO Y LA DOCTRINA MARXISTA DEL DESARROLLO

Así como en el siglo XVII la estructura de la sociedad de aquel entonces engendró determinadas ideas políticas, que no pudieron ser pensadas por alto ni siquiera por los políticos más radicales de la época, así también el desarrollo capitalista de la edad moderna creó otras ideas sociales, que sin ningún teórico, sin ningún agitador, se habrían abierto camino igualmente en todas partes. Creó una clase obrera, de la que se dice: una vez asalariado, toda su vida asalariado. Es decir, una clase de trabajadores asalariados que permanente, y no temporalmente, depende económicamente de otra, pero en cambio ya no se trata, como los asistentes de artesanos en la Edad Media, la Edad Media tardía y las vísperas

de la época capitalista, de menores de edad como ciudadanos, sino que se casaban en tanto obreros, formaban familias como obreros, y de este modo también como obreros tenían amplios derechos en el estado y la sociedad, y tenían que defenderlos. ¿Qué le interesaban los impuestos a los oficiales artesanos de aquel entonces? Aquéllos difícilmente los afectaban en forma directa, sino por lo general sólo indirectamente a través de la persona de su maestro. En la actualidad toda la política comercial e impositiva afecta directamente al obrero, al padre de familia; hoy lo agobia todo lo que encarece la vida y, como consecuencia de ello, está interesado de un modo muy diferente en todos los asuntos del estado. Por ello se tiene que poner en él necesariamente de manifiesto la necesidad y la pretensión de estar representado en el poder legislativo, de alcanzar influencia sobre la legislación y administración.

Así también, de manera natural, prescindiendo por completo de ocasionales conflictos económicos, se desarrolló un antagonismo de clase entre los obreros y sus maestros, convertidos en capitalistas. Los obreros toman conciencia de la profunda diferencia social entre ellos y el patrón, su lucha salarial adquiere un carácter social. Ésta no era la situación en las luchas salariales de la Edad Media y Edad Media tardía. Lo que en aquel entonces existía como luchas salariales eran por lo general sólo conflictos por una especie de dinero para gastos particulares, pero no luchas por condiciones de existencia. Pero por lo regular las luchas de los oficiales no giraban en torno del salario. La mayor lucha de los oficiales artesanos, de la que se nos informa de la Edad Media en Alemania, la lucha de diez años de los peones de panadería en Kolmar, Alsacia, giraba alrededor de la cuestión de qué lugar tendrían que ocupar los oficiales en las procesiones en las fiestas de la iglesia. Esto parece a muchos risible en la actualidad, pero para los oficiales en la Edad Media el lugar en la procesión no era una cuestión insignificante, sino de bastante importancia. No hay que olvidar el gran papel que la iglesia desempeñaba por aquel entonces en la vida del pueblo; el lugar en la procesión representaba un elemento de importancia social. Pero tenía importancia para la profesión, no para la clase.

Factores muy diferentes determinan en la actualidad la lucha de los obreros. Hoy es la lucha por el salario, el tiempo de trabajo y el derecho laboral la que imprime el carácter a los movimientos de los obreros de todos los oficios, y así se abre paso, como la producción moderna ha reunido a obreros de toda clase en fábricas y talleres, el sentimiento de los mismos intereses de toda la clase obrera. Lo que en la Edad Media y en la Edad Media tardía eran sólo movimientos individuales o particularistas o partes de alzamientos del pueblo oprimido en general, se convierte ahora en un movimiento de los obreros como *clase* que está ligado a las necesidades reales de los perpetuos obreros, a sus necesidades jurídicas en el estado, a sus necesidades económicas en la producción, en el intercambio y en la distribución de bienes, a su necesidad social de reconocimiento como mayor de edad. Teniendo en cuenta este hecho, Karl Marx y su colaborador Friedrich Engels expresaron la siguiente idea del gran objetivo social de la lucha de clase obrera en la época moderna: los medios y fines del socialismo no tienen que ser inventados, sino encontrados, es decir, tienen que ser *descubiertos* en las condiciones materiales y jurídicas de esta gran clase obrera que se desarrolla cada vez más, tienen que *existir elementalmente*

en las *condiciones* del desarrollo real de esta clase. Tan pronto esto sucede, dichas condiciones ofrecen a las aspiraciones socialistas un fundamento mucho más estable del que de alguna manera pudiera ser imaginado. De esta manera Marx y Engels hicieron descender al socialismo, si me puedo expresar de este modo, del terreno de la fantasía alada al duro suelo de los hechos reales de la vida social; trasladaron, en mucho mayor grado que cualquiera de sus predecesores, la teoría socialista de la esfera de la especulación deductiva a la de la inducción realista.

Sin embargo, en aquel tiempo esto era a los ojos de muchos socialistas una severa limitación de la teoría socialista. Sobre todo los utopistas socialistas, o bien sus discípulos más o menos ortodoxos —pues los Owen, Fourier, Saint-Simon mientras tanto habían muerto—, los hacedores de sistemas, que elaboraban sistemas sociales íntegros, sociedades maravillosamente perfectas sobre el papel, los socialistas especulativo-filosóficos de Alemania, que se llamaban los verdaderos socialistas, veían en la doctrina de Marx un enorme debilitamiento del socialismo. Uno de los últimamente nombrados, Karl Grün, llegó tan lejos como a caracterizar la pretensión de transformación del estado absolutista en uno constitucional de una traición al socialismo. El socialismo estaba todavía tan profundamente enraizado en el utopismo que al genial socialista obrero alemán Wilhelm Weitling se le ocurrió la idea de que para la realización de los fines del socialismo habría que movilizar a los presidiarios. A todos quienes pensaban así y de manera análoga, las teorías de Marx tenían que parecerles como un empobrecimiento, cuando no una renuncia, de las grandes ideas obtenidas en forma especulativa. Así también en otras partes. Recientemente en un número aniversario del *Vorwärts* berlinés el marxista ruso Plejánov relata cómo en los años ochenta en Rusia aquellos que sustentaban la doctrina marxista en la forma que acabo de esbozar brevemente aquí fueron atacados por los populistas y socialistas revolucionarios de orientación especulativa como ayudantes o servidores voluntarios del capital, dado que señalaban la necesidad del desarrollo capitalista para el desenvolvimiento de la clase obrera, como lo hizo también Marx. Pero lo que ocurrió en Rusia en aquel entonces sucedió en muchos otros lugares. Un ejemplo es característico de esto. Cuando publiqué mi frase arriba mencionada sobre el objetivo final, el mismo Plejánov me atacó con extrema violencia, pero no pudo evitar el destino de ser llamado por los revolucionarios rusos el "Bernstein ruso". La traducción de la doctrina de Marx, tal como aquí ha sido desarrollada, le pareció a muchos socialistas en la práctica como la renuncia al objetivo final del socialismo, y, en cierto sentido, *no dejaban de tener razón*. Pues fundamentalmente, según mi opinión, la teoría de Marx derribó de hecho la idea del *objetivo final*. Como para una doctrina social basada en la idea del desarrollo no puede haber un objetivo final, según ella la sociedad humana va a estar continuamente sometida al proceso de desarrollo. Puede tener grandes *líneas de orientación y objetivos*, pero no un *objetivo final*. Incluso lo que transitoriamente podría ser considerado como un objetivo final no debe ser construido apriorísticamente de las cabezas, sino que tiene que ser elaborado a partir de las luchas prácticas del movimiento mismo.

Ciertamente, en los escritos de Marx se encuentra también pronosticado un cuadro futuro. Así al final del *Manifiesto comunista*, escrito ya en 1847. Allí

se dice que los obreros, después de que se apoderen del poder político, van a modificar toda la sociedad actual y a construir una nueva sociedad de carácter corporativo. Pero esto está manifestado en rasgos tan generales, y corresponde tanto a la idea social de la clase obrera —como tenía que desarrollarse a partir de sus condiciones de vida y en lo esencial también como se desarrolló— que no se lo puede caracterizar como una simple especulación. De este modo se puede pronosticar el futuro cuando se dice: las tendencias visibles del desarrollo apuntan a esta o aquella conformación de las cosas. Esto es también por cierto una deducción, pero sobre bases reales y no especulativas. De todos modos, el *Manifiesto comunista*, por muy genial que sea en detalles, por mucho que desarrolle ya la teoría de la sociedad de Marx, no puede ser considerado como aquella producción de Marx que la muestre en su máximo nivel intelectual. A esta categoría pertenecen más bien aquellos escritos que Marx escribió después de haber hecho sus estudios en Inglaterra, el país económicamente más desarrollado de aquel entonces. El libro *Contribución a la crítica de la economía política* constituye la primera introducción a ellos. En el prólogo a *El capital* encontramos dos pasajes en los cuales Marx señala muy enérgicamente la idea de desarrollo orgánico. El primero de ellos dice: "Aunque una sociedad haya descubierto la *ley natural que preside su propio movimiento*, no puede *saltearse fases naturales de desarrollo ni abolirlas por decreto*. Pero puede abreviar y mitigar los dolores del parto."

Es evidente que este pasaje contiene una limitación esencial o, si se lo quiere expresar de otro modo, un debilitamiento de la idea socialista de revolución. Indica así que no depende del capricho de la clase obrera, ni de ninguna otra clase, transformar la sociedad según su antojo, su fantasía o algún esquema terminado. Todas las condiciones de vida de la sociedad tienen que haberse convertido en otras, tienen que haber alcanzado una determinada madurez en su desarrollo para que sea posible una transformación social de importancia.

El segundo pasaje que quiero presentar y que, como el primero, data del año 1866, dice: "La sociedad actual no es un cristal fijo, sino *un organismo capaz de transformarse y que está continuamente en proceso de transformación*." El concepto de la revolución socialista recibe también aquí una delimitación muy determinada.

Ahora bien, *todo* revisionista aprueba estos dos pasajes de Marx. El revisionista les atribuye mayor importancia, mayor trascendencia que tal vez —esto lo confieso gustoso— Marx mismo, y de todos modos más que una cantidad de personas que pertenecen a la escuela de Marx, pero que según la opinión de los revisionistas constituyen una estrecha ortodoxia marxista, en tanto que le atribuyen a pasajes que Marx expuso sobre la base de determinadas premisas históricas una fuerza dogmática permanente, en lugar de aceptar su importancia sólo relativa. En lugar de reconocer, como es el caso en diferentes ocasiones, que cuando el desarrollo real se aparta del desarrollo de todos modos sólo teóricamente pronosticado, entonces también las fórmulas, que fueron deducidas sobre la base de la hipótesis originaria, tienen que modificarse. En lugar de ello, según nuestra opinión, los marxistas ortodoxos —que tienen a su principal representante en Karl Kautsky— se agarran enérgica y en forma totalmente inútil de aquellas fórmulas y buscan conservarlas mediante medios que son

…ras muestras de habilidad interpretativa y completamente indignos de una …rdadera teoría científica. Podría decirse que muchos de aquellos marxistas …nstituyen una secta en el marxismo, que paulatinamente también recayeron … toda clase de pasajes e ideas del *Manifiesto comunista*, corregidas por el …opio Marx, puesto que se remiten preferentemente al *Manifiesto* antes que … los escritos que Marx concibió en el máximo de su desarrollo.

… EL MARXISMO Y EL DESARROLLO DE LA GRAN INDUSTRIA

…l *Manifiesto comunista* tiene un error, podría casi decirse un error orgánico, …n error que también fue reconocido por Marx, de tal manera que él mismo lo …rrigió más tarde, y que Friedrich Engels admitió expresamente. Tiene el error … que sobrestimó considerablemente la velocidad y la parcialidad del desarro…o de la sociedad moderna. Wilhelm Liebknecht, el compañero de exilio de …arx durante largos años, manifestó públicamente en ocasiones y me contó …nfidencialmente interesantes detalles de lo mucho que Marx sobrestimó en su …poca el curso del desarrollo, lo que por otra parte se comprende fácilmente …bido al espíritu ardientemente revolucionario y enérgico de Marx. Tampoco …be olvidarse que cuando Marx escribió el *Manifiesto comunista* todavía no …abía estado en Inglaterra, sino que sólo había oído desde lejos del gran movi…iento de lucha de aquel entonces de los obreros ingleses, que por momentos …recía querer derrumbar con una fuerza elemental todo el imperio mundial …tánico. En *El capital* Marx corrigió algunas de sus hipótesis originarias, pero …mbién allí encontramos todavía muy sobrestimada y parcialmente valorada … velocidad del desarrollo en el sentido capitalista. Así, toda una serie de con…usiones de las hipótesis, sobre las cuales Marx escribió, son correctas; otras, en …mbio, no lo son o *ya no lo son*. El desarrollo del orden económico burgués …quirió de mucho más tiempo y demostró que esta forma de sociedad es capaz … una expansión y de un desarrollo mucho mayor de lo que Marx y otros con…mporáneos suyos habían supuesto. Y *porque* el desarrollo demoró más tiempo …porque la economía burguesa, esto es, la economía del libre cambio se exten…ió mucho más, era inevitable que tuviera que dar vida a nuevas formas de …ganización, que de ninguna manera podían ser predichas por Marx en todos …s detalles y apreciadas lo suficiente en toda su trascendencia. Citemos por …emplo un hecho, que Marx, por cierto, predijo acertadamente, pero cuya re…rcusión no estimó correctamente ni hubiera podido estimar con exactitud … medios sobrehumanos: la enorme expansión del comercio mundial causada …r el capitalismo, la incorporación de países de ultramar no sólo al comercio …undial —eso ya existía antes— sino también a la producción y al intercambio … bienes, que normalmente también obtenemos o fabricamos en Europa. El …gantesco incremento en la producción de bienes relacionado con ello solamen…te desarrolló con toda su fuerza después de que fue escrito *El capital*, y Marx …bía sacado sus conclusiones sobre la base de un intercambio económico mu…o menos desarrollado y había expuesto toda una serie de proposiciones conse…tivas que en parte han sobrevivido.

Presentemos aquí unas pocas cifras de mi patria, Alemania, para ver lo grandiosa que es en la actualidad la producción y el intercambio de bienes, y cuán grandiosamente se ha desarrollado el comercio mundial. El comercio exterior de Alemania ascendió en el año 1880 a casi 6 mil millones de marcos en valores; en el año 1907, en cambio, a 18 mil millones de marcos; por lo tanto, el valor de este comercio ascendió al triple mientras que la población aumentó sólo en aproximadamente un 40 %. Y este comercio exterior, en lo que se refiere a la exportación, consiste en la actualidad principalmente en exportación de productos industriales alemanes. La industria alemana, podría decirse, en sus mayores empresas y fábricas se elevó por encima del simple marco nacional, y así abastecen al mercado mundial y ya no sólo al interior del país. En Alemania tenemos industrias que envían hasta los dos tercios de sus productos al exterior, y colocan en Alemania misma menos de la mitad de su producción. Cuatro años después de la muerte de Marx, en el año 1887, el servicio de carga de los ferrocarriles alemanes con el exterior ascendió a 18.89 millones de toneladas, 18 años después, en el año 1905, a 43.6 millones de toneladas. El movimiento marítimo en puertos alemanes, que en el año 1883, con carga de barcos que llegaban y salían, ascendió a 15.51 millones de toneladas, se elevó en el año 1905, a 38.33 millones de toneladas.

Un ejemplo de qué relaciones se desarrollaron en el mercado mundial y cómo se elaboraron formas completamente nuevas para ello lo proporciona el cuadro de una industria muy moderna, que Marx sólo conoció en sus comienzos: la industria de la electricidad, la fabricación de máquinas eléctricas y el establecimiento así como la explotación del suministro de fuerza y luz eléctricas. Una de las mayores compañías de esta industria en Alemania es la Compañía General de Electricidad de Berlín. En el año 1907 tenía un capital accionario de 100 millones de marcos, que según la cotización en la bolsa representaba un valor de 220 millones de marcos; además poseía un capital de obligaciones de 37 millones y una reserva de 47 millones de marcos. Por lo tanto, prescindiendo por completo de la cotización bursátil, disponía de un capital invertido y de explotación de 184 millones de marcos. Pero con ello no termina su poder de capital. Esta Compañía General de Electricidad participa en la Compañía de Centrales de Electricidad de Berlín, que suministra electricidad a la mayor parte de Berlín y tiene un capital de 114 millones de marcos en total, pero cuya cotización bursátil es igualmente más elevada. Además, debido a la posesión de acciones constituye de hecho la dirección de un banco fundado por ella para empresas eléctricas, que está situado en Zürich, porque allí paga menos impuestos y evita algunos molestos controles. Financia empresas eléctricas en todo el mundo, que tienen que obtener sus máquinas, etc., de la Compañía General de Electricidad en Berlín, y participa a través de la posesión de acciones en otras veinte empresas más. Además, como filial de la Compañía General de Electricidad existe una compañía de Suministro de Electricidad, y la compañía se halla también en un tratado de reciprocidad —se puede elegir también para ello un nombre menos inofensivo— con la mayor compañía de electricidad de los Estados Unidos, la General Electric Company. Podría decirse que las dos poderosas compañías se repartieron el mundo para su mercado exterior: "Para ustedes esta mitad del mundo, para nosotros la otra." Así ninguna de ellas invade

rreno ajeno en sus pretensiones de conquista. A su vez la Compañía General Electricidad se encuentra en su terreno en relación de cártel con la siguiente n compañía de electricidad de Alemania, la empresa que en primer lugar va el nombre del gran inventor Werner Siemens —donde hoy se encuentran presentados en primer lugar los comerciantes—, la firma Siemens und Halske, representa un capital de 93 millones de marcos y está íntimamente ligada la compañía Siemens-Schuckert del sur de Alemania, cuyo capital asciende 10 millones de marcos. Otra empresa secundaria de la unión Siemens tiene capital de 15 millones de marcos, y además el "Elektrobank" fundado por la tiene en sus manos ciertos negocios de financiamiento para ella misma. timamente las dos grandes uniones concertaron un trato secreto sobre acción mún en licitaciones públicas con algunas de las siguientes mayores firmas de ctricidad alemanas, de las cuales la más importante es la firma Felten, uillaume & Lahmeyer, cuyo capital nominal asciende a 80 millones de marcos, o al que hay que añadir el capital de una serie de fábricas que constituyen séquito de esta sociedad. De tal modo un verdadero sinfín de gigantescas ciedades monopólicas están asociadas y conjuradas hoy en día en Alemania ra someter, en lo posible, a toda la industria eléctrica, no sólo de Alemania, o de una gran parte del resto del mundo. Y así como prospera esta moderna dustria, prosperan también nuestras grandes siderúrgicas, sindicalizadas en el undialmente conocido consorcio siderúrgico. Tenemos igualmente consorcios la industria textil, en las industrias del papel y de la impresión, etc., destindo todas ellas su actividad no sólo al mercado interno sino también al exteor y habiendo extendido sus redes mucho más allá de los límites nacionales, n lo que la ocupación del obrero entró en una dependencia nunca antes pechada respecto del mercado mundial.

En resumen, el más reciente desarrollo creó formas de las organizaciones la industria y del intercambio económico que Marx no conoció ni podía nocer. Cuando él escribió, las empresas que tenían entre 1 000 y 2 000 obreros n inusualmente grandes; en la actualidad tenemos empresas que tienen 000, 30 000 y hasta 40 000 obreros. Resulta interesante ver cómo este hecho refleja en la ideología de los obreros de las industrias más desarrolladas. uestra estadística alemana oficial sobre las empresas distingue entre empresas queñas, medianas y grandes. Considera empresas pequeñas a aquellas que uentan hasta 5 personas, empresas medianas a las que tienen entre 6 y 50 personas y empresas grandes a aquellas que cuentan con más de 50 personas. Esta la estadística oficial. Y ahora veamos la opinión de los obreros. Hace siete ños, en enero de 1902, los obreros metalúrgicos de Berlín prepararon para su o una estadística de las relaciones salariales y laborales en dicha ciudad. En te relevamiento, publicado como libro, se encuentra también la división empresas pequeñas, medianas y grandes. ¡Pero los obreros caracterizaron a das las empresas que abarcan *hasta 100 personas* como empresas *pequeñas*! s empresas medianas comprenden para ellos las que tienen entre 101 y 500 personas y solamente con más de 500 personas comienza para ellos la gran empresa. to se expresó en forma casi humorística en una asamblea de obreros metalúrgicos que presencié y en la que después del discurso se discutieron condiciones las diferentes fábricas. Allí se presentó un obrero, describió incidentes en

una determinada empresa y con un movimiento que expresaba desdén dijo: "pueden ustedes imaginarse qué negocio es ése, hay allí sólo cien obreros ocupados". Un negocio con cien obreros supone ya un millonario como propietario. Pero a los ojos del obrero un negocio con "sólo cien obreros" en la industria metalúrgica no significaba mucho más que antiguamente el negocio de un tendero.

Tan colosalmente cambiaron las cosas. En el año 1850 en la industria se utilizaban casi exclusivamente máquinas que desarrollaban hasta 30 caballos de fuerza, hoy en día en la gran industria se emplean máquinas de hasta 30 000 caballos de fuerza. A ello hay que añadir hoy la aplicación de electricidad como inductora de la transformación de elementos, la *electroquímica*, que creó ramas de la producción completamente nuevas. Si bien Marx no pudo describir todo esto con anticipación, se halla todavía sobre la recta línea del esquema de desarrollo marxiano y por lo tanto se lo cita también por parte de la ortodoxia del marxismo como prueba de la exactitud de la teoría. Sin embargo, en su repercusión sobre las relaciones económicas, sobre las condiciones de lucha de la clase obrera y las posibilidades y formas de la revolución social, tiene una trascendencia no tenida en cuenta por Marx.

¿Se puede estatizar industrias mundiales? ¿Qué significaría esto? ¿Puede el estado hacerse cargo de empresas cuyos negocios son en gran parte de naturaleza especulativa? Y si el estado no puede ni quiere hacerlo ¿se puede arriesgar a que estos negocios —que ocupan un lugar tan importante en la moderna economía nacional, que juntos ocupan ejércitos enteros de obreros y sobre cuya existencia descansa gran parte del bienestar de la población—, se podría arriesgar que ellos, dado que el estado no puede hacerse cargo directamente de ellos, sean entregados a la ruina en medio de una catástrofe social? ¡Esto también es imposible! Tienen que ser empleados medios y métodos muy diferentes para colocarlos paulatinamente bajo un mayor control, que sólo poco a poco va a llegar a dominarlos por completo. Entre otros, esto llegaron a experimentarlo especialmente en un movimiento verdaderamente revolucionario los obreros en los centros industriales rusos.

La revolución rusa que se inició tan optimista y grandiosamente en el año 1905 (y de la cual de todos modos puede decirse que lo que ella obtuvo en aquel entonces luchando no pudo ser eliminado del todo, algo al menos permaneció a pesar de toda la brutalidad de la reacción zarista), esta revolución rusa convirtió temporalmente a los obreros en la fuerza dominante en los grandes centros industriales de Rusia: en Jarkov, Rostov, Moscú, Petersburgo, Varsovia y especialmente en Lodz, el Manchester ruso. El poder de los zares estaba por el suelo; toda la autoridad de los funcionarios y de la policía estaba quebrantada, y se llegó a la situación de que la policía le dijera a los fabricantes: "¡Ved cómo os arregláis con los obreros; nosotros no podemos ayudaros!" En Lodz hay fábricas con 7 000 y hasta 8 000 obreros; en éstas los obreros fueron súbitamente casi los dueños. Los propietarios huyeron al exterior y dejaron la conducción de los negocios en manos de apoderados y directores técnicos. Algunos de ellos fueron muertos a tiros por los obreros; si querían salvar su pellejo tenían que ceder simplemente a las condiciones de los obreros. Pero esto duró sólo un tiempo relativamente breve. En estas circunstancias llega seguro un momento en que

los propietarios de las fábricas dicen a los obreros: "¡Por nosotros, quedáos con la fábrica; nosotros no la podemos explotar más, lo que ocurra nos resulta ahora indiferente!" Si no me equivoco, Kautsky en la conferencia que dio aquí en Holanda sobre lo que ocurría al día siguiente de la revolución, desarrolló la idea de que el abandono voluntario de las fábricas por parte de los fabricantes sería una de las primeras consecuencias de la revolución de la clase obrera, y que los fabricantes dirían, de la manera descrita: "¡Pues bien! ¡Tomad las fábricas, pero dejadnos tranquilos!" Ciertamente, esto muy bien puede ser posible, lo admito, pero la expropiación resultaría de este modo muy barata. La pregunta es sólo: ¿Deben o pueden entonces los obreros hacerse cargo de las fábricas, de las que el estado no puede hacerse cargo, y seguir explotándolas con resultados positivos? Y después de todo lo que vimos hasta ahora sobre ello llegamos necesariamente a la conclusión de que los obreros no van a querer ni van a poder hacerse cargo de las fábricas. Las fábricas tan fácilmente expropiadas serían en una revolución cáscaras vacías. En Rusia el dominio de los obreros terminó en todas partes cuando llegó el momento en que, a la inversa, los obreros dijeron a los fabricantes: "Lo reconocemos, ahora sois otra vez los amos", y se sujetaron tranquilamente a sus disposiciones.[2] La dictadura industrial de los obreros simplemente no hubiera sido realizable. La vida económica tiene ciertas leyes vitales que la simple voluntad de los hombres no puede superar.

EL MARXISMO Y LA DIVISIÓN SOCIAL

No son pensamientos antimarxistas los que expreso; son conclusiones que, si bien Marx mismo no las dedujo, se hallan sin embargo en consonancia con la idea fundamental de su teoría. Una sociedad cuyas organizaciones y costumbres descansan sobre un desarrollo de milenios no puede cambiarse de la noche a la mañana en un sentido completamente diferente. Y sobre todo porque el capitalismo no tuvo el efecto que se esperó durante largo tiempo de él: simplificar la sociedad en su estructura y organismo, crear relaciones generalmente simples. No; la sociedad se hizo más complicada, la división en clases aumentó, se amplificó cada vez más. Las pequeñas empresas en la industria y el comercio no fueron destruidas, sólo fueron dejadas atrás y modificadas en su naturaleza y posición económica. Series completas de ellas ciertamente fueron destruidas o absorbidas por grandes empresas, pero el capitalismo creó a su vez nuevas pequeñas empresas. Para no quedarnos en lo abstracto voy a presentar un ejemplo de ello. Una industria que, en su forma más antigua, prácticamente desapareció por completo en los países modernos comprendidos por el capitalismo es la hojalatería. El maestro hojalatero ya no hace en la actualidad cacerolas, escudillas, etcétera, hoy en día se hacen en la fábrica, y a lo sumo él las vende. La antigua hojalatería tuvo que abandonar una gran parte de su trabajo. Donde antes

[2] Con gran reserva, pero de un modo tanto más eficaz para el lector atento, presentó la cuestión el marxista ruso Tscherewanin en el escrito *Das Proletariat und die russischen Revolution* (Stuttgart, J. H. W. Dietz). Sin embargo, a la parte económica misma allí sólo se le hace justicia a medias.

estaba el maestro hojalatero, encontramos en la actualidad grandes, pequeños y medianos montadores de instalaciones eléctricas. ¡Sobre el suelo de la gran industria se desarrolló una industria con pequeñas empresas en otras formas! Algo similar podemos observar todavía en muchas ramas industriales.

En la agricultura la subsistencia de la pequeña industria es aún mayor. En la agricultura tanto la pequeña como la mediana industria se revelaron mucho más resistentes y productivas de lo que anteriormente supuso la socialdemocracia bajo la influencia de las doctrinas económicas de Marx. Marx predijo el derrumbe de la pequeña industria también en la agricultura porque, cuando realizó sus estudios económicos, en Inglaterra —el país más desarrollado desde el punto de vista capitalista— la agricultura estaba en efecto predominantemente en manos de la gran propiedad. Pero esta gran propiedad fue creada y mantenida artificialmente a través de particularidades del derecho inglés y también de otras condiciones especiales de Inglaterra. Además, no puede discutirse en absoluto que el cultivo de cereales, todavía fuertemente promovido en la Inglaterra de aquel entonces, en regiones de extensas llanuras y planicies, asegura a la gran empresa una considerable superioridad sobre la pequeña.

Voy todavía más lejos, pues no me interesa cerrar los ojos ante los hechos debido a alguna teoría preconcebida. Mi afán es descubrir la verdad. Yo renunciaría inmediatamente a cada frase que he escrito contra los marxistas ortodoxos si me convenciera de que no coincide o ya no coincide con los hechos. Por ello es que añado además un segundo punto. Considero creíble que incluso en la ganadería, donde la pequeña empresa se manifiesta más enérgicamente, la mayor productividad en relación con el trabajo humano empleado se encuentra en la gran empresa racional, y que, desde un punto de vista puramente matemático, ésta se evidenciaría por ello como superior. Pero hay que tomar en consideración otro factor, que en este mundo desempeña un gran papel y que por lo tanto no debe ser ignorado, a saber: el factor psicológico en el trabajo. Tomemos el caso de una gran empresa ganadera. Allí el ganado tiene que ser cuidado también durante la noche. Según las circunstancias, tiene que ser limpiado al anochecer, recibir agua y alimentos, y en todo caso tiene que velarse por él. En la gran empresa esto lo realiza un obrero asalariado, un peón, y para él es *trabajo*, que muy correcta y lógicamente considera como tal y quiere que se le pague, pues no lo hace para sí ni tiene un interés personal en él. Ahora pasemos a la pequeña propiedad de un campesino mediano o pequeño que tiene ganado. Al anochecer va una vez más a su establo y vela por su ganado. Pero no lo sigue considerando como *trabajo*, para él es sólo una ocupación que le depara por lo general cierta alegría, pues es *su* ganado el que cuida con cariño. El gasto de fuerza física, que indudablemente hace, se compensa o resulta al menos considerablemente reducido por el factor psicológico. Ésta es una de las razones de por qué en todos los países la pequeña empresa se mantiene extraordinariamente fuerte en la ganadería frente a la gran empresa, e incluso le gana terreno.

El censo alemán de fábricas e industrias del 12 de junio de 1907, cuyos resultados son dados a conocer ahora por las oficinas estadísticas, demostró que en Prusia y en otras partes de Alemania las cifras son aún más favorables para las explotaciones rurales, que en el caso de las medianas y pequeñas en la agri-

cultura aumentaron más de un 10 %, y no sólo en cuanto a su número, sino también en cuanto a la superficie cultivada, pues esta última aumentó aún más que el número de las explotaciones, mientras que el número y la superficie de cultivo de las grandes explotaciones disminuyó.[a] En cuanto a la concentración

[a] Véanse las cifras correspondientes de la estadística oficial:

	1895	*1907*	*Aumento o disminución en %*
Explotación minúscula (menos de ½ hectárea)	1 238 190	1 352 845	+ 9.26
Explotación parcelaria (de ½ hasta 2 hectáreas)	809 923	748 132	— 7.63
Explotación pequeña (de 2 a 5 hectáreas)	522 780	520 914	— 0.36
Explotación mediana (de 5 a 20 hectáreas)	528 729	583 160	+10.29
Explotación rural grande (de 20 hasta 100 hectáreas)	188 114	175 976	— 6.45
Explotación grande (más de 100 hectáreas)	20 390	19 117	— 6.24
TOTALES	3 308 126	3 400 144	— 2.78

Según estas cifras, de estos grupos sólo aumentaron los más pequeños (parcelas de trabajadores, etc.) y las explotaciones medianas —este último es justamente el grupo de los campesinos pequeños y medianos. De una recopilación detallada que, como la precedente, fue comunicada en la correspondencia estadística del Departamento estadístico imperial prusiano el 3 de marzo de 1909, resulta también que de los dos grupos vecinos de las explotaciones medianas, aquellos grupos inferiores que se hallan más próximos de estos últimos se desarrollaron más favorablemente. Mientras que todo el grupo de las pequeñas explotaciones muestra un retroceso, su capa superior (de 4 hasta 5 hectáreas) aumentó en un 4.98 %, y en las grandes explotaciones rurales, que en total disminuyeron un 6.45 %, la disminución en el grupo inferior, de 50 hasta 100 hectáreas, es de 11.87 % (de 31.252 a 27.542), pero la de las explotaciones rurales más medianas, de 20 a 50 hectáreas, sólo del 4.31 % (de 155.439 a 143.949). Con respecto a la superficie de cultivo los grupos medios revelan el siguiente movimiento:

Explotaciones	*Superficie total de cultivo en 1 000 hectáreas*		*Aumento o disminución en %*
	1895	*1907*	
De 4 hasta 5 hectáreas	448	476	+ 5.91
De 5 hasta 10 "	1 947	2 233	+14.70
De 10 hasta 20 "	2 797	3 144	+12.45
De 20 hasta 50 "	4 553	4 497	— 1.25

Según esto, en cada uno de estos grupos *aumentó* el promedio de la superficie de cultivo por explotación. No debe olvidarse tampoco que este resultado es en parte un efecto de la política de colonización prusiana en las provincias orientales —la parcelización de grandes propiedades con el propósito de la colonización por campesinos alemanes en las zonas amenazadas por polonización—, así como de la acción opuesta de los polacos que también, según las posibilidades, crean propiedades rurales. Y así las cifras hablan claramente contra la teoría de la "desaparición de las explotaciones rurales".

Sobre la capacidad productiva de las explotaciones rurales pequeñas en comparación con

en la industria (que nadie puede negar, que no niega ni siquiera el más empedernido conservador, porque los hechos hablan un lenguaje demasiado claro), ni siquiera en ella se advierte que haya tenido como resultado simplificar la división social de la sociedad. No sólo no redujo la clase de los capitalistas, sino que por el contrario la *incrementó* considerablemente. Pues detrás de aquellas gigantescas fábricas, de las cuales hemos hablado más arriba, no se halla un capitalista mamut, no marcha sólo un batallón, no marchan un par de batallones, ni un regimiento ni un par de regimientos, sino ejércitos enteros de copropietarios en la forma de accionistas de todos los grados.

En muchos de mis escritos llamé la atención sobre este hecho y, entre otras cosas, hice referencia a que el muy famoso *trust* acerero de los Estados Unidos, que seguramente absorbió a cientos de fábricas, tiene tras de sí a 50 000 accionistas. Y manifesté —y lo repito aquí— que las 21 más grandes hilanderías finas de Inglaterra, que se reunieron hace 10 años en un *trust* hilandero, dieron lugar de este modo a una importante concentración en su industria, pero no redujeron el número de los capitalistas puesto que el *trust* tenía cerca de 4 500 accionistas de diferentes grados. Los mismos sucesos pueden observarse en todas partes en la industria, o sea, que la forma impersonal de propiedad aumentó progresivamente. Incluso en empresas que originariamente fueron creaciones de una persona, la propiedad se divide de generación en generación, primero dentro de la familia del fundador, pero luego, con la creciente expansión de la empresa, también por transferencia de acciones a personas ajenas a la familia. Finalmente, para encontrar la forma adecuada para una propiedad colectiva —que es menos libre que la sociedad por acciones— se desarrolló en Alemania y en otras partes el instituto de sociedades de responsabilidad limitada. Como un ejemplo típico del aumento del número de propietarios de empresas particulares debido al incremento de estas últimas puede servir la historia del *Times* londinense. Esta conocida empresa fue creada hace 125 años por un hombre llamado John Walter, en Londres. Luego se transmitió hereditariamente a sus descendientes en forma de títulos de participación cada vez más divididos, así como a destacados miembros de la conducción de la empresa. De ese modo 1/32, 1/64 e incluso 1/128 de las acciones del *Times* pasaron de mano en mano, hasta que tras algunos años el periódico llegó a ser propiedad de una sociedad de responsabilidad limitada. Muchas grandes empresas revelan un desarrollo similar. La anteriormente mencionada compañía de electricidad Siemens & Halske perteneció originariamente a dos personas, a Werner Siemens, que era un importante técnico, y al mecánico con participación comercial Halske. Más adelante se amplió el círculo de propietarios por la entrada de los hijos de Siemens a la empresa; se les dio participación a otras personas, y del simple negocio de socios se constituyó una *sociedad en comandita*. Pero también esta forma de propiedad fue demasiado estrecha ante el crecimiento de la empresa, y hoy en día es una sociedad por acciones, cuyos accionistas, es decir, propietarios, se cuentan por cientos, si no por miles.

la gran explotación en la ganadería, el doctor Arthur Schulz, quien a su vez es un agricultor práctico, nos informa de hechos dignos de atención en los *Socialistischen Monatshefte* (véase el artículo "Grossbetrieb und Kleinbetrieb in die Viehhaltung und Viehzucht", *Socialistische Monatshefte*, fascículo 7 de 1909).

En ninguna parte puede encontrarse una estadística detallada de los accionistas. Pero el aumento de la clase de los accionistas se puso de manifiesto en la estadística de *ingresos* y *patrimonios*. Pues bien, la estadística de ingresos no revela una disminución, sino un *aumento* en el número de ingresos *grandes y medianos*, y un incremento que es considerablemente *mayor que el aumento de la población*. En mi escrito, que —por lo que sé— también está traducido al holandés, ***Las premisas del socialismo***, para ilustrar este hecho cité algunas cifras de la estadística de ingresos para Prusia. Éstas fueron atacadas porque tienen por base dos diferentes tasaciones de impuestos, es decir, están tomadas de dos épocas que tenían leyes impositivas algo diferentes. Pero en aquel entonces esto no podía evitarse si no se quería dejar fuera del análisis por completo a la época más reciente o si debían compararse años que estaban demasiado cercanos uno del otro, para proporcionar un cuadro ilustrativo del movimiento. De todos modos estoy de acuerdo con la crítica en que esta comparación no podía ser tomada en términos absolutos, sino que sólo tenía un relativo valor probatorio. Actualmente podemos hablar con mayor seguridad.

En 1891 tuvimos en Prusia la última gran reforma del impuesto sobre la renta, la así llamada reforma impositiva Miquel, y por primera vez sobre la base de ella fue elevado el impuesto sobre la renta en el año 1892. En 1906 la ley fue algo modificada, y a partir de 1908 esta modificación se puso de manifiesto en la tasación impositiva. Tomemos entonces las cifras para el año inicial y el año final de la inmodificada validez de la ley Miquel, a saber, 1892 y 1907. Entonces vemos que en este período en Prusia los ingresos burgueses inferiores de 3 000 a 6 000 marcos anuales aumentaron de 204 714 a 369 046, es decir, en un 80.37 %; y los ingresos burgueses de más de 6 000 marcos anuales, de 112 175 a 190 445, es decir, en un 69.5 %. Mientras que la población en el mismo período se había incrementado sólo un 25.3 %. Podría seguir citando más cifras y presentar el movimiento de los diferentes grupos de la clase más elevada de ingresos, y se demostraría entonces que en cada grupo el aumento fue considerablemente mayor que el incremento de la población.[4] El número de capitalistas

[4] Lo que en el informe no resultó factible para no cansar a la audiencia con la lectura de demasiadas cifras, puede ser recuperado aquí. Del ingreso de más de 6 000 marcos los grupos característicos muestran el siguiente desarrollo:

	1892	1907	Aumento en %
Burgueses medios moderados: 6 000-9 500 marcos	63 112	90 145	42.8
Burgueses medios altos: 9 500-30 500 marcos	40 418	79 630	96.1
Grandes burgueses: 30 500-100 000 marcos	6 665	17 100	156.7
Ricos: más de 100 000 marcos	1 780	3 561	100.0
TOTALES:	112 175	190 445	69.5

El impuesto sobre la renta ("Impuesto suplementario") mostró entre 1895 —cuando fue recientemente impuesto— y 1908, en las cajas que se pueden caracterizar como *propietarias*, un

aumenta, en vez de disminuir. La sociedad se modifica en sus fundamentos, pero su división no se simplifica.

La diferencia entre la opinión originariamente extendida en círculos socialistas sobre el desarrollo de los ingresos y los bienes y el desarrollo real puede ser ilustrada mediante dos gráficas.

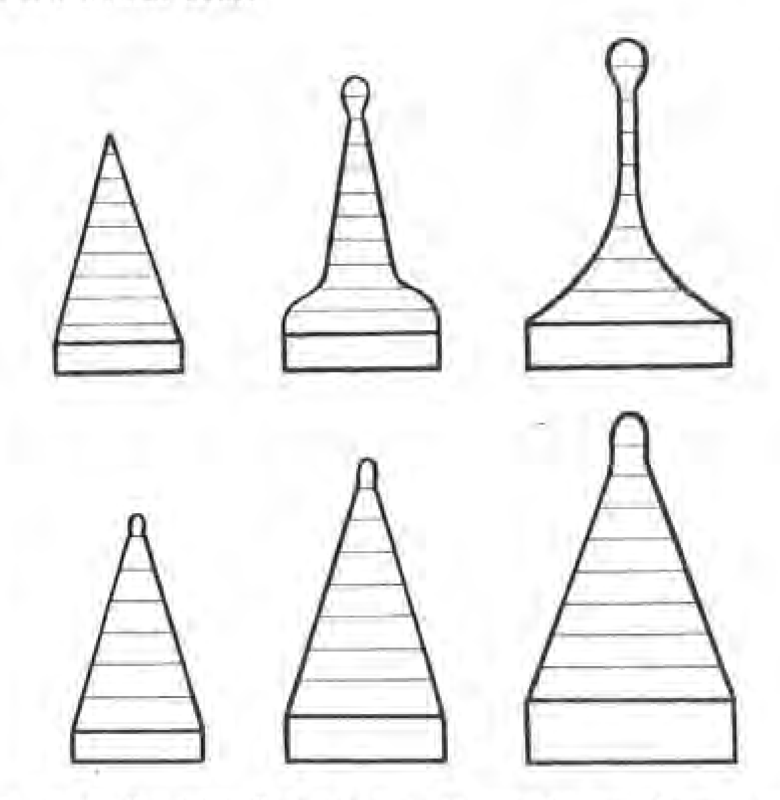
La gráfica superior corresponde a la parte teórica del programa de Erfurt de la socialdemocracia alemana. Este programa, que fue ideado en el año 1891 por Karl Kautsky con mi asistencia, refleja la concepción que nosotros los socialistas teníamos antes del desarrollo de la sociedad. Como punto de partida tenemos una pirámide social que está formada por un bloque y un cono que regularmente se eleva sobre ella. El bloque es la parte de los obreros asalariados; la parte media o las partes medias son las clases pequeñoburguesas o burguesas medias; la parte superior, la cúspide, representa a la clase de los terratenientes y grandes capitalistas. Según el programa de Erfurt el desarrollo debería conducir o debería haber conducido a que la pirámide se acercara cada vez más a la forma conocida en el mundo científico como *cuello de botella*. Es decir, que la cúspide creciera en forma de cabeza, el centro se estrechara formando un cuello y la parte inferior adoptara una forma cada vez más maciza, como lo muestran en el dibujo superior las dos siguientes pirámides. Un economista nacional burgués, el profesor Julius Wolf, en Breslau, se dio el gusto de proponer como última consecuencia de esta teoría un cuadro que muestra sólo arriba la gruesa cabeza de los millonarios y abajo el gigantesco bloque de los obreros, mientras que las capas medias desaparecieron por completo, y ya no constituyen ni siquiera un cuello del grosor de un cabello. Evidentemente, a esa situación no se podría llegar nunca. Pero las partes medias en realidad no se estrecharon en absoluto. El grupo inferior de las pirámides, en el que está basada la verdadera tendencia actual de la división social, muestra por cierto una modificación de la forma de la pirámide, pero la estructura superior sigue siendo fundamentalmente un cono. La parte superior

desarrollo similar:

	1895	1908	*Aumento en %*
Propiedad moderadamente burguesa: 32 000-52 000 marcos	162 262	203 818	[illegible]
Propiedad burguesa alta: 52 000-200 000 marcos	179 862	240 391	33.7
Gran propiedad burguesa: 200 000-500 000 marcos	29 375	48 396	[illegible]
Riqueza: más de 500 000 marcos	13 031	21 002	61.1
TOTALES:	385 126	[illegible]	[illegible]

En todos los grupos el aumento superó la proporción del incremento de la población, que ascendió a poco más del 20 %.

De todos modos puede ser que una parte de este aumento de los contribuyentes se haya producido por una aplicación más precisa del método de tasación. De todos modos, el hecho de que las clases señaladas aumenten en lugar de disminuir no admite discusión. Todo el desarrollo de la vida moderna suministra pruebas de ello.



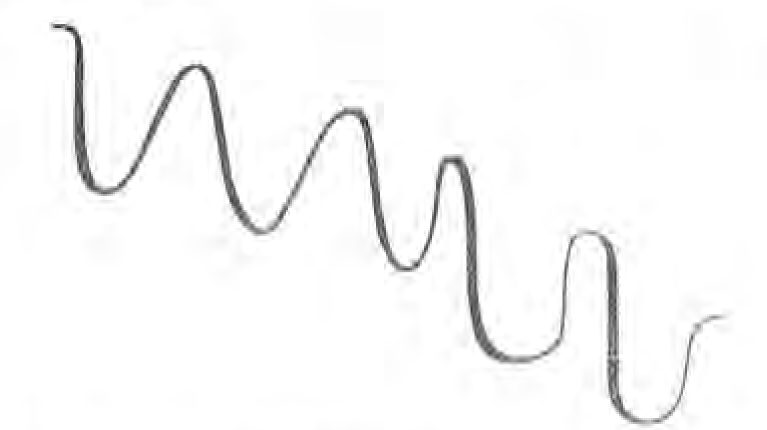
ya no es aguda, sino truncada. La clase de los grandes capitalistas se fortaleció, pero en lo restante las capas intermedias pueden encontrarse en casi la misma graduación, y ningún miembro disminuyó en las capas entre la clase obrera y los muy ricos.

De este hecho se sacó la conclusión de que con semejante desarrollo todo es muy lindo, y los socialistas no tendrían motivos para quejarse de la marcha de las cosas. Pero esto es radicalmente falso. Véase sólo la tercera pirámide de abajo más detenidamente. El bloque, sobre el que se erige el cono, creció poderosamente, la clase de los proletarios, la clase de los que trabajan por un salario aumentó enormemente, y junto con ella aumentó también otra más: el *tamaño de la distancia entre arriba y abajo*. Mi gráfica proporciona sólo un cuadro de la tendencia que se opera ante nuestros ojos, y no pretende exactitud matemática. El desarrollo podría ilustrarse también mediante un acordeón colgado, en cuya parte inferior está amarrado un peso, mientras que una fuerza algo superior tira hacia arriba. Las partes superiores —la clase de los ricos— van más rápidamente hacia arriba; se reúnen bienes cada vez más cuantiosos en manos particulares. Siguen los miembros intermedios, ninguno queda afuera, pero cuanto más avanzamos hacia abajo tanto más lento es el movimiento de elevación; donde es más lento es en el punto más bajo, o sea, donde están los obreros. También aquí hay una cierta elevación: la parte inferior no descendió más, para la clase obrera la situación no está positivamente peor que antes; sin embargo la distancia desde abajo

hasta arriba aumentó considerablemente y elevó el malestar social. Pero las capas que ocupan los escalones superiores, la masa de los capitalistas, son o van a ser —cosa a la que ellos también aspiran como personas— considerados económicamente como capitalistas cada vez más parásitos, que no tienen ninguna relación funcional con el trabajo productivo, que participan sólo como accionistas en el producto de las empresas, pero que en lo restante no tienen ninguna responsabilidad.

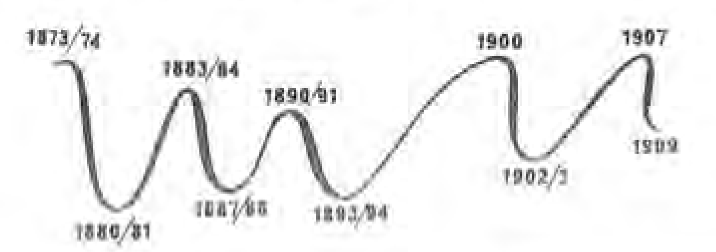
6. LA TEORÍA DEL DERRUMBE

Pero tampoco en un segundo punto se cumplieron las hipótesis marxistas. Quien lea el programa de Erfurt se va a encontrar en el cuarto punto de la primera parte con el siguiente párrafo: "El abismo entre los poseedores y los desposeídos" —todavía no hay un abismo, si es que se ha de entender la palabra en un sentido económico y no moral— "se amplía aún más a través de las crisis fundadas en la naturaleza del modo capitalista de producción, que son *cada vez más importantes y devastadoras*." Cuando fue redactado el programa de Erfurt esto lo creían todos los socialistas. Teníamos la idea de que el desarrollo económico en relación con las coyunturas del mercado adoptaría el camino de una espiral que se estrecha cada vez más. Tal es el sentido de esa frase, y con este supuesto recibió su formulación en el programa de Erfurt. Si se quiere ilustrar gráficamente la idea del programa de Erfurt, se obtiene una curva cuyos descensos se hacen cada vez más prolongados y cuyas elevaciones cada vez más cortas, y también cada vez más cortos se tornan los espacios intermedios entre el comienzo de un período de prosperidad y el de una nueva crisis que estalla. Como lo muestra aproximadamente la siguiente gráfica:



Una línea directamente descendente de las coyunturas. Pero ¿cómo fue el verdadero desarrollo? Tenemos una estadística y una historia de las crisis que nos brinda información sobre ello. Examinemos primero qué crisis soportó el

imperio alemán desde su fundación. Desde 1871 hasta 1873 tuvimos un auge grandioso, la famosa y desacreditada crisis del progreso, durante la cual todo parecía nadar en oro y sumas enormes eran colocadas en dudosas empresas. Pero en 1874, después de la gran catástrofe de 1873, se inicia un período de crisis y depresión que se prolonga hasta 1880-1881, casi siete años, y que fue tan devastador —yo lo viví como empleado de un negocio bancario y como socialista activo— que en aquel entonces se tenía en proporción más desocupados y mayor miseria que en todas las crisis posteriores. Sólo en 1881 se manifestó un cierto auge, pero resultó muy débil y no duró mucho, sino que encontró su punto máximo en el año 1883. Entonces sobrevino nuevamente una depresión, que duró hasta 1887-1888, no del todo tan prolongada, pero casi tanto como la que se extendió desde 1874 hasta 1880. Luego se vuelve a iniciar un pequeño auge que está acompañado por fuertes movimientos obreros, pero dura apenas tres años, o sea, hasta 1890-1891. En 1891 se acabó el esplendor, y éste es el año en que fue redactado el programa de Erfurt. Es el primer año de una nueva depresión en los negocios que se prolonga hasta 1893. Entonces comienza un auge como nunca antes se había experimentado, no sólo con relación a la *intensidad*, sino también respecto de la *duración*, pues finaliza sólo en 1900, cuando aparece un nuevo período de depresión, pero de no mucha intensidad y que termina otra vez en 1903. La mejoría que ahora comienza es otra vez muy enérgica y se mantiene hasta 1907. Ahora, desde 1907, estamos de vuelta en un período de depresión pero del que no sabemos cuánto va a durar y al que por ello no podemos poner como magnitud. Sin embargo, en la medida en que dejamos hablar a los hechos tenemos delante nuestro una curva muy diferente de la que trazó el programa. Justamente desde 1891 observamos una curva de coyunturas más bien ascendente que descendente. Obsérvese la curva sobre la que está basado el verdadero curso descrito de las coyunturas, y compáresela con la gráfica indicada por el programa:



Se trata de un cuadro completamente diferente, un desarrollo de las coyunturas completamente distinto del que la socialdemocracia tenía delante de sus ojos anteriormente. Fuerzas contrarias, que antes no existían en la misma medida, debilitaron el impulso de los factores que promovían las crisis. La riqueza de la sociedad aumentó tan descomunalmente y se expandió tanto que para la acción contraria al peligro de estancamiento se ofrecen en la actualidad posibilidades muy diferentes de las anteriores. La gran extensión del mercado creó posibilidades de nivelación como no las había antes en la misma medida. Asimismo, la cartelización de las industrias condujo a posibilidades de regulación de la producción que faltaban en el pasado. Todo esto y mucho más parece apuntar más

bien a que las crisis y depresiones de la vida económica se superan más rápidamente que antes. Yo no digo que todas éstas sean ventajas absolutas para el conjunto. Los cárteles pueden ayudar a ciertas industrias a superar las crisis, pero en cambio agravan su efecto sobre otras industrias por el hecho de que mantienen artificialmente elevado el nivel de precios, mientras que antes en las crisis los descensos de precios tenían un efecto curativo. Y si bien en la actualidad la línea de coyunturas se dispone en general mejor que antes, permanece no obstante un elemento respecto del cual el programa de Erfurt tiene razón: la *inseguridad general* no es hoy menor que antes. Aún en la actualidad la clase obrera está expuesta en los diferentes países al juego de las coyunturas, depende de transformaciones industriales que se operan en forma continua, que siempre arrojan nuevamente más obreros al mercado general de trabajo. Y esta inseguridad no existe sólo para la clase obrera, sino que también es válida para la mayoría de las demás clases industriales de la sociedad, también para los hombres de negocios. Se podría comparar la relación con el movimiento ondulatorio que provocan las tempestades en una laguna y en un océano. Si la tormenta hace elevar las olas en un pequeño lago, entonces esto ofrece un cuadro terrible: las olas y la destrucción que ellas ocasionan parecen enormes atendiendo a la moderada extensión del lago. Otra tormenta puede hacer elevar mucho, mucho más alto las olas en el océano, ocasionar mucho mayor daño, pero frente al cuadro de conjunto que ofrece el océano habrá de parecer insignificante. ¿Qué es el individuo en el océano? También sin crisis el obrero resulta arrojado hoy al océano de la economía mundial hacia uno y otro lado; la existencia se ha vuelto para el individuo en la vida económica más apremiante, insegura, amenazada. Diariamente las olas devoran víctimas en gran cantidad, mientras sube imperturbable la marea del mar de la economía mundial.

No hay que olvidar esta circunstancia, para que el viejo esquema del desarrollo de la crisis, que se ha vuelto insostenible, no nos induzca a un optimismo engañoso. Pero el esquema tiene que caer, y con él se derrumban todas las esperanzas futuras que fueron formuladas sobre su base, especialmente la idea de una gigantesca catástrofe económica que colocaría a la sociedad moderna ante la ruina inmediata, ante el derrumbe total. Esta idea no sólo no ganó en probabilidad, sino qe dicha probabilidad disminuye progresivamente. Todas las especulaciones que antes estuvieron vinculadas a este esquema de crisis se tornaron caducas y sólo pueden causar perjuicios.

7. EL REVISIONISMO Y LA PRÁCTICA SOCIALISTA

Pero si tenemos que abandonar la idea de la catástrofe, lo que llamamos *trabajo socialista actual* adquiere evidentemente un *valor muy elevado*. Porque entonces se trata no sólo de adoptar medios paliativos, que tienen valor únicamente en la medida en que son logros destinados a mantener a los obreros en condiciones de luchar hasta el advenimiento de la gran catástrofe, sino que aquél se convierte en un importante *trabajo preparatorio fundamental*. Un factor básico que diferencia el revisionismo de la antigua concepción de la socialdemocracia es la

acrecentada estimación de aquello que pertenece al actual trabajo socialista. Y esto se traduce en la mayor estimación del trabajo parlamentario, no tanto como agitación —si bien ésta tiene su justificación— sino más bien como búsqueda de resultados legislativos positivos, de leyes orientadas a producir las modificaciones lo más profundas posibles en el derecho y la economía; y también en una mayor valoración de la actividad socialista en las comunidades; en una mayor apreciación de la importancia social de los sindicatos desde el punto de vista de todas las funciones que ellos están en condiciones de ejercer en la vida económica, en el mayor interés por el desarrollo sistemático de sus organizaciones, así como también en pro de la ampliación y fomento de las cooperativas obreras de consumo. Todo trabajo de esta índole adquiere una importancia muy diferente, mucho mayor que antes, cuando se abandona la idea de aquel esquema de crisis y la especulación sobre el gran derrumbe económico, y se representa la sociedad tal como ella realmente se desarrolla.

Ahora bien, contra esta afirmación se ha dicho lo siguiente: todo lo que allí se indica como una tarea actualmente necesaria ya se hace, ¡la socialdemocracia ya lo hace en la actualidad! Hasta cierto grado esto es correcto, pero sólo hasta cierto grado. Porque la diferencia estriba en bajo qué supuestos se realiza un trabajo. Cuando apareció mi libro sobre las premisas del socialismo y se enfrentó a los más violentos ataques, un socialista polaco, el doctor Ludwik Gumplowicz, dijo lo siguiente en una asamblea en Londres (y fue lo más conmovedor que se me podría haber dicho): "Lo que Bernstein propone ya lo hicimos antes, pero lo hicimos con medio corazón y con una mala conciencia socialista. Bernstein nos puso en condiciones para hacerlo con todo el corazón y con una buena conciencia socialista." Si esto es verdad no me corresponde a mí decidirlo, pero sí es acertado en cuanto al propósito, y estas palabras de un compañero de luchas de otro país fueron el mejor elogio que le pueda tocar en suerte a un escritor político.

En realidad el movimiento socialista —como se puede comprobar históricamente— fue llevado por las condiciones reales de su lucha y su propio crecimiento a abandonar uno tras otro los juicios que se desarrollaron sobre una base todavía medio utópica. Originariamente los socialistas pensaban que los parlamentos no interesaban en absoluto a los obreros, que las cosas que allí se discutían eran insignificantes y que nada tenían que ver con los grandes objetivos socialistas. Luego se concurrió a los parlamentos, aunque se consideró inútil cuando no perjudicial entrar en las comisiones parlamentarias. Pero ahora que los partidos socialistas han alcanzado importancia en los parlamentos, se comprendió que la clase obrera tiene que trabajar en todos los cuerpos legislativos y administrativos con todas sus fuerzas y tiene que buscar impregnarlos cada vez más de su espíritu. Así ocurrió en este aspecto, y así ha de seguir pasando en este y otros puntos. Derrotado en los congresos por la fuerza de la tradición, el revisionismo, sin embargo, se impone victorioso en la práctica.

Ahora vienen algunos de mis compañeros de partido y me dicen: hasta aquí todo esto suena muy bien, pero con este pequeño trabajo se pierden del horizonte los grandes puntos de vista, las grandes ideas sintetizadoras, y si tú le quitas al trabajo además el *objetivo final* socialista, entonces las cosas van a ir cada vez peor en este terreno.

Mi respuesta a este reproche frecuentemente escuchado es que los obreros modernos ya no son niños a los que hay que mostrarles la luna para actuar en forma estimulante e incitante sobre ellos. La clase obrera moderna, que avanza hacia su madurez y que en grandes capas ya ha madurado, no necesita ninguna utopía, y puede ser incitada a la lucha socialista también sin el confuso "objetivo final". Lo que hay que mostrarle a los obreros para infundirles entusiasmo y sentido para perseguir grandes objetivos es algo muy diferente. Por un lado, su creciente importancia en la sociedad moderna, la *misión* histórica de su clase, que se pone de manifiesto en el hecho de que ellos constituyen la única clase que como tal se enfrenta en la actualidad totalmente libre de prejuicios a cualquier verdadero progreso en el conocimiento, en la técnica, en la economía, etc.; cuyo interés no está ligado a nada envejecido ni envejecedor, como ocurre con otras clases de la sociedad, que son en parte reaccionarias pero que participan sólo a medias en el progreso, porque con el progreso pierden lo uno o lo otro como clase. Sólo los obreros, tan pronto como aparecen como clase, están ligados en todos los aspectos al progreso social, son su vanguardia más segura, como lo expresó bellamente Lassalle en las palabras que dirigió a los trabajadores en el programa obrero: "Ellos son la roca sobre la cual será erigida la iglesia del presente." Si se les dice esto a los obreros y se les demuestra la posibilidad de un ascenso continuo, que tal vez se efectúe lentamente pero que, como consecuencia de su creciente importancia social, les está asegurado en la medida en que avancen unidos, entonces con ello se les muestra un gran objetivo, que tiene que ejercer un efecto tanto mayor puesto que es un objetivo en el que también puede creer el crítico desapasionado. Observemos una vez más el cuadro de la pirámide social, tal como se desarrolló en los hechos. Arriba el cono presiona sobre el bloque clase obrera e impide su completo desarrollo. Los parásitos, que el cono encierra en número creciente, son el peso que reprime al bloque. Pero el bloque se hace cada vez mayor, la clase obrera aumenta proporcionalmente más que las otras clases, el bloque se acerca cada vez más al cono en extensión, y cada vez mayor se hace su capacidad de defensa. Eso es importante mostrárselo a los obreros, ya que con ello no se les quita el entusiasmo para trabajar con nosotros los socialistas, con ello no se les quitan las grandes perspectivas, sino que sólo se les muestra cómo de hecho tiene que lucharse en la sociedad, y se despierta una confianza en sí mismo que puede encender los espíritus, también en un avance lento, hasta el máximo aprovechamiento de sus fuerzas.

La vieja perspectiva basada en las explicaciones de Marx sobre el derrumbe social, nos alumbraba a nosotros los socialdemócratas, que somos todos los discípulos de Marx y Engels, y presentaba el cuadro de un ejército que avanza por rodeos, sobre rocas y en medio de las malezas y que, sin embargo, es conducido siempre de nuevo hacia atrás en este camino, hasta que finalmente llega a un gran abismo al otro lado del cual, a través de un mar embravecido —que según algunos, era un mar *rojo*—, se vislumbraba el ambicionado objetivo: el estado del futuro. Esta perspectiva se modifica ahora, y se abre otro panorama. La perspectiva que tenemos por delante nos muestra la lucha diaria de los obreros que se desarrolla y se reitera a pesar de todas las persecuciones; el crecimiento de los obreros en número, en poder social general, en influencia política, a la que ningún partido puede ya sustraerse. Esta perspectiva nos muestra

camino de la clase obrera no sólo *hacia adelante*, sino también *hacia arriba*, no sólo un fortalecimiento en cuanto a su número, sino también una elevación de su nivel económico, ético y político, una creciente capacitación y actuación como factor de cogobierno en el estado y en la economía. Y en el sentido de esta perspectiva operó y opera en la actualidad decididamente aquella dirección en la socialdemocracia cuyos prosélitos son llamados revisionistas.

TESIS SOBRE LA PARTE TEÓRICA DE UN PROGRAMA PARTIDARIO SOCIALDEMÓCRATA

Puesto que el informe se dirigió a un público general y no le quise dar una extensión que cansara a la audiencia, pudo tratar sólo las cuestiones fundamentales del revisionismo socialista y considerar únicamente algunas conclusiones que se derivan de ellas para la práctica socialista. Otras conclusiones en cambio tuvieron que quedar pendientes. A ellas pertenece, por ejemplo, la cuestión de la táctica de la socialdemocracia frente a los partidos burgueses y a las organizaciones políticas intermedias, así como la cuestión relacionada con ella, de si la socialdemocracia tiene que seguir siendo un partido de clase de los obreros o tiene que tender a convertirse en un partido popular socialista. En parte se prejuzga sobre estas cuestiones debido a la fuerte acentuación de la idea de desarrollo planteada por los revisionistas; la palabra revisionismo, que en el fondo sólo tiene sentido para cuestiones teóricas, traducida a lo político significa *reformismo*, política del trabajo sistemático de reforma en contraposición con la política que tiene presente una catástrofe revolucionaria como un estadio del movimiento deseado o reconocido como inevitable. La última política va a diferenciar a los partidos no socialistas a lo sumo por razones oportunistas de utilidad, pero en la lucha también contra los partidos vecinos se va a comportar tanto más áspera y bruscamente cuanto más cerca esté pensada la catástrofe. Al asumir el rechazo de la teoría de la catástrofe, el reformismo debe prever causas y necesidades periódicas de cooperación con partidos no socialistas, y en la lucha con éstos adaptar según las circunstancias el lenguaje. En ese sentido el reformismo significa también *moderación*. Pero se trata de una superstición que hay que combatir con la suficiente energía, la de creer que semejante moderación implica la renuncia a medios de lucha enérgicos, una política de débil transigencia y el encubrimiento de las contradicciones. ¿Cómo se puede ser revisionista o reformista y estar a la vez en favor de la huelga política, la toma por asalto de las calles y medios similares? A esta pregunta respondía incontables veces: "Yo estoy en favor de estas medidas *porque* estoy en favor de una consecuente política de reformas. Pues cuanto más claramente se coloca en un primer plano la idea de dicha política, tanto más eficaces van a resultar estos medios." Una acentuación consecuente de la idea de reforma vuelve además innecesario cualquier ocultamiento del carácter de la socialdemocracia como partido de clase obrera.

Participo totalmente de la opinión de que la socialdemocracia tiene que conservar este carácter. Sólo la conciencia de que es el partido de esa clase de la sociedad que con todos los hilos de sus condiciones de existencia y de desarrollo pende del progreso económico como fundamento del progreso social y cultural, le garantiza la unidad de voluntad que es el factor más seguro de la unidad en la acción. Es la *brújula* indispensable para las complicadas cues-

tiones de la política, frente a las cuales la socialdemocracia tiene que tomar posición, como la política agraria, la política exterior, la política comercial, la política colonial, etc. Política de la clase obrera no significa aquí un antagonismo absoluto con los intereses de las otras clases, pero significa libertad de los intereses particulares y específicos de las otras clases. La socialdemocracia puede, por ejemplo, impulsar una política agraria que ofrezca ventajas también a los campesinos, pero no puede impulsar una política agraria que signifique una política de clase de los campesinos. Así, se puede convertir en un "partido del pueblo" sólo en el sentido y en la medida en que los obreros mismos se conviertan en el elemento determinante en el pueblo, alrededor del cual se agrupen otras capas sociales como pertenecientes esencialmente a él. El hecho de que la clase obrera está en el mejor camino hacia dicho objetivo lo muestra el censo de profesiones e industrias.

Este nos indica que las clases de los obreros asalariados y empleados son las clases de la población que aumentan más rápidamente. Si también las pequeñas empresas en la industria y en el comercio aumentan en forma más rápida que el promedio de la población —en Prusia las empresas de 2 a 5 personas aumentaron entre 1895 y 1907 de 593 884 a 767 200, es decir en un 29.2 %, mientras que el incremento de la población fue del 19 %—, entonces no debe olvidarse que un considerable número de estas empresas son parte de empresas mayores, y un gran porcentaje de pequeños empresarios se identifica hoy tanto más con los obreros puesto que si bien su clase se mantiene, las existencias individuales dentro de ella se asientan en gran parte sobre bases muy inseguras, y reina en su interior un flujo activo. Si bien de los campesinos se puede decir esto sólo en menor medida, sin embargo de la estadística presentada en la página 305 resulta que incluso la capa de las explotaciones rurales que se desarrolla de modo más favorable queda numéricamente cada vez más retrasada respecto del aumento de la población. Mientras esta última creció en un 19 %, las explotaciones rurales medianas aumentaron en un 10.29 % y las pequeñas explotaciones incluso disminuyeron. Los campesinos no se hunden ante la gran explotación agraria, pero se hunden en el fango como clase social.

Estos son los puntos de vista a partir de los cuales tienen que ser revisados los programas socialdemócratas que intentan caracterizar el desarrollo social de acuerdo con el modelo del programa de Erfurt de la socialdemocracia alemana. Yo consideraría adecuado renunciar a semejantes detalles en el programa partidario y, tras algunas frases introductorias de carácter general, como las formuló tan magistralmente Marx para el programa mínimo del Partido obrero francés, colocar en el programa sólo postulados y aspiraciones y presentar, en cambio, la fundamentación teórica en manifiestos que posibilitan un análisis más detallado que los que tienen que ser brevemente redactados. Pero si se quiere conservar el esquema del programa de Erfurt, entonces las partes teóricas tienen que ser redactadas de tal manera que la exactitud científica no sea sacrificada al efecto retórico. Que esto es perfectamente posible lo demuestran las tesis que redacté para el informe de Charlottenburg, mencionado en el prólogo. A continuación incluyo estas tesis con la salvedad que se trató sólo de un esbozo del *contenido ideológico*, y no de un proyecto acabado en su aspecto formal.

1] En los países civilizados de la actualidad el sistema económico capitalista domina la producción y el intercambio de bienes. La empresa equipada con grandes recursos, especialmente en la industria y el comercio, relega a un segundo plano por completo a las pequeñas empresas. La capa de los pequeños empresarios independientes, el pequeño campesino, el pequeño artesano, el pequeño comerciante y demás pequeños fabricantes constituyen una fracción cada vez menor de la población. En cambio, aumenta en forma progresiva la clase de los *obreros asalariados* empleados en empresas capitalistas y de *empleados que trabajan a cambio de un sueldo*. Más de las tres cuartas partes del incremento de la población están condenados a una dependencia económica permanente.

2] Para la masa de los ocupados, y especialmente para los obreros asalariados, el capitalismo significa, junto con la *dependencia*, una *creciente inseguridad de la existencia*. Transformaciones técnicas que ahorran fuerza de trabajo humana expulsan continuamente de su esfera a obreros calificados, y además el cambio de coyuntura ascendente y el estancamiento en los negocios, originado por el carácter especulativo de la economía capitalista, significa para la gran masa de obreros y empleados un permanente *cambio de sobretensión de las fuerzas y desocupación*. Pero cuanto más aumenta la clase obrera, en forma tanto más paralizante repercute sobre toda la vida económica la desocupación y arruina a miles de industriales.

3] Ciertamente, las modernas uniones de capitales, los sindicatos y los cárteles, buscan someter la producción a una cierta regulación. Pero no lo hacen en beneficio y para el bienestar de toda la economía nacional, sino con el objeto de *mantener altos los precios*, y asegurarse ganancias lo más elevadas posibles en sus industrias especiales. Como consecuencia de ello, no pueden suprimir los perjuicios ocasionados por los periódicos estancamientos en los negocios, sino sólo modificar las *formas de manifestación*, mientras que el hecho de mantener los precios artificialmente elevados más bien *empeora aún más* los efectos de los estancamientos para la gran comunidad trabajadora.

4] La producción capitalista condujo a un *gran aumento de la riqueza social*. Pero esta creciente riqueza de la sociedad fluye sólo hacia la menor parte de las clases trabajadoras. En las diferentes formas de la *ganancia* y de la *renta de la tierra* los *terratenientes* y las *clases poseedoras de capital* atraen hacia sí cantidades cada vez mayores de plustrabajo. Aumenta cada vez más el número de aquellos que sobre la base de títulos de propiedad disfrutan de *ingresos sin trabajar*, y, en un grado aún mayor que su número, aumenta su riqueza de capital. Enormes bienes, como ninguna época anterior conoció, se acumulan en manos particulares, crece descomunalmente la *distancia entre el ingreso de la gran masa* que se esfuerza por un salario o una paga similar al salario, por un lado, y el *ingreso de la aristocracia capitalista*, por el otro, cuyo lujo aumenta desmedidamente y corrompe la vida pública.

5] Mientras la producción y el intercambio, con el crecimiento de las empresas, adquieren un carácter cada vez más social, por el desarrollo de las formas colectivas de propiedad —sociedades por acciones, etc.—, *la relación de los propietarios* de las empresas con su explotación *se enajena* progresivamente. Una parte cada vez mayor del capital global de la sociedad se convierte en propiedad

de los *accionistas* que *no tienen ninguna relación funcional con las empresas*, que sólo están interesados en la ganancia que éstas tienen que arrojar, pero que en lo restante permanecen indiferentes y sin asumir responsabilidades ante ellas. Tras las grandes empresas monopólicas hay todo un ejército de accionistas que fortalecen su poder social como consumidores de ingreso sin trabajo pero que, para la economía nacional, llevan una existencia parasitaria.

6] Contra esta *proliferación del parasitismo*, contra la presión monopólica del capital ejercida en dos sentidos —sobre el salario y el precio—, los obreros y empleados estarían, como individuos, impotentes. Sólo a través de la *coalición política, sindical y gremial* pueden ofrecer resistencia a las tendencias que los oprimen. Libertad de coalición y el mismo derecho electoral democrático son las premisas necesarias de la liberación del obrero en la sociedad capitalista.

7] De todas las clases de sociedad que se oponen al poder del capital, *únicamente la clase obrera constituye un poder revolucionario en el sentido del progreso social*. Las otras clases o capas anticapitalistas son o bien directamente reaccionarias —quieren detener la rueda de la historia o en lo posible echarla hacia atrás—, o bien se mueven, dado que son formaciones intermedias, en el seno de contradicciones y deficiencias. Solamente los *obreros* tienen como clase, frente al capitalismo, que *defender intereses exclusivamente progresistas*. Como clase los obreros tienen el mayor de los intereses en el acrecentamiento de la riqueza social a través del perfeccionamiento de la técnica y el control de las fuerzas naturales al servicio de la producción; como clase tienen el mayor de los intereses en la eliminación de las formas parasitarias de empresa y la expropiación de los elementos sociales parasitarios.

8] Su interés de clase reclama el *traspaso de los monopolios económicos a manos de la sociedad* y su explotación para beneficio de la sociedad, en su interés de clase se halla la extensión del *control social* sobre todas las ramas de la producción, la incorporación de las empresas retrasadas a la producción socialmente regulada. La organización de los obreros como clase significa, sin embargo, su organización en un partido político especial, y el partido político de los obreros es la *socialdemocracia*.

9] La socialdemocracia lucha por la realización de la *democracia en el estado, la provincia, la comunidad*, como un medio para la efectivización de la igualdad política y como una palanca para la socialización del suelo y de las explotaciones capitalistas. Ella *no* es partido de los obreros en el sentido de que sólo acepta obreros en sus filas, sino que pertenece a sus filas aquel que admite y defiende sus principios, que frente a las cuestiones de la vida económica toma posición en favor del trabajo creador contra la propiedad explotadora. Pero ella se dirige fundamentalmente a los obreros; pues la *liberación de los trabajadores tiene que ser ante todo obra de los trabajadores mismos*. La principal misión de la socialdemocracia es inculcar esta idea en los obreros, y organizarlos política y económicamente para la lucha.

10] La lucha de la socialdemocracia no está limitada a un solo país, sino que comprende *a todos los países en los que el desarrollo moderno ha hecho su entrada*. Compenetrada del reconocimiento de que el desarrollo del moderno sistema de comunicaciones produce una solidaridad creciente entre los obreros de todos estos países, y que los antagonismos nacionales de los cuales todavía se

habla en la actualidad tienen su origen en relaciones de dominación y explotación, por cuya eliminación lucha la clase obrera, la socialdemocracia defiende en la lucha económica y en la acción política el *principio de la internacionalidad*, que tiene como objetivo la *unión libre de los pueblos* sobre la base del derecho de autodeterminación nacional en el marco de la solidaridad de la humanidad civilizada.

NOTA DEL EDITOR

Las citas de Bernstein de los autores de los que existen traducciones al español fueron tomadas de éstas, agregando entre corchetes las respectivas indicaciones de páginas. A tal efecto hemos utilizado las siguientes ediciones:

Karl Marx, *El capital*, 3 tomos en 8 volúmenes, México, Siglo XXI Editores, 1975-1981.
Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850; El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte y *La guerra civil en Francia*, en C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas en tres tomos*, Moscú, Editorial Progreso, 1980. Respectivamente: t. I, pp. 190-306; 404-498; t. II, pp. 188-259.

Friedrich Engels, *Anti-Dühring*, en *Obras de Marx y Engels* (OME), vol. 35, Barcelona, Editorial Grijalbo, 1977.
Contribución al problema de la vivienda, en *Obras escogidas en tres tomos*, cit., t. II, pp. 314-396.

Karl Kautsky, *La cuestión agraria*, México, Siglo XXI Editores, 1974.

ALGUNAS ERRATAS ADVERTIDAS

Página	Línea	Dice:	Debe decir:
89	24 (*infra*)	"Auslegung und Kritik einiger Begriffe des Marxismus" (*Devenir Sociale*)	"Essai d'interpretation et de critique de quelques concepts du marxisme" (*Le Devenir social*)
	17 (*infra*)	*Devenir Sociale*	*Le Devenir social*
105	17 (*infra*)	(pp. 00-00)	(pp. 154-157)
	6 (*infra*)	(p. 00)	(p. 107)
106	13 (*infra*)	pp. 000-000 y 000 y *ss.*	pp. 175-176 y 180 y *ss.*
107	3	p. 000	p. 176
	22	p. 000	p. 182

ÍNDICE DE NOMBRES



papel ediciones crema de fábrica de papel san juan, s. a.
impreso en gráfica panamericana, s. c. l.
parroquia 911 — 03100 méxico, d. f.
tres mil ejemplares más sobrantes para reposición
26 de marzo de 1982